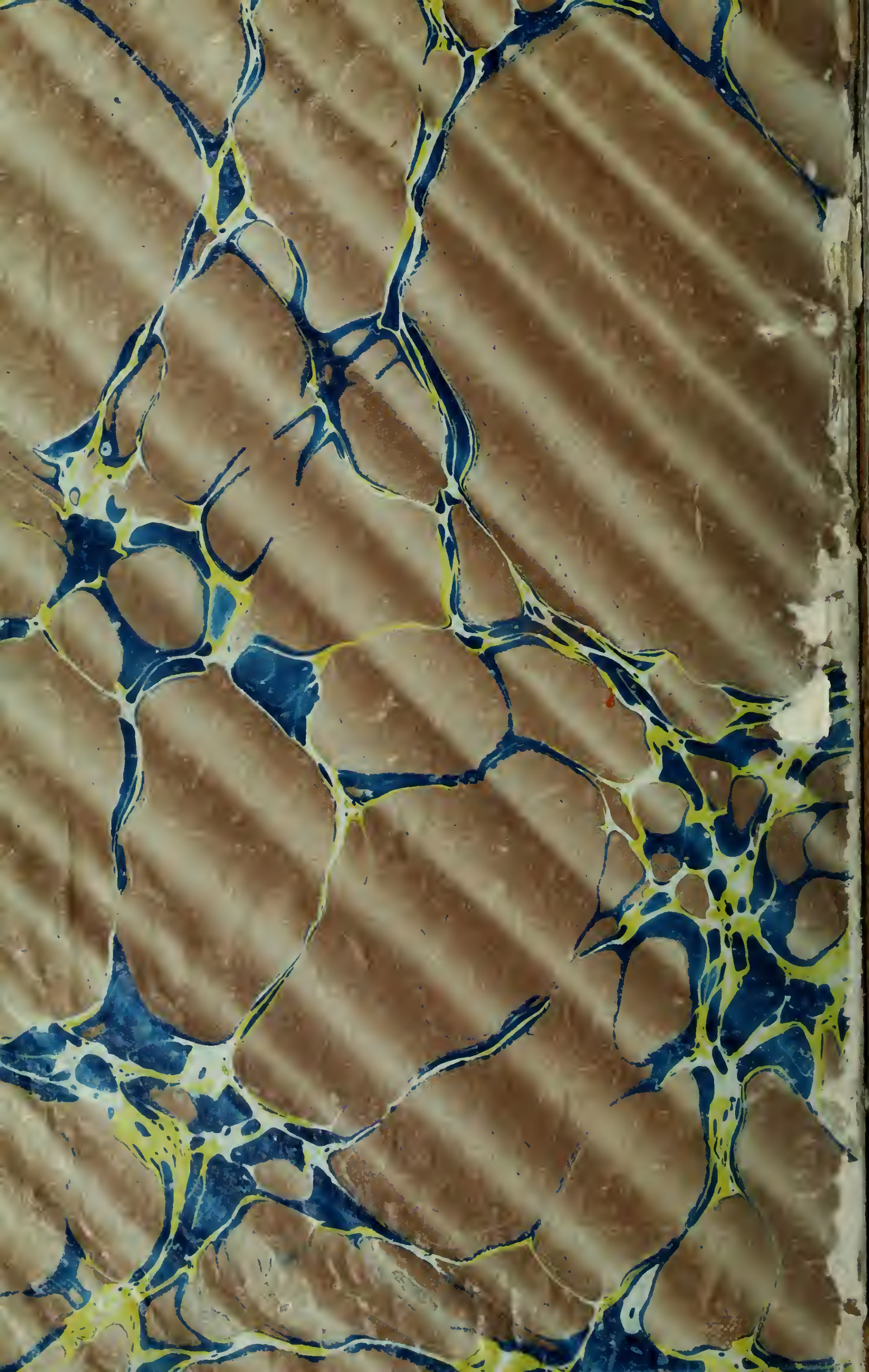

3 1761 03990 9791



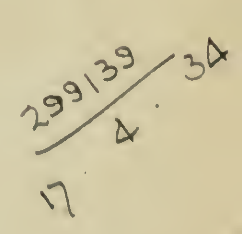
PELAYO.

NOVELA HISTÓRICA,

original de

DON JUAN DE DIOS DE MORA.

Tercera edicion.



MADRID: 1857.

MIGUEL PRATS, EDITOR, CALLE DEL AVE MARÍA, NUM. 7, CTO. 2.º

La primera edicion de esta novela fué censurada en Madrid á 12 de Agosto de 1853.

Imprenta de D. CIPRIANO LOPEZ, Cava-Baja, n. 19, bajo.



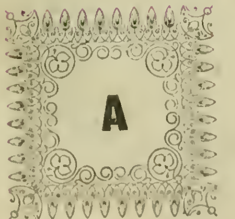
Moreno lit.

PELAYO.

AL PUEBLO ESPAÑOL.

¡España! ¡Patria mia!
Ídolo que mis penas adormece,
Amor primero que entusiasma al hombre,
¡Oh! ¡Cuál mi pensamiento se engrandece
Al pronunciar tu esclarecido nombre!

(*Oda del autor á la invasion francesa.*)



A nadie mejor que á vosotros, hijos de la heróica cuanto desgraciada España, á nadie mejor debo dedicar este libro en que se celebra el héroe inmortal por quien existe nuestra patria. La gloria de los valientes que palmo á palmo reconquistaron nuestro suelo pertenece á toda una gran nacion, no es patrimonio de un solo nombre, por eso dedico mi humilde obra á todos los Españoles, á quienes ruego atiendan mas á la sinceridad de mi intencion que á las faltas de mi ingenio.

Mi corazon late de entusiasmo al recordar que nuestro primer monarca fué proclamado sobre un escudo en mo-

mentos de peligro y de llanto. ¡Qué bien saben la adversidad y el heroismo llevar una corona! Entonces es la señal del merecimiento, entonces es el símbolo de un deber sagrado que se impone el mas virtuoso, el mas sabio y esforzado para velar por la seguridad de todos. Nuestros mayores tuvieron esto presente al proclamar al gran Pelayo. La virtud, la inteligencia y el valor son las tres grandes cosas que debe respetar la humanidad.

Juan de Dios de Mora.

Madrid y Julio de 1853.



CAPITULO PRIMERO.

EL CAUTIVERIO Ó EL ALCORAN.



on una rapidez inconcebible, con inaudita fortuna y de que pocos ejemplos presenta la historia, fué conquistada España por los sarracenos, puede decirse, que en una sola batalla. El imperio godo, si se nos permite la espresion, murió como de una apoplegia fulminante. Tan repentino y sangriento fué el desastre que borró un gran pueblo de la superficie del globo. Los quebrantados restos de aquellos godos, en otro tiempo indomables, se refugiaron á las montañas cual tímido rebaño que huye de la sangrienta garra del leon hambriento. En las asperezas de los montes cántabros los míseros cristianos habian creido encontrar un seguro asilo desde donde algun dia pensaban devolver al africano la dura afrenta recibida en Guadalete. Asi lo creía tambien el héroe inmortal por quien

existe España, el ínclito Pelayo; pero ¡ay! ¡Cuántas amarguras, decepciones y obstáculos tenia que padecer y superar su acrisolado patriotismo!

La perfidia habia vendido la victoria al musulman en las fértiles campiñas de la Bética, y la vil degradacion y el pálido miedo hacian mirar como imposible la defensa en las breñosas sierras asturianas. El espanto y el terror que habian producido las corvas cimitarras de Damasco aun duraban presentes á las medrosas miradas de los godos, que consideraban temerario el esponerse de nuevo al furor y á la matanza con que les amenazaban los afortunados hijos de Agar. Estos habian sentado la silla de su imperio en la opulenta Córdoba, que muy en breve se convirtió en el emporio del comercio, de las ciencias y poder de los árabes. El gran Califa les habia enviado numerosísimos refuerzos de tropas para guerrear, de familias para poblar la tierra y de santos Alfaquíes que predicasen en la nueva patria la sagrada ley del gran Profeta. Pudiera decirse que la Arabia se habia trasladado á las deliciosas márgenes del Bétis. Muy pronto se vieron allí voluptuosos harenes, magníficos palacios, suntuosas mezquitas, multitud de sabios y guerreros, damas y princesas; y por do quiera resaltaban el lujo y esplendor de las fastuosas constumbres del Oriente.

Los numerosos gobernadores de las provincias y principales ciudades habian pregonado edictos, exhortando á todos los habitantes á que no abandonáran sus hogares y á que reconociesen la voluntad del cielo en las desgracias del cristiano y en la fortuna del musulman. Los habitantes de las provincias meridionales acudieron inmediatamente á este llamamiento, y volvieron á ocupar sus casas y heredades, habiendo logrado despues de muchas súplicas el que no les obligasen á abrazar la religion mahometana, si bien no podian tener iglesias ni hacer ninguna pública demostracion del culto cristiano. Tan humillante concesion fué, sin embargo, considerada como una gracia singular por los desdichados vencidos, que doblaron la cerviz al torpe yugo, sin imaginar siquiera que fuese posible sacudirlo.

Un nuevo edicto de los conquistadores anunció que todos los que no regresasen á sus casas en el preciso término de un

mes debian renunciar á la esperanza de ser tratados con la misma blandura que los habitantes del mediodia, y que no les quedaba otra alternativa que ser esclavos ó abrazar la ley del Profeta.

Hallábase Pelayo en el castillo de Santa Olalla en compañía del conde don Íñigo, el arzobispo Urbano, el abad Ervigio, el conde Gudila y gran número de próceres y prelados. En las sierras circunvecinas al mencionado castillo habitaban igualmente innumerables familias que de toda la España septentrional se habian acogido á las montañas de Asturias. Cuando supieron la cruel alternativa en que les colocaba el último edicto de los moros, la consternacion y el terror subieron de punto: pero la mayor parte manifestaba cierta propension á aceptar el partido que los opresores le ofrecian. El esforzado hijo de Favila empezó á recorrer con algunos caballeros las moradas de aquellas gentes llenas de espanto, procurando reanimar su valor y despertar su enojo, representándoles lo innoble y humillante de la seguridad con que les brindaban los moros.

Las primeras sombras de la noche comenzaban á estenderse sobre los montes, cuando en la plataforma del castillo de Santa Olalla paseábanse dos caballeros con algunas muestras de inquietud y departiendo de un asunto de alta importancia, á juzgar por sus ademanes y gesticulacion algun tanto acalorada.

—Os digo, noble Gudila, que me ha dejado confuso semejante noticia, decia el anciano conde don Íñigo.

—No es el caso para menos.

—¿Pero estais seguro?

—Tanto como es posible estarlo. Han llegado esta tarde unos cuantos cazadores diciendo que el gobernador de Gijon ha tenido noticia de la muchedumbre que se alberga en estas inmediaciones, y que á la cabeza de sus tropas llegará á estos sitios antes del amanecer.

—¿Y qué pensais que debe hacerse en tan apurado trance?

—Ya sabeis que muchos han aceptado la seguridad que les han ofrecido los infieles...

—Pero supongo, interrumpió vivamente el anciano conde, que vos no sereis de la misma opinion. ¿Tendríais valor para

resolveros á vivir entre esos perros enemigos de nuestra ley y de nuestra patria?

—No por cierto, respondió secamente Gudila.

—Y por otra parte, con esta gente allegadiza é indisciplinada, qué podremos hacer?

—Es en verdad una situacion harto crítica; pero Pelayo se empeña en que aquí nos defendamos... lo cual me parece un insigne absurdo, á no ser que tengamos deseos de llevar la cadena de esclavos.

El anciano conde exhaló un profundo suspiro, y con muestras de gran desaliento, dijo:

—Teneis razon, toda defensa sería temeraria, y solo serviria para hacer mas amarga nuestra suerte... ¡Mi pobre hija!...

—Yo tambien tiemblo por ella.

—¿Y qué me aconsejais?

—Si mi opinion valiera, ahora mismo nos pondriamos en camino para uno de vuestros castillos que están mas en el fondo de estas sierras, adonde no es fácil que lleguen los infieles.

—Quisiera seguir vuestra opinion; pero, ¿y si nos echan de menos? Nuestro nombre nos obliga á portarnos como nobles y á pelear como buenos.

—Es que todo puede conciliarse. Ya comprendereis que el venerable arzobispo y demás prelados están aquí muy espuestos, y que convendria alejar algun tanto del peligro á estos débiles ancianos. Así, pues, lo mejor que podemos hacer es llevar á la la encantadora Gaudiosa á vuestro castillo de Pamia, la dejamos bajo la custodia del leal Hermenegildo y en compañía del buen Urbano, y nosotros regresamos otra vez á ocupar nuestro puesto para que nadie pueda tachar nuestra conducta. ¿Qué os parece mi proyecto?

—Perfectamente; pero si los moros viniesen durante nuestra ausencia...

—Podemos estar de vuelta al amanecer, y antes, es seguro que no llegará el enemigo.

Con tales reflexiones tranquilizóse el anciano conde. En seguida ambos caballeros bajaron del torreon, y pocos momentos despues abandonaron silenciosamente varios personages el casti-

llo de Santa Olalla. Componian esta cabalgata el arzobispo de Toledo, el abad Ervigio y demas prelados, el conde don Íñigo, Gudila, el anciano escudero Hermenegildo, y por último, una encantadora jóven, pálida y al parecer llena de angustia y sobresalto. Era Gaudiosa, la bella hija de don Íñigo, que, tiernamente enamorada de Pelayo, temblaba por su suerte y con mucha razon, porque del temerario arrojo del mancebo era de temer que se espusiese á mayores peligros que los que estrictamente le aconsejára el deber. En cambio la hermosa doncella parecia que adivinaba la cobardía y ruindad de Gudila, segun eran escrutadoras y recelosas las miradas que le lanzaba.

Entre tanto el noble Pelayo estaba sentado en la falda de un monte con la mano apoyada en la megilla en actitud meditabunda. Sus ojos despedian un brillo sombrío, reflejo fiel de la ira y desesperacion que abrasaban su generoso pecho. Varios caballeros y hombres de armas le rodeaban contemplándole con una espresion á la vez llena de angustia y de respeto. El valeroso jóven acababa de saber que su cabeza habia sido puesta á precio por los moros, los cuales harto bien conocian que las esperanzas del pueblo cristiano solamente podian cifrarse en la vida del héroe que tanto estrago habia causado en los suyos durante la célebre y funesta batalla del Guadalete. *Belay el Rumi* ó el Romano, como le llamaban los moros, era un nombre que estos repetian con terror, contribuyendo los cautivos godos á corroborar y aumentar entre los infieles la fama del valiente jóven con las prodigiosas hazañas que referian de su valor y con los elogios que tributaban á su carácter hidalgo y generoso.

A mas de la indignacion producida por semejante noticia que podia hacer brotar la traicion entre sus mismos compañeros, esperimentaba el noble mancebo otro desengaño, acaso mas cruel en aquel momento. El término prefijado por los conquistadores estaba ya próximo á espirar, y los habitantes de la sierra se decidieron todos á una á acogerse á la piedad del vencedor. En vano Pelayo trató de arengarlos y fortalecerlos por todos los medios que su buen deseo y patriotismo pudieron sugerirle. El valeroso jóven tuvo el dolor de ver desertar de aquellas asperezas á la multitud que antes emigrára, y que permaneció sorda

tanto á sus amenazas como á sus ruegos. Solo algunos caballeros y peones que habian escapado de la derrota del Guadalete juraron permanecer fieles á su caudillo y vencer ó morir con él. Eran á la verdad los que tan heróica promesa hicieron muy escasos en número; pero en cambio les sobraban la lealtad y la bravura.

Pelayo recibió embriagado de gozo tan solemne juramento y se entregaba sin reserva á las mas lisonjeras esperanzas. De pronto su frente se anubló y derramó en torno suyo una mirada vagarosa y siniestra. Por la primera vez de su vida el noble jóven habia dado entrada en su corazon al recelo y á la desconfianza para con sus mismos amigos. Sus desgracias pasadas y la negra traicion de don Oppas y su hermano Ebba en la gran batalla, le habian hecho suspicaz y cauto para con los hombres. Ahora consideraba que estando pregonada su cabeza, la esperanza de un premio exorbitante podia alentar á un traidor para asesinarle durante su sueño ó de otro cualquier modo. Entonces lanzó un suspiro y echó de menos á su leal escudero Ferrandez, que suponia muerto en los campos de Jerez, pero que en realidad estaba cautivo. Este funesto pensamiento le aquejaba ahora sin cesar y con harto fundados motivos, como mas adelante tendremos ocasion de conocer. Y en efecto, todas las personas que le rodeaban le reconocian por su gefe y le estimaban por su valor; pero entre todos los que le obedecian, el noble mancebo no tenia un amigo ni un servidor leal á quien poder confiar sus amarguras y temores y el cuidado de velar por él en sus horas de descanso.

Sumido en tan tristes reflexiones estaba el héroe cristiano, cuando por un repecho aparecieron unos pastores con el rostro de azufre, trémulos y alarmados.

—¡Que vienen! ¡Que vienen! gritaron los asustados campesinos.

Inmediatamente el esforzado caudillo tomó sus disposiciones, arengó á sus escasos soldados, y se aprestaron á la defensa, despues de haberse colocado en los puntos mas convenientes para ofender con el menor peligro posible.

Pelayo, como asaltado por una idea súbita, se dirigió al mas

anciano de los pastores, tuvo con él una secreta conferencia de algunos minutos, y en seguida se retiraron ambos á un lugar oculto. Al cabo de poco tiempo Pelayo se apartó imponiendo al pastor silencio con un signo, al cual contestó el anciano haciendo una señal de asentimiento.

La noche estaba espléndida y serena, la luna se destacaba en un cielo azul y purísimo y derramaba sus nacarados rayos sobre las cimas de los montes que contrastaban peregrinamente con sus puntos oscuros. Todo yacía en soledad profunda y deliciosa calma, sin oirse mas ruido que el manso soplo del céfiro en las copas de los árboles y el agradable murmurar de una fuente que se desasía del monte y se arrojaba gozosa y bullidora en los brazos del risueño valle.—Pelayo habia colocado varios vigias en las cumbres circunvecinas. El resto de su escasa tropa se habia dividido en dos partes, situándose á los lados del valle abierto por el mediodia y circuido de montes por los demas puntos. La primera sonrisa del alba comenzaba á dibujarse en el oriente, cuando el viento les llevó ruido de voces y de caballos. Entonces los valerosos cristianos comprendieron que el enemigo se acercaba. Despues de una breve arenga en que el valiente caudillo les manifestó que iban á pelear por su Dios y por su patria, todo volvió á quedar sumergido en el mas profundo silencio, mientras que los moros se aproximaban muy agenos de la sorpresa que les aguardaba. El hijo de Favila cambió su yelmo por el de otro guerrero, á quien le dió órden de que hiciese circular entre los cristianos el punto de reunion que adoptarian, caso de ser irresistibles las fuerzas de los contrarios.

Llegó por fin el momento decisivo. Los árabes aparecieron por el el valle, que se iba angostando progresivamente hasta el punto en que una cordillera de montes lo cerraba imposibilitando á la caballería de los infieles el desplegarse, cuya circunstancia era harto favorable para lo cristianos. Estos dejaron pasar tranquilamente el grueso de los enemigos, luego de pronto se arrojaron con valeroso ímpetu sobre ellos, y se trabó un combate espantoso. El feroz Munuza, que era el general, daba grandes voces á los suyos, que aterrados por la sorpresa, pa-

recian dispuestos á cejar; pero al fin se rehicieron y cargaron vigorosamente á los cristianos, los cuales resistieron el choque haciendo gran matanza con piedras y flechas que arrojaban sobre los infieles, imposibilitados por su misma muchedumbre y por la disposicion del terreno de hacer obrar su caballería, encerrada en el angosto valle.

Los moros al principio creyeron que sus adversarios debian ser muy numerosos, cuando se habian empeñado en tan desigual como temerario encuentro. Pero cuando la luz del dia les demostró la vergüenza de su vencimiento y el escaso número de sus vencedores, subió de punto su rabia, volvieron á hacer frente al enemigo y encendieron la batalla con nueva furia. Duro y sangriento, en verdad, fué aquel lance; pero el cansancio de los cristianos y la inmensa superioridad numérica de los infieles aseguraban á estos definitivamente la victoria. Los godos fueron desbaratados, la mayor parte sucumbió á las cimitarras árabes, muchos fueron cautivos, y algunos que buscaron su salvacion en la espesura de los montes, fueron muertos ó cautivos por las tropas agarenas, que cercaban todas las salidas de los senderos de aquellas sierras. La ruina de los esforzados campeones cristianos fué completa. El fiero Munuza mandó echar esposas y cadenas á los pocos vencidos que escaparon de la muerte. Grande fué el júbilo de los árabes por esta victoria, que acababa de someterles toda la España. En medio de la embriaguez de su triunfo un nuevo incidente vino á aumentar su alegría. Un hombre de estraña y siniestra catadura se presentó al general Munuza con una cabeza ensangrentada asida por los cabellos.

—Señor, dijo el asesino, os pido albricias por el eminente servicio que acabo de prestar á los vuestros. ¡Hé aquí la cabeza del gran Pelayo! Vuestro dominio es ya fácil en España.

Munuza permaneció mudo durante algunos momentos.

El asesino volvió á decir:

—Vengo á que me deis el precio señalado por esta cabeza.

—Eres cristiano? preguntó el general moro.

—Sí, señor.

—Pues ¡vive Alá! que he de pagarte como mereces, dijo

Munuza con una sonrisa feroz en que á la vez se manifestaba el júbilo que le causaba la noticia y el desprecio que le inspiraba el asesino.

—¡Oh señor! esclamó este procurando hacer valer su hazaña, bien podeis darme buenas albricias, pues os presento la cabeza del mas valiente y temible de los cristianos.

—Descuida, que así lo haré.

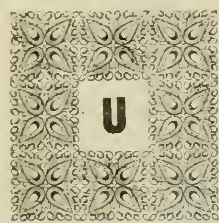
Y Munuza mandó colgar al asesino del mas alto roble de la selva.





II.

TAL AMO, TAL CRIADO.



n hombre oculto entre la espesura habia presenciado desde la cima de un monte la ejecucion del villano que habia teñido en sangre sus manos seducido por el cebo de una magnífica recompensa. Aquel hombre, despues de haberse cerciorado del fin del asesino, desapareció rápidamente y se dirigió á un enmarañado bosque poco distante del castillo de Santa Olalla. Allí tomó asiento al pié de un castaño, despues de haber hecho sonar por tres veces un rico cuerno de caza que llevaba pendiente de su cintura.

Largo rato permaneció el desconocido en la actitud de un hombre que espera el momento de una cita. Como es natural á cada instante se aumentaba su impaciencia, hasta que por último se levantó y comenzó á pasearse mirando alternativamente hácia el castillo de Santa Olalla y elevando sus ojos al cielo como si por la altura del sol pretendiese averiguar la hora. Luego volvió á sonar su cuerno y continuó en su impaciencia y sus paseos.

Era el desconocido un hombre de estatura gigantesca, de color moreno, mirada oblicua, cara cuadrada y casi sin frente, y cabellos lasos y espesos, bajo los cuales desaparecian las ore-

jas, de manera que á un mismo tiempo se parecia algo á un perro y á un tigre. La ferocidad y la fuerza hercúlea, la bajeza y la astucia era lo que se observaba á primera vista en aquella fisonomía repugnante. A la segunda ojeada, sin embargo, un observador atento hubiera podido distingir algo de humilde obediencia y de servil lealtad en aquel hombre. Y en efecto, para sus superiores, aun cuando les prometiera un crimen, era en estremo puntual; pero por el contrario á sus iguales é inferiores, aun cuando les ofreciese la accion mas meritoria, era capaz de faltarles por pequeña que fuese su ganancia. Aquel hombre era la personificacion viva del envilecimiento que producia el feudalismo sobre las clases pobres. El señor mandaba, todos se humillaban, todos le favorecian y todos los siervos contribuian á su propia ruina y abyeccion.

De repente nuestro gigante se detuvo en sus paseos y ahogó un ligero grito. Acababa de divisar por entre la espesura á un caballero que se adelantaba tan rápidamente como se lo permitian los accidentes del terreno y lo intrincado de las matas. Al fin el recien llegado y el que le aguardaba se reunieron y saludaron.

—¿Y qué tenemos, querido Eulogio?

—Que todo ha salido á pedir de boca, respondió el atleta con una sonrisa feroz.

—¿Ha muerto Pelayo?

—Claro está.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos del recien venido al escuchar semejante noticia; pero despues, cual si le pareciese imposible el logro de sus deseos, comenzó á sacudir la cabeza con aire de incredulidad.

—¿Estás convencido? preguntó.

—¡Que si lo estoy! Yo mismo he visto á Berengario presentar la cabeza de don Pelayo al general moro.

—¡De veras! ¿Le viste tú mismo?

—Como os lo estoy diciendo. Por mas señas que en vez de darle el premio que apetecia Berengario, el general Munuza le ha mandado ahorcar en un roble.

—¡Vive Dios que el general moro parece que ha adivinado

nuestro deseo! Ha tenido una idea escelente y plausible en hacer colgar á ese maldito Berengario.

—Sin duda alguna, respondió Eulogio con su sonrisa que dejaba entrever sus dientes blancos y afilados como los de un chacal: así nos ahorramos de tener un testigo importuno, cuyo silencio era necesario pagar á peso de oro.

—Siempre nos estaria pidiéndo.

—Nos ha servido á las mil maravillas, ya no le necesitamos, bendito de Dios vaya.

—Ahora bien, querido Eulogio, cuéntame cómo sucedió la muerte de Pelayo.

—Yo entregué el dinero que me dísteis á Berengario, el cual aceptó contentísimo mi proposicion, tanto por los ofrecimientos que le hice para despues de consumado el hecho, cuanto por la espléndida recompensa que aguardaba de parte de los moros, que por cierto le han pagado muy barato para ellos y muy caro para él.—Como iba diciendo, yo le dí las señas de don Pelayo, de las armas que vestía y de su yelmo coronado por una pluma negra que habia adoptado desde que su amada Florinda tomó el velo en el convento de Santa Olalla.

—Sí, sí, esas señas eran infalibles.

—En seguida, continuó Eulogio, nos separamos: él se dirigió al sitio donde Pelayo estaba emboscado con su escasa tropa, y yo aparenté encaminarme hácia el castillo, habiéndole antes anunciado que el hecho que iba á acometer por su carácter de publicidad no podia menos de saberse muy en breve en todas las partes de España en que hubiese un cristiano, y que por lo tanto era cosa fácil averiguar si hábia cumplido su promesa y ganado la respetable suma ofrecida de órden vuestra.

—¿Y por qué no le acompañaste?

—Señor, como el principal encargo que me hicisteis fué que procurase ocultar vuestro nombre y el mio en esta tenebrosa trama, crei prudente, por lo que pudiera suceder, el separarme de Berengario; pero no por eso le perdí de vista un solo momento.

—¿Y bien? ¿Cómo llevó á cima Berengario su dificil empresa?

—Permanecí en acecho durante la pelea entre moros y cris-

tianos, y cuando estos en el mayor desórden y confusion tomaron para salvarse algunas sendas estraviadas del bosque, saltó como un tigre sobre un caballero que llevaba un yelmo engalanado con una pluma negra, lo derribó en el suelo con increible rápidez, le cortó la cabeza, y en seguida se presentó al general Munuza. Yo lo observé todo, como he dicho, oculto en la cima de un monte.

—¡Cuánto me place, querido Eulogio! esclamó transportado de gozo el caballero. Ahora estoy convencido de que efectivamente mis temores deben disiparse, y de que se realizarán todas mis esperanzas.—Toma, y está seguro siempre de mi agradecimiento.

Y así diciendo, alargó á Eulogio una bolsa bien provista.

—Dios quiera, dijo el escudero, que tal era el empleo de Eulogio, Dios quiera que muy pronto se logren todos vuestros deseos. Ahora ya á vos pertenece de derecho el mando de cuantos cristianos se reunan y refugien á estas sierras. ¿Quién sabe si algun dia os aclamarán por rey?

Los ojos del conde Gudila, á quien fácilmente habrán reconocido nuestros lectores, brillaron de ambicion al escuchar las palabras de su escudero.

En seguida el amo y el criado se dirigieron hácia el castillo de Santa Olalla, adonde Gudila y don Íñigo habian vuelto aquella misma mañana despues de haber dejado á la bella Gaudiosa en el castillo de Pamia en compañía del arzobispo Urbano y demas prelados. El pérfido Gudila habia combinado perfectamente su plan para deshacerse de Pelayo, á quien aborrecia con todo el encono de su corazon, aprovechando la circunstancia de haber pregonado los moros la cabeza del héroe cristiano, y habiendo antes citado á su escudero Eulogio en el parage solitario que hemos visto para saber el resultado de su odiosa trama. Igualmente habia sorprendido la credulidad del buen don Íñigo, convenciéndole que estarian presentes cuando los moros se aproximasen á Santa Olalla, porque el conde, á pesar de sus años, queria hallarse en la batalla, si por acaso llegaba á empeñarse.

Ya sabemos que sucedió todo al contrario; pues Gudila calculó su tiempo con arreglo á las exactas noticias que habia ad-

quirido, y cuando regresaron recibieron la nueva del desastre de los pocos valientes que habian osado oponerse á los enemigos del nombre cristiano. El vil Gudila habia conseguido no hallarse en el combate.

Los escasos moradores que habian quedado en las cercanías de Santa Olalla estaban confusos y afligidos por el reciente estrago, si bien comenzaban á tranquilizarse con la noticia de que los moros se habian dirigido hácia Gijon, ciudad populosa y rica situada en la costa del mar.

Cuando Gudila llegó al castillo, se hallaba el anciano conde muy afligido por la increible fortuna y creciente prosperidad de los vencedores de Guadalete. Consideraba además su edad avanzada, las turbulencias que se preparaban de una gerra sin tregua ni término fijo, el aislamiento de su hija querida si él llegaba á faltarle, que podia ser esclava del moro ó de una pasion desgraciada, ó víctima de la violencia de un atentado cuyo ejemplo vivo y reciente se le aparecia á cada instante con el recuerdo de la infeliz Florinda. En tal disposicion de espíritu se encontraba el anciano conde, cuando abriéndose la puerta de su aposento se presentó Gudila con el semblante hipócritamente humilde que tanto habia seducido al padre de Gaudiosa.

Don Íñigo estaba sentado en un sillon de nogal claveteado con grandes clavos dorados, y el asiento y respaldo forrados de cordoban carmesí. Frontera al anciano se abria en el muro una ventana, al través de cuya reja se distinguia un delicioso paisage. Espesos bosques de castaños y encinas recreaban la vista con su verdura, mil alegres pajarillos poblaban el espacio con no aprendidas melodías, y sobre las cumbres de los montes y en las profundas cañadas reflejaba el sol sus rayos con un juego encantador é indescriptible de luces y de sombras. Algunas imprudentes cabras triscaban con sus juguetones cabritillos, y parecian grandes copos de nieve suspendidos y balanceándose sobre los derrumbaderos. En el fondo del valle acotado por todas partes por altas y frondosas montañas, menos por el Sud, perdíase el murmullo sollozante del Bueña. La mirada del anciano se fijaba con una espresion indefinible de tristeza en aquella vegetacion tan rica y tan pomposa.

Don Iñigo, con ese ademan gravemente afectuoso que tan bien sienta á la ancianidad, hizo seña á Gudila para que junto á él se sentase enfrente de la ventana que comunicaba al aposento un suave resplandor. El conde tomó cariñosamente de la mano á Gudila, y dijo:

—No podeis figuraros cuán oprimido se encuentra mi corazon. Ya sabeis que toda mi ternura está reconcentrada en mi querida Gaudiosa, y que mi único anhelo sería verla feliz con su esposo, y lo que es aun mas, desearía que mi nombre no se estinguiese; yo soy el último vástago de mi familia y querria que los hijos de mi hija poseyesen mis bienes inmensos, que por fortuna en su mayor parte radican en estos contornos menos accesibles á la rapacidad de los invasores.—En cuanto á mis posesiones de Andalucía, creo que ya para siempre están perdidas, puesto que los moros se han establecido en nuestro pais como en el suyo propio, y acaso pasarán siglos antes que lo abandonen. ¡Ay! La España será convertida en una provincia del gran Califa. ¡Somos estrangeros en nuestra misma patria!

El conde exhaló un profundo suspiro y continuó con dolorido acento:

—Querido Gudila, mis fuerzas se debilitan cada dia mas, y por lo tanto he resuelto que cuanto antes se verifique vuestro matrimonio con mi amada Gaudiosa...

—¡Padre mio! esclamó Gudila, que estaba verdaderamente apasionado. ¡Cuánta será mi dicha en llamarme esposo de vuestra encantadora hija! Creedme, yo contribuiré con toda mi alma á labrar la felicidad de la única mujer que me ha inspirado una pasion tan profunda como sincera.

—Asi lo creo yo tambien, hijo mio; pero tendremos algunas dificultades que vencer para realizar nuestros deseos.

Gudila palideció espantosamente al oir tales palabras.

—¡Dificultades! esclamó; decid, decid en qué consisten.

—En la voluntad de Gaudiosa.

Gudila de pálido que estaba se puso lívido.

—¿Ama tal vez á otro? preguntó con voz sorda.

—Precisamente el obstáculo consiste, segun imagino, en que no ama á nadie.

—Pues entonces, ¿quién podrá impedir?...

—Escuchadme, interrumpió el anciano. Varias veces le he manifestado mi firme voluntad de que os admita por esposo; pero ella se ha negado constantemente con una tenacidad que me hubiera hecho creer que otro amor era la causa de se resistencia, si despues no hubiese encontrado el modo de esplicarme esta conducta, hasta cierto punto estraña.

—¿Y á qué atribuis esa obstinacion?

—Yo para intimidarla le dije que eligiese entre casarse ó tomar el velo, y entonces...

—¿Se decidió á obedeceros? interrumpió Gudila.

—Al contrario, adoptó el partido de encerrarse en un convento.

—¿Y no creeis que acaso esté enamorada?

—¡Imposible! ¡Imposible! ¿Quién habia de haberle inspirado ese amor?

—Pelayo, por ejemplo, dijo con voz trémula Gudila.

Durante algunos momentos el anciano pareció sorprendido como si esta indicacion no la juzgase del todo desacertada; pero al fin hubo de encontrar razones para calificar de infundada tal sospecha.

—No es admisible, dijo, semejante suposicion, porque Gaudiosa es intima amiga de Florinda, conoce sus pasados amores y desgracias, sabia igualmente la pasion de Pelayo hácia su amiga, y en fin, mi hija es muy leal y muy orgullosa al mismo tiempo; asi que, no puede haber faltado á las leyes de la amistad ni mucho menos á su altivez nativa, amando á Pelayo, quien desde luego sabe que no habria de corresponderle, por tener su corazon tan llagado como inaccesible á otro amor. La verdadera causa de su conducta está en que no habiendo amado nunca, no tiene para ella atractivos el enlace preyectado. Por eso ha elegido el encerrarse en un convento, lo cual yo le propuse para obligarla á ceder, pero no porque esta sea mi voluntad. Ahora bien, yo no quiero que mi familia se estinga, y por lo tanto repito que á la mayor brevedad es necesario que se verifiquen vuestras bodas.

—Pues si el inconveniente era Pelayo, ya estamos libres de

ese obstáculo, dijo para sí Gudila, que añadió en voz alta:

—Mucho me holgára de que al punto se realizasen vuestros deseos, que son exactamente los mios; pero si Gaudiosa se opone, ¿qué partido habremos de tomar?

—A causa de los funestos é imprevistos acontecimientos que han sobrevenido, no he vuelto á hablarle sobre este asunto desde que estuvísteis en la torre de las cadenas antes de la batalla del Guadalete. Sin embargo, me parece que el mejor partido es que os hagais amar de ella por todos los medios que vuestra ternura os inspire.

—Descuidad, que procuraré hacerlo así.

—Mañana volveremos al castillo de Pamia, y espero que vuestras amables prendas puedan hacer en ella mas impresion que mis palabras, porque el amor es amigo de la libertad, y no obedece fácilmente los mandatos.—Por lo demás, dentro de quince dias deberá verificarse vuestro casamiento.

Gudila entonces se creyó el mas feliz de los hombres. La muerte de Pelayo dejaba ancho campo á su ambicion, la promesa del anciano Iñigo satisfacia completamente sus ensueños de amor.





CAPITULO III.

EL PRESTIGIO DE LA HERMOSURA.



RAN muy exactas las noticias de los habitantes de Santa Olalla relativas á la direccion que habian tomado los moros. Munuza, jóven y hermoso, pero arrogante y fiero como el leon del Atlas, habia cercado con su numeroso y triunfante ejército á la ciudad de Gijon, cuyos habitantes se defendieron valerosamente. Largo y penoso fué el asedio, durante el cual Munuza habia mandado á Córdoba con suficiente custodia los cautivos hechos en el malhadado encuentro de Santa Olalla.

El hambre, las angustias y los repetidos combates del sitio habian diezmado la poblacion, reducida al último estremo. Esforzaba sus asaltos homicidas el terco africano, y los míseros Gijoneses solo pobian aguardar la muerte ó la esclavitud. Gobernaba la ciudad el anciano duque de Cantabria llamado Veremundo, y en mucho tenido entre los godos por su valor y prudencia. Era hermano de la madre de Pelayo, y bajo su paternal solicitud habia crecido la interesante y gentil Hormesinda, sobrina de Veremundo y hermana de Pelayo. El duque de Cantabria, cuando acaeció la inmensa catástrofe que cubrió de llanto y luto á toda España, se retiró con algunos soldados á la ciudad de Gijon, única que hasta entonces no habian pisado los bridones del desierto. El valeroso Veremundo hizo cuanto humanamente

podia hacerse para defender la ciudad y resistir el dominio de los orgullosos conquistadores. A pesar de sus años recorria incansable noche y dia los torreones y murallas, alentando á sus soldados con la esperanza de la victoria.

Munuza entre tanto no se descuídaba. Una noche aprovechando la ocasion del cansancio y del sueño de sus enemigos, ya lasos y apocados por las fatigas del tenaz asedio, aplicó las escalas á los muros, incendió los edificios, y precedido del furor y la venganza por la resistencia que habia encontrado, penetró en la ciudad, cubierta de espanto con la vigorosa y no esperada acometida. El horror y la confusion, el miedo y la sorpresa se atropellan por todas partes. Los jóvenes robustos corren aturdidos á las armas, las tímidas doncellas, apenas vestidas y desmadejadas las hermosas trenzas, corren desalentadas como las ovejas cuyo redil asalta el lobo hambriento, crujen las pesadas techumbres de los edificios que se desploman al impulso destructor de las rugientes llamas, por entre el humo y el incendio vénse pálidas figuras y ojos desencajados, ancianos trémulos y encorvados corren acá y allá sin encontrar las puertas, enfermos y heridos saltan de sus lechos como espectros de sus tumbas, la esposa busca al protector esposo, la hermana llora á su perdido hermano, el amante defiende á su amada, el hijo busca al padre descrépito, la madre cariñosa abrazada al tierno infante procura salvarlo del hierro y del fuego, crece el tumulto y el estrago, óyense gritos desgarradores, blasfemias espantosas, juramentos de soldados, algaradas de los moros, choque de armas, voces de triunfo, lamentos de agonía...

De repente una doncella de estatura magestuosa y de sobrehumana belleza, tendida su cabellera de ébano sobre su airosa espalda, anegados en llanto los hermosos ojos y juntas las manos con ademan suplicante, atraviesa por entre los escombros y cadáveres llena de un valor sublime y resignada á sacrificarse por la salud del pueblo infortunado. Los guerreros árabes olvidan la matanza y dejan ociosos los aceros al contemplar la hermosa vírgen que despreciando el peligro se adelanta hácia ellos vestida de blanco como una luminosa aparicion, como una Sílfida nacarada, íris de paz y de consuelo entre los mortales.

El formidable guerrero, el terrible Munuza seguido de los mas valerosos de su ejército, se distinguia entre todos por su estatura heróica y por su semblante hermoso, aunque fiero y aterrador en aquel momento en que su cortadora cimitarra esparcia en torno suyo el duelo y la horfandad. ¡Cuán bien sentaba el militar arreo y el bélico furor al rostro varonil del gallardo árabe! Las gayas plumas de su acerado almete, los datilados borceguíes y el atavío oriental le daban un aspecto fantástico y seductor. Era Munuza alto y vigoroso, de pobladas cejas, de negra barba, aguileña la nariz, y sus ojos llenos de fuego y espresion brillaban como dos diamantes negros.

Cuando la doncella cristiana se presentó á su vista quedó fascinado por tan deslumbradora belleza, y enternecido de tan inmenso dolor como revelaba aquel rostro divino formado por las gracias y anublado ahora por el llanto.

—¡Señor! ¡Señor! Basta de víctimas y sangre; tended la vista por do quiera, y ved tan solo escombros, cadáveres y ruinas. ¡Valiente caballero! Una afligida doncella penetrada de dolor al ver sucumbir á sus amigos y compatriotas, viene á implorar de rodillas vuestra clemencia. Si teneis madre, si no os han engendrado las sierpes de la Libia, si vuestro corazon es capaz, como lo creo, de sentir alguna compasion, deponed vuestras iras, señor; mandad que cesen los vuestros en segar vidas; acábese ya la matanza y el incendio, y mostraos generoso y clemente como cumple á los héroes. ¡Ay señor! Harta desdicha es que nuestra ciudad caiga en vuestro poder; ya que suframos vuestro dominio, libertadnos de la crueldad y la venganza; si nos es contraria la fortuna, que nos sea propicia vuestra generosidad. ¡Esforzado guerrero! Decidme, ¿no hay por ventura madres, esposas, hijos y amantes en vuestro pais? Basta ya, señor, basta de furores. ¡Piedad! ¡Piedad para este pueblo desventurado!... Pero si es que necesitais aplacar vuestra sed de sangre, cortad mi cuello y derramad la mia.

Y la desolada y generosa jóven abrazaba las rodillas del guerrero y regaba sus piés con sus lágrimas.

Munuza, á vista de aquel llanto y de tan sublime abnegacion dictada por el deseo de salvar á todo un pueblo, sintió con-



LAM. 1.

"¡Señor! ¡Señor! Basta de víctimas y sangre, tended la vista por doquiera y ved tan solo escombros, cadáveres y ruinas"

vertirse su cólera en una emocion suave é indefinible de ternura y de admiracion, á la manera que el huracan suele trocarse en apacible y deliciosa brisa.

Y fijando sus árabes ojos en la jóven, preguntó:

—¿Quién eres, encantadora vírgen, tan angelical y pura, tan compasiva y buena? Sin duda has venido del Eden para sembrar de flores mi camino. No es posible sino que seas alguna Hurí enviada por el Profeta para salvar esta ciudad rebelde. Levántate, señora mia, yo soy el que debe prosternarse á tus plantas, porque yo soy tu esclavo, manda y obedeceré... ¿Quién eres? ¿No me quieres decir tu nombre, gallarda nazarena?

—Mi nombre es Hormesinda, y soy hermana del gran Pelayo, el mas valiente en las las lides y el mas generoso con los vencidos.

El bizarro Munuza pareció sorprenderse en estremo al oir semejante revelacion.

Despues de algunos momentos en que permaneció arrobado y estático contemplando la maravillosa hermosura de Hormesinda, esclamó:

—Eres una heroina, así como tu hermano era un héroe.

—Y lo es y lo será, añadió con entereza la altiva cristiana.

Munuza hizo un movimiento asaz significativo que no pasó inadvertido para Hormesinda. En vano intentó despues el compasivo árabe ocultar su turbacion y su imprudencia á los ojos de la jóven, que con la mas cruel ansiedad preguntó:

—¿Por qué decís que era un héroe? ¿No lo es ya? ¿Ha cometido por ventura alguna accion indigna?... ¿Ha muerto tal vez?

El bizarro guerrero fingió no haber oido esta pregunta, y respondió:

—Hermosa nazarena, por tu generosa mediacion desde ahora se suspende la guerra en esta ciudad; renazcan la paz y la dicha, que los tristes sean contentos y el fragor del combate truéquese en gritos de júbilo y en canciones de amor. ¿Qué no haria yo por complacerte, bella cristiana? Corre, vuela á anunciar á los tuyos que tu hermosura y abnegacion les han libertado de mi furor y de la muerte.

Hormesinda escuchaba con encanto las lisonjeras palabras del árabe. Este dió órden á varios de sus oficiales para que inmediatamente se suspendiese el combate, que aun duraba sangriento y reñido en algunos ángulos de la ciudad. La hermosa doncella, sin embrgo, estaba llena de angustia por el presentimiento que la atormentaba de la pérdida de su querido hermano.

—¡Ah! esclamó, decidme por piedad, decidme si por ventura ha sucumbido Pelayo, sacadme de esta cruel incertidumbre, que me asesina aun mas que la verdad misma... Yo tendré valor para resistir la nueva fatal; creedme, noble caballero, yo no temblaré al saber que mi querido hermano ha muerto como un valiente. ¡Es tan bella la muerte de los héroes!

El terrible Munuza, no obstante la fiereza de sus costumbres y carácter, se estremecio al pensar lo que padeceria la jóven si llegaba á saber que el gran Pelayo habia sido muerto por la traidora mano de un asesino. Así es que se decidió á ocultar á todo trance la funesta noticia, logrando al fin tranquilizar á la encantadora Hormesinda. Fácilmente se comprenderá el sentimiento de admiracion, de lástima y de amor, que en tan breves momentos habia inspirado la heroina cristiana al indomable guerrero, que la deboraba con sus ojos brillantes de ternura.

La bella Hormesinda por su parte permanecia clavada delante del gallardo guerrero, palpitante y trémula al impulso de un nuevo sentimiento que acababa de brotar en su inocente corazon cual brota la chispa del pedernal herido por el acero. La fascinacion era mútua, el arrobamiento era igual, el amor habia disparado á un mismo tiempo dos agudas flechas impregnadas de su dulce ponzoña.

En aquel momento llegó precipitadamente un anciano todo pálido y turbado á la presencia del caudillo árabe. Era el duque de Cantabria, el tio de Hormesinda, que habiendo notado su desaparicion, temblaba por su suerte y la buscaba dispuesto á salvarla aun á costa de su última gota de sangre.

—¡Hija mia! esclamó el cariñoso anciano. ¡Querida Hormesinda! ¿Por qué te encuentro en este sitio?

Y Veremundo fijó una mirada inquieta y casi amenazado-

ra en Munuza y en el grupo de guerreros que le rodeaba.

Hormesinda le informó en breves palabras de la resolucion que habia tomado durante el incendio y la pelea, y de la favorable acogida que habian merecido sus ruegos al general enemigo.

Veremundo entonces se dirigió á Munuza, y con voz grave, pero en que se revelaba cierto acento de gratitud, dijo:

—Señor, en nombre de este mísero pueblo os doy las gracias porque os habeis mostrado clemente y sensible al llanto de mi adorada sobrina, cuya sangre generosa ha demostrado en esta ocasion esponiéndose al peligro y á la violencia por salvar á los suyos. Lo que no ha podido conseguir nuestro esfuerzo, lo ha alcanzado el valor sereno y la feliz inspiracion de una débil doncella.

Y el anciano, volviéndose á su sobrina, continuó con entusiasmo:

—Amada Hormesinda, estoy contento y orgulloso de tí; eres digna de mi amor, de la gratitud de los cristianos, y te has manifestado valiente y generosa como cumple á la hermana de Pelayo.

Hormesinda se sonrojó al oir tales palabras. Acaso en aquel momento consideraba que la hermana del héroe cristiano estaba muy próxima á olvidar su nombre por el amor de un infiel. Tan profundamente se habia grabado en su corazon la imágen del gallardo Munuza.

—Vamos al alcázar, dijo Veremundo ofreciendo su brazo á la encantadora doncella.

—¿En dónde vives? preguntó el moro.

—En el palacio de los duques de Cantabria, respondio el anciano.

—Pues allá iré á acompañarte.

Y el formidable guerrero siguió á Veremundo y á Hormesinda con semblante apacible y bondadoso.

La belleza verdadera es la armonía visible del alma, cuyo prestigio es divino, es la lira delicada y suave que, como Orfeo, amansa hasta á los tigres.



IV.

MORAYMA.



L otoño habia sucedido á los ardores del verano, las noches serenas y de apacible luna se habian trocado en esas noches dulcemente melancólicas de nacarados celages y de rumorosas brisas que despiertan en el alma una tristeza particular tan grata á veces como la misma alegria. Las aves viajeras reunidas en numerosas bandadas revoloteaban en torno de las torres y edificios donde anidáran, como si quisieran despedirse de la morada de sus amores, y se disponian á partir en busca de otros climas. Los bosques comenzaban á desprenderse de sus verdes hojas, las flores se marchitaban, los pajarillos saltaban silenciosos por las descarnadas ramas, y los ganados corrian por las praderas, ya despojadas de verdura, balando ronca y tristemente. El cielo estaba cubierto de pardas nubes, las primeras lluvias habian aplacado la sed abrasadora de la tierra, y el aire lleno de humedad y frescura exhalaba ese olor particular y terroso que caracteriza la abundante estacion de Baco y de Pomona coronados de pámpanos y frutas. Los rios principiaban á hincharse amenazando las riberas con sus corrientes turbias é impetuosas, y durante la noche se agitaban algunas ráfagas de viento frio que parecian



Lit. de S. Gonzalez Madrid

Moreno lit.

MORAYMA

ser precursoras del soplo estéril y helado del invierno que muy pronto cubriria de luto á la naturaleza entera.

Los tibios rayos de un sol de otoño doraban la cima de los montes que se estienden al norte de la morisca Córdoba; era una tarde apacible cuya luz serena y plácida despertaba en el corazon mil suaves y deliciosas emociones, convidando entre los árboles y flores á las sabrosas pláticas de amor. En la arábiga ciudad, dulcemente adormecida por el murmurio del Guadalquivir, parecia que se respiraba una atmósfera de ternura indefinible y grata melancolía.

Suntuosos edificios se levantaban en el recinto de la antigua *Colonia Patricia;* pero entre todas aquellas opulentas creaciones del arte, llamaba la atencion mas particularmente un magnífico palacio situado hácia el poniente de la poblacion. Aquel bellísimo alcázar pertenecia al anciano Ibraim, padre de Munuza y de Morayma, la mas bella de las hijas del Oriente.

Era al caer la tarde, cuando sintiendo la necesidad de respirar el aire libre, la hermosa Morayma habia bajado al jardin acompañada de su esclava Jarifa. Iba vestida la hermana de Munuza con estraordinaria magnificencia; llevaba una especie de zagalejo riquísimo matizado con flores caprichosas y de diversos colores, y sus piernas de ideales contornos, blancas y tersas como el mármol de Páros, estaban cubiertas de brillantes axorcas hasta la garganta del diminuto pié, calzado con lindas babuchas de tafilete carmesí primorosamente bordado de oro. Sus brazos casi desnudos y su torneado cuello estaban adornados de brazaletes y collares, y un blanco y ligero velo se desprendia de su cabeza hasta su esbelta cintura formando graciosos y ondulantes plieges.

Apenas contaba la gentil Morayma cuatro lustros, y era de gallarda estatura, de cabellos sedosos y negros como las alas del cuervo, de tez suavísima, transparente y de un moreno claro. Su rostro de un óvalo perfecto dividido por una nariz de estraordinaria pureza, é iluminado por dos ojos negros, lánguidos y hermosos, constituian ese bello tipo de las mujeres árabes, cuya espresion á la vez melancólica y apasionada subyuga el corazon con una fuerza irresistible.

A juzgar por su semblante, la bella musulmana debia padecer el tormento de una pasion profunda, ardiente é infinita, como lo es siempre la pasion primera que se enseñorea de nuestro ser. Una tinta de palidez y dolor grababa ahora en aquel rostro, algunos meses antes sonrosado y alegre, todas las angustias de un amor tan intenso como desgraciado. Sus ojos enrojecidos y el círculo azulado que los rodeaba, daban harto á entender las largas horas de llanto y de insomnio de la agraciada y noble Morayma.

Jarifa, jóven risueña, de tez muy morena y de ojos espresivos llenos de malicia y agudeza, era la esclava mas querida de Morayma, á quien divertian en gran manera sus dichos picantes y chistosos. La esclava por su parte, criada desde su niñez con su jóven señora, abrigaba hácia esta el mas sincero cariño, mereciendo por lo tanto ser tratada con evidente predileccion y confianza sin límites. Ella poseía todos los secretos de su ama, y era la que constantemente la acompañaba en sas paseos solitarios por el ameno y frondoso jardin en que á la sazon se encontraban.

Durante largo rato ambas jóvenes vagaron por las sombrías calles de árboles sumergidas en el mas profundo silencio, pues demasiado conocia la esclava que no estaba su señora muy dispuesta á oir sus acostumbradas palabras, casi siempre joviales y alegres. Al fin la hermosa Morayma, fatigada de su corto paseo, se detuvo junto á un dilatado estanque rodeado de algunos camapés de piedra y de frondosos nogales que retrataban sus verdes y hojosas copas en las transparentes aguas. Reclinóse en uno de los asientos de piedra, y con la megilla apoyada en la mano, seguia con su mirada turbia y triste las rápidas evoluciones de mil dorados pececillos que como joyas vivientes jugueteaban en el estanque. Quien hubiera visto en aquel momento la actitud dolorida é inmóvil de la gallarda mora, la hubiese comparado á la imágen de la tristeza.

La fiel Jarifa, acostumbrada de algun tiempo atrás á estos momentos de distraccion y melancólico abandono, seguia á su señora desde cierta distancia, procurando no interrumpirla en sus pensamientos, como si conociese que tales devaneos y deli-

ríos eran un consuelo para la enamorada doncella. Despues de sus largas meditaciones, Morayma exhaló un suspiro, y dos lágrimas ardientes empañaron sus hermosos ojos.

—¡Ay, Jarifa! esclamó con apasionado acento. Ya no puedo resistir por mas tiempo la devoradora llama que arde en mi pecho. ¡Funesto dia el que trajeron á mi presencia á ese hermoso esclavo cristiano que ha despertado en mi corazon un amor inestinguible! Si él fuera un príncipe árabe, si no profesára otra religion, si pudiera pedirme á mi padre por esposa... ¡cuán feliz, Jarifa, cuán feliz fuera Morayma! Pero no, el poderoso Alá ha dispuesto que la ardiente lava de mi pasion me consuma sin esperanza. ¡Oh sagrado Profeta! añadió elevando sus bellos ojos al cielo. Haz que el pecho de ese infiel sea el nido de mi alma, y yo te labraré un rico templo donde los fieles muzlimes acaten sin cesar tu nombre quemando inciensos y publicando tus grandezas en sus devotas oraciones... Yo lo amo, poderoso Alá, con todo el fuego de mi corazon. ¿Y no podrás tú hacer que el bello esclavo se rinda á mis caricias?

Y la hermosa Morayma retorcia sus manos con ademan dolorido y derramaba amargo llanto.

—Señora mia, dijo la esclava al cabo de algunos momentos, si es tan grande tu pasion, ¿por qué no tratas de remediarla?

—¿Y cómo? preguntó Morayma fijando sus negros ojos en Jarifa.

—Revelándole tu amor al cristiano.

—¡Oh vergüenza! ¿Yo misma he de decirle?...

—No hay otro remedio para tu mal.

—Yo tambien he pensado algunas veces en eso mismo; pero he desechado semejante idea como indigna de mi sexo, de mi amor y de mi nombre.

—Pues nada de eso que tú respetas, señora mia, lo respeta el amor, que es un tirano que quiere ser ciegamente obedecido: sigue mis consejos y verás como todas tus cuitas se acaban.

Morayma sacudió tristemente la cabeza, como dando á entender la imposibilidad de realizar sus amorosos deseos, entre los cuales aparecia irritada la sombra de su padre.

—Si yo me encontrára en tu lugar, muy pronto sería la mas feliz de las mujeres, añadió Jarifa.

—¿Pues qué harias?

—Una cosa muy sencilla, y que es estraño que no te se haya ocurrido; pero precisamente en estos casos los mas enamorados son los mas torpes.—¿Le quieres mucho?

—¡Y me lo preguntas! A fé, Jarifa, que nunca has estado mas necia, respondió la bella Morayma hiriendo el suelo con su diminuto pié colérica é impaciente.

—Es, señora mia, que si no le quieres mucho no puede realizarse mi proyecto.

—Pues entonces desde luego te digo que se ejecutará, porque le adoro con locura.

—Muy bien, así me gusta; cuanto mas vehemente sea tu pasion, mas fácil será el remedio. Ahora bien, ¿estás resuelta á dar libertad á tu amado?

—¡A darle libertad! esclamó la gentil Morayma con estrañeza. ¡Eso es! ¿Quieres que le abra la puerta de su prision para que vuelva á su patria, donde sin duda mil bellas cristianas se dispurán su amor? Al contrario, debo procurar que siempre sea mi esclavo, y que por ningun precio se rescate.

—Es que si le das libertad deberias seguirle. ¿Te encuentras con fuerzas?

Morayma permaneció algunos momentos pensativa, como si reflexionase profundamente en la proposicion que acababa de hacerle Jarifa.

—¡Mi querido padre! esclamó al fin la morena vírgen con los ojos preñados de lágrimas. ¡Abandonar á mi padre! No, no. ¡Jamás!

—En ese caso aun te queda un recurso que esta misma noche pondremos en práctica.

—¿Y cuál es? Habla pronto.

Jarifa paseó una mirada escrutadora en torno suyo como si quisiera asegurarse de que nadie absolutamente podia escucharlas, en seguida se aproximó á su jóven señora, y murmuró algunas palabras en su oido.

Morayma en un principio pareció sorprenderse; pero luego, haciendo un signo de asentimiento, respondió:

—Pues bien, todo se hará como dices.

—Yo tomaré las llaves.

—Nos recogeremos temprano y despues nos levantaremos á media noche.

Y así diciendo, Morayma se levantó ligera como una corza y se dirigió hácia su aposento seguida de su esclava.

Si el lector ahora quiere informarse de la suerte de algunos míseros cristianos, fuerza será que nos siga á una lóbrega mazmorra sumergida en tierra á bastante profundidad. En una larga série de edificios subterráneos construidos de piedra de sillería en el sitio mas apartado del palacio de Ibraim yacían enterrados vivos numerosos cristianos cautivados tanto en la batalla del Guadalete como en otros varios encuentros, y particularmente muchos de los que el afortunado Munuza aprisionára en el funesto combate que se trabó cerca del castillo de Santa Olalla, y que hemos indicado habia remitido á Córdoba con la custodia suficiente. Empleaban los conquistadores á los vencidos en los mas rudos trabajos, ya en la construccion de fortalezas y acueductos, ya en la agricultura ó en la esplotacion de las minas que en gran número beneficiaron en la rica Sierra Morena. Nada era mas comun que ver morir bajo el látigo y el palo de un cómitre feroz á un jóven delicado y enflaquecido por la desnudez y las privaciones, arrojando por la boca la sangre de su quebrantado pecho. Ancianos venerables caían encorvados por el peso de los años y de las brutales cargas que ponian sobre sus hébiles hombros, y que dejaban abandonados como una cosa inútil, mientras que los infelices arrastraban sus canas por el lodo en la última agonía. Algunos hijos que presenciaban tales escenas desgarradoras corrian al socorro de sus desdichados padres; pero ¡ay! eran separados rudamente de aquellos brazos queridos y moribundos á los homicidas golpes de los alfanges de la opresion. ¡Cuánto luto habia caido sobre la triste España! Los vencidos godos apuraban hasta la última gota el odioso y amargo cáliz que les ofrecia la pálida y trémula esclavitud.

Sin embargo, los cautivos que tenian el privilegio de exha-

lar el último suspiro en las rudas faenas á que les condenaban, debian considerarse felices en comparacion de los que continuaban sumidos en lóbregos y húmedos calabozos con una piedra por almoada, un mendrugo de pan por alimento, cargados de cadenas y privados de luz y aire. ¡Morir á los rayos del sol y al aire libre era un consuelo para el pobre esclavo!

Los que permanecieron reclusos eran los mas recientemente aprisionados y los que suponian ser de mas importancia ó ilustre rango entre los godos. Algunos, si se habian distinguido en presencia del tirano, es decir, de su dueño, por una mirada altiva, una palabra digna ó cosa semejante, eran tratados con mas lujo de horror y de crueldad para impedir que ni siquiera soñáran en evadirse ó sublevarse. No faltaban cautivos de este temple en el suntuoso palacio de Ibrahim. En una lóbrega mazmorra situada en los mas profundos sótanos del dilatado alcázar, se encontraban dos infelices cristianos sin mas esperanza que la muerte. El uno de ellos hacia algunos meses que desde los montes de Asturias habia sido arrastrado á aquella prision espantosa. La dignidad y fiereza conque habia respondido á algunas preguntas del orgulloso Ibrahim, fueron la única causa de que este le mandase encerrar en el mas horrendo calabozo de cuantos habia en su palacio, donde permaneció triste y solo el malaventurado caballero. Este fué el cautivo que por su valor y gentileza habia logrado inspirar el mas apasionado sentimiento de amor á la bella Morayma.—Algun tiempo despues tuvo el consuelo en su horrible soledad de que encerrasen en su compañía á otro noble cristiano, que por fortuna suya era su deudo y amigo. ¡Cuán grato é interesante fué aquel reconocimiento en el horror de un calabozo, ahora convertido en santo templo de la amistad! Desde aquel dia se creyeron ambos felices en medio de su abandono y suerte adversa.

El nuevo compañero del solitario cautivo era Atanagildo, hijo del anciano Veremundo, duque de Cantabria, quien lloraba muerto en la funesta batalla del Guadalete á su hijo único, ignorando, como ignoraba, su triste cautiverio. Ahora bien, el bello esclavo por quien tan tiernamente suspiraba Morayma no era otro que el desdichado y valiente Pelayo, que, como presu-

mirán nuestros lectores, no habia muerto, si bien tal era la voz que corria entre moros y cristianos.

El valeroso jóven, obedeciendo á una de esas inspiraciones misteriosas cuyo orígen ignoramos, á no suponerlas bajadas del cielo, habia pedido á un anciano pastor, pocos momentos antes del encuentro de Santa Olalla, que le oyese algunas palabras, circunstancia que acaso no haya olvidado el lector. Habiendo confiado su nombre y resolucion al anciano, este le prometió el mas absoluto silencio, accediendo de buen grado á la demanda del perseguido guerrero. Inútil parece decir que la tal demanda se limitaba solamente á pedirle un trage de pastor, que en breves instantes se vistió debajo de su armadura. Despues cambió su yelmo engalanado con una pluma negra por el de otro guerrero. Hay en la vida ciertos momentos críticos y solemnes en que presiente el corazon, aun á pesar de la cabeza, lo que ha de suceder. Pelayo, tipo de valor y de la hidalguía, temblaba, sin embargo, al pensar en morir asesinado, sin defensa, sin gloria ni provecho para su patria, cual si comprendiese que era su vida necesaria á la salvacion de los tristes restos del imperio godo. Ya hemos visto que sus temores no eran vanos, que sus presentimientos se habian realizado, si bien otro habia sido la víctima, no de la codicia vil de un asesino sediento de oro, como temia Pelayo, sino de las pérfidas y ruines maquinaciones de Gudila, maquinaciones que nunca se hubiera atrevido á sospechar del héroe cristiano.

Grande fué la sorpresa y placer de ambos cautivos cuando despues de reconocerse pudieron departir juntos de sus amargas penas y temores. Entonces comprendieron la verdad de que las desdichas comunicadas suelen aliviarse. Atanagildo, sin embargo, no se habia resuelto hasta entonces á confiar del todo á su amado Pelayo la cruel incertidumbre que desgarraba su corazon. Triste y taciturno, guardaba dentro del generoso pecho todas sus angustias por no afligir á su deudo y amigo. Quien hubiera contemplado á aquellos dos hermosos y gallardos cautivos sumergidos en el mas profundo silencio, rodeados de tinieblas, en un espantoso calabozo húmedo y fétido, los hubiera compadecido con toda su alma. Si hubiera penetrado una luz en aque-

lla lóbrega mansion, habria podido vérseles arrimados al muro, inmóviles como estátuas, turbios los ojos y exhalando de vez en cuando ahogados y fatigosos suspiros, que unidos al estremecimiento de sus pesadas cadenas, siempre que hacian el mas ligero movimiento, era el único ruido, siniestro y lúgubre, que turbaba el ámbito tenebroso de la mazmorra, tumba de piedra en que se encontraban vivos, separados del mundo, de la luz y de la esperanza. El húmedo y terroso pavimento era el lecho blando en que podian reposar sus ateridos miembros, el sueño huía de sus ojos en aquella eterna noche, y mil negros fantasmas de espanto y de terror agitaban su espíritu turbado. ¡Cuán lentas, frias y horribles pasan las horas en las prisiones de la esclavitud!

—¿Por qué suspiras esta noche mas que de costumbre? preguntó Pelayo al fin rompiendo el prolongado silencio.

—Porque se me ha ocurrido una idea espantosa que en vano he procurado desechar, respondió Atanagildo.

—¿Y por qué te afliges sin motivo? ¿Qué mas temes hoy que ayer?

—¡Ay, querido Pelayo! No son vanos mis temores; antes por desgracia son muy fundados.

—Cuéntame, amado Atanagildo, cuéntame todos tus temores. ¿Qué idea es esa que tanto parece inquietarte?

—Permíteme que no te aflija con mis dudas y recelos, que tal vez sean imaginarios.

—¿Crees por ventura que puede aumentarse mi afliccion? ¡Ay! Cuando el infortunio llega á estenderse como un manto fúnebre en todo nuestro ser, ningun terror puede aumentar las sombras de nuestro destino; cuando la esponja del dolor ha empapado hasta la última fibra de nuestro corazon, el Océano entero puede pasar por encima de él sin añadirle una gota mas de amargura.

—¿No crees que en medio de nuestra desgracia pudiera sucedernos otra mayor?

—La muerte sería menos triste que tan angustiosa vida.

—Hay tormentos mas crueles y dolorosos que la misma muerte.

—¡Ah! Demasiado lo sé por esperiencia.

—¡Si pudiéramos morir juntos!

—Sería nuestra único consuelo, y debemos abrigar tal esperanza, porque no es posible que mucho tiempo soportemos la vida en este sepulcro.

—¿Y si esta noche me separáran de tí y me mandáran degollar?...

—Calla, Atanagildo, calla por piedad... Tienes razon en decir que aun podemos ser mas desdichados. ¡Oh! ¡Si llegáran á separarnos!...

—Pues he ahí lo que yo temo.

—¿Y por qué? No, no, amigo mio, no es posible que nos veamos reducidos á semejante situacion. ¡Oh! Sería horrible la soledad del que se quedase en esta noche sin fin, en este ataud de piedra. Nuestra amistad es la única luz que penetra en las tinieblas que nos rodean, nuestra voz es una música deliciosa que nos impide oir por algunos momentos el ruido desconsolador de nuestras cadenas.—¿Qué has hecho para abrigar tales temores?

El buen Atanagildo permaneció mudo á esta pregunta.

Pelayo volvió á insistir:

—Amigo mio, ¿no merezco tal vez tu confianza?

—Temo el afligirte.

—Habla, yo te lo suplico.

—No lo he hecho hasta ahora por no aumentar tus pesares, querido Pelayo. Has de saber que yo fuí cautivo en la funesta batalla del Guadalete, á la cual no pude acudir hasta el último dia, pues tuve necesidad de atravesar toda la España desde Cantabria para llegar á tiempo ¡ay de mí! de ser apresado por el mas feroz de estos bárbaros infieles. Mi dueño, despues de los mas insoportables tratamientos, nos condujo á una suntuosa quinta, poco distante de esta ciudad, que le habia tocado en suerte en el repartimiento que han hecho los conquistadores de las tierras y heredades de nuestros hermanos. Allí nos obligaba á cultivar el suelo de nuestra patria y á regarlo con las lágrimas de la esclavitud. Entre los muchos cautivos que despues hicieron sus gentes, se encontraban varias cautivas, á las que

trataba con la misma bárbara crueldad que usaba para con todos, y les exigia ademas las complacencias mas brutales y vergonzosas. Entre las muchas infelices que maldecian su adversa suerte, se encontraban una anciana y una jóven, hija suya y dotada de estraordinaria belleza. Jamás mi corazon habia palpitado de amor, pero á vista de tanto infortunio y hermosura, no pude permanecer insensible, y hasta las mismas rocas la hubieran amado y compadecido á un mismo tiempo. Yo, siempre que tenia ocasion, las consolaba y ayudaba en sus trabajos, pues nuestro amo cada dia les imponia mas rudas tareas, con la intencion torcida de que cansada la jóven de tantos sufrimientos, accediese al fin á sus torpes deseos. Una tarde, ya puesto el sol, entraba yo en la quinta, y en una galería del patio presencié una escena tan patética como irritante. El vil Aliatar, pues así se llamaba mi amo, tenia asida de sus vestidos á la hermosa cautiva, queriéndola arrastrar por fuerza hácia un aposento inmediato y sito en la misma galería. La virtuosa cristiana estaba abrazada á su madre, que con sus manos descarnadas procuraba defender á su hija, mientras que ambas llorosas y suplicantes rogaban al enardecido moro que desistiese de su criminal intento. La actitud y las palabras de aquellos dos séres débiles y desolados partian el corazon...

—¡Ira de Dios! interrumpió Pelayo, cuya alma generosa no podia oir este relato sin conmoverse ni irritarse.

Atanagildo continuó:

—El impetuoso y ciego Aliatar, cansado de tanta resistencia, y deseoso de poner término á aquella lucha que le impedia realizar un crimen, dió un fuerte empellon á la infeliz anciana, que cayó sobre el duro pavimento, hiriéndose la frente en su caida. La pobre madre quedó inmóvil, privada de sentido, con las manos crispadas de furor y de angustia y el rostro todo ensangréntado. Aliatar entre tanto arrastraba brutalmente á la doncella, que acertando á verme en aquel momento, estendió hácia mi sus brazos, y con una ansiedad infinita imploró mi auxilio en tan apurado trance.

—¿Y tú qué hiciste? preguntó Pelayo vivamente.

—Yo la amaba con locura, su afliccion era estrema, mi furor

era inmenso, la sangre me hervia en las venas: ella era una vírgen tímida, hermosa y desdichada; yo un caballero, jóven y fuerte, y que á mayor abundamiento la idolatraba. ¿Qué habia de hacer? Arrojarme como un tigre sobre el ruin Aliatar, derribarlo en el suelo, y con una enorme piedra que hallé á mano, antes que ni siquiera pudiese exhalar un grito, le aplasté el cráneo como á un reptil inmundo.

—¡Bien, Atanagildo! ¡Hiciste muy bien! ¡Yo hubiera hecho lo mismo en tu lugar! esclamó Pelayo entusiasmado.

—La encantadora y afligida Rosmunda cayó en mis brazos y clavó en mí una mirada tal de agradecimiento y ternura, que solo pueden comprenderla los amantes. Por conseguir aquella mirada de sus hermosos ojos hubiera yo sido capaz de incendiar el universo; pero ¡ay! aquella felicidad suprema era demasiado celestial para que durára mucho tiempo en la tierra. Fué un metéoro brillante y seductor que lanzó una luz divina en la negra tempestad de dolores en que se hallaba envuelta mi alma, una ilusion refulgente, pero fugitiva, que voló mas ligera que los fantasmas de un sueño. ¡Cuántas amarguras me aguardaban!

—¡Ah! Es verdad, buen Atanagildo. Yo olvidaba que eres un mísero esclavo. ¿Te descubrieron tal vez?

—En seguida acudimos á socorrer á la madre de Rosmunda. La infeliz anciana estaba muerta. ¡Figúrate cuál no sería el dolor de su hermosa hija y la afliccion que en mí no causaria tan desastroso suceso!

—¿Y no te vió nadie dar muerte á tu amo?

—Algunos cautivos cristianos que detrás de mí entraron en el patio de la quinta fueron los únicos testigos de esta escena; luego acudieron los servidores y escuderos musulmanes, que aterrados á vista de la catástrofe, comenzaron á preguntar quién era el autor de la muerte de su señor. Entonces comprendí que mi fin era inevitable; pero la hermosa Rosmunda, respondiendo á las preguntas que le hacian, dijo que su madre, despues de herida injustamente por Aliatar, habia encontrado fuerzas en su desesperacion para arrojarle aquella piedra que le habia privado de la vida. Por mas inverosímil que les pareciese esta

esplicacion, hubieron los moros de contentarse con ella. La encantadora Rosmunda, con esa prontitud de ingenio que distingue á su sexo, trató de culpar á la muerta, fuera ya de la jurisdiccion de la tiranía y de los dolores, por tal de salvarme de la venganza cruelísima que de mí hubieran tomado los infieles, si á saber llegasen que era el matador de Aliatar. Yo estuve á punto de descubrir francamente la verdad; pero una mirada en estremo significativa de la llorosa doncella me manifestó su deseo de que permaneciese mudo. Yo la obedecí, porque en aquel momento temblaba tambien por ella, que acaso necesitaria de mi proteccion. En seguida interrogaron á los demás cautivos cristianos, que se apresuraron á confirmar el cuento de la jóven. Yo les lancé una mirada de gratitud, porque ellos sabian tan bien como yo mismo la verdad del suceso.

—¡Ah, nobles godos! esclamó Pelayo, la desgracia los ha engrandecido.

—Sin duda alguna en aquella ocasion crítica obraron con una fraternidad que no me hubiera atrevido á esperar de su miserable estado. Por entonces quedó envuelto en el misterio este acontecimiento; pero Aliatar era pariente muy cercano de Ibrahim, y el único que debia heredar todos sus bienes y cautivos, por cuya razon nos condujeron á su alcázar y presencia. De nuevo interrogó este á todos los cristianos para que declarasen, bajo las mas terribles amenazas, quién habia sido el autor de la muerte de su deudo. Todos, sin embargo, respondieron exactamente lo mismo que antes habian dicho.—Un negro, escudero de Aliatar, manifestó á Ibrahim sus sospechas de que yo fuese el matador mas bien que la débil anciana. Rosmunda estaba presente, y aseguró con imperturbable serenidad mi inocencia; yo entre tanto continuaba silencioso y casi avergonzado de la generosidad de la doncella y de mis compañeros de cautiverio. Mil veces estuve tentado por arrancarme la máscara; pero ¡ay, Pelayo! fui débil. La seguridad de una muerte inevitable y la risueña esperanza de verme libre algun dia con mi adorada Rosmunda, me contuvieron. Luego Ibrahim con su ademan orgulloso y altanero me dirigió algunas preguntas, á las cuales respondí con mas orgullo y altanería. Entonces me arrojó de su

presencia y mandó conducirme á esta mazmorra, donde, á pesar de nuestro comun infortunio, tuvimos la inesperada dicha de encontrarnos.

—Y bien, ¿cuáles son tus temores?

—Antes de salir del aposento de Ibrahim me amenazó este que no omitiria ninguna diligencia para averiguar si efectivamente yo era, como él tambien sospechaba, quien habia dado muerte á su deudo Aliatar, y que como llegase á descubrirlo que me habia de ahorcar de un pié, es decir, con ese maldito suplicio que acostumbran estos bárbaros infieles, y que consiste en colgar á un hombre con la cabeza para abajo hasta que lo ahoga la sangre.

—Sus diligencias, observó Pelayo, de seguro habrán sido infructuosas, pues de lo contrario, ya hubieran venido á cumplir sus amenazas.

—Es que yo temo, y con harto fundamento, que tarde ó temprano se descubra mi hazaña por los demás cautivos, ya sea que cedan á las amenazas de Ibrahim, ya por alguna indiscrecion que, aun supuesta la mejor buena fé, es imposible preveer y evitar.

—Respecto á eso, amado Atanagildo, tengo mis razones para tranquilizarte de un todo.

—¿Y cuáles son?

Pelayo refirió á su amigo y deudo lo que ya sabe el lector acerca de su falsa muerte universalmente creida, gracias al asesinato y providencial equivocacion de Berengario, víctima de su codicia y ciego instrumento de las pérfidas y ruines maquinaciones de Gudila.

—Cuando el asesino, añadió Pelayo, se presentó á Munuza con la cabeza ensangrentada que dijo era la mia, ya puedes figurarte cuán profunda sería mi emocion. Entonces temí que algunos de los mios me descubriesen, si no por mala intencion, al menos por algun movimiento de indiscreta sorpresa, una palabra intempestiva, ó cosa por el estilo. Y en efecto, todos los cristianos que fueron aprisionados en el encuentro de Santa Olalla lanzaron un grito de horror al oir la nueva de mi muerte, despues muchos ojos se fijaron en mi semblante, algunos labios

se dilataron con una sonrisa imperceptible, varias aclamaciones de alegría fueron reprimidas, yo me llevé un dedo á los labios imponiendo silencio con un ademan, todos nos entendimos con la rapidez del pensamiento, los infieles creyeron mi muerte como cosa segura é indudable, y nadie hasta ahora ha revelado mi nombre ni mi existencia. Y casi estoy seguro de que ningun cristiano hará patente este secreto, del cual depende mi vida.

—¡Ay, Pelayo! Despues de lo que acabas de referirme, mis recelos se aumentan no solo por el riesgo en que me hallo, sino por el que á tí tambien te amenaza.

—Yo creo, Atanagildo, que ninguno se atreverá á hacer revelaciones que nos puedan ser funestas. ¿Qué interés tienen en hacernos daño? Hasta ahora ya ves que nadie ha revelado tu homicidio ni mi nombre, y estoy seguro de que continuará el mismo silencio.

—Yo, por el contrario, temo á cada instante por nuestra suerte. La maldicion del cielo pesa sobre la esclavitud, los hombres se envilecen bajo el peso de las cadenas, y por un puñado de oro para quebrantarlas y rescatarse, acaso haya quien descubra todo al orgulloso Ibrahim, y entonces... ¡desgraciados de nosotros!

—¡Jamás, Atanagildo, jamás! Es necesario creer que no es una mentira la virtud entre los hombres.

—Enhorabuena; pero hay tambien hombres muy malvados. Recuerda que no hace mucho tiempo hubo quien por la esperanza de un crecido premio cortó la cabeza de un guerrero cristiano creyendo que era la tuya. Un indiscreto, un codicioso, un mísero esclavo que anhele su libertad mas que nuestra vida, basta para perdernos irremisiblemente. ¡Ay! No todos los hombres son héroes.

El buen Pelayo suspiró, no pudiendo menos de reconocer la desconsoladora verdad que encerraban las palabras de Atanagildo.

Ambos permanecieron durante algun tiempo silenciosos y entregados á tristes reflexiones.

—¿Oyes, Pelayo? dijo de pronto Atanagildo; suena ruido

de pasos y de puertas que se abren: ¡ay! llegó el momento de morir.

—Pues bien, moriremos como esforzados, y enseñaremos á los viles tiranos que ni las cadenas ni la muerte aterran á los buenos.

Y los desdichados cautivos se estrecharon afectuosamente las manos, aguardando con serena intrepidez los rigores de su destino.

En aquel momento se abrió la puerta de la mazmorra, que se inundó de un vivo resplandor.





CAPITULO V.

LA VIRTUD DE UN CABALLERO.



uánta fué la ansiedad que durante algunos momentos fatigó el turbado espíritu de los infelices esclavos! Pero su agonía se cambió de repente en la mas inesplicable sorpresa, cuando en vez de los sayones de Ibrahim vieron aparecer á su hija en la mazmorra, como cuando en una noche oscura rasga su crespon de nubes y aparece de pronto la plateada luna. Ambos cautivos, deslumbrados por la hermosura incomparable de Morayma, se creyeron juguetes de un venturoso sueño. Como hacia tanto tiempo que no habian visto la luz, sus ojos estaban turbados y no acertaban á esplicarse aquella visita, tanto mas agradable cuanto era menos esperada. Durante algunos minutos la apasionada Morayma permaneció delante de los cautivos muda, inmóvil y con el rostro encendido como una cereza.

Algun tanto repuesto de su sorpresa Pelayo, se adelantó hácia la bella mora, diciendo:

—¡Que el cielo os guarde, encantadora jóven! ¿Cómo han



Lám. 2.

« ¿Venís tal vez á comunicarnos nuestra última hora? ¡Felices nosotros si al menos recibimos nuestra sentencia cruel de una boca tan bella!»

podido merecer dos míseros cautivos el que vengais á su lóbrega prision? ¿No habeis temido que vuestro pecho se fatigue respirando este aire mefítico, y que se humedezcan vuestros hermosos ojos al contemplar este cuadro sombrío de amargura y desesperacion?

Morayma fijó una mirada de infinita ternura en el gallardo cristiano, exhaló un doloroso suspiro, y trémula, llorosa y sonrojada, volvió á inclinar su cabeza.

Pelayo, á vista de tanta hermosura, y sobre todo de aquella turbacion inesplicable, cambió una mirada de angustia con Atanagildo, el cual creyó tambien que habia llegado el momento fatal de su separacion ó de su muerte.

—¿Venís tal vez á anunciarnos nuestra última hora? ¡Felices nosotros si al menos recibimos nuestra sentencia cruel de una boca tan bella!

Y esto diciendo, el hijo de Favila procuró dar algunos pasos, aunque trabajosamente, hácia la bella mora, que lanzó un grito desgarrador. El infeliz Pelayo apenas podia moverse bajo el peso de la bárbara cadena que desde la cintura le caia hasta los tobillos, enlazándolos á la manera de un grillete. Morayma comparó el rostro encendido y lozano del gallardo cautivo cuando lo vió por la vez primera con la palidez mortuoria que á la sazon cubria su semblante desencajado. Antes, aunque cautivo, gozaba al menos del sol y del aire; ahora, sumergido en el horror de aquel calabozo, estaba enflaquecido, pálido y marchito como una flor privada de céfiro y de luz.

Morayma contemplaba á los cautivos con profunda compasion; pero evidentemente le era muy penoso el romper aquel obstinado silencio que le imponia su femenil pudor. Y mirando á su fiel Jarifa, que con una luz en la mano y varias provisiones en la otra le seguia, le hizo una señal que al punto comprendió la lista esclava.

—Aquí os dejo estos manjares y estos abrigos para endulzar en algun tanto vuestra situacion.

Y Jarifa colocó un cesto y algunas pieles y mantas en un rincon de la mazmorra. En seguida, dirigiéndose á Atanagildo, añadió:

—Ven, nazareno, y me acompañarás en la puerta para estar de vigía por si alguien viene á sorprender á mi buena señora.

La esclava dió la mano á Atanagildo, y ambos se colocaron en la puerta como si efectivamente debiesen temer que algun importuno á tales horas pudiera bajar á aquel profundo sótano.

Cuando la gentil Morayma se encontró sola en compañía de Pelayo, hubieran podido oirse los latidos de su corazon. Tan turbada estaba y tan intenso era el amor que le habia inspirado el noble hijo de Favila. Este la contemplaba con gozo, con admiracion y estrañeza á un mismo tiempo, no sabiendo qué pensar de aquella aparicion inesperada, gratamente sorprendido de tanta belleza, pero tambien receloso de aquel silencio tan prolongado. Al fin la hermosa doncella esclamó:

—Nada temas, bizarro nazareno, pues ninguna mala nueva tengo que anunciarte, segun me has dicho sospechabas; al contrario, mi venida á esta prision solamente ha sido para consolarte, pues desde el punto en que te vi lograste inspirarme la mas profunda compasion...

—¡Ah! esclamó Pelayo con el acento de la mas tierna gratitud; sin duda eres la encantadora Morayma, cuya fama de hermosura y de bondad anda de boca en boca entre los cautivos. Yo te agradezco con toda mi alma tu cariñosa solicitud; te has acordado de dos míseros esclavos que están próximos á sucumbir en este sepulcro de piedra. ¡Oh! Mas es eso de lo que yo merezco y de lo que pudiera pagar, aun cuando fuese un rey. ¡El cielo bendiga tu frente jóven y pura, y te conceda largos y felices dias para consolar á los tristes!

—¿Te maravilla acaso mi conducta, gallardo nazareno?

—Confieso francamente que no es muy comun en los de tu raza la generosidad de tus sentimientos.

—¡Ay! Solo el poderoso Alá sabe cuánto destrozan mi corazon las escenas de sangre y de violencia que á cada instante estoy viendo y oyendo. ¡Nunca saliera de mi hermosa Arabia para ser testigo de tantas lágrimas que no puedo enjugar!

—¡Adorable criatura! esclamó Pelayo entusiasmado al oir las generosas palabras de la jóven, que continuó:

—Desde que he venido á este pais, donde solo resuenan gri-

tos de dolor y ruido de cadenas, me horrorizan los mios, y creo que tienes razon al decir que no son muy humanos. Jamás oí entre los musulmanes esas palabras de ternura y llenas al mismo tiempo de respeto que vosotros prodigais á vuestras mujeres. ¡Cuán felices deben ser los amantes entre los cristianos! ¿No es cierto que no tienen mas que una esposa?

—Ciertamente, entre los cristianos está prohibido el tener mas de una esposa, porque nosotros tratamos á la mujer como á compañera, como á la mas bella creacion de la divinidad, que nos enseña á amarla y respetarla como complemento de nuestro ser. En suma, el varon es un individuo, la hembra es un individuo, ambos juntos es lo que verdaderamente constituyen el hombre en la mas estensa acepcion del pensamiento, de las afecciones y de la reproduccion. Los esposos cristianos dividen entre sí sus placeres y alegrías, sus dolores y tristezas, son una misma voluntad tierna y apasionada que tan admirablemente espresan hasta los pastores cristianos cuando dicen: «Son dos cuerpos y un alma.»

—Sí, sí, esclamó la jóven llena de júbilo, las leyes divinas de la naturaleza son mas poderosas y dulces que las instituciones egoistas y opresoras de los hombres.—Yo he nacido por mi mal y he vivido siempre entre los que miran á la mujer como una flor preciosa y agradable que pierde todo su mérito cuando se marchita, sin que busquen en su cáliz delicioso otro aroma sino el que pueda recrear á sus sentidos; pero ¡ay! no buscan el ideal perfume del alma, la virtud y el amor de un corazon que eterna y esclusivamente se les consagre. Nuestros poderosos tienen en cada Harem un ramillete de varias flores que van deshojando una á una, y que reemplazan luego con flores nuevas, en tanto que vosotros colocais sobre el corazon la rosa de los amores aun cuando ya esté marchita y deshojada. Vosotros adorais á una sola mujer, y cuando la nieve de los años ha blanqueado vuestros cabellos y no podeis ser amantes, á lo menos sois amigos tiernos y respetuosos... Sí, el sublime Alá, al formar mi seno para el amor, me ha infundido tambien el sentimiento de mi propia dignidad. ¡Oh! ¡Cuán felices son las nazarenas!

Pelayo escuchaba con éstasis el idealismo amoroso y el pintoresco lenguage de la bella mora.

—¡Parece increible! esclamó. Jamás soñé encontrar entre los moros tanta bondad, discrecion y hermosura. ¡Encantadora doncella! ¿Quién ha podido inspirarte tanta nobleza y ternura de sentimientos?

—Ya te he dicho que el poderoso Alá.

—¿Y quién te ha informado tan bien de las costumbres de los cristianos?

—Un cautivo que hace ya bastante tiempo está á mi servicio. Él me ha referido las costumbres de vuestros castillos, los torneos de vuestros caballeros, los amores de vuestras damas, los cuentos y tradiciones de vuestras infantas y guerreros, y por último, la historia triste é interesante de Pelayo y de Florinda. ¡Cuántas veces me ha hecho derramar lágrimas la afrenta de la hermosa nazarena! ¡Cuántas veces he maldecido al ruin monarca! ¡Cuánto tambien he compadecido al tierno y malogrado Pelayo! ¡Oh! Si las moras encontráran tales amantes, serían tan felices como las Huríes del Edem... Sí, si, gallardo nazareno, yo amo con locura, las moras aman con frenesi, porque el ardiente sol que brilla en las abrasadas campiñas de la Arabia ha encerrado en nuestros pechos todo el fuego del amor, todo el fuego ¡ay de mi! que nos devora y nos consume sin que jamás encontremos un objeto digno de prodigarle el inmenso tesororo de nuestra ternura.

El hijo de Favila, al oir que Morayma sabia su historia y que le creia muerto, se conmovió profundamente y estuvo á punto de descubrir su nombre.

La hermana de Munuza continuó:

—¡Tristes de las que nacieron en mi hermosa patria! ¿De qué nos sirven tu sol y tus flores, tus noches serenas, tus lagos tranquilos, tus altas palmeras y tus naranjos cubiertos de azahar? ¿De qué nos sirven, si no podemos entregarnos jamás en tus jardines en las hermosas noches de la primavera á los dulces coloquios del amor? ¿De qué nos sirven tus plácidas tardes y tus rosados crepúsculos, si al contemplar estos bellos momentos de la naturaleza estamos solas como la palmera del desierto, sin

que un hombre querido nos acompañe en la enramada herida por los rayos de oro y púrpura de un sol poniente? ¡Ay, gallardo nazareno! Tú no sabes cuántas noches de luna en mis gratos y amorosos devaneos me paseaba por los solitarios vergeles de la Siria anhelando en mi misterioso frenesí encontrar un bizarro guerrero que me ofreciese su amante corazon para entregarle el mio; tú no sabes cuán grande es el tormento de las moras cuando les dán un esposo que reparte su alma entre otras rivales como las perlas de un collar ó las hojas de una flor, y no conocen que las perlas y las hojas separadas no pueden formar ni una rosa ni un collar que perfume y encadene el corazon deborado por los celos.

—¡Mujer divina! esclamó Pelayo, seducido y fascinado por las palabras de Morayma.

—¡Cuán desgraciada he nacido! En este pais á cada instante están hiriendo mis ojos escenas desgarradoras, escenas de opresion y de barbarie; en mi patria eran vanos mis ensueños de oro, mis dulces delirios de amor...

—¡Oh, seductora vírgen! interrumpió el hijo de Favila. ¿Quién ha podido seguirte por ese cielo que has pintado con tus palabras de ángel y vanagloriarse despues de no haber amado nunca? ¿Quién no siente palpitar su corazon al oir las ansiedades, los delirios, los divinos vuelos de tu alma vírgen y pura llena de amor y de entusiasmo? Yo te contemplo, bella Morayma, poseido de admiracion y de ternura, adoro tu bondad, comprendo tus dolores y respeto tu dignidad de mujer tan estraña en las de tu raza. Pero aqui en la corte sanguinaria de los nuevos Emires de Córdoba, ¿qué puedes hacer, encantadora flor del Oriente, sino llorar en vista de tantas amarguras? Este cielo es mortífero para tales flores. Cebarán tus bellos ojos en sangre, el rumor de las cadenas herirá tus oidos, y acaso te obligarán á que aceptes por esposo al mas bárbaro y cruel de vuestros guerreros.—Los tuyos no conocen mas Dios que la violencia, y sin duda violentarán tu amor, tímida y pura doncella... ¡Oh! Si yo no estuviera cautivo, si estas cadenas no dobláran mis brazos, yo seria tu defensor, adorable criatura, yo seria el ángel de tu guarda.

—Y lo serás, gallardo nazareno, porque yo quebrantaré tus cadenas y las de tu pobre amigo que ha estado á punto de morir.

—¿Sabes tú acaso?...

—Que dió la muerte á mi deudo Aliatar; pero yo intercedí con mi padre, y habiéndole dicho que considerase lo que haria si me viese en el peligro que se encontró la jóven nazarena, logré desarmar completamente la cólera de mi padre, que mandó al punto suspender su muerte.

— Y quién ha dicho que mi amigo sea culpable?

—Un cautivo á quien se le ofreció la libertad en cambio de su declaracion, y el cristiano refirió todo tal como habia sucedido.

Pelayo exhaló un profundo suspiro recordando cuán fundadas eran las sospechas de Atanagildo, y pensando cuánto rebaja la dignidad del hombre el yugo vil de la esclavitud.

Morayma continuó:

— Sí, yo os daré la libertad, desgraciados nazarenos, yo quiero emplearme en destruir la obra amasada con lágrimas y sangre que levantan los mios; esto será una compensacion que el gran Profeta brinde á vuestros sufrimientos. Por lo demás, no temas que yo pueda ser víctima de la violencia con respecto á los amores de mi corazon, antes la muerte segará mi cuello que yo sucumba á ser tratada como lo son generalmente mis hermanas. Yo ofreceré todo, todo mi amor al hombre que yo misma elija; yo no daré mi amor mas que una sola vez! pero será para siempre, mi ternura no hará dichoso mas que un solo hombre; pero esta dicha será divina, eterna, inesplicable.—En cuanto á tus ofertas yo las admito; dices que si no fueras esclavo serías el ángel de mi guarda... ¡Oh felicidad! Yo seré tu libertadora, tú serás mi protector, el cielo y la tierra brillarán para nosotros con mas pompa y esplendor que los jardines del Edem.

—Gracias, noble Morayma, yo agradezco con toda mi alma tus bondades; pero tambien te aconsejo que huyas de esta tierra de maldicion, vuelve á tu hermosa patria, allí serás dichosa, en tanto que aquí turbarán continuamente tus ojos mil fantasmas de sangre y de crueldad... Huye, Morayma bella, huye de aquí, vuelve á tu patria libre.

Al oir tales palabras, la jóven clavó sus negros ojos con estraordinaria fijeza en el mancebo, despues exhaló un suspiro, y dijo con acento dolorido:

—Bien sabe el poderoso Alá que no merezco que me aconsejes de esa manera. ¡Separarme de tí cuando acabo de conocerte! Ya hace algun tiempo que yo hubiera abandonado á Córdoba para sepultarme en las apacibles y silenciosas soledades de mi patria, yo me encontraba muy mal en este mundo de sangre y de violencia; pero un poderoso vínculo me ha retenido en esta region ¡Ay de mí! Un lazo brillante que encadena mi corazon, un delirio, un fantasma, una ilusion tal vez, pero demasiado bella y seductora para mí... ¡Ay nazareno! Yo amo y no soy amada.

—¡Es posible! ¡Y habrá quien permanezca indiferente á tu bondad y á tu belleza!... Dispon de mí, cuenta con mi brazo, confíame tus pesares; yo te ayudaré en cuanto esté á mi alcance, pues yo te querré con el cariño mas puro y desinteresado.

—¡Oh felicidad! Esa es la voz de mi ángel, nuestros corazones laten con armonía; yo te creo, nazareno, porque si no te creyera moriria de desesperacion.

Y la hermosa mora tomó la mano del cautivo para llevarla á sus labios diciendo:

—Yo era digna de compasion, tú me has ofrecido tu amor. ¡Cuán feliz soy!

Tales palabras cayeron como un relámpago en el alma de Pelayo, que comenzó á vislumbrar el profundo y volcánico sentimiento que abrigaba el corazon de Morayma.

—¡Oh gallardo nazareno!... pero ¿cómo te llamas? preguntó de pronto la bella mora.

El hijo de Favila estaba verdaderamente desconcertado con el giro que habian tomado las palabras de la apasionada doncella; pero su ansiedad subió de punto cuando se oyó preguntar su nombre. No obstante, el héroe cristiano era incapaz de mentir, y mucho menos de engañar á una jóven que se le habia manifestado tan bondadosa, hasta el estremo de prometerle su libertad, y la del buen Atanagildo, cuya vida tambien habia salvado ella.

—¿No me quieres decir cómo te llamas? volvió á preguntar la jóven.

—Pelayo es mi nombre, respondió el mancebo.

—¡Pelayo! esclamó la morena vírgen juntando sus manos con la mas profunda admiracion.

El hijo de Favila refirió á Morayma de qué manera se habia salvado y el verdadero orígen de la falsa noticia que corria de su muerte.

Morayma quedó petrificada de sorpresa cuando supo el nombre y la existencia casi milagrosa del gallardo cautivo, cuya historia tantas veces habia escuchado deshecha en lágrimas. El bello ideal de un amante tierno, hermoso y valiente acababa de presentarse á sus ojos y á su corazon. La apasionada mora sintió aumentarse hácia el bello esclavo su amor y su ternura, como si se diese el parabien de su propia eleccion tan acertada y digna. Morayma sabia que Florinda habia muerto para el mundo, y por lo tanto sus pensamientos se mecian en la vaporosa nube de su ilusion de amor, vislumbrando entre sus ensueños de oro el espacioso cielo de la esperanza. Ella seria amada de Pelayo, nada se lo impedia, todo le halagaba. ¡Cuán feliz era Morayma en aquellos instantes!

Y dirigiéndose al mancebo gozosa y radiante, esclamó:

—Mi corazon no se habia engañado; el hombre que ha merecido mi primero y único amor, no era un hombre vulgar, era un príncipe, un héroe y un desgraciado, tres coronas que ciñen su frente y subliman su alma, tres coronas á las cuales añadiré yo la guirnalda fresca y olorosa de los primeros amores. Mañana mismo saldrás de esta mazmorra, yo te seguiré, y la cabaña que cubra nuestro sueño de amor será para mí mas espléndida y suntuosa que los alcázares de Damasco y los lucientes palacios de Semíramis. Yo te adoro, gallardo nazareno, yo te adoro con todo mi corazon. ¡Morayma es tu esclava!

Y sus ojos negros brillaban de ternura, y su gracioso pecho palpitaba de amor, y sus rosados labios estampaban besos ardientes en la mano del cautivo. Este, pálido, trémulo, estupefacto y abatido escuchaba á Morayma, que ya era dueña del secreto de su nombre, y pór consiguiente de su vida.

Durante algunos momentos el noble Pelayo permaneció completamente aturdido, sin saber lo que le pasaba, incapaz de pronunciar una sola palabra y temeroso de las consecuencias que aquel funesto é impensado incidente pudiera acarrearle. Pelayo á la vez temblaba por su suerte y por la del buen Atanagildo. Una fatalidad terrible, una alternativa cruel habia hecho que la hermosa Morayma fuese para ellos el áncora de salvacion, ó la postrer oleada de su lento y angustioso naufragio. La hija de Ibrahim contemplaba con inquietud creciente todos los movimientos de su adorado cautivo, el cual, como noble y caballero, se resolvió al fin valientemente á romper tan penoso como prolongado silencio.

—Jamás, dijo, jamás permitiré que seas desgraciada, oh la mas noble y generosa de las mujeres. Aunque una vida de cien siglos hubiera de pasarla en esta lóbrega mazmorra, no consentiré nunca en engañar tu inocente corazon... No ignoro que puedo precipitarme en un abismo; aunque nada deba temer de la hidalguía y pureza de tu alma angelical, mi destino y el de un amigo querido está en tus manos, de tí lo espero todo, yo me confio enteramente á tu generosidad, bella Morayma: si nos dás la vida y la libertad, eternamente bendeciré tu nombre; si nos dás la esclavitud ó la muerte, yo besaré la mano de la cruel beldad que cargue mi cuello de cadenas ó lo separe con el hacha. Angel de salvacion ó de esterminio, siempre mi alma guardará tu recuerdo, siempre mi corazon tendrá un latido para tí.

Pelayo se detuvo de pronto como si temiese herir demasiado el pecho de la hermosa vírgen, que escuchaba tales palabras pálida como la muerte y fria como el muro de la mazmorra.

Despues de algunos momentos, el cautivo continuó con voz grave, pero conmovida:

—Conozco la estension de mi delito; pero lo que voy á decirte acaso disminuya y hasta disculpe mi crimen. En la situacion que me hallo, la prudencia impone silencio á la pasion; pero tambien el deber de caballero me manda imperiosamente que obre y hable con valor y franqueza... Perdóname, bella Mo-

rayma, no quiero ni debo engañarte... Yo no puedo disponer de mi corazon.

La jóven se cubrió el rostro con ambas manos y comenzó á sollozar amargamente. Sin embargo, aun le sonreia la esperanza de ser amada algun dia, considerando que al presente era cosa muy natural que el alma de Pelayo permaneciese cerrada á las profundas emociones de un nuevo amor, despues de los sinsabores y lágrimas de sangre que le habia costado su primera pasion tan intensa como desgraciada.

El cautivo entre tanto se encontraba en una posicion verdaderamente difícil y congojosa, si bien abrigaba el convencimiento íntimo de que habia obrado cual cumplia á su dignidad y á la rectitud de su corazon hidalgo y generoso.

La afligida Morayma, con voz mal segura y sin atreverse apenas á levantar los ojos del suelo, dijo:

—Comprendo, noble cristiano, que respetes la memoria de tu primer amor, los desengaños son la tumba de nuestras ilusiones queridas; pero tambien sobre los sepulcros nacen flores, el árbol de la esperanza nunca se seca del todo, siempre su tronco queda enhiesto en nuestro corazon, y hasta regado con lágrimas suele brotar flores tal vez menos lozanas, pero bellas y tristes como las noches de otoño. El tiempo es el bálsamo del alma, y cuando se curen tus heridas, el amor volverá á agitar sus alas de oro en torno de tu frente hermosa y jóven... Despues de Florinda perdida para siempre, ¿crees por ventura que el amor te ha cerrado su paraiso?

—No, Morayma, no. Yo soy aun capaz de amar; el amor es la vida, yo adoro con delirio á una mujer.

La pobre doncella de pálida que estaba se puso lívida.

Pelayo le refirió en breves palabras su amor hácia Gaudiosa, la tierna amiga de la desdichada hija de don Julian.

—Me parece, añadió el cautivo, que amando á Gaudiosa adoro el alma de Florinda.

Cuando la morena y celosa vírgen comprendió que no era el dolor ni el tédio lo que la separaba del cristiano, sino el amor de otra mujer, lanzó un grito espantoso, y clavando sus ojos negros y centellantes en el cautivo, esclamó con voz ahogada y ronca:

—¡Una rival! ¡Sacrificada á una rival!... ¡Sagrado Profeta! ¡Poderoso Alá! Dadme los rayos de vuestra ira para aniquilar al ingrato... ¡Una rival! ¡Oh! ¡Yo me vengaré!

Y desapareció rápidamente arrastrando consigo á su esclava Jarifa, que cerró la puerta de golpe, despues de empujar dentro de la mazmorra al asombrado Atanagildo. La tempestad estaba próxima á estallar sobre los desdichados cautivos.





VI.

MIEL Y ACIBAR.



L oscurecer del dia siguiente se veía en un gran patio del alcázar de Ibrahim una multitud de esclavos cristianos cargados de cadenas y vestidos de andrajos. Nada podia imaginarse mas lúgubre y sombrío que aquel cuadro desconsolador de los opresores y de los oprimidos. Acababan de llegar de sus diferentes fáenas bajo la direccion de algunos musulmanes, servidores ó dependientes del anciano Ibrahim. Aquellos insensibles cómitres esgrimian sin compasion y sin cesar sus látigos sobre los pobres esclavos, que solamente á aquellas horas podian dar una breve tregua á sus trabajos insufribles y á los bárbaros castigos que sobre ellos pesaban por la mas mínima falta ó por satisfacer á veces los feroces caprichos de aquellos capataces sin corazon. Los infelices y haraposos cautivos, pálidos, macilentos y ennegrecidos los rostros por la intemperie y las privaciones, se hallaban unos tendidos sobre el duro suelo, otros con la cabeza oculta entre sus manos, y algunos permanecian de pié inmóviles y silenciosos, pero con altivo y desdeñoso continente. La mayor parte de aquellos desgraciados se habia quedado profundamente dormida durante el breve intérvalo que precedia á la comida. Pocos momentos despues varios siervos musulmanes atravesaron el patio conduciendo varias ollas de cobre pen-

dientes de una larga palanca de castaño. En seguida el capataz de aquellos sayones de la esclavitud se dispuso á repartir el alimento á los esclavos, que, como hemos dicho, se habian entregado al sueño de una manera irresistible, pués desde muy temprano los obligaban á emprender sus rudas y mortíferas tareas. El gefe de los musulmanes comenzó á despertar á los cautivos á latigazos diciendo:

—¡Arriba, perros cristianos!

Los infelices cautivos se levantaban despavoridos para acudir adonde en una escudilla les iban echando á cada uno su miserable racion de alcuzcuz de maiz. Este era todo el alimento que recibian despues de estar todo el dia encorvados bajo el látigo y el azadon.

Dos cautivos, sin embargo, dejaron de asistir al rancho de sus compañeros. Aquellos dos cristianos eran tratados por los servidores musulmanes con cierta deferencia, señal evidente de que merecian la confianza ó predileccion de su señora. Asi era la verdad, pues que siendo Morayma en estremo aficionada á las flores, y habiendo descubierto en aquellos dos cautivos una grande inclinacion hácia la floricultura, los habia elegido para sus jardineros. Y en efecto, los cristianos habian sabido con sus peregrinas invenciones y con el asiduo cuidado y riego de las plantas y flores captarse completamente la voluntad de la jóven Morayma.

Ambos eran fuertes, robustos, inteligentes, y, á juzgar por las señas, íntimos amigos. El uno de ellos no habia pasado de los límites de la adolescencia, y el otro aun permanecia en todo el vigor de su edad. Queremos decir que el mas jóven no llegaba á los veinte y cinco años y que el otro pasaba de los treinta. Los dos privilegiados cautivos contemplaban con una mirada angustiosa y sombria á sus desgraciados compañeros que devoraban con ansia su miserable alimento. Durante aquella silenciosa comida mas de una vez pudo verse á los jardineros prodigar ya una palabra de consuelo, ya informarse de la salud de algunos, ya en fin interceder con los verdugos por algun infeliz á quien trataban de azotar.

Cuando todos los cautivos hubieron escasamente participado

de aquel grosero, único é insuficiente manjar, se retiraron á un estenso calabozo, lóbrego y húmedo, en el cual se hacinaron, no en blandos y cómodos lechos para restaurar sus fuerzas desfallecidas, sino sobre el terroso é inmundo pavimento. Muy pronto no se oyó en aquel aposento, asilo de tanto infortunio, mas ruido que el de la fatigosa respiracion de los cautivos entregados al sueño penoso que podian disfrutar en medio de aquella atmósfera fétida y repugnante.

A la entrada de este calabozo, situado en el patio donde antes hemos vistos arranchados á los cautivos, habia dos poyos de piedra, uno á cada lado de la puerta. En uno de ellos estaban sentados los jardineros, mientras que dos musulmanes armados con alfanges y con una pica en la mano paseaban en torno de la puerta del calabozo.

La luna ostentaba su frente de plata en el límpido azul del cielo, y derramaba silenciosa sobre la tierra sus tranquilos rayos, como la mirada de Dios contemplando al mundo en sus horas de misterio y de dolor. ¡Cuántos recuerdos de su amada patria, poderosa y fuerte en otro tiempo, desgarraban el corazon de los cristianos! Los dos jardineros habian sido esceptuados por órden de Morayma de estar sujetos al alimento y habitacion inmunda con que se resignaban los demás cautivos.

Aquellos dos privilegiados cristianos tenian su habitacion separada en uno de los numerosos departamentos del jardin, del cual eran los verdaderos soberanos, puesto que ningun servidor musulman podia entrometerse en sus operaciones de floricultura. Nada podia imaginarse mas alegre, limpio y encantador que el pequeño aposento de los dos esclavos, el cual estaba situado junto á una pajarera donde multitud de avecillas cantoras les anunciaban la venida de la aurora entonando su magnífica diana de variados y melodiosos trinos. Algunos almendros y naranjos cuyos hojosos ramos penetraban por la ventana abierta en la pared que daba al jardin, parecian ofrecerles la rica pompa de su verdura y de sus frutos. El pavimento de la habitacion estaba incrustado de bellísimos azulejos, tersos y brillantes cual transparente cristal, y ornados de caprichosas y arabescas labores de lindísimos dibujos. El aposento estaba di-

vidido en dos piezas, ambas con vistas al jardin. Consistia el adorno de la primera estancia en algunos sitiales y un grande armario, en el cual los jardineros tenian guardadas y puestas por su órden y clasificacion multitud de semillas de árboles y flores indígenas y estrañas. En la alcoba se veian dos lechos cómodos y limpios, algunos utensilios de cocina y varias herramientas de jardinería, como almocafres, podaderas y escardillos.

Los dos cristianos habian comenzado su conversacion en el poyo que estaba junto á la mazmorra, ó sea almacen general de los esclavos. Pero su conversacion llegó á un punto en que ambos comprendieron la necesidad de interrumpirla por temor de que los musulmanes entendiesen de lo que trataban. Y aprovechando la libertad de que gozaban, se dirigieron á su linda habitacion, situada, como hemos dicho, en el jardin, envuelto á la sazon en sombras y misterio. No se oía en el estenso ámbito de la opulenta ciudad mas ruido que la voz de los árabes almuedanos que anunciaba á los fieles muzlimes la hora del recogimiento y de la oracion. Los jardineros penetraron en su estancia llevando una conversacion muy tirada.

—Pero estás seguro de lo que dices? preguntaba el de mas edad de los cautivos.

—Tan seguro estoy, que con muchas veras me lo ha dicho el pobre cristiano que ha muerto esta tarde, y á quien por intercesion mia no le hicieron levantarse ayer para obligarle á trabajar. Como muchas veces nos habia oido quejarnos de la desgracia de nuestra patria, y que la última esperanza se habia desvanecido con la trágica muerte de don Pelayo, hoy pocos momentos antes de espirar me manifestó todo lo que acabo de decirte.

—Gracias, Dios mio! esclamó lleno de júbilo el otro cautivo. ¡Pelayo vive! Nuestra patria todavía podrá ser salva y libre, y vengar las afrentas de los viles tiranos que la subyugan.

—Sí, sí; pero el difunto cautivo me encargó el secreto mas profundo, pues si los moros llegasen á saberlo, su muerte era inevitable.

—Es verdad; pero ¿será cierto que está entre los cautivos de nuestro amo Ibrahim?

—Así me lo ha dicho.

—Entonces estará en las mazmorras subterráneas, porque yo le hubiera conocido al punto si estuviese entre los que van diariamente á trabajar.

—Sin duda alguna.

—¡Pobre don Pelayo!

—Muy desgraciado ha sido; pero por ahora es una fortuna pára él que lo tengan tan cuidadosamente encerrado, pues que así está á cubierto de toda indiscrecion y de que se fijen en él las miradas de estos infames.

—Es necesario guardar el mas profundo secreto. Yo moriria de pesar si una indiscrecion nuestra arrebatase á los cristianos la única esperanza que les queda de salvacion...

—¡Silencio! Me parece que suenan pasos en el jardin.

—En efecto, tienes razon. ¿Quién podrá ser á estas horas?

Y ambos cautivos se asomaron á la ventana, precisamente al mismo tiempo que se abrió la puerta mal encajada de la habitacion, en la cual penetraron dos personas. Grande fué la sorpresa de los jardineros al verse repentinamente interrumpidos por tan inesperada visita. Jarifa y la triste Morayma con los ojos llorosos y cubierta de mortal palidez eran las que acababan de entrar en el aposento de los cautivos. Estos las contemplaban absortos, no acertando á esplicarse su misteriosa aparicion en tal sitio y á tal hora.

Morayma, dirigiéndose al menos jóven de los cautivos, le dijo atropelladamente y con esos arranques breves y truncados que revelan profundas borrascas interiores:

—Nazareno, siempre te he tratado con distincion, ahora es necesario que me sirvas; toma estas llaves, baja con Jarifa á la mazmorra que esta te enseñará, y haz que suba Pelayo, condúcele á este aposento. Anda, anda pronto, que yo aquí aguardo loca de impaciencia y desesperacion.

Tales palabras, que á manera de torbellino salieron de la rosada boca de la afligida y hermosa doncella, produjeron la mas viva sorpresa en el ánimo de los buenos cautivos, que temblaron por la suerte de Pelayo cuando le oyeron llamar por su nombre á la turbada mora. ¿Habria tal vez descubierto Ibrahim el secreto de la existencia de Pelayo? ¿Intentaba acaso la bon-

dadosa jóven libertarle de la muerte cruel que sin duda le aguardaba? Esta fué la esplicacion mas plausible que pudieron hallar los cautivos, ignorantes como estaban de la violenta pasion que el gallardo cristiano habia inspirado á la gentil Morayma.

El jardinero y Jarifa se encaminaron inmediatamente á la mazmorra donde yacian Pelayo y Atanagildo abismados en la mas cruel incertidumbre acerca de su suerte. La hija de Ibrahim aguardó la vuelta de sus mensageros acompañada del otro cautivo. Morayma media la pequeña estancia con pasos desatentados y murmurando palabras que apenas se le entendian. Por fin, como para mitigar algun tanto su profunda emocion, y necesitando respirar el aire libre, se sentó á la puerta del aposento que daba al jardin en un sitial que le trajo el solícito cautivo, compadecido de la terrible agitacion de que se hallaba poseida la apasionada y bella mora. Allí con los ojos fijos en las estrellas y exhalando ardientes y profundos suspiros pensaba en su amor infortunado.

De repente se oyeron algunos pasos, la infeliz enamorada comenzó á temblar como la rosa agitada por el huracan, cubrióse el rostro con ambas manos, y levantándose ligera como un cabritillo, se retiró al aposento. En seguida entraron Jarifa y el jardinero.

—¿No ha venido? ¿No ha querido venir tal vez? preguntó Morayma palideciendo espantosamente.

—No ha querido venir solo, repuso Jarifa.

—Se resistió á salir de la mazmorra y dejar en ella á su compañero, añadió el cautivo.

—¡Noble corazon! esclamó Morayma con los ojos preñados de lágrimas. ¿Y por qué no habeis traido á los dos?

—Justamente lo hemos hecho así.

—Haced que entre al instante, y vosotros todos retiraos y disponed dos camas para vuestros nuevos compañeros, pues desde esta noche os acompañarán en vuestro oficio de jardineros. Ya he alcanzado el permiso de mi padre.

Los cautivos cambiaron una mirada de inesplicable júbilo cuando tales órdenes oyeron, órdenes que inmediatamente y con toda la voluntad de su alma se apresuraron á ejecutar.

Pelayo y Atanagildo habian escuchado desde la puerta todas las disposiciones relativas á ellos que acababa de dar la infeliz cuanto enamorada doncella. El hijo de Favila penetró en la estancia profundamente conmovido y esperimentando hácia la jóven un sentimiento íntimo de gratitud. Era todo cuanto podia ofrecerle su leal corazon.

Morayma se cubrió el bello rostro encendido de rubor y tal vez de orgullo. La jóven árabe, en efecto, tenia algo en su alma de la altivez de su padre y de su hermano Munuza; pero en aquellas circunstancias el amor la habia subyugado de tal manera, que no obstante la altivez de su naturaleza y la reserva propia de su sexo, se habia aventurado á tentar el último medio, á hacer un desesperado esfuerzo para mover á compasion al inflexible cristiano.

Despues de su entrevista en la mazmorra cuando la desdichada recibió tan cruel desengaño, pensó en vengarse del ingrato, siguiendo los impulsos arrebatados de su sangre árabe. Pero considerando que, si pronunciaba una sola palabra revelando el nombre del noble caballero que con tan hidalga confianza habia puesto su suerte en sus manos, sería inevitable su muerte y tardío su arrepentimiento, el desden se trocó en cariño mas entrañable todavía; el furor se convirtió en enternecimiento profundo, las amenazas en lágrimas, la leona furiosa en mansa corderilla. ¿Qué corazon altivo, qué orgullosa cerviz estará libre de sufrir el yugo inexorable del amor? La pobre doncella conocia muy bien que su venganza sería estéril y que abusaria villanamente de la confianza de aquel bizarro caballero, cuya muerte causaria la suya, porque vivir desventurada y sola despues de haberle amado y perdido sería para ella el colmo del infortunio, la condenacion sobre la tierra.

Por eso, á pesar de su repugnancia, se decidió á mudar de conducta con el bello cautivo. Pensó halagarle, favorecerle, recurrir á las súplicas y esperar á que el tiempo, la distancia y su ternura ablandasen aquel corazon generoso, cuya hidalguía y nobleza ni aun ella misma dejaba de conocer.

Pelayo estaba en apariencia tranquilo contemplando á la hermosa jóven con cierta mezcla de tristeza y compasion. Morayma,

trémula y palpitante, levantaba tímidamente de vez en cuando sus negros y rasgados ojos, que fijaba en el bizarro caballero con una ternura infinita.

El hijo de Favila fué quien primero rompió aquel silencio.

—Bella Morayma, dijo, aqui estoy á tus órdenes. ¿Qué quieres hacer de mí y de mi compañero?

—Aliviar en lo posible vuestra penosa situacion; desde ahora mismo vivireis en compañía de los jardineros, aqui habitareis cómodamente, sereis bien alimentados y, créeme, altivo nazareno, no tendrás motivo para quejarte de la hospitalidad que te brinda la desdichada hija de Ibrahim.

—Te doy las gracias con toda mi alma; no esperaba yo menos de tu generosidad, respondió Pelayo besando respetuosamente la mano de la jóven.

Al contacto de aquel beso Morayma sintió hervir toda su sangre. Luego, levantando sus hermosos ojos preñados de lágrimas, dijo con una voz en estremo dulce y triste:

—¿Y nada mas, gallardo nazareno, nada mas que gratitud es lo que guarda tu corazon para mí?

Pelayo permaneció silencioso. Morayma continuó:

—Mira, adorado mortal, todo mi mundo está en tus ojos, en mis largas noches de insomnio, en mis horas solitarias de tristura, siempre, siempre mi pensamiento está fijo en tu recuerdo, eternamente tu sombra querida aparece en todos mis ensueños... ¡Y tú me desdeñas! ¡Y en vano imploro tu ternura!... ¿En esto, poderoso Alá, en esto habian de venir á parar mis brillantes ilusiones de amor? En mal hora, hermoso cristiano, en mal hora te trajeron á este alcázar; tú has rurbado la dicha y la calma de mi corazon. ¡Oh sublime Profeta! añadió juntando las manos. ¿Por qué le vieron mis ojos, por qué le dí todo mi amor si habia de permanecer insensible á mis lágrimas y á mis suspiros? Escucha, nazareno, yo soy una pobre mujer que está loca de amor y de celos, yo quiero contener mi delirio porque conozco que mi amorosa locura está próxima á desgarrar tu corazon y el mio. Mi insensatez acaso me conduzca á ser criminal, á revelar tu nombre y saciar mi venganza, aunque despues... Sí, sí,

yo moriré de desesperacion, aborreceré la vida y me daré la muerte, si ella no acude antes á las súplicas de mi dolor... Yo estoy como aquel que zozobrando en la corriente conoce que no puede hacer todos los esfuerzos necesarios para salvarse y se abandona á su destino con la insensata alegría, con la horrible sonrisa del que se deja morir entre la nieve. Todo esto me sucede á mí, esperimento el mismo vértigo, la misma turbacion, con la diferencia de que un torrente de lava es lo que me turba y me enloquece...

—Por Dios, Morayma, interrumpió Pelayo, por Dios no atormentes mi corazon de un modo tan cruel; yo te suplico que procures desechar esos pensamientos que nunca pueden realizarse...

—¡Nunca! sollozó la infeliz clavando sus ojos en el mancebo, que continuó compadecido de la jóven:

—Nunca pueden verificarse, no tanto porque nuestros corazones no se entendiesen, sino además por la diferencia de nuestra religion; tu padre enemigo de mi patria, nuestras razas divididas por mares de sangre... En fin, Morayma, considera todas estas cosas, el abismo sin fondo, el muro de diamante que nos separa; yo te amaré como á mi mejor amiga, y si escapo de estas prisiones, si alguna vez necesitáras mi vida, puedes estar segura de que gustoso la sacrificaria en obsequio tuyo, no era necesario que pronunciases ni una sola palabra, una mirada bastaria. ¿Esta adhesion sincera de un corazon leal no te satisface? ¿Es necesario que yo te engañe? ¿Querrás exigirme que mienta? No, Morayma, nó. Yo sería infame si te jurase un amor que...

—Por Alá, nazareno, por Alá te suplico que no acabes... Yo no sé lo que haré; pero será una cosa terrible... ¡Tiemblo de mi misma! Dices que nuestro Dios, nuestra religion es diversa... No, cristiano, no. La inevitable ley de amar es una religion universal y eterna escrita con caractéres de fuego en el corazon de todos los mortales. ¡Todo existe y se anima en el vivífico soplo del amor! ¿No me ha infundido el que creó los cielos esta ardiente pasion hácia un enemigo de los mios? ¿Hay algun rincon en el mundo donde no haya amantes? ¡Oh gallardo

cristiano! Yo adoraré al Dios que tú adores, el infierno en que tú estés ese será mi cielo.

Y la encantadora jóven se pasaba las manos por su frente con ademan delirante, su pecho palpitaba angustioso y sus ojos estaban enrojecidos de su llanto.

El buen Pelayo contemplaba con afliccion profunda á la desolada doncella loca de amor y de amargura. Morayma, notando la mirada séria, severa, pero triste, de Pelayo, continuó:

—Tal vez estás condenando en tu interior mi conducta, que acaso te parezca estraña... Yo misma tambien me admiro de lo que digo y de lo que hago... ¡Oh vergüenza!

Y la mora se cubrió el rostro con ambas manos, y se retiró confusa y sonrojada á un ángulo de la habitacion.

Luego volviéndose de pronto hácia el cristiano, y con ese acento rápido, breve y apasionado, propio de semejantes situaciones, esclamó:

—¡Cuán bello y refulgente apareció ante mis ojos el jardin aun no recorrido de la vida! ¡Qué dorados horizontes me pintabá el amor con sus mágicas tintas de esperanza y de ternura! ¡Oh suave anhelo de la juventud, sol de la vida con cuyos rayos de oro se engalanan las almas jóvenes, ufanas y perdidas en el bello laberinto de sus cándidas ilusiones! ¡Oh llama santa, fuego puro é inocente de un corazon lozano cuya hoguera aun no ha reducido á escombros y cenizas el huracan destructor de los desengaños!... En las tardes apacibles del estío, en las tranquilas noches de luna, entre las flores de la primavera, en el silencio encantador de la enramada umbría, en los verdes sotos del sereno rio, despierta y soñando, en todas partes, siempre mi corazon palpitaba por otro corazon que comprendiese y amase el rico tesoro de amor inestinguible que encerraba mi pecho, siempre me sonreía la imágen de un gallardo caballero rendido á mis piés, palpitante de ternura y dichoso por considerarse mi esclavo. Yo no habia amado nunca; pero sentia la necesidad de amar, y muchas veces en mis solitarios paseos mis ojos se llenaban de lágrimas y mi seno latia con una fuerza desconocida... Por fin te vi, gallardo nazareno, y... ¡ojalá que nunca te viera! Te vi, te amé, todos mis pensamientos fueron para ti, y desde el momento de conocerte todos los nacarados en-

sueños de mi edad primera volvieron á aparecer ante mis ojos con su brillo seductor, otra vez la esperanza comenzó á sonreirme lejos de mi hermosa patria... Ahora me encuentro desolada, las imágenes risueñas de mis delirios encantadores se han cambiado en negros fantasmas, solo veo en torno mio un porvenir de luto, sombrío como una tumba... ¡Oh poderoso Alá! ¿He sido yo culpable por haber amado á este infiel? Mi corazon te adora, nazareno. ¡Hé aquí todo mi delito! ¿Te atreverás á condenarme?

—¡Condenarte! esclamó Pelayo muy conmovido. No, Morayma; al contrario, te pido perdon por haber sido la causa, aunque involuntaria, de tus pesares.

—Escúchame, te ruego, escúchame todavía algunos instantes, dijo la mora tomando cariñosamente la mano de Pelayo.— Si una desgraciada impelida hácia tí por una fuerza superior, magnética, irresistible, te ofreciese un corazon lleno de un amor ardiente é inagotable, ¡oh nazareno! ¿tendrias aun valor para rechazarla? Si esta pobre mujer enamorada y afligida, estraviada por un sentimiento mas fuerte que todo, que subyuga su voluntad y enloquece su alma, se arrojase de este modo en tus brazos, esperando ser salvada por tí y conducida al Eden, al cielo en alas del amor mas puro é inmenso que jamás ha sentido una mortal...

Y esto diciendo la desolada y amante Morayma suplicante y llorosa, echó sus brazos al cuello del hermoso cautivo.

Luego la hermana de Munuza se separó bruscamente del cristiano y continuó con voz amenazadora:

—Mas si por el contrario, obligada á huir tu presencia y maldecir tu imágen, tu recuerdo y hasta la hora en que por la vez primera te vieron sus ojos, si entonces, obedeciendo á un grito de orgullo, arrastrada por su misma desesperacion, ella debiera saciar en tí su venganza, ser criminal y darse á sí propia la muerte...

Al llegar aquí la mora, Pelayo fatigado de aquella escena tan penosa le interrumpió diciendo con voz firme en que se revelaba compasion profunda, pero no temor:

—Bella Morayma, por lo mas sagrado te suplico recuerdes que los cristianos no saben engañar; cesa, cesa por piedad de

afligirte, ten compasion de mí, porque tus palabras me están asesinando.

La jóven fijó sus ojos negros y brillantes en el cautivo con una espresion indefinible de tristeza y resignacion.

—Bien está, dijo con voz ahogada por sus sollozos, yo no puedo vivir sin tu amor; pero yo desarmaré tus desdenes, te amaré tanto, te colmaré de tantas finezas, que, si eres hombre y no piedra, estoy segura de que al fin cederás á mis ruegos y á mi llanto. Una súplica me resta que hacerte, añadió la desdichada con un acento de infinita ternura. ¿No me permitirás que todas las noches baje á este aposento? ¿Me negarás hasta el consuelo de verte? Tú eres el esclavo, yo soy la señora, yo te lo suplico.

El noble y bello cautivo en señal de asentimiento bajó la cabeza; pero tambien lo hizo para ocultar las lágrimas que hilo á hilo corrian por sus megillas. Aquella pasion tan inmensa como volcánica no podia menos de impresionarle profundamente.

Morayma salió con paso lento de la estancia, y se retiró por el jardin acompañada de su esclava Jarifa.

En seguida los jardineros y Atanagildo se precipitaron en donde estaba Pelayo todavía conmovido por la escena antecedente. Si el lector hubiera seguido al jardinero cuando acompañó á Jarifa á la mazmorra de los dos cristianos, se habria sorprendido de la emocion profunda que el hijo de Favila esperimentó al reconocer al jardinero. Este por su parte no se manifestó tan admirado, puesto que, como ya hemos dicho, sabia de antemano la suerte del amante de Florinda. Es seguro que los que hayan leido la primera parte de esta historia habrán reconocido en los jardineros al buen Ferrandez, escudero de don Pelayo, y á Gumildo, el leal servidor del malaventurado conde don Julian.

—¡Querido señor! ¡Gracias al cielo que nos ha reunido otra vez, aunque por tan estraños caminos! esclamó Ferrandez precipitándose en los brazos de don Pelayo.

—¡Ferrandez! ¡Gumildo! esclamó el noble caballero en estremo gozoso de aquel encuentro. ¡Cuán inpaciente he estado desde que te vi en la mazmorra! ¿Por qué me hiciste seña de

que callase? ¿Hay algun peligro en que se sepa que yo te conozco? Habla.

—¡Ay señor! Hoy no hay peligro alguno, pero puede haberlo mañana. Tal vez estrañaríais la frialdad conque aparecí en vuestra presencia; pero ya sabia yo que estábais aquí bajo la cruel opresion del padre de Munuza. ¡Cuánto me ha sorprendido oir vuestro nombre en boca de Morayma!

—Yo mismo se lo he revelado.

—¿Y no temeis, señor, que si llega á saberlo Ibrahim estais irremisiblemente perdido?

—Lo sé, buen Ferrandez, lo sé; pero tambien creo que Morayma es incapaz de descubrir mi nombre.

El escudero meneó la cabeza con aire de incredulidad. Despues que supo el verdadero móvil que guiaba á la mora al dispensar sus beneficios á los nobles esclavos, recelaba de la bondad de la apasionada y afligida doncella. Temia, y no sin fundamento, que al fin su venganza podia ser terrible, comprendiendo como comprendia que aquel amor nunca sería correspondido por don Pelayo.

Gumildo impaciente por saber noticias de su amada Clotilde, la doncella de Florinda, se atrevió á preguntar por ella á don Pelayo, quien le refirió como habia quedado con su señora en el convento de Santa Olalla. En seguida comenzaron á relatarse mútuamente sus aventuras y desdichas, muy agenos de que habian de ser interrumpidos en aquella narracion de una manera tan inesperada como dolorosa.

La puerta acababa de abrirse bruscamente, apareciendo el feroz Ibrahim á la cabeza de algunos musulmanes que se precipitaron á una señal suya sobre los infelices Pelayo y Atanagildo, petrificados de espanto con tan repentina agresion.

—¡Mujer al fin! murmuró tristemente don Pelayo comprendiendo que su muerte era inevitable.

El fanático Ibrahim despues de colmar de denuestos á los desgraciados cautivos les mandó maniatar, declarando que al dia siguiente ambos serian ahorcados por los piés.

Y el anciano se retiró del aposento dejando á cuatro musulmanes armados de picas y alfanges para que custodiasen á los sentenciados á muerte.



CAPITULO VII.

EN EL QUE SE PRUEBA QUE CASI SIEMPRE ENGAÑAN LAS APARIENCIAS.



s imposible pintar la turbacion, el desconsuelo y la rabia que se apoderó de los leales escuderos al considerar la muerte segura que tan próxima amenazaba á los dos infortunados caballeros. No podian tampoco esplicarse cómo la jóven Morayma habia sido capaz de tan infame venganza despues de su aparente resignacion y de sus últimas palabras bondadosas y consoladoras para los cautivos, á quienes ella misma habia mandado sacar de la mazmorra.

Los jardineros estaban muy bien mirados de Ibrahim por sus cuidados é inteligencia en floricultura, y mas que por ninguna otra razon porque eran bien tratados de su hija, á quien él queria con todo el cariño de que es capaz un padre. Este cariño era en él una necesidad mas que en cualquiera otro, á causa de su carácter áspero y duro que encontraba una compensacion en el afecto y la dulzura de la seductora Morayma. Ella era para el corazon de Ibrahim como la apacible luz del alba que suaviza los duros contornos de las montañas, revistiéndolos de una franja de púrpura y oro.—Asi, pues, los jardineros continuaron en

su aposento siendo testigos mudos é impasibles de la terrible desgracia que acababa de sobrevenir á los míseros caballeros, precisamente en el momento mismo de creer que su situacion penosa se habia endulzado algun tanto.

Pelayo y Atanagildo, á pesar de su indisputable valor, estaban mústios y abatidos como dos cedros robustos que troncha el huracan impetuoso. Así tambien el aquilon de la desgracia habia postrado las fuerzas de su espíritu. ¡Cuántos recuerdos de mas felices tiempos! ¡Cuánto pensamiento sombrío brotaba de aquellas almas condenadas á tantas y tan dolorosas pruebas! No era la muerte pálida y descarnada, cuyos brazos veian estendidos ante sus ojos, esa vision pasagera que turba un momento nuestras mas alegres horas, no. Era la muerte segura, inevitable, espantosamente terrible, la que se acerca paso á paso, la que se ve venir y se espera en un dia, en una hora, en un momento dado. En casos tales cada minuto es una oleada del tiempo que nos aproxima al puerto misterioso y lúgubre de la tumba. Los dos apenados caballeros estaban como un hombre que se hallase en una habitacion inundada y cerrada la salida que ve subir lenta y gradualmente el agua hasta el pecho, al cuello, á la boca, y que por último le sumerge y le ahoga. Lo que pensase un hombre en esta situacion, eso pensaban y sentian Pelayo y Atanagildo. El reo á quien hubiesen concedido el perdon pocos momentos antes de subir al cadalso, pudiera formarse una idea aproximada de la situacion de espíritu en que se hallaban los dos infelices cristianos.

Entre tanto los leales escuderos habian salido con pretesto de algunos quehaceres en el jardin, y se habian retirado á una espesa calle de árboles. Despues que se hubieron convencido de que podian hablar libre y seguramente, entablaron el siguiente diálogo, que harto revelaba su pena y desesperacion.

—¡Ira de Dios! ¡Es preciso salvarlos! esclamó el buen Ferrandez crispando los puños de furor.

—¡Es preciso salvarlos! repitió tristemente Gumildo con el aire desalentado de quien está convencido de que se propone un imposible.

—¿Los dejaremos que los ahorquen en nuestra presencia?

¡Cuánto mas no nos valiera á todos haber muerto en la batalla peleando al aire libre! No, no, jamás, yo no permitiré que á mi buen señor lo ahorquen en mis hocicos estos perros que Dios confunda. ¡Y ahorcado por los piés! ¡Malditos moros y malditos los suplicios que inventan!... ¡Voto á Santiago!

—No jures, Ferrandez, tan alto, ¡voto al demonio! que van á oirnos, dijo Gumildo, que sin pensar juraba cuando trataba de estorbarlo.

—¡Que nos oigan! Hasta los sordos creo yo que van á oirnos esta noche, si Dios no lo remedia.

—¿Y qué podemos hacer?

—Salvarlos.

—No delires, Ferrandez.

—¡Yo delirar! De otras prisiones mas fuertes he libertado á mi señor, y si no acuérdate del torreon de Santa Leocadia.

Y Ferrandez esgrimia y cerraba sus brazos musculosos y fuertes como si todo lo esperase de ellos.

—¡Eso es! ¿Estás tirando puñadas al aire? pregunto Gumildo medio riendo y medio llorando de ver las evoluciones y gestos del aburrido Ferrandez.

—Sí, repuso este, se me antoja que sería capaz de matar un moro de cada puñada; pero es preciso, es preciso discurrir un medio.

—Pero Ferrandez...

—No hay pero que valga, no me contraries, porque voy á pensar que eres un moro, y ¡vive Dios!...

—Está loco rematado, dijo para sí Gumildo.

Ambos escuderos permanecieron algunos momentos silenciosos. Al fin Gumildo esclamó repentinamente:

—Oye, Ferrandez, se me ocurre un medio que acaso nos saque de este atolladero.

—¿Y cuál? Di, pronto.

—Hablar á Morayma para que interceda con su padre.

—¡Cabeza de chorlito! esclamó despechado el buen Ferrandez.

—Pues inventa tú otro medio mejor, repuso Gumildo un si es no es amostazado.

—Dígote, continuó Ferrandez, que tienes una cabeza buena para hacer con ella un cascabel, y que tienes tanto ingenio como un abejorro encerrado en un vaso.

—Pero Morayma...

—Dale con Morayma... ¡Si al fin es mora y descendiente de gentiles, y no puede hacer cosa buena! Te estás dando de calabazadas con Morayma, y no aciertas que ella es la causante de toda la marimorena.

—¿Pues cómo? preguntó Gumildo que no entendia una palabra, y que no habia tenido ocasion de comprender que la hija de Ibrahim estaba apasionada y ofendida de don Pelayo, habiendo atribuido lisa y llanamente á la bondad de la jóven la escarcelacion de los dos caballeros.

Ferrandez, mas viejo y perspicaz, no habia perdido una palabra del diálogo de Morayma con su señor, oculto debajo de la ventana que daba al jardin, mientras que Gumildo habia estado charlando con Jarifa en la pieza anterior á la alcoba.

El escudero de don Pelayo enteró de todo en breves palabras á Gumildo, cuyo asombro y dolor subieron de punto, comprendiendo que toda esperanza estaba perdida para los desgraciados cautivos.

—En fin, la noche avanza y es preciso hacer algo, dijo Ferrandez dándose una palmada en la frente, señal infalible de habérsele ocurrido una buena idea. ¡No haber dado en ello antes! De seguro se logra. ¡Es cosa hecha!

Y la mas franca sonrisa animó los labios del buen escudero, mientras que Gumildo creía que habia perdido el juicio.

—Vamos, habla, dijo sin embargo el amante de Clotilde con alguna curiosidad.

—Mira, Gumildo, yo me he echado la cuenta de mi padre, que decia: el que no se arresta la mar no pasa, y no hay mal que por bien no venga. ¿Quién sabe si Dios ha querido castigar la mala intencion de esa liviana doncella, á quien se le ha antojado enamorarse de mi señor? ¡Como si un infante de España bueno y cristiano como es él fuera ahora á prendarse de una mora! Vamos, despues de la granizada de esta noche le he tomado una ojeriza, que si la viera por aquí... Pues coma iba di-

ciendo, has de saber que yo creo que ella piensa vengarse de los desdenes de mi señor, y que por eso le ha contado al padre lo que es y lo que no será. ¿Quien sabe? ¡Malditas mujeres! En no saliéndose con la suya, el mismo enemigo malo que las aguante.

—Pero en fin, dijo Gumildo, ¿acabarás de esplicar tu buen pensamiento?

—Quiero decir, continuó Ferrandez con muestras de la mas insensata alegría, que de esta mala pasada de Morayma va á resultar mas bien que mal, pues que los cuatro vamos á cobrar libertad esta noche.

Gumildo miró á su compañero con aire estraviado como si creyera que habia perdido completamente el seso. Es verdad que tenia un alto concepto del valor y resolucion de Ferrandez, sabia que habia libertado á su señor de la Torre de Santa Leocadia de Toledo, y por último, en varias ocasiones habia sido testigo y admirador de su serenidad imperturbable, de su proprodigiosa fuerza y de su aliento temerario.

Pero á pesar de todo esto, Gumildo con harta razon dudaba que fuese posible realizar aquel atrevido proyecto que, con mucho sentimiento suyo, creía descabellado. Sin armas, con el trage de cristianos cautivos, encerrados en un edificio cuya puerta estaba guardada por multitud de soldados musulmanes, en una ciudad habitada por enemigos encarnizados, ¿cómo recobrar su libertad? Ciertamente que era un delirio, era esponerse á una muerte tan estéril como cierta. Pero el testarudo Ferrandez era de opinion absolutamente contraria, convencido de que siempre la fortuna ayuda á los valientes.

—¡Y crees tú que no deliras? preguntó Gumildo.

—No, no, y no... Hé aqui mi proyecto; pero aguárdame aquí, que pronto vuelvo.

—¡Adónde vas! esclamó Gumildo alarmado.

—¡Calla! ¡Vive Dios!... Voy á ver sin que me sientan si se han dormido los guardas que están en nuestro aposento... Aguárdame aqui sin moverte.

Y sin mas Ferrandez desapareció deslizándose ligero como un corzo hácia su aposento, convertido ahora en prision de su señor y de Atanagildo.

Pocos momentos despues un hombre agazapado debajo de la ventana observaba atentamente á los moros y á los cristianos, á los verdugos y á las víctimas.

Gumildo entre tanto no sabia qué pensar de las palabras y obras de Ferrandez, que, á su parecer, procedia sin concierto. ¡Cuánto hubiera él dado por recobrar su libertad! ¡Cuántos recuerdos atormentaban su mente! Pero la espantosa realidad le helaba de espanto y amargaba sus amorosas ilusiones. ¿Cuándo tendria fin su triste cautiverio? ¿Cuándo volveria á ver á su amada? Estas preguntas absorbian toda la actividad de su ser. Así, pues, Gumildo, enamorado de veras de su ausente Clotilde, tomó el partido que cualquiera amante hubiera adoptado en su lugar, es decir, que para hacer el tiempo corto aguardando á Ferrandez, resolvió ocupar su pensamiento en su amada, única receta que la esclavitud y la ausencia le habian enseñado para matar el tiempo del modo mas agradable posible en su triste condicion.

Ferrandez volvió pronto.

—¿Qué tenemos? preguntó Gumildo.

—Que es muy temprano todavía, repuso el escudero de don Pelayo.

—¿Y para qué es temprano? ¿Qué es lo que intentas? Creo que va á ser necesario sacarte la idea con tenazas, dijo Gumildo, algun tanto mohino por el misterio y reserva que guardaba su compañero.

—Pues oye mi proyecto, dijo este; ya hay dos guardas que se han quedado completamente dormidos, y como los pobres prisioneros están maniatados y por consiguiente imposibilitados del menor movimiento, los otros dos centinelas no tardarán en dormirse, y entonces es la hora de hacer nuestro negocio. Desatamos á mi señor y á su compañero, que gracias á Dios ninguno de ellos es manco, y en seguida los cuatro nos arrojamos cada uno sobre el suyo, los desarmamos, los amarramos de piés y manos, y si son tercos y quieren gritar, los enviamos al infierno.

Gumildo miró con admiracion á Ferrandez, pues que á pesar de lo arriesgado de su proyecto, conocia, sin embargo, que no era imposible del todo su realizacion.

—Y despues ¿qué haremos?

—Despues... despues de haberles quitado sus trages y armas, saltamos las tapias del jardin con gran silencio y mucha priesa, nos dirigimos á las puertas de la ciudad, y creerán que somos moros que van á su trabajo; en fin, allá veremos. Lo que te digo es que no hay mal que por bien no venga, y que esta desgracia va á ser la causa de nuestra libertad. Dios aprieta, pero no ahoga, y tal vez aprieta para que cansados de resistir tomemos una resolucion desesperada. Y ahora, ¿qué te parece mi proyecto? añadió Ferrandez con aire de triunfo. ¿Te convences de que no soy ningun porro?

Gumildo se sonrió y estrechó cariñosamente la mano de su amigo.

—Confieso, respondió, que tienes para estos golpes de manos treinta veces mas magin que yo, y que ahora que lo miro despacio y te has esplicado, reconozco que no es ningun desatino el pensar en nuestra libertad y la de esos malaventurados caballeros.

Ferrandez, devorado por la impaciencia, no podia estarse quieto en un punto, y se paseaba haciendo lo que los poetas dramáticos llaman monólogos, con la agitacion propia de semejantes situaciones y rogando á todos los santos y santas del cielo que á los otros dos centinelas les enviasen sueño.

—¡Es un plan magnífico! decia para sí; pero un grito, una palabra, lo inutilizará todo. ¡Oh! Basta la mas pequeña poterna para tomar el mas fuerte castillo, y un agujero invisible es suficiente para llenar de agua y sumergir la embarcacion que mas orgullosa surca los mares.

Y tales sentencias diciendo, el escudero se paseaba con la actitud grave y meditabunda de un general en la víspera de una gran batalla.

—Oye, dijo Gumildo de pronto con acento desconsolado. ¿Y si las puertas de la ciudad no están abiertas?

—Aguardaremos á que lo estén.

—¿Y si mientras nos buscan?

—Te juro hacer todo lo posible porque no me encuentren.

—Es que entonces...

—Entonces... Mira, Gumildo, te voy á contar una historieta de mis primeros años; de algun modo hemos de matar el tiempo, porque te digo en verdad que la impaciencia me consume hasta que esos demonios de centinelas no se duerman, que seguramente se dormirán, porque hasta los centinelas del sepulcro de Cristo se durmieron. No hay cosa para dormir como el que á uno le manden que vele; pero vamos á mi cuento.—Has de saber que mi padre cuidaba de una huerta del padre de mi señor el duque de Cantabria, y todos los domingos y dias festivos nos íbamos á jugar allí varios muchachos de la misma edad. Tambien solia venir muchas veces mi señor, que entonces era muy pequeñito, pero robusto, atrevido y camorrista como un diablillo. Es verdad que si alguna vez en sus juegos heria á alguno de los muchachos, los regalaba monedas, los sentaba á su mesa, y se afligia y lloraba por haberles hecho mal sin querer. ¡Mira qué alma tan bendita! Y eso que si lo violentaban, ó le trataban mal, ¡la Vírgen nos asista! solo Dios podia con él, segun era de iracundo y arriscado.—Pues señor, cerca de la casa de la huerta habia un foso muy largo, de cuatro varas de ancho, y que muchas veces habíamos intentado saltar en nuestros juegos, pero inútilmente. En una ocasion, acababa de llover por cierto, quise demostrar á todos mis amigos que yo saltaba mas que ellos, tomo carrera, y con todo el ímpetu posible me preparo á salvar el foso; pero ¡zas! me caí en medio, precisa y perfectamente en medio. Fuí el objeto de la burla general, y entre la rechifla de mis compañeros, me sacaron hecho una sopa, lleno de agua y lodo.

—Pues, amigo Ferrandez, no es muy chistosa que digamos tu historia, interrumpió Gumildo.

—Ten un poco de paciencia.—Vecina á la huerta de mi padre habia otra perteneciente al conde Gundemaro, y cuyo colono era un mudo muy mal intencionado que en vez de hablar parecia que ahullaba: todos los muchachos le haciamos burla. El mudo tenia un perrazo formidable, un mastin terrible armado con su corbatin de hierro que era el terror de las cercanías. En la huerta del mudo habia muchos guindos; una tarde me entré á coger guindas, y hételne aquí que en lo mejor de mi recolec-

cion aparece el maldito mudo seguido de su perro. Me bajo inmediatamente, le tiro una pedrada en un brazo, y arranco á correr. Irritado el mudo me persigue y suelta el perro que llevaba con una cadena azuzándolo contra mí. Yo corria como el viento, pero se interpone el maldito foso. ¿Qué hacer en aquel apuro? El perro ya me hocicaba en los talones, no habia tiempo que perder, tomo mi resolucion, salto, en fin, y me encuentro al otro lado bueno y salvo.

—¿Pero adónde vas á parar? preguntó Gumildo no sin cierta estrañeza.

—A demostrarte que nuestras fuerzas y nuestro ingenio se acrecientan con la necesidad. ¿Me preguntas qué haremos si encontramos cerradas las puertas de la ciudad, ó si nos buscan? Pues bien, la necesidad nos obligará á intentar y hacer alguna cosa, por distante que estemos ahora de intentarla y hacerla.

—Amigo mio, me rindo á tus razones, dijo Gumildo despues de algunos momentos.

—Y en último caso, añadió Ferrandez con una serenidad estóica, lo peor que puede sucedernos es que nos ahorquen por un pié.

Gumildo hizo un gesto muy significativo y elocuente que hubiera podido traducirse por estas palabras:

—Ese es un desenlace demasiadamente trágico que no me acomoda de ninguna manera.

Por último, los escuderos caminando con gran recato se dirigieron hácia su habitacion para examinar por las ventanas que estaban abiertas el estado en que se hallaban los centinelas y los prisioneros.

Ambos contuvieron un ligero grito de alegría. Habian visto á los dos cautivos en la alcoba sentados en sus sitiales, atadas las manos é inclinada la cabeza como si estuviesen durmiendo ó abismados en dolorosas reflexiones, y á dos centinelas en la sala completamente dormidos.

—Sígueme, dijo Ferrandez en voz muy baja.

—¿Adónde? preguntó Gumildo con admiracion.

—Ahora lo verás.

Y Ferrandez se encaminó á un sitio donde habia depositados

varios útiles y enseres que les servian á los cautivos para sus operaciones de floricultura. Entre aquellos útiles habia una escalera, instrumento el mas útil que en semejantes circunstancias pudieran encontrar. El escudero de don Pelayo aproximó la escalera al punto que le pareció mas oportuno de las tapias del jardin. Cuando vió que la escalera alcanzaba justamente al caballete, pareció loco de alegría, y estrechando con emocion profunda la mano de su compañero, dijo:

—Vamos, Gumildo. ¡Quiera el cielo proteger nuestra buena intencion!

—Ya sabes, querido Ferrandez, que para estas cosas no tengo tanto caletre como tú; pero en cambio no ignoras que tengo los puños bastantes duros.

—Eso es precisamente lo que muy en breve habremos de menester.

Los jardineros habian tomado además de la escalera dos rollos que llevaban debajo del brazo, y que dejaron con mucho tiento sobre el alféizar de la ventana de su habitacion. Eran dos lios de cordeles para amarrar á los centinelas.

Pálidos, silenciosos y profundamente conmovidos penetraron los leales escuderos en la estancia con intento, al parecer, de retirarse á sus lechos, y procurando disminuir en lo posible el ruido de sus pasos, muy agenos de que les aguardaba la mas grata sorpresa.

La noche habia estendido los tupidos velos de sus sombras, en la morisca ciudad lo mismo que en el suntuoso alcázar de Ibrahim todo estaba sumergido en profundo sueño y soledad. La situacion era crítica, la hora era á propósito; pero el éxito muy arriesgado, y la probabilidad menos dudosa era una muerte segura y terrible.

Agradablemente sorprendidos los escuderos no encontraron mas que dos centinelas, pues los otros dos, viendo que aquellos tardaban, se habian instalado en sus lechos con la mayor llaneza. Esta circunstancia favorecia en gran manera el temerario proyecto de Ferrandez. Una vez divididos los centinelas, era mucho mas fácil la atrevida sorpresa que meditaban. Como sombras cruzaron silenciosa y rápidamente los escuderos por el apo-

sento débilmente iluminado por un pálido y tembloroso reflejo de la luz de la primera pieza.

Rendidos de dolor y de amargura, rodeados de soledad y de silencio, turbados con las negras visiones de una muerte cruel, los tristes caballeros habian inclinado su cabeza sobre el pecho, única y palpitante almohada que debia sostener su desasosegado y último sueño.

—¡Señor! murmuró Ferrandez con voz apenas articulada.

Ambos prisioneros alzaron vivamente la cabeza pensando que el trance fatal habia llegado.

—Nada temais, amado señor... ¿No me conoceis?

Don Pelayo, habiéndole reconocido, iba á responder; pero el leal Ferrandez se lo impidió, murmurando á su oido:

—¡Silencio! Voy á desataros, y vamos á probar fortuna.

Don Pelayo con los ojos inundados de lágrimas al ver tanta lealtad y valor, presentó sus manos y piés ligados al escudero, que con indecible destreza y celeridad le dejó libre el uso de sus miembros. Entre tanto el amante de Clotilde habia hecho la misma operacion con Atanagildo.

Ferrandez se asomó y vió que los musulmanes continuaban inmóviles.

—Ahora, señores, es preciso no errar el golpe. ¡Dios mio! Si tal sucediese... ¡Tiemblo solo de pensarlo!

—¿Y qué tenemos que hacer? preguntaron los caballeros.

—Desarmar, atar y dar muerte, si es necesario, á los dos centinelas que están durmiendo en la sala.—Tomad, añadió alargando el brazo y cogiendo uno de los lios que habia dejado sobre la ventana, enrejada de fuertes barrotes, tomad, aquí teneis cordeles.—Tú, Gumildo, darás cuenta de los que están en nuestros lechos, y yo me apostaré en la puerta para impedir que ninguno salga, en cuyo caso toda esperanza se habria perdido.

Es indecible la angustia en que se encontraban nuestros personages durante este diálogo misterioso y apenas articulado. En la semioscuridad de la alcoba, aquel grupo de cuatro cabezas pegadas unas á otras para hablar y para oir el eco apagado de sus palabras, aquel movimiento de labios, único que se perci-

bia, semejaba á un conciliábulo de los fantasmas de la noche.

—Nadie saldrá de aquí hasta que no haya pasado un rato, continuó Ferrandez tan conmovido que apenas podia hablar. Yo voy á mi puesto... ¡Dios mio! ¡Dios mio! Prestadnos vuestra ayuda.

Todas las miradas se elevaron al cielo, todas las manos se estrecharon y todos se comprendieron. En aquella mirada pudo leerse una ardiente plegaria, al estrecharse aquellas manos tan leales y fuertes hicieron un solemne juramento de vencer ó morir juntos.

—¿Y cómo vas á defender la salida si no tienes armas? preguntó don Pelayo.

Ferrandez por toda contestacion mostró debajo de su sayo la hoja reluciente de un puñal. En seguida, andando de puntillas atravesó la sala como una aparicion fantástica, y se apostó, como habia dicho, en la puerta de la habitacion con el puñal en la mano, que apretaba convulsivamente.

En aquel momento la libertad y la vida aparecieron á los ojos de los míseros cautivos en la negra noche de su esclavitud como dos ninfas vestidas con un manto tachonado de soles.— Despues de algun tiempo, cuando ya el valiente escudero se habia agazapado en el dintel, salieron en silencio de la alcoba, siguiendo escrupulosamente, tanto Gumildo como los caballeros, las instrucciones del astuto y valeroso Ferrandez.

De pronto se oyó un grito, y un moro huyendo cruzó la estancia y se precipitó hácia la puerta. Allí exhaló un ¡ay! y cayó como herido de un rayo. El puñal de Ferrandez acababa de atravesarle el corazon.—El valeroso escudero continuó inmóvil en su puesto, pero derramando en torno suyo recelosas miradas con una angustia indefinible. Temia con razon que hubiesen oido el grito del que acababa de sucumbir bajo su brazo. Al cabo de algunos minutos que le parecieron siglos, los tres cristianos se precipitaron en sus brazos derramando lágrimas de gozo. Ferrandez entró en la habitacion y lo encontró ya todo terminado. Gumildo, como iba solo para dos, habia dado muerte á uno en tanto que el otro abrió los ojos y se encontró al despertar con una espantosa vision, es decir, vió á Gumildo con el brazo le-

vantado sobre su compañero y empuñando su pica que habia dejado á la cabecera. Entonces salió huyendo despavorido ignorando que la muerte le aguardada escondida en el dintel del aposento.

Pelayo y Atanagildo se contentaron con amarrar fuertemente á los dos centinelas que les tocaron en suerte, porque tambien ellos aturdidos se entregaron á discrecion, prometiendo callar si les dejaban la vida.

—¡Ya estamos libres! esclamó gozoso Gumildo, que, como mas jóven, era mas confiado.

—¡Oh! murmuró Ferrandez. Todavía...

—¿Crees que hayan podido oir el grito de este malaventurado? preguntó Atanagildo.

—Creo que si no lo han oido, será porque estarán sumidos en un sueño de plomo. Por lo demás, el maldito gritó tan fuertemente, que demasiado han podido oirle en todo el alcázar.

—Pues no hay tiempo que perder, querido Ferrandez, dijo don Pelayo abrazando á su leal escudero.

—Teneis razon, señor, este es mi plan, vos podeis enmendar en él lo que os parezca conveniente.

Y el escudero esplicó todo su proyecto, que fué aprobado en todas sus partes por ambos caballeros.

—Ahora bien, añadió, que cada uno desnude al suyo y se vista su trage con la mayor prontitud posible.—Yo voy á buscar el mio.

Todos en el instante se ocuparon en apropiarse los vestidos de los musulmanes, á favor de cuyo disfraz esperaban salir de la ciudad sin inspirar sospechas.—En brevisimo espacio se hallaron los tres tan completamente transfigurados que ellos mismos se admiraban, bien es verdad que habiendo ocultado cuidadosamente sus largos cabellos en los turbantes, su barba crecida contribuía en gran manera á su repentina transformacion. Parecia que siempre habian usado el trage musulman, segun la gracia y soltura con que lo manejaban.

A poco volvió Ferrandez todo pálido y turbado, diciendo atropelladamente:

—Huid, señor; salvaos vos y vuestro compañero, nosotros

nos quedaremos aquí, los detendremos, les daremos informes estraviados y procuraremos que os persigan (porque sin duda os perseguirán) en direccion opuesta.—No perdais tiempo, amado señor, porque ya vienen.

—¡Yo dejarte! ¡Jamás!

Y Pelayo y Atanagildo se sentaron tranquilamente.

—Señor, por amor de Dios, ¡huid!—Vuestra vida es preciosa para los cristianos, nuestra patria morirá con vos, y vuestra muerte es inevitable si os cogen.—Nosotros nos salvaremos, nuestra vida es insignificante, y en último caso yo debo morir, porque he tenido la culpa de todo.

—¡Tú! ¿Pues qué ha sucedido? preguntaron los tres á una voz.

—¡Dios mio! ¡Qué desgracia! ¡Maldito sea mi brazo, que ha herrado el golpe! El que derribé en la puerta no ha muerto, ha desaparecido.

Esta revelacion hizo en los desgraciados cautivos el mismo efecto que una bola de nieve en una hoguera, una impresion análoga á la que se esperimenta en un peligro, en una habitacion brillantemente iluminada que súbito se queda oscura, amenazándonos puñales en las tinieblas. La última luz, el último resquicio de la esperanza desapareció de su corazon al escuchar la funesta noticia.

—¡Huid! Por amor de Dios os lo pido, insistia el leal y heróico escudero.

Durante algun tiempo la ansiedad y la angustia de los desgraciados prisioneros no tuvo límites, aguardando á cada instante ver entrar armados y furiosos á los servidores del feroz Ibrahim. Los cautivos, sin embargo, resolvieron vender caras sus vidas defendiéndose con las armas arrebatadas á los centinelas.

—Mucho tardan ¡vive Dios! esclamó Atanagildo levantándose. Y el corazon se me rompe en esta ansiedad tan cruel como prolongada.

—En efecto tardan demasiado, añadió don Pelayo.

—Seguidme, esclamó de pronto Ferrandez como asaltado por una idea súbita.

Y salió precipitadamente de la estancia repitiendo casi con alegría:

—¡Oh! ¡Quizás nos hemos salvado!

Todos se lanzaron al jardin detrás del escudero. Este se encaminó hácia la puerta que comunicaba con el interior del alcázar. Ya le habian perdido de vista los demás cautivos por una espesa calle de árboles, cuando el valeroso Ferrandez apareció radiante de júbilo y diciendo:

—¡Amado señor! ¡Amado señor! ¡Nos hemos salvado!

—¿Pues cómo?

—Venid, venid.

A los pocos pasos se detuvo.

—Mirad, dijo, mi brazo y mi puñal. ¡Ira de Dios! no son tan malos.

Y en efecto, todos pudieron contemplar al moro inmóvil en el suelo.

—Eso fué que no le acerté en debida forma, y el infame iba á delatarnos; pero Dios quiso que aquí entregase su alma al diablo. ¡Oh! viéndole estoy y aun me parece mentira que todavía esté muerto; mas lo que es ahora juro por Santiago que no te escaparás.

Y esto diciendo, el irritado escudero por vengarse del susto que le habia hecho pasar, ó por asegurarse completamente de una nueva y peligrosa resurreccion, ó por una cosa y otra, el caso fué que Ferrandez le cortó la cabeza al moro.

—¡Maldicion! murmuró mientras que despojaba al muerto de sus vestidos; ahora será necesario lavarlos en el estanque para que estas manchas no nos vendan y descubran nuestra hazaña.—¡Ellos han tenido la culpa de que se vierta sangre!

Ferrandez y Gumildo se dirigieron efectivamente á lavar los vestidos, mientras que don Pelayo y Atanagildo se encaminaron á la habitacion de los jardineros, donde se hallaban los otros dos centinelas, á los cuales apretaron sus ligaduras, les taparon la boca con girones de los trages de los cautivos, cerraron las ventanas, los dejaron en lo mas hondo de la alcoba, apagaron la luz, cerraron el aposento y volvieron á buscar los escuderos, que ya habian terminado su operacion y vestídose sus trages,

aunque demasiadamente mojados, en particular el de Ferrandez.

—Ea, señores, dijo este, llegó el momento decisivo; muy pronto debe de amanecer, y á poco que aguardemos en las calles abrirán las puertas de la ciudad.

En seguida silenciosos, palpitantes de emocion, creyendo apenas la atrevida empresa que acababan de llevar á feliz cima, se encaminaron al punto donde estaba la escalera. Pelayo y Atanagildo subieron los primeros permaneciendo cabalgados en el caballete, mientras que Ferrandez y Gumildo verificaron su ascension.

Luego don Pelayo y su escudero tiraron vigorosamente de la escalera, logrando, no sin dificultad, colocarla hácia la parte esterior. Todos bajaron sucesivamente sin que nada, al parecer, tuviesen que recelar. Ferrandez, que descendió el último, tendió la escalera horizontalmente al pié de las tapias para que no llamase tanto la atencion ni descubriesen tan fácilmente su fuga y el sitio por donde la habian verificado.

¿Quién podrá pintar el inmenso júbilo que esperimentaron los cautivos al verse salvos en las solitarias calles de Córdoba? Todos por un movimiento simultáneo se estrecharon con toda la grata efusion que fácilmente se concibe en una situacion semejante. Dejémoslos entregados á su loca alegria, que muy pronto habia de ser turbada, y volvamos al palacio de Ibrahim.

La aurora acababa de tender su manto de rosas en el oriente cuando la gentil Morayma abandonó su lecho, pues que desvelada con sus amorosas imaginaciones, apenas habia dormido en toda la noche. De pronto un ruido estraño de golpes y de voces en el jardin llegó hasta su rico y suntuoso aposento. Tan tumultuoso estrépito la sobresaltó de manera, que llamando á su esclava que cerca de ella dormia, determinó bajar á informarse por sí misma de la causa de aquel alboroto en hora tan desusada.

Cuando habiendo bajado encontró aturdidos y confusos á todos sus numerosos servidores que invadian el jardin, y la informaron precipitadamente de la fuga de los cautivos, su sorpresa y desesperacion fueron terribles. Rápida y furiosa como una leo-

na á quien arrebatan sus cachorrillos, se precipitó al aposento de los jardineros, y al mirarlo vacío y salpicado de sangre, dando apenas crédito á lo que veían sus ojos, cayó desmayada en los brazos de Jarifa.

Rociáronle el bello rostro con agua fresca, y transcurrido algun tiempo volvió en sí pálida, afligida y sombría, como una madre que acaba de perder á su único y adorado hijo. Entonces le dijeron sus esclavos que Ibrahim habia salido en persecucion de los fugitivos á la cabeza de ocho de sus mas decididos y valerosos servidores.

—¡Oh poderoso Alá! esclamó la encantadora doncella retorciendo sus manos de dolor; si el desdichado Pelayo cae en manos de mi padre su muerte es segura.

—De todas maneras, señora, estaba condenado á morir ese perro cristiano, dijo un esclavo mal vestido, todo descompuesto y con el rostro amoratado, el cual, al parecer, deseaba vivamente un ejemplar castigo para los cristianos.

Aquel musulman era uno de los dos centinelas á quienes la generosidad de Pelayo habia concedido la vida.

—¿Qué estás diciendo, infame? ¡Morir Pelayo! esclamó indignada Morayma, á quien habian desagradado sobremanera las palabras del moro.

—Sí, señora, repuso este, al amanecer debia haber muerto ahorcado por un pié lo mismo que su compañero, que fué el asesino de vuestro pariente Cid Aliatar.—Tal era la órden que nos dió anoche vuestro padre y mi señor, y así se hubiera verificado, si los infames no se hubiesen evadido dando muerte á dos de mis compañeros.

Y el esclavo refirió punto por punto á su atónita señora todo lo que ya sabe el lector, no olvidando decir que cuando vino su señor para que se ejecutase la sentencia, encontró un cadáver en el jardin y cerrado el aposento, cuya puerta mandó derribar, hallando á él y á otro compañero cruelmente atado por los fugitivos.

—Esta, esta ha sido la hazaña de esos perros infieles, añadió el musulman mostrando á su señora las señales aun recientes que en sus brazos habian hecho los cordeles.

—¡Ah, valeroso Pelayo! esclamó con entusiasmo la enamorada doncella.

Y llamando á Arbolan, esclavo de toda su confianza, le dijo precipitadamente:

—Toma un caballo al punto, corre, vuela, alcanza á mi padre, y dile que su hija morirá de dolor si muere alguno de los fugitivos. Que á todo trance procure traerlos, pero sin hacerles daño alguno. ¿Es un delito por ventura el huir de la muerte?—Dile á mi padre que tengo que revelarle un importantísimo secreto.

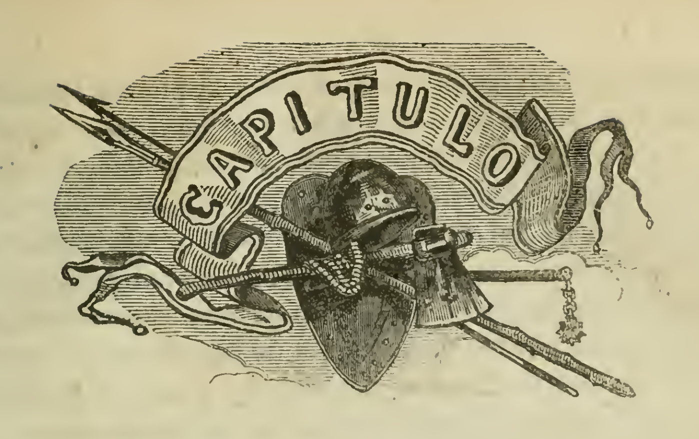
Arbolan partió en seguida para obedecer fielmente la órden de su señora, en tanto que esta con el mayor desconsuelo repetia sin cesar como si su amado estuviese presente:

—¡Pelayo! ¡Adorado Pelayo!... Yo moriré si tú mueres. ¡Oh! Tal vez hayas creido que tu desgracia es obra mia. ¿Y es posible que lo creas? ¡Sublime Profeta! Devuélveme mi amado y bello cautivo. ¡Oh! Él me despreciará, creerá que le he vendido; yo necesito convencerle de que se engaña; él me habia confiado su nombre y su vida, que yo queria conservar para mí sola... ¿Quién le habrá dicho á mi padre que él era el mas valiente de los hombres? ¡Oh confusion! ¡Pelayo de mi alma, yo estoy inocente!

Y la desolada doncella se desplomó en un sitial loca de dolor.

En efecto, Morayma estaba inocente de todo lo acaecido. ¡Tan cierto es que las mas de las veces engañan las apariencias!





VIII.

LOS FUGITIVOS.

Quién habrá dicho á mi padre que el valeroso Pelayo estaba en este alcázar? Esta era la pregunta que sin cesar se repetia la desolada hija de Ibrahim, porque era evidente que su padre habia sabido el nombre del héroe cristiano; pero tambien no era menos cierto que ella sobre el particular habia guardado la mas absoluta reserva para corresponder dignamente á la generosa confianza del gallardo caballero.—En cuanto á la suerte de Atanagildo nada le sorprendia, pues como ya sabemos, el padre de Morayma habia logrado averiguar que en efecto habia dado muerte á su deudo Aliatar, y que la intercesion de Morayma habia suspendido ó desarmado la cólera de Ibrahim. Ahora bien, ¿qué nuevas razones habia tenido este para faltar á la palabra dada á su hija de perdonar á Atanagildo? ¿Por qué fatalidad inconcebible el nombre de Pelayo acababa de oirlo hasta en boca de sus esclavos, aquel nombre que ella ocultaba tan cuidadosamente? Era, pues, indubitable que, por algun medio que la jóven ignoraba de todo punto, su padre habia conseguido descubrir la condicion é importancia del temible cautivo, del héroe cristiano que tanto terror inspiraba á los moros, como puede deducirse de la determinacion que habian tomado de

pregonar su cabeza prometiendo por ella un premio fabuloso.

Un error dichoso para el héroe habia hecho creer su muerte entre los enemigos del nombre cristiano. Así tambien le habia creido Ibrahim, atribuyendo á su hijo la gloria de haber esterminado al único hombre capaz de impedir la completa sujecion de la España. Pero cuando supo que entre sus mismos cautivos se hallaban los dos personages godos de mas importancia, su alegría no tuvo límites, su resolucion no fué dudosa. Al punto resolvió dar muerte á los dos guerreros cuya existencia podia ser un dia harto fatal á los suyos. Por otra parte Ibrahim habia mirado los buenos oficios de Morayma para con los dos prisioneros lisa y llanamente como resultado de su bondad, jamás desmentida para con todos los cautivos. ¡Cuánta habria sido la sorpresa de Ibrahim, si hubiese llegado á saber el verdadero móvil de aquella predileccion de su hija!

Cansada esta de cavilar inútilmente, llamó á su esclava Jarifa, que no menos sorprendida que ella, habia sabido cuanto queda relatado en el capítulo que precede.

Inmediatamente se presentó la esclava.

Morayma, que en aquellos momentos sospechaba de todo el mundo, clavó en ella sus ojos negros y penetrantes; empero Jarifa sostuvo impertérrita el peso de aquella mirada escrutadora. Su rostro solo manifestó cierta espresion de disgusto porque su señora se habia atrevido á dudar de su lealtad, sospecha que efectivamente no merecia la esclava.

—Es indispensable, dijo Morayma segura de la fidelidad de Jarifa, es de todo punto indispensable que averigües quién le ha dicho á mi padre el nombre de Pelayo.

—Señora, ¿y cómo he de saber yo una cosa que tal vez mi señor haya descubierto por medios que no están á nuestro alcance?

—Es preciso, insistió con tono imperioso Morayma.

La esclava, que demasiado bien comprendia la inquietud y afliccion de la enamorada doncella, temerosa de que su señora sospechase de ella si la contrariaba, resolvió hacer todo lo posible por satisfacer su curiosidad, bien justa por cierto.

—Amada señora, respondió, voy á informarme de todos

vuestros servidores por si tienen noticias de lo que deseas saber. Si te parece, les preguntaré á los centinelas que han dejado á vida esos valientes cautivos.

—¿No es verdad que solo hombres como Pelayo son capaces de tan heróica empresa por conseguir su libertad? Dices bien, Jarifa, Pelayo y sus compañeros son unos valientes... ¡Y pensar que á mí me tendrán por una mujer despreciable y vengativa! ¡Qué suplicio! esclamaba la generosa jóven llorando amargamente.

Despues de algunos momentos añadió:

—Anda, Jarifa, anda y averigua lo que tanto interesa á mi corazon.

Jarifa salió dejando á su señora reclinada en un divan y entregada á tristes reflexiones, doliente, hermosa y morena como el cisne cantor del Archipiélago, la encantadora y apasionada Safo. No hay cosa mas árida y negra que el campo estéril de los desdenes, nada mas lúgubre que el pensamiento de un alma enamorada que no encuentra correspondencia en su pasion. El amor es el eco de la voz interna de nuestra alma, un corazon sin amor es un ruiseñor que no canta, una rosa sin perfume, una brisa sin ruido, una noche, un desierto, un cadáver.

Pero aun era mas cruel la situacion de la infeliz Morayma. No solamente no era amada, sino que además el objeto de su amor, el noble Pelayo tenia el derecho de despreciarla como á un ser mezquino y ruin que le habia hecho traicion, despreciarla á ella que le adoraba, que habia tratado por todos los medios posibles de granjearse la ternura del gallardo cautivo, que estaba inocente, en fin, de la desgracia que habia sobrevenido á los prisioneros. ¡Oh! ¡Cuán cruel martirio! A los desdenes de Pelayo debia seguir el desprecio mas profundo; pero era lo mas terrible para aquel corazon tan apasionado, que en ninguna manera merecia este desprecio que sin duda abrigaba para ella el noble caballero. ¡Horrible situacion!

A poco volvió Jarifa acompañada de uno de los centinelas que tan mal parados dejaron los fugitivos.

—Señora mia, dijo la esclava, este tu servidor parece que podrá informarte de todo cuanto deseas.

—Así es la verdad, señora, añadió el esclavo.

—¿Sabes tú quién le ha dicho á mi padre que Pelayo estaba en este alcázar? preguntó Morayma.

—Sí, un cautivo cristiano.

—¡Un cautivo cristiano! esclamó la jóven admirada y no acertando á comprender cómo un cristiano habia cometido una accion tan ruin y villana para con su noble y valeroso compatriota.

—Sí, señora, un cristiano que está enamorado de una cautiva, y ha pedido á vuestro padre su libertad y la de su amada en cambio de su importante revelacion.

—Y mi padre, ¿qué le ha respondido? preguntó Morayma con las megillas inflamadas y los ojos chispeantes de cólera.

—No lo sé, señora; pero me parece que vuestro padre le ha otorgado lo que pedia.

—¿Cómo se llama ese cautivo?

—Lo ignoro.

—¿Y la cautiva?

—Rosmunda.

—¡La amada de Atanagildo! esclamó estupefacta la jóven. ¿Será posible? Cuando él la adora tan sinceramente, ella se ha enamorado de un miserable que no iguala á Atanagildo ni en valor ni en generosidad... ¡Oh mujeres! ¡Eterno misterio!... Inmediatamente, añadió volviéndose al esclavo, conduce á mi presencia al cautivo y á Rosmunda.

El esclavo salió para cumplir la órden de su señora. Esta no sabia qué pensar de aquella inesperada noticia. Su impaciencia era grande por descubrir el orígen de aquella tempestad que en su mismo palacio se habia fraguado y estallado sin que ella sospechase ni supiese nada hasta despues de haber descargado sus furores precisamente sobre el objeto de su cariño. No era menor su indignacion contra el villano cautivo, causa de toda su desgracia, y sobre todo, del equívoco concepto en que la habia colocado para con Pelayo. Esta circunstancia era la que mas le afligia y le irritaba, y por lo tanto habia resuelto vengarse y vengar á un mismo tiempo á su amado caballero, por cuya suerte con harta razon temblaba.

En aquel instante se abrió la puerta del aposento, dando paso á un hombre de la mas siniestra catadura; el trage desceñido y desaliñado, barba de color bermejo, los ojos de un azul claro y sanguinolento, un bosque de cabellos rojos y enmarañados venia á caer sobre su frente estrecha y achatada, su boca era tan desmedida como roma y casi invisible su nariz. La sonrisa feroz que vagaba por sus labios, sus anchas espaldas y su recogida estatura, revelaban á la vez la fuerza, la estupidez y la brutalidad mas repugnantes y asquerosas.

Al mismo tiempo que este personage infernal habia aparecido en presencia de Morayma, penetró otra figura angelical y luminosa como para servir de correctivo y de contraste. Una jóven humildemente vestida, pero con estraordinaria pulcritud, seguia al horroroso cautivo. Su trage negro, su manto y sus hermosos cabellos caidos y trenzados sobre su espalda anunciaban al primer golpe de vista que era goda y cristiana. Nada puede imaginarse mas encantador ni airoso que su talle flexible como el tallo de una flor, sus ojos garzos tenian una espresion inesplicable de ternura, de tristeza y de resignacion que conmovia profundamente, su boca podia compararse á una rosa ligeramente marchita; tal era el rojo coral de sus labios, que, no obstante, en la parte superior estaban deliciosamente fruncidos, señal de melancolía y de tédio. Aquel aire de abandono y desdeñosa tristeza le sentaba maravillosamente. Sus cabellos castaños y sedosos se partian sobre su frente de marfil, tersa y pura como su alma virginal. Era la jóven blanca de color y de sonrosadas megillas, aunque su ovalado y gracioso semblante estaba entonces cubierto de palidez, pero no por eso menos bello. Era un tipo, mezcla de la sencillez apacible de las mujeres de raza germánica y de la apasionada energía de las hijas de la fogosa España.

Morayma contemplaba con horror al espantoso cautivo, en tanto que no podia dejar de admirar el continente reposado, tranquilo y magestuoso de Rosmunda, á quien solo habia visto una vez. Y al mirar tanto candor é inocencia retratados en aquel bello semblante, no sabia cómo hermanar aquella espresion tan inteligente y sentimental con la eleccion de un amante tan anti-

pático, feroz é indigno de ella, especialmente cuando el noble Atanagildo la adoraba y la habia salvado de la deshonra, esponiéndose para ello hasta el punto de perder la vida por su causa.

Aguijada la hija de Ibrahim por la mas viva curiosidad, trató de sondear aquel estraño misterio, aquella inconcebible contradiccion en una jóven tan inteligente, tan hermosa, tan sensible, y, al parecer, tan digna y virtuosa.

Y Morayma, dirigiéndose al esclavo con todo el aire de una reina ofendida, preguntó:

—¿Es cierto que tú has revelado á mi padre el nombre de don Pelayo?

—Sí, señora, yo he sido, respondió el cautivo con brutal sonrisa creyendo que tal revelacion agradaba á la jóven hija de Ibrahim.

—¿Y es verdad que le has confiado tambien la muerte de Cid Aliatar, verificada por el valiente y generoso Atanagildo?

Cuando Rosmunda oyó semejante pregunta se sonrojó de alegría y de entusiasmo al recuerdo del valeroso jóven.

—Señora, repuso el cautivo, yo sabia toda esa historia perfectamente, porque fuí testigo de la muerte de vuestro deudo Aliatar, pero habia guardado sobre esto el mas absoluto silencio para con vuestro padre, de lo cual estoy muy arrepentido.

—Qué quieres decir? preguntó Morayma.

—Quiero decir que si antes hubiera confiado á vuestro padre que Atanagildo era el verdadero autor de la muerte de nuestro antiguo amo, ya hace algun tiempo que estaria libre en lugar del manco, aquel cautivo que recibió la libertad porque le refirió todo á Cid Ibrahim.

—¡Atanagildo está inocente! esclamó Rosmunda con voz impetuosa, habiéndole sido imposible permanecer indiferente al peligro que creía amenazaba á su amante.

—Es inútil, nazarena, que te canses en hacernos creer lo que ya sabemos sin la mas mínima duda, dijo Morayma con cierto ademan de impaciencia.

Luego dirigiéndose al cautivo continuó su interrogatorio.

—¿Y cuál ha sido la causa que te ha movido á hacer esa revelacion á mi padre? Supongo que no habrá sido por el deseo de

hacer mal por hacerlo.—Cuéntame todo lo que haya sucedido, añadió la jóven con una sonrisa imposible de describir, procurando granjearse con su aparente benevolencia la esclusiva confianza del horrible cautivo, que respondió:

—Os lo voy á contar todo, señora.—Ya sabeis que la libertad es lo mejor del mundo para cristianos y moros, hasta los pajarillos dejan de cantar, al menos tan alegremente, cuando los encierran.—Yo no pude ver sin envidia la libertad que vuestro padre concedió al que delató á Atanagildo, porque yo tambien hubiera podido obtenerla al mismo precio, supuésto que todo lo sabia.—Pues, señor, paciencia, dije para mi coleto, no me queda mas recurso que seguir arrastrando la cadena y trabajando como un negro hasta que Dios mejore sus horas; pero yo prometo al diablo que en viendo un rayo de luz aprovecharé la ocasion para volverme á mi tierra contento y libre como un pájaro.—No hay cosa como el que á uno se le meta una idea en la cabeza para que todo lo convierta en sustancia y en provecho de la tal idea fija. Sucedió, pues, que esta especie de manía me llegó á causar calentura, y que por último me vi postrado y dispensado de ir á trabajar. No era yo el solo que estaba enfermo, porque, dicho sea de paso, señora mia, la vida que traemos es la mas á propósito para volverse loco de pena ó para enfermar de fatiga...

—Pero vamos, interrumpió impaciente Morayma, ¿cómo supiste que Pelayo se hallaba entre los cautivos de mi padre?

—Ahí precisamente voy á parar, señora, dijo con brutal sonrisa el narrador.—Habeis de saber que uno de vuestros jardineros, que tambien eran cautivos, estuvo asistiendo y le prestó mil cariñosas atenciones á un esclavo enfermo que estaba cerca de donde yo me hallaba tendido sobre un poco de heno seco, único lecho que teníamos para aliviar nuestras dolencias. Yo á la sazon me encontraba en uno de mis intérvalos mas lúcidos en medio de la fiebre que me devoraba, si bien aparecia aturdido ó soñoliento. Por último, pocos momentos antes de morir, quejándose los dos cautivos de la desgracia de toda España, el moribundo reveló al jardinero la existencia y el nombre de Pelayo, añadiendo que guardaba su incógnito desde el encuentro

de Santa Olalla en que fué aprisionado por vuestro hermano Munuza. Igualmente le dijo como era falsa la noticia de la muerte del caudillo cristiano, noticia que generalmente habia sido creida por todos los vuestros. A poco murió el cautivo, en tanto que el jardinero se alejó de aquel lugar muy conmovido y admirado de semejante revelacion, pero tambien muy ageno que otra persona además habia sorprendido aquel importantísimo secreto. ¡Qué felicidad!

Y el feroz cautivo se reia estrepitosa y brutalmente al hacer la narracion de aquel incidente, que en su insensata alegría esperaba que fuese el orígen de su anhelada libertad y la de su amada.

Morayma escuchaba con aire ceñudo y guardando el mas profundo silencio, como si meditase alguna importante resolucion.

—Continúa, dijo al fin con voz sorda, continúa.

—Señora, entonces me sucedió una cosa rara, aun cuando yo no la estrañé, y es que me puse completamente bueno con la próxima esperanza de realizar mis deseos mas vehementes. Yo dije para mi capote, el manco consiguió su libertad por haber delatado á Atanagildo; pues bien, hé aquí que mi delacion es incomparablemente de mas importancia, y por lo tanto debo esperar con fundamento no solo el que me dejen libre, sino tambien á una persona á la cual adoro y quiero mas que á mí mismo.

Todas las miradas se fijaron en la hermosa Rosmunda, que se limitó á hacer un gesto de horror.

—Inmediatamente concebí mi plan, continuó el cautivo, y me propuse realizarlo participando á Cid Ibrahim tan grave revelacion, no sin exigir antes en cambio mi libertad y la de la mujer que adoro, lo cual al punto me concedió vuestro padre.

—¿Y cómo es que aun permaneces aquí? preguntó vivamente Morayma.

—Señora, hoy era el dia destinado para recibir el premio de mi lealtad; pero como parece que esos demonios de cautivos le han temido demasiado á morir ahorcados por un

pié, y vuestro padre ha salido en su seguimiento, no ha podido aun realizarse la promesa solemne que me hizo de dejarnos libres.

—Descuida, nazareno, descuida, que aquí queda la hija de Ibrahim para cumplir las promesas de su padre.—Yo te juro por el gran Profeta que hoy mismo, á pesar de la ausencia de Cid Ibrahim, recibirás el premio de tu lealtad.

Y Morayma acentuó estas últimas palabras con una entonacion particularmente sombría. Luego permaneció largo rato meditabunda, hasta que al fin rompiendo aquel prolongado silencio se dirigió á la jóven Rosmunda con un acento en que á la vez se notaba compasion, desprecio y dolorosa sorpresa.

—¿Y es cierto, y es posible, preguntó, que tú ames la libertad hasta el estremo de ser esclava de un hombre feroz y ruin? ¿Has olvidado la nobleza, el valor y la abnegacion con que se condujo para contigo el bizarro matador de Aliatar? ¿Así pagas al buen Atanagildo, que espuso su vida por salvarte de la deshonra? ¡Oh! ¡Cuánta sería su amargura y desconsuelo si, como yo, fuese testigo de esta escena y supiese el amor que te ha inspirado un hombre indigno, un traidor que cambia la vida de dos héroes por su libertad infame...

—Basta, señora, basta de acriminaciones que no merezco, interrumpió la hermosa Rosmunda irguiendo su cabeza de reina y con las megillas inflamadas de cólera y vergüenza. ¿Quién os ha dicho, continuó la altiva cristiana, quién os ha dicho que el santuario de mi amor ha sido profanado por la ruda planta de ese hombne bestial? ¿Quién se atreverá á decir que Atanagildo no es el sol de la esperanza que disipa y arrolla las negras nubes de mi destino adverso? Yo lo amo todavía, señora, y seré mártir de su amor porque él es mi cielo, y si la vida no me pesa, es porque deseo consagrarla al valiente y desdichado mortal que lo arriesgó todo por librarme de los impuros brazos de un tirano.—Muchos de estos miserables, añadió Rosmunda señalando al asqueroso cautivo, contemplaban con ojos espantados ó con brutal sonrisa mi desesperada lucha, y el llanto y la amargura de mi pobre y anciana madre que defendia mi virtud con toda la indignacion de un alma santa, y tambien con toda la inutili-

dad de su débil y cansada vejez. ¡Madre mia! ¡Pobre madre mia, que sucumbió en mi defensa!

Y á este recuerdo la bella cristiana, poco antes tan altiva, prorumpió en amargo y desconsoladísimo llanto.

Despues de algunos momentos continuó:

—Solo un hombre á quien la esclavitud no habia degradado, sintió arder su corazon en generosa ira al ver al débil oprimido por el fuerte é injusto Aliatar. El vigoroso brazo de Atanagildo, aniquiló al malvado como el furioso vendabal troncha y derriba al gigante roble que se burla de los enanos arbustos.—Entonces apareció á mis ojos hermoso y fiero como el alcángel de las batallas, desde entonces le entregué mi corazon; las mujeres amamos la hermosura y el valor. ¿De qué sirve un hombre incapaz de proteger nuestra debilidad? ¡Cuán bello triunfo es para una mujer desarmar con una mirada de ternura los negros y brillantes ojos de un gallardo caballero! La ira cede al amor, el dominio del hombre es impetuoso, nuestro imperio es suplicante... ¡Ay! Yo hubiera sido la mas feliz de las mujeres, si al nacer mi amor no hubiera muerto mi querida madre.

Aquel lenguage apasionado, aquellas megillas encendidas cuyo encanto aumentaban algunas lágrimas como gotas de rocio en una rosa purpurina, aquel seno palpitante de amor, aquellos ojos garzos y llorosos como luceros empañados por ligeras nubes, su actitud, en fin, entre ofendida y desdeñosa, daban en aquel momento á la encantadora cristiana un aire de magestad, de audacia y de prestigio indecibles.

Morayma la contemplaba gozosa; pero aun se notaba en ella cierta reserva y circunspeccion como si no se atreviese todavia á dar entero crédito á las palabras de la nazarena.

—¡Tú no estabas de acuerdo con este ruin cautivo! esclamó al fin la mora.

—¡Yo cómplice de tal infamia! ¡Jamás! repuso Rosmunda con soberano desden.

El cautivo quiso hablar; pero Morayma se lo impidió con un ademan imperioso.

—Oid todo lo que sucedió, continuó la cristiana.—Ese miserable me habia dicho varias veces que proyectaba su evasion, y

que tambien queria libertarme del yugo de la esclavitud. Poneos, señora, en mi lugar, y comprenderéis que oí con alegría semejante proposicion; no trato de negarlo: como era muy natural, acepté tan seductora promesa.—Algunos dias despues tuvo el atrevimiento de manifestarme su amor, y entonces conocí el verdadero móvil de su ofrecimiento, que desde aquel instante rechacé con indignacion. Ayer, por último, me anunció que habia obtenido de vuestro padre su libertad y la mia, que nos iríamos á tierra de cristianos conduciéndome adonde fuese mi voluntad, y prometiéndome solemnemente respetar mi persona y olvidar de todo punto sus amorosas pretensiones.

—¿Y qué respondísteis? preguntó Morayma con alguna impaciencia.

—Confusa y recelosa escuché tales palabras, no atreviéndome á decidirme despues de haberme confesado antes su insensata pasion. Habia además otra causa que casi me quitaba del todo el placer de verme libre. Yo sabia que el buen Atanagildo era tambien esclavo de Cid Ibrahim, y aun cuando abrigaba la esperanza de volvernos á encontrar algun dia, con todo hallaba cierto encanto en participar de su misma desgraciada suerte, por mas que la esclavitud me pareciese insoportable.—Así, pues, nada respondí á este infame definitivamente, y solo me limité á preguntarle por qué estraño medio habia alcanzado de vuestro padre una merced tan desusada, un favor que no dejaba de sorprenderme, tratándose de la libertad de dos cautivos.—«Es cosa larga de contar,» me respondió, y quedamos en que hoy me lo referiría todo; pero esta entrevista me ha proporcionado la ocasion de saber la trama vil de este menguado que á tan costoso precio habia querido comprar una libertad que él no merece, y que yo sacrificaría gustosa por no causar la mas mínima inquietud á mi adorado Atanagildo.—¡Miserable! añadió volviéndose al cautivo. ¿Vale nuestra libertad tanto como la vida de dos héroes cristianos?... ¡Oh! ¡Plegue al cielo que escapen salvos de sus perseguidores!

Y la cristiana cruzó sus manos, y elevó sus ojos preñados de lágrimas como si dirigiese al Eterno una ardiente súplica por el objeto de su amor.

La mas tierna simpatía acababa de desenvolverse hácia la triste cautiva en el noble corazon de Morayma, considerando esta cuán semejante era su situacion. Ambas lloraban á dos hombres queridos cuya vida peligraba en aquel momento, circunstancia que aumentaba, si era posible, su ternura hácia los desventurados fugitivos. Habia, sin embargo, una dolorosa diferencia. Rosmunda era amada.—La hija del Oriente, cediendo á un movimiento irresistible, tendió sus brazos á la bella cristiana, que tambien habia comprendido la pasion de Morayma por Pelayo al oir cuánto se interesaba por su suerte. Las mujeres tienen un tacto maravilloso para entenderse, sobre todo si se trata del amor, la mas fuerte de las pasiones y la que constituye la existencia y el destino de la hermosa mitad del género humano.

Las jóvenes aproximaron sus lindas cabezas, que se confundieron en un beso formando un grupo encantador, lleno de gracia y de ternura. — Morayma, despues de estos momentos de dulce efusion, dijo con cariñoso acento:

—Desde ahora mismo quedas libre, noble nazarena; tú debes ser feliz, tú mereces la libertad. ¿Por qué el destino pone tantos obstáculos á nuestra dicha? Mas valiera no tener corazon, si jamás sus deseos han de realizarse.

— ¡ Oh, señora mia ! ¡ Cuán buena sois ! esclamó Rosmunda arrojándose á los piés de la hija de Ibrahim, y besando sus manos.

—Y tú, ruin y aleve, dijo Morayma fijando sus ojos negros y amenazadores en el cautivo, tú sufrirás ahora mismo el tormento y el castigo que deseabas para los nobles cristianos.— Vas á ser ahorcado por un pié, ese es el premio digno de tu infamia.

La hermana de Munuza hizo una seña á Jarifa, que salió inmediatamente del aposento, y á poco volvió acompañada de algunos esclavos musulmanes para cumplir las órdenes de su señora.

Entre tanto que esto acaecia en el alcázar de Ibrahim, la suerte de nuestros fugitivos era la mas digna de compasion. Despues que salieron salvos del recinto de la ciudad enemiga, comenzaron á caminar por la florida sierra que se levanta al

norte de la morisca Córdoba. Salvadas las primeras cumbres, y como á unas tres leguas de camino, llegaron los cristianos á una amena y dilatada llanura salpicada de corpulentas encinas y verdes acebuches. El terreno estaba todo poblado de espesos jarales, y parecia cubierto con una inmensa alfombra de color nevado disciplinada de púrpura. Contribuia á esta ilusion de óptica con toda la verdad posible, la flor de la jara cándida como la azucena y matizada en su fondo por una mancha de carmin, como un blanco cendal rociado de gotas de sangre.

Por un sendero bastante trillado que discurria por entre la maleza, caminaban tres musulmanes, ó al menos tales parecian á juzgar por su atavío. Algun incidente sin duda penoso habia privado á los fugitivos de un compañero, puesto que solo se veian adelantar con estraordinaria velocidad á don Pelayo, Atanagildo y el antiguo escudero de don Julian. Faltaba el buen Ferrandez.

Muy pronto llegaron á una pequeña eminencia, en la cual se detuvieron mirando hácia atrás con aire consternado. De repente se oyó un ruido confuso y lejano que produjo en los fugitivos la mas dolorosa ansiedad. Aquel ruido era semejante al galope de algunos caballos. Pocos momentos despues apareció á su vista, aunque á bastante distancia, un gallardo moro con su flotante alquicel á merced del viento, y montado sobre un soberbio alazan, polvoroso y espumante.

El sol ostentaba su refulgente carro en mitad de la azulada esfera, y derramaba á torrentes sobre el ancho mundo sus esplendorosos rayos. Los ramosos árboles y la rica pompa de aquella vegetacion lozana, si bien á la sazon algo marchita, aparecia en el melancólico otoño como una vírgen llorosa, que inspira mas ternura que cuando se adorna para la jubilosa fiesta en los dias del florido Mayo. Aquel aire embriagado de aromas, la dilatada llanura, los cristalinos y sonantes arroyuelos, y las avecillas que revolaban libres y canóras por el espacio, ofrecian á nuestros fugitivos mil risueñas imágenes de libertad y contento.

Durante algunos minutos permanecieron con los ojos fijos en el bizarro ginete que se adelantaba rápido como un genio de las regiones etéreas. Los tres cristianos prorumpieron en un grito de alegría cuando hubieron reconocido al recien llega-

do. Era el leal Ferrandez, que apeándose de su caballo, dijo:

—Tomad, señor, y cabalgad al punto.

Don Pelayo clavó una mirada escrutadora en el semblante pálido de su escudero, y no se atrevió á interrogarle acerca de los temores que agitaban su corazon. Hay momentos en la vida en que la realidad que aguardamos es tan espantosa, que solo nos queda el recurso de retardarla todo lo mas posible, triste consuelo en verdad, el de permanecer en el tormento de la duda. Así es que el hijo de Favila solo se limitó á preguntar:

—¿Y cuál ha sido tu objeto al proporcionarte ese caballo?

—Señor, averiguar noticias, respondió el escudero.

Es de advertir que Ferrandez se habia separado de los tres cautivos, habiendo visto una yeguada que pacía en una amena pradera, con objeto de proporcionarse, como en efecto lo hizo, un soberbio potro. Por este medio el astuto escudero logró espiar los pasos y la direccion de sus perseguidores, con la ventaja de poder unirse fácil y velozmente á sus compañeros.

—¿Y qué hay de nuevo? se aventuró á preguntar Atanagildo, á quien se le hacian insoportables todas las situaciones amargadas por la incertidumbre.

—Que vienen en nuestro alcance, respondió el escudero de don Pelayo con la mayor angustia.

Los cautivos parecieron heridos de un rayo al escuchar la funesta noticia. Solamente el gran Pelayo permaneció impasible, al parecer, puesto que desde que vió á Ferrandez habia leido en su fisonomía aquella respuesta desconsoladora.

—Cabalgad, señor, y podeis adelantaros, no perdais ni un instante, insistió el leal escudero.

—Sí, sí, añadió Atanagildo desenvainando su alfange, es preciso que todos luchemos para salvar á alguno. ¿Y quién es mas digno que tú? Pelayo podrá algun dia vengar nuestra muerte, y dar una patria á los míseros cristianos. —¡Adios, amigo mio! Consuela á mi anciano padre, y el cielo te ayude á llenar tu gran destino.

Pelayo escuchaba con profundo enternecimiento estas palabras; pero no soñaba siquiera en la posibilidad de seguir tales consejos.

—En primer lugar, respondió, de nada puede servirme esta cabalgadura, pues dentro de poco tiempo será mas bien un estorbo atendiendo la enriscada sierra que se levanta á nuestra vista; y en segundo, ya lo he dicho, amigos mios, mi suerte será la de todos, no quiero ventaja alguna para mí.

Y pronunciadas estas nobles palabras comenzó á caminar seguido de sus tres compañeros de infortunio, que profesaban al héroe tal adhesion, que cada uno de ellos hubiera sacrificado con gusto su vida por salvar la del esforzado caudillo. Bien conocia este que llegado el caso de un combate, aunque fuesen mas numerosos sus adversarios, la lucha habia de ser sangrienta, pues cuatro hombres de tan desesperada resolucion eran tan temibles como difíciles de hallar.—Triste y recelosa era su marcha por aquellos solitarios parages en que el encanto y la magnificencia de la creacion aparecia á sus ojos velado por una negra nube de sospechas y temores. Cada ruido entre las hojas les sobresaltaba; el suspiro de los vientos, la voz estrangera de los pastores, y hasta los mismos árboles, ya envueltos por la misteriosa gasa del crepúsculo, tomában para ellos los contornos y la figura de sus encarnizados perseguidores.

La belleza y sublimidad de los cuadros de la naturaleza están tanto en ella misma como en la divina actividad del alma del hombre. Aquel que respira la perfumada atmósfera de la felicidad poblará mil desiertos con las risueñas y deslumbradoras imágenes de sus ensueños de oro, dentro de sí mismo verá brillar millares de soles, cada latido de su corazon satisfecho encerrará un mundo de luz, de armonía y jubiloso estruendo. Este mundo interior es la esencia de nuestro espíritu divino, en este mundo que llevamos con nosotros á todas partes es donde se respira el aliento de la eternidad y donde se encuentran las mágicas tintas conque revestimos la creacion entera.—Un alma desolada cubrirá de luto y de esqueletos el mas encantado paraiso, siniestros fantasmas revolarán en torno de sus ojos llorosos, y los apacibles valles, las verdes plantas, las aromosas y pintadas flores, las cumbres de las montañas suavemente iluminadas por la purpúrea luz de la aurora y las frescas y murmuradoras fuentes aparecerán á su mirada lánguida y sombria cu-

biertas de aridez y de abrojos. El Eco, genio sonoroso de las campiñas, en vez de las canciones de las hijas del valle, de los suspiros de las brisas, ó del armonioso trinar de los amantes ruiseñores, tan solo le traerá prolongados lamentos de dolor y de amargura. ¿Qué es un paraiso para el triste? Una tumba. ¿Qué es un desierto para el que vive amado y libre? Un paraiso. ¡Oh magia del corazon humano!

El astro del dia ocultaba ya en Occidente su encendida cabellera seguido de un fúnebre cortejo de nubes pálidamente iluminadas por sus rayos, melancólicos y apacibles como la mirada de un héroe moribundo. La negra noche avanzaba lenta y silenciosa como la muerte estendiendo su manto de sombras sobre los altos y cercanos montes que ofrecian un asilo seguro á los desdichados fugitivos. A cada instante volvian atrás la cabeza, y aunque lasos, cansados y hambrientos, no aflojaban un punto en su marcha interminable. ¿Cómo llegar á Asturias, objeto de sus deseos? ¿Cómo atravesar la España entera, invadida y habitada por el sarraceno? Es verdad que en muchas ciudades habitaban cristianos (mozárabes) que pagaban tributo al enemigo en cambio de su opresion, que, al menos, les dejaba la vida, aunque llena de penalidades y humillaciones sin cuento. Pero en la degradacion á que habian llegado los godos, ¿podian esperar nuestros valientes fugitivos auxilio de los mismos cristianos? ¿No habia un asesino aspirado al premio ofrecido por la cabeza del único capaz de restaurar la gran nacion que ahora gemia esclava? ¿De quién fiarse ya, si la misma Morayma se habia ostentado para ellos como un mónstruo de falsedad é hipocresía? Los desgraciados desconfian de todo; pero tambien por esta misma razon la desgracia es religiosa y se abandona al poder del cielo cuando se le cierran las puertas de la esperanza en la tierra. La Providencia de Dios solamente podia salvarlos.

Embebidos en tales pensamientos caminaban los desdichados, cuando una ráfaga de viento llevó á su oido rumor de voces y de caballos que galopaban. Todos volvieron la cabeza, y á la dudosa y última luz del dia reconocieron, sin embargo, al anciano Ibrahim, que, con la nariz dilatada y los ojos centellantes como un tigre, se adelantaba á la cabeza de ocho musulmanes.—

Ferrandez lanzó un grito de desolacion al considerar no su suerte desdichada, sino la muerte inevitable que amenazaba á su amado señor.

—¡Oh! esclamó el buen escudero, si hubiéseis hecho caso de mí, ahora de seguro habríais podido salvaros... Quisísteis dejar el caballo... ¡Dios mio! ¡Dios mio! Un cuarto de hora nos bastaria para internarnos en la sierra. ¿Por qué han aparecido ahora esos malvados, precisamente ahora? Solo algunos minutos mas, y estábamos libres. ¡Oh desesperacion!

—Llegó el tiempo de obrar, querido Ferrandez, dijo el héroe con dulzura; dejemos inútiles quejas que no han de salvarnos.—Ellos tardarán aun algunos momentos en llegar...

—Y aun cuando luchemos como leones, ¿qué conseguiremos? preguntó tristemente el escudero.

—Morir matando, repuso el valiente caballero con acento á la vez imperioso é iracundo.—Pero es necesario, añadió despues con la sangre fria que le era característica, es necesario hacer antes todo lo humanamente posible para no caer en sus manos.

—¿Y qué te parece que debemos hacer? preguntó Atanagildo con serenidad imperturbable.—Por mí poco me importa, al menos tendré el placer de matar á alguno, y yo espero con la ayuda de Dios que será Ibrahim... ¡Viejo maldito! Pero temo verte morir, querido Pelayo.

—Lo que debemos hacer, repuso este, es dar una buena carrera hasta lograr guarecernos en ese monte de enfrente. ¿Os encontrais con fuerzas, amigos mios? No olvideis que el hombre debe intentarlo todo por salvar su vida, aunque le sea insoportable. Nosotros pertenecemos á nuestra patria y á nuestro Dios, mas bien que á nosotros mismos. ¡Insensato del que dispone de sí contra las leyes de la naturaleza y del Eterno! La maldicion del cielo caerá sobre él. Es grato y sublime que el hombre siga con noble audacia la senda, aunque estrecha y triste, de sus deberes.

—Sí, sí, dijeron todos á una voz, nos defenderemos hasta el último trance, moriremos como valientes.

—Llegaremos al fin de nuestra vida como un viajero esfor-

zado que ha hecho todo lo posible por apartar los inconvenientes de su camino. —¡Eso es digno de nosotros!

Escusado parece decir que duranté este breve diálogo, nuestros caballeros no habian dejado de andar con la mayor rapidez, pues á pesar del cansancio y del hambre, lo critico de la situacion les infundia nuevo aliento. Es imposible que el hombre sepa de lo que es capaz hasta que no llega el momento de una prueba terrible y decisiva. Sus fuerzas se multiplican de una manera prodigiosa, el espíritu del hombre está dotado de una elasticidad incomprensible y misteriosa. ¡Cuán sublime es el dominio del alma sobre el cuerpo!

Los cuatro se lanzaron á una frenética carrera anhelando llegar al pié de la montaña cercana donde sus enemigos se verian precisados á abandonar los caballos, y en donde tambien la maleza, los precipicios y demás accidentes del terreno podian favorecer su penosa fuga.—Sudorosos, desemblantados, apretando convulsivamente sus desnudos alfanges, y lanzando roncos resoplidos de sus robustos y fatigados pechos, se detuvieron al pié de una agria cuesta, aguardando impávidos y serenos á sus enemigos. Despues de algunos momentos de una ansiedad la mas cruel, y durante los cuales pudieron los cristianos descansar lo suficiente para respirar con alguna regularidad, dijo Pelayo:

—Me parece que tardan mucho.

—Desde aquí no se distinguen.

—Están ocultos por esa altura.

—Subamos algo mas la cuesta y los descubriremos, propuso Gumildo.

—Vamos, pues, dijo Pelayo.

—¡Oh! Tal vez se hayan ido por otro camino que pueden subir los caballos, observó dolorosamente Ferrandez.

—¿Por dónde se han de haber ido?

—¿No habeis visto un castillo en la cima de este monte?

—Que de seguro pertenecerá á los moros, repuso don Pelayo.

—¿Quién sabe? dijo Atanagildo.

—La subida está por aquel lado, añadió Gumildo; ved cómo blanquea el camino que se pierde en la sierra... ¡Hélos allí!

¡Hélos allí! esclamó el amante de Clotilde señalando al polvoroso remolino que levantaban los corceles de sus perseguidores.

—Pues espiaremos todos sus movimientos, dijo don Pelayo, que comenzó á subir la cuesta seguido de sus tres compañeros.

Fuéles imposible de todo punto seguir con la vista la direccion de sus adversarios por el camino estrecho y tortuoso que abierto en la peña viva conducia al castillo. Los cristianos subian, ó por mejor decir, escalaban las descarnadas rocas y salvaban los precipicios y arroyos que se oponian á su paso con una fuerza y celeridad estraordinarias, inconcebibles, milagrosas.—Por fin llegaron á media cumbre, desde donde divisaron á Ibrahim que subia con los suyos hácia el castillo situado en la cima.

—¡Señor! esclamó Ferrandez, vienen mas de treinta.

—¡Demonio de viejo! murmuró Atanagildo. ¿En dónde habrá buscado tanta gente? Me parece que antes era menor su número.

—Eso es que han salido varias partidas en nuestra persecucion y se han reunido al pié de la sierra, observó Gumildo discretamente.

—Procuremos que no nos vean, dijo don Pelayo con ansiedad; la noche viene en nuestro auxilio.

Esta precaucion hubiera sido muy prudente; pero por desgracia acordaron demasiado tarde. Un grito feroz de júbilo lanzado por los moros, anunció en aquel momento á los cristianos que estaban irremediablemente perdidos. Cercarian todos los senderos y avenidas del monte, y les darian caza como una manada de lobos. Los desconsolados fugitivos cambiaron una mirada de inesplicable angustia, y hasta el mismo Pelayo se sintió desfallecer como si un monte de hielo le oprimiese el corazon al contemplar el gran número de sus enemigos y la desventajosa posicion en que se encontraban. En vano midieron con sus ojos desencajados la distancia y profundidad de un abismo que por el lado derecho cercaba el cerro y que hacia al castillo por aquella parte inaccesible de todo punto.

Subiendo algunos pasos mas se formaba una pequeña esplanada de algunas varas, circuida de tajadas rocas que constituian

una fortaleza natural. Allí determinaron los desgraciados fugitivos permanecer aquella noche fatigados de consancio y de la falta de alimento. Figúrese el lector la ansiedad terrible, la incertidumbre cruel y dolorosa de los cristianos, que se estremecian al pensar en la horrorosa noche que les aguardaba, sin esperanzas de un sueño reparador, con la fúnebre perspectiva de una muerte segura, y con la íntima conviccion de que al siguiente dia les habia de ser imposible defenderse lánguidos y desfallecidos de hambre como estaban. Pero acaso sus enemigos, cuya gritería sonaba cada vez mas próxima, no pensaban diferir para otro dia el bárbaro placer de su venganza.

—¡Oh! Ya están muy cerca del castillo, desde aquí se oyen las pisadas de sus caballos, dijo en voz muy baja Ferrandez.

—¡Dios mio! esclamó Gumildo asomándose por entre las rocas.

—¿Qué sucede?

—Que algunos han dejado los caballos y vienen á buscarnos; he visto allá á lo lejos blanquear unos turbantes entre la espesura.

—Todos se miraron silenciosos y lúgubres como espectros, despues se estrecharon las manos con emocion profunda, y por último desenvainaron sus alfanges y se aprestaron á la defensa con la imponente y sombría inmovilidad de la desesperacion. Terrible era aquel silencio, era la calma siniestra que precede á la tempestad. Quien hubiera visto aquellas torvas miradas y aquellos rostros varoniles centellantes de ira, habria retrocedido lleno de espanto creyendo que aquella guarida solitaria y salvage era la mansion de los ángeles esterminadores.

Acercábase el momento decisivo, ya podian distingir claramente entre las matas el ruido sordo y recatado de los pasos del enemigo, que se adelantaba con la misma precaucion que el cazador busca sus víctimas en el bosque enmarañado. Hasta llegaron á oir la agitada respiracion de uno que se aproximaba... ¡No hay siglos que duren tanto como tales momentos!

—¡Amigos mios! Este pequeño recinto será nuestra tumba, dijo Pelayo con voz ronca de rabia.



Lám. 3.

«En este recinto encontrareis vuestra salvacion, dijo una voz argentina al mismo tiempo que salvando las rocas apareció en la esplanada una mujer bella y resplandeciente como el ángel custodio de aquellas ásperas montañas.»

—En este recinto encontrareis vuestra salvacion, dijo de pronto una voz argentina, al mismo tiempo que salvando las rocas apareció en la esplanada una mujer, bella y resplandeciente como el ángel custodio de aquellas ásperas montañas.

—¿Quién sois? ¿Quién sois? preguntaron los cautivos estupefactos.

—¡Silencio!... Están muy cerca... ¡Seguidme!

—Pero...

—Nada temas, noble Pelayo, interrumpió la hermosa asiéndole de la mano é invitando á los demás á que la siguiesen con un ademan lleno de gracia.

Todos obedecieron sin resistencia cual si la poderosa voz del destino les subyugase, como si una hada bienhechora ó el genio protector de la España se les hubiese aparecido.

La misteriosa belleza se detuvo delante de una encina en estremo corpulenta y ramosa, tan antigua, que acaso habia sido plantada y consagrada á Irminsul por los sacerdotes Druidas.—A los pocos pasos habia una gran peña rodeada de espesas matas de verde lentisco. La hermosa paseó una mirada en torno suyo, pronunció un nombre en voz muy baja, y al punto apareció, como si saliese del tronco de la encina, un venerable anciano. Este inmediatamente se dirigió á la peña, tocó un resorte, y súbito se abrió una caverna por la cual desaparecieron todos rápidos y silenciosos como los fantasmas de la noche.





CAPITULO IX.

EL CASTILLO DE LA HERMOSA NAZARENA.



La vida humana es un proceloso piélago, combatido siempre de contrarios vientos. Ora brama el huracan, ora soplan los céfiros suaves, ya el disco refulgente del sol refleja en deslumbradora confusion de rayos sobre el líquido y transparente espejo, ya la tímida luna riela su melancólica luz sobre las aguas que á la vez retratan el azulado manto del cielo bordado de estrellas brillantes. Unas veces las hinchadas y bramantes olas, imágen viva de la fortuna, se elevan inconmensurables en las regiones sublimes del espacio, otras veces se humillan querellosas y dolientes hasta los negros abismos. Aquí halagan la vista del navegante risueñas costas y encantadores paisages de ideal belleza, allí le seduce la mágica perspectiva de suntuosos palacios sobre la cima de las montañas, allá le parece ver gentes desconocidas, trages caprichosos y mujeres ricas de juventud y de hermosura, acullá el soplo de las brisas le trae cantares melodiosos, amantes suspiros, el eco de voces amigas ó el bullicioso estrépito de voluptuosos y espléndidos festines. Y mas lejos le parece escuchar cantos fúnebres, lamentos de moribundos, gritos de victoria, llanto de mujeres, blasfemias del pobre, insultos del rico y multitud de voces esclavas que gritan «pan y libertad.»

La cuerda vacilante de la vida humana toma, sin embargo, mil formas como Proteo; la vida es un misterioso prisma que, juntos, confundidos y á la vez, presenta todos los colores. Hay en la existencia de los mortales una armonía y compensacion incomprensibles, como si una Divinidad potente vagase por el ámbito del mundo embotando los dardos agudos del mal, y fecundizando todas las semillas del bien. No es la fortuna caprichosa y mudable, es la Providencia eterna y cariñosa para con los hombres la que muda las faces de la vida con rapidez inesperada. La mano de Dios es la que trueca las negras nubes de la ceñuda tempestad en el purpúreo manto de la risueña aurora.

Los tristes fugitivos encontraron en el recinto que creian su tumba el puerto apacible de su salvacion. Abismados en estos ó semejantes pensamientos penetraron gozosos detrás de su bella libertadora y precedidos del venerable anciano, quien con una antorcha iluminaba la misteriosa guarida que las entrañas de la tierra ofrecian á la inocencia y á la desventura.—Despues de una larga travesía por un callejon que perdiase en los profundos senos del monte, llegaron á una escalera, á cuyo fin se encontraron en un vasto salon. En los muros de aquella estancia habia practicada una pequeña puerta. Allí se detuvo la misteriosa beldad; el anciano sacó una llave, abrió la puerta é invitó á los cristianos á que penetrasen en el aposento, donde encontraron lo que mas podian apetecer, y que en efecto necesitaban, despues de las angustias y trabajos del dia. La cena estaba servida sobre una mesa situada en medio de la habitacion, amueblada con algunos sitiales. El anciano les mostró la puerta de una alcoba, en la que se veian cuatro mullidos lechos que convidaban al descanso.

La hermosa libertadora, que no habia dejado de hablar con Pelayo despues que este la hubo reconocido, dijo á los cristianos:

—Aquí podeis estar seguros, nadie os buscará en este sitio. Yo volveré mañana al amanecer, y ya procuraremos que vuestros enemigos no acierten á encontraros.—Descansad de vuestras fatigas, y dormid tranquilos.

Y esto diciendo la hermosa, salió precedida del anciano, que

habia encendido otra antorcha en el aposento de los fugitivos. No es decible la alegría que esperimentaron al verse libres de sus perseguidores de una manera no menos estraña que inesperada, con una escelente cena y aguardándoles una buena cama. Aquella noche se entregaron con delicia al sueño de la libertad.

Entre tanto la hermosa castellana penetró en el salon del castillo donde se hallaba Ibrahim en compañía del jóven y gallardo Abdalazis, que, aun cuando infiel, habia tomado por esposa á una cautiva cristiana. Los que hayan leido la primera parte de nuestra historia recordarán fácilmente que la esposa del malaventurado don Rodrigo, la reina Eguilona, habia sido aprisionada por una partida de árabes en las inmediaciones del castillo de Amarga-cena, situado á corta distancia del sitio donde tuvo lugar la funesta cuanto memorable batalla del Guadalete. El gefe de aquella cuadrilla era el bizarro Abdalazis, á quien cupo en suerte la desdichada prisionera. Informado su señor de la elevada alcurnia de su cautiva, compadecido de su infortunio y enamorado de sus gracias, le dió al fin la mano de esposo; y ella no tuvo inconveniente en aceptarla, ella, descendiente de reyes y esposa de un rey cristiano, consintió en unir su suerte á la de un enemigo de su Dios y de su patria. ¡Cuánto la esclavitud y la desgracia rebajan el alma de una frágil mujer, cuando una vez ha salido de la estrecha senda de sus deberes!

No obstante, Egilona ejercia una dichosa influencia sobre su esposo. Ella templaba su carácter arrebatado, protegia á los cautivos, y hasta llegó á hacer vacilar al jóven Abdalazis en la fé del Alcoran. La esposa de Rodrigo habia hecho germinar en el corazon del árabe la semilla del Evangelio. La clara inteligencia y la generosa índole de Abdalazis, se prestaban maravillosamente á las fecundas y suaves doctrinas del cristianismo, verdadero, sabio y divino intérprete de la naturaleza humana.

El gallardo infiel, á diferencia de sus correligionarios, solo tenia una esposa, que era Egilona, aunque poseia muchas esclavas. Hé aquí la razon por qué la antigua reina de España hablaba con su esposo, y se presentaba fácilmente á la vista de los que llegaban al castillo y visitaban á Abdalazis. Dentro de aquella mansion se notaba una mezcla de las voluptuosas costumbres

del oriente y del severo y melancólico espíritu de las razas septentrionales que en los antiguos tiempos concedian voto á las mujeres en las asambleas públicas. Egilona, pues, no era una esclava, era una compañera de Abdalazis.

Este y el anciano Ibrahim estaban embebidos en un diálogo que naturalmente versaba sobre la persecucion de los cautivos. Egilona escuchaba afectando la mayor indiferencia.

—Yo no los he visto, decia Abdalazis.

—Nosotros creimos que se dirigian al castillo; pero sin duda se han emboscado en el monte, repuso Ibrahim.

—Entonces durante la noche podrán sustraerse á tu persecucion.

—Oh! No se me escaparán, dijo Ibrahim con los ojos chispeantes de odio, es una presa demasiado importante para que yo la deje; todos los buenos muzlimes deben interesarse en que esos villanos cautivos no logren su libertad, que sería funesta á los verdaderos creyentes.

—¿Y qué daño pueden hacernos cuatro cautivos?

—Arrojarnos quizá de este hermoso pais, repuso el anciano.

—Ibrahim, tú deliras.

—¿Sabes quién es el principal de los fugitivos?

—Quién?

—El valiente Belay, que no habia muerto.

—¡No habia muerto Belay! ¡Era tu cautivo! esclamó lleno de asombro Abdalazis.

—Ya ves si tengo razon.

—Sí, sí; es necesario que ese nazareno sucumba antes de reunirse con los suyos, porque entonces la guerra se encenderá de nuevo, y la victoria suele ser infiel.

Abdalazis, si bien benévolo para con los cautivos, era ante todo hijo de la Arabia, y por consiguiente se estremecia al pensar en los reveses que pudieran contrariar las armas agarenas, hasta entonces vencedoras.

—Ya he tomado mis precauciones para que no puedan escaparse, dijo Ibrahim. He mandado que mis gentes se aposten á la salida de todos los senderos del bosque, y antes de la oracion

de la mañana estarán de seguro en mi poder.—El grande Alá vela por los verdaderos creyentes.

—Y si te parece, añadió Abdalazis, puedes disponer de algunos de mis servidores para que ayuden á los tuyos.

—Acepto tu ofrecimiento.

Egilona no habia perdido ni una sílaba de este diálogo, si bien afectando la mas completa impasibilidad. Ella por su parte tambien pensaba en tomar sus medidas para lograr la salvacion de sus protegidos; pero temblaba á la idea de que sospechando de esta proteccion, verificasen un reconocimiento en la mina del castillo, cerca de la cual habian visto á los cautivos algunos musulmanes. Comprendió, pues, la necesidad de ocuparse de la evasion de sus compatriotas sin que pudiesen notarlo sus bárbaros perseguidores.

Abdalazis é Ibrahim salieron del salon á dar sus disposiciones, que se limitaron á hacer rodear el monte de manera que fuese imposible la salida de los cristianos sin que al punto no fuesen sorprendidos. Por lo demás, aguardaron el venidero dia creyendo que por aquella noche se habrian emboscado en la maleza para descansar. Los moros no dudaron de que á la mañana siguiente el éxito de su espedicion sería completo.

Entre tanto Egilona se dirigió á un apartado retrete, donde llamó al anciano, á quien comunicó sus temores consultándole sobre los medios mas apropósito para salvar á los cristianos. Despues de algunos momentos de viva discusion, ambos se separaron prometiendo reunirse á media noche en el subterráneo.

Pronto volvieron Abdalazis é Ibrahim, los cuales, despues de la cena, que aquella noche fué mas opípara que de costumbre en gracia á la hospitalidad, virtud jamás desmentida por los árabes, se recogieron en sus lechos consagrando al descanso las pocas horas que restaban hasta el amanecer.

Todo yacia en el mas profundo sueño cuando la graciosa y compasiva Egilona salió de su estancia, en la cual habia permanecido desvelada temiendo con harta razon por la muerte del generoso Pelayo, á quien ella estimaba y compadecia desde que supo su desgracia ocasionada por el crímen del último rey de los godos.

La hermosa castellana con recatado paso atravesó las solitarias galerías del castillo, llegó á una puerta que estaba entornada, penetró por ella, comenzó á bajar una escalera de caracol, y al segundo tramo le salió al encuentro el venerable anciano que antes hemos visto con tanta solicitud prestar socorro á los cautivos de consuno con su señora.

—¿Está ya todo dispuesto? preguntó esta.

—Ahora mismo acabo de entrar por la mina del castillo.

—¿Y has podido proporcionar los caballos?

—Sí, señora.

—¿Sin que lo noten las gentes de mi esposo?

—Al menos por esta noche no podrán advertirlo.

—¿Y cómo has hecho para lograr tu intento?

—He ido á la quinta que está en el valle próximo, he mandádo ensillar cuatro caballos de órden de Abdalazis, y los he dejado trabados y amarrados en un parage oculto en una espesa arboleda fuera del recinto del monte.—Mañana tal vez no será imposible que vuestro esposo sepa que yo he sacado los caballos, si baja á la quinta, en cuyo caso...

—Nada tienes que temer, interrumpió Egilona. Despues que Ibrahim haya partido de aquí con los suyos, no tendré yo inconveniente, si es necesario, en manifestarle todo á mi esposo, con la seguridad de que no tomará á mal mi resolucion, tan justa como natural, tratándose de cuatro desgraciados, y á mayor abundamiento, compatriotas y amigos mios.—Abdalazis mira con repugnancia toda victoria que no es conseguida leal y valientemente por la espada.

—A mí poco me importa que me mande degollar, con tal que el valeroso Pelayo y sus compañeros logren salvarse.

—¿Y como están? ¿Los has visto?

—Duermen profundamente.

—¡Desgraciados! ¡Cuántas penas en el alma y cuántas fatigas del cuerpo han tenido que soportar!

Y Egilona permaneció algunos instantes como absorta en una dolorosa meditacion.

—¿Crees, preguntó al fin, que podrán salir sin peligro?

—Así lo espero.

—Tengo entendido que han cercado el monte por todas sus avenidas, de manera que cualquier sendero que elijan los desdichados les guiará á manos de sus enemigos.

—En efecto, es un peligro inminente el que les amenaza; pero ya encontraremos un medio de salvar ese inconveniente, añadió el anciano como asaltado por una idea súbita y feliz.

—Ya poco tardará en amanecer, no quisiera despertarlos; pero ¿no te parece que es ya hora de obrar?

—Sin duda, es preciso aprovechar el tiempo.

En seguida ambos se dirigieron al profundo subterráneo, llamaron á la habitacion de los fugitivos, é inmediatamente se presentó el leal Ferrandez, que se habia desvelado despues de algunas horas de sueño considerando la crítica situacion en que se hallaban y temiendo el resultado. Pensaba que pudieran haberlos visto desaparecer por la mina de la fortaleza y practicar un reconocimiento, en cuyo caso era infalible su muerte.

—¿Quién va allá? preguntó el valeroso y prudente escudero poniendo mano á su alfange.

—Soy yo, dijo en voz baja la hermosa, que penetró en el aposento seguida del anciano.

Ferrandez apareció en la sala al mismo tiempo. Los cautivos habian dejado la luz encendida, y muy pronto salieron todos de la alcoba recelando que acaso algun peligro les amenazaba.

Egilona invitó á sus amigos para que antes tomasen algun alimento, habiéndoles asegurado que era muy probable el que lograsen felizmente verificar su fuga; pero que se necesitaba no perder tiempo y aprovechar las últimas sombras de la noche.

En brevísimos instantes todos estuvieron armados y listos para seguir al anciano, que debia servirles de conductor seguro y fiel. Si el lector no lo há por enojo, le advertiremos que el anciano servidor de Egilona no era otro que el buen Fagildo, ayo leal del rey don Rodrigo, y antiguo escudero del padre de este el infortunado duque Theodofredo. Cuando la reina fué aprisionada por los árabes, encontraron á los pocos pasos un anciano teñido en su sangre, pero que aun vivia. Aquel anciano era Fagildo, que, á pesar de sus años, habia peleado bravamente junto á su señor, y herido en la batalla, no habia podido con-

tinuar su fuga, á causa de su vejez y de la sangre que habia perdido. Habiéndole reconocido Egilona, rogó á los soldados árabes que no le dejasen bárbaramente morir en aquel sitio, y en seguida lo recogieron, pensando acaso que sería un gran personage, y lo presentaron á su gefe junto con la cautiva. Despues esta se interesó siempre por Fagildo, cuya lealtad y adhesion tenia bien conocidas en tiempo de su primer esposo.

Terminadas estas ligeras esplicaciones, que hemos creido oportunas para los que no hayan leido la primera parte de esta verdadera historia, añadiremos que aquella tarde la esposa de Abdalazis y el anciano Fagildo estaban paseándose por uno de los torreones del castillo, lo cual verificaban casi diariamente para admirar el sublime espectáculo de la puesta del sol, que se ocultaba por entre montes de aterciopelada verdura, y cuyas cimas lucian con mágicas reverberaciones, como si una corona de nitidos mosáicos las engalanase. Aquel espléndido panorama se ofrecia á sus ojos como al trasluz de un cristal purpurino.— Embebidos como estaban en la contemplacion de esta escena diaria y maravillosa, advirtieron, sin embargo, la carrera de nuestros fugitivos, que procuraban ampararse de la espesura para sustraerse á la persecucion de los ginetes capitaneados por Ibrahim.

A un mismo tiempo lanzaron un grito de sorpresa y de dolor Egilona y Fagildo, que reconocieron á Pelayo y á los suyos, á pesar de su exótico ropage. Desde luego se esplicaron que, cautivos de los moros, huian de su pesado yugo, y por una espontánea é idéntica inspiracion convinieron al punto en salvar á los cristianos.

Fagildo conocia perfectamente todos los subterráneos del castillo, pues en tiempos anteriores habia pertenecido á su antiguo señor el duque de Córdoba, tio de Pelayo, al cual tambien como á todo su linage profesaba el buen anciano la adhesion mas tierna y cariñosa. Cabalmente la buena fortuna de los fugitivos los encaminó hácia la oculta mina de la fortaleza, cuyo secreto acaso ignoraban los nuevos moradores. Inmediatamente bajaron del torreon Egilona y el anciano, y ya hemos visto de qué impensado modo lograron sustraer á sus compatriotas de los esbirros de Ibrahim.

La compasiva Egilona esplicó todo esto rápidamente á los cautivos, que no acertaban á comprender su repentina y oportuna intervencion, y que en los primeros momentos de su sorpresa y alegría la contemplaban como á una aparicion celeste.

La esposa de Abdalazis les refirió tambien las precauciones que habia tomado Ibrahim, y que ella habia resuelto que aquella misma noche antes de amanecer debian ponerse en salvo.

—¿Y podremos salir de aquí sin que nos vean los centinelas musulmanes? preguntó Pelayo.

—Sí, señor, repuso Fagildo.—Hay otra salida subterránea que desemboca en un valle á gran distancia de este monte.

—De modo que al amanecer podremos estar bastante lejos de estos contornos, mientras ellos nos creerán emboscados en el recinto del cerro, dijo Ferrandez.

—¡Qué lástima que no tuviéramos caballos! esclamó Atanagildo.

—Precisamente os aguardan ensillados.

Los cautivos prorumpieron en mil esclamaciones de gozo y agradecimiento.

—No perdais tiempo y seguid fielmente los consejos de Fagildo. Él os enseñará tambien el camino que debeis adoptar, dijo la reina.

Pelayo y sus compañeros se despidieron afectuosamente de su bella libertadora; si bien el hijo de Favila no pudo menos de manifestar su tristeza al saber que la esposa de Rodrigo lo era á la sazon de un infiel.

—¡El cielo vaya en vuestra ayuda! esclamó Egilona juntando sus manos como si dirigiese una ardiente súplica al Eterno.

La hermosa castellana se dirigió con paso recatado y trémulo á su aposento, en donde permaneció desvelada, temblando por la suerte de los malaventurados cristianos y aguardando con impaciencia el regreso de Fagildo para saber el resultado de su arriesgada espedicion.

Fagildo sirvió de guia á los cuatro cristianos, conduciéndolos por una interminable galería subterránea. Era bastante alta y muy estrecha; pero no tanto que no permitiese el paso con comodidad á un hombre de frente. El anciano rompia la marcha

provisto de una antorcha; y á la verdad que tenia algo de estraño y siniestro aquella misteriosa procesion por las entrañas de la tierra. A medida que adelantaban en su escursion el piso era cada vez mas fangoso, hasta que por último desembocaron por una abertura practicada en un pequeño cerro cerca de un arroyo.

Todavía la noche envolvia en su manto la creacion; pero ya hácia el oriente veíase en el cielo una ancha zona de nacar que anunciaba la proximidad del dia. Las aves aun no hábian entonado el concierto de la alborada, y solo se oía el suspiro de las auras mensageras de la aurora. Los fugitivos respiraron con delicia el perfumado ambiente y elevaron sus ojos al cielo como si le demandasen una mirada piadosa para llevar á cabo felizmente su santo pensamiento de libertad.

Fagildo los condujo á un enmarañado bosque, donde encontró cuatro caballos enjaezados que puso á disposicion de los cautivos.

—Mi noble y amado Pelayo, esclamó el anciano señalando á una vereda poco trillada, seguid esta senda en tanto que el dia oculte su luz, á fin de que podais adelantar el mas camino posible; pero en amaneciendo os encargo que procureis ocultaros por las profundas encañadas y valles de estas sierras.

—¿Creeis que nos seguirán? preguntó Atanagildo.

—Sin duda alguna, respondió el anciano.

—¿Y no podríais darles informes opuestos á la direccion de nuestra marcha? dijo Ferrandez.

—Ya se hará lo que se pueda, respondió Fagildo; pero de todas maneras ellos acertarán con la direccion que hayais tomado, porque desgraciadamente no podeis menos de continuar adelante. Toda vuestra ventaja consiste en la delantera que tomeis á vuestros perseguidores.—No perdais tiempo, hijos mios, y el Señor quiera escuchar mis súplicas ardientes.

Y esto diciendo, el buen Fagildo derramaba tiernas lágrimas estrechando afectuosamente la mano del hijo de Favila.—Los fugitivos todos abrazaron al anciano escudero del duque de Córdoba, en seguida cabalgaron en sus trotones, y partieron.

El buen Fagildo permaneció con los brazos cruzados sobre el pecho y fijos los tristes ojos en los desdichados fugitivos, hasta que al fin se perdieron entre las sombras y la espesura.



X.

LOS PALADINES MISTERIOSOS.



a la aurora dejando el lecho de Titon aguijaba los caballos de su refulgente carro esparciendo su nueva luz sobre la superficie del ancho mundo. El feroz Ibrahim subió entonces á uno de los mas altos torreones del castillo para mirar las maniobras de sus gentes y gozarse en el sangriento espectáculo de la *caza* de los fugitivos, los cuales imaginaba que no habian de rendirse sino á la fuerza y al número de sus adversarios. Tendió la ansiosa vista por el monte, y divisó á lo lejos en varias direcciones algunos blancos turbantes que permanecian inmóviles. Los centinelas musulmanes aguardaban en sus puestos sin el menor género de duda el que muy pronto los fugitivos caerian en sus manos cualquiera que fuese el sendero que adoptasen, supuesto que todas las salidas estaban tomadas con suficiente número de soldados. Durante la noche tampoco habian abandonado sus puntos de espera, habiendo velado constantemente en cada puesto un centinela que se relevaba de tiempo en tiempo. Empero las horas pasaban, los cautivos no aparecian, y su gefe Ibrahim bramaba de cólera é impaciencia aguardando á cada instante ver llegar á algunos de los suyos con la codiciada presa.

Por último, cansado de esperar inútilmente bajó de la torre,

y acompañado de Abdalazis, se dirigió á algunos de los puestos mas cercanos. En todas partes le respondieron que por allí no habian pasado. Recorrida, digámoslo así, toda la línea de circunvalacion, Ibrahim llegó á convencerse de que los cautivos aun permanecian emboscados, y que el temor de ser cogidos les habia obligado á continuar retraidos en las rocas casi inaccesibles que les habian servido de asilo durante la noche.

El padre de Morayma dispuso que todos los servidores de Abdalazis se distribuyesen de manera que á vista unos de otros rodeasen el monte, y á la cabeza de los suyos se dirigió intrépidamente hácia las rocas que creía guardaban á los fugitivos. No sin trabajo, y tomando todas las precauciones posibles, lograron aproximarse á la especie de fortaleza natural en donde la noche anterior los habian divisado, cuando subian por el único camino practicable á caballo que conducia al castillo. Tanto Ibrahim como los que le seguian, iban examinando el terreno en torno suyo con mirada atenta y recelosa, temiendo á cada instante y al menor ruido ver salir de la espesura y precipitarse sobre ellos á los desesperados cautivos.

Pero juzgue el lector de la sorpresa de los fieros musulmanes, cuando adelantándose hácia las rocas, se precipitaron desnudos los alfanges en la esplanada, y la encontraron desierta.

Fagildo contemplaba estas pesquisas oculto detrás de las almenas de la torre que miraba hácia el mediodia, y á cada momento temblaba por su suerte y aun por la de Egilona, si por su mala ventura los moros daban con la mina ó subterráneo del castillo. Siglos de agonía fueron para él los minutos que Ibrahim y sus servidores permanecieron junto á la añosa encina cerca de la cual estaba la piedra que cubria la salida subterránea.

Afortunadamente los moros estaban muy distantes de pensar en semejante subterráneo, por lo que llenos de indignacion, aunque no faltos de esperanza, se apartaron de aquel lugar, y continuaron sus inútiles investigaciones. Irritado Ibrahim sobremanera al ver que la presa tan ardientemente deseada se les iba de las manos, hizo recaer toda la culpa sobre los inocentes centinelas, suponiendo que estos, poco cuidadosos ó en demasia so-

ñolientos, no habian advertido durante la noche la evasion de los cristianos.

Con toda la tenacidad de su carácter se aferró á esta suposicion, y golpeando furioso á sus gentes y con los ojos inyectados de sangre, daba harto á entender su desesperada rabia. Convencido de la fuga de los cristianos y de que ya debian llevarle gran delantera, separóse de Abdalazis, y sediento de venganza se lanzó con los suyos en seguimiento de los infelices cautivos.

Por desgracia no era dudoso el camino que deberian haber adoptado. Volver atrás les era imposible de todo punto; no tenian, pues, otra esperanza ni otro partido, sino dirigirse hácia tierra de cristianos, harto distante del pais en que se encontraban. Ibrahim, si bien por diverso camino, tomó la misma direccion que los fugitivos, es decir, que como ellos, se encaminó hácia los risueños y pintorescos valles, cortados á trechos por los montes Marianos, y situados al norte de la morisca y opulenta Córdoba.

Entre tanto los valientes cristianos caminaban con presura temerosos de algun imprevisto y desgraciado encuentro. Ahora montaban soberbios corceles, iban armados de alfanges, y la prevision del buen Fagildo los habia provisto de fornidas lanzas. Gozosos y creyéndose ya salvos habian caminado todo el dia sin detenerse un punto, cuando á la tarde se levantó una furiosa tempestad,

El sol ocultó su frente entre negras nubes, el huracan bramaba en la selva tronchando con ímpetu rugiente los gigantes pinos y las robustas encinas, los relámpagos lanzaban su luz pálida, el flamígero rayo hendía los espacios como el aliento inflamado de las iras del Criador, los truenos retumbaban, la lluvia caía á torrentes, y los arroyos corrian hinchados, turbios y mugidores. La naturaleza entera parecia desquiciarse, y un súbito terror detuvo á los caballos y á los caballeros. La tempestad resonaba como la orquesta formidable y magnífica del Increado que asienta su flagrante trono sobre las escelsas nubes y en fúlgidos torbellinos de astros y de fuego.

Los turbados fugitivos se guarecieron contra unas peñas rodeadas profusamente de pomposos árboles, siéndoles imposible

el continuar su marcha. Allí permanecieron mucho tiempo, temiendo que cada instante de retraso les pudiera ser funesto. No eran vanos tales temores.

Poco á poco el huracan fué cambiando sus feroces rugidos en querellosos lamentos como un gigante vencido y encadenado, cesó la lluvia, las brisas sollozantes tendieron sus ligeras alas por el bosque, las verdes copas de los árboles parecian cubiertas de gotas de rocío ó salpicadas de brillantes perlas, los arroyuelos, poco antes tan engreidos, volvieron humildes á sus abandonados cáuces, y el airado cielo descorrió sus tupidos y nebulosos pabellones, apareciendo el eterno rey del dia mas que nunca luminóso en la hora próxima á ocultár sus rayos en occidente, á la manera que un cándido cisne encuentra mas dulces y melancólicas melodías al exhalar el último suspiro.

Ya se disponian nuestros aventureros á continuar su interrumpida marcha, cuando les pareció oir algunas voces lejanas y ruido de armas y caballos. Ni un momento dudaron que por fin se acercaba la hora de un combate desesperado, y todos se dispusieron á morir antes que verse de nuevo cargados de cadenas.

Caminaban á la sazon por un espacioso valle circundado de altos montes y poblados de pinos, encinas y castaños, al trasluz de cuyas entretejidas copas, semejantes á los arcos de una arquitectura gigantesca jamás soñada por los mortales, veíase el dorado disco del sol como el roseton chispeante del portentoso edificio de la creacion. Aquella luz quebrada por el follage era de un efecto mágico é indescriptible.

De repente hirió los ojos de los cristianos otro espectáculo que los llenó de asombro.

Vieron chocarse con ímpetu feroz una masa negra contra una masa blanca, como un cuervo contra una paloma.

Una tropa de caballeros vestidos con negras armaduras, con yelmos de bronce y engalanados con plumas tambien negras, se precipitó furiosa sobre un escuadron de guerreros con blancos turbantes y alquiceles tambien blancos.

Unos, con las espadas centellantes levantadas en alto, parecian amenazar al cielo, á la tierra y al abismo; otros las apuntaban con encendidos ojos á los contrarios pechos; aquellos las

chocaban con homicida estrépito contra las de sus enemigos. El combate de aquellas sombras blancas y negras pudiera compararse á la batalla de los Ángeles. Diríase que era la lucha misteriosa del bien y del mal, de la luz y las tinieblas, de Ariel y Satanás. ¡Terrible fué el combate!

¡Nuestros fugitivos contemplaban aquel cuadro mudos de estupor é inmóviles como estátuas. Habian reconocido en los árabes á sus encarnizados perseguidores; pero, ¿quiénes podian ser aquellos misteriosos paladines de las negras armaduras? Tal era la pregunta que naturalmente se hacian los fugitivos.

Pasados los primeros momentos de su turbacion, Pelayo propuso á los suyos volar en socorro de los que, sin saberlo, les estaban defendiendo, y que seguramente debian ser cristianos. Convinieron todos en prestar su apoyo á los caballeros de las armas negras; pero por poco que durase este diálogo, cuando levantaron la vista los blancos y los negros, ó como si dijéramos Tirios y Troyanos, habian desaparecido, cual si se los hubiese tragado la tierra.

No eran nuestros fugitivos superiores á su siglo, escepto el gran Pelayo, así es que los escuderos se miraron espantados, de tal manera que puede asegurarse creyeron á pié juntillo y aun á puño cerrado que en la tal aventura debian de mediar indubitablemente las malas artes de algun travieso encantador. Eran los escuderos, sin embargo, dignos de disculpa, pues que hasta el mismo Pelayo no podia menos de mirar con estrañeza tan inesplicable suceso.

Suspensos y admirados dirigiéronse hácia el sitio de la refriega, donde encontraron un anciano bañado en su propia sangre que acababa de exhalar el último aliento. Los cristianos reconocieron en él al padre de Morayma, el feroz y rencoroso Ibrahim.

Faltaríamos á la verdad, si dijéramos que nuestros cautivos sintieron mucho la muerte del tirano que tan amargas inquietudes les causára.

Por último, mas bien alegres que pesarosos, siguieron su camino juzgando que el peligro habia pasado, y si algun disgusto tenian, era solamente producido por su curiosidad no satis-

fecha. Esperimentaban un vehementísimo deseo de saber quiénes eran los misteriosos caballeros.

Ya habian andado un gran trecho sin que nada al parecer debiese inquietarles. Las primeras sombras del crepúsculo comenzaban á estenderse por la selva, cuando de entre unos árboles cual súbito relámpago salió un caballero con su negra armadura y se detuvo delante de los cristianos. Fué tan repentina esta aparicion, que por algunos momentos los dejó en estremo atónitos y turbados.

El aparecido continuaba inmóvil y silencioso, los cristianos le contemplaban tambien silenciosos é inmóviles. Aquello tenia algo parecido á la escena del Comendador, cuya sombra apareció sacrílegamente evocada por don Juan. Así, frente á frente, sin respirar siquiera, permanecieron algunos minutos como estátuas ecuestres.

Don Pelayo al fin rompió el silencio.

—Quién sois? preguntó.

La sombra permaneció impasible como una roca, y los escuderos estaban haciendo cruces y rezando mentalmente Padres nuestros, Aves-Marías, y otras oraciones que sus madres de niños les habian enseñado para casos semejantes. Y aun el mismo Atanagildo, valeroso y hasta temerario como era, no las tenia todas consigo, si bien todo su temor se reducia á murmurar por lo bajo ó para sí esta sencilla pregunta:

—¿Si será el demonio este caballero?

—¡Vive Dios! ¿Quién sois? esclamó airado el hijo de Favila.

La sombra no respondió, limitándose solo á hacer un movimiento como si tratase de inspeccionar atentamente la persona y facciones de Pelayo. Este le preguntó con la mayor cortesía:

—¿Quereis hacerme el favor de levantar la visera de vuestro casco?

El caballero hizo un ademan negativo.

Pelayo entonces enristró su lanza cansado de tan tenaz mutismo; pero en aquel instante aparecieron mas de treinta caballeros con plumas y armas negras, las lanzas en el ristre y dispuestos á aniquilar de una sola acometida á los cuatro fugitivos.

El caballero que primero se les habia presentado, y que pa-

recia el gefe de los misteriosos paladines, hizo una señal á los suyos. Todos se detuvieron, levantaron las lanzas y permanecieron como clavados en tierra.

En seguida el gefe de los negros, volviéndose á los cristianos, dijo con voz imperiosa:

— Seguidme.

Don Pelayo y sus compañeros, conociendo la imposibilidad de resistirse, y acaso imaginando que ningun peligro les amenazaba, supuesto que acababa de prohibir á los suyos que les acometiesen, obedecieron al desconocido, cuya tropa rodeó en silencio á los cristianos.

Así caminaron mucho tiempo por la solitaria selva que á mas andar iba envolviendo la noche precedida por su negro acompañamiento de sombras.

El camino se iba estrechando á medida que adelantaban, y despues de subir un empinado cerro comenzaron á bajar una cuesta rapidísima por un sendero estrecho y tortuoso que les obligó á echar pié á tierra, desfilando lentamente uno en pos de otro con los caballos asidos de la brida. Aquel sinuoso cordon de hombres y caballos que se despeñaba, digámoslo así, por el monte abajo, parecia una monstruosa y negra serpiente, salpicada de blanco en el centro donde iban los cristianos, con su atavío oriental. Frente de aquel se levantaba otro monte altísimo formando una hondísima encañada, semejante á un foso segun era estrecha, y por lo escarpado de ambos montes, casi tajados verticalmente.

En aquel profundo seno, y á lo largo de la encañada, formábase un vallecito cubierto de verde y menudo césped, por cuyo centro corria un arroyo con murmurio ronco y triste. Mirado desde la cima semejaba á una ondulante banda de plata guarnecida por dos franjas de esmeralda, ó á un arco íris que, desvanecido de su altura, se hubiese desprendido del cielo para buscar su reposo en la oscuridad y en el silencio.

Despues de tan penosa bajada, el desconocido comenzó á costear el monte por la verde márgen del arroyo, hasta que por último se detuvo junto á unas rocas que como una muralla natural ceñian el cerro por aquella parte.

El gefe de los misteriosos paladines tocó entonces una bocina, cuyo sonido lastimero y ronco se dilató en las alas del Eco por el espacio del angosto valle.

Pocos momentos despues apareció un hombre de colosal estatura sobre las rocas, y arrojó una escala á lo largo de la tajada peña. Los fugitivos miraban llenos de sorpresa aquella escena inesperada; pero cuando volvieron en sí de su admiracion, ya habian desaparecido los guerreros, llevándose no solo sus caballos, sino tambien los que Egilona habia proporcionado á los cautivos. Unicamente el gefe de aquella tropa fúnebre habia quedado con ellos.

—Subid, dijo lacónicamente el desconocido señalando á la escala.

Los cristianos permanecieron inmóviles, cual si recelasen alguna agresion imprevista.

Conociólo el caballero y volvió á decir:

—Si en algo estimais vuestra seguridad, apresuraos á subir al punto sobre esas rocas.

No habia medio de resistir, pues que, segun todas las apariencias, tan peligroso era quedarse como dejar de obedecer. Así, pues, los cristianos se pusieron de acuerdo con una sola mirada, y precedidos por el valiente Pelayo, comenzaron á verificar su escalamiento.

En seguida les siguió el desconocido, y á los pocos minutos todos los caballeros se encontraron tambien en la especie de plataforma que constituían las escarpadas rocas. El último que subió levantó la escala.

¡Cuál fué la admiracion de los fugitivos al verse en la planicie de aquel escarpado promontorio que se levantaba como un torreon en el profundo cauce formado por los dos altísimos montes!

En el centro de la esplanada se veía una ancha boca, por la cual desapareció el gigantesco guardian de aquella caverna, sirviendo de guia á los atónitos fugitivos.

En seguida entró el gefe de los caballeros negros, los cuales cerraban la marcha, ó por mejor decir, aquel descenso tenebroso y arriesgado. En los muros del pozo abierto en la roca

viva habia practicada una escalera estrecha, y cuyos escalones eran lo suficientemente anchos para poner algo mas de la mitad del pié.

La noche ya habia comenzado su imperio convocando en torno las sombras obedientes á su cetro de ébano, y era en verdad estraño y siniestro el contemplar aquella tropa de hombres negros y silenciosos sumergirse en las entrañas de la tierra. Al ver sus negras armaduras diríase que eran los genios del mal y de las tinieblas que se volvian á sus desconocidas moradas despues de haber entoldado el lóbrego trono de la reina del espanto y de la soledad.

Con los cabellos herizados, mudos de horror, fascinados y aturdidos bajaban los cristianos por la caverna, no conservando mas que un sentimiento vago de su personalidad; sus miembros les servian maquinalmente, toda su vida se habia retirado á su cerebro con una actividad delirante, pero indecisa y nebulosa como la que se le supone á un sonámbulo.

Al terminar su descenso, porque la escalera no era muy larga, su pasmo y admiracion subieron de punto, solo que ahora se miraban gratamente sorprendidos por el espectáculo bello, magnífico y deslumbrador que se presentó á su vista. Entonces conocieron que aquella especie de torreon parecia hecho á propósito para ocultar las maravillas de la naturaleza. Y en efecto, un espacioso vestíbulo se presentó á sus ojos, en cuyo centro se abria un arco de forma abocinada y decorado á los lados con cuatro elegantes y sólidas columnas de transparente alabastro que brillaba con la tersura propia del cristal. Nadie pudiera creer que tanta proporcion y simetría fuesen obra esclusiva de la naturaleza, y sin embargo nada era mas cierto.

Precedidos por el gigantesco guardian y otro caballero, llevando cada uno de ellos una antorcha, penetraron en un estenso salon de considerable altura, y cuyas bóvedas y paredes parecian sembradas de diamantes y topacios formando caprichosas labores de inconcebible belleza.

La luz de las antorchas, reflejándose en aquella espléndida profusion de cristalizaciones, producia mil visos luminosos de un efecto mágico y seductor. Pendiente de la bóveda veíase una

ancha cortina de congelaciones que parecia tejida de brillantes, plegada con inimitable gracia y tocando con una punta en el suelo como si las Ninfas de la gruta la hubiesen colocado allí para embellecer su portentosa morada.

Igualmente se veían cascadas petrificadas, blancas como el mármol de Páros, otras de color de oro que parecian caer en olas amontonadas formando mil pliegues aéreos y delicados fruncidos, tan sutiles y ligeros como las olas rizadas por las brisas, con la diferencia de que todas aquellas peregrinas labores estaban entalladas sobre un lago de cándidos mármoles. Otras congelaciones figuraban surtidores graciosos imitando mil ramilletes y flores de agua, pero de agua petrificada como al soplo encantador de una maga.

Decoraba tambien el interior de la maravillosa estancia multitud de columnas truncadas las unas, mientras que las otras se lanzaban hácia la altísima techumbre en forma de obeliscos. La cúpula estaba llena de afiligranados festones, de lanzas y globos, ya transparentes como el cristal, ya blancos como el alabastro.—Tan misteriosa y bella mansion llenó de pasmo á los fugitivos.

El gefe de los caballeros, que parecia gozarse en su sorpresa, abrió la puerta de una galería subterránea é invitó á los cristianos á que le siguiesen.

El guardian y varios caballeros iban de trecho en trecho alumbrando esta marcha con antorchas. Caminaban por un callejon cuya bóveda era por algunas partes tan baja que solia impedir algunas veces que llevasen alta la cabeza. A medida que adelantaban heria sus rostros un viento fresco y húmedo, y llegaba á su oido un cierto rumor indefinible que no acertaban á esplicarse los cristianos.

De improviso fué su ruta bruscamente interrumpida. Es imposible pintar la impresion que les causó el obstáculo de nueva especie que encontraron en su camino. La galería estaba cortada transversalmente por un lago. Junto á la orilla veíase amarrado un barquichuelo.

Aquel lago, que no tendria mas de dos varas de profundidad, estaba como entallado en la peña viva, y se estendia bajo una

bóveda tan poco elevada que casi le cubria, impidiendo de este modo que nuestros fugitivos pudiesen ver la orilla opuesta. Allí se detuvo toda la comitiva mientras que los cristianos lanzaban en torno suyo una mirada atónita y recelosa al mismo tiempo.

En la superficie del lago reflejaba siniestramente la vacilante luz de las antorchas, que despedian un humo negro y espeso. Los cautivos fijaron sus ojos en aquellas aguas misteriosas que retrataban sus pálidos semblantes, y los apartaron al punto estremeciéndose de horror.

Les pareció haber visto una negra y fúnebre turba de sombras que de un profundo abismo les salia al encuentro. Las negras armaduras de los paladines, aquellas luces moribundas, la lobreguez del sitio y lo maravilloso é inesperado de la tal aventura, contribuian poderosamente á aumentar el efecto de aquella ilusion, no muy diferente de la realidad.

El gefe de los guerreros desconocidos manifestó á los cristianos que debian atravesar el lago uno en pos de otro en aquel barquichuelo. Inmediatamente el guardian de la gruta, hombre de estatura Titánica y fuerte como un Cíclope, se arrojó al lago, y bajando la cabeza casi al nivel del agua, y llevando su antorcha en una mano, impelió con la otra el barquichuelo, dentro del cual iba Pelayo.

Pocos momentos despues, el gigante estaba de vuelta para conducir otro pasagero en la navecilla.

Sucesivamente fueron pasando todos los demás, es decir, los cristianos, el gefe y tres caballeros que le acompañaron, pues el resto de la tropa habia desaparecido á una señal de su capitan.

Verificaron la travesia tendidos completamente en el barco, porque de otro modo se hubieran rozado y herido con la roca que servia de techo. No tardaron, sin embargo, mucho tiempo en atravesar el lago, pues segun las apariencias no era muy ancho; pero la angustia de los fugitivos durante estos pocos minutos fué en estremo terrible. Aquello parecia un sepulcro líquido cubierto por una pesada losa. ¡Tan próxima estaba esta á la superficie del agua! Pudiera creerse que allí se confundian los límites del mundo; pero ¿qué habia mas allá? ¿qué suerte aguardaba á los míseros cautivos?

Quien hubiese presenciado el paso de aquella especie de Stigia, el frágil barquichuelo y el gigantesco conductor, habria creido estar presente á la travesía de las almas, verificada en la barca de Caronte.

Pero mas allá, si no estaban los campos Elíseos, habia al menos una mansion portentosa y resplandeciente como un horno de diamantes, perlas y rubíes.—Siempre en la vida sucede lo mismo, á un dolor sigue un placer, despues de la tempestad brilla mas radiante el sol.

No es fácil concebir la idea de un espectáculo tan magnífico. Una arcada inmensa, sostenida por columnas naturales de alabastro, servia de entrada á aquella catedral subterránea. Aumentaba esta ilusion el que junto á la techumbre veíanse diferentes cavidades imitando con la mayor propiedad á las puertas y ventanas góticas. Las bóvedas eran altas, brillantes y formadas de prismas en todas direcciones, estrechamente unidas por arriba y en sus adherencias interiores por una materia calcárea, ya blanca como la espuma del mar, ya dorada como el plumage de la Oropéndola.

Aquellos prismas brillantes se habian unido por infiltraciones ceolíticas que daban á las maravillosas bóvedas la apariencia del mosáico. Diríase que debajo de la tierra, al contacto de la vara de un encantador, habia brotado un cielo bordado con mil fantasías de nieve y oro. Tambien aquel firmamento tenia sus celages, no de vapores ligeros, sino de caprichosas y nítidas congelaciones, semejantes á nubes de alabastro.

Espléndidas y anchas estaláctitas (1) parecian desplegarse á

(1) Llámanse así las congelaciones producidas por las gotas de agua que caen desde las bóvedas de las grutas, se petrifican y forman diversas y caprichosas figuras: son transparentes como el agua, y frecuentemente piramidales. En esto se diferencian de las *estalágmitas*, que son opacas y siempre redondas. Estas últimas fórmanse en las paredes laterales ó en el suelo.—Cuanto decimos es pálido en comparacion de lo que se cuenta de algunas grutas, cuyas maravillas esceden todos los sueños de la imaginacion. Baste citar, entre otras muchas mas célebres todavia, la que descubrió en tiempos mas modernos (1673) M. Nointel, embajador de Francia cerca de la Puerta, en la isla de Antiparos, famosa desde entonces por su gruta admirable. Este viajero encontró allí un magnífico pabe-

manera de tapices y colgaduras, desprendiéndose desde lo alto de las bóvedas con un efecto asombroso, cual si las paredes estuviesen sembradas de reluciente argentería. No hay recamados ni lentejuelas sobre dorados sirgos que brillen con tanto esplendor como los nítidos muros de aquella estancia singular. La luz reverberaba mil chispas rutilantes en magnífica profusion de luminosos visos y matices sobre aquellas facetas diamantinas.

El pavimento sobre que caminaban era terso y luciente formado de una peña natural, y cubierto de tiempo en tiempo por estalágmitas, de modo que se creían transportados y perdidos en los ámbitos de un misterioso templo.

De repente, á una señal del caudillo, apagaron las antorchas, y los tristes cautivos se vieron sumergidos en un océano de tinieblas. Es imposible figurarse la ansiedad y angustia que en aquel momento se apoderó de los cristianos.

—Venid, dijeron á la par cuatro voces.

Y los cautivos se sintieron al mismo tiempo fuertemente asidos por el brazo.

Cada uno de los paladines habia elegido su presa, y comenzaron á andar á lo largo de aquella lóbrega mansion.

Los cristianos se turban, se estremecen y alucinan con la súbita oscuridad. Quieren defenderse, y tienen las diestras sujetas; meditan huir, y el camino está cerrado por las sombras;

llon figurando las ramas, las hojas y cabezas de multitud de coliflores, cual si la naturaleza hubiese querido manifestar de qué modo se conduce para producir vegetales de piedra. Todas estas figuras son de alabastro transparente y cristalizado. En otro departamento encontraron un salon inmenso semejante á una iglesia gótica, y adornado en uno de sus frentes con un elegante altar formado de preciosas cristalizaciones. Igualmente encontraron muchas y atrevidas columnas naturales.—M. Nointel volvió segunda vez con una numerosa espedicion, y mandó decir misa en el salon que llamaron del *altar*, donde pasó las tres fiestas de Navidad en compañía de mas de quinientas personas. (*V. Tournefort.*)—Ahora bien, no muy distante del lugar de *Villa-harta* en medio de Sierra-Morena, donde suponemos hallarse nuestros cautivos, hay en efecto un monte completamente hueco, taladrado de parte á parte, y en cuyo interior no faltan cristalizaciones. Algunos suponen que esta inmensa gruta está formada por escavaciones artificiales, y que es una mina esplotada por los romanos.



LAM. 4.

"Todos volvieron rapidamente la cabeza para ver de donde provenian aquellos acentos angélicos."

intentan hablar, y el terror anuda sus lenguas á la garganta. Su respiracion es difícil, óyense los fatigosos latidos de sus corazones, y les parece que mil mundos tenebrosos les separan del mundo de los vivos.

Los desgraciados godos, desfallecidos y atolondrados por el vértigo que les producia tantas y tan repetidas emociones, se dejaban conducir como si la fria mano de la pálida muerte los arrastrase á las sombrías regiones de la nada.

Despues de un largo rato se detuvieron sus conductores y les dejaron libres. Entonces la admiracion de los cautivos subió de punto hasta el pasmo y el asombro.

En aquel instante resonó en los ámbitos tenebrosos de aquella mansion un coro de voces dulces y armoniosas que parecian salir de las bóvedas. Melodiosos instrumentos acompañaban aquellas voces que producian una música encantada y suavísima, cual si despues del reino de las tinieblas entonasen un himno de júbilo los nacarados genios del mundo de la luz y de la armonía.

Todos volvieron rápidamente la cabeza para ver de dónde provenian aquellos acentos angélicos. ¡Qué sorpresa tan agradable! En el estremo opuesto de aquel templo misterioso, y en un nicho natural abierto en la peña viva, divisaron un grupo de cinco figuras vestidas de blanco y semejantes á las vírgenes sacerdotisas de Vesta. Las tres del centro pulsaban delicadas y armoniosas arpas, y las dos de los estremos tenian una antorcha en la mano y permanecian inmóviles como estátuas del dios *Término*. Entonaban un cántico sublime y melodioso, y que en tal momento produjo en nuestros cautivos un efecto inesplicable, una emocion profunda y á la vez tierna y melancólica, que dependia tanto de la letra como del sitio lóbrego y apartado que los separaba del resto de la creacion. La letra era uno de los mas bellos salmos de David, y el sitio era un templo magestuoso que la grandeza de Dios se habia levantado á sí mismo en las entrañas de la tierra.

De pronto se abrió una puerta secreta, y aparecieron unos cuantos paladines con antorchas encendidas, haciendo brillar en toda su magnificencia las maravillas de aquella mansion.

Los cristianos paseaban en torno sus miradas atónitas, y la admiracion, la sorpresa y la incertidumbre los tenia no menos petrificados que las brillantes estaláctitas que resplandecian sobre sus cabezas. ¡Tan nuevo y tan magnífico aparecia aquel espectáculo á sus ojos! Era aquello algo parecido á la celebrada gruta de Escocia, habitacion de Fingal, padre del primero de los bardos (1).

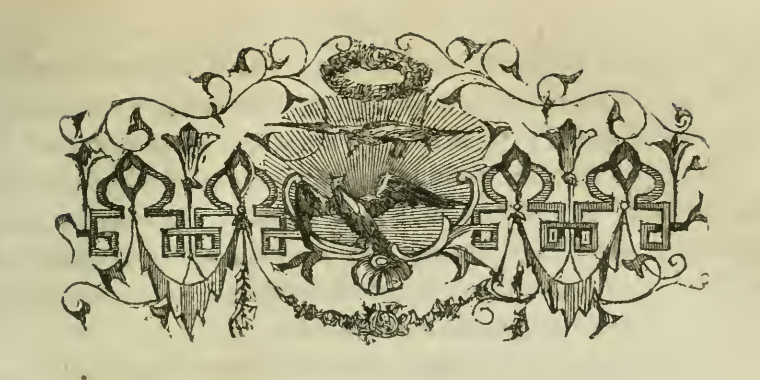
¿Qué son las obras del hombre en comparacion de tales milagros de la naturaleza? Tierra y simetría, juguetes de niños, ridículos desvaríos. Hay entre unas y otras creaciones la misma diferencia que entre la naturaleza y el arte, la inferioridad del hombre á Dios, la distancia de la tierra al cielo.

¿Quién podrá pintar la impresion que todo esto produjo en el ánimo de los cautivos?—Es indecible.

En aquel instante se creían transportados á las mágicas regiones de los sueños.

(1) Osian.





CAPITULO XI.

EL PRIMER AMOR.



UÁN bello es inspirar el primer sentimiento de amor en un alma pura y tranquila como la superficie del transparente lago que no riza el menor soplo del aura! ¡Cuán grato es poseer todo entero el pensamiento de un ser hermoso y querido! La primera tinta de la aurora que ilumina el cielo, el primer capullo que engalana el rosal aromoso, el primer céfiro del abril florido, son menos bellos que el primer latido de amor de un corazon virginal.—Las aves nos regalan su armonía, el porvenir nos brinda sus encantos, el alma nos prodiga sus ensueños, la vida nos promete un manantial inagotable de ventura, vemos el mundo sembrado de nacaradas ilusiones, y en el espacio se agitan nuestros pensamientos como pintadas mariposas que revuelvan en torno de la perfumada flór de la esperanza. ¡Bella es la vida iluminada por el lucero rutilante de los primeros amores! ¡Felices aquellos que se encuentran en su camino cándidos y puros, y á quienes una sola mirada infunde el dulce fuego de una pasion sublime! El amor centuplica los resortes de la existencia, es el sol del alma, la aspiracion irresistible de todos los séres, el norte de nuestra navegacion, el puerto de la dicha, el destino de la humanidad. ¿Qué es la

vida sin amor? Un mecanismo áspero y yerto, la vegetacion de un árbol, una estátua que habla, un cádaver que se mueve. ¡Bello es el amor, pero mas bello todavía el amor primero!

La noche serena ha estendido su manto salpicado de estrellas, la luna esparce sus misteriosos rayos, las brisas suaves murmuran entre las flores mil melodiosos suspiros de amor, el ambiente está perfumado, el jardin solitario y silencioso, y la enamorada virgen aguarda á su amante.

Graciosa estrella del amor que asomas tu radiosa frente por entre las purpurinas nubes del ocaso, tú, que estampas tus brillantes huellas en el azulado firmamento, ¿qué miras en el jardin hácia donde parece que diriges los rayos de tus ojos? El bullicio de la ciudad se ha desvanecido con la última luz del dia, vénse á lo lejos algunas embarcaciones surcar el transparente piélago, ligeras como las paviotas que rozan la superficie de las aguas, óyese el manso ruido de las olas que se quiebran en la orilla como surcos de cristal, por entre las almenas de las torres del alcázar aparecen los blancos turbantes de los centinelas, los insectos nocturnos estienden sus luminosas alas como chispas vivientes de fuego, y turban con su blando susurro el silencio de los vientos... ¡Hermosa noche! ¿Quién no piensa en tus tranquilas horas entregarse á las sabrosas pláticas de amor?

Noche apacible, misteriosa luna, estrellas refulgentes, olas sollozantes, armoniosas brisas, perfumadas flores, brillantes insectos, derramad vuestro encanto y vuestra argentada luz, vuestros murmurios y vuestros perfumes sobre el alma enamorada que se remonta á un cielo desconocido. ¿Qué voz de ángel podrá imitar el acento del primer «te amo,» que resuena en el corazon con tal melodía, que no tiene nombre en la tierra? ¿Qué eternidad podrá borrar este recuerdo que se convierte en alma?

La vírgen ha despertado de su sueño, el torrente de la vida la arrebata, el mundo la precipita con sus brazos de gigante, y el amor le muestra de lejos su corona de verdes mirtos. ¡Adios para siempre, apacible calma, tranquilos deseos, inocentes alegrías, sencillas emociones! Amaneció el dia puro y sereno; pero á la tarde le oscureció la tempestad, la mar tranquila comenzó á hincharse. El seno virginal palpitó de amor por la primera

vez. Al despertar de su letargo la doncella, vió aparecérsele la brillante sombra de un héroe bello como el Oriente. La virgen perdió su sosiègo, pero la dulce llama que la devora y la grata inquietud que la agita, tienen un encanto inesplicable. ¡Oh! No hay palabras en el idioma humano que puedan espresar aquella emocion primera; el mancebo se le presenta como un habitante de otro mundo mejor, al punto sus corazones quedan unidos por un lazo indisoluble, un lazo que siempre parecia haber existido, y que los hombres jamás podrán romper.

La virgen se estremece al pensar en el porvenir, tampoco se atreve á mirar hácia atrás, solo ve delante á el amor agitar sus alas de oro. Ella se confia á esta deidad, que dirige su corazon como la estrella polar al navegante. En el océano de luz que circunda su alma, todo sus temores, todas las negras fases de la vida, todas las nubes se han desvanecido.

¡Cuán bella aparece á la débil claridad de la luna! Diríase que las mismas Gracias habian asistido á su esquisito adorno. Un espléndido trage de tisú brillante cual la eterna nieve de los Pirineos cubre su cuerpo airoso, que aparece como envuelto en los sutiles y nacarados vapores de la mañana. Un manto de seda de color de púrpura resplandeciente y sujeto por un broche de oro engalana su espalda de marfil. En todo su atavío brillaban las perlas y corales, preciosos dones de la diosa del mar. Un cinturon de seda bordado con lindas flores de oro ceñía su cintura delicada y hacia resaltar los graciosos contornos de su turgente seno. De su cabeza se desprendia un blanco velo, sutil como aire tejido, y que envolvia á la virgen como una ligera y vaporosa nube. Una guirnalda de cándidas rosas ornaba graciosamente su sedosa y negra cabellera.

La noche avanzaba, el silencio crecia, y á cada instante el murmullo de las brisas en las copas de los árboles le hacia creer que era el ruido de los pasos de su amante; pero el gallardo caballero no aparecia.

De vez en cuando la gentil doncella exhalaba un ardiente suspiro, cruzaba las manos sobre su pecho palpitante, y elevaba al cielo sus ojos lánguidos y hermosos. ¡Cuán bella estaba en aquellos momentos?

Por último, dos sombras blancas aparecieron á lo lejos en una calle de árboles. A los pocos pasos se separaron.

—Avísame, Ismael, si ocurre algo de nuevo, dijo uno de los moros al despedirse de su compañero.

—Descuida, que yo velaré mientras tú te entregas á tu amoroso coloquio.

Y en seguida el gentil mancebo se dirigió hácia donde ya le aguardaba su amada.

—Por fin llegó el feliz momento en qué pudiésemos hablarnos sin testigos. Hermosa nararena, yo tengo que decirte cosas muy importantes para mi corazon.

—Yo tambien, Munuza, deseaba hablarte, y cuando hoy me distes esta cita, pensaba pedirte otra á fin de que me otorgases un favor, al cual eternamente te viviria agradecida.

Tales palabras desconcertaron al gallardo moro, que no podia atinar la causa de semejante súplica.

—Bien sabes, amada de mi corazon, que siempre mi alma se ha complacido en concederte todo cuanto has exigido de mí; no me negarás esta verdad, y en prueba de ello puede decirlo Gijon, cuyo blando yugo y gobierno paternal solamente á ti se deben. Esta ciudad ya estaria reducida á cenizas, á no haber mediado tu intervencion, la mas grata y poderosa para mí que hubieran podido hallar los cristianos.—Pero á fé que me maravilla, añadió el moro, el que necesitases pedirme un favor reservadamente, cuando hasta ahora han sido de tal naturaleza tus súplicas, que á la misma luz del sol han debido hacerse para que juntas brillasen tu bondad y tu hermosura.

—Siempre, querido Munuza, repuso la doncella, he rogado por otros; pero hoy quisiera pedirte un favor que á mí sola se refiere.

—¿Y puedes dudar acaso de que mi voluntad sea la tuya?

—No estoy muy segura de que en la ocasion presente así suceda.

—¿Es posible? Habla, idolatrada nazarena, que tus palabras me tienen harto suspenso.

Y efectivamente, la curiosidad del hermano de Morayma se habia despertado hasta el mas alto punto.

La bella Hormesinda fijó sus ojos brilladores en el semblante varonil y hermoso de Munúza, que la contemplaba con éstasis.

Hay miradas en ciertos momentos de la vida; que son todo un poema; el alma se asoma á los ojos, y no hay discursos que espresen tanto. Una de estas miradas fué la que cambiaron los dos tiernos amantes.

La única diferencia que hubiera podido advertirse, consistia en que Hormesinda revelaba la mas infinita tristeza, en tanto que Munuza parecia ébrio de felicidad y absorto en la contemplacion de tan perégrina belleza.

—He resuelto, dijo por último la jóven con voz trémula y llorosa, he resuelto encerrarme en un convento situado poco distante de aquí en un parage solitario y triste muy en armonía con la disposicion de mi espíritu.

Munuza, al escuchar tales palabras, volvió en sí como un hombre que despues de haber soñado remontarse á la abrasada esfera del sol, se sintiese caer de repente en el seno helado del mar glacial.

Hormesinda continuó:

—Yo me estremezco, querido Munuza, al considerar el negro abismo que ante mi vista se presenta... ¡Oh! Desdichada la hora en que por la vez primera llegué á contemplarte. ¡Muriera, sí, muriera yo mil veces, antes de verte, Munuza amado! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Por qué apareciste tan bello á mis ojos, entre los brillantes guerreros de la Arabia? ¿Por qué fuiste dócil á mi súplica, y bondadoso para con esta ciudad infortunada?—Mas me valiera haber perecido en el incendio, que no ser salvada por tí, si despues habias de inflamar en mi pecho una hoguera todavía mas devoradora... Perdona, adorado y peligroso mortal, perdona, yo no sé lo que digo ni lo que quiero, yo estoy loca, loca de amor y de vergüenza.

Y así diciendo la enamorada vírgen, se cubria el bello rostro con ambas manos, y ahogados suspiros brotaban de su pecho.

—¿Es así como yo debia encontrarte en la halagüeña soledad de este recinto? Bella Hormesinda, tú has hecho nacer en mi corazon de guerrero una pasion inmensa y grande como el in-

perio del soberano Alá.—Los rayos de tus ojos, mas dulces y espresivos que los de la tímida gacela, han atravesado mi coraza, han postrado mi altivez, solo por tí late mi corazon. El estruendo de los combates, que antes era toda mi delicia, ahora me causa horror... ¿No has visto alguna vez al fiero leon de Numidia, destrozar con sus mortíferas garras al asustadizo rebaño, y á los desapercibidos pastores, y al solitario caminante? Pues bien, despues de su sangriento triunfo vuelve cariñoso al lado de su amada compañera, y de sus cachorrillos. Él protege su sanguinario festin, y goza en el retiro de su arenosa gruta de las delicias del amor.—Yo he nacido mas allá de los mares, mi bridon y mi cimitarra han sido durante mucho tiempo mis únicos amores. Envuelto en hierro, jamás soñé sino en la gloria que el *libro de la Espada* promete á los valientes... Tu talle es mas airoso y flexible que el tallo de las flores, y tu mirada mas brillante y seductora que la de las vírgenes de Damasco. Tú me venciste, hermosa nazarena, tú encadenaste mi pecho indómito, tú fuiste para mí en el desierto de mi vida lo que la palma y la fuente son en los ardientes arenales del desierto de la Arabia para el agareno fatigado.—Yo te amo, encantadora Hormesinda, yo te amo con todo el fuego que lanza el sol en el oriente.

Escuchaba la hermana de Pelayo al apasionado moro con esa complacencia, mezclada de pesar, propia de quien conoce que su esperanza, por mas bella y seductora que le sonria, es irrealizable. Su ardiente fantasía se recreaba con la perspectiva de un mundo esplendoroso que el amor le hacia vislumbrar; pero su conciencia se aterraba al pensar en lo costoso de tan inefable ventura.

Munuza era jóven y hermoso, lleno de valor y nobleza; pero tambien era un enemigo de su religion y de su patria. Él habia cautivado el corazon de Hormesinda, ella le amaba con toda la fuerza de un sentimiento nuevo y profundo que habia ensanchado é iluminado horizontes desconocidos hasta entonces en la carrera apacible de su vida. Pero la vírgen cristiana se estremecia al reconocer la inmensa revolucion que se habia verificado en todos los arcanos de su existencia interior.—Ya no era, como antes, dueña de sus deseos: ahora por el contrario era víc-

tima y esclava de una pasion abrasadora y tiránica, y á mayor abundamiento, y para mas desgracia suya, el ídolo de su amor tan cándido y tan puro y tan infinito era un infiel.

Los guerreros árabes que encadenaban sin piedad las manos cristianas, debian ser indignos del amor de una noble doncella, educada en la fé de Cristo, y descendiente de la alcurnia real de los godos. Y como si tales inconvenientes no fuesen todavía bastantes para retraer á la hermosa cuanto infeliz Hormesinda de sus malhadados amores, añadíase la muerte de su querido hermano, cuya cabeza ensangrentada habian presentado á Munuza. ¡Qué combate tan cruel, qué torbellino de encontradas ideas y sentimientos destrozaban el pecho de la sensible cristiana!

Ella amaba á Munuza; pero el recuerdo de la trágica muerte de Pelayo oscurecia como una negra nube los vívidos rayos de aquel amor primero. El infiel se habia presentado á sus ojos resplandeciente de valor y de hermosura, con toda la pompa y brillo de un guerrero afortunado, y con el atractivo encantador é irresistible de un corazon generoso; pero Hormesinda era cristiana. ¡Terrible situacion! Su amor era una blasfemia horrible, un crímen espantoso, una infidelidad indigna para su Dios, para su patria, para su mismo hermano.

Como la nave engolfada en mares desconocidos, y combatida por el rudo choque de contrarios vientos, permanece perpleja sin seguir un rumbo cierto; así la encantadora y desdichada vírgen luchaba desolada y triste con el tumultuoso huracan de mil opuestas emociones. El rugiente aquilon de la desgracia, y el sol brillante de la felicidad, habian aparecido para ella en un mismo punto, y su corazon fluctuaba entre el Dios de sus mayores y la poderosa deidad que ahora se habia enseñoreado de todo su ser con un vigor inaudito, irresistible é inesplicable.

Hormesinda, sin embargo, en estremo sensible á la idea del deber como su hermano, abrigaba la tendencia al sacrificio de sus afecciones que en tales caractéres suele ser instintiva. La vírgen no por eso dejaba de amar ardientemente, y acaso mas que nunca, al guerrero árabe; pero á pesar de todo no vaciló en sacrificarse á su deber tomando una resolucion solemne.

desesperada, dolorosa y con intento de que fuese irrevocable.

La jóven, conociendo su debilidad, y que las palabras del moro la encadenaban y seducian, decidió poner término á aquella entrevista diciendo:

—Yo tambien, querido Munuza, no puedo negarlo, yo tambien te amo...

—¡Oh nazarena, divina hurí del Eden, hé aquí el momento mas feliz de mi vida! interrumpió el guerrero arrebatado de gozo.

—Sí, sí, adorado Munuza, lo creo; pero es indispensable que me prestes tu auxilio para llevar á cabo mi intento; tú eres el dueño de la ciudad, nadie entra ni sale sin tu permiso...

—¿Y qué quieres decir, cruel Hormesinda?

—¡Ay, amado mio! Nuestro amor es imposible, tu Dios y el mio son enemigos, mi resolucion ya está tomada.

—¿Y cuál es?

—Moriré de pesar, lo conozco, dijo la bella cristiana vertiendo amargo llanto de sus hermosos ojos; pero la suerte impía así lo quiere, mi amor está privado de esperanza, y los mios me maldecirian, y el justo cielo lanzaria sobre mí los rayos de sus iras... He resuelto irrevocablemente encerrarme en un claustro solitario, no perteneceré á ningun mortal; ya que el destino adverso ha querido poner un muro de diamante entre nosotros, solo espero que me permitas mañana salir de Gijon.

—Jamás, jamás.

—Yo te lo ruego, Munuza, por lo mas sagrado, por nuestro mismo amor, por tu Dios y el mio.—Yo no quiero ser menos noble que mi amiga de infancia la infeliz Florinda, la amada de mi hermano, la triste víctima de la liviandad de Rodrigo. Ella se encerró en un convento cuando se vió obligada á renunciar para siempre á sus mas bellos ensueños de amor, ella es mi amiga, la fama me ha hecho sabedora de su resolucion, yo quiero imitarla, juntas viviremos, y lloraremos juntas nuestra desdicha.—Déjame partir al convento de Santa Eulalia.

El moro clavó una mirada de desesperacion y angustia en la bella Hormesinda, que se deshacia en lágrimas. Munuza la contemplaba profundamente enternecido, y durante mucho

tiempo permaneció inmóvil, sombrío y silencioso, mientras que con ahogados sollozos la jóven repetia:

—Nuestro amor es imposible, déjame partir.

—Nunca, nunca, repuso al fin el guerrero. ¡Oh poderoso Alá! ¿Por qué has querido que llegue á ver este momento en mi vida?

Despues, como arrepentido de su inútil queja, ó para reflexionar sobre aquella resolucion inesperada de Hormesinda, volvió á guardar silencio algunos instantes. Luego sacudió ligeramente la cabeza, y dijo:

—Mira, hermosa nazarena, yo he venido aquí esta noche rendido y obligado por la amorosa llama que arde en mi pecho. Mi corazon fué tuyo desde el punto en que hermosa, atrevida y magnánima te vi en la noche del incendio implorar mi perdon para esta ciudad. Tú estabas á mis piés; pero yo realmente era el vencido. Desde entonces nuestros corazones se entendieron, vine á habitar el mismo alcázar del anciano Veremundo. No eran mis derechos de conquistador, fué la lumbre de tus ojos la que me atrajo á este palacio como el iman al hierro. Tú eres el norte de mi vida, la estrella de mi camino. Pensé en tu suerte; tu patria, tus creencias, tu noble alcurnia, todos los imposibles que me separan de tí, se me aparecieron como otras tantas visiones negras y enemigas de mi bien y de mi reposo.—Luché como ningun mortal pudiera hacerlo; al fin he sucumbido. Murmurarán mis guerreros, no lo ignoro, porque he tratado con blandura á los cristianos: ¿y qué importa?—Yo hubiera podido hacerte mi esclava, violentar tu voluntad; pero ¿no eras tú la señora? ¿Debia mandar el esclavo? La pasion que me inspiraste me habia transformado en otro hombre. Yo deseaba por mí mismo, y por tu gusto, llegar al Eden de tus amores. Yo queria que tú misma me abrieses la misteriosa puerta de la encantadora mansion adonde me arrebataban mis sueños. Me desesperaba obtener la dicha de ser amado esgrimiendo mi cimitarra. Largo tiempo vacilé entre varias resoluciones. Hoy he pensado que nada debian importarnos los clamores y hablillas de moros y cristianos. ¿Será un obstáculo á nuestro amor tu Dios y el mio? ¿No es una misma la divinidad potente que ha sembrado en nuestro

ser la vivida semilla de este amor irresistible? La poderosa ley de amar impuesta al universo por el Criador, ¿no es la misma en Arabia que en España? Todo en el ancho mundo se sustenta y vive por la fecunda llama del amor. El generoso Koclan relincha y corre desbocado tras de su compañera, el dulce y apasionado ruiseñor entona sus amorosos trinos en las floridas ramas, la tierna tortolilla llora con roncos arrullos á su perdido esposo. ¿Qué mas te diré? Los tigres, los leones y las sierpes, se entregan en el arenoso desierto á su amorosa furia, y hasta los peces en el frio seno de las aguas, sienten la inevitable y abrasadora llama del amor. ¿Y podremos nosotros resistir su omnipotente imperio?

—¡Munuza de mi corazon! Yo te amo, si, yo te amo, pero te lo repito, la hermana de Pelayo no debe ser jamás esposa de un infiel, la maldicion de Dios y de los hombres nos seguiria á todas partes.

—¿Y por qué? Si el amor es un crimen, ¿no es el soberano Alá quien ha escrito con caractéres de fuego en nuestras almas tan vehementes é irresistibles deseos? ¿Valdremos menos á sus ojos que estos insectos brillantes que agitan sus alas en el silencio de la noche? Esos pequeños vivientes asisten como nosotros á una misteriosa cita de amor. Escucha el suspiro de las brisas, oye el murmullo de las fuentes, contempla las estrellas, mira esa luna que derrama sus rayos de plata sobre tu frente de marfil; el mugido de la mar, el eco de los torrentes, los rugidos de las fieras, los trinos de las aves, el eterno ruido de la creacion, ¿es otra cosa que un cántico sublime, que entona el amor á las escelsas moradas del grande Alá y sus Profetas? El amor es la religion de todos los paises, el amor es la verdad mas grande de la tierra, todos los hombres la reconocen... Mis dudas desaparecieron, bella cristiana; palpiten acordes nuestros corazones, beba ya la felicidad del Eden en una mirada de tus hermosos ojos, que una sonrisa de tus rosados labios ilumine como un rayo de sol mi existencia, y... ¿qué me importan tu religion y tu alcurnia?

Y el bizarro mancebo en aquel momento estaba mas que nunca hermoso y radiante y seductor, sus negros ojos devo-

raban á la bella cristiana que, palpitante, y trémula, y subyugada, escuchaba el acento varonil y apasionado del fogoso amante. Este cogió la nevada mano de la llorosa y conturbada vírgen estampando en ella mil besos de fuego. Hormesinda no tenia ya valor para llevar á cabo su primitivo intento, las palabras y la presencia del moro se lo impedian, y en aquel instante le hubiera seguido hasta el último confin del mundo.

—¡Oh nazarena! esclamó Munuza, esta noche te he citado para decirte mi resolucion definitiva. ¡Quiero que seas mi esposa!

—¡Munuza! ¡Munuza idolatrado! dijo la jóven retorciendo sus manos de dolor y fijando en su amante una mirada de infinita ternura. Yo veo un abismo ante mis piés; pero está cubierto de flores, me siento arrastrar al precipicio, y no tengo valor para retroceder... Soy tuya, sí, seré tu esposa, ¡ay de mí! ¿Qué puedo hacer sino seguirte?

—¡Oh felicidad! esclamó el árabe transportado de júbilo. ¡Ser tuyo! ¡Llamarte mia! ¡No basta un corazon para tan inefable dicha!

Los dos amantes se estrecharon, sus labios se confundieron, el mundo desapareció completamente á sus ojos, solo la idea de un amor infinito llenaba en aquel momento la inmensidad de sus almas.

De pronto Hormesinda se desasió violentamente de los brazos de su amante pálida, trémula, con los ojos desencajados, y como si tuviese un espectro delante de sí, huyó despavorida por una solitaria calle de árboles, hasta que cayó en el suelo casi sin sentido.

Pasmado y afligido siguióla Munuza, no sabiendo á qué atribuir tan repentina y brusca transicion de ideas. Cuando el moro estuvo cerca, la doncella se incorporó, y arrodillándose con las manos cruzadas sobre el pecho y con ademan suplicante y estraviado, comenzó á decir:

—Perdona, amado Munuza, perdona á la mas desgraciada de las mujeres... ¡Mira! Mira su sombra cuál me persigue. ¡Qué horror! ¡Qué horror!

Y Hormesinda señalaba delante de sí manifestando en sus

miradas y ademanes todos los síntomas del mas completo delirio.

—Pero no temas, ¿qué te sucede? Recóbrate, Hormesinda, tu amante está á tu lado, mis brazos te sostienen. ¿Qué temes? ¿Qué causa ha podido inspirarte tan súbito pavor?

—Calla, calla por piedad, querido Munuza... Tu acento en este instante aumenta mi suplicio.

El moro hizo un gesto de impaciencia y de cólera. Luego dijo:

—¿Es así como debia esperar que le hablases á tu esposo? ¿Tan difícil es para tí labrar la dicha de quien te adora? ¡Hormesinda! ¡Hormesinda! ¿Será tal vez que tu amor no sea sincero? ¿Por qué afligirte de tal manera en el momento mismo en que acabamos de resolver nuestra próxima union? ¡Cuán falsa eres! ¡Qué desgraciado soy! ¡Cuán poco me amas!

—¡Y tú tambien! esclamó la acongojada vírgen. ¿Tambien, Munuza, quieres complacerte en mi agonía? ¡Que no te amo!

—Pues entonces...

—Sí, comprendo tu sorpresa... ¡Cuán desgraciada soy! En el venturoso instante en que te miro rendido á mi amor, cuando habias logrado acallar todas las inquietudes de mi conciencia, todos los temores de mi corazon, al escuchar de tus labios el dulce nombre de esposa, y cuando por la primera vez un dulce é inocente abrazo es símbolo de la union de nuestras almas, me pareció que la luna y las estrellas habian ocultado súbitamente su luz, que la tierra temblaba, que el mar hinchado se aproximaba, y creí oir una voz que me decia: «Perjura é infiel á tu Dios, á tu patria y á mi sangre. ¿Cederás al fuego de tu pasion insensata y criminal?...» Y entonces vi entre nosotros dos alzarse de su tumba la sombra airada de Pelayo que me miraba con gesto amenazador. Huí despavorida, y aun ahora mismo un fatigoso peso oprime como una losa mi corazon... ¡Cuán tristes presentimientos me turban! ¡La hermana de Pelayo, esposa de un infiel! Si él viviera y oyese yo de su boca estas palabras, el espanto y la vergüenza me aniquilarian, y... tal vez Pelayo no haya muerto.

—Aleja, bella Hormesinda, aleja esas visiones que tu mente

turbada finge y sueña. Tu hermano goza ya el reposo de los héroes, yo mismo no puedo negarle este nombre, mas ya tan solo queda su fama. Los tuyos le acataban, los mios me respetan, y á tí que eres su hermana te obedecerán moros y cristianos. El amor ahuyentará las crueldades, el lazo de flores con que Himeneo unirá nuestras almas será tambien íris de paz entre vencidos y vencedores.

—¡Oh, Munuza amado! Tus palabras caen sobre mi alma como las gotas de rocío sobre las flores marchitas. ¡Cuán noble, grande y digna es la mision que ahora entreveo! Mi amor y mi ternura inundarán tu pecho y convertirán en auras suaves el huracan de tus iras para con los cristianos. Yo seré su protectora, yo seré el vínculo de ambas razas enemigas, y cuando temple la cólera de tu valeroso pecho, y cuando pueda hacer bien á los míseros cristianos, esclamaré gozosa, fijando mis ojos en tu semblante: Hé aquí que Dios me ha permitido llenar mi destino de mujer.

Luego añadió completamente tranquilizada de sus terrores:

—Jamás habia considerado nuestra union bajo este aspecto; tal vez los decretos del Altísimo habrán encerrado en este amor un manantial inagotable de consuelos para los tristes cristianos. La única manera de proteger á los mios será amarte con todo mi corazon.

—¡Esposa mia! esclamó el moro. ¡Cuán bella me sonrie la vida á tu lado!

—¡Munuza! dijo de pronto una voz en la oscuridad.

—¿Qué sucede, Ismael?

—Acaba de llegar un mensagero que á toda prisa demanda hablarte.

—Lugar tendremos mañana. Haz que se aloje convenientemente y descanse por esta noche.

—Ya parece que se lo han propuesto asi como dices; pero sin duda debe ser asunto muy urgente, segun ha insistido el recadero.

—¿No le has visto?

—No me he separado del jardin. Un esclavo ha venido á avisarme.

—¿Quién será?

—Lo ignoro, solamente sé que viene de Córdoba.

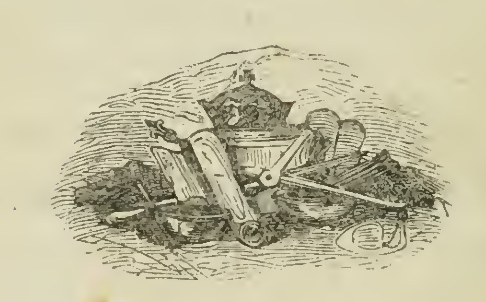
—¡Oh! esclamó Munuza sorprendido. Tal vez traiga órdenes del emir Alhaur ben Abderrahman; voy al punto.

Y volviéndose á Hormesinda, añadió:

—¡Adios, divina hurí de mis sueños! Mañana se verificará nuestra union eterna. Anúnciaselo así al anciano Veremundo.

—¡Adios, Munuza amado!

Y los dos amantes se separaron tan gozosos y felices como lo pueden ser los mortales. El sol de la esperanza les ofrecia sus mas bellos resplandores, y en torno de su frente revolaban las nacaradas imágenes del primer ensueño del amor.





XII.

EN EL QUE SE PRUEBA CUÁN FACILMENTE LO QUE ARREGLAN LOS HOMBRES LO DESARREGLAN LAS COSAS.

TRANQUILA y sosegada como la luz de la argentada luna en medio de la noche silenciosa retiróse á su aposento la encantadora Hormesinda. Todas sus inquietudes habian desaparecido ante la idea consoladora de que su matrimonio podia convertirse en un raudal de beneficencia y misericordia para los desdichados vencidos.

Una persona aguardaba en su aposento á Hormesinda. Era una jóven rubia, de sonrosada tez, ojos azules, alta estatura, y que á tiro de ballesta habrian podido reconocer nuestros lectores por hermana del leal Ferrandez, teniendo en cuenta su estraordinaria semejanza. La jóven se llamaba Alvida, era la doncella de Hormesinda, y la que merecia toda su confianza.

Alvida por su parte profesaba á su señora una adhesion sin limites, y comparable solo al afecto profundo que sentia por su hermano. Antes de la batalla del Guadalete, Hormesinda y Fer-

randez se dividian completamente el corazon de la doncella. Pero esta, despues de la muerte falsamente creida del cautivo escudero, habia reconcentrado toda su ternura en su jóven señora.

Fácilmente pudo conocer la doncella el júbilo inefable que se retrataba en las miradas y ademanes de la hermosa cuanto enamorada Hormesinda. ¿Quién, cuando tan de veras ama, no siente una dicha inesplicable, si aguarda ver cumplidos al dia siguiente los votos mas caros á su corazon?

—¡Cuán feliz soy, querida Alvida! esclamó la vírgen arrojándose en brazos de su leal servidora.

La felicidad es espansiva como reservado el infortunio, la alegría busca la luz, la tristeza se refugia en la oscuridad y en el silencio.

Alvida, sabiendo que su señora habia asistido á una amorosa cita, comprendió al punto con la sutileza propia de las mujeres en tales materias, que el amor era la causa de tan gozosas demostraciones; pero nunca podia imaginar la resolucion definitiva de los amantes, por lo que se sorprendió sobremanera cuando Hormesinda se la hubo manifestado.

—¡Conque mañana os casais! esclamó la doncella estupefacta.

—Mañana, sí, mañana seré la mas feliz de las mujeres.

—¿Y lo sabe vuestro tio Veremundo?

Palideció espantosamente Hormesinda á este recuerdo. En la embriaguez de su dicha habia olvidado que Munuza le habia dicho participase y previniese al anciano duque de Cantabria su postrera resolucion.

La jóven temia la cólera de su respetable deudo, que, á pesar de su ternura jamás desmentida para con ella, de seguro llevaria muy mal aquella union odiosa é indigna de su raza y de su nombre. Toda la gloria alcanzada por el gran Pelayo quedaria ahora eclipsada por la culpable debilidad de la hermana del héroe cristiano.

—¿Qué es eso, qué teneis? preguntó Alvida viendo que su señora estaba próxima á desmayarse.

—¡Oh! esclamó la enamorada vírgen. ¡Cuán crudo golpe le

aguarda al desdichado Veremundo! Él no comprenderá jamás que estando la suerte del pueblo godo en manos de los guerreros invencibles, mi amor será el único alivio que pueda aguardar esta ciudad infortunada.

Así pensaba Hormesinda, porque tales pensamientos lisonjeaban su pasion; pero la doncella no dejaba de conocer la ceguedad de su señora, si bien comprendia que era imposible separarla de aquel amor tan profundo y ardiente.

Despues de algunos momentos de dolorosa vacilacion, Hormesinda sacudió ligeramente su cabeza, como una persona que acaba de tomar su resolucion irrevocable.

—¿Estará despierto Veremundo? preguntó.

—Hace poco estaba en su aposento sin haberse recogido todavía.

—¿Solo?

—No, señora, le acompañaba un caballero.

—¿Sabes quién era?

—El conde Rudesindo, el esforzado campeon que cayó peligrosamente herido la noche del asalto despues de haber peleado como un héroe.

—¡Cuánto me alegro se haya completamente restablecido de sus heridas!

—Esta noche ha tenido una larga conferencia con vuestro tio.

—¿Y qué opinas de esas conversaciones secretas?

—Lo que es natural que sea. Sin duda traman alguna empresa atrevida para sustraerse al yugo de estos perros infieles.

—¡Qué delirio! esclamó Hormesinda.

La doncella guardó silencio, pero hizo un movimiento de impaciencia que hubiera podido traducirse por estas palabras:

—¡Cuán ciega está!

Alvida, que no estaba enamorada de ningun moro, abrigaba un odio irreconciliable hácia los agarenos.

—No te acuestes hasta que yo vuelva, dijo Hormesinda.

Y salió rápidamente, dirigiéndose al aposento de su anciano tio.

Hallábase este, en efecto, solo con el conde Rudesindo, cuando entró la hermana de Pelayo toda confusa y angustiada, no

sabiendo cómo debia empezar para decir al anciano la nueva de su próximo enlace, noticia que necesariamente le afligiria sobremanera.

El venerable Veremundo, algo sorprendido de la inesperada aparicion de su sobrina, le salió al encuentro, y asiéndola afectuosamente de la mano, la hizo sentarse junto á sí, en tanto que Rudesindo los contemplaba inmóvil y silencioso.

—¿Qué tienes, amada Hormesinda? preguntó Veremundo clavando una mirada escrutadora en la jóven. ¡Estás pálida!

—¡Ay, señor, perdonadme!

—¡Perdonarte! esclamó el buen viejo en estremo sorprendido. ¿Y por qué, hija mia?

—Desde mi infancia, señor, habeis servido de padre y hermano á esta infeliz. Huérfanos y solos por la crueldad de Witiza que nos robó nuestro padre, vos nos amparásteis de niños á Pelayo y á mí con la tierna solicitud de la mas cariñosa madre. Despues, cuando mi hermano tuvo edad necesaria, voló ansioso de gloria á los combates y á la corte, y ya no le veiamos á nuestro lado mas que en las cortas treguas de sus nobles y varoniles ocupaciones. Luego el huracan bramó sañudo, la desgracia inclinó la frente de mi hermano, proscripto y afrentado; el trono de Ataulfo cayó entre escombros y ruinas, Pelayo estaba ausente, y yo tan solo en vuestro seno pude guarecerme en tempestad tan deshecha y prolongada. Vos fuísteis para mí lo que el nido para el pajarillo y el árbol para la yedra; en fin, un padre siempre cariñoso y lleno de bondad... ¡Y yo soy una ingrata! Yo que con mi afecto y sumision sin límites debia en lo posible recompensar tantos cuidados, yo... ¡No tengo valor para decirlo!

Y Hormesinda, trémula y ruborizada, cubrióse el rostro con ambas manos.

El anciano Veremundo clavó una mirada llena de ternura en su sobrina, y con cariñoso acento le preguntó:

—Dime, cara Hormesinda, ¿qué es lo que así te aflige? Confíame tus pesares; mi afecto jamás desmentido no te faltará en esta ocasion. ¿Ó tal vez has llegado á dudar de mi cariño?

—Jamás, jamás, respetable Veremundo. Yo siempre estoy

segura de vuestro afecto; pero ¡ay! tiemblo al pensar que seré la causa de vuestros pesares; voy á abrir una herida cruel en vuestro cansado corazon, y aunque tengais el valor de perdonarme, yo no dejaré de echarme en cara mi ingratitud y atrevimiento... ¡Ay! ¡Cuántas penas me aguardaban en Gijon!

—Ya he notado, hija mia, tu tristeza desde que los enemigos de nuestra fé se apoderaron de esta ciudad. Ellos trajeron el terror y la inquietud para todos los corazones, tu valerosa y noble mediacion volvió á esparcir la tranquilidad como un bálsamo suave, tú desarmaste el brazo vengador, pero tambien fuiste vencida. Todos quedaron tranquilos y seguros, tú sola quedaste inquieta y amenazada de un gran peligro. ¿Crees acaso que á mi esperiencia se han ocultado tus padecimientos? No, hija mia, yo he sido el primero que los ha sospechado, que te ha compadecido y deplorado en silencio la adversa suerte que te persigue.

Hormesinda prorumpió entonces en ahogados sollozos, y no se atrevia á levantar los ojos delante del venerable anciano, quien sin duda alguna se habia apercibido de los funestos amores que Hormesinda creia para todo el mundo impenetrables y desconocidos. Los amantes siempre piensan que nadie advierte su deliciosa locura.

Pero lo que desgarraba el corazon de la apasionada virgen era la bondadosa indulgencia que respiraban las palabras de Veremundo, cuando ella, por el contrario, imaginaba que el furor habia de inflamar justamente la cólera del anciano al saber su malhadada pasion. Tan cariñosa acogida no solamente sorprendió á la jóven, sino que la hizo sonrojarse de su amorosa debilidad. Amar á un infiel era una falta imperdonable en una noble doncella goda, pero en la hermana del gran Pelayo era hasta un crímen.

—¡Cuánto me humilla, esclamó al fin, cuánto me humilla vuestra bondad y mi ingratitud! Vos para mí habeis sido un padre afectuoso, en tanto que yo, como una hija desnaturalizada, clavo en vuestro pecho el arpon de los dolores, olvidando vuestro nombre y el mio... Pero ¿qué puedo hacer? Yo le amo á mi pesar con toda mi alma, y me dejo arrastrar por el tor-

rente impetuoso de mi pasion irresistible, como el náufrago que en medio de una mar embravecida y remota ni divisa amigas playas ni espera auxiliador bajel, y desesperado é inerte se abandona al furor inevitable de las olas. Yo, padre mio, soy una pobre mujer enamorada, un ser frágil y desolado que tan solo en el amor encuentro mi ventura y mi esperanza. En vano he querido luchar, para vencer necesitaria la fuerza de los héroes, mi heroismo está en mi amor. Yo me consagraré gustosa á embellecer los dias del gallardo Munuza, y los cristianos hallarán en mí su protectora. Mañana mismo lucirá para nosotros la antorcha de Himeneo, y esta será la señal de mi dicha y la de todos los mios.

—¡Mañana! esclamó estupefacto Veremundo. ¿Qué has dicho? ¿He oido mal, Hormesinda?

—¡Y os atrevereis á dar vuestra mano á un perro infiel! dijo Rudesindo pudiendo apenas disimular su indignacion.

—Sí, respondió Hormesinda resueltamente, y fijando sus ojos casi amenazadores en Rudesindo, me atreveré, porque preveo que á mi felicidad va unida la de los cristianos.

—¡Oh mal aconsejada doncella! esclamó Veremundo. La noble sangre de Favila ¿será mezclada con la de esos tostados árabes, enemigos de nuestro Dios y de nuestra patria?

—El amor no reconoce clases ni condiciones.

—¡Desgraciada! ¡Cuán profundas raices ha echado en tu corazon ese amor que haria morir á Pelayo de vergüenza, si ya el cielo no se hubiese apiadado de sus penas!

—Pelayo mismo aprobaria mi resolucion desde el momento en que comprendiese que mi amor era fecundo en beneficios para los míseros cristianos.

—¡Cómo te ciega tu pasion, hija mia! El valeroso Pelayo, el enemigo ardiente de los sectarios de Mahoma, ¿crees que habia de aprobar tu enlace con Munuza?

El conde Rudesindo, que hasta entonces habia guardado silencio, dijo:

—Y aun cuando vuestro amor sea inmenso, ¿no encontrareis fuerzas bastantes para no mancillar vuestro ilustre nombre con el feo borron de ese casamiento que avergonzaria á la mas

humilde cristiana? Ved, señora, que no se trata de vuestro amor ni de la dichosa influencia que este puede ejercer sobre el ánimo de Munuza; se trata, bella Hormesinda, de cumplir un deber sagrado por mas costoso que sea; la vida y la felicidad nada valen ante la voz imperiosa del honor y el deber. Os engañais, si os creeis dispensada de cumplirlo atendiendo á las ventajas que vuestro amor puede proporcionar á los cristianos; el deber se ha de cumplir porque es deber, aun cuando traiga la muerte en pos de sí.—Mostraos hermana de Pelayo, y sucumbid dignamente primero que ser objeto de ludibrio y escándalo para los vuestros; antes que verse sin honra, de todos despreciada y envilecida esposa de un tirano, Hormesinda deberia...

—Callad, conde, callad, y no cobarde insulteis á una débil mujer. Aun soy la hermana de Pelayo, y si mi altiva condicion se humilla á la voz cariñosa del venerable Veremundo, tambien sabré revelarme contra vuestros insultos. ¡Munuza es un tirano! ¿Os atreveis á decirlo? Si tan rígido sois, noble conde, si los deberes han de cumplirse á despecho de la vida y de la felicidad, buena ocasion se presentó á los cristianos para morir todos en el asedio de esta ciudad antes que rendir el cuello á tan afrentosa esclavitud. ¿Por qué la esperiencia no está de acuerdo con las fieras palabras de los indomables godos? ¿No era deber vuestro defender la patria hasta el último trance, hasta no quedar uno solo á vida? ¿Por qué huísteis despavoridos por entre el humo del incendio devastador, gritando como mujeres en lugar de sucumbir como héroes? ¿Fué acaso mas honroso para los valientes habitantes de Gijon, el permitir que una tímida doncella implorase á los piés del vencedor gracia para esta ciudad amedrentada? Entonces fuí proclamada heroina y salvadora de vuestras vidas, haciendas, hijas y esposas, y ahora, ¡qué contraste! ahora soy un objeto de afrenta y de ignominia para los mios. Por cierto que sois justos y consecuentes en vuestros juicios y opiniones. ¿Y cuál es mi delito? Mientras que el resto de la España está sufriendo la lenta agonía de la opresion, en tanto que los templos han sido profanados, deshonradas las vírgenes y degollados los moradores, Gijon goza de las dulzuras de la paz, gracias á la generosa índole del gallardo Munuza.

¿Y os atreveis á llamarle tirano? ¿Y direis todavía que soy afrenta de los mios, porque he sido sensible y agradecida á sus altas prendas y á sus bondades para con vosotros? ¿No es el mas rendido de los amantes, el mas valiente de los guerreros, el mas tierno y compasivo, el mas apuesto y galan de los árabes? Os ha dejado la vida, os permite vuestro culto, me ofrece su mano de esposo. ¡Y le llamais tirano! ¡Y condenais mi conducta! ¿Las desdichadas mujeres han de ser siempre víctimas de los arbitrarios juicios de los hombres? ¡Ah, inexorables é injustos godos! ¿Y yo no podré quejarme de vuestra vergonzosa timidez? Levantaos, alzad vuestras banderas, sacudid el yugo, volad al combate, esperad tranquilos la muerte, y yo os seguiré y moriré contenta, porque así pondré término á la amorosa hoguera que me consume, y á la inmerecida opinion que entre vosotros me aguarda.

Y Hormesinda con los ojos brillantes, y el bello rostro inflamado, salió del aposento dejando afligido al buen Veremundo, y avergonzado y confuso al conde Rudesindo.

Mientras que esto sucedia en la habitacion del antiguo duque de Cantabria, tenia lugar otra escena tambien muy importante para nuestra historia en otro aposento del mismo alcázar.

Al punto que Munuza se separó de su amada en el jardin, se dirigió á su cámara ansioso de recibir las noticias del mensajero, noticias sin duda en estremo importantes á juzgar por la presura y urgencia anunciadas de parte del recien llegado.

Engañábase en gran manera el caudillo árabe al pensar que aquel mensage sería del poderoso Emir de Córdoba Alhaur ben Abderrahman, si bien el recadero podia darle algunas nuevas, digámoslo así, extra-oficiales.

—¡Arbolan! esclamó Munuza en estremo sorprendido al reconocer en el moro al esclavo predilecto de su hermana Morayma.

El esclavo saludó á Munuza cruzándose de brazos y haciendo *zalemas*, segun la costumbre oriental.

Por la palidez y turbacion del mensagero, pudo el amante de Hormesinda deducir desde luego que muy tristes nuevas le aguardaban.



Lit. de S. Gonzalez Madrid.

ERMESINDA.

—Habla, Arbolan. ¿Qué noticias traes? preguntó Munuza agitado por lúgubres presentimientos.

—Señor, vuestra hermana y mi señora me envía para daros una muy triste nueva.

—Di pronto.

—Toda la gloria y felicidad que habíais conseguido para los hijos de Agar, se ha desvanecido como un brillante sueño, y se ha convertido en la mas espantosa realidad.

—¿Pues qué ha sucedido?

—*Belay el Rumí,* el batallador invencible, el poderoso caudillo de los nazarenos, al cual se habia creido muerto, estaba entre los cautivos que enviásteis á vuestro padre antes del asalto y toma de esta ciudad.

—¡Sagrado Profeta! ¡Pelayo vive!... Tú deliras, Arbolan, yo mismo mandé colgar de un roble á su asesino.

—Señor, no tengais la menor duda en lo que digo, es demasiado cierto por desgracia.

—Al contrario, Arbolan, es una fortuna.

—Señor, ¿qué estais diciendo?

—Dígote que me alegro mucho de que no haya sido cobardemente asesinado un tan valeroso y noble campeon como lo es Pelayo.

Arbolan creyó que Munuza habia perdido el juicio.

—Bien sabe el poderoso Alá, dijo el mensagero, que en gran manera me suspende y maravilla vuestro contento por la salvacion inesperada de nuestro mas temible enemigo.

—Sin duda alguna el miserable asesino quiso ganarse el premio fijado, y trató de engañarme diciendo habia muerto á Pelayo; pero en verdad que no fui yo el engañado, porque cediendo á una inspiracion del gran Profeta, me convertí en instrumento de su justicia inevitable. El asesino cometió una muerte estéril é inútil para moros y cristianos, y yo lo mandé colgar de un roble.

—Mejor hubiera sido colgar á *Belay*.

—Aunque el poderoso Emir habia dado el pregon de su muerte por la tranquilidad de los Muzlimes, con todo me dolia el que sacrificasen de tal manera á un valiente, y para los hi-

jos de la Espada tampoco era decoroso deshacerse de un enemigo leal por tales medios. ¿Por ventura, nuestras cimitarras se han embotado para no esperar el triunfo noblemente buscado en la batalla?

—Pero tambien así el terrible guerrero podrá un dia volver á recuperar lo perdido.

—Los cristianos están muy quebrantados, y además que yo lo que no queria es que hubiese sido asesinado; pero no por eso dejo de celebrar nuestra victoria, que nos ha proporcionado tener cautivo al mas temible de los nazarenos. ¿No es bastante haberle privado de su libertad?

—¡Ay señor! esclamó Arbolan con desconsolado acento. Mucho os engañais, si creeis que Pelayo podia permanecer esclavo.

—¿Pues mi padre no lo tendrá á buen recaudo?

—Todo ha sido inútil, señor. Pelayo y otros tres nazarenos han logrado escaparse de sus prisiones.

—¿Y no los han perseguido?

—Vuestro padre, mi señor, salió al punto en su alcance. Yo tambien fuí en seguimiento de Cid Ibrahim, para decirle de parte de vuestra hermana que no diese muerte á Pelayo, y que á toda costa lo llevasen á Córdoba.

—¡Pobre Morayma! murmuró Munuza, que entrevió en estas palabras el funesto amor de la mora hácia el cristiano. ¿Y se cumplió la voluntad de mi hermana?

—Tuve la desgracia de no dar con vuestro padre, mi señor, por lo que muy apesarado volvíme á Córdoba, despues de tres dias de inútiles investigaciones; pero juzgad de mi sorpresa cuando encontré el alcázar sumergido en el desórden, la confusion y la tristeza...

—¿Pues qué habia sucedido? interrumpió Munuza.

—Los perseguidores de los esclavos habian regresado macilentos y heridos, y lo que es peor, vuestro padre habia sido muerto en un combate.

Terrible fué el golpe que descargó el mensagero sobre el descuidado Munuza, muy distante de escuchar tan triste nueva.

—¡Oh poderoso Alá! esclamó. Dadme fuerzas... ¡Padre mio!

—Vuestra hermana ha determinado venir á buscaros, y muy pronto llegará á Gijon.

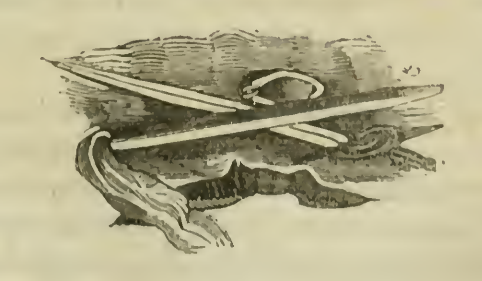
—¡Infeliz Morayma! El gran Profeta ha castigado de un solo golpe su amor y el mio. ¡Raza odiosa! El infierno la ha abortado para nuestra desdicha. Estaba escrito que Pelayo y Hormesinda se estrellasen contra Morayma y Munuza. ¡Padre mio! ¡Padre mio! Yo aplácaré tu sombra irritada.

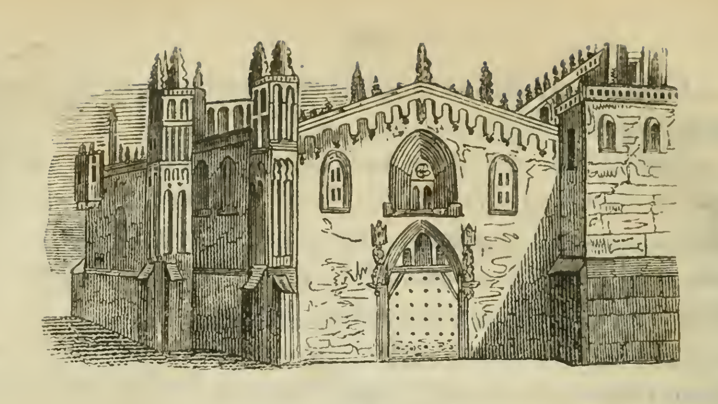
Y el afligido guerrero cayó sobre un divan devorado á un tiempo mismo por el mas ciego furor y la desesperacion mas profunda.

Arbolan, con el semblante dolorido, contemplaba inmóvil y silencioso á su señor, quien despues de algunos momentos esclamó con voz sorda de rabia:

—¡Desdichado Ibrahim! Yo te vengaré de ese odioso y maldito nazareno que se atrevió á cortar el hilo precioso de tu existencia... ¡Hormesinda! ¡Hormesinda! Tu trage nupcial está salpicado con la sangre de mi padre... ¡Oh! Maldita sea la hora en que te conocí, serpiente engañosa, que incauto abrigué en mi seno. Jamás seré tu esposo. ¡Qué horror!... ¡Un abismo de sangre nos separa!

Y esto diciendo, se levantó furioso como un leon herido y dispuesto á tomar por todos los medios posibles una venganza no menos sangrienta que ruidosa.





CAPITULO XIII.

DE COMO LA ESCESIVA CURIOSIDAD DE UN SABIO SUELE HACER PENSAR EN EL SUICIDIO.

No acababan los fugitivos de volver de su sorpresa en los misteriososos ámbitos de la maravillosa gruta en que los dejamos. Seducidos y encantados por el efecto mágico é inesplicable de aquellas dulces é inesperadas melodías, continuaban arrobados en un éstasis tan delicioso como profundo y desconocido. Esperimentaban una mezcla de emociones que absorbia en agradable suspension todas las facultades de su ser. El temor, la sorpresa, la armonia, lo maravilloso del sitio, la misteriosa aparicion de aquellos guerreros, lo incierto de su destino, todo contribuia á prolongar la múltiple impresion bajo cuyo dominio se encontraban.

El gefe de los paladines desconocidos parecia gozar con la sorpresa de los cristianos. En seguida dió sus órdenes en voz baja, á los pocos momentos cesaron las misteriosas y bellas cantoras, y los fugitivos fueron conducidos á un salon inmediato, en donde habia largas mesas cubiertas de manjares, y en compañía de algunos guerreros, sin duda los de mas importancia, fueron invitados á participar del banquete.

No era, á la verdad, intempestiva ó inoportuna para los cris-

tianos aquella invitacion despues de un dia de marcha y de fatiga, y durante el cual mil diversas emociones habian turbado su espíritu y trabajado su cuerpo. Una cena abundante, si no espléndida, era el mas digno final y grato desenlace de tan no esperadas aventuras.

Tranquilos, y casi regocijados, sentáronse los fugitivos á la mesa sospechando que ya nada tenian que temer de quienes tan generosamente les hospedaban. Y en efecto, nada se perdonó para hacerles agradable el banquete. Durante la cena no dejaron de oirse deliciosos cánticos y suaves armonías, impregnadas de una espresion dulcemente vaga y melancólica que penetraba hasta lo mas íntimo del corazon. Añadia un nuevo encanto á este delicioso concierto la circunstancia de que las vírgenes cantoras estaban ocultas en una pieza contigua, de modo que aquellos dulcísimos acentos parecian salir de un invisible coro de arcángeles.

Levantados los manteles, el caudillo de la misteriosa tropa acompañó á los cristianos á su aposento, en el cual veíanse cuatro magníficos lechos de mullida pluma que convidaban al sueño y al reposo.

Varios servidores se ofrecieron á desnudar á los fugutivos; pero estos rehusaron sus servicios creyendo que mejor les estaria permanecer vestidos, y dejando á la cabecera sus lanzas y alfanges, á fuer de cautos y prudentes.

No pareció el gefe de los misteriosos paladines muy satisfecho de semejante precaucion ó esceso de desconfianza; pero al fin hubo de disimular su disgusto, acaso por no despertar sospechas en el ánimo de sus huéspedes.

Apenas estos se quedaron solos, cuando en voz baja comenzaron á referirse sus observaciones y conjeturas, acerca de la prodigiosa habitacion y de sus estraños habitantes.

—Hasta ahora, decia Atanagildo, es necesario convenir en que mas se han portado como amigos, que como enemigos.

—Sin duda alguna, respondió Pelayo, y á fé que no es fácil adivinen la existencia en estos montes de tan cómoda y maravillosa vivienda.

—Y son valientes como leones, observó Ferrandez.

—Ellos dieron muerte al viejo Ibrahim, y pusieron en cobarde fuga á los suyos, añadió Gumildo.

—Lo cual prueba que son cristianos.

—En cuanto á eso no hay la menor duda.

—¿Y por qué vestirán esas armas negras?

—Tal vez sea un capricho.

—Yo creo, dijo Pelayo, que todo esto debe tener su significacion.

—Pero en verdad te digo, repuso Atanagildo, que hubiera dado de buena gana el estar un mes cautivo por tal de saber quién es ese encubierto paladin.

—Debe ser un personage de importancia, cuando todos los demás le obedecen. Yo, añadió Pelayo, la única esplicacion que encuentro á todo esto, es que son caballeros cristianos; ellos sabrian la existencia de esta gruta, y se han refugiado á ella con todos sus tesoros, así como nosotros pensamos buscar un asilo en Covadonga.

Tal esplicacion con harto fundamento pareció muy racional y verosímil á los demás cristianos.

—Eso es de seguro, respondió Atanagildo, y como buenos y leales no desperdiciarán ninguna ocasion de matar moros.

—Y es el caso, amigos mios, añadió Pelayo, que desde que se quitó la visera para cenar, estuve mirando atentamente el rostro del caudillo, y, si bien no recuerdo en dónde ni cuándo, estoy intimamente convencido de que antes en otra ocasion le he visto, y hasta su metal de voz no me es desconocido.

—Es una lástima que no lo recuerdes, porque á fé mia, repuso Atanagildo, que me habia de dormir esta noche mucho mas pronto con el consuelo de saber su nombre.—¿Querrás creer que es tal mi curiosidad, que hasta me quita el sueño?

—Y á mi me sucede otro tanto, respondieron todos á una voz.

—Pero con mas razon á mi que á vosotros, añadió Pelayo despues de algunos momentos.

—¿Y por qué?

—Porque él nos conoce, á mí á lo menos.

—¿De veras?

—Esta noche durante la cena, me alargó una copa de vino, y me dijo en voz baja: «Bebe en obsequio á tu resurreccion, Pelayo: siempre creí falso el rumor de tu muerte, porque el cielo no puede mentir.»—Quise preguntarle, y me hizo seña de que guardase silencio.

—¿Quién será? dijeron á la vez ambos escuderos.

—Lo ignoro absolutamente.

—Pues yo vuelvo á mis antiguas sospechas, si es verdad que hay diablos, dijo Atanagildo.

—¿Qué quieres decir?

—Que este caballero sin duda es el mismo diablo en persona.

Con estas y otras continuaron largo rato los aturdidos caballeros devánandose los sesos inútilmente por averiguar, deducir ó conjeturar, siquiera por asomo, quién pudiera ser el misterioso personage que tan á fondo los conocia, hasta que cansados y mohinos de la inutilidad é incertidumbre de sus cavilaciones, se rindieron por último á las delicias del sueño.

Entre tanto que esto acaecia en la estancia de los cristianos, el gefe de los paladines misteriosos se hallaba en una conferencia, al parecer muy acalorada, con algunos de los guerreros que habian asistido á la cena en compañía de los fugitivos. Verificábase esta reunion en un aposento pequeño, y situado en el lugar mas distante de la gruta.

El caudillo despidió por fin con un ademan imperioso á los que le acompañaban como un hombre que acaba de tomar una resolucion irrevocable. Apenas salieron de la estancia los guerreros, cuando se presentó el terrible guardian á quien vimos por la primera vez aparecer sobre las rocas que ocultaban la entrada desconocida de aquella mansion. El aspecto de este nuevo personage era espantoso y disforme, su estatura gigantesca, y todo su continente revelaba una fuerza de Cíclope y una ferocidad de tigre.

—Señor, dijo el recien llegado, ¿haremos con estos lo mismo que con los otros?

Y el formidable guardian señalaba al puñal que pendia de su cintura.

Una conferencia misteriosa principió entonces entre ambos. Despues de algunos momentos, durante los cuales cambiaron algunas palabras en voz casi imperceptible, el espantoso gigante hizo una señal de asentimiento, y en sus labios brilló una sonrisa siniestra como el relámpago que precede á la tempestad. En seguida se dirigió á la puerta del aposento con un aire de ufanía y de júbilo, que parecia querer decir:

—Descuidad, señor mio, que vuestros deseos serán cumplidamententente satisfechos.

Cuando ya se retiraba el terrible servidor, le detuvo el caballero diciendo:

—¿Has entendido bien?

—Perfectamente.

—Cuidado que tan solo á Pelayo...

—Estais comprendido, interrumpió el jayan.

El gefe de los guerreros continuó aun solo y sumergido en la mas honda meditacion.

Luego de repente hizo un movimiento como una persona á quien se le ocurre ó recuerda algun quehacer inportante y perentorio.

Y en seguida, provisto de una antorcha, desapareció rápidamente por una puerta secreta practicada en el muro de la habitacion.

Pocos momentos despues, un hombre vestido con una túnica y con una antorcha en la mano, caminaba solo y meditabundo por los tenebrosos subterráneos de la espaciosa gruta. El desconocido se dirigia por aquel camino cubierto á lo mas alto del monte, con el cual comunicaban las galerías de la prodigiosa mansion. En la cima del cerro veíase una casita, ó por mejor decir, un recinto cercado por muros de piedra y sin mas techumbre que un lienzo embetunado sobre un fuerte enrejado de alambre. Las paredes carcomidas de aquella habitacion, vestidas de musgo y plantas parietarias, denotaban á tiro de ballesta su incalculable antigüedad. Algunos escombros y ruinas adyacentes pudieran hacer creer que en tiempos pasados habia habitado algun solitario en la reducida mansion que parecia haber sido una ermita.

Y era en verdad imposible hallar un parage mas á propósito para la vida ascética y solitaria que aquel recinto salvage, montaraz y rodeado de rocas altisimas y precipicios insondables.

Llamaban la atencion en aquel misterioso aposento siete nichos cubiertos con negras telas, detrás de cada una de las cuales se vislumbraba una luz, cuyo resplandor desmayado y mortuorio se esparcia tristemente por los ámbitos de aquella especie de cementerio. En rededor de las paredes, entapizadas con negras bayetas, veíanse algunos escaños cubiertos tambien con tapetes negros, y en el centro habia una gran mesa, sobre la cual veíanse esferas, mapas, libros, escuadras y otros instrumentos que sin duda servian para operaciones astrológicas.

El desconocido, es decir, el capitan de los paladines, penetró en el maravilloso y estraño tugurio por una comunicacion subterránea de las muchas que tenia la gruta con varios puntos y á bastante distancia. En seguida el astrólogo se detuvo contemplando una gran plancha de ébano sobre cuyo fondo se veian dibujados de color de oro los doce signos y los siete planetas. Aquella misteriosa plancha era el símbolo de las sombrías tinieblas del porvenir, y los dorados caractéres que representaban las constelaciones, significaban el destino de los hombres escrito con señales de fuego en la bóveda celeste.

Salió por fin de su profunda meditacion el docto sacerdote de Urania, y entonces descorrió las cuerdas que sujetaban el lienzo y se puso á observar las estrellas con la misma atencion del sabio que lée las páginas del libro de la ciencia. ¡Magnífico es el libro de la astrología! Las hojas son la inmensidad del espacio, y mundos de luz forman su rutilante alfabeto; pero ¡ay! que como á toda ciencia mortal, negros nubarrones la oscurecen.

La noche estaba espléndida y serena, las estrellas recorrian tranquilas sus inmutables órbitas, y en la tierra todo era silencio y soledad. El astrólogo, con su negra barba, su trage talar y su semblante severo é inspirado, semejaba al genio ansioso de la inteligencia humana, que su curiosidad insaciable quisiera arrancar al cielo los arcanos de la vida y de la muerte, mientras que la tierra yacía sepultada en sus horas de dolor y de misterio.

A medida que adelantaba el sabio en sus investigaciones, las venas de su frente se inyectaban, sus megillas teñianse de púrpura, y sus ojos brillaban con el fuego de la inteligencia, como si esta, á pesar del espacio, se comunicase con los vívidos fulgores de los globos que contemplaba. La inteligencia es tanbien un sol cuyos rayos suben hasta el cielo.

El astrólogo fijaba alternativamente sus miradas en los astros, en los mapas y en la misteriosa plancha de ébano, y parecia satisfecho como si viese confirmados de varios modos sus pronósticos.

—Sí, sí, esclamó de pronto; la astrologia es una verdad, no es un delirio, los hombres mas eminentes la han estudiado y creido... Cham, Moisés, Zoroastres, Ptolomeo, Aristóteles, Virgilio, César, Tácito y Pompeyo, ¿eran acaso inteligencias vulgares? ¿No han sido la honra y el esplendor del entendimiento humano? Sí, sí, la astrología es una verdad, negar la influencia de los astros, sería negar la luz...

Quedóse el astrólogo por algunos momentos pensativo.

Luego continuó:

—La ignorancia, los grillos de la materia son los que hacen que el hombre muchas veces se engañe; pero la ciencia no se engaña jamás. ¡Oh ciencia, hija de la divinidad, tú eres infalible!... ¡Cárcel miserable, grosero barro, vapores inmundos! Vosotros sois las nubes, el muro impenetrable de la inteligencia humana, vosotros encerrais lo infinito en lo finito... ¡Desdichados prisioneros! ¡Oh! Si mi espíritu pudiera sustraerse de la materia que le oprime como cien montañas, si pudiera lanzarse fuera del espacio como una mariposa divina que volára á abrasarse en el foco deslumbrador de la verdad eterna, de la ciencia única... ¡cuán feliz sería yo entonces! Mi vista abarcaria de una sola ojeada el tiempo y el espacio, el cielo y la tierra, entonces comprenderia que toda la eternidad de Dios es un solo é idéntico instante, entonces ¡oh felicidad! llegaria á conocer el primer momento de Dios, ese momento que es el muro de diamante contra el cual se estrella mi inteligencia... ¡Miserable sabiduría humana!

Y el astrólogo se golpeaba la frente llorando de desespera-

cion. ¡Tan ardiente y devorador era el fuego de aquella inteligencia ansiosa de saber!

—¡Oh! murmuraba. Dicen que Jesus resucitó á Lázaro... La muerte tan solo podrá satisfacer mi anhelo, mas allá de la tumba está el océano infinito de la luz y de la ciencia... ¡Lázaro pudo comprender á Dios y volver á la vida!

El astrólogo desenvainó un puñal que pendia de su cintura. Luego se detuvo, abrió uno de los libros que estaban sobre la mesa, y fijo sus ojos chispeantes en una estampa, que representaba el sublime símbolo hebreo de la aniquilacion de la materia abrasada y devorada por el espíritu triunfante remontándose al Empíreo.

¡Magnífica era la estampa! El profeta Elías, enflaquecido y venerable, estaba en la actitud de despojarse de su cuerpo como pudiera hacerlo con sus vestidos, y transfigurado, transparente é intangible se elevaba á las alturas en un carro de fuego.

—Eso es, eso es, murmuraba el astrólogo. Este es el sentido místico y profundo del número 40.

Antes de continuar bueno será advertir que el astrólogo estaba muy versado en la lectura de los Magos del Oriente, y que le eran familiares las doctrinas de los filósofos de la India Kapila, Manou, Patadjalí, los libros llamados Vedas y el sistema Mimansa, que les sirve de comentario é interpretacion. Igualmente estaba iniciado en las teorías cabalísticas de los rabinos ó doctores judíos, tan entregados á las ciencias del *número*. Acaso parecerá estraña, pero no por eso es menos cierta la influencia que tuvieron en las antiguas edades las ciencias llamadas ocultas, es decir, la astrologia, la nigromancia y la cábala. Todas las fuerzas de las inteligencias convergian en este punto. ¿Y cómo esplicar este fenómeno?

Pudiera decirse que la energia intelectual de los hombres privados de conocimientos empíricos, de instrumentos convenientes y de los demás descubrimientos modernos que tanto han hecho adelantar las ciencias físicas, naturales ó de observacion, pudiera decirse, repetimos, que la plétora de la inteligencia se desbordaba sin datos esperimentales por las halagüeñas regiones de la imaginacion y de la maravillosidad. Y no se crea por eso

que nosotros despojemos á la inteligencia humana (aunque encarcelada en el cerebro) de la capacidad de lanzarse al espacio, arrollar el tiempo y precipitarse audaz, osada y altiva en el imperio sin límites de lo infinito, no. Lo que nosotros decimos es que la inteligencia necesita datos para luego deducir y generalizar en virtud de la primitiva y misteriosa actividad que le es propia. No puede dividirse el empirismo del racionalismo; Platon y Aristóteles deben estar unidos; el mundo esteriór es el estímulo del mundo interno de las ideas ó concepciones; separar todo esto sería querer separar el cuerpo del alma, el espíritu de la materia, y en tal caso la ciencia humana estaria en desacuerdo con el hombre. ¡Oh armonía! Tú eres la madre de la ciencia y de la dicha.

Pero cuando se rompe el equilibrio y la hoguera devoradora de la inteligencia no es alimentada por ideas esperimentales, entonces un turbulento tropel de sueños acaudillados por la mentirosa fantasía se apodera de nuestra mente. Esto sucedió con las ciencias ocultas por espacio de muchos siglos. Nacieron, como el hombre, en el Oriente, invadieron la Grecia, arribaron á Roma, y allí alcanzaron gran nombradía y poder los magos, adivinos y augures, que, como es sabido, por las entrañas de la víctima profetizaban los acontecimientos futuros. El imperio de estas ciencias, particularmente de la astrología, se dilató por la edad media hasta que llegó á su mayor desarrollo en el siglo XVI, y sucumbió lánguida y desfallecida en el XVII. Despues siguieron los saludadores, cuyo orígen atribuyen á los gitanos, y las decidoras de la *buena-ventura*, que aun subsisten.

La astrología entonces cayó en manos de la ignorancia, despues que por tanto tiempo se habia albergado en el retiro de los hombres mas sabios y eminentes. Cuéntanse entre ellos á Alberto el grande, el célebre maestro de Santo Tomás, del cual se dice que hizo un autómata no solo dotado de movimiento, sino tambien de palabra, que su discípulo rompió á palos, juzgándolo un agente diabólico. Dícese tambien que habiendo ido á visitarle Guillermo de Holanda, coronado rey de romanos, Alberto le presentó en el jardin del convento que habitaba la suave temperatura y la florida y lozana vegetacion de la primave-

ra, estando en lo mas rigoroso del invierno. No nos atreveremos á aseverar la incontestable exactitud de tales noticias; mas lo cierto es que fué acusado de usar la magia negra. Y en verdad que si la historia no miente, aun en nuestros dias nos sobrára razon para tenerlo por poco menos que diablo. Pero es lo mas sorprendente que el mismo Alberto confiesa la eficacia de los encantamientos de que se valia para sus esperimentos de magia.

Si nuestro sabio y erudito astrólogo hubiera podido vivir en tiempos posteriores, á los ilustres nombres que citó en apoyo de la veracidad de su ciencia, hubiera añadido seguramente los de Alfonso el Sabio, empeñado en descubrir la piedra filosofal, Renato, astrólogo de la reina Catalina de Médicis, Juan Moria, consultado por Richelieu y Mazarino, Nostradamus, Mateo Laensberg y Juan Stofler, del cual se dice que predijo con mucha anticipacion el asesinato de Enrique IV por Ravaillac con todas las notables circunstancias que le acompañaron. Tambien es de creer hubiese hecho mencion especial de Rogerio Bacon, á quien se atribuye que por arte de magia habia construido una cabeza de barro que respondia á todo cuanto se le preguntaba, noticia que acaso inspiraria á nuestro inmortal Cervantes la relacion que hace en su Quijote de la cabeza encantada de Barcelona.

Hemos dicho que las ciencias ocultas se desarrollaban en razon inversa de las ciencias de observacion, y es evidente que una gran actividad intelectual delira tanto menos cuanto es mayor el número de fenómenos que conoce. La inteligencia en este caso se aplica por si misma á deducir y generalizar.

Ahora bien, la astrologia sucumbió en el siglo XVII, precisamente al tiempo mismo que se verificaba una reaccion profunda hácia los estudios esperimentales. Bacon de Verulamio (1) y Descartes desterraron del campo de las ciencias la imaginacion y la maravillosidad, y proclamaron á la razon como única soberana.

Nuevos tiempos se acercaban, una agitacion desconocida

(1) Ha habido dos grandes filósofos del mismo nombre. Este, que fué el autor del *novum organum scientiarum*, y el poco antes citado (Rogerio), que nació en el siglo XIII.

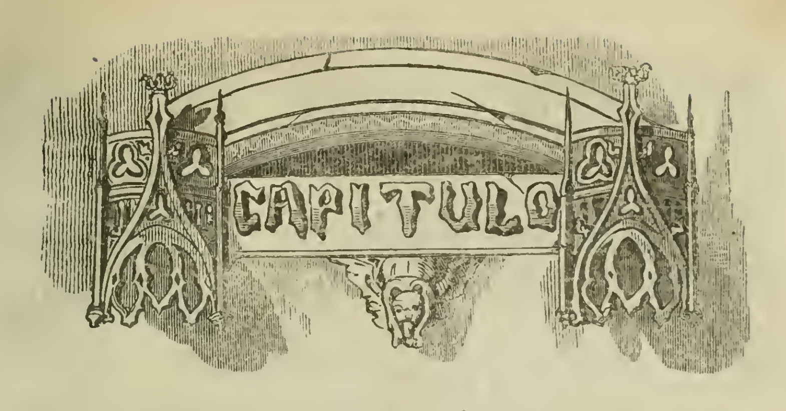
turbaba todos los corazones, el gran dia de la humanidad, el *sábado* de la ciencia y de la dicha comenzó á presentirse y vislumbrarse por entre la tempestuosa noche de los siglos. Los hombres que antes contemplaban absortos las revoluciones de los astros en el cielo, volvieron la cabeza espantados al oir el bramido amenazador de las revoluciones de la tierra... Pero volvamos al misterioso observatorio donde dejamos á nuestro incógnito astrólogo sumergido en las dolorosas cavilaciones de su hidrópica sed de ciencia. Era ciertamente estraño, sublime y mezquino á la vez el espectáculo que presentaba aquel hombre.

El símbolo griego pintaba á Prometeo en la actitud de que algunos buitres le devoraban las entrañas, los egipcios simbolizaban el mismo pensamiento por una serpiente enroscada y mordiéndose la cola. Este misterioso círculo, lo mismo que Prometeo, era el emblema de la ciencia humana, que á sí misma se devora cuando le falta alimento. El astrólogo, ansioso de saber, esperimentaba con tan terrible energía la necesidad de resolverse á sí mismo ciertos problemas, que llegó hasta el estremo, como hemos visto, de pensar en la muerte, deidad cariñosa que desata las cadenas de los prisioneros.

Hecha esta observacion, el lector comprenderá fácilmente las reflexiones desconsoladoras del sabio incógnito, que apretando convulsivamente su puñal, murmuraba:

—El tiempo y la eternidad están encadenados por un solo momento, el espíritu y la materia están unidos por un lazo tan frágil, que este acero inerte puede desatarlo, un cabello media entre el ser y no ser... Yo voy á llamar á la misteriosa puerta, la desgracia y la ciencia me impelen. ¿Vacilaré en levantar el tupido velo y ver lo que detrás se oculta? ¿Por qué temblar? ¿Será tal vez porque no se vuelve? ¡Si yo me engañase!... ¡Si nada ni nadie respondiese á mi ansiedad!... El hombre está formado de manera que duda tanto de lo que ignora como de lo que sabe... ¡Oh duda! ¡Oh duda, ponzoña cruel, gusano roedor de nuestro ruin entendimiento!

El sabio envainó lentamente su puñal, y permaneció largo rato con la mano en la megilla en actitud dolorosa y meditabunda.



XIV.

EN EL QUE POR ULTIMO SE SABE QUIENES ERAN LOS CABALLEROS DE LAS NEGRAS ARMADURAS.



L cabo el astrólogo sacudió la cabeza como para desechar sus tristes pensamientos, y volvió otra vez á sus observaciones diciendo:

—Nació en el signo de Aries, y bajo la influencia del planeta Júpiter, que le promete honores, riquezas y mando. Marte estaba en el Oriente, y aunque este planeta es maléfico para los demás hombres y domina sobre la guerra, los odios y las venganzas, para él será propicio... Venus estaba occidental al tiempo de su nacimiento... Este planeta vela sobre la amistad y los amores, y denota que le producirá algunos disgustos y contrariedades; pero el superior influjo de Júpiter le hará vencer al fin todos los obstáculos. ¡Feliz mortal! ha nacido para grandes empresas... Los astros no mienten.

De pronto se oyó un ruido confuso que cada vez parecia mas próximo, hasta que al fin se levantó una gran losa que habia en un estremo de la estaucia. Por aquella abertura aparecieron sucesivamente dos hombres que se colocaron inmóviles y silenciosos delante del astrólogo. Diríase que á su poderoso conjuro habian aparecido aquellos dos hombres para servirle en sus inves-

tigaciones y revelarle los profundos arcanos del porvenir. El uno de los dos recien llegados, volvió á desaparecer por la misma abertura á una señal del astrólogo, el cual se quedó solo con el otro nuevo personage.

—¿Es posible que no me hayais conocido? preguntó el gefe de la misteriosa tropa.

—Confieso, respondió el preguntado, que vuestra fisonomía no me es desconocida; pero no recuerdo vuestro nombre, ni dónde ni cuándo os he visto.

—¿No recordais cuando os refugiásteis en el palacio de Harpalús, despues de vuestra evasion de la torre de Santa Leocadia?

—Sí, que me acuerdo.

—¿Y habeis olvidado que una noche os avisó un esclavo judío, que el rey, acompañado de su primo don Sancho y de Gudila, se dirigia al palacio encantado?

—¡Efraim! esclamó don Pelayo estupefacto. Tú fuiste, sí, ahora lo recuerdo perfectamente.

Los que hayan leido á Florinda comprenderán fácilmente que el capitan de los paladines misteriosos no era otro que el esclavo Efraim, hermano del converso Jacob, y á quien el gran sacerdote Samuel estimaba sobremanera por su fidelidad, celo y astucia para ayudar á los judíos en la terrible conspiracion contra el último rey de los godos. Igualmente haremos notar que sin la eficacísima cooperacion de los hebreos, jamás Tarif y Muza habrian logrado tan completo triunfo en la funesta batalla del Guadalete, donde los soldados israelitas, capitaneados por el traidor don Oppas, hicieron tan grande estrago en los desapercibidos godos.

Don Pelayo, atónito por tan inesperado encuentro, preguntó á Efraim la causa de hallarse en aquella misteriosa mansion, y de vestir sus compatriotas las negras armaduras que tan estraño y lúgubre aspecto les daban.

—¡Ay, señor! esclamó Efraim con dolorido acento. El pueblo de Israel parece que siempre está condenado á ser víctima de la opresion y de la injusticia de los demás pueblos de la tierra.—Cansados de las violencias de los cristianos, nos concerta-

mos con los moros para ayudarles en la conquista de este hermoso pais celebrando solemnemente un tratado por el cual debian concedernos un pueblo de cada cincuenta de los conquistados, y permitirnos el libre culto de nuestra creencia, en premio de nuestra ayuda y cooperacion. El pueblo de Israel cumplió su palabra; pero los infames sectarios de Mahoma se han reido de nosotros cuando hemos ido á pedirle el cumplimiento de sus promesas.

El hijo de Favila escuchaba con el rostro ceñudo, y con una espresion tan amenazadora que parecia querer decir:

—Todo eso os está muy bien empleado.

Efraim continuó:

—Y no solamente han faltado á lo que prometieron, sino que se han mostrado con nosotros todavía mas intolerantes y crueles, que jamás lo fueron los cristianos. Hé aquí por qué causa cuando el pueblo de Israel estaba próximo á respirar el aire de la libertad, ha tenido que vestir de luto al ver sus mas bellas esperanzas desvanecidas, y tambien por la muerte ó desaparicion del gran sacerdote Samuel, que sin duda fué debida á los perjuros mahometanos.

Efraim ignoraba que el gran sacerdote de los judíos, despues de haber satisfecho su horrible venganza para con don Julian, se habia arrojado al torrente de Amarga-cena. Por otra parte, era muy natural la suposicion de Efraim, puesto que este lo mismo que todos los ancianos que estaban en el otro estremo del monte haciendo la señal para dar la batalla, observaron la partida de árabes que por disposicion del mismo Samuel fué siguiendo á don Julian hasta el campamento. En resolucion debemos decir que viendo los israelitas defraudadas sus esperanzas, se acogieron en varios puntos de la Peninsula á las habitaciones subterráneas que ya les eran conocidas, que en otro tiempo les habian servido para guarecerse de la persecucion de los godos, y que ahora por último los ponian al abrigo de los insultos de los sarracenos.

Y como el sumo pontífice Samuel no habia dejado hijos, Efraim, que pertenecia á su misma tribu, y que era además acatado y temido por su fé religiosa, valor y sabiduría, fué

proclamado gran sacerdote. Este habia elegido aquella gruta á causa de ser la menos conocida y accesible, como tambien la mas próxima al lugar donde se encontraba el arca de la Alianza; porque los desdichados judíos, siempre creyentes y perseguidos siempre por todos, no se atrevieron á abandonar el precioso depósito de las sagradas tablas de Moisés, eterno manantial de su consuelo y cifra indeleble de su inestinguible esperanza.

Ahora bien, vestidos de luto y entregados á oraciones y ayunos, miraban, no obstante, como un deber sagrado el vengar la muerte de Samuel y el afrentoso perjurio de los árabes que les habian privado de sus derechos solemnemente contratados y adquiridos, y hé aquí por qué los misteriosos paladines con el valor y la rabia de la desesperacion y al abrigo de su ignota morada, no dejaban escapar ocasion alguna de perseguir y ofender á los agarenos, á quienes miraban como á sus mas encarnizados enemigos.

No pocas veces conducian á la gruta á algunos árabes que asesinaban, tanto para satisfacer su encono, cuanto para evitar el que se descubriese su misteriosa guarida. Cuando el terrible guardian preguntó á Efraim que si aguârdaba á los fugitivos la misma suerte que á los otros, queria decir que si habian de ser sacrificados durante su sueño como lo habian sido algunos moros pocas noches antes. Los lectores de Florinda estamos seguros que habrán reconocido en el formidable judío al espantoso Abacuc, que sirvió de guia y conductor al médico Daniel la célebre noche de sus peligrosas pruebas en el hipogeo cercano al castillo de Amarga-cena.

Abacuc, segun las órdenes recibidas de Efaim, pocos momentos antes que este se dirigiese á su observatorio, fué al aposento de los fugitivos, llamó á don Pelayo y le condujo, como hemos visto, á la pequeña y estraña habitacion en que se hallaba el astrólogo. Pero por grande que fuese el recato y silencio con que Abacuc intimára esta órden al hijo de Favila, no pudo evitar que Atanagildo y sus compañeros se despertasen. Y al ver que se llevaban á su querido Pelayo, y recelosos de alguna agresion, requirieron las armas para volar en su defensa. Todo, sin embargo, habia sido previsto, pues á una señal de Abacuc se

precipitaron cuatro guerreros sobre los aturdidos godos, y los amarraron de piés y manos, antes que tuviesen tiempo de incorporarse. Así, pues, la incertidumbre de los tres cautivos, durante la ausencia de Pelayo, fué en estremo cruel y dolorosa.

Entre tanto, el hijo de Favila contemplaba lleno de asombro el lúgubre recinto donde se hallaba en compañía del astrólogo.

—¿Qué os admira? preguntó este. ¿No creeis acaso en la ciencia de las ciencias? La astrología, señor, eleva las miradas del hombre á los espacios celestes, de donde emana todo lo que existe en la tierra... ¿Qué pensais que es la materia? La carbonizacion de la luz. *Adan Kadmon* (1) ha salido del gran océano luminoso, la tierra ha sido producida por el cielo, y cada hombre tiene allá arriba su causa, su orígen, los elementos que le han constituido tal como es en este planeta, donde vivimos desterrados como el hijo enviado por su padre á una region estraña y remota. Toda la dificultad consiste en que el hombre pueda averiguar las corrientes de luz que le dominan, y que, por decirlo así, le han engendrado desde el principio de los siglos, porque habeis de saber que las vidas de los hombres están previstas y contadas como las olas que dentro de mil años rizarán la superficie de los mares. Es necesario además conocer las virtudes é influencias de esos manantiales de luz que se llaman astros, lo cual conseguido, el hombre está ya en disposicion de saber la corriente de sucesos que le aguardan. Las vidas de los hombres son otros tantos arroyos que van á confundirse otra vez en el gran océano. De allí salen y allí vuelven, el círculo es la gran figura del universo, todo lo creado recorre su órbita como las estrellas, la cuna y el atahud tienen una forma semejante, son el oriente y el occidente, los dos puntos que cierran el círculo.

Pelayo escuchaba esta singular arenga como la mayor parte de nuestros elegantes escuchan á los actores del teatro fran-

(1) Llaman así los cabalistas á una emanacion primitiva imágen de Dios, y tipo del hombre, de la cual nacen todas las demás.

cés, con la sola diferencia de que el buen Pelayo no trataba de aparentar que la entendia.

—Amable Efraim, dijo, no desconozco que los hombres pueden alcanzar muchos secretos de la naturaleza á costa de largas vigilias y de un estudio constante; pero yo no he aprendido mas que á odiar el vicio, amar la virtud y la gloria, y defender mi patria de los enemigos de mi Dios y de mi libertad.—Por mi parte, confieso que no entiendo una palabra de tus astros y sistemas; pero si he de decirte la verdad, paréceme que todas esas cosas no son mas que delirios.

Efraim clavó en el héroe una mirada en que se revelaba el mas profundo desden, una de esas miradas con que suele favorecer un sabio á un ignorante, y es de advertir que los tales sabios reputan por necios á todos los que no participan de sus opiniones.

No obstante, las palabras de Pelayo manifestaban una naturaleza en estremo simpática para lo bueno y lo bello, y una tendencia esencialmente práctica, porque la ciencia y la moral, ¿de qué sirven sin la aplicacion? ¿Qué importa que un hombre conozca y diserte bien sobre deberes que no cumplirá jamás? En tal caso la virtud sería un nombre vano, y cuando mas una concepcion de nuestra mente.

El astrólogo no podia menos de conocer el elevado carácter del hijo de Favila, y por lo tanto le mortificaba que un hombre de índole tan superior menospreciase su ciencia. Y sin duda por esta razon fué por lo que se empeñó en demostrarle la evidencia de la astrología, queriendo tambien ostentar su erudicion sobre las demás ciencias ocultas.

—¿Conque no creeis que las estrellas son los móviles supremos que dirigen las acciones de los hombres? ¡Ay! añadió con una sonrisa de superioridad. ¡Cómo se conoce que no habeis penetrado nunca en el misterioso templo de la ciencia! —¿Os atrevereis á negar que el sol es la virtud mas poderosa que ayuda á sotener todo lo creado, y que la luna es la causa del flujo y reflujo del mar? ¿Me negareis estos dos hechos tan evidentes y palpables?—Ahora bien, continuó con aire de triunfo, no podeis menos de convenir conmigo en que no es posible que exista esta espléndida multitud de astros, sin que tengan un

poderoso influjo sobre nuestro globo arrojado en el vacío; pero en la parte mas inferior del universo...

—Yo no negaré esa influencia, interrumpió el guerrero; lo que niego es que los hombres sean capaces de comprenderla y esplicarla.

—Ahí es donde efectivamente está la gran dificultad; pero no es insuperable. Hay hombres que una vez lanzados á las impalpables regiones del espacio en alas de su atrevido pensamiento, son capaces de seguir los astros, sorprenderlos y alcanzarlos en sus esplendentes vias, mirarlos cara á cara y arrancarles el secreto de la misteriosa influencia que ejercen en el mundo de aquí abajo... Pero ¡ay! para conseguir esto es preciso antes limpiar el alma de todas las impurezas de la materia, es necesario transparentar la cárcel del espíritu por medio del ayuno y la meditacion. Nuestra inteligencia se sublima á medida que se aflojan los lazos de la materia, y necesita ser preparada por el estudio de la *Kabbalah*. Los números cabalísticos espresan y simbolizan la utilidad del ayuno, de la meditacion y del retiro, que hacen al alma reconcentrarse en sí misma y despues lanzarse audaz á las regiones desconocidas del porvenir, como nos lo enseñan Hermes, Orfeo y Moisés...

El astrólogo guardó silencio por algunos momentos con aire distraido, como si su espíritu vagase perdido en los inmensos ámbitos del pensamiento.

Luego, como siguiendo el hilo de sus reflexiones, dijo de pronto:

—Sí, sí. ¿Quién puede dudarlo? El célebre mágico Apolonio de Tyana tambien lo entiende así cuando dice: «al trasluz de un cuerpo debilitado por el ayuno y las privaciones, el alma contempla el espacio, el tiempo y la eternidad.» El divino Platon viene á decir lo mismo... ¡Y este es el significado del gran número! Hasta los gentiles edificaron un magnífico templo á Júpiter Olimpio, en el cual se veía una bellísima estátua de Urania con una tabla de oro en la mano, y en ella estaban esculpidas las profundas palabras que encierran el significado del número 40. «Las leyes divinas de la mortificacion no son cadenas que nos oprimen, sino alas con las cuales el alma en esta vida

puede volar al cielo ante la presencia de su Creador...» ¿Y creeis que los mas sabios de los hombres puedan engañarse?—Despues que la inteligencia se ha preparado ya con las sublimes revelaciones de la cábala, está en disposicion de penetrar mas adentro en el misterioso santuario de la ciencia, entre cuyas tinieblas se oculta la magia...

Al llegar aquí, Pelayo no fué dueño de reprimir una sonrisa, si bien hasta entonces habia escuchado con profunda atencion las palabras del astrólogo. Apercibióse este de ello; pero continuó impávido su narracion como una persona convencida de que al fin se hará escuchar. Por otra parte no es cosa muy fácil hacer callar á un sabio cuando está en vena. El rio de la inteligencia tiene tambien sus avenidas.

Y en honor de la verdad debemos decir que por mas estraña que parezca en nuestros dias la erudicion del astrólogo, no por eso dejaba de estar fundada en gravísimas autoridades. No se crea que eran sueños de su fantasía cuanto en su fraseologia manifestaba á Pelayo como el último elixir de la ciencia. En aquella época, y entre la raza judáica especialmente, que conservaba las tradiciones filosóficas de la India, la sabiduría humana se formulaba en los propios términos que lo hacia el judío. Y si para ello necesitásemos aducir pruebas aun tomadas de los Santos Padres, citaríamos á San Agustin, el cual refiere la significacion del número 40. Esta misteriosa cifra esplica la maravillosa utilidad del ayuno y de las privaciones para dar á las facultades del alma una energía verdaderamente sobrenatural y divina.

El número 40 es el de los dias de ayuno de los profetas hebreos, de los magos persas, de Jesucristo en el desierto y de los cristianos. La ciencia del número, ya lo hemos dicho, se dilató desde la India de los primeros tiempos hasta la Europa de la edad media con sus hermanas la astrología y la magia. Sirvió de base y de fórmula á muchos sistemas filosóficos, como el platonismo de la escuela de Alejandría profesado por el famoso Pico de la Mirándula, el cual sacó de los Cabalistas la mayor parte de las novecientas tésis que propuso á Roma sobre la lógica, la ética, la física, la metafísica, la teología y la magia. El mismo Dante

en su inmortal poema muestra hasta qué punto estaba lleno del simbolismo cabalístico. El edificio mas gigantesco de la inteligencia y de la inspiracion, la Divina Comedia, está combinada una y triple á la vez en tres veces treinta y tres cantos. El gran poeta dice que su amada Beatriz es un 9, esto es, un milagro cuya raiz es la Santísima Trinidad; y el numero 3 le llama número augusto.

Y en efecto, todo el universo, Dios y el hombre, ¿no se esplican y comprenden en estos tres elementos, el espíritu, la materia y sus relaciones? Por último, añadiremos que la ciencia del número en tiempos posteriores fué solamente conocida por los jesuitas, los francmasones de primer órden, y los que se entregaban al estudio de las sagradas escrituras. Y es preciso convenir en que este simbolismo enseñaba al alma una metafísica sublime con la lucidez propia de los axiomas, que se ocultaba debajo del emblema, como el sol tras de una nube.

—¿Os reis de la magia? preguntó el astrólogo.

Pelayo se encogió de hombros.

—¡Ah valiente caballero! ¿Es posible que os cause risa lo que á mí me ha costado tantos desvelos? ¡Cuánta verdad es que cada hombre es un *micro-cosmos*, un pequeño mundo! No os sucederia tal, si como yo hubiéseis rastreado todo cuanto los sabios han dicho sobre la materia... Habeis de saber que la magia se divide en blanca y negra. Esta tiene bajo su dominio á los espíritus maléficos, y fué inventada por Cam y transmitida á su hija Misrraum.—La revelada al mas sabio de los mortales, el rey Salomon, se denomina magia blanca, porque ejerce su influencia sobre las potestades amigas de los hombres, y su objeto es siempre hacer el bien... ¡Oh! esclamó el astrólogo lleno de entusiasmo. ¡Feliz el que ha llegado á armonizar la astrologia, la cábala y la magia, último receptáculo de la ciencia, límite del entendimiento, polo de las tinieblas y de las nubes tras de las cuales fulgura con vívidos esplendores el sol de la verdad, de la omnipotencia y de la bienaventuranza! ¡Mil veces dichoso aquel que desde la peñascosa cima de la montaña llega á descubrir los interminables y luminosos horizontes del Océano sin orillas de lo inmenso, de lo eterno y de lo infinito! Lo que ha

sido, lo que es, lo que será, se presenta á sus ojos en un solo instante. Hombres, pueblos, naciones, cataclismos, mares, astros, insectos, mundos, todo, todo lo mide de una sola ojeada, los elementos le obedecen, los cielos le revelan el destino de los mortales, y entonces purificado, sabio y omnipotente, se asocia y se confunde, y nada y se dilata en el piélago inmenso de la esencia divina. ¡Oh magia de la naturaleza humana! ¡Oh sublimidad del Criador que hácia sí llama á sus elegidos en alas de la ciencia y les abre su seno y les prodiga sus sonrisas y les tiende sus manos y les transforma y les habla y se identifica con ellos!... La ciencia, sí, la ciencia es una escala mística que, como la de Jacob, conduce al cielo á los mortales.

Y así diciendo, los ojos del astrólogo brillaban como estrellas, y palpitaba su pecho y se elevaban sus brazos, y en aquel momento parecia hermoso, audaz, transfigurado. Era aquello un delirio, es cierto, pero una especie de delirio que ennoblece el semblante humano y le ilumina con los radiosos fulgores de la inspiracion y del entusiasmo.

El hijo de Favila escuchaba atónito.

Transcurridos algunos momentos, el astrólogo con tono jeremítico esclamó:

—¡Desgraciados de los que no creen en la ciencia!

—Yo creo en Dios, replicó gravemente Pelayo alzando sus ojos al cielo.

—¿Y quién es Dios sino la suma sabiduría? Vuestra creencia es ciega como la fé, la mia es luminosa como la ciencia; vos sentís á Dios, yo le conozco; vos le teneis en el corazon, yo le abarco en mi cerebro; vos teneis el sentimiento, pero yo tengo la idea.

El guerrero fijó sus ojos con admiracion en el sabio.

—¡Oh! La ciencia es muy costosa, ella ha adelgazado mi rostro por espacio de largos años, y aun á la misma esclavitud le robaba todas las noches algunas horas para consagrárselas. ¡Si no se hubiese perdido el libro maravilloso! añadió Efraim como hablando consigo mismo. Dicen que está enterrado á orillas del Eufrates en la cavidad de una roca y dentro de una caja de cedro...

Y el astrólogo exhaló un profundo suspiro.

—¿Y cuál es ese libro? preguntó Pelayo.

—El libro que Jehovah dió al primer hombre para su consuelo despues de su caida (1). En él estaban contenidos todos los secretos de la naturaleza, el arte de leer en el porvenir y de prolongar la vida. ¡Oh lamentable pérdida!—El hombre salió perfecto de las manos del Criador, un completo equilibro reinaba en sus facultades, su inteligencia nadaba en un mar de luz, luego ¡oh desgracia! cayó despeñado en una noche profunda. Su sentencia consistió en adquirir cada verdad á precio de largas vigilias, y aun con todo eso... ¡Si aquel libro no se hubiese perdido!

Despues de algunos momentos añadió:

—Sin embargo, Dios no ha privado al hombre del todo de la facultad de lanzarse al mundo de la inteligencia; es cierto que hizo su vuelo mas penoso, se necesitan mayores esfuerzos, pero algunos pueden llegar á sorprender los misterios del porvenir...

Pelayo sacudió la cabeza con aire de incredulidad.

—¿No quereis creer los prodigios del entendimiento humano? Pues bien, yo os convenceré.

Y el astrólogo se puso á mirar algunas cartas astronómicas, y despues descubrió el velo que cubria los nichos tercero, quinto y sesto. Delante de cada uno de los nichos permaneció algunos minutos con una actitud profundamente meditabunda. Cualquiera hubiese creido que estaba orando delante de equellas estátuas, á juzgar por su espresion recogida y devota.

Encima de cada uno de aquellos nichos veíase un rótulo trazado con caractéres estraños é ilegibles para el guerrero. Este, lleno de curiosidad, preguntó á Efraim el significado de aquellas misteriosas inscripciones.

El astrólogo, señalando á las concavidades cuyos velos habia levantado, respondió:

—Allí dice *Marte*, allá *Júpiter*, aquí *Venus*.

(1) Algunos rabinos ó doctores judíos dicen que Adan, despues de ser lanzado del Paraiso, recibió para su consuelo un libro que contenia todas las maravillas de la ciencia, y con el secreto de alargar la vida y saber lo futuro.

—¿Pero esas estátuas?...

—En estos nichos están representados con todos sus atributos los planetas, esas siete deidades, esos siete oráculos cuyo misterioso lenguage tan solo pueden comprender los astrólogos.

—¿Y por qué no habeis descubierto mas que esos tres?

—Porque son los planetas que forman vuestro horóscopo.

—¿Para eso me preguntásteis el dia de mi nacimiento?

—Justamente; y como me habeis dicho que nacisteis el 26 de marzo, ya he averiguado cuál es vuestro signo, que es el primero del año solsticio y el tercero del año comun.

Pelayo no daba crédito ni á una sola palabra de la algarabía del astrólogo; pero es tal la impresion que en el espíritu humano produce la idea de rasgar el velo sombrío del porvenir, que aun los mas incrédulos, siquiera por curiosidad ó pasatiempo, no se atreven á resistir á la tentacion de preguntar y oir pronósticos.

Asi, pues, el hijo de Favila interrogó al astrólogo lo que, segun sus observaciones, le prometian los astros.

Efraim, con toda la fé y conviccion de que era capaz, comenzó á relatarle poco mas ó menos el mismo horóscopo que antes le hemos oido recitar á sus solas. Cuando le indicó que Marte le prometia hazañas y gloria, un relámpago de entusiasmo brilló en los ojos del héroe; al manifestarle que Júpiter le guardaba honores y mando, una sonrisa de indiferencia asomó á sus labios; y por último, cuando le anunció que Venus le denotaba algunas contrariedades en sus amores, el gallardo caballero exhaló un angustioso suspiro. Pensó en Florinda y en el hado adverso que para siempre le habia separado de ella.

—Pero al fin, añadió el astrólogo, al fin el *superior influjo de Júpiter os hará vencer todos los obstáculos*. Habeis nacido para grandes cosas, sois un mortal elegido.

Y fué tal la energía y tan profunda la fé con que el judío pronunció sus últimas palabras, que Pelayo no pudo menos de participar en algo del entusiasmo de Efraim.

Pero al cabo de algunos momentos el bizarro doncel con acento de tristeza hizo la gran pregunta que ocupa el corazon de todos los hombres.

—¿Y seré feliz algun dia?

—Tanto como puede serlo un mortal en este valle de lágrimas.

—¿Pues no dices que seré contrariado en mis amores? ¿Hay en la tierra verdadera felicidad sin el amor?

El astrólogo por algunos instantes alzó sus ojos al cielo como absorto en una profunda meditacion.

—Sereis feliz, esclamó, no lo dudeis, sereis amante y amado de una mujer encantadora. Y para que veais adónde llega el poder de la ciencia, hasta me es posible indicaros el color de sus cabellos.

—Decid, decid.

—Una mujer rubia, de estatura mediana, de ojos azules y dotada de singular belleza, está ahora mismo pensando en vos, aun cuando os llora ausente ó muerto.

—¡Gaudiosa! murmuró Pelayo. ¡Gaudiosa!

Y el jóven clavó una mirada de asombro y casi de terror sobre el rostro inspirado del sabio.

En efecto, habia este adivinado de tal manera los intimos secretos de su alma, que ya no le era lícito dudar de la veracidad de la astrología.

Iba el jóven caballero á manifestarle su admiracion y sorpresa, cuando abriéndose la trampa sita en un ángulo del misterioso y lúgubre aposento, apareció de repente el gigantesco Abacuc con todas las muestras de presura ó turbacion, como si algun negocio urgente de suma importancia le obligase á interrumpir al gran sacerdote en sus investigaciones científicas.

—¿Qué ha sucedido? preguntó Efraim con visibles señales de inquietud.

Aproximóse Abacuc al oido de su señor y murmuró algunas palabras.

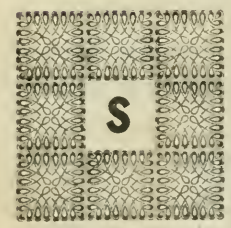
—Vamos, pues, vamos al instante, dijo Efraim.

Y asiendo de la mano al atónito Pelayo le arrastró en pos de sí, desapareciendo ambos precedidos del espantoso gigante.



CAPITULO XV.

EL ÚLTIMO PLAZO.



SORPRENDIDOS y confusos al parecer, se dirigieron todos por la via subterránea al interior de la gruta. Pelayo, por órden de Efraim, fué conducido adonde estaban sus compañeros, que se tranquilizaron con la presencia del héroe y se regocijaron al mismo tiempo con la nueva de su próxima partida.

El gran sacerdote de los judíos habia indicado al hijo de Favila que aquella misma noche podian salir de la misteriosa mansion.

Las matronas y doncellas de Israel estaban todas á la sazon recogidas; pero los caballeros de las negras armaduras se hallaban despiertos, vagando de acá para allá, departiendo en voz baja con aire misterioso y produciendo un rumor semejante al zumbido de una inmensa colmena.

Cualquiera observador habria podido notar que aquella animacion no era causada por ninguna noticia adversa, antes por el contrario se advertian señales nada equívocas de alegría y satisfaccion que casi rayaba en estusiasmo. Era aquel movimiento

muy parecido al que se nota en un ejército próximo á dar una batalla cuyo éxito feliz no cabe ponerse en duda.

—¿Como cuántos serán? preguntó Efraim dirigiéndose á Abacuc, que respondió:

—Segun me dijo Ezequiel, los vigías han calculado que irán hasta unos trienta moros. Van á caballo, y llevan algunas acémilas cargadas probablemente de provisiones ó dinero.

Esta última suposicion arrancó de todos los paladines judíos un murmullo amenazador, y aun algunos se propasaron á decir en voz muy alta:

—Vamos pronto, Efraim, no perdamos tan buena ocasion.

Inútil parece decir que los que de tal modo hablaban eran los personages de mas importancia entre la raza hebrea.

No habrá olvidado el lector que el terrible Abacuc tenia la consigna de estar casi siempre alerta sobre la especie de plataforma que hacian las rocas donde estaba la entrada de la gruta. Debemos advertir tambien que los judíos tenian constantemente en varios puntos corredores ó centinelas que les avisasen de las personas ó tropas que atravesaban el valle, y ya hemos dicho que nunca dejaban escapar la ocasion de acometer á sus aborrecidos enemigos los moros, desde que se negaron á cumplir sus solemnes compromisos para con el pueblo judáico.

Efraim dió la órden á los suyos de que se apercibiesen para dar el golpe sobre los infieles. En seguida los paladines comenzaron á armarse, mientras que su gefe se dirigió al aposento de los cautivos, y habiendo llamado aparte á Pelayo, le habló en estos términos:

—Noble caballero, dentro de breves instantes podreis partir con los vuestros, y yo os aseguro que llegareis sano y salvo á los montes de Asturias, en donde algun dia sereis el azote de los pérfidos africanos, á quienes Jehovah confunda. Pero antes que salgais de esta mansion necesito que me hagais un juramento tan solemne como inviolable.

—Esplícate, Efraim, dijo Pelayo un poco sorprendido de aquellos preliminares.

—Habeis de saber, señor, que nadie todavía, nadie ha pe-

netrado en esta gruta sin que la muerte nos haya respondido de su silencio, puesto que ya comprendereis el grave riesgo de ser descubiertos por los moros, que ignoran nuestra guarida. Y como ellos han recibido de nuestras manos daños incalculables, los paladines de las negras armaduras son para los infieles un objeto de terror y de venganza, por lo que todo nuestro especial cuidado se cifra en ocultarles nuestra morada. Ahora bien, noble Pelayo, cuando en el bosque apareci en vuestra presencia, os reconoci al punto, despues de nuestro encuentro con los sarracenos. Ya sabia yo que iban en busca de algunos fugitivos cristianos; pero jamás sospeché que entre ellos se encontrase el hijo de Favila.

—¿Y quién os habia dicho?...

—Los mismos musulmanes, que entre si iban hablando de la presa que perseguian, y aun cuando no conversaban en la gerga que se ha establecido para que se entiendan moros y cristianos, yo comprendi bien de lo que trataban, porque conozco el idioma árabe. No podeis figuraros el inminente peligro que habeis corrido despues de penetrar en la gruta, porque mis gentes creyeron sin duda alguna que ibais á ser sacrificados como todos los que se albergan en este recinto...

Pelayo hizo un gesto de horror.

—Confieso, dijo Efraim, que es muy penoso obrar de esta manera; pero no podemos prescindir de la imperiosa ley de la necesidad. Estamos en el caso muchas veces de atraer á los moros á nuestra mansion, cuando no podemos asaltarlos en el campo, á fin de despojarlos del dinero y proporcionarnos vituallas, que van á comprar á las poblaciones inmediatas algunos de los nuestros disfrazados con el trage de sarracenos, ó bien de cristianos mozárabes. ¡Desdichados hijos de Israel! No tenemos mas medios de subsistencia que nuestras rapiñas, ni mas ciudades que oscuras cavernas. ¿Podreis ahora condenar nuestra conducta? El afecto que yo os profeso, es el que os ha salvado, pues los mios opinaban todos por acabar con vuestras vidas. Yo me opuse abiertamente, si bien me he reservado el imponeros una condicion, que espero cumplireis con toda la hidalguía y fidelidad propias de vuestro carácter.

—Habla, Efraim, que por mi fé te prometo satisfacer tus deseos, siempre que esté á mi alcance hacerlo.

—Nada mas fácil. Todo se reduce á que me jureis solemnemente, que tanto vos como vuestros compañeros, no revelareis jamás el sitio de esta mansion, donde se albergan los paladines de las negras armaduras; pues ya comprendereis cuán fácilmente pudiera causarse nuestra ruina, si á saber llegasen los moros el secreto de nuestra guarida. Todas las precauciones son pocas.

—Comprendo, Efraim, el peso de tus razones, y por lo tanto te juro bajo mi palabra de honor, que jamás revelaré tu secreto, ni tampoco ninguno de los que me acompañan.

—Una vez que así me lo prometeis, no me es lícito dudar de la palabra del mas noble y cumplido de los caballeros de España.

Y Efraim estrechó afectuosamente la mano de Pelayo.

Abacuc se presentó en aquel momento, é hizo una seña al gran sacerdote.

—Vamos, pues, dijo este dirigiéndose al hijo de Favila, llamad á los vuestros, y el gran Jehovah quiera conduciros á todos salvos á los montes de Asturias.

Verificó Pelayo el consejo, y en seguida salieron en pos de Efraim. Este, á la cabeza de los suyos, iba á acometer á la tropa de árabes que atravesaba el valle, segun el aviso de sus corredores.

En el gran salon de las estaláctitas le salieron al encuentro tres bellísimas doncellas vestidas de blanco, y á la manera de las hijas de Israel.

Pelayo y sus compañeros pudieron reconocer en ellas fácilmente á las tres jóvenes que en el salon de la misteriosa gruta habian entonado al son de sus arpas algunos salmos de David, y que, como ya sabemos, habian producido tan profunda impresion en el ánimo de los fugitivos.

Efraim las besó muy cariñosamente, y se despidió de ellas con muestras del mas tierno afecto.

Y volviéndose hácia los cristianos, dijo:

—Estas que aquí veis, son mis hermanas.

Pocos momentos despues se hallaban en las márgenes del

arroyo que lamia, digámoslo asi, la base de las rocas donde estaba la entrada de la gruta, una tropa como de hasta cincuenta caballeros vestidos con sus negras armaduras, capitaneados por Efraim, acompañados de los cristianos, y que, al parecer, aguardaban alguna noticia ó circunstancia para resolverse á partir. Sobre las rocas, como una estátua colosal se divisaba inmóvil y de pié al gigantesco Abacuc, especie de cancerbero de aquella caverna.

Los primeros albores del dia comenzaban á dibujarse en el cielo como si los cándidos genios de la luz agitasen sus alas de oro y sus blancos ropages por la inmensidad del espacio.

Al cabo de algun tiempo se oyeron como pisadas de caballos, y efectivamente, muy pronto aparecieron algunos paladines que conducian de la brida rehatados unos con otros tantos palafrenes como caballeros aguardaban de pié en la márgen del cristalino arroyuelo. Tambien traian los corceles de los cristianos.

Entonces Efraim les esplicó que en una cueva poco distante albergaban las cabalgaduras cuidadas en las subterráneas caballerizas qor algunos de los suyos.

Patética y tierna fué la despedida entre el gran sacerdote de los judíos y los cristianos. Aquellos por fin partieron para lanzarse sobre su presa, y estos tomaron opuesta direccion encaminándose hácia los montes de Asturias, objeto de sus deseos, norte de sus esperanzas, y término del viaje que en aquel momento emprendian.

Atanagildo iba en busca de su anciano padre Veremundo, Gumildo soñaba con la esperanza de encontrar á su querida Clotilde, Pelayo no podia olvidar la profunda pasion que habia sorprendido en la tierna Gaudiosa, y Ferrandez, libre de amoríos, tan solo pensaba en servir á su amado señor, y en ver á su hermana Alvida, la fiel doncella de Hormesinda.

Todos caminaban alegres, porque todos llevaban en su corazon una esperanza, precioso talisman que embellece la existencia de los mortales.

El noble hijo de Favila pensaba con placer en la encantadora hija del conde don Íñigo, tan amable por su angélica be-

lleza como por la ternura de sus sentimientos, y la cándida inocencia de aquel corazon sencillo como una paloma.

A mayor abundamiento, la gentil cuanto desdichada Florinda, modelo de las amantes, y perla de las amigas, habia recomendado al noble Pelayo que no permaneciese insensible á la ternura de Gaudiosa, una vez que ella en su desgracia habia sepultado para siempre sus mas bellos ensueños de amor en los solitarios claustros de Santa Olalla.

Por otra parte, es tan necesario al corazon humano un sentimiento de amor, que el buen caballero no podia menos de pensar con complacencia en la enamorada vírgen que en cierta ocasion le habia libertado de las garras de la muerte, cuando herido y moribundo fué recogido en la Torre de las Cadenas, y restituido á la vida, puede decirse, por los cuidados de la tierna y bella Gaudiosa.

Despues de sus amargos desengaños, el noble mancebo habia fijado todas sus esperanzas é ilusiones en la cariñosa adhesion de la hija de don Íñigo, que tan profundamente le idolatraba.— En los bellos y dorados dias de la juventud, el alma del hombre no puede existir sin abrigar el dulce sentimiento del amor, porque entonces el amor es la vida, el gozo del corazon, y como el centro de nuestro ser. ¡Encantadora edad! como las olas del piélago se suceden eternamente, asi se relevan entonces unas á otras las ilusiones, y el rio y puro manantial de la esperanza no se agota mientras que el pecho generoso late con juvenil energía.

Pelayo, despues que el destino adverso le habia robado á Florinda, objeto de sus primeros amores, se habia arrojado en brazos de su nueva ilusion, como el náufrago que asido de una tabla espera abordar á una isla salvadora. ¡Oh magia de la juventud, que al fin de cada desengaño tiene el poder de levantar otra mentira mas dulce y seductora todavía!

Pero ¡ay! ¿quién pudiera creer las tristes decepciones que el implacable tiempo le guardaban entre las rugas de su negro manto?

Algunos dias despues que los fugitivos partieron de la gruta de los misteriosos paladines, el conde don Íñigo mandó lla-

mar á su hija Gaudiosa para participarle su resolucion definitiva.

Hallábase á la sazon el anciano conde habitando en compañía de Gaudiosa el castillo de Pamia, situado en un ameno y pintoresco valle á algunos leguas de Santa Olalla, y rodeado y defendido en torno por altos y frondosos montes.

Era una tarde de los primeros dias del invierno, cuando la hermosa vírgen acudió al aposento del anciano, que fijando sus ojos llenos de ternura en la encantadora jóven, le habló en estos términos:

—Querida Gaudiosa, mis fuerzas se debilitan por momentos; tú eres el último vástago de mi linage, y no quisiera dejarte abandonada y sola, espuesta á mil peligros, sin apoyo y sin amparo. Además, me duele que mi nombre se estinga completamente, y que mis cuantiosos bienes en esta comarca, libre del furor de nuestros enemigos, no pasen á legítimos herederos que deberian ser tus hijos.

Gaudiosa exhaló un profundísimo suspiro al escuchar las palabras de su padre, y á pesar suyo no pudo menos de murmurar el nombre querido de Pelayo.

Don Íñigo continuó:

—Gudila es un apuesto y cumplido caballero, te ama tiernamente, y yo estoy seguro de que es el único que pudiera hacer tu felicidad. Yo, hija mia, puedo ya vivir muy poco, y no quisiera dejarte huérfana.—¿Por qué, Gaudiosa querida, por qué manifiestas tan evidente repugnância para con el único hombre capaz de protegerte en los azarosos dias porque atraviesa nuestra patria? Gudila es noble, valeroso y prudente...

—Sí, sí, repuso la doncella con desdeñoso acento, en cuanto á prudencia nadie habrá tan osado que se atreva á negársela al buen Gudila. Es mas prudente de lo que conviniera á un paladin tan esforzado como él quiere parecer.

—¿Y por qué dices eso, hija mia?

—Porque tengo muy presente que cuando el encuentro de Santa Olalla, donde tanto valor demostró el desdichado Pelayo, el noble Gudila fué tan cauto, tan previsor y tan obsequioso, que os inspiró la idea de conducirme á este lugar, bajo el pre-

testo de alejarme del sitio del peligro; y despues para cumplir sus deberes de caballero, volvió al castillo de Santa Olalla en vuestra compañía, precisamente cuando ya se habia dado el combate, y los enemigos habian desaparecido. Todo lo cual prueba no solamente el afecto que nos profesa, sino aun mas todavía su reputacion harto fundada de cauto y de prudente.

Don Íñigo se mordió los labios de ira y de vergüenza al comprender la amarga ironía de las palabras de Gaudiosa. El noble conde, como ya sabemos, deseaba haberse encontrado en el choque de Santa Olalla, y solo despues de convencerse de que así podia verificarlo, fué cuando se decidió á conducir á su hija al castillo de Pamia. A su regreso al dia siguiente, ya todo habia pasado del mismo modo que Gudila habia previsto, si bien este afectó entristecerse en gran manera por haberse equivocado en sus conjeturas. Don Íñigo, á pesar suyo, abrigó algunas sospechas de que su futuro yerno tal vez habia procurado sustraerse al peligro paliando su cobarde intento con el interés que se tomaba por Gaudiosa.

Pero estas sospechas se habian completamente desvanecido en vista del pesar profundo que tan hábilmente supo aparentar el pérfido Gudila.

Y ahora se encontraba desconcertado en el momento mismo en que trataba de abogar en su favor para realizar el proyectado enlace.

Mucho pulso necesitaba el conde para tratar esta cuestion con su hija, porque conocia demasiado la repugnancia que el matrimonio le inspiraba, y que al mismo tiempo el carácter de Gaudiosa, aunque tímido y dulce, era capaz de rebelarse abiertamente contra la violencia y la injusticia. Así que, en esta ocasion don Íñigo habia pensado, y con muy buen acuerdo, de recurrir á la suavidad y á la blandura antes que á la dureza y á los mandatos.

Semejante propósito, cuya cordura hemos elogiado, fué, sin embargo, olvidado por el conde en algunos momentos al ver cuán poco dispuesta se hallaba su hija á secundar sus deseos.

—Tus palabras, dijo severamente el anciano, encierran una

acusacion injusta para un noble caballero que tan solamente deseaba ponerte al abrigo de los azares de la guerra.

—Querido padre, yo no he hecho otra cosa sino alabar como vos su incontestable prudencia.

—Insistes en tu injusticia, amada Gaudiosa, y debo advertirte que yo estoy en el caso de apreciar perfectamente el verdadero móvil de su conducta.

—Yo tambien creo no desconocer esos motivos.

—Tampoco me encontré yo en la batalla, y ciertamente que mi ausencia no fué calculada como tú supones de Gudila, dijo el conde, cuya frente á cada instante aparecia mas ceñuda.

—En cuanto á vos, padre y señor mio, jamás pudiera culparos de la nota de cobardia, vos que habeis sido siempre gloria y honor de los campeones godos.

—Y sin embargo, nuestra conducta ha sido la misma.

—La intencion es la que condena.

—¿Y pretendes conocer sus intenciones mejor que yo?

—Vuestra esperiencia es muy respetable para mi; pero los presentimientos de mi corazon jamás me han engañado.

—En fin, dijo don Íñigo cansado de tantas objeciones, siempre te has manifestado injusta para con un hombre á quien estimo muy de veras, y que es el único que puede hacer tu felicidad, como te he dicho mil veces.—Antes y despues del lance de Santa Olalla no ha sido menor tu repugnancia para obedecer los preceptos de tu padre.

—Vuestra es mi vida, señor, podeis disponer de ella y os la sacrificaré gustosa; pero en la sagrada region del alma solo Dios tiene dominio, y bien sabe él que me oye que jamás podré ser feliz con un hombre que ni siquiera merece mi estimacion ó mi respeto, ya que amor me es imposible profesarle.

—¿Y por qué?

La virgen guardó silencio, su rostro estaba encendido como una cereza, y sus ojos modestamente clavados en el suelo. Parecia la estátua del pudor.

—Yo exijo que me digas por qué no puedes amar al esposo elegido por tu padre.

Gaudiosa, con voz trémula, pero argentina y dulce como un suspiro amoroso, respondió:

—Padre mio, si lo mandais, os diré que amo á otro hombre.

—¿Y quién es?

—Un héroe, respondió con orgullo la doncella.

Don Íñigo comprendió entonces que no eran infundadas las sospechas de Gudila.

—¡Es posible!... Pero Pelayo ha muerto, añadió el conde despues de algunos instantes.

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos de la jóven.

—¡Ay! esclamó. Es cierto, padre mio; pero él me ve desde el cielo, yo adoro su memoria, y ni un solo momento seré infiel á ella.

Y se cubrió el bello rostro con ambas manos, repitiendo con todo el entusiasmo de su pasion:

—¡Héroe inmortal! ¡Valeroso guerrero! Olvidarte en brazos de otro hombre sería una profanacion; pero olvidarte en brazos de un hombre vulgar, y que á mayor abundamiento era tu enemigo, seria un crímen espantoso, el colmo de mi afrenta y de mi humillacion, un insulto ruin á tu sagrada sombra.

Don Íñigo contemplaba á su hija con toda la ternura paternal.

—Hija mia, dijo al fin, la guadaña de la muerte ha segado su vida, y ya...

—¿Y la guadaña de la muerte llega al cielo?

—Ese es un delirio, amada hija.

—Ese delirio es mi única esperanza, querido padre.

—Tu padre manda que dés la mano á Gudila.

—Y Dios me ordena que dé mi alma á Pelayo.

—¿Qué significa ese lenguage? dijo el conde vivamente irritado de aquella resistencia de su hija, que contrastaba con la dulzura, el respeto y la sumision que le eran habituales.—Aun cuando Pelayo existiera, mi voluntad habria de cumplirse á despecho del mundo entero, y con mucha mas razon cuando ya no existe. Harta condescendencia he tenido ya con tus niñerias, basta ya de consideraciones y de evasivas. Primero dijiste que querias tomar el velo, cuando Pelayo aun vivia; ahora dices

que adoras su memoria, y te empeñas en injuriar al único hombre que te conviene por su valor, sus prendas y su alto nacimiento. Siempre has rehusado bajo diversos pretestos este enlace; pero te repito que ya se acabaron las dilaciones, y que hoy te he mandado á llamar resuelto á llevar á cabo mi voluntad. Por otra parte, aun suponiendo que tan de veras amases al que fué amante de Florinda, hoy tu pasion sería mas que nunca insensata, puesto que ya no existe el objeto de tu amor.—Los años se pasan, mi salud se debilita cada dia mas, y es preciso que cuanto antes yo te vea establecida como conviene á tu linage y á mis riquezas. No por eso dejo de comprender tu dolor, añadió el conde dulcificando su acento; pero los deberes de tu nuevo estado, la satisfaccion de haber cumplido mis mandatos, y acaso tus hijos, vínculo el mas dulce que nos liga á la vida, serán otros tantos manantiales de consuelo para tí y de felicidad y reposo para mi cansada vejez. ¿Qué quieres, hija mia? La vida humana es una mezcla de risa y llanto, siempre á un placer sigue un dolor, y es preciso no atormentarse con penas imaginarias. Demasiadas amarguras tiene la existencia. ¿Por qué aumentarlas? En cuanto al pesar que ahora te aqueja, debes estar convencida de que al fin con el tiempo se disipará, porque el tiempo lo cura todo.

—Menos las heridas de un amor tan inmenso y desgraciado como el mio.

El conde, al ver que su arenga era inútil, y que, como suele decirse, el aire se la habia llevado, rechinó los dientes de cólera, y esclamó fuera de si:

—Tu deber es obedecerme y callar. Dentro de ocho dias serás la esposa de Gudila; en el bien entendido de que ahora no sucederá como otras veces, ya no admito escusas, jóven caprichosa é ingrata; nada de evasivas, se acabaron las contemplaciones, este es el último plazo.

La jóven reprimió de repente sus sollozos, luego fijó sus ojos hermosos y dulcísimos sobre su padre, y con el acento de la mas profunda resignacion dijo:

—Bien, padre mio, muy bien, puesto que asi lo quereis. Os he manifestado con franqueza el estado de mi corazon, pero



Lám. 5.

«¡Hija mia! ¡Hija de mi alma! Al fin te reconozco en tu sumision y respeto.»

si á pesar de todo vuestra voluntad es que me case con Gudila, Gaudiosa jamás será capaz de oponerse á los deseos de su padre, y mucho menos de desobedecer sus mandatos.—Contad con mi obediencia, padre mio; yo os ruego con todo mi corazon que disimuleis mi franqueza, si por acaso ha podido provocar vuestro enojo.

El conde don Íñigo era de carácter adusto é imperioso; empero debajo de aquella ruda corteza del antiguo guerrero y del hombre agriado por las contrariedades de la vida, latia un corazon generoso y noble. Así es que cuando oyó las sentidas palabras de Gaudiosa no pudo reprimir su emocion, y despues de vacilar algunos momentos, durante los que en vano procuró disimular su debilidad, que tal la consideraba, se precipitó en brazos de la encantadora jóven, diciendo:

—¡Hija mia! ¡Hija de mi alma! Al fin te reconozco en tu sumision y respeto. Tú serás la alegría y corona de mis canas, mi raza no se estinguirá, y yo descenderé á la tumba bendiciéndote.

—¡Padre mio! murmuró la vírgen besando la frente del conde y regándola con sus lágrimas.

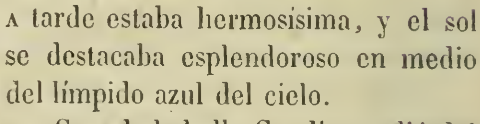
¡Tan inmenso era su sacrificio!





XVI.

UN JURAMENTO INVIOLABLE.



La tarde estaba hermosísima, y el sol se destacaba esplendoroso en medio del límpido azul del cielo.

Cuando la bella Gaudiosa salió del aposento del conde era tal su emocion y tanta su tristeza, que no pudo resistir al deseo, ó mejor dicho, á la necesidad de dar un paseo al aire libre por las pintorescas inmediaciones del solitario castillo de Pamia.

Sola y meditabunda se internó por el cercano bosque la enamorada vírgen llorando amargamente su destino. Recordaba las dulces horas que volaron tan bellas como fugaces en la misteriosa Torre de las Cadenas bajo el hermoso cielo de Andalucía, y cuando por la primera vez se le apareció Pelayo mortalmente herido. No podia olvidar los celos que le habia inspirado la desventurada Florinda, y por último acusaba al cielo de cruel, puesto que cuando aquella tomó el velo en el convento de Santa Olalla, su corazon habia renacido á las mas risueñas esperanzas, que la muerte de su amado habia cortado en flor. ¡Si Pelayo no hubiese sucumbido! ¡Si ella pudiera llamarse su esposa! ¡Cuán feliz se hubiera considerado la hermosa virgen que á la sazon lloraba el lúgubre desenlace de sus amores!

La vida para ella era un martirio, porque vivir sin su ama-

do era amargar su destierro en este valle de lágrimas, la muerte se le aparecia como una deidad bienhechora, como un ángel cariñoso que la conduciria al mundo de la verdad y del amor infinito, donde eternamente contemplaria á Pelayo, ya que en la tierra habian sido separados por el furor implacable de su enemiga estrella.

Y si al menos hubiese sabido adónde encaminar sus pasos para encontrar la tumba de aquel hombre tan querido y regarla con flores y con lágrimas, su dolor fuera menos intenso, la esperanza de reposar juntos algun dia le hubiera sonreido, y al través de la losa del sepulcro se habria comunicado con el objeto de su amor como dos ángeles que cambian sus suspiros desde la tierra al cielo.

Pero ni le era dado este triste solaz en su indecible desventura. Gaudiosa ignoraba dónde yacía su amado para descender á su tumba en la tarde silenciosa. ¡Ay! Desdichada de la que llora desvanecida al soplo de la muerte la primera ilusion de sus amores. Todo el mundo es para ella un cementerio, el canto de las aves un fúnebre concierto, las flores son cipreses, la luna una pálida mortaja, el sol una funeraria antorcha, y el silencio, la soledad y la noche le acompañan á la luz del mediodia.

Así embebida en sus tristes pensamientos, caminaba recordando la promesa que acababa de hacer á su padre. Entregar la mano á Gudila era para la bella Gaudiosa el mas inmenso sacrificio; pero su padre le habia mandado, se habia enternecido, y por último recurrido á los ruegos; y si bien la doncella era tímida y dulce como una gacela, no por eso dejaba de rebelarse con toda la energía de su generosa índole cuando se trataba de imponerle á viva fuerza el sentimiento de un amor que todo su ser rechazaba con indignacion.

Pero don Íñigo habia tenido el buen acuerdo de manifestarse al fin cariñoso y suplicante para con su hija, y como en las almas nobles la idea del sacrificio toma tanto mas incremento cuanto es mas grande y doloroso, y cuando por otra parte las mas dulces afecciones, y entre ellas el amor filial, se interesan, entonces la duda y la vacilacion terminan apurando con subli-

me audacia la copa ofrecida por la abnegacion y el desprendimiento. Así sucedió á Gaudiosa, que por no contrariar los deseos de su padre, convino por fin en llamar su esposo á Gudila.

Era la hora en que el sol se oculta en Occidente, y en que la naturaleza ostenta un misterioso é indefinible encanto. Parece que el crepúsculo de la tarde estiende sobre la creacion un velo de ternura y melancolía, cuando suspiran las auras, languidece la luz, y el dia corre incauto y veloz para encontrar su tumba en la cercana noche. Siempre son solemnes los últimos momentos de un dia que va á espirar en los abismos del tiempo.

Tambien eran solemnes y dolorosos los postrimeros instantes de la única esperanza de la vírgen. Triste, á la verdad, era esta esperanza, pues consistia en permanecer fiel á su propósito de no amar nunca á otro hombre, ya que su destino adverso le habia arrebatado la incomparable dicha de ser esclava de Pelayo. Sus mas bellas ilusiones se habian deshojado, la fria estension del vacío cercaba su vida, su alma no tenia ya objeto en la tierra. La apenada vírgen miraba al cielo y lloraba por su malogrado amante.

Las verdes colinas, las altas montañas, los murmuradores arroyos, los bosques sombríos de gigantes pinos, inmensas catedrales elevadas por la mano del Criador, todo á sus ojos aparecia lánguido y triste y dolorido. ¡Con cuánta indiferencia pisaba el blanco sendero que conducia al castillo de Pamia por entre añosas encinas y castaños!

Muy agena estaba Gaudiosa de que algunas personas eran testigos de su abstraimiento. Un hombre la seguia de lejos devorándola con sus ojos y procurando no ser visto.—Iba la jóven vestida de blanco y trenzados sus rubios cabellos sobre la espalda, y vagando sin direccion fija por el bosque, habiendo abandonado la senda, tal vez sin apercibirse de ello.

Si la doncella hubiera estado menos absorta en sus meditaciones habrian podido divisar tres ginetes que á mas andar se dirigian hácia el castillo y que parecian venir de Santa Olalla. Pero si la jóven no habia visto á nuestros personages, no dejó de oir las pisadas de sus caballos cuando ya estuvieron próximos, y al contemplar su estraño atavío no pudo reprimir un

grito de terror. Pálida y trémula juntó sus manos sobre su pecho como si elevase una tierna plegaria, y tuvo necesidad de apoyarse contra un árbol para no desplomarse bajo el peso de se emocion y sobresalto.

El uno de los tres caminantes cambió algunas palabras con sus compañeros, que se dirigieron, al parecer, hácia el castillo de Pamia, pero en realidad al monasterio del Cristo de la Columna. Entre tanto el tercero voló al sitio donde inmóvil y casi inerte permanecia la encantadora vírgen. Tenia razon la desdichada para temer, puesto que el trage moro de los caballeros le hizo comprender que los enemigos del nombre cristiano habian penetrado por fin en el agreste recinto que hasta entonces habia sido el refugio de los infelices godos.

Rápidamente descabalgó el apuesto musulman de su caballo y se arrojó á los piés de la hermosa nazarena, que, con ojos espantados y ademan atónito, seguia todos los movimientos del recien llegado, como si tuviese delante de sí una vision del otro mundo.

Al pronto creyó que por arte maravillosa la muerte podia alguna vez devolver su presa al amor. Pero á pesar de su turbacion y espanto la doncella se abalanzó delirante y desencajada hácia el mancebo, como para cerciorarse de que no era un sueño fascinador la sobrenatural presencia de su inolvidable Pelayo.

Y precipitándose hácia él con los brazos estendidos, esclamó con un acento que parecia salir de lo mas íntimo de sus entrañas:

—¡Ah! ¿Eres tú, sombra adorada? ¿Eres tú la aparicion eterna de mis sueños? ¿Has dejado tal vez la mansion celestial para venir á arrancarme de este valle de miserias? ¿Estoy delirando, Dios mio, ó es verdad?

El caballero la contemplaba con éstasis, y dos lágrimas de amor se habian desprendido de sus ojos.

—Soy yo, adorada Gaudiosa, dijo.

—¿Es posible? ¿Es verdad, querido Pelayo? La nueva de tu muerte...

—Ha sido falsa.

La jóven se pasó la mano por sus ojos como si se creyese víctima de una horrible pesadilla, ó como si contemplase una vision del otro mundo. ¡Tan agena y tan distante estaba la doncella de encontrar vivo á su amado!

¡Y en qué momento se le presentaba! Cuando habia prometido á su anciano padre dar la mano de esposa á Gudila.

La enamorada virgen con los brazos abiertos, loca de felicidad, se abalanzó al mancebo, que la estrechó contra su corazon con sin igual ternura.

Pelayo de repente lanzó un grito desgarrador. Gaudiosa cerró los ojos á lá luz, una palidez mortal habia cubierto su semblante, y desmadejada é inerte se hubiera desplomado, á no haberla sostenido su amante. Por espacio de algunos minutos el jóven la contempló con una mirada fija é inmóvil, estupefacto, petrificado de horror y de amargura.

—¡Morir! ¡Morir ahora! murmuró con una desesperacion horrible. ¡Todo cuanto yo amo es herido de muerte!

Y en seguida lanzó una carcajada espantosa, su boca se contrajo, los ojos parecian querer saltársele de sus órbitas, y apretando convulsivamente contra su seno â la infeliz doncella, comenzó á vagar desatentado y fuera de sí por la sombría selva.

Al cábo de algun tiempo se detuvo, su fatigosa respiracion se habia calmado algun tanto, y por último, se sentó al pié de una corpulenta encina, teniendo siempre en sus brazos á la bella Gaudiosa, como una tierna madre que no se atreve á desprenderse de su hijo, cuya vida ha estinguido el soplo glacial de la muerte.

Le parecia una desgracia tan horrible, tan súbita, tan insoportable, que no podia creer que Dios se complaciese en sujetar su corazon á tan repetidas y dolorosas pruebas. Entonces elevó sus ojos al cielo con una espresion indefinible de súplica y resignacion. Pasado el primer momento el héroe habia vuelto á recobrar su dominio sobre sí, y aunque destrozado y lleno de amargura, logró sacudir de su espíritu el huracan de la desesperacion que por algun tiempo le habia arrastrado delirante y aturdido al través de las florestas y colinas.

La naturaleza estaba tranquila como la conciencia del justo.

Las primeras sombras del crepúsculo empezaban á estenderse por el valle, la luna asomaba su plateado disco por el Oriente, y las brisas mezclaban sus suspiros al sollozante murmurio de un cristalino arroyuelo.

Pelayo, al comprender toda la estension de su desdicha, se echaba en cara su aparicion repentina, que tan funesta habia sido á la delicada vírgen de sus amores. Y al atribuirse esta culpa y contemplar las lívidas facciones de la jóven semejante á una flor marchita ó á una ilusion desvanecida, el desolado amante prorumpió en amargo llanto. En tales ocasiones, cuando un alma enamorada se vierte por unos ojos llorosos, nadie habrá que tache de flaqueza el corazon de un guerrero.

El jóven, cediendo á una súbita inspiracion, se dirigió al arroyo y roció con agua el pálido rostro de Gaudiosa.

Pelayo lanzó un grito de alegría como el náufrago que logra tocar la tierra de la distante playa. La jóven exhaló un suspiro angustioso y prolongado, en seguida abrió sus ojos velados poco antes por las sombras de la muerte, y volvió á cerrarlos, despues de clavar una dulcísima mirada en el gentil mancebo.

Al fin la enamorada vírgen recobró completamente sus sentidos, y aunque su emocion habia sido profunda, inmensa, trastornadora, eran tales la alegría, el gozo y la dicha que esperimentó al ver que aun podian realizarse los nacarados sueños de su amor inestinguible, que en aquel momento su corazon latia con un fuego desconocido, sus hermosos ojos azules destellaban un brillo deslumbrador, y su semblante y todo su ser respiraba esa vida enérgica é incontrastable que brota al impulso de la abrasadora y vívida hoguera del amor. El alma de los amantes se perdia en un océano de emociones.

—¡Quién lo creyera, Dios mio! ¡Cuán feliz soy, esclamó la doncella.

—¿Has pensado mucho en mí?

—Desde que supe la nueva fatal, solo he pensado en la muerte... Pero cuéntame tu historia. ¿Qué trage es ese? ¡Infeliz! ¿Has estado cautivo? ¡Cuántos padecimientos han caido sobre tí!

Pelayo refirió rápidamente todas sus aventuras y los peli-

gros que habia tenido que superar para volver al asilo de la libertad española. ..

—En estas breñas, añadió, se oculta la esperanza de nuestra patria y la felicidad de mi corazon.

—¡Ay! Yo tambien he padecido mucho.

Y Gaudiosa á su vez refirió al mancebo las exigencias de su padre, que persistia en su propósito de casarla con Gudila.

—Ese hombre es mi ángel malo, siempre se ha interpuesto en mi camino.

—Yo no seré jamás su esposa.

—Nadie podrá amarte como yo.

—Ni otro alguno merece ser amado como tú.

—Todas mis esperanzas se cifran en tí, tú eres mi universo, la vida sin amor es una noche sombría, tú serás la estrella que me guie... En mis primeros amores sabes cuán desgraciado he sido; yo me arrojo en tus brazos como la madre que encuentra á su hijo perdido; yo besaré tu frente pura como besa el peregrino el suelo de la patria despues de largos años; tú serás en el árido desierto de mi vida la cristalina fuente donde pueda saciar la sed de mi amor. Despues de la tempestad brillarán para mí dias serenos, y tus ojos serán el sol de mi ventura.

—¡Cuán dichosa soy al escucharte!

Pelayo volvió rápidamente la cabeza, porque en aquel momento le pareció haber oido cierto rumor entre un matorral cercano, adonde dirigió sus pasos desenvainando su alfange.

—¿Adónde vas?

—¿No has oido?...

—No he oido mas que tus palabras.

—Pues me habré engañado, repuso el jóven volviendo al lado de su amada, despues de haber investigado inútilmente en torno suyo.

—Ya va siendo muy de noche. ¿Vamos al castillo? Allí verás á mi padre, dijo Gaudiosa suspirando.

—Tambien veré á Gudila, repuso Pelayo frunciendo las cejas.

—¡Ay! ¿Y qué hemos de hacer?

—Yo te acompañaré; pero no quiero penetrar en el castillo de tu padre, tengo necesidad de reunirme á mis compañeros.

—¿Y quiénes son?

—Mi deudo Atanagildo, y mi buen escudero Ferrandez.

—Recuerdo me dijísteis habias encontrado tambien al escudero de don Julian.

—Gumildo se ha quedado en Santa Olalla. El pobre mozo ha prometido reunirse con nosotros; pero no se ha atrevido á venirse sin ver á su querida Clotilde.

Gaudiosa palideció algun tanto.

—¿Has visto?...

—No, no, respondió el jóven suspirando.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y adónde te aguardan tus compañeros? preguntó al fin Gaudiosa.

—En el monasterio del Cristo de la Columna. Quiero ver al abad Ervigio, y al arzobispo Urbano.

—¿Quién te ha dicho que se encuentran allí?

—En Santa Olalla hemos tomado informes, y nos han dicho que todos los prelados que vinieron de Toledo, se han acogido al antiguo convento, que han vestido el hábito de monges, y que allí pasan sus dias lejos del mundo.

—Así es la verdad.

—Igualmente nos han manifestado que el anciano Veremundo, y mi querida hermana, se encuentran en Gijon, y que el gobernador Munuza se muestra asaz compasivo para los cristianos. ¿No han hecho por aquí algunas escursiones los infieles?

—En efecto, han venido por estas sierras algunos escuadrones; pero sin hacer daño, á pesar de que yo me asusté muchísimo cuando vi á su gefe, al que le llamaban... eso es... Andalla, y me echaba unos ojos... Estuvieron parando una noche en el castillo, y no se ha sonado que hayan cometido ninguna violencia, gracias á la blandura que todos atribuyen al gobernador de Gijon. Algunos campesinos, admirados de tan estraña conducta en un infiel, han sospechado si ese tal Munuza será algun cristiano renegado.

Sonrióse tristemente el hijo de Favila, como quien muy a fondo sabia que era el hermano de Morayma.

—¿No lo crees tú así?

—No. Es un árabe.

—¿Con que vas á ver á tu hermana? ¡Dios mio! ¡Otra separacion! ¡Cuán desgraciada soy!

—Pienso traerme á Veremundo y á Hormesinda...

—Y os vendreis á vivir aquí, ¿no es verdad?

—Tal es mi pensamiento.

—Y has pensado muy bien, Pelayo.

Esta última noticia pareció regocijar en gran manera á la jóven; pero en seguida su frente se nubló y llevó sus lindas manos á su agitado pecho, como si un triste presentimiento la turbase. Sus ojos se cubrieron de lágrimas, y exhaló un profundo suspiro.

—¿Por qué te afliges, amada mia?

—Sin duda has olvidado la palabra que hoy he empeñado á mi padre...

—¿Se olvidan esas cosas? interrumpió el mancebo.

—Pues entonces, ¿cómo te atreves á abandonarme? ¿No ves que mientras?...

—Yo volveré antes que se cumpla el plazo de los ocho dias prefijado para tus bodas... Mucho me duele esta ausencia; pero ¡ay amada de mi corazon! La gratitud y el respeto que me inspira el anciano Veremundo, y el deber de amparar á mi hermana, me imponen la necesidad de partir al punto, por mas que me sea doloroso separarme de tí.—Negras visiones turban mi sueño, Veremundo es débil anciano, Hormesinda jóven y hermosa, y esos malditos infieles... ¿No conoces que tengo razon, amada mia?

—Es verdad. ¿Cómo ha de ser? Tengamos paciencia, dijo con un acento lleno de resignacion la enamorada vírgen.

El sagrado sentimiento del deber se elevaba en aquellas dos almas generosas por encima de todas las consideraciones.

Gaudiosa permaneció algunos instantes como absorta en una vaga meditacion, fijos los ojos en el suelo.

—Mira, Pelayo mio, dijo de pronto, yo soy una pobre mu-

jer que nunca me he visto ni creí verme en una situacion tan crítica como en la que me encuentro; yo soy tímida é ignorante, tú eres fuerte y sabio, y debes ser mi protector y consejero. Quisiera consultar contigo lo que debo hacer.

—Dime, hermosa mia, dime lo que quieras, respondió Pelayo seducido por tan encantadora sencillez, unida á tanta modestia y dulzura.

—Ya te he dicho con franqueza, que creyendo cierta la noticia de tu muerte, y por obedecer á mi padre, cuyo carácter ya conoces, le prometí esta tarde dar mi mano á Gudila...

—¿Y bien? preguntó Pelayo palideciendo.

—¿No piensas que estaria bien manifestarle nuestro encuentro? Porque en ese caso verá que yo no falto á mi palabra por un antojo; no quiero que me tenga por mala hija, y ni tampoco quiero ser infiel á mi amor. ¿Qué te parece?

—Que eres un ángel, respondió Pelayo en estremo conmovido.—Pensaba advertirte, añadió, que no se trasluciese nuestro encuentro; pero en vista de tus razones, creo muy justo el que obres con franqueza y lealtad. ¿Es posible que tu padre quiere violentarte en esos términos?

—Creo que nada será bastante para hacerle mudar de resolucion; pero una vez que yo lé revele tu existencia, ya estoy tranquíla, y aunque me mande que jamás te vuelva á ver...

—¿Y te atreverás á obedecerlo? preguntó el jóven temblando.

—¿Y qué quieres que haga? ¡Es mi padre!—No me queda mas remedio sino tomar el velo, porque te lo digo, amado mio, yo le obedeceré si me prohibe verte, porque eso lo puede hacer; pero no haré lo mismo si me manda casarme, porque eso no debe hacerlo, puesto que perderia mi alma, y sobre ella solo Dios tiene dominio... ¡Ay cielo santo! ¿Por qué mi mismo padre es el principal obstáculo para mi dicha? ¡Qué desgracia tan cruel!

Y la encantadora doncella comenzó á sollozar amargamente.

Pelayo la observaba en silencio.

—¿Tal vez no te encuentras con fuerzas para ser fiel á mi amor? ¿Crees acaso que á viva fuerza han de unirte con Gudi-

la? Si es verdad, adorada Gaudiosa, si es verdad que tú me prefieres, ¿no tendrás resolucion suficiente por negarte á tan injustas exigencias? Además, ¿por qué desesperarse precisamente en el mismo momento de encontrarnos despues de tan espantosos peligros como acabo de superar? Aun estás libre, yo esperimento alegria porque he vuelto á recobrarte. ¿Por qué tú de tal manera te entristeces?

—¡Querido Pelayo! ¿Dudas de mi resolucion? Aun al pié mismo del altar responderé «no.»—Pero lo que me turba y aflige es el presentimiento de que no nos volvéremos á ver. ¡Si tú no vienes! ¡Cuánto padeceré yo entonces!

—¿Y por qué no he de volver?

—¡Pueden suceder tantas cosas! Si llegan á descubrir tu nombre! Y en tierra de infieles... ¡Ah, idolatrado Pelayo! No son vanos mis temores.

—¿Y qué quieres? Mi honor y mi deber me mandan ir á Gijon.

—Lo conozco y lo siento.

—Yo seré feliz con tal que me prometas amarme eternamente, amarme como yo te amo. ¡Oh! Seria el mas desventurado de los mortales, si el negro desengaño volviese á posar sobre mi corazon sus alas de nieve. Tú eres para mi lo que las corrientes cristalinas son para el cándido cisne, lo que la noche para los tristes, lo que el dia para los alegres, lo que las flores para la abeja, lo que las brisas para las flores. Todo mi pensamiento está en tu amor, porque tu amor es mi vida.

Gaudiosa escuchó tales palabras embriagada de ventura. Es verdad que la tranquila noche, la solitaria selva, el estrellado cielo y la apacible nacarada luna prestaban á esta escena de amor el mas delicioso é inesplicable encanto.

—¡Tu ausencia! ¡Qué tormento tan cruel! Toma este anillo como una prenda de mi eterno amor.

Y en seguida la hermosa jóven, tomando el puñal que su amante llevaba pendiente de la cintura, se cortó una trenza de sus rubios cabellos, que bellamente desordenados caian sobre su garganta alabastrina.

—Jamás, esclamó Pelayo, jamás el anillo se apartará de mi

dedo ni la trenza se separará de mi corazon.—Solo te ruego, añadió despues de algunos instantes, que permanezcas fiel á tu promesa hasta tanto que no recibas estas dulces prendas de mi parte, porque entonces será señal de que la muerte ha helado mi corazon. Pero en tanto que mi escudero ó algun otro no te se presente con el anillo y la trenza, te suplico, amada mia, que desafies las exigencias de tu padre y los rigores de nuestro destino.

—Está seguro, idolatrado Pelayo, de que ningun mortal merecerá mi amor, y que si la suerte adversa me arrabatase tu preciosa existencia, me sepultaria para siempre en un convento. O tuya, ó de nadie.

—Acepto tu promesa, porque del mismo modo, si á faltar llegases, ninguna otra mujer se llamará mi esposa. Te lo juro por mi nombre y á fé de caballero.

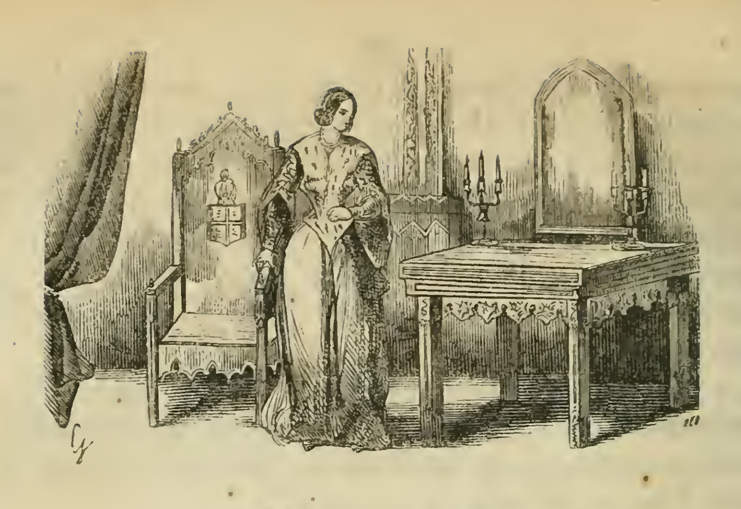
—Yo tambien te juro solemnemente cumplir mi palabra.

Hecho este inviolable juramento, Pelayo volvió adonde estaba inmóvil su noble corcel, y acompañó á la enamorada doncella hasta cerca del castillo.

Tierna, patética, indescriptible fué la despedida de los dos amantes. Despues de haberse estrechado contra su corazon, Gaudiosa se dirigió hácia el castillo, y Pelayo al monasterio del Cristo de la Columna, donde le aguardaban sus compañeros.

Pocos momentos despues que la gentil Gaudiosa se habia presentado en el aposento de su padre para revelarle su inesperado encuentro, penetró en el castillo un hombre de gigantesca estatura.

Aquel hombre habia escuchado oculto entre unas matas el juramento de los dos amantes, y presenciado todo cuanto acaeció á Gaudiosa en su paseo vespertino. Inútil parece decir que aquel hombre era Eulogio, el malvado confidente de Gudila.



CAPITULO XVII.

LA FUERZA DEL DESTINO.

CUANDO Gaudiosa se encaminó al aposento de don Íñigo, acababa de salir Gudila muy gozoso por la noticia que el anciano le habia comunicado acerca del consentimiento de la jóven respecto á su proyectado enlace. Gudila, lleno de las mas bellas esperanzas para el porvenir, puesto que amaba verdaderamente á la jóven, se dirigió á su estancia, donde le aguardaba su escudero.

Y como el tal Eulogio era su confidente hasta para sus cosas mas insignificantes, su señor le dijo al punto el feliz resultado que por fin tendrian sus amores, con lo cual todos sus deseos se verian satisfechos. Es verdad que Gudila amaba á Gaudiosa tanto como pódia amarla su corazon corrompido. Él apetecia aquel enlace por las riquezas del anciano conde, y porque á favor de ellas preveía la posibilidad de ser proclamado rey de los godos, pues á cada instante se aumentaba el número de los cristianos que se refugiaban en los montes de Asturias.

Gudila era ambicioso, amigo de mando y frio de corazon. Amaba la vida, no comprendia la gloria, y por consiguiente era

cobarde, si bien en algunas ocasiones, cuando convenia á sus planes ó lo dictaba su orgullo, sabia ostentar un valor sereno; pero valor de cabeza, hijo del cálculo, no del deber ni del generoso fuego de un corazon ansioso de renombre y entusiasta por todo lo bello, lo heróico y lo sublime. Era un mal hombre y mal caballero, era el reverso de la medalla, el contraste mas evidente, la antítesis mas disonante, el hombre, en fin, de carácter mas opuesto y distinto al de Pelayo.

Apenas Gudila fijó los ojos en su escudero, comprendió que tenia alguna importante revelacion que hacerle. Pero nunca se imaginó que pudiera referirse al delicioso proyecto de sus bodas, ya próximas y decididas por el conde y por el asentimiento de Gaudiosa.

El noble godo no dejaba de pasearse por la estancia con aire alegre y gozoso. Estaba escitado por el júbilo que se esperimenta al cumplirse los mas vivos deseos de nuestro corazon.

El gigantesco Eulogio, inmóvil y de pié contemplaba á su señor, aguardando que este le dirigiese la palabra.

—¿Qué hay de bueno? preguntó Gudila de pronto continuando en sus paseos.

—Nada, señor.

—Parece que estás muy meditabundo.

—Sí, señor.

—¿Y en qué estás pensando?

—En la muerte.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Que en este mundo no estamos seguros ni aun de los muertos.

Gudila palideció espantosamente.

—¿Has estado tal vez en la *torre del heredero?*

—No, ño, señor, repuso á su vez Eulogio pálido y trémulo:—Todavía no le harán falta provisiones... Hasta dentro de unos dias...

—¿Pues entonces?...

—No hablemos de cosas antiguas, dijo Eulogio pasándose la mano por la frente como si un espectro se agitase delante de sus ojos.

—Pues bien, olvidemos esa maldita torre; pero habla pronto, Eulogio. ¿Qué sucede?

—Muchas cosas están sucediendo, señor, y á cual mas peligrosas para nosotros. Los infieles me dán mucho en que pensar.

—¿Y ahora sales con eso? Los árabes hasta ahora han respetado este recinto...

—Pero de algun tiempo á esta parte sucede todo lo contrario.

—Es verdad que han hecho una escursion por estas montañas, mas bien para esplorar la tierra que con ninguna otra intencion hostil.

—Soy de la misma opinion en cuanto á que no les habrán parecido estas asperezas lo mas digno de su conquista; pero sin duda abrigan algunos intentos imposibles de conocer, intentos que se refieren á nosotros, ó por lo menos á los habitantes de este castillo.

—¿Y en qué te fundas para pensar así?

—En que todas las tardes atraviesa un escuadron de moros por el valle, y no cesan de dirigir miradas escrutadoras hácia nuestra fortaleza.

—¿Querrán tal vez tomar el castillo?

—Eso he imaginado yo.

—No me parece probable, porque hubieran podido sin el menor trabajo apoderarse de él cuando há pocos dias estuvieron aquí alojados.

—Bueno es vivir siempre alerta.

—Eso por supuesto.—Ya te he encargado que vigiles durante mi ausencia todos los pasos de Gaudiosa. ¿No crees que tal vez ella sea la causa y objeto de esos paseos de los infieles? ¡Es tan hermosa! ¡Y esos malditos moros son tan antojadizos! Oye, Eulogio. ¿No recuerdas las tenaces miradas que le dirigia el gefe de esos africanos? ¿Qué te parece? ¿Tratarán tal vez de arrebatarla? ¡Ira de Dios! ¡Si la hicieran cautiva!... En verdad que no podian imaginar esos demonios otra cosa peor, precisamente en el momento mismo de llamarla mia.

—Otros enemigos mas temibles se oponen á la realizacion de

vuestros deseos, que, de seguro, ya no se realizarán, al menos tan pronto como imaginábais.

—Vamos, no delires, buen Eulogio. ¿Quién podrá impedirme la posesion de la encantadora hija de don Iñigo? A propósito, esta noche me ha dicho que la jóven amaba efectivamente á... Pelayo... Bien lo sospechaba yo; pero, en fin, de un golpe quitamos todos los inconvenientes de mi ambicion y de mi amor. Aquel hombre me fué siempre funesto.—Pero mira lo que vale una fuerza de voluntad incontrastable, como la mia. En tiempo del rey don Rodrigo logré arrebatarle su privanza y partirla con su primo don Sancho, el cual simpatizaba mucho conmigo, mientras que el amante de Florinda siempre fué horriblemente antipático para mí.—Si se hablaba de honor y de batallas, sus planes eran siempre disparatados, afectando una generosidad y unas ideas tan estrañas como estúpidas. Si se trataba de amores, ¡qué estravagancias! En esto era verdaderamente estravagante. Decia que estimaba mas las cualidades del alma que las perfecciones del cuerpo, como si una mujer que no es hermosa pudiera inspirar amor. Y por último, siempre qué hablaba de Dios y de patria era necesario creerlo un santo y un héroe, pero en realidad era un hipócrita. Lo mas estraño es que seducia y prevenia en su favor á cuantas personas le trataban. Tan profunda y refinada era su hipocresía. Y este prestigio que le rodeaba hacia del tal Pelayo un enemigo asaz temible.—Pero en verdad, buen Eulogio, que á nuestras artes no pudo resistirse. ¡Oh! la fuerza de voluntad...

—Hay otra fuerza superior á la voluntad del hombre, interrumpió el atlético escudero.

Y pronunció tales palabras con un aire tan sombrío y solemne, que Gudila cesó en sus paseos y se detuvo sorprendido é inmóvil delante del jayan que en tan desusados términos hablaba.

—Esplícate de una vez, dijo al fin el caballero. Observo que esta noche estás como nunca grave y lúgubre.

—Y tengo motivos para estarlo.

—¿Pues cómo? Un hombre de corazon de piedra y de puños de acero, ¿es posible que abrigue temores?

—Yo no temo jamás, dijo con voz ronca el escudero, aunque en esta ocasion el mas pintado pudiera temer sin sonrojarse.— Yo, señor, siempre he creido, lo mismo que vos, que lo que un hombre queria de veras, podia hacerlo, segun su voluntad; pero suceden cosas que no parece sino que Dios ó el demonio las inventan á propósito, no mas que para mortificarnos.

—En verdad, Eulogio, que me causas risa con tu aire grave y santurron. Bien pudieras engañar al mas astuto, y si te viera en este momento el buen arzobispo Urbano, estoy seguro de que no tendria inconveniente en ordenarte diácono. ¡Voto al diablo! ¿Te vas á hacer tambien hipócrita?

—La fuerza del destino, señor, se burla de la prevision de los hombres.

—¡La fuerza del destino! esclamó Gudila con acento desdeñoso. ¿Y qué significa eso? ¡Bah! El diablo se ha metido á predicador. ¿Sabes que es una ocurrencia chistosa?

Y Gudila prorumpió en una estrepitosa carcajada.

Pero aquella risa sardónica le abrasaba los labios, aquella era la risa de los remordimientos para engañar los terrores de la conciencia, era la nieve que cubre el Mongibelo, era la voz del esclavo que cuando se lo manda su amo canta, pero con el corazon destrozado, era el acento del músico que toca en la orquesta de la noche, cuando su hijo ha espirado por la mañana; jamás ha reido nadie mas hipócritamente que rió el malvado Gudila.

El escudero, hombre sin duda de un valor fabuloso, sintió la burla de su señor, y como para vengarse arrojó de repente la noticia que guardaba.

—Pelayo, dijo, no ha muerto, esta tarde ha estado hablando con la bella Gaudiosa, que le ha prometido eterno amor.

Un rayo que se hubiese desplomado sobre el castillo de Pamia, un ataud en una boda, el sonido estridente de una sierra sobre las dulces vibraciones de un arpa, no habrian producido un efecto mas disonante y desgarrador. Un hombre que desde el disco del sol se arrojase sobre el mar helado en una noche de diciembre, no habria esperimentado lo que esperimentó Gudila al escuchar la nueva fatal. Su pálido semblante, sus ojos estra-

viados y su fatigosa respiracion daban harto á entender cuánto padecia.

Empero el prometido de Gaudiosa era un hombre esencialmente de cálculo, de gran fuerza de voluntad, y sobre todo incapaz de emociones que no estuviesen de acuerdo con su cabeza. La fuente del sentimiento en aquel hombre estaba cegada por el fango de la ambicion y de la vanidad. Así es que esperimentó no el temor de un amante espuesto á verse privado de su amada, ni aun tampoco ver las riquezas de don Íñigo en otras manos, ni sus atrevidos proyectos de mando derribados por tierra. La ambicion en Gudila estaba despues del orgullo, si bien este sentimiento es el mas natural orígen de aquel.

Gudila sentia la verdad de los hechos y la mentira de sus pensamientos como quien tirando al blanco yerra una y otra vez. Su amor propio se irrita, y aun cuando nadie lo vea ni nada le importe, se empeña con estraordinario ardor en lograr su propósito. Ahora bien, Gudila abrigaba un orgullo, ó mejor dicho, una soberbia inmensa, inconcebible, satánica. Aun cuando el universo fuese un globo de esplosion, con tal que su orgullo se interesase, no habria vacilado en prenderle fuego.

Meditabundo, sombrío, amenazador, comenzó de nuevo á pasearse por el aposento con la misma velocidad que la hiena dentro de su jaula.

De repente iluminó sus labios una feroz sonrisa, y se detuvo delante de Eulogio.

—¿Y nos dejaremos vencer? ¡Jamás!

Tales fueron sus primeras palabras despues de su prolongado y aterrador silencio.

Y sentándose en un sitial con el mayor aplomo, añadió:

—Querido Eulogio, cuéntame todo lo que sepas.—Tú eres mi perro fiel, yo recompensaré tu lealtad como nunca.

Al sonido del oro los ojos del formidable escudero brillaron con una espresion de sórdida avaricia.

Y con semblate jovial y con el corazon lleno de esperanza refirió á su señor todo lo que habia escuchado á los desventurados amantes.

Cuando Gudila supo que se habian jurado eterno amor, y

que la señal de la muerte de Pelayo seria la remision del anillo y la trenza de cabellos, una alegría insensata, la alegria de la venganza satisfecha se apoderó de su corazon.

Y levantándose súbitamente regocijado y gozoso, se atropellaron en sus labios estas palabras:

—¡Ira de Dios! ¿Por qué no has hablado mas pronto? Dices que se ha encaminado al monasterio del Cristo de la Columna... Pues bien, aun no habrá llegado, el camino es asperísimo, la noche le impide adelantar, hay tres leguas de distancia... Todavía es posible, querido Eulogio, corre, vuela, no pierdas ni un instante, yo te daré en cambio lo que me pidas, todos mis tesoros serán tuyos.—¡Anda!

—Pero, señor, ¿qué es lo que tengo que hacer?

—¡Ah! ¿No te lo he dicho? Creí que ya te lo habia manifestado; pero es verdad, no he hecho mas que pensarlo. ¡Sublime pensamiento! ¿Es posible que no lo adivines? El anillo y la trenza deben estar mañana en mi poder... Pelayo debe morir; pero ¡ira de Dios! No te equivoques ahora como el maldito Berengario. La negra noche te favorece, la soledad te ayuda, el bosque guardará nuestro secreto.

Eulogio permaneció inmóvil.

—¿No me has entendido? dijo impaciente Gudila.—Es preciso, es preciso cortar con mano fuerte y firme todos los obstáculos.

El escudero murmuraba entre dientes:

—¡Oh! La fuerza del destino...

—¿Qué hablas? ¿Tienes miedo? ¡Cobarde! ¿No quieres servirme?

Eulogio clavó una mirada centellante en su señor. El miserable se sintió picado por haber puesto su valor en duda, sin comprender que tal era la intencion del astuto Gudila.

—¡Yo temer á un solo hombre! esclamó el escudero. Yo no temo á Pelayo.

—¿Pues á quién?

—A Dios, al ángel de su guarda, á su destino, al poder invisible que le protege. ¿No temblais, señor, al pensar de qué manera milagrosa se ha salvado?

—¡Estúpido! Si le metes el puñal en el corazon, ¿crees que ni Dios ni el demonio pueden salvarlo? ¡Cabeza obstinada y necia! ¿Quién te ha infundido ese pensamiento tan ridículo?

Y Gudila parodió una carcajada; pero á pesar suyo temblaba á la vez de cólera y de miedo.

Sin embargo, habiendo logrado dominar sus temores al cabo de algunos instantes, continuó ya mas tranquilo:

—Escucha mi proyecto y verás cuán necio eres.—Es cosa fácil que por detrás te lances sobre él y le asesines. En seguida le arrebatas el anillo y la trenza, mañana te disfrazas de manera que nadie pueda reconocerte, y te presentas á Gaudiosa como enviado por su amante para entregarle sus prendas de amor. Le dices que tú mismo le viste defenderse heróicamente de una partida de árabes que le asaltó en el camino...

La astucia tiene un encanto funesto, es la serpiente que seduce.

—¡Oh! ¡Oh! interrumpió Eulogio subyugado por la infernal estratagema de su señor.—Verdaderamente que es un ardid ingenioso; confieso que soy un bolo y que jamás se me hubiera ocurrido otro tanto.

—¿Ves como tengo razon? Así no duda ella que todo es cierto, luego su padre la disuadirá de encerrarse en un claustro, y todos lograremos nuestros deseos. Tú serás rico y yo... feliz. Vamos, querido Eulogio, tú eres mi tigre, Pelayo es tu presa, no perdamos tiempo.

—Sí, sí, teneis razon, dijo el escudero encaminándose hácia la puerta; si no le alcanzo...

—Todo se habrá perdido; pero no será así: tú conoces perfectamente todos los senderos del bosque, mientras que él va por el camino trillado, que es mucho mas largo; así que todavía puedes alcanzarle.

—Bien, señor, sereis obedecido.

—Por la mañana te aguardo en la cueva de los Suspiros. ¿Sabes en dónde está?

Eulogio hizo un signo de asentimiento; pero al oir el nombre de aquel sitio palideció espantosamente.

Gudila nada advirtió, ocupado como estaba en buscar una

llave entre un manojo que tenia en la mano y que acababa de descolgar de la pared.

Ya dueño de su turbacion el escudero, respondió con voz serena:

—Allí tendreis al amanecer las prendas que deseais.

—Allí daremos la última mano á nuestro plan.—Toma la llave del pequeño postigo que dá al norte.

El siervo salió de la estancia para cumplir las órdenes de su señor, y este se retiró á su cámara contigua para entregarse al reposo.

Pocos momentos despues Gudila murmuraba en su lecho:

—Eulogio... Quizás tenga razon ese imbécil... La voluntad del hombre es muy fuerte; pero es mas grande todavía la fuerza del destino... ó llámese como se quiera... ¡Quién pudiera pensarlo!... Cuando hoy habia llegado al colmo de todos mis deseos... ¡Hay un poder superior á la prevision humana!

Y al fin se durmió; pero su sueño fué turbado por imágenes sombrías.





XVIII.

LO QUE VA DE AYER A HOY.



PENAS la aurora envuelta en su manto de púrpura habia asomado su frente de nacar y oro por entre las últimas sombras de la noche que, avergonzada de la luz, corria á ocultarse en los abismos, cuando un caballero rebozado en su capellina salió del castillo de Pamia y se dirigió á pié por uno de los mas escabrosos senderos de la montaña. La palidez y el ceño de su semblante contrastaban singularmente con la apacible alegría que reinaba en las avecillas del cielo, en el armonioso rumor de las brisas matinales; en la voz murmuradora de las claras fuentes y arroyuelos, y en la verde y magnífica pompa del antiguo valle, engalanado con su magestuosa corona de altos y frondosos montes. El fecundo rocío, como perlas del cielo, cubria de frescura y brillantez las esmeraldas del menudo césped; y las tupidas ramas de la encina, del roble y del castaño parecian cubiertas por inmensos fanales de verde y transparente vidrio.

Las cabañas de los pastores de la sierra comenzaban á humear, el hacha del leñador retumbaba en las cañadas, las aves frias tendian su vuelo hácia las márgenes del cristalino Bueña, y el eco sonoro de las esquilas del ganado se dilataba placentero

por los umbríos confines de la enmarañada selva. Todo inspiraba un sentimiento de dulce melancolía y de grato y religioso recogimiento al contemplar á la dorada luz del alba aquel hermoso paisage, sobre el que la naturaleza habia derramado una de sus mas puras y halagüeñas sonrisas.

Y allá á lo lejos se vislumbraban los primeros rayos del sol, cuyos espumosos corceles arrastraban á mas andar la refulgente carroza del dia entre mil nacarados celages que bordaban el firmamento sobre un fondo de zafir y oro, y que figuraban caprichosos bajeles de blancas y tendidas velas, donde los genios del aire parecian surcar el inmenso océano del vacío...

Pero ¿de qué sirven los encantos de la naturaleza á los corazones secos y destrozados por el viento abrasador de las pasiones? No hay paisages, ni auroras, ni florestas, ni arroyuelos para el hombre que reconcentra toda su fuerza vital en un pensamiento de ambicion ó de esterminio. Para tales hombres su mundo es su cerebro, su Dios es su deseo, su cielo es conseguirlo, su infierno es verse defraudados en sus esperanzas. Uno de estos hombres inexorables como el destino y frios como la hoja de un puñal, era Gudila.

Subiendo un áspero monte cubierto de añosas encinas, de gigantes pinos y glutinosas jaras, se descubria, traspuesta á la cumbre, una estrecha y profunda umbría rodeada de cerros de rápidas vertientes y tajados por musgosas y escarpadas rocas.

En el fondo de aquella hondísima cuenca se veía una casita con su pared de tierra, su techumbre de chamiza, dos poyos á cada lado de la puerta, un emparrado que formaba una especie de silvestre vestíbulo, y una cruz de piedra algo distante, ya carcomida por el tiempo y situada frente por frente á la entrada de la humilde y solitaria vivienda, en rededor de la cual todo yacia en el mas profundo silencio y soledad. No hemos dicho bien; pudiera creerse que la tal casita estaba habitada, á juzgar por el único ruido que la circundaba, ruido causado por algunos palomos que arrullaban amorosos sobre el emparrado, y algunas gallinas que picoteaban el suelo y en medio de las cuales, como un sultan por su haren, se paseaba altivo un gallo de rojo y nítido plumage que de vez en cuando hacia resonar

por las concavidades de las peñas el eco de su canto, agorero y misterioso.

A la falda del monte por el que hemos visto subir á Gudila, y en el recinto de la umbría desde donde podia verse la solitaria habitacion que hemos indicado, se abria una ancha boca practicada por la naturaleza en un terreno calcáreo, y en cuyo interior se notaba infinidad de osamentas humanas incrustadas en las mismas paredes que constituían la espaciosa y lúgubre caverna. En el centro se descubria una cruz de madera rodeada de un monton de piedras como las que aun se ven en los caminos de nuestra España, que revelan el sitio de un asesinato ó de la tumba de un homicidio sobre la cual cada caminante arroja al pasar su piedra y su oracion.

Gudila, mas pálido, mas lívido y ceñudo que nunca habia estado, comenzó á pasearse con cierto aire de impaciencia por el agreste pórtico que se formaba á la entrada de la gruta. Aquella era la *cueva de los suspiros*. Este melancólico nombre despertaba en la comarca un sentimiento universal de miedo y de terror.

Largo rato aguardó el caballero, durante cuyo tiempo daba harto á entender cuánto se aburria y desesperaba contemplando el triste y bello cuadro que ofrecia aquel recinto, iluminado á la sazon en sus puntos mas elevados por los primeros rayos del sol.—Por fin, Gudila aplicó el oido, se oyó un rumor vago y lejano primero, claro y distinto despues, y por último apareció un hombre bajando con la soltura de un gamo por entre las rocas fronteras. El que tan práctico y listo se mostraba en las resbaladizas sendas del tajado monte, venia envuelto en un cumplido sayo, cubierta la cabeza por un birrete, bajo del cual dejaba ver sus cabellos negros y enmarañados; sus piernas iban resguardadas por unas botas, á manera de grebas; de una especie de talabarte de becerro pendia una espada tan estremadamente ancha como proporcionalmente corta, en su cintura llevaba un puñal, y en su mano derecha un ñudoso baston sobre el que se apoyaba, ora para bajar las rápidas pendientes, ora para salvar las quebraduras de las rocas.

Este hombre era de talla gigantesca, de mirada torcida y

avinagrada, de tez morena, cenceño, ligero, pero robusto y fuerte, y cuyo rostro á la sazon revelaba una desesperacion reconcentrada y sombría. Muy poco tardó nuestro personage en llegar á la cueva de los suspiros.

El recien llegado saludó profundamente á Gudila; pero este, con la impaciencia que una hora de tardanza habia hecho mas febril, preguntó sin andarse por las ramas dirigiéndose á su objeto como la bala al blanco:

—¿Traes la trenza y el anillo?

Eulogio no se atrevió á contestar vervalmente, limitándose á hacer un signo negativo, pues tal era su desaliento que no tuvo valor de articular ni una sola palabra.

La palidez mas espantosa, el furor mas abrasante y la emocion mas profunda se reflejó en Gudila al escuchar la fatal nueva, tanto mas dolorosa para él, cuanto era mayor la seguridad que habia abrigado de realizar su propósito.

Por espacio de algunos momentos tuvo necesidad de sostenerse contra los salientes picos de la cueva para no desplomarse en el suelo al impulso del colérico temblor que recorria todos sus miembros.

—¡Maldita sea tu torpeza! esclamó al fin.

—No ha sido por mi culpa. ¡Rayos del cielo! repuso Eulogio con voz reconcentrada por la cólera.

—¿Pues quién te ha impedido cumplir mis órdenes?

—El demonio que nos persigue, y la fortuna que le favorece.

—Pero si le hubieras clavado tu puñal al encontrarlo...

—Pero como no lo he podido encontrar...

—De suerte que á estas horas nuestro mas mortal enemigo está bueno y sano, y á mayor abundamiento, ignoramos su paradero... Es decir, que él oculto en las tinieblas puede herirnos sin que nos sea posible devolverle el golpe... Jamás creí que fueses tan estúpido, que ya que no le has arrebatado las prendas, no hayas al menos averiguado adónde está, para llevar á cima en otra ocasion nuestro preyecto.

—En cuanto á saber en dónde se oculta, estoy seguro de que no me equivoco.

—¿Está en el monasterio del Cristo de la Columna?

—Indudablemente.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—Esta noche pasada como él me llevaba tanta delantera, y además no es hombre que vaya á andarse en contemplaciones con los peligros, no cesó un punto de galopar; pues con el silencio de la noche me llevó el viento mas de una vez el ruido del galope de su corcel. Yo corria, y corria en vano por alcanzarle, puesto que cuando llegué á la portería del convento ya estaba cerrada, es decir, que ya el lobo estaba en la madriguera. Y como comprendereis, señor, no era cosa de llamar á tales horas donde por otra parte no era ni prudente ni posible dar el golpe de mano, para el cual eran indispensables soledad y secreto... En fin, señor, creo que no he podido hacer otra cosa mejor...

—Que venirte por donde has ido... ¿Eh? interrumpió Gudila con una entonacion indefinible de cólera y de ironía.

—Sí, señor, insistió valientemente Eulogio; cualquiera otro paso habria sido imprudente.

—¿Y hoy no saldrán del monasterio?

—Saldrán los tres juntos.

Esta observacion pareció á Gudila bastante atendible.

—Además, continuó el escudero, que no puede tardar en presentarse una ocasion favorable para nuestros intentos, siempre que sepamos aprovecharla.

—¿Y cuándo? preguntó Gudila impaciente.

—Cuando regrese de Gijon, pues como anoche os dije, prometió á Gaudiosa volver antes que se cumpliesen los ocho dias.

Gudila permaneció pensativo algunos momentos, y su rostro se dilató, como si la esperanza volviese á sonreirle.

—Dices bien, Eulogio, aun nos quedan medios de impedir que vuelvan á verse; pero es necesario estar alerta para que antes de llegar Pelayo al castillo se lleve á cima nuestro plan, porque si esta ocasion se pierde, ¡voto al apostol Santiago! que entonces...

—Todo se ha perdido.

—¡Ira de Dios! No haber podido esta noche!...

Y mientras Gudila murmuraba juramentos y maldiciones, su

escudero no dejaba de mirar hácia la casita solitaria con una inquietud creciente. Parecia que á medida que el sol se elevaba en el cielo se aumentaba la angustia en su corazon.

Pero Gudila estaba demasiado absorto en sus proyectos de venganza para prestar atencion á lo que en torno suyo pasaba, y si bien habia notado la estremada palidez y turbacion de su escudero, lo habia atribuido buenamente al disgusto que debia causarle el no haber realizado su atrevida empresa.

—¡Oh! La suerte le protege, murmuraba el pérfido caballero; es preciso, es preciso acabar de una vez con ese hombre.

En esto se abrió una de las ventanas ó, mejor dicho, agujeros de media vara en cuadro con una cruz formada por travesaños de madera, que se veían á cada uno de los lados de la puerta de la cabaña. Luego en la penumbra se distingió una cabeza, y á poco se vió una mano agitarse como haciendo un saludo.

Eulogio, trémulo y lívido, se llevó un dedo á los labios con el mayor disimulo, é hizo un movimiento enérgico que significaba

—Cerrad y ocultaos.

La puerta del ventanillo volvió á cerrarse, y todo en la misteriosa casa quedó otra vez, ó pareció quedar en el mismo silencio y soledad que antes. El escudero se habia atrevido á usar el lenguage de accion confiado en que vió á Gudila muy abstraido en sus cavilaciones; pero precisamente en el momento mismo en que el escudero hizo la seña, levantó los ojos Gudila para fijarlos en su interlocutor. Este se quedó tan confuso como un amante sorprendido en el acto de *telegrafear* por una de esas mamás insoportables, verdaderos canes-cerveros de los tesoros del amor, y que son para los enamorados como el milano para las palomas.

Gudila, pues, habia sorprendido el juego de su servidor, y en el primer movimiento de su curiosidad iba á interrogarle acerca de aquel misterio: pero logrando dominarse con el profundo disimulo que le era característico, se decidió á no darse por entendido de su descubrimiento, calculando muy prudentemente que el bueno de Eulogio, que no tenia un pelo de

tonto, trataria sin duda alguna de engañarle ó interpretarle á su modo aquel enigma. Por lo cual pensó para sí:

—Ya averiguaré yo por mi mismo estos misterios.

Y con semblante perfectamente tranquilo, y sin mirar siquiera hácia la misteriosa cabaña, dijo:

—Querido Eulogio, nuestra áncora de salvacion está en que aceches bien al neblí cuando vuelva al nido de la garza. Todavía puede enmendarse todo, con tal que el anillo y la trenza caigan en nuestras manos.—Ahora bien, yo estoy ansioso de saber si Gaudiosa le ha revelado á su padre el encuentro de Pelayo.

—Me parece, señor, haberos dicho que habian convenido en que ella se lo manifestase al conde, repuso Eulogio completamente tranquilizado, y creyendo de buena fé que en efecto Gudila nada habia advertido.

—Pues volvamos á Pamia; estoy impaciente por conocer cuál será la resolucion de don Íñigo... ¡Oh! Gaudiosa, á pesar del mundo entero, tiene que ser mia.

En aquel momento se oyeron algunos gritos confusos, varias sombras que huian despavoridas cruzaron por el monte, y á lo lejos resonaba galopar de caballos y choque de armas.

Mudos de estupor se contemplaron el amo y el criado, sin saber cómo esplicarse la causa de aquel bélico rumor, que á cada momento era mas claro y distinto.

De repente vieron por uno de los senderos del bosque que conducian al valle una brillante tropa de guerreros, sobre cuyas armaduras reverberaban en confusion de soles los esplendorosos rayos del sol de la mañana.

Gudila y su escudero se encaminaron velozmente hácia el castillo, en cuyos alrededores tenia lugar á la sazon una escena desgarradora.

Un guerrero árabe de rostro varonil y hermoso, pero feroz y audaz, tenia abrazada sobre su caballo á una bellísima doncella cuyos blondos cabellos caian en desórden por su espalda como una lluvia de oro. Nada mas tierno y triste que el espectáculo de aquella vírgen vestida de blanco, inclinada la hermosa cabeza cual la azucena gentil cuyo cáliz ha tronchado el rudo embate del Euro, y que desmayada y pálida y yerta era

el objeto de las miradas atrevidas y codiciosas de los infieles.

Y mientras que el árabe campeon la sostenia con una mano, esgrimia en la diestra su homicida cimitarra contra un débil anciano de blancos cabellos y elevada estatura, pero que á la sazon, desencajados los ojos y el rostro de azufre por el dolor y la cólera, manejaba su espada fulminante con el ímpetu y vigor de un mancebo. La mirada que destellaban los ojos de aquel hombre decrépito era flameante, fosfórica, aterradora, como si las furias del averno iluminasen con las antorchas de la venganza las cansadas órbitas del anciano. Aquello no era un hombre, era un tigre que defendia á sus cachorrillos. Es verdad que la hermosa vírgen era su hija, la encantadora Gaudiosa, arrebatada por el impuro guerrero.

El fiel Hermenegildo, el antiguo escudero del conde, yacía tendido en tierra bañado en su propia sangre, algunos servidores y campesinos habian caido tambien sin vida por defender á la hermosa, y por todas partes resonaban los gritos lastimeros de las mujeres y las mascadas amenazas de los hombres.

Pero el mayor número de los pastores de la sierra huían cobardemente buscando un asilo en las asperezas.

Un grito desgarrador se oyó de pronto por cuantos estaban presentes, al cual respondió otro grito de indignacion compuesto de infinidad de voces, y en el que pudieron haberse reconocido las de Gudila y su escudero, que llegaron en aquel mismo instante. El conde don Íñigo, que solo y cuerpo á cuerpo sostenia el combate con el feroz Abdalla, cayó herido mortalmente. El infeliz anciano lanzó un bramido que revelaba la inmensidad de su furor, la impotencia de su desesperacion y su rabiosa é hidrópica sed de venganza. Luego sus ojos se cerraron á la luz, su mano abandonó la espada, y el triunfante agareno seguido de su escuadron desapareció rápidamente con su preciosa carga.

Gudila, mesándose los cabellos en su impotente rabia, esclamó al ver que le arrebataban el objeto de su amor:

—¡Una maldicion ha caido sobre mi cabeza! Ayer estaban próximos á realizarse todos mis deseos, hoy se ha oscurecido hasta la última centella de mi esperanza... ¡Lo que va de ayer á hoy!

tambien de fé y de entusiasmo y de virtud. De seguro que entonces no se conocian los grandes y portentosos inventos con que despues la humanidad ha enriquecido el museo de su ciencia. Tambien es incontestable que la violencia y la servidumbre dominaban en el mundo político; pero en cambio los hombres valian mas moralmente considerados, habia entonces una divinidad que, al menos entre los caballeros, rara vez dejaba de rendírsele culto. Hablamos del honor.

No ignoramos tampoco que este honor era frecuentemente bárbaro, caprichoso é injusto; pero por mas que se haya ridiculizado, nosotros nos guardaremos muy bien de no admirar la fé de la palabra empeñada característica en los antiguos paladines, aun cuando alguna vez sus promesas fuesen inconvenientes ó absurdas. El principio moral existia, y si sus empeños de honor no siempre merecian aprobarse, eso no probará otra cosa sino que la moralidad y la inteligencia deben marchar completamentente de acuerdo.

Si se nos permitiera una comparacion, diríamos que la humanidad en aquella época se asemejaba á un campesino robusto y entusiasta, pero sensible, ignorante y hasta supersticioso. En la edad presente pudiera compararse á un cortesano muy instruido, astuto y sabio, pero tísico y cobarde y corrompido de corazon.

Y es que hemos confundido la palabra civilidad y cultura con el verdadero sentido de lo que debe entenderse por *civilizacion*. Esta no existe sino cuando se verifica en un armonioso paralelismo el desarrollo de todas las facultades del hombre. ¿De qué nos sirven la química y la mecánica sin la moralidad? No se nos crea por esto enemigos de los adelantos; lo que sí queremos es que en el dilatado y espacioso campo de la ciencia no se mire pisoteada la flor de la virtud.

El entusiasmo caballeresco llegó en épocas posteriores al mas alto punto, y acaso contribuyeron á ello los árabes, que, tiempo adelante, rivalizaban con los cristianos en valor y cortesía. Pero en la época de nuestra historia no existian mas que los elementos de la potente España venidera, cuyo soplo de vida habia de infundirle el gran Pelayo, el primero de nuestros héroes.

Despues de la caida del imperio romano al choque impetuoso de los hijos de Atila, les llegó á estos tambien su turno. Por do quiera se desmoronaban los últimos restos del imperio godo. A la sazon no existian mas que ruinas de ruinas. Los montes de Asturias eran una isla llena de náufragos arrojados allí por la furiosa tempestad; los palacios de los pretores romanos habian servido de cimiento á los de los duques godos, y últimamente se alojaban en ellos los emires musulmanes. Las gallardas torres hechas por el pueblo-rey á prueba de arietes y catapultas, fueron construidas por los godos pesadas, macizas y toscas, pero severas y solemnes como el espíritu de las nuevas creencias. El tinte bizantino no podia desconocerse en el alcázar de Gijon al mirar sus fornidos y altos torreones y los enormes pilares que formaban una especie de claustro, sirviendo de limite y acotamiento á un espacioso atrio. Una fortaleza tenia entonces algo de iglesia.

La ciudad estaba sepultada en el sueño, mientras que en el alcázar se notaba el ruido de un ejército. Aquello era una gran tienda de campaña dentro de una ciudad. Pero si la tiranía, como siempre, estaba despierta, y la servidumbre dormia sobre el espinoso lecho de la opresion, tambien velaba la ancianidad llorando las desdichas de la patria y recordando los dias de su ya perdida grandeza.

Al lado de las altas torres, sin duda mucho mas modernas, y en lo mas apartado del alcázar, se elevaba un desvencijado torreoncillo que parecia un raquítico y andrajoso mendigo que no se atreve á alternar con poderósos y nobles mancebos. Es seguro que aquel viejo edificio, ya casi ruinoso, habia podido contemplar á los guerreros de Augusto César cuando lograron subyugar á los cántabros y astures. Ahora presenciaba tambien la afrenta mayor todavía de una nueva conquista sin lucha y sin gloria.

Dos personages se encontraban en un aposento situado en el piso principal de la desmantelada torre. El uno de ellos, que era un mancebo, no cesaba de pasearse con muestras de la mas viva agitacion. El otro era un anciano que, triste y dolorido, parecia el genio melancólico de las ruinas. Estaba sentado en

un sitial con la megilla apoyada en una mano y fijos los turbios ojos en el suelo.

La luz blanquecina de una alborada de invierno penetraba por una pequeña ventana practicada junto á la bóveda. Una lamparilla que ardia sobre una mesa, y que destellaba sus rayos trémulos, opacos y próximos á estinguirse, daba á entender que allí la noche habia sido testigo de insomnio y de amargura mas bien que de dulce y tranquilo sueño.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó al fin el anciano con triste acento. ¿Por qué habeis prolongado mis dias para que vean mis ojos no solo la afrenta de mi amada patria, sino tambien la de mi propio linage? ¡Qué tormento tan cruel es la vida cuando la nieve de los años hiela nuestro corazon é inutiliza nuestros brazos trémulos!

El mancebo se detuvo delante del anciano y fijó en él una mirada profunda de respeto y compasion.

—¿Y es por fin cosa resuelta? preguntó Veremundo despues de algunos momentos.

—Así me lo ha dicho Alvida.

—Entonces no es posible dudarlo.

—Dice que hoy se verificará la ceremonia.

—Pero recuerdo, buen Rudesindo, que Munuza habia desistido por yo no sé qué causa.

—Parece que recibió un mensage participándole que su padre habia muerto á manos de Pelayo.

—¡Pelayo! ¡Hijo mio! ¿Será cierto que vive?

—Así lo creo, Veremundo.

—¡Oh! Mientras viva ese noble mancebo no debemos perder la esperanza.

—Mas le valiera haber muerto peleando que no ver su patria esclava y ser deshonrado por su misma hermana.—Además, que los míseros cristianos están de tal manera envilecidos, que si les hablase de libertad, de seguro que no le entenderian.

—No, Rudesindo, no. Juzgais mal á los cristianos. Algun dia...

—¿Y por qué no ha de ser al instante? interrumpió violentamente el fogoso mancebo.

—Esperad, hijo mio, esperad. Un pueblo que sufre y llora, pero que cree y espera, jamás deja de ser libre.—Los españoles son valientes y tenaces hasta el estremo, sufrirán algunos años, pero estad seguro de que al fin les llegará su dia.

El jóven conde Rudesindo hizo un gesto de impaciencia.

—¿Y cuál será la causa de haber vuelto á pensar en ese funesto enlace? Yo creí haberla convencido; pero ¡ay! está profundamente apasionada... Hace tres dias que no ha venido á verme por la noche, segun su costumbre. Se ha contentado con venir por las mañanas... La he visto pálida y triste; pero desde que se apoderó de ella esa terrible pasion ¡se ha hecho tan reservada!... ¡Pobre Hormesinda!

—¿No sabeis que ha venido de Córdoba una hermosa doncella?

—No la he visto todavía; pero he sabido que es hermana de Munuza. Dicen que está muy triste y no sale de su aposento.

—Pues bien, ella ha sido la que ha vuelto á atizar la hoguera del amor de su hermano.

—¿Y cómo así?

—Morayma, dicen que así se llama, ha manifestado á Munuza que Pelayo no ha tenido la mas mínima parte en la muerte de Ibrahim, su padre.

—¿Pues quién le dió muerte?

—No lo sé; pero dicen que no ha sido Pelayo.

—¿Y cómo lo sabe ella?

—No puedo deciros mas que lo que ya os he manifestado, Veremundo.

—A fé que sabeis muy á fondo cosas que yo ignoraba completamente.

—Todo me lo ha contado Alvida, señor.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Es cierto que amais á la doncella de mi sobrina?

—Tan cierto, que sería el mas feliz de los hombres si consintiese en ser mi esposa.

—¿Y por qué no ha de consentir?

—¡Ay, Veremundo! Ella es en estremo fiel á Hormesinda, y

le profesa un afecto tal que ni á su mismo padre le profesaria, si llegase á resucitar.—Me trata como amigo, pero se pone séria cuando le hablo de amores.

—No está muy lejos de amaros, una vez que os trata con tal confianza que nada os oculta de cuanto sabe.

—Lo que es á amarme no sé si llegará algun dia... Lo que sí puedo aseguraros es que Alvida me estima, y lo atribuyo á que Pelayo era mi amigo, que lloré su muerte y la del buen Ferrandez, y por último, á que deseo que los cristianos venguen alguna vez la torpe afrenta de su vencimiento y esclavitud.—Cuando le hablo de estas cosas se entusiasma, y hasta me parece que me mira con otros ojos.—Porque habeis de saber que ella aborrece mortalmente á los moros desde que supo que su hermano Ferrandez murió en la batalla del Guadalete, y necesita todo el afecto que abriga hácia su señora para que no le causen horror los amores de Munuza y vuestra sobrina.

Veremundo, al recuerdo de la supuesta muerte del escudero Ferrandez, no pudo reprimir un dolorosísimo suspiro. El infeliz jamás olvidaba tampoco la muerte de su hijo, tan querido como llorado.

—Yo, dijo Veremundo, lo que siento es que no llegaré á ver entablada la gloriosa lucha... ¡Amada patria mia! ¡Todo te lo he sacrificado! Ya no me quedan mas que lágrimas y suspiros... Solo, anciano, recogido aquí por la piedad del vencedor, testigo de esos funestos amores... ¡Triste de mi! Hormesinda huye mi presencia; mis canas, mis lágrimas y mis palabras de dulce reconvencion la asustan y mortifican... Es jóven, hermosa, pura; ama y es amada, y todo lo olvida, mi cariño, su nombre, y hasta su propio Dios... ¡Amor! ¡Amor! ¡Cuán terrible es tu imperio! Hormesinda me abandona por un moro; yo espiraré en esta retirada mansion mientras que ella, engalanada de joyas y flores, es conducida entre músicas y aclamaciones al lecho nupcial... ¿Por qué, Dios mio, por qué habeis prolongado mi triste vida, si habian de llegar dias como este?

En aquel momento se oyó á lo lejos un rumor de voces é instrumentos. La luz de la lamparilla se habia estinguido por si

misma, y por la ventana del aposento comenzaban á penetrar los primeros rayos del sol.

Rudesindo, que no dejaba de pasearse, se detuvo cerca de la ventana, por la cual podia escuchar, pero no podia ver, á causa de estar muy alta.

—¿Qué es eso? preguntó Veremundo.

—Es muy fácil adivinarlo. Suenan dulzainas, guzlas y lilíes... Son músicos que entran en el alcázar.—Ahora sí que ya no cabe la menor duda en que hoy se celebra la boda.

—¡Y ella!... ¡No haber venido á verme!

Veremundo exhaló un amargo suspiro.

—¡Solo! continuó. Solo sobre la tierra como una planta maldita arrojada sobre un arenal... Murió mi buen Atanagildo peleando como bueno en la gran batalla; yo descenderé á la tumba sin que nadie cierre mis ojos; el uno ha muerto, la otra me abandona por un moro... ¡Atanagildo! ¡Hijo mio! Muy pronto te acompañaré en tu eterno sueño.

Y el anciano elevó al cielo una mirada como si dirigiese una ardiente súplica al Criador para que no le prolongase por mas tiempo el martirio de la existencia. El infeliz habia apurado todas las amarguras de la vida, la esperanza le habia abandonado, y la fuerza y la juventud y el noble vigor del alma que hasta entonces le habia sostenido. No le quedaba mas consuelo que pensar en la muerte.

El conde Rudesindo observaba á su venerable amigo con semblante dolorido, y en que al mismo tiempo se revelaba cierto disgusto, porque no se contaba con su adhesion tan enérgica como sincera. El jóven, sin embargo, le disculpaba, porque harto bien conocia que Atanagildo y Hormesinda eran los manantiales de aquella vida que habian secado en su pecho la muerte y el amor, funestas y poderosas divinidades que suelen arrebatarnos nuestras mas queridas ilusiones.

—Señor, no os aflijais de esa manera.

—¿Y os parece que no tengo razon?

—Os queda mi amistad, señor; disponed de mí.

—¡Ah! Perdonad, noble Rudesindo, me habia olvidado de que un leal corazon llora como yo las desgracias de la pa-

tria y me acompaña en mis horas de abandono y amargura.

Y el anciano estrechó afectuosamente la mano del jóven.

—¿Quién es? preguntó este volviéndose hácia la puerta.

—¿Han llamado?

—Sí; pero muy recatadamente.

—Tal vez sea ella, dijo Veremundo mal disimulando su alegría y disponiéndose á levantarse para abrir.

Rudesindo le hizo seña de que aguardase.

A poco volvieron á sonar tres golpes secos, lentos y algo mas sonoros que al principio.

El jóven volvió á preguntar quién llamaba.

Nadie respondió.

Veremundo y Rudesindo cambiaron una mirada de estrañeza tal, que casi rayaba en terror.

Ultimamente llamaron por tercera vez. Dentro preguntaron:

—¿Quién?

—¡Abrid! dijo fuera una voz misteriosa.

Rudesindo abrió la puerta no sin algun recelo; pero á vista de los recien venidos todos sus temores se disiparon.

—¿A quién buscais?

—A Veremundo.

—Pasad.

Los dos monges, que tales eran los recien llegados, penetraron en la modesta habitacion del anciano.





XX.

GRATA SORPRESA.

No debia causar grande estrañeza, como en efecto no la causó en Veremundo y Rudesindo, la aparicion de aquellos dos personages, si bien no podian adivinar cuál fuese el objeto que allí los conducia.

Por lo demás, era un accidente demasiado comun el que entrasen religiosos en el alcázar de Munuza, gracias á la influencia que sobre él ejercia la encantadora Hormesinda. Esta, lo mismo que su tio y todos sus servidores cristianos, habian vivido hasta entonces observando las prácticas y culto de su religion. Bajo este concepto no debian quejarse de la condescendencia de Munuza, que habia llegado hasta el estremo de permitir que habitase bajo un mismo techo el confesor y capellan de Veremundo y su sobrina.

Los monges continuaban inmóviles y silenciosos como dos fantasmas, caladas las capuchas y con una actitud en la que se traslucía la emocion mas profunda.

—Sentaos, dijo Veremundo. ¿De dónde venís, y qué quereis?

Rudesindo quiso salir de la estancia; pero uno de los monges le detuvo con un ademan que significaba

—No es incompatible vuestra presencia con nuestro proyecto.

El otro monge, dirigiéndose al anciano, dijo:

—Venimos del monasterio del Cristo de la Columna, y queremos abrazaros, padre de mi corazon.

Al sonido de aquella voz, la sorpresa, el estupor, la atonia mas indecible se pintó en el semblante de Veremundo, que esperimentaba en aquel instante lo que esperimentaria un hombre que asistiese en cuerpo y alma al tremendo acto de la resurreccion de los muertos.

—¿No me conoceis, padre?

Y ambos religiosos se levantaron la capucha, que, como un antifaz, les cubria el rostro.

—¡Hijo mio! ¡Hijo de mi alma! ¿Es posible? ¿Es verdad? ¡Ah! Vive, Dios mio, vive. ¡Qué felicidad!

Esto diciendo, el buen anciano se precipitó con inesplicable gozo en brazos del jóven Atanagildo.

Pasados los primeros transportes de una alegría que de buen grado renunciamos á describirla, porque es imposible, el venturoso padre, volviéndose al compañero de su hijo, reconoció á Pelayo, y no pudo reprimir un grito en que mas dominaba el dolor que el contento. ¡Tan funestas noticias le aguardaban al jóven héroe!

Rudesindo, el fiel amigo del duque de Cantabria, el que tan á mal llevaba la abyeccion de los cristianos y el yugo de los moros, el que constantemente abrigaba la esperanza de mejores dias para las armas españolas, presenciaba aquella escena profundamente conmovido y pensando en un porvenir de gloria que sin duda le estaba reservado al gallardo y valeroso paladin.

Los jóvenes refirieron rápidamente la série no interrumpida de aventuras y peligros que habian corrido hasta el momento feliz de su llegagada á Gijon.

—¡Ay, Pelayo! ¡Cuán diferentes tiempos son estos de aquellos en que corrias dichoso é inocente por el ameno prado! ¿Te acuerdas, hijo mio, te acuerdas cuando lleno de infantil viveza aparecias hermoso y jadeante de cansancio para besar á tu madre? ¡Ay! ¿Quién les dijera entonces á las madres godas la horrible pena, la humillante afrenta, el llanto amargo y sin fin que un dia habian de derramar sus hijos, llanto que ciega los ojos y abrasa las megillas?... Pero, por fin os veo, queridos hijos, despues que mi triste corazon habia renunciado á toda felicidad sobre la tierra. Yo habia vestido luto por vuestra

muerte, y ahora, cuando menos lo esperaba, habeis roto el misterio y el olvido de las tumbas para que yo muera contento. ¡Hijos mios!

—Y para salvar la patria.

—¡Ah! No hablemos de eso, respondió tristemente Veremundo lanzando una mirada recelosa hácia la puerta.

Rudesindo le tranquilizó con un signo que anunciaba que nada habia que temer.

—¡Padre mio! esclamó Atanagildo. Hemos combatido contra el moro hasta el último trance; todos los buenos cayeron en Guadalete esclavos ó muertos; mas no por eso, en tanto que la vida nos durare, dejaremos de pensar en romper el yugo de nuestra mísera patria.

Veremundo escuchaba con los ojos bajos y el semblante dolorido.

—¿Ó tal vez, dijo Pelayo, habeis cobrado aficion á los moros? Dicen que Munuza es un héroe, y lo creo, porque en el combate de Santa Olalla peleó como un leon, y despues al que creía mi asesino le dió un premio digno de su alevosia, mandándole ahorcar. Ahora os veo alojado en el mismo alcázar que habita el agareno, los campos están florecientes y cultivados, y por todas partes se celebra la moderacion de Munuza para con los cristianos. Todo esto ¿es verdad ó es cobardía? ¿Será que los cristianos querrán alabar la mano que los oprime para disminuir así la vergüenza de su abyeccion? ¿No conocen que el cielo mismo recibido de sus manos sería una mengua para los españoles? Un tirano que nos mande porque nosotros querramos, es preferible á un rey estraño que á viva fuerza, y contra nuestra voluntad, nos imponga leyes, por mas beneficiosas que sean. La libertad es lo primero. Seamos, aunque pequeños, lo que queramos ser; pero no seamos grandes, si tal es la voluntad de otro. ¿Qué mérito tendria semejante grandeza?—Es preciso, Veremundo, es preciso pensar ahora mas que nunca en quebrantar las ominosas cadenas de la patria.

—¡Noble y valeroso jóven!

—Mirad, mirad hasta dónde ha llegado nuestra humillacion. Para abrazaros, noble Veremundo, para ver á mi querida her-

mana y penetrar en este alcázar, hemos tenido que vestir este santo hábito, que en nuestras personas es una hipocresía, una humillacion, una mentira ruin y cobarde. ¡Ocultar nuestros nombres, nuestros rostros y nuestras espadas! ¡Vive Dios que ya estoy harto de mentir! Yo ardo en deseos de mostrarles á esos infieles que aun vive Pelayo, y han de ver todavía mi espada brillar en los combates como el rayo de la cólera del cielo.

—¡Oh! sí, sí, añadió Atanagildo. Tiempo es ya de que el leon acosado sacuda la melena y estienda con nueva furia su vengadora garra.

—Moderad vuestro ardor imprudente, hijos mios; si os descubren sois perdidos irremisiblemente. ¿Olvidais el sitio en que os hallais? Recordad los estragos y las muertes y los incendios y los escombros que cubrieron los campos y ciudades. Ya todo pasó, el Supremo Hacedor lo ha dispuesto así, una palabra de su boca basta para alzar naciones y destruir imperios. ¿De qué os sirve tan noble ardor y tan incontrastable heroismo? ¿Contra quién volvereis vuestras espadas, solos como estais? ¿Quereis morir estérilmente? ¿Dónde están nuestros guerreros? ¿Dónde nuestras leyes? ¿Dónde nuestros templos y ciudades? ¿Qué patria vais á defender? España sucumbió, ya no hay patria.

—¡Y vos me lo decís! ¡Oh! ¡Cuál la nieve de los cansados años acobarda el corazon! Vos, tan valiente y caballero, ¿creeis que no nos queda otra cosa que hacer sino encorvar la cerviz al torpe yugo? ¡No existe ya la patria! ¡Ay! Es verdad. No existe para los cobardes que cual tímidas ovejas se dejan devorar por el sangriento lobo, ni para los traidores que hacen de su Dios y de su patria una infame mercancía, ni para los egoistas que á todos llaman «señor» y miran impasibles degollar á sus hermanos pensando que cada uno será la última víctima, ó tal vez soñando en la herencia ó en los despojos del muerto. Hemos atravesado la España, noble Veremundo... ¡Qué horror! ¡Qué envilecimiento! ¡Maldita sea la esclavitud! Por todas partes no se ven mas que renegados que han trocado su Dios por algunas yugadas de tierra, mujeres infames que, voluntariamente ansiosas de placeres, se prestan á las caricias de esos perros.

campos fecundados por el sudor de cautivas frentes. Los buenos yacen sepultados en lóbregas mazmorras, los pérfidos se adhieren al vencedor, y muchos nobles godos ¡oh mengua! visten el turbante de las apóstatas, los templos cristianos han servido de caballerizas para los bridones árabes...

—¿Y bien? ¿Te convences ahora? ¿En dónde, en dónde está la patria de Recaredo, de Wamba y Chindasvinto? Murió, y murió para siempre el imperio godo.

—No me habeis dejado concluir.—Despues de respirar una atmósfera infecta llegamos á una region donde sus habitantes, tranquilos, ya cultivando los campos, ya apacentando rebaños, han conservado las primitivas costumbres de los españoles, costumbres que han adoptado tambien los que se han refugiado á las asperezas de sus montañas. Allí se ven mujeres sencillas, hombres robustos y avezados á los mas duros ejercicios; allí habitan muchos que, como nosotros, anhelan el momento de lanzar el grito de guerra. Para esos que ahora sufren con dignidad, para los buenos, para los valientes, para los que creen y esperan, aun existe nuestra amada patria, noble Veremundo, porque todo buen español la lleva dentro de su pecho. Ellos tan solo aguardan el que alguno les dé la señal; yo vengo á lanzar el grito que sacará á la España de sus ruinas, y mil y mil valientes acudirán presurosos para vencer ó morir por su Dios y por su patria.

—Acuérdate del último encuentro, donde te hicieron cautivo.

—¿Y qué importa? Cien y cien veces, en tanto que respire, volveré á la palestra.

—Ahora bien, nuestro objeto, dijo Atanagildo, no es otro sino que vos, padre mio, y Hormesinda nos acompañeis á los montes de Asturias.

Veremundo palideció espantosamente.

—¿Rehusareis seguirnos, venerable Veremundo? preguntó Pelayo en vista de tanta turbacion.—Se preparan grandes sucesos, y no es conveniente que las dulces prendas de nuestro cariño estén espuestas á caer en manos de los enemigos.

—Vuestros proyectos son en estremo peligrosos.

—Ya procuraremos burlar la vigilancia de los infieles.

—Lo creo muy difícil...

—Hemos tomado muy bien nuestras medidas.—Llamad, querido tio, llamad á Hormesinda para que abrace al hermano que la adora, que se desvela por ella, y que sentiria en el alma cualquiera desdicha que la aquejara.

—Y os suplico, amado padre, que esteis dispuestos ambos para partir al instante de este alcázar de la tiranía.

—Sí, sí, cuando la noche tienda su manto de tinieblas, nos encaminaremos todos al castillo de Pamia; porque supongo que vos no sereis de los que quieran permanecer en el ócio de una paz vergonzosa, dijo Pelayo dirigiéndose á Rudesindo, que respondió:

—Os seguiré con toda mi alma.

—Mucho me place.

Y Pelayo, volviéndose hácia Veremundo, añadió:

—Vamos, querido tio, no tenemos tiempo que perder. Haced que venga Hormesinda. ¡Pobre hermana mia! Quiero abrazarla despues de tan larga y dolorosa ausencia. ¡Cuánto me he acordado de ella!

El anciano permaneció mudo, inmóvil y pálido.

—Querido padre, murmuró Atanagildo, ¿qué os sucede?

El buen Rudesindo era el único que comprendia el horroroso martirio que estaba padeciendo el anciano.

—Llegó, por fin, dijo este, el desgraciado instante...

—¡Qué estais diciendo, señor! ¿Es una desgracia el encontrarnos salvos despues de tantos azares y peligros?

—¡Ay, querido Pelayo! En Cantabria supe tus desdichas y la terrible ofensa que te hizo Rodrigo...

—¡Por piedad! No me recordeis...

—Has nacido en mal hora, hijo mio, un genio fatal te persigue, á pesar de tus virtudes.

—Hablad, señor, hablad: os lo suplico por lo mas sagrado, no destroceis mi pecho con tan cruel incertidumbre. ¿Qué sucede?... Pero no, no, tiempo tenemos despues, llamad primero á Hormesinda, estoy impaciente por verla, y no quiero que una mala noticia me turbe anticipadamente la inmensa alegría de abrazarla.

—¡Oh! No la nombres... En tu boca, hijo mio, me hace daño el nombre de Hormesinda.

—¿Pues qué?... ¡Oh! Decid, decid, balbuceó el jóven.

—Mucho me pesa darte en tal momento tan triste nueva.

—¡La muerte! ¡Dios mio!... ¿Vive?...

—Sí, vive; pero su muerte no te afligiria tanto.

—¡Misterio horrible! Acabad.

—Tu hermana ha sido la egida de este pueblo, sin ella el fuego hubiera devorado la ciudad y el hierro musulman no habria dejado á vida un solo cristiano. Pero Hormesinda en medio del fragor de la contienda, mostrando tu generosa sangre, compadecida de este pueblo infortunado y llena de valor y de heroismo, se arrojó á los piés del vencedor, ante el cual hallaron gracia su abnegacion y su hermosura. Por ella el agareno se ha mostrado benéfico y compasivo, y por ella Gijon reposa en el seno de la paz mas envidiable, mientras que el resto de la España sufre un yugo mil veces mas pesado.—Muchos nobles, y todos los guerreros que bajo mi mando defendieron heróicamente estos muros, gozan tranquilos de su hacienda, sin mas alteracion que llamarse Munuza, en lugar de Rodrigo, el que los manda y gobierna...

Veremundo se detuvo al llegar aquí, temeroso del terrible golpe que iba á descargar sobre el mancebo.

—Seguid, seguid, dijo este.

—Hormesinda es el ángel tutelar de todos los cristianos, por su generosa mediacion se despuntaban los bárbaros decretos del moro, ella hace nuestras cadenas menos pesadas, todo se lo concede Munuza, que, enamorado, cariñoso y tierno, le ha ofrecido su mano de esposo...

—¿Y ella? preguntó vivamente el jóven.

—Ella, rendida al seductor é irresistible halago de un amor primero...

—¡Callad, señor, callad! esclamó el noble hijo de Favila como herido de un rayo. ¡Dios mio! ¿Por qué descargar sobre mi tanto y tan repetido golpe? Despues de los tormentos conque Rodrigo destrozó mi alma, despues de tantos afanes y peligros, cautivo, perseguido, pregonada mi cabeza, muerto para ami-

gos y contrarios; despues que, atravesando la España entera en alas de mi amor fraternal, ansioso de abrazarla y protegerla, llego sano y libre á tocar la ventura que me pintaban mis ensueños de cautivo, ¿era esto, Dios del cielo y de la tierra, era esto lo que me aguardaba? ¿He merecido, Dios mio, que me trateis tan cruelmente?—Afrenta sobre afrenta, vilipendio sobre vilipendio, mi patria esclava, mi amor primero profanado, mis sueños de gloria desvanecidos, y por último, mi sangre y mi familia mancillada y cubierta de oprobio... Sí, sí, noble Veremundo, nací en hora maldecida, y, como vos decís, un genio funesto me persigue... Ella era mi único consuelo, el último y nacarado celage del cielo hermoso de mis primeros años; de hoy en adelante al volver la vista atrás se erizarán mis cabellos... ¡Hormesinda! ¡Hormesinda! ¡Qué vacío tan inmenso! ¿En qué sentimiento de mi corazon, en qué pensamiento de mi cabeza se reclinará mi alma, ya para siempre cubierta de amargura?

Y el noble y dolorido mancebo ocultó su rostro con ambas manos como si quisiese encubrir sus lágrimas, ó como si temiese que la luz publicase el encendido carmin de su vergüenza.

Todos los circunstantes permanecian sumergidos en el mas profundo y doloroso silencio.

—¡Oh! esclamó Pelayo de pronto dirigiéndose á Atanagildo. ¡Pluguiera al cielo haberme arrebatado la triste vida allá en los sanguinosos campos de Jerez, donde tantos valientes sucumbieron con gloria! ¡Oh! ¡La hermana de Pelayo esposa de un infiel!

—Amigo mio, ahora es la ocasion de que demuestres el noble brio de tu esforzado corazon; acuérdate de la triste España, no desmayes por mas que el infortunio te persiga, que las almas grandes son oro purísimo que la desgracia acrisola.—Olvida las flaquezas de una frágil mujer... Ellas no pueden nunca ostentar la constancia y la indomable voluntad del hombre. Tú mismo te has encontrado en un peligro muy semejante. ¡Acuérdate de Córdoba!

—Yo vencí los halagos de la infiel y arrostré su venganza.

—Pero tú eres un héroe.—Nunca la fuerza debe buscarse en la tímida paloma; la mujer es débil, Eva lo fué y... ¿quer-

rás ahora afligirte fuera de término? Desecha este triste pensamiento, y figúrate que Hormesinda efectivamente ha muerto.

—¡Ojalá!—¿Por qué, noble Veremundo, por qué al saber esa pasion infame no librásteis nuestra honra clavando un puñal en su pecho fementido? Así, ella moriria inocente y pura de tanta mancha y mengua, y nuestros rostros ahora no se vieran escandecidos. ¿No haciais vos las veces de mi padre?

—Yo, hijo mio, he procurado apartarla de esa funesta llama con la dulce persuasion de mi cariño, pero jamás con la violencia, por la misma razon de que la amo como un padre.

—¡Oh! Las mujeres son dueñas del honor de los hombres. ¿Por qué encerrar un bálsamo tan precioso en un vaso tan frágil?... Pero decidme, respetable Veremundo, ¿desde cuándo ese amor brotó en su pecho? ¿Hace mucho tiempo que se verificó ese funesto enlace?

—Hoy es el dia destinado para sus bodas, en este momento mismo quizás...

—¡Hoy! He llegado á tiempo todavía. ¿En dónde está? Yo me alzaré entre ambos como la sombra de un remordimiento, ella temblará á mi presencia, yo impediré á todo trance que tan feo borron cubra mi frente y la pureza de esa mal aconsejada mujer... ¡Vamos!

Y el mancebo, arrojando el hábito, altivo, furioso, amenazador, y sin ningun humano miramiento, se dirigió hácia las habitaciones de Hormesinda.

—¡Oh! esclamó dolorosamente Veremundo. ¡Cuál su ceguedad le conduce al precipicio!... ¡Sigámosle!





CAPITULO XXI.

DE SCILA EN CARIBDIS.

Pocos momentos despues penetraban en el ala del palacio destinada para habitacion de Munuza tres personages pálidos y trémulos, cuya temerosa turbacion contrastaba singularmente con el aspecto de bulla y fiesta que presentaba por todas partes el alcázar. En los patios veíanse multitud de corceles de pura raza árabe soberbiamente enjaezados, gran número de palafreneros los tenian asidos de los primorosos rendajes de seda y oro, y varios grupos de apuestos guerreros departian entre sí como si aguardasen la hora de un banquete nupcial.

Desde que Munuza habitaba aquel recinto, antes severo y sombrío, como el pueblo godo, habia recibido todas las modificaciones que exigian las costumbres orientales. Ahora embellecian el alcázar ricos y espaciosos salones ornados con divanes de seda de Damasco, de lámparas de oro, fragantes pebeteros y suntuosas alfombras de Persia. No faltaban tampoco habitaciones destinadas para los baños, construidos de pórfido y jaspe lucientes, donde practicaban sus abluciones en tibias y olorosas aguas. En estos apartados y misteriosos retretes se respiraba un ambiente perfumado, embriagador, voluptuoso y desconocido

entre las razas frugales, sencillas y severas del norte, como si un sol mas pálido y una atmósfera mas sombría no se prestasen al lujo y refinamiento de las brillantes y esplendorosas regiones del Asia.

Una tropa de bellísimas esclavas ricamente vestidas con vistosos trages de escarlata llenaba los ámbitos de las habitaciones interiores, por cuyos modernos agimeces penetraba un grato y semi-umbroso resplandor, tornasolado por los sedosos y purpúreos cortinages que descomponian y quebraban la luz entre mil visos, cambiantes y gradaciones de un efecto mágico; claridad misteriosa, apacible, inesplicable y enriquecida con todos los bellos matices del íris.—Aquellas esclavas aguardaban el momento de ser presentadas á su nueva señora, la hermosa nazarena, la feliz sultana que habia logrado con sus encantos hechiceros cautivar de amores el corazon del gallardo árabe.

Y en los patios, en las galerías, en las antesalas, por todas partes cruzaba acá y allá todo un pueblo de servidores, vestidos con ropas rozagantes de púrpura y oro, y llevando vistosos ramilletes de flores, perfumes esquisitos y regalados manjares.

Numerosos músicos provistos de guzlas, de lilíes y de otros varios instrumentos poblaban el espacio con blanda y voluptuosa armonía, entonando dulcísimas é ingeniosas *gacelas* (1), cual si el dios Himeneo en aquel venturoso dia se hubiese complacido en prestar á los mortales sus melodiosos acentos y alegres himnos para celebrar dignamente la sedienta felicidad de los bellos y jóvenes deposados. Cuanto el lujo, el poder, el amor y la fortuna han podido inventar de brillante y voluptuoso, se encontraba reunido en la deliciosa mansion del caudillo árabe.

A la puerta de un suntuoso salon estaba aguardando ser introducido un jóven en cuyo intrépido semblante se notaban á un mismo tiempo las tintas del enojo y del dolor.

En el momento en que aparecia un esclavo anunciando al mancebo el permiso de su señor para que pasase, se le reunie-

(1) Llaman asi los árabes á ciertas estrofas, y acaso tomaron su nombre de la materia en que se escribian. La piel de la gacela servíales de papel.

ron otros tres personages, es decir, Veremundo, Atanagildo y el conde Rudesindo. Todos penetraron á la vez en la suntuosa morada.

Muellemente reclinado en un divan de damasco salpicado de flores, y aspirando con voluptuosa indolencia el aroma de los pebeteros, que en leves ondas exhalaban nubes de perfumado humo, estaba un bizarro jóven de negra barba, ojos brillantes y espresiva boca.

Bello y varonil era el rostro de Munuza, tal vez iluminado á la sazon por los delirios de su fantasía, que le retrataban los mágicos atractivos de la hermosa nazarena. Ora se la figuraba ligera y vaporosa, como la imágen nacarada de un ensueño, mover el ágil y diminuto pié en la bulliciosa danza, y que con su talle flexible, su agitado y trémulo seno, sus ojos incitantes y sus labios de coral le sonreía de amores. Ora lánguida y fatigada, como una flor que se inclina al beso de las auras, la veía reposar en el blando lecho esparcidas las hermosas trenzas sobre su cuello alabastrino, sombreadas sus megillas de rosa por sus magníficas pestañas, y murmurando entre sueños el nombre de su amante, dulce secreto que vale mucho mas sorprendido que revelado. Ya se imaginaba vagar con ella por los solitarios parages del ameno jardin en las frescas mañanas del florido mayo; ya en las serenas noches del estío que se alejaban de la costa en un ligero batel, y mas que nunca seductora la contemplaba á los rayos de la luna, que se reflejaban sobre el estendido mar... Ya ansiosa como el deseo, ya triste como la noche, ya inquieta como las olas; llorosa en su ausencia, risueña en su compañía, constante en su pasion, siempre y en todas partes aparecia á sus ojos la imágen de Hormesinda, tierna como el amor, bella como la esperanza, cándida y pura como la ilusion primera.

A corta distancia del moro, inmóviles y con los alfanges desnudos, veíanse dos guerreros que parecian guardar la brillante tropa de halagüeños delirios que en aquel momento revolaban en torno de la frente del infiel, como espléndidas mariposas que se agitasen en vertiginoso vuelo al rededor de la luz del pensamiento.

Munuza alzó la arrogante cabeza y clavó una mirada escrutadora en los recien llegados.

—¿Qué buscais, nazarenos? preguntó con voz breve é imperiosa.

—Queremos ver á Hormesinda, respondió impetuosamente Pelayo.

Veremundo, comprendiendo el inminente peligro que corria la vida del mancebo, si á descubrir llegasen su presencia, se apresuró á decir:

—Vuestra fortuna siempre va creciendo, y cada dia el cielo, airado para los cristianos, os muestra sus favores, gran Munuza. Este mancebo quiere hablar á Hormesinda para comunicarle los postrimeros encargos de su hermano, que ha muerto al fin, porque las malas nuevas jamás dejan de ser ciertas.

—¡Pelayo ha muerto! ¡Por Alá que ya estoy cansado de oir el nombre de ese temerário nazareno! En todas partes repiten que la muerte ha segado su vida, y en todas partes dicen tambien que se encuentra. Ese hombre es funesto para mí, él fué la causa de la muerte de mi padre, Veremundo, y por eso suspendí mis bodas; despues he sabido que fué víctima de unos misteriosos guerreros; pero de todos modos, á no ser por Pelayo, aun existiera Ibrahim.

Al nombrar á su padre la voz de Munuza se conmovió á un tiempo de cólera y de dolor.

—¡Ay! pues ahora, continuó el anciano con indecible ansiedad, ahora ha sido cierta su muerte en un encuentro que tuvieron con algunos de los tuyos. Pudo escapar de su cautiverio en Córdoba, pero su fin le aguardaba antes de llegar á las montañas de Asturias. Estos guerreros, añadió volviéndose á Pelayo y Atanagildo, han sido testigos de su muerte, y vienen á darle el último adios de su parte á la triste Hormesinda.

—Pues júrote, Veremundo, que no puedo menos de solemnizar semejante noticia, porque ese infame Pelayo se ha interpuesto entre mi dicha y mi padre. Ahora bien, aunque por el pronto lo sienta Hormesinda al saber este suceso, disipará por fin los vagos temores que la agitan cuando recuerda que alguna vez su hermano pudiera reconvenirla... ¡Oh! La muerte de Pela-

yo debe ser grata á todos los fieles muslimes. ¡Maldito nazareno!

—Yo habia entendido que eras un buen guerrero, y hasta me habian dicho que un héroe, no obstante tu fanática creencia; pero ahora veo que no eres tal, porque tan solo el que es un villano se alegra de la muerte de un enemigo noble y valeroso, dijo Pelayo con todo el ímpetu de su indignacion y su carácter.

—¿Y quién eres tú, que tan osado y necio te atreves á calificar mis palabras? repuso colérico Munuza.

Veremundo estaba mas pálido que la muerte, pues veía el inevitable peligro que amenazaba á Pelayo.

—Señor, dijo vivamente el buen anciano, este jóven era muy íntimo amigo del héroe cuya muerte lamentan los cristianos y celebrarán los vuestros, y por esta razon le defiende con tanto ardor, en lo cual demuestra mas la lealtad de su corazon que su prudencia.—Este es el mundo, señor, unos lloran cuando otros rien; Pelayo era para los nuestros la última esperanza, y para vosotros el primer obstáculo que vuestra dominacion tenia que vencer... Ya veis, noble Munuza, que es muy disculpable el sentimiento de este jóven...

—Sí, sí, lo comprendo, repuso el árabe; pero me indignó tanta altivez en quien deberia reconocerse vencido y humillar la frente en mi presencia...

—¡Yo humillarme! esclamó furioso Pelayo. ¡Yo humillarme! ¡Ira de Dios! ¿Y por qué me he de humillar delante de otro hombre? Solamente el cielo merece que mis rodillas se inclinen en la tierra.

Munuza crispó los puños de furor, clavó sus ojos centellantes en el temerario mancebo, y al fin, como fascinado por su mirada y desarmado por su noble y fiero continente, esclamó:

—Por Alá, cristiano, que es lástima que el turbante no adorne tu cabeza. Me gustan tus brios, y serías un valeroso musulman.—En cuanto á Pelayo, te repito que es una fortuna para los nuestros el que haya sucumbido; yo no lo amaba ni le aborrecia, jamás lo he conocido, pero sí te digo que ese cristiano me ha sido muy funesto.

Luego, dirigiéndose á Veremundo, añadió:

—Procura, anciano, que no aflijan demasiado á la hermosa nazarena, y solo por tu respeto no mando encarcelar á este altivo guerrero.

—Perdonad, señor, sus vivacidades juveniles. Es mozo y arrojado, y no conoce ni acata como debiera vuestro alto poderío.

—Bien, respondió Munuza dirigiéndose á Pelayo, pasad y no desperteis la cólera del leon que duerme y os desprecia.

Y haciendo una señal á uno de sus servidores, le indicó que enseñase á los cristianos el camino de las nuevas habitaciones de Hormesinda, y los despidió con un ademan de soberano imperio.

Despues de atravesar una dilatada série de galerías y pasillos, llegaron á una puerta al mismo tiempo que aparecia la gentil Hormesinda ataviada espléndidamente y acompañada de su doncella Alvida.

—¡Dios mio! esclamó la jóven como herida de un rayo. ¡Es él!... ¡En este momento!... ¡Es él!... ¡Pelayo!...

—¡Silencio! esclamó el prudente Veremundo cerrando la puerta y conduciendo á todos al interior de la estancia.

El noble Pelayo contemplaba á su hermana severo, sombrío, amenazador.

Ella, pálida, trémula, ruborizada, no se atrevia á levantar los ojos en presencia del héroe perseguido, del hermano adorado y justamente ofendido, del enemigo irreconciliable de los moros, entre los cuales habia elegido á su esposo.

—Mírala, noble Pelayo, dijo Veremundo, mírala cubierta de vergüenza y de dolor ante tus ojos. Olvida su desdicha y su pasion, y recuerda solo que al fin es tu sangre y tu hermana.

—Sí, mi querido Pelayo, héme aquí en tu presencia culpable, avergonzada y... Pero no sabes cuánto he luchado, como ningun mortal pudiera hacerlo; llamé á la muerte, pensé en nuestro Dios, recordé tu glorioso nombre, quise huir, miré tu irritada sombra asomar por entre los delirios de mi amor... Le vi, hermano mio, le amé, lloré, luché, me horroricé y... sucumbí.—Merezco tu furor, hermano mio, lo conozco, no imploro tu perdon, pero á lo menos deja que estreche entre mis brazos...

—¡Aparta! Tú no eres mi hermana; la esposa de un infiel, la infame apóstata, la que olvidó el nombre de Favila, la que manchó el nombre de Pelayo, de Pelayo, cuya sangre y cuya diestra no han dejado de regar y defender la España, esa no es hermana mia, esa es solamente escándalo de los cristianos, miserable juguete de los moros, ruina de la patria, vergüenza y afrenta mia.

—¿Es posible, querido Pelayo, que así me califiques?...

—Sí, interrumpió el irritado jóven, tú misma has dado el último golpe á nuestra honra vacilante, tú misma has dado lugar á que los infieles nos miren con mas desprecio todavía, tú, vil y esclava, te has entregado al yugo del musulman espontáneamente, cuando otras han permanecido fieles á lo que debian á su Dios y á su linage.

—Muchas pudiera citarte que...

—Si lo han hecho, al menos han sido obligadas por la violencia.

—El amor...

—¡El amor! ¿Y la hermana de Pelayo ha debido deshonrarle y deshonrarse con un amor prohibido por su Dios, por su patria y por su nombre? La hermana de Pelayo ha debido mil veces clavarse un puñal en su mezquino corazon antes que sucumbir al torpe yugo de ese amor y de ese hombre.—Yo al verte muerta lloraria tu desgracia, pero el rubor no cubriria mi frente, la mancilla y la mengua no envolverian el nombre cristiano.

—Y una pobre mujer enamorada y sola, ¿qué podia hacer, hermano mio?—Me hablas de la patria, y precisamente mi amor por ella fué el origen de mi amor por Munuza.—Yo habia vivido retirada del mundo, agena siempre al tumulto de las pasiones... Cayó la triste España, el moro vencedor plantó sus medias lunas desde el estrecho Gaditano hasta los Pirineos... Yo entonces ni aun sabia que hubiese mas patria que el amor universal que se deben todos los mortales; yo creia, como me habia enseñado el venerable Urbano, que todo el mundo era patria del hombre, y que todos eran hermanos. ¡Cuánto me engañaba!... ¡Oh! Si tú hubieses visto el espanto, el terror, la

matanza, la horrible angustia que oprimia este pueblo en la funesta noche del asalto... ¿No te hubieras conmovido, tú, á quien la fama publica generoso y noble? Yo vi, yo vi el alma de las madres asomarse á sus desencajados ojos al contemplar los cuerpos ensangrentados de sus valerosos hijos; los gritos y el lamentable clamor subian al cielo, la noche lóbrega, coronada de llamas como una deidad sangrienta, asistia al horroroso estrago, y... ¿Llamarás un delito el que entonces me lanzase al peligro, y que con las armas del llanto tratase de rescatar al pueblo amenazado? Mi triste acento resonó en el corazon de Munuza, él me escuchó, suspendió su cólera, y prometió paz y contento á los míseros cristianos.—Él era hermoso, jóven, valiente y magnánimo, y el amor, el cruel amor, cuyo nombre hasta entonces ignoraba, se albergó desde aquel dia en mi combatido pecho. ¡Si supieras cuánto padecí! ¡Cuántas veces imploré tu nombre, que como un talisman ahuyentaba las doradas imágenes de mis ensueños! La noche y el cansancio me postraban al fin, pero al nacer el nuevo sol la fiera lucha renacia con mas encarnizamiento... Hasta llegué á creer que la misma Providencia me habia designado como una medianera entre el opresor y los oprimidos, como un brazo que detenia al verdugo, como una voz de consuelo para la víctima. Siempre que imploraba á Munuza hallaba gracia. Su generosidad, sus beneficios y blandura para los nuestros, mi desamparo, tu muerte...

—¿Y por ventura, si Pelayo hubiese muerto, no le sobrevivia su nombre? ¿Era preciso para tenerme en la memoria que me tuvieses delante de tus ojos? ¿No estabas obligada á ostentarte siempre como á tu sangre cumplia? ¿Querrás hacerme creer que has obrado como debia mi hermana? ¡Oh mengua! En tanto que la muerte amenazaba mi cabeza, ya sumergido en una lóbrega mazmorra, ya errante y perseguido, mi hermana se entregaba á los deliquios del amor, y sus labios sacrílegos pronunciaban con dulzura el nombre de aquel que en Santa Olalla oprimió mis brazos con cadenas y me lanzó á las frias y negras regiones del cautiverio. ¿Qué le importaban á la gentil Hormesinda que los lamentos de su hermano se mezclasen con la alegre zambra de sus bodas?

—¡Por piedad, querido Pelayo! No emponzoñes mas la herida con que mi amor y mi destino desgarraron mi corazon. Yo conozco mi desgracia, y como tú, detesto mi humillante estravío; pero no amargues con tus crueles palabras el feliz momento en que vuelvo á verte despues de tan larga ausencia, y cuando creí que nunca mas tu amada voz halagaria mi oido... ¡Y me rechazas de tus brazos cuando la naturaleza me liga á tu cariño!...

—¿Y no te ligaba en el momento que entregabas tu amor al que pregonó mi cabeza?

—¡Perdona! ¡Soy muy desgraciada! Aqui tienes mi seno, dá el golpe mortal, pon término á tu afrenta y á mi vida.

—¡Oh! Si aun quedase en tí un resto de dignidad y de amor para tu hermano... Todavía, Hormesinda, todavía es tiempo de enmendar tu yerro. Yo tan solo he venido á estas comarcas á proclamar el grito de libertad para la oprimida España. Los ásperos montes serán el asilo de todos los valientes que ya están dispuestos á sacudir el yugo. Sígueme, Hormesinda, sígueme. Para arrancarte de esta ciudad enemiga, para llevarte conmigo he venido hoy, aunque muy ageno de creer que te tendia mis brazos y no te arrojabas en ellos. Yo, pobre niña, compadezco tus pesares; pero es preciso que me sigas, olvida á ese infiel, yo olvidaré tambien tu debilidad, y viviremos felices ó moriremos con gloria.

Y el bizarro jóven tendió los brazos á su hermana, que se precipitó en ellos con toda la efusion de su fraternal cariño.

Durante algunos minutos su voz, ahogada por el sentimiento, se anudó en sus gargantas, y solo reprimidos sollozos rompian la cárcel de su agitado pecho.

—¡Sígueme, Hormesinda, sígueme! dijo por fin el jóven separándose de su hermana, que permanecia pálida y silenciosa.

—¿No me respondes? insistió Pelayo.

—¡Hermano de mi alma! Tienes razon, es verdad, este funesto amor es vergonzoso, este lazo es indigno de Hormesinda; pero la suerte, el destino ó... No, no... El mismo Dios ha ligado mi vida con su vida, conozco tus furores, quisiera obedecerte, pero no tengo valor para seguirte, mi pecho nunca olvidará...

—¡Calla, mujer infame, y no blasfemes! ¡Te atreves á decir que Dios ha unido vuestros corazones! ¿Es por ventura el Dios de los cristianos el que adoran esos fanáticos y crueles musulmanes?

—Yo he prometido á mi Dios ser su esposa.

—Y solamente serás su vil esclava.

—Él me ama con ciego frenesí.

—El frenesí de su amor es la impureza.

—¡Cuánto te equivocas!

—¡Cuán obcecada estás!

—Hiéreme, Pelayo de mi alma, hiéreme, pero no exijas...

—¡Ira de Dios! esclamó el mancebo empuñando su puñal con mano convulsa é inundada la pálida frente en frio sudor.

—¡Pelayo! ¡Pelayo! esclamó el anciano Veremundo. Refrena tu furor, recibe la desgracia con pecho fuerte, no vayas fuera de tiempo á llamar sobre tu cabeza la cólera del infiel... La patria cifra en ti sus esperanzas, no seas egoista, y piensa que si tu hermana se abandona al fango de un infeliz amor, muchos padres y hermanos y esposos y huérfanos esperan su consuelo de tu brazo.—Huyamos, huyamos de aquí antes de que puedan observarnos, si nos descubren somos perdidos.

El noble jóven, reconociendo la justicia, generosidad y prudencia de las palabras de Veremundo, se sintió como avergonzado de sus arrebatos, suspiró tristemente, envainó su puñal, y fijó una mirada indescriptible en la aterrada Hormesinda.

—¡Adios, mujer sacrílega y perversa! esclamó. Acaricia al moro y haz que recline su cabeza sobre tu seno, y besa cariñosa la misma mano que ha sacrificado á tanto noble y valeroso godo. Goza, infame, goza las delicias que tu amor criminal te ofrece, olvídate de tí misma y de los tuyos en brazos de ese bárbaro agareno.—Mas yo te juro por mi nombre que muy poco tiempo gozarás el fruto de tu vil abyeccion... Los nobles gijoneses, los indomables astures y cuantos valientes se han refugiado á sus montañas caerán muy pronto sobre este alcázar de la tiranía, y en medio del incendio y del estrago, y cuando mires el sangriento tronco de Munuza, y cuando veas que todas las bocas escupen en tu frente, llora y desespérate y muere en

el cieno de tu infamia, en el dolor infernal de tus torturas, y en el bárbaro suplicio de tus roedores remordimientos.

—¡Oh! ¿Piensas acaso que puede haber para mí mas cruel suplicio ni mas terrible lucha que la que tan fieramente está trabada en mi pecho? ¡La muerte es mi única esperanza!

Pelayo, ardiendo en ira y en mil sanguinarios proyectos de venganza, desapareció rápidamente seguido de sus compañeros.

Mientras que esto acaecía, verificábase otra escena de suma importancia para nuestros personages. En el salon donde há poco vimos á Munuza acababa de penetrar un hombre de colosal estatura, rostro enérgico, moreno, varonil, pero cuya espresion era, como suele decirse, de pocos amigos. Su aspecto denotaba que acababa de hacer un viaje, y á juzgar por su atavío, podia considerársele como al escudero de algun señor principal.

Receloso, astuto y á todo evento prevenido, como si de algun aventurado proyecto se tratase, se detuvo ante Munuza con muestras de la mas respetuosa sumision.

En seguida el gobernador y el recien llegado cambiaron las siguientes palabras:

—¿Qué traes, nazareno?

—Una carta, señor.

—¿Quién te envía?

—No sabré deciros á punto fijo quién es la persona que me ha dado el encargo de traeros esta epístola...

—¿Te burlas?

—Nada de eso, señor.—Es toda una aventura, en la cual vengo pensando todavía, porque en verdad que lo merece el caso.—Habeis de saber que yo habito en una casa de campo situada algunas millas de aquí, y acostumbro venir con frecuencia á la ciudad para proveerme de vituallas. Hoy caminaba hácia Gijon, cuando de pronto asaltóme uno de vuestros guerreros, y poniéndome al pecho su alfange desnudo, interceptóme el camino, y yo creí que era llegada mi hora: pero ¡oh sorpresa! El musulman, viéndome rendido, sacó una carta y me la entregó, despues de haberme hecho prometer que no trataria de informarme de su contenido y exigídome que la pusiese en

vuestra propia mano. No tuve dificultad en prometer todo cuanto quiso, pensando lealmente en cumplir su encargo... porque el moro me designó el sitio donde encontraria mi caballo, con el cual se quedó como en rehenes del cumplimiento fiel de mi promesa, jurando por añadidura atravesarme con su alfange, si faltaba á mi palabra, puesto que él tenia medios de saber al punto si yo habia entrado ó no en el alcázar.—Y al decir esto el moro sacó una especie de cajoncito enrejado que llevaba á la grupa de su corcel, y echó á volar una paloma, de cuyas alas me pareció ver pendiente una tira de pergamino. Tal ha sido mi aventura.—Tomad la carta, señor, y permitidme que me ausente al punto para terminar mis quehaceres y volver por mi cabalgadura.

Y el incógnito puso una *gacela* en manos de Munuza, y desapareció rápido como la vision de un sueño.

El gobernador abrió la misteriosa epístola, y fué tan profunda la impresion que en él produjo su lectura, que estupefacto é inmóvil no sabia si dar crédito á sus ojos.

Cuando tornó en sí de su aturdimiento preguntó por el desconocido, cuya ausencia no habia notado mientras que absorto leía la carta, concebida en estos términos:

«*Guárdate de Pelayo: es falsa la noticia de su muerte, á estas horas se halla en Gijon conspirando contra tu poder; Veremundo tiene un hijo que acompaña á Pelayo, ese viejo es un traidor, estás alimentando en tu seno la serpiente.*»

Ni seguia firma, ni decia mas el terrible y acusador pergamino.

Súbito hirió la mente de Munuza el recuerdo del intrépido jóven que acompañaba al anciano tio de Hormesinda, y que con sus palabras y osadía habia despertado, aunque por un instante, sus sospechas.

Luego gritó á sus servidores y soldados:

—Cerrad las puertas, que nadie salga del alcázar, traedme á Veremundo y á los que le acompañan, quiero hacer en ellos un ejemplar castigo.



XXII.

UNA VELADA PASTORIL.

Era una noche de diciembre lóbrega y fria. Negros nubarrones envolvian el cielo, que ondeaba sobre la tierra como un inmenso paño fúnebre. En lugar de las amorosas brisas rugía airado el huracan en las antiguas selvas; el áspero crujir de las tronchadas encinas, el ahullar prolongado de los carniceros lobos, el canto siniestro del agorero buho, la rumorosa corriente de los hinchados arroyos, todos estos ruidos mezclados en estrepitosa confusion zumbaban, rechinaban, gemian y suspiraban, ya distantes y apagados como voces misteriosas de regiones desconocidas, ya sonantes y atronadores como espumosas cataratas de inconmensurables tumbos. Y á este discordante ruido de la tierra respondia en el cielo la furiosa tempestad con sus bramidos de trueno. Súbitos y pálidos relámpagos hendian el espacio destellando la suficiente luz para que pudiese contemplarse todo el horror de las tinieblas. Es imposible pintar cuánto encerraba de bello y terrible á un mismo tiempo aquel cuadro de la noche y de la tempestad. Era una noche mas que nunca negra y ruidosa y espantadora en que todos los elementos luchaban desencadenados. Aquella lucha parecia la imágen confusa y aterradora del vertiginoso caos en que todo chocaba contra todo antes de formularse el universo.

Los tristes campesinos se habian refugiado á sus humildes moradas, y en torno de sus hogares oían con cierta complacencia temerosa el fragor de la tormenta.

No era fácil pensar que en semejante noche hubiese quien se atreviese á desafiar las inclemencias del cielo, y sin embargo, entre el castillo de Pamia y el monasterio del Cristo de la Columna caminaban dos ginetes en direcciones opuestas, si bien por un mismo sendero. El uno venia de hácia Gijon, y el otro de Santa Olalla ó de Pamia. Ambos caminantes se dirigian hácia una humilde casa situada en el suave declive de una colina á corta distancia del estrecho camino que seguian los misteriosos personages. Al resplandor de una hoguera que ardia en un soportal delante de la casa podian distinguirse los rostros crudamente iluminados de algunos campesinos sentados en rededor de la lumbre.

De tiempo en tiempo, y cuando el turbion cesaba algun tanto, se escuchaban los ladridos de los perros del ganado, recogido en un redil formado contiguo á la casa.

Aquellos pastores, con sus largas cabelleras, con sus coletos de ante, sus rostros varoniles y tostados y su espresion á la vez intrépida y sencilla, eran los verdaderos descendientes de los antiguos astures, y á tiro de ballesta podia leerse en su fisonomía la indomable fiereza de la raza celtibera.

Su número al rededor de la hoguera no pasaba de ocho, es decir, siete jóvenes y un anciano. Era este de elevada estatura, de cabellos blancos y de aspecto algun tanto malicioso y ladino. Tenia esa espresion caracteristica del hombre de la naturaleza, dotado de vigor, de alma generosa, de buen sentido para las cosas de la vida, de fé religiosa, de no poco de supersticion y de un cierto gusto por lo estraño y lo maravilloso. Era un tipo como aun no es dificil encontrarlo en nuestros habitantes de los campos, un hombre, en fin, que creia firmemente en Dios, pero que tampoco estrañaba la posibilidad de que se le apareciese el diablo. A estas cualidades reunia las de ser en estremo madrugador, inteligente en las enfermedades del ganado, y conocia por nombres dados á su modo un buen número de estrellas, cuyo brillo y posicion le servian como cronómetro. Sen-

tencioso en su decir, tenido en mucho por las sencillas gentes que le rodeaban, y un si es no es vanidoso, jamás desperdiciaba la ocasion de referir alguna hazaña de su juventud ó alguna conseja trasmitida por sus padres.

En cuanto á sus hazañas, casi todas se reducian á haber muerto algun lobo ó vencido algunos de los muchos osos de que en todos tiempos han abundado los montes de Asturias. Respecto á contar consejas tenia siempre una locuacidad inagotable, con la que entretenia á los demás pastores durante las largas veladas del invierno.

En el momento en que hemos presentado á nuestros lectores este cuadro de una sencillez primitiva y casi patriarcal, acababan de terminar nuestros pastores su parca y sobrosa cena, compuesta en su mayor parte de lacticinios y de frutas, sin que dejase de figurar con alguna frecuencia como el plato mas *restaurante*, segun diriamos hoy, algun cuarto asado de oveja, de ciervo ó de jabalí cazado y preparado por ellos mismos, á la manera que lo practicaban los héroes de Homero.

Despues de la piadosa oracion con que tributaron gracias al Dispensador de todos los beneficios y del alimento cotidiano, algunos de los jóvenes comenzaron á instar al viejo para que les refiriese, como solia hacerlo, alguna sabrosa conseja, postre gustoso con que de buena manera recreábanse aquellos sencillos pastores, entre los cuales se suscitó el siguiente diálogo:

—¡Qué tempestad tan deshecha! decia uno.

—Pobre del que le coja por esos campos de Dios.

—Atiza el fuego.

—Vamos, buen Remigio, añadia el mas jóven, contadnos alguna cosa.

—Ya no tengo nada nuevo que deciros.—Ya he agotado todo mi caudal de cuentos.

—Sí, sí, para el tonto que os crea.

—La noche está muy á propósito para el caso, añadia otro.

—Pues como no lo invente, á fé mia que no sé qué contaros.

—Aunque sea una repeticion.

—No, no, decia el mas jóven, una cosa nueva.

Aquí llegaban nuestros buenos campesinos, cuando los perros comenzaron á ladrar desaforadamente, en términos que no dudaron que algun lobo hambriento se aproximaba al redil. Levantáronse algunos de ellos, y los otros con el oido atento aguardaban saber la causa del alboroto de los fieles mastines.

—Suenan pisadas de caballos por allá abajo, dijo el viejo Remigio.

—No, señor, replicó el jóven, las pisadas suenan por allá arriba.

—Todavía oigo mejor que tú.

—Ya vereis como tengo razon.

Sucedieron algunos instantes de espectativa, durante los cuales se abalanzaron los perros en dos direcciones opuestas, es decir, hácia el camino de Pamia y hácia el del monasterio del Cristo de la Columna.

—¡Par diez! esclamó Remigio. Pues los dos teníamos razon, gente viene por ambas partes; mira, mira los perros, ellos oyen mejor que nosotros... ¡Son mucho estos animales!

Y en efecto, á los pocos momentos, juntos y en el mismo punto, llegaron dos caballeros al soportal de la humilde casa que ofrecia á los caminantes un asilo seguro contra la tormenta.

El buen Remigio se adelantó cortesmente hácia sus huéspedes, y apartando á los perros, les invitó á que descabalgasen. De muy buen grado aceptaron los viandantes el cordial ofrecimiento. Y colocados los corceles en la caballeriza de la casa por órden de Remigio, este les brindó que cenasen, si querian, ó que durmiesen en el humilde lecho que podia proporcionarles. Ni una ni otra oferta admitieron los recien llegados, quienes manifestaron sus deseos de sentarse al grato calor de la hoguera.

—Vuesas mercedes hacen muy bien, porque buena lumbre en el invierno es mas que media vida, dijo el viejo sentenciosamente.

Y colocando sobre dos tarugos de encina dos lanudas pellejas, los presentó á los caminantes diciendo:

—Estos son los sitiales con que puede brindaros la pobreza de esta cabaña..

—Se estima la voluntad, dijo el mas jóven de los caballeros, mientras que el otro se contentó con hacer una ligera inclinacion de cabeza.

Frente á frente sentáronse ambos caballeros, entre los cuales medió una ojeada rápida, pero suficiente para medirse, conocerse y odiarse.

Y en verdad que no podia fácilmente imaginarse dos tipos mas opuestos que lo eran los misteriosos personages.

El uno de ellos apenas contaba veinte y ocho años, y á su florida edad reunia una estatura mas bien alta, cabellos negros, color moreno y ojos que respiraban á la vez ternura, valor é inteligencia. Cualquiera habria adivinado que aquel mancebo estaba ardientemente enamorado al contemplar su agraciado rostro, ligeramente empañado por una tinta de melancolía.

El otro era un hombre gigantesco, de mirada siniestra y astuta, cabellos enmarañados, que como una guedeja caian sobre su taurino cuello, y de fisonomía repugnante que revelaba la crueldad y la abyeccion. Una sonrisa feroz dilató sus labios cuando al contemplar al jóven le hubo reconocido. El mancebo por su parte no conocia al atleta, así que en caso de necesidad este tenia sobre aquel una inmensa ventaja. Por fortuna no mediaba á la sazon entre ellos ninguno de esos negocios que exigen y hacen entablar entre los hombres una lucha de astucia y de reticencias.

La llegada de estos dos personages rompió bruscamente el equilibrio en la sencilla reunion de los pastores. Durante un largo rato permanecieron todos silenciosos. Al fin y poco á poco fué restableciéndose la franqueza, y la conversacion tomó un carácter general.

De repente se oyó un grito salvage, un grito que solo tenia de humano lo suficiente para reconocer que no habia sido una fiera la que lo habia lanzado.

Al mismo tiempo vieron cruzar una sombra blanca y negra que desapareció rápidamente entre la espesura lanzando de vez

en cuando gritos lastimeros. Todos los pastores hicieron la señal de la cruz, y esclamaron consternados:

—¡El monge en pena!

Durante algunos minutos no se oyó ni una sola palabra en el poco antes animado corro. El mas jóven de los dos recien llegados estaba sorprendido, estupefacto, con los cabellos erizados de terror, mientras que el otro, perfectamente sereno, ostentaba sus dientes de chacal, dilatados sus labios por una sonrisa satánica.

Por último, repuestos de su turbacion algun tanto comenzaron pastores y viajantes á departir acerca del estraño suceso. Hemos dicho que todos hablaban, nos hemos equivocado, puesto que el gigante guardaba el mas absoluto silencio.

—¿Y creeis verdaderamente que sea un monge en pena? preguntó el mancebo dirigiéndose á los pastores.

—¿Pues nò lo habeis visto? respondió el mas jóven.

—He visto una sombra y oido un grito, pero no creo esta razon suficiente, á mi entender, para que sea un alma en pena quien asi grita y corre por los montes.

—¿Pues qué hombre con la noche que hace se atreveria á otro tanto? replicó un robusto zagal que tenia algo de vivaracho con sus puntas de zumbon. Yo bien sé que es alma en pena, ó diablo, ó cosa sobrenatural, porque habeis de saber...

—¿El qué?

—Que lo he visto muchas veces en las crestas de los montes, y ha estendido los brazos y se ha lanzado á las rocas fronteras, salvando abismos y simas profundísimas. Casi siempre elige las noches mas oscuras para hacer sus correrías, y cuando uno menos piensa, se oye un grito y desaparece; pero á los pocos instantes se vuelve á oir otro grito y aparece en la cima de las mas altas rocas, sin dejar ni un solo momento de correr y de gritar. Lleva la capucha negra, el manto negro y la túnica blanca. ¡Ay Jesus, y qué miedo!

Y al concluir el campesino su relato comenzó á santiguarse con todas las muestras del mas profundo terror.

—¿Y hace mucho tiempo que anda por aqui? preguntó el caballero.

—Toda mi vida he oido hablar del monge en pena, respondió el anciano.

—¡Es cosa estraña! ¿Y en dónde habita?

—En un sitio terrible.—Poco lejos de aquí hay un monte altísimo y escarpado, en la cumbre se eleva una tajada y eminente roca, y sobre ella está asentada una torre ya ruinosa y destartalada. Aquella es la mansion del monge en pena.

—¿Y cómo se llama ese castillo?

—La Torre del Heredero.

Todos los pastores oyeron este nombre con cierto sobresalto.

—¿Y qué se cuenta de esa funesta mansion? insistia el mancebo, cada vez mas escitada su curiosidad.

Los campesinos respondieron en corro:

—Se cuentan cosas estupendas.

—Dicen que habitan allí genios malignos.

—Y hay brujas y encantamientos.

—Y un panteon subterráneo.

—Allí dicen que están enterrados todos los que se han atrevido á subir á la maldita torre.

—El que llega á la cumbre del monte muere sin remedio.

—Dicen que el monge se condenó porque dió muerte á su padre.

—Otros añaden que tambien mató á su propio hermano.

—Y hay allí una porcion de tesoros guardados por un perro y una serpiente.

—El perro tiene tres cabezas, y salen tres ladridos de sus bocas, y cuando ladra atruena el monte.

—Y algunos han oido espantosos silbidos, y dicen que es la serpiente que tiene siete cabezas.

—Además, hay una dama vestida de luto que está siempre llorando porque la maltrata un enano.

—Y no falta quien dice que á *Flor del Valle* la han visto en la Torre del Heredero requerida de amores por un gigante.

—La dama enlutada dicen algunos que se parece mucho á Flor del Valle, la zagala mas pálida de estos contornos.

—Lo que sí puede asegurarse es que el monge no es otro que el mismo diablo en persona..:

Sería nunca acabar si hubiésemos de referir los peregrinos comentarios que hacian sobre la misteriosa torre aquellas gentes sencillas y superticiosas.

La tormenta entre tanto habia amainado su furia, la noche avanzaba, el mugido de los vientos se oia á intérvalos, algunos truenos aun resonaban lejanos; pero el aguacero no cesaba. Sin embargo, el gigantesco personage mandó con voz bronca al anciano Remigio que le sacase su caballo, puesto que aun tenia que caminar algunas horas, y la lluvia no llevaba trazas de parar tan pronto. Obedeció el pastor, mientras que el mancebo parecia reflexionar si adoptaria la misma resolucion del otro caminante. Al fin se decidió á aguardar algun tiempo, acaso con la intencion de satisfacer su curiosidad, vivamente escitada por lo que habia visto y oido.

Pocos momentos despues vino el anciano con la cabalgadura del diestro; pero precisamente entonces comenzó de nuevo á estallar una nube con tal fuerza, que habria sido temeridad ponerse en marcha á tales horas y con tempestad tan deshecha.

—Tomad mi consejo, señor, dijo Remigio, aguardad que pase este chubasco, porque si no os vais á arrepentir.

Levantóse el atlético viajante en silencio, asió el caballo de las riendas, y ya se disponia á partir. Pero al contemplar la negrura del cielo y la abundante lluvia, mudó de propósito, comprendiendo que era fácil estraviarse y peligroso caminar á oscuras por aquellas asperezas. Además, ¿quién sabe si le inspiraria terror la idea de encontrarse á la pavorosa sombra, al misterioso monge en pena? Lo cierto del caso fué que por último resolvió dilatar su partida, y atando su corcel á uno de los puntales del soportal, volvió á ocupar su asiento en torno de la hoguera.

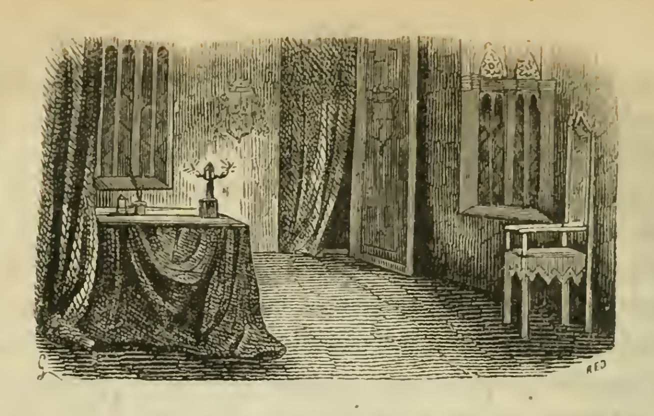
El mas jóven de los zagales, que, con la llegada de los desconocidos, habia logrado á duras penas reprimir sus deseos de que el anciano Remigio contase alguna conseja, como lo tenia de costumbre, volvió á importunar con sus peticiones al mayo-

ral, despues que ya se hubo familiarizado algun tanto con los huéspedes.

Y como si se hubiesen puesto de acuerdo, el menos entrado en años de los viajantes insistió tambien para que Remigio narrase cuanto acerca de la misteriosa torre supiese. A estas, unieron sus súplicas todos los demás pastores, y al fin no pudo escusarse el anciano de referir su conseja.

Transcurridos algunos momentos, durante los cuales pareció recapacitar y reunir sus recuerdos, atizado el fuego, y atento el auditorio, el buen Remigio dió comienzo á su historia.





CAPITULO XXIII.

UNA CONSEJA.



Preocupados los pastores en su diálogo, no advirtieron la terrible espresion que se pintó en el semblante del atleta cuando oyó el nombre de la hermosa zagala, que decian parecerse á la enlutada dama de la Torre del Heredero. Flor del Valle, en efecto, era una belleza singular, sencilla como una pastora, ligera y retozona como una cervatilla, y valerosa como un guerrero. Ahora bien, ¿estaria enamorado de tan linda criatura aquel hombrazo tan repugnante y feroz? No sabremos decirlo á punto fijo; pero es seguro que aquel nombre, y cuanto habian relatado los pastores, tenia alguna conexion con su vida, sus amores ó sus odios, á juzgar por la multitud de emociones que revelaba su rostro. El gigante prestó una atencion la mas sostenida, sus ojos brillaban con una luz siniestra y sombría, estaban horriblemente contraidas todas sus facciones, y permanecia inmóvil, pero imponente y aterrador como una estátua de Luzbel.

Si los pastores hubiesen reparado en todo esto, es seguro que por lo menos lo habrian tenido por un diablo que habia tomado aquella noche la figura humana, ya para ir á tentarlos

en su tranquilo hogar, ya para llevarse de una vez á la mansion infernal al monge en pena. No sabemos por qué nos inclinamos á pensar que esta última hubiera sido la opinion mas admitida.

Felizmente los pastores nada advirtieron, embebidos como estaban en escuchar á Remigio, que se esplicaba de esta manera:

—Voy á contar lo que muchas veces me refirió mi padre, que se lo habia oido al suyo.—Mi abuelo vivia, como yo, en esta pobre cabaña, tenia cuatro hijos robustos, una mujer que le amaba, un buen rebaño, servidores fieles que le estimaban, y esta humilde casita, con todo lo cual se creía el mas feliz de los hombres. Todavía eran muy pequeños mi padre y sus hermanos, es decir, que mi abuelo estaba en lo mas floreciente de su edad, cuando una noche, ya muy tarde, llamaron á grandes golpes á la puerta de la cabaña. Levantóse sobresaltado, salió á abrir renegando del importuno que á tales horas turbaba su tranquilo sueño, y se halló con un caballero de maravillosa hermosura, de ademan imperioso, vestido de negro y montando un caballo mas blanco que la nieve.

—¿Sabes dónde está la Torre del Heredero? le preguntó.

—Sí, señor.

—¿Podrás guiarme á ella?

—¡A estas horas!

—Ahora mismo.

—Aguardad á que amanezca; hace una noche oscurísima y fria en estremo...

—¿Sí ó nó? ¿Quieres guiarme? Si te resistes, te mato ahora mismo, si me acompañas te prometo una recompensa magnífica, serás rico para siempre.

—Dicen que hay allí tesoros...

—Vamos á sacarlos.

—Pero, señor...

—¡Rayos del cielo! esclamó impaciente el caballero. Una muerte segura ó un tesoro inmenso.—Elige.

No era dudosa la eleccion. Mi abuelo se dispuso á acompañar al hermoso caballero, cuya mirada tenia una espresion tal de soberanía, de mando y de valor, que mi abuelo, hombre

sencillo y humilde, le siguió fascinado y casi sin atreverse á mirarle cara á cara.

—Tráete una hacha, si tienes, añadió el terrible personage.

—Voy por ella, señor.

Veloces como el viento se encaminaron los dos hácia la misteriosa torre. Mi abuelo indicó al caballero que echase pié á tierra al llegar al monte; pero aquel hombre endiablado no se curó de tal advertencia, y continuó á caballo salvando peñas y precipicios con una seguridad y rapidez increibles. Por último, se detuvieron ante la puerta forrada de hierro de la solitaria mansion. El hombre, siempre á caballo, siempre de mal gesto y cada vez mas sombrío, permaneció durante mucho tiempo inmóvil como un peñasco. Parecia como si estuviese aguardando á alguno. Entre tanto mi abuelo se aburria de lo lindo, no le llegaba la camisa al cuerpo, y sobrecogido de terror no sabia qué pensar de semejante aventura. Si le hubiera valido, de seguro que hubiese procurado huir. Pero ¿cómo era esto posible con un hombre cuyo caballo corria por los precipicios como por una llanura? Le hubiera alcanzado y muerto, atendido lo cual, no le quedó mas remedio que resignarse y aguardar el resultado.

—Hemos llegado demasiado pronto, dijo al fin el caballero.

—¿Esperais á alguien?

—Sí.

—¿Y tardará mucho?

—En cuanto sea media noche justa deberá venir.

—Pues ya poco puede tardar.

Oyéronse en esto tres silbidos prolongados, semejantes á los de una serpiente, y en el mismo punto, con grande violencia y presura, como por encanto, se abrió la puerta de la torre por una mano invisible. El caballo lanzó un relincho de alegría, y desapareció cual si la tierra se lo hubiese tragado. Mi abuelo creyó que el ginete tambien se habia desvanecido como una sombra. Con los cabellos erizados de terror cerró los ojos, creyéndose juguete de una espantosa pesadilla; pero cuando menos acordó sintióse fuertemente asido por el brazo y arrastrado, á pesar suyo, hácia el interior de la torre. Quien tan violenta-

mente le llevaba era el caballero, cuyos ojos brillaban en la oscuridad como dos carbones encendidos. Luego comenzaron á bajar por una escalera, y llegaron á un inmenso salon, donde resonaban los ladridos roncos de un perro de estraordinario tamaño y de piel negra y lanuda como la de un oso.

De repente se iluminó la espaciosa estancia, el perro lanzó un ahullido de alegría, semejante á una carcajada, y desapareció como habia desaparecido el caballo. Entonces vieron en el centro del salon una cosa capaz de hacer morir de miedo al hombre mas valeroso. Sobre un paño negro estendido en el pavimento habia un atahud, y sobre el atahud dos cabos de vela encendidos. Las velas eran de cera verde, la luz de color azul pálido como el rostro de un difunto. El caballero estaba lívido, los ojos se le querian saltar de las órbitas, y una sonrisa de demonio vagaba por sus labios. Aquel hombre infernal tomó las dos velas, puso una sobre un mueble, y dió la otra á mi abuelo. En seguida le pidió el hacha, y con un furor salvage descargó tres golpes sobre el atahud. Al tercer hachazo saltó un manantial de sangre, se oyó un espantoso gemido que se dilató por todos los ámbitos de la torre, y desapareció el atahud quedando en su lugar sobre el pavimento dos puertas de oro macizo.

El hermoso y pálido caballero se enjugó el frio sudor que destilaba su frente, en seguida tomó el cabo de vela verde que habia soltado antes, sacó una llavecita y abrió las misteriosas puertas. Y volviéndose á mi abuelo, dijo:

—Ea, pues, ahora es la ocasion de que para siempre seas rico y poderoso... ¡Sígueme!

Ya mi abuelo iba á obedecer, cuando el caballero se detuvo diciéndole:

—Te advierto que nuestra escursion solo puede durar el tiempo que nos duren encendidos estos cabos de vela. En el momento en que se apaguen ó se consuman, estas puertas se cerrarán por sí mismas, y ya no hay esperanza de que volvamos á salir de aquí, donde nos aguardaria una muerte la mas espantosa.

El terror de mi abuelo fué estremado al escuchar semejan-

tes palabras. Con todo, una vez que ya habia padecido tantas incomodidades, le mortificaba no sacar el fruto que podia de aquella aventura. Y luchando entre sus temores y sus deseos de enriquecerse, aproximó la luz á las doradas puertas, y vió una escalera de luciente alabastro, que se perdia en la oscuridad; pero retrocedió horrorizado con la idea de quedarse allí sepultado para siempre.—El hermoso caballero, provisto con su vela, descendió atrevido por la escalera, arrastrando casi violentamente á mi abuelo, que le seguia volviendo el rostro á cada instante, para convencerse de que la retirada quedaba franca y espedita.

Muy pronto llegaron á una sala cuyas paredes resplandecian como si fueran de cristal. En uno de los testeros se veian unas puertas que comunicaban con otro salon, y mas allá en frente se veian otras puertas, y así sucesivamente distinguíanse una série interminable de puertas y salones unos dentro de otros. Todas estas habitaciones estaban llenas de oro y piedras preciosas de tal manera y con tan grande abundancia, que deslumbraban la vista. El caballero siguió adelante en busca de lo mas rico que allí se escondia, y á medida que avanzaba, las puertas se iban cerrando con estraordinario estrépito. Mi abuelo, cuando volvió de su sorpresa, se encontró solo en la primera estancia, y no se cansaba de admirar tantas riquezas, aunque el miedo le quitaba mucha parte de su alegría. Estando embebido en la contemplacion de tales maravillas, creyó oir á lo lejos rumor de espadas y voces, cerrarse y abrirse puertas, y por último, una ráfaga de viento hizo oscilar la luz que llevaba, y acordándose del peligro que corria, si llegaba á apagársele, comenzó á temblar de piés á cabeza.

Luego escuchó un lamento prolongado, al cual siguió un rumor semejante al áspero silbar de una serpiente. Pálido y azorado buscó la salida, despues de haber guardado en el bolsillo de su coleto un puñado de oro. El miedo no le permitió satisfacer su avaricia. Cuando ya se encontró salvo en el primer salon, siempre con la vela verde en la mano, respiró mas tranquilo y se colocó en un ángulo aguardando la salida del misterioso caballero.

Poco á poco la luz se iba estinguiendo, y un olor fétido se iba dilatando por el ambiente, á medida que el cabo de vela chisporroteaba. Por último, se apagó completamente, y entonces sucedió una escena espantosa. El bramido de cien truenos conmovió hasta en sus cimientos todo el castillo, las doradas puertas se cerraron con un ruido infernal, y otra vez apareció en el mismo sitio el atahud, sobre el cual ardian otras dos velas verdes. La codicia habia sepultado para siempre al gallardo caballero.

Durante un largo rato mi abuelo permaneció sin sentido á consecuencia del horroroso estrépito y de la transmutacion verificada en el terrible aposento. Cuando volvió en sí de su desmayo vió abrirse el atahud, del cual comenzó á salir una infinidad de espectros ensangrentados. Cada una de aquellas sombras lanzaba al salir un gemido profundísimo despues de mirar con ojos desencajados á una vision que se agitaba en la techumbre. Era un hombrecillo desmedrado que tenia alas como un querubin, y el rostro de una hermosura incomparable, pero en el cual se notába una espresion indefinible de astucia y de maldad. De medio cuerpo para abajo tenia miembros de leon, con lo que se hacia aun mas estraño y repugnante aquel mónstruo, en que á la vez estaba confundido lo bello, lo feo, lo fuerte, lo débil, lo angelical y lo diabólico.

Siempre que al salir del atahud una sombra lanzaba un lamento, el mónstruo contestaba con una carcajada llena de sarcasmo, de alegría y de odio. Las sombras huian despavoridas, y el mónstruo no cesaba de revolotear y de reir. Por último, del atahud se levantó un anciano venerable que tenia una espantosa herida en el sitio del corazon, y que no cesaba de derramar sangre. Lanzó tambien un doloroso gemido, y respondióle como con mofa la carcajada del mónstruo; pero el anciano caballero, en lugar de huir despavorido, sacó una cruz, la besó con mucha humildad, y esclamó:

—Esta señal será mi consuelo, mi salvacion y la de mis pobres hijos. ¡Que Dios los perdone como yo los he perdonado!

El anciano cayó de rodillas junto al atahud, y comenzó á derramar largo llanto, besando la cruz y orando con toda la fe

de los tristes cuando tan solamente en Dios pueden encontrar su remedio. El mónstruo, al ver la resignacion del anciano, comido de envidia y de furor, prorumpió en los mas espantosos gritos, hasta que, revoloteando como fuera de sí, rasgó por arte maravillosa la artesonada techumbre, le envolvió una espesa nube de humo, y desapareció velozmente lanzando un bramido aterrador. El atahud y el anciano desaparecieron tambien á un mismo tiempo, y las doradas puertas tornaron á abrirse. Súbito mi abuelo vió salir una estraña comparsa, y de vez en cuado llegaban á sus oidos algunas voces graves acompañadas de roncos instrumentos.

Una dama jóven y vestida con una ropa rozagante de púrpura, precedia á un grupo compuesto de dos hombres y dos mujeres, que tocaban dos pífanos y dos panderetas. La dama era de hermoso y seductor semblante, pero tenia la mas horrible deformidad. Estaba completamente calva, y tan solo sobre la frente veíasele un escaso mechon de cabellos. Seguíanla con ademan respetuoso dos enanos, una anciana débil y afligida, y una jóven, bella, robusta, y cuyos ojos revelaban singular atrevimiento y osadía. Iban entonando un cantar que se ha hecho muy comun en esta comarca, porque muchos pastores lo han oido despues muchas veces en el silencio de la noche allá en los ámbitos de la fatal y solitaria Torre del Heredero. La letra es la siguiente:

Diz que la ocasion es calva,
Tan solo tiene un cabello,
Y para asirle es preciso
Aprovechar el momento
En que agradable se inclina
Para saludar á aquellos
A quienes quiere mostrar
Los tesoros de su afecto.
Despues huye rapidísima
Como la vision de un sueño,
Es la reina de un instante
Sutil átomo del tiempo.
Les sobra el valor á unos,

Pero á otros les sobra el miedo.
Todos la ocasion persiguen
Con las alas del deseo;
Mas casi todos la pierden
Ya tardíos, ya ligeros,
Unos por correr de mas,
Otros por correr de menos.

Aquel estraño cantar parecia aludir á la necia timidez de mi abuelo, porque no aprovechó la feliz coyuntura de hacerse inmensamente rico, y á la hidrópica codicia del misterioso caballero, que se internó para saciarla en la funesta mansion, de donde ya no le era posible volver á salir. La estraña procesion atravesó lentamente la espaciosa estancia, hasta que el ruido de su voz y canto se perdió en los dilatados confines de la misteriosa torre. En seguida salió el anciano que poco antes habia estado rezando con tan estraordinario fervor. Iba seguido de un mancebo cuyo rostro y talle semejaban en estremo al hermoso caballero á quien mi abuelo habia servido de guia. La semejanza era tan completa, que no habria sido fácil distinguirlos, á no ser porque este último parecia algunos años mas jóven.

El viejo se cubria con ambas manos la ancha herida de su pecho, y permaneció largo rato de pié, inmóvil, como absorto en profundas reflexiones, ó como si quisiese retener con sus manos crispadas el último resto de vida que parecia escapársele por momentos á vueltas con su sangre. Entre tanto el bizarro mancebo abrió una puerta, tras de la cual se vió un aposento deslumbrador por la magnificencia de sus muebles y por la profusion de lámparas que le iluminaban. En el centro de la habitacion habia un lecho suntuoso, y sobre el lecho un caballero profundamente dormido. El jóven se adelantó de puntillas con un puñal en la mano, que clavó desapiadadamente en el corazon del que dormia.

Oyóse un grito terrible y lastimero; el anciano, como impelido por un resorte, corrió á sujetar el brazo del mancebo, pero este ya habia sepultado por tres veces su alevoso puñal en el pecho del dormido. Aquel caballero, dotado de incomparable hermosura, era el que aquella misma noche habia llegado

lleno de vida y de valor á las puertas de esta pacífica cabaña.

—¡Insensato! ¿Qué has hecho? gritó el desolado anciano.

Luego, señalando al muerto y al asesino, añadió:

—¡Él ha sido parricida! ¡Tú fraticida como Cain! ¡Maldita sea la sed de oro que devora vuestra sangre! ¡Malditos seais! ¡Malditos! ¡Malditos!

Y el anciano cayó de golpe sobre el marmóreo pavimento, contra el cual se rompió el cráneo.

Lívido el semblante, con los cabellos erizados, entreabierta la boca, candados los dientes, apretando convulsivamente su puñal, horroroso como el demonio de la codicia y del asesinato, permaneció algunos minutos el mancebo contemplando con una espresion indescribible los cadáveres de su hermano y de su padre. Al fin prorumpió en una carcajada espantosa, salvage, diabólica, que resonó como un eco del infierno en los dilatados tránsitos de la maldita torre.

Desfallecido de terror y próximo á espirar se encontraba mi abuelo despues de las espantosas escenas de que habia sido testigo, cuando apareció una dama llorosa que se hallaba en cinta y llevaba en brazos un niño de dos años. Presentósele al jóven caballero, y este hizo un movimiento como para estrellar á su hijo contra el muro de la estancia, y clavar su puñal sobre el seno de la madre. Ella lanzó un grito espantoso, y cayó desmayada, teniendo siempre abrazado á su hijo. El caballero pareció hacer un violento esfuerzo para arrancarse de aquel sitio fatal, luego exhaló un profundísimo suspiro, arrojó el puñal, se internó en el salon, y algunos momentos despues salió un monge calada la capucha, y huyendo despavorido, se dirigió á la puerta con intento, al parecer, de abandonar aquel teatro sangriento. Aquella misma mañana, al romper el dia, es fama que algunos pastores vieron atravesar por el bosque á un monge, que, con el hábito descompuesto y con azorado paso, se encaminaba hácia el monasterio del Cristo de la Columna. Mi abuelo no dudaba que aquel monge era el mancebo que la noche anterior habia asesinado á su propio hermano en la Torre del Heredero, si bien es verdad que antes el muerto habia asesinado á su padre.

Ya era casi de dia cuando mi abuelo, creyéndose aun juguete de una espantosa pesadilla, abandonó la torre maldita. A la noche siguiente se vieron brillar algunas antorchas en la cima del monte, sonaron algunos cánticos fúnebres y los lamentos descompasados de una dama.

Desde entonces dicen que los espíritus infernales habitan aquella mansion, y el monge en pena no ha cesado de tiempo en tiempo de aparecer y gritar en la forma y manera que no hace mucho lo habeis visto y oido. Pero lo mas particular, segun se ha observado, es que cada veinte y cinco años á media noche, se oyen los mismos lamentos y lloros de la misteriosa dama. Todos los pastores de las cercanías están alerta cuando llega el plazo terrible, y en la noche del 14 de diciembre jamás han dejado de oirse espantosos gritos, y yo mismo he sido ya tres veces testigo de esta verdad. El año que viene, si Dios quiere y vivimos, volveremos á presenciar desde la falda del monte este terrible y maravilloso acontecimiento.

Aquí dió fin el anciano á su desaliñada conseja, dejando admirados y suspensos á los sencillos pastores, cuya credulidad ciertamente era mucho mayor que la de los dos caminantes. En el mas jóven de estos es muy fácil haya reconocido el lector al buen escudero Gumildo, que despues de haber visto en el convento de Santa Olalla á su querida señora y á su amada Clotilde, se dirigia á Gijon, como lo habia prometido á sus compañeros de cautiverio.

Gumildo, pues, preguntó:

—¿Y hace mucho tiempo que sucedió esa aventura?

—Mi padre, respondió el anciano pastor, tenia cinco años cuando esto sucedió, y murió de noventa hace treinta y nueve, cuando yo contaba cuarenta y cinco. ¡Dios mio, y cómo se pasa el tiempo! ¡Ya hace ciento veinte y cuatro años!

—Entonces el año que viene volverán á oirse los lamentos de la dama dolorida.

—Ya os lo he dicho que así debe suceder.

Tan innumerables como absurdos fueron los comentarios que siguieron á estas palabras, haciendo propósito la mayor parte del auditorio de hallarse presente cuando la época misteriosa llegase.

Pero el hombre de estatura gigantesca y semblante feroz habia permanecido durante el anterior relato inmóvil, silencioso y ceñudo. De pronto lanzó una estrepitosa carcajada, se levantó veloz como un relámpago, desató su caballo, que, como hemos dicho, habia atado á uno de los puntales del soportal, cabalgó de un salto sin poner pié en el estribo, y desapareció como una vision al mismo tiempo que prolongado y ronco retumbó un espantoso trueno.

—¡Jesus! ¡Mil veces Jesus! esclamaron en coro los pastores santiguándose.

¿Quién era aquel atlético y espantoso personage? Llenos de terror los campesinos, creyeron por el pronto que sería el señor de la Torre del Heredero, otros decian que aquel era el verdadero alma en pena, y por último, algunos mas sagaces opinaron que no podia menos de ser Satanás en persona.

No sabemos por qué, esta fué la opinion mas unánimemente admitida.





XXIV.

DONDE SE VUELVE A HABLAR DE LA VERDADERA HEROINA DE ESTA HISTORIA.



ON el fragor de la tormenta, al pálido fulgor de los relámpagos, salvando zanjas, valles y montes como un espíritu de las nubes, se lanzó á un frenético galope el misterioso caminante que tan honda impresion produjo en el ánimo de los pastores. Su terror era efectivamente muy bien fundado, puesto que aquel hombre singular se dirigió hácia la funesta Torre del Heredero, temeridad inaudita é incomprensible. ¿Qué podia conducirle á la funesta mansion á tales horas? ¿Seria tal vez curiosidad? ¿Deseaba acaso satisfacer su codicia con los inmensos tesoros de que habia oido hablar? Sin embargo, la seguridad y rapidez con que caminaba por aquellos desconocidos senderos daba harto á entender que muchas veces y con frecuencia habia verificado el mismo viaje.

Contra todas las probabilidades y temores que habian manifestado los campesinos acerca del fin inevitable que aguardaba á todos los temerarios que á subir el monte se atreviesen, nuestro atlético incógnito llegó sano y salvo á la cima. Allí dió tres prolongados silbidos, y poco tiempo despues se abrió una poterna. El gigante penetró por ella conduciendo su corcel de la

brida, y precedido por un hombre que vestía el hábito monacal.

—¿Está el señor? preguntó el recien llegado.

—Sí, respondió el monge con una inclinacion de cabeza.

—¿Hace mucho tiempo que me aguarda?

—Sí, volvió á responder el monge con el mismo ademan. Era evidente que aquel personage, si bien de aspecto que revelaba grande astucia é inteligencia, era mudo ya por algun accidente, ya de nacimiento. A la sazon estaba su semblante tan descolorido y desencajado, que cualquiera lo habria tomado por un hombre completamente privado de juicio, segun eran estraviadas sus miradas y gestos.

Provisto de una antorcha condujo al recien llegado á una habitacion lujosamente amueblada, aunque todo en ella revelaba remota antigüedad y vetustez. Cuando hubo penetrado el desconocido, ausentóse el conductor, no sin haber cerrado antes la puerta muy cuidadosamente.

Un caballero reclinado en un sitial divisábase en el fondo de la estancia, pálidamente iluminada por una lámpara pendiente de la bóveda, y situada en el centro. En uno de los ángulos de la habitacion veíase un suntuoso lecho que estaba intacto.

El recien llegado se detuvo delante del caballero, se descubrió respetuosamente, y aguardó á que le dirigiesen la palabra.

—¡Gracias á Dios que has llegado! esclamó al fin el caballero, que, al parecer, habia dormido en su sitial, pero que sin duda alguna no se habia recogido en su lecho aguardando alguna importante noticia.

—Señor, repuso el atleta, la noche ha estado sobremanera tempestuosa, y me ha sido indispensable detenerme, á pesar mio.

—¿Y cumpliste mi encargo?

—Perfectamente, señor.

—Refiéreme de qué modo.

—Valiéndome de una estratagema, le dije que un infiel me habia obligado á que le llevase aquella carta. El general moro pareció en estremo sorprendido de la noticia, y yo, aprovechan-

do su turbacion, me escurrí bonitamente por lo que pudiera acaecer.

—Es decir que Munuza no ha podido averiguar de dónde ha partido el golpe.

—Lo ignora de todo punto.

—En ese caso podremos contar con deshacernos de ese maldito Pelayo.

—Lo creo casi seguro, y si fuese tan afortunado que escapase de esta asechanza, no imaginará siquiera que el muy poderoso conde Gudila es el autor de la carta, así como tambien ignora quién fué el que trató de entregar su cabeza á los moros.

—Eres un servidor astuto y leal, mi querido Eulogio, dijo gozoso Gudila levantándose y dando por la estaucia algunos paseos, bajo la impresion agradable de haber conseguido su alevo y criminal intento.

Transcurridos algunos minutos pareció muy pensativo. Luego, volviéndose á su escudero, dijo como hablando consigo mismo:

—El camino del mando ya parece que está espedito... Cada dia aumenta el número de los que se acogen á estas montañas... Tarde ó temprano aquí nacerá un pueblo, este pueblo tendrá su rey; si Pelayo muere, el rey se llamará Gudila. ¿Qué importa el pelear? Pelearán mis vasallos por mi corona...

El vil Gudila interrumpió su monólogo con una sonrisa de desprecio hácia los hombres.

Luego continuó:

—Ahora bien, para conquistar á las gentes el arma irresistible es el oro; yo necesito ser pródigo, Gaudiosa es inmensamente rica, es preciso que yo posea esas riquezas... Además, yo la amo... Ese maldito moro... ¿Y de Gaudiosa no has sabido nada?

—Señor, no tuve tiempo mas que para entregar la carta.— No obstante, todo lo que he podido averiguar se reduce á que Hormesinda está vivamente apasionada por el general Munuza.

—¡La hermana de Pelayo! ¿Es posible?

—Cuando yo penetré en el alcázar noté ruido y movimiento

de fiesta y de regocijo. Por todas partes resonaban músicas, y un ejército de servidores se agitaba acá y allá. Pregunté la causa de aquellos preparativos, y entonces me respondieron que iban á celebrarse las bodas de Hormesinda y de Munuza.

—Es sorprendente ese casamiento.

Gudila pareció asaz meditabundo. Tal vez pensaba que su proyecto de la carta iba á ser completamente inútil.

—¿Y sabrá Pelayo que su hermana está en poder de un moro? preguntó de repente.

—Si lo sabe será el medio mas á propósito para que Abdalla lo mate.

—Preciso es convenir, mi buen Eulogio, en que tienes mucha razon... Sin embargo, añadió Gudila con las megillas inflamadas y crispando los puños de furor, me asesina la idea de que esa jóven encantadora sea cautiva de un infiel... ¿Quién sabe? Las mujeres son tan caprichosas... Pero no, no, eso sería horrible, eso no puede suceder. ¡Ira de Dios! Ella es virtuosa como una santa y pura como un ángel, se dejará matar cien veces antes que...

Al pronunciar Gudila estas palabras se llevó una mano al pecho y otra á su frente. Su corazon y su cabeza se turbaron por la duda mas cruel, sus arterias latian violentamente y se partian bajo el peso de aquel terrible pensamiento. Los celos y las sospechas, como buitres carniceros, le desgarraban las entrañas, porque realmente Gudila amaba á Gaudiosa tanto como era posible que amase aquel corazon encenagado.

—Es preciso, buen Eulogio, es preciso que tratemos de libertarla...

—Inventad algun medio; ya sabeis que yo no sirvo sino para ejecutar lo que vos pensais.

Gudila era un hombre ruin y bajo; pero poseía en grado sumo el instinto de la intriga, en su alma habia algo de satánicamente astuto, su inteligencia no era vulgar, ó por mejor decir, poseía una inteligencia la mas á propósito para concebir un crímen y sus consecuencias como el medio mas fácil para llegar hasta su fin, y al mismo tiempo estaba dotado de un tacto esquisito para hacer servir á sus intentos el bien y el mal, la vir-

tud y el vicio, todo lo que le rodeaba, de todo sacaba partido.

Largo rato permaneció meditabundo. Cuando levantó su frente parecia iluminado por una llama del infierno. Habia encontrado todas las probabilidades de conseguir por mano agena la libertad de Gaudiosa.

—¿Estás seguro de que Munuza ama á Hormesinda? preguntó.

—Tanto que á estas horas ya serán esposos.

—Pues entonces no hemos hecho nada con escribir la carta. Pelayo saldrá libre de este lazo.

—Aunque yo soy un porro, ya se me habia alcanzado que tal vez su hermana le sirva de intercesora.

—Por lo tanto es preciso hacer de la necesidad virtud. La fortuna viene en nuestro favor cuando mas parece querer contrariarnos.

El corpulento escudero se encogió de hombros. Gudila, como agitado por una idea luminosa, no dejaba de gesticular con la interior complacencia que le producia el hallazgo, digámoslo así, de aquel proyecto.

—Inmediatamente, esclamó, inmediatamente es preciso que partas otra vez á Gijon.

No puso el escudero muy buena cara al escuchar esta órden.

—¿Y qué es lo que debo hacer? preguntó algun tanto mohino.

—¡Admirablemente! ¡Se logra sin duda alguna! Mira, querido Eulogio, este es un golpe maestro, estoy seguro de que te ha de agradar.—Oye, lo primero que hay que hacer es introducirte en el palacio de Munuza, y ya sea á Pelayo, ya sea á su hermana, manifestarle el rapto de Gaudiosa verificado por el infame moro. Es muy posible que la tenga oculta en el mismo alcázar...

—Pero, señor, no comprendo qué interés tengais en hacer sabedor de este suceso á don Pelayo, observó el escudero.

Con una sonrisa de superioridad y desden, Gudila contestó:

—Tú no conoces como yo al hermano de Hormesinda. Él ama con delirio á Gaudiosa, es valiente, leal, temerario, pundonoroso... ¡Magnífico!... Pelayo descubrirá á todo trance el

paradero de su amada, Hormesinda le ayudará, y estoy seguro de que muy pronto lo hemos de ver salir de Gijon acompañado de Gaudiosa, en cuyo caso se le acecha en el sitio que parezca mas oportuno, se le arrebata la presa, él deja de existir, y ella será mi esposa.

Eulogio no podia menos de admirarse al pronto de la infernal astucia de su señor; pero despues que hubo considerado su plan, comenzó á entrever que era en estremo aventurado. No dudaba que una vez sabiendo Pelayo el paradero de Gaudiosa, trataria de libertarla, y aún que la conduciria al castillo de Pamia, y que por lo tanto era cosa fácil y hacedera el darle muerte y arrebatarle á su amada. Pero lo que verdaderamente y con harto fundamento creía descaballado era que Gaudiosa, comprendiendo quiénes habian sido los enemigos y asesinos de su amante, se decidiese despues á dar su mano á Gudila.

Vemos por esta acertada reflexion que Eulogio, á pesar de ser una organizacion inculta y bravía, estaba dotado de muy buen sentido. Cuando hubo manifestado á su señor este inconveniente, Gudila, como un hombre que ha previsto todos los obstáculos de una árdua empresa, le contestó:

—Tendrias motivo para hacerme esa objecion, siempre que Gaudiosa pudiese conocer que por órden mia se verificaban tales violencias.

—Pues entonces decid cómo deberá hacerse.

—No hay cosa mas fácil...

—Tened presente, interrumpió el escudero, que Gaudiosa me conoce, y que por otra parte es asaz peligroso valerse de otras personas para espediciones semejantes.

—No creas que nadie sino tú debe dar el golpe, para lo cual convendrá que te disfraces de pastor ó de moro, ó te cubras el rostro con un antifaz ó cosa por el estilo, procurando que sea de noche cuando te aventures á acometer á Pelayo.

—¿Y creeis que don Pelayo no sea un enemigo en sumo grado temible para un hombre solo?

—Eso sería bueno para que le acometieses frente á frente, de lo cual te guardarás muy bien.—Tú eres un escelente tirador de flechas... Pues bien, te le adelantas en su camino, te

emboscas, y cuando pasen á distancia conveniente, disparas tu arco, Pelayo cae, te precipitas sobre Gaudiosa, y despues harás... Mira, añadió Gudila como quien súbitamente ha encontrado un medio de conciliar todos los estremos, mira, Eulogio, nada debes hacer de lo que he dicho, tu tarea es muy sencilla y se limita solamente á que estés en observacion de todo lo que Pelayo haga en Gijon.—Yo estoy íntimamente convencido de que él la libertará, por lo que tú te adelantarás y procurarás darme aviso.—Parte, querido Eulogio, parte al momento.

—¿Y en dónde os encontraré?

—En la ribera del Sella estaré frecuentemente aguardando tu aviso.

—¿Y si don Pelayo elige la noche para su fuga?

—Tambien te aguardaré de noche. ¿Sabes á la ermita de San Fructuoso?

—¿Es una ermita arruinada que está junto al rio Sella á la falda de un monte en un matorral?

—Justamente.

—Conozco ese sitio.

—Pues bien, allí puedes ir á buscarme.

Pocos momentos despues Eulogio, habiendo elegido un soberbio caballo, se dirigia hácia Gijon para participar al hijo de Favila la fatal nueva del rapto verificado por el moro Abdalla.

Gudila por su parte se encaminó á Pamia para ver el estado en que se encontraba el conde Íñigo, herido por el terrible moro, y mucho mas triste y desconsolado aun por la pérdida de su idolatrada Gaudiosa que por la estocada recibida en su defensa, estocada que no era peligrosa, á no ser por la indecible afliccion de que se hallaba poseido.

Mientras que esto acaecia en la Torre del Heredero, el general Munuza habia hecho sepultar en lóbregas mazmorras á los infelices Veremundo, Atanagildo y Pelayo. Solamente Rudesindo pudo salvarse de esta prision, á causa de haber salido del alcázar antes que el hermano de Morayma hubiese recibido la infame carta de Gudila, y que ordenase el cautiverio de los desdichados amigos y del anciano y venerable duque de Cantabria.

Munuza, ardientemente enamorado como lo estaba de Hor-

mesinda, guardó despues de la susodicha prision la mas absoluta reserva, y mandó disponer las cosas de modo que se verificase la ceremonia de su casamiento como si nada hubiese sucedido. La hermosa vírgen cristiana creyó de buena fé que su hermano habia salido salvo del alcazar, ignorando completamente la negra y horrible trama de que habia sido víctima.

Muy feliz se consideraba la bella Hormesinda al contemplarse unida para siempre al hombre que idolatraba; pero tan suprema y anhelada dicha estaba amargada en aquellos momentos por el doloroso recuerdo de su hermano, cuya faz severa é irritada le parecia ver por todas partes. Así es que rogó á su esposo le permitiese retirarse á su aposento para tranquilizar su espíritu del torbellino de emociones que le agitaban.

Reclinada en un sofá, esparcidas aquí y allí las espléndidas galas de su rico atavío, pálida y llorosa, pero como nunca interesante y bella, estaba Hórmesinda en su estancia, únicamente acompañada de su fiel Alvida. Ambas estaban silenciosas y entregadas á sus tristes pensamientos.

De repente llamaron á la puerta muy recatadamente.

Hormesinda estaba tan abstraida que ni siquiera se apercibió de este misterioso llamamiento.

Alvida se levantó y dirigióse á abrir la puerta.

—Entrad, señora, dijo la doncella de Hormesinda.

—No, no, solo quiero hablar contigo algunas palabras, respondió una hermosa jóven de cabellos castaños y ojos garzos.

—Decid, señora, decid, que estoy dispuesta á obedeceros.

La recien llegada asió de la mano á Alvida y la condujo al otro estremo de la antecámara, como si tratase de revelarle un importante secreto, segun podia deducirse de las esquisitas precauciones que tomaba.

Despues que hubo paseado una mirada en torno suyo, asomádose á la galería y cerrado la puerta de la antecámara, dijo:

—Querida Alvida, es preciso que los cristianos mútuamente nos ayudemos.

—Señora, contad conmigo; pero ¿qué sucede?

—Has de saber que en uno de los mas retirados aposentos del alcázar habita una cautiva cristiana.

—¿Y sabeis quién es?

—Sí.—Parece que se encuentra en un estado el mas lastimoso. Está delirante, pálida y próxima á exhalar el último suspiro. El moro que la ha cautivado rogó á una esclava de mi señora que fuese á asistirla, y esta le ha prodigado los mas tiernos cuidados, y durante el terrible delirio de la enferma no ha cesado de llamar á su padre y á Pelayo. La afectuosa solicitud de Jarifa ha logrado calmar algun tanto los padecimientos de esta infeliz cautiva, y como la esclava Jarifa me profesa el mas sincero afecto, me lo ha referido. La prisionera es Gaudiosa, la amada de tu señor y la hija del conde don Íñigo, á quien el pérfido Abdalla, el amigo y lugar-teniente de Munuza, ha arrebatado de los brazos de su anciano padre.

—¡Desgraciada señora! esclamó Alvida con la mas profunda compasion.

—Gaudiosa ha preguntado á Jarifa el lugar donde se encontraba, y cuando supo que se hallaba en Gijon y en el alcázar de Munuza, su alegría no tuvo límites, y segun afirma la esclava, parece que semejante noticia ha contribuido en gran manera al alivio de la infeliz cautiva.

—¡Se alegraba de estar aquí! ¡Cosa mas rara!

—Al contrario, Alvida, no hay cosa mas natural. Ella sabia que aquí se encontraban Pelayo y mi querido Atanagildo. Jarifa no ignora cuánto me interesaba esta noticia, y como la esclava es de tan buena índole y me quiere tanto, me lo ha manifestado todo. Además, Jarifa habia prometido á la cristiana hacerle saber á Pelayo su nombre y su desgracia.

—¿Y qué debemos hacer?

—Es muy sencillo. Tu señora deberá decir á su hermano que Gaudiosa se encuentra cautiva en este mismo alcázar.

—Pero es el caso, noble Rosmunda, que mi señora está muy afligida en este momento, á causa de la entrevista que ha tenido con su hermano. Figuraos cuánto no habrá sido el disgusto del noble don Pelayo al saber la funesta pasion de Hormesinda. La ha amenazado, y á no ser por el anciano Veremundo, yo no sé qué hubiera sucedido. Tal vez la hubiera sacrificado á su furor.

—¿Y bien? ¿Qué importa todo eso para hacer que Pelayo sepa lo que acabo de decirte?

—¡Qué importa! ¡Ahí es nada! Si no hubiese acaecido lo que acabo de referiros, no habria dificultad alguna.

—¿Pues qué ha sucedido?

—Que irritado en gran manera Pelayo contra su hermana, la imprecó furiosamente y hasta la amenazó con su puñal, y por último se alejó furioso, de manera que es imposible manifestarle lo que vos decís y lo que yo deseára tambien.

—Pues á lo menos tu señora podrá suplicarle á Munuza por la libertad de esa desdichada jóven.—Adios, Alvida, no olvideis mi encargo. Dile que es Gaudiosa, la hija del conde don Íñigo.

Prometióselo así Alvida, y ambas jóvenes se separaron rápidamente.

Aun estaba Hormesinda profundamente sumergida en sus meditaciones cuando volvió á su lado Alvida.

Durante mucho tiempo la jóven doncella respetó la distraccion de su señora; pero estaba impaciente por revelarle todo lo que le habia referido Rosmunda. Por último se decidió á romper su silencio y á contar á su señora la prision é infortunio de Gaudiosa.

—¡Ah! esclamó dolorosamente Hormesinda. ¿Y mi hermano en dónde estará ahora? Corre, Alvida, vuela á buscarle.

—Pero, señora, yo lo ignoro completamente. ¿Dónde quereis que vaya? ¿No os acordais cuán furioso se alejó de aquí?

—Busca á Veremundo, juntos salieron, aun no se habrán separado... Es preciso que Pelayo sepa dónde se encuentra Gaudiosa, mi amor fraternal exige que yo me declare la protectora de sus afectos.— Anda.

Disponíase la doncella á obedecer las órdenes de su señora, cuando abriéndose de repente la puerta, apareció un guerrero cristiano cubierto de polvo y con todas las muestras de llegar de un largo viaje.

Y alzándose la visera de su almete, se detuvo delante de Hormesinda y su doncella.

Es imposible describir la emocion profunda, la sorpresa,

el asombro que se pintaron en el semblante de las dos jóvenes.

—¡Ferrandez! esclamó Hormesinda.

—¡Hermano de mi alma! gritó la doncella precipitándose en brazos del recien llegado.

Figúrese el lector la patética escena que seguiria á este reconócimiento, despues que tanto tiempo habia llorado muerto á su hermano la cariñosa Alvida.

La esposa de Munuza tambien manifestó por su parte al leal escudero de Pelayo el afecto y estimacion que su fidelidad á toda prueba merecia. A todas estas muestras de cariño mostrábase triste é indiferente el buen Ferrandez.

Hormesinda, comprendiendo lá mortal inquietud que manifestaba, le preguntó:

—¿Qué pena te aflige, buen Ferrandez?

—Permitid, señora mia, que lamente el veros en este sitio y esposa del mismo que envió á mi señor adonde ha estado muy próximo á padecer la mas espantosa muerte.

Sonrojóse Hormesinda al oir estas palabras, pero no las rechazó, porque harto bien conocia que aquel enojo mas demostraba lealtad y cariño hacia su linage que no intento de mortificarla.

Alvida y su señora abrumaron al escudero con una multitud de preguntas acerca de su esclavitud y de su encuentro con don Pelayo. A todo satisfizo rápidamente Ferrandez, añadiendo por último que desde la noche anterior se habia quedado fuera de la ciudad aguardando á su señor y á Atanagildo; pero que cansado de esperar y temeroso de algun desgraciado incidente, se habia resuelto por fin á penetrar hasta el alcázar.

Grande admiracion mostraron las jóvenes cuandò hubo terminado Ferrandez su relato; pero viendo que su señor no se encontraba allí, tras una breve pausa preguntó, dirigiéndose á Hormesinda:

—¿Y vuestro hermano, señora mia?

—Cuando partió de aquí iba muy enfurecido. Nadie mejor que tú podrá decirle lo que antes mandé á tu hermana que le participase.

Y las jóvenes relataron al escudero la nueva transmitida por Rosmunda acerca de la prision de Gaudiosa.

—¡Qué desgracia, Dios mio! esclamó el buen escudero considerando la angustia que tal noticia habia de causar en el ánimo de su señor. ¿Pero adónde estará? Voy á verlo ahora mismo.

—Si quieres encontrarlo de fijo, estará en compañía de Veremundo.

—Es el caso, señora, que nadie ha podido darme razon, porque ya he preguntado por vuestro respetable tio, antes de llegar aquí...

Este diálogo fué interrumpido por el rumor de algunos pasos que resonaron en la antecámara.

Un momento despues apareció la figura pálida y sombría de Munuza, cuya espresion siniestra y amenazadora se aumentó á vista de aquel cristiano.

Hormesinda, no obstante, creyó que su esposo estaba disgustado porque no habia consagrado algun tiempo á sus amores, despues de la solemne ceremonia que acababa de tener lugar aquel mismo dia. Nunca podia soñar que la causa de su seriedad y gesto fuesen las negras sospechas que en su corazon habia infundido la carta entregada por el agente del pérfido Gudila.

La candorosa vírgen refirió al árabe la triste historia de la desdichada Gaudiosa, esclava del feroz Abdalla. Figúrese el lector cuánta no sería su sorpresa cuando Munuza, con acento desabrido, le respondió:

—Yo nada puedo hacer en eso. Abdalla es dueño de sus acciones y de sus esclavas.

—Pero ten en cuenta, amado mio, que esa hermosa jóven es la amada de mi querido hermano.

—¡Tu hermano! ¿Pues no decias que habia muerto?

—Tú mismo lo habias creido; pero felizmente no ha sido así.

—Lo sé muy bien.

—Hoy he tenido el placer de verle.

—No volverá á repetirse esa entrevista.

—¿Qué quieres decir?

—Que los pérfidos que habian tenido la osadía de introducir-

se con malévolas intenciones hasta en el recinto de este alcázar, ya están aprisionados y sin la posibilidad de perjudicar en lo mas mínimo á mi poder.

—¡Pelayo prisionero!

—Y tambien Veremundo y su hijo.

—¡Munuza de mi alma! ¿Qué has hecho?

—Mi deber.

—Pelayo solo pretendia verme...

—Mira esta carta.

—¡Es una infame calumnia! esclamó la jóven despues de haber leido.

—Este aviso es de un moro.

—¿Y cómo no está en tu idioma?

—Sin embargo...

—¡Oh! ¡Te engañan! Te engañan miserablemente.

Munuza hizo un gesto negativo, y despues de clavar una mirada amenazadora en Hormesinda, salió rápidamente de la estancia.

Cuando Ferrandez supo la suerte de su señor, no es decible la pena y el furor juntamente que se apoderaron de su corazon.

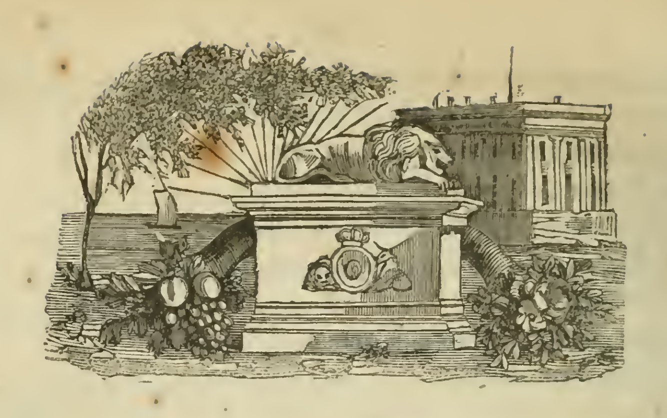
El leal escudero se despidió de su hermana y de Hormesinda, que, como herida de un rayo, permanecia abismada en su dolorosa sorpresa.

Ferrandez salió con intento de meditar y poner en práctica los medios de salvar á su amado don Pelayo; pero no bien hubo llegado á la galería, cuando dos esclavos negros se precipitaron sobre él, desarmándole y conduciéndole á una prision de órden de Munuza.

Entre tanto la desolada Hormesinda no sabia qué pensar de tanto cúmulo de desdichas como pesaban sobre ella, precisamente en el mismo dia en que creyó para siempre encadenar su felicidad.

—¡Voy á ver á Morayma! esclamó al fin. Ella salvará á Gaudiosa, yo salvaré á Pelayo, ó moriremos juntos.

Y esto diciendo, levantóse rápidamente y se encaminó al aposento de la hermana de Munuza.



CAPITULO XXV.

UN DILEMA.



ormesinda y Morayma habian contraido la mas tierna amistad. Cada una de las jóvenes creia ver á su amado al ver á su amiga. Tal era la semejanza entre Hormesinda y su hermano, entre Munuza y Morayma. Esta recibió con el mayor agasajo á la hermosa nazarena, que en breves palabras le refirió la prision de Pelayo y el rapto de Gaudiosa. Ni lo uno ni lo otro ignoraba la jóven árabe, puesto que acababa de saberlo todo de boca de su esclava Jarifa.

La bella mora estaba fuera de si con la noticia impensada de que tan cerca se hallaba su idolatrado nazareno. Para siempre habia huido de su corazon la esperanza de volver á verle; pero ahora por tan desusado camino parecia que una deidad compasiva ó funesta se esforzaba en presentarlo ante sus ojos. Tal vez Morayma habia resuelto su partida de Córdoba para unirse con su hermano Munuza, aguijada por el presentimiento de encontrar un dia al peligroso mortal que habia despertado en su alma un profundo sentimiento de amor inestinguible.

Despues que las dos amigas hubieron hablado largamente y combinado su plan, se separaron para cada una poner en práctica la parte que le correspondia en su generoso empeño. La conferencia habida entre ambas jóvenes estuvo revestida del

mas absoluto misterio, y á nadie participaron su definitiva resolucion.

Inmediatamente Morayma se dirigió acompañada de Jarifa y de Rosmunda al aposento de la prisionera, que se hallaba en el mas infeliz estado. Y franqueadas las puertas por el esclavo de Abdalla, que no tuvo valor para cerrar la entrada á la hermana del temido Munuza, esta se arrojó en los brazos de Gaudiosa y procuró consolarla con las mas vivas demostraciones de ternura, y prometiéndole que muy pronto estaria libre de las infames exigencias de su raptor.

—¡Ay amada señora! esclamó con transporte la interesante cristiana.—El cielo os ha enviado para sustraerme á la persecucion de ese vil Abdalla que pretende mis caricias, despues de haberme arrancado de los brazos de mi querido padre... Tal vez á estas horas bajo el peso de su desesperacion haya exhalado el último suspiro... ¡Padre mio!

Y la desolada Gaudiosa, desmadejada su hermosa cabellera rubia y anegados en llanto los ojos, retorcia con dolor sus manos al recordar la amargura del desdichado don Íñigo.

Morayma preguntó:

—¿Con que el pérfido Abdalla se ha atrevido á exigir?...

—Sí, señora; se ha atrevido á imponerme la condicion de que esta noche seré su mas rendida esclava, ó que si desecho sus caricias debo renunciar á la esperanza de ver la luz, amenazándome con sumergirme en una lóbrega mazmorra, donde permaneceré hasta que ceda á la voluntad de... ¡Oh! Primero mil muertes que la violencia triunfe de mi corazon, antes mi vida se estinguirá entre los horrores de mi abandono y soledad, que yo falte á mi deber y al amor de mi querido Pelayo...

Al oir tales palabras la infeliz Morayma se dejó caer desfallecida sobre los brazos de sus servidoras, herida cruelmente por sus celos.

Pero la inesperta cristiana, completamente agena á lo que dentro del corazon de la jóven pasaba, y creyendo tal vez que su emocion provenia de un sentimiento de horror y lástima, continuó:

—No, no sucederá así felizmente. La Madre del Redentor,

la consoladora de los afligidos, ha escuchado mis súplicas y me envía cuando menos podia esperarlo una protectora en medio de mi total aislamiento.

Morayma permanecia silenciosa, hasta que por último, como una persona que toma una resolucion penosa, pero digna, preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que has visto á tu amante Pelayo?

—Aun no hace ocho dias.

—¿Y en dónde le viste?

—Cerca del castillo de Pamia.—Allí se despidió de mí para unirse con sus compañeros, entre los cuales estaba un deudo suyo llamado Atanagildo... Yo, señora, he sido siempre muy desgraciada: antes del presente infortunio, mi padre trataba de darme esposo contra mi voluntad muy en breve, por lo que mi adorado Pelayo prometió volver á lo mas dentro de ocho dias. ¡Ay! ¡Cuán agenos estábamos de que en tan corto tiempo habian de sobrevenirnos tantas desdichas! Primero le lloré muerto, despues le encontré cuando, segun me dijo, acababa de escapar de su triste cautiverio, gracias á su valor, que habia superado mil peligros; y ahora ¡que horror! él volverá y su desesperacion será inmensa cuando no me encuentre. ¡Si yo pudiera hacerle saber mi horrible suerte! Pelayo debe estar ahora en Gijon; pero ¿cómo participarle mi infortunio?

—Aun cuando él lo supiera, muy poco podria hacer en tu obsequio.

—Comprendo el peligro de que se presente aquí; pero yo moriria gustosa despues de hablarle un momento. Además, ¿qué no intentaria él por salvarme? ¿Él, que es tan valiente, tan discreto y cariñoso? ¡Cuán dulce es para una amante verse salvada por su amado!

—El infeliz Pelayo necesita en este instante ser socorrido como tú lo serás.

Gaudiosa palideció espantosamente.

—¿Qué quereis decir, señora?

—Tu amante en compañía de su primo gime ahora en una mazmorra mucho mas horrible que la tuya.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Hasta cuándo vuestra cólera esta-

rá lanzando desdichas sobre mí? ¡Esto mas! ¡Querido Pelayo!

—No te aflijas de esa manera, que por Alá te juro que muy pronto serás libre y dichosa en compañía de tu amado. Yo seré tu escudo y tu libertadora...

—¿Y mi amiga? preguntó Gaudiosa con su dulce voz y fijando en la mora sus ojos empañados por lágrimas de agradecimiento.

—Sí, sí, murmuró la hermana de Munuza.

Gaudiosa en la efusion de su gratitud se precipitó en los brazos de Morayma, cuyos labios temblaron sobre la frente bella y pura de la amada de Pelayo. A pesar de sus horribles celos, y aunque con el corazon destrozado y el bello rostro cubierto de palidez y de lágrimas, Morayma al fin abrazó á la nazarena.

—¿Y cuál era el objeto de Pelayo? preguntó Morayma.

—Era su pensamiento llevarse á Hormesinda de esta ciudad, y tambien á su tio Veremundo...

—¡Ay! esclamó Rosmunda, el anciano tio de Pelayo se encuentra á la sazon prisionero como vuestro amante.

—¡Cuántas desgracias, Dios mio!

—Teneis razon, señora, replicó Rosmunda. Atanagildo, mi amante, el hombre á quien idolatro, el hijo de Veremundo, el amigo de Pelayo, se encuentra tambien con este en la misma prision... Es preciso, es preciso salvarlos. ¡Oh! Yo daria mi vida por la suya.

Morayma astaba triste, llorosa é inmóvil; pero no por eso dejaba de prestar grande atencion é interés al diálogo de las dos enamoradas cristianas.

—¡Sígueme! dijo de pronto á la prisionera.

Dispúsose Gaudiosa á obedecer, cuando el guardian del aposento, si bien en los términos mas respetuosos, se adelantó hácia Morayma diciendo:

—Señora, os ruego que escucheis mis palabras... No es posible que esta nazarena salga de aquí, porque Cid Abdalla me reconvendria...

—Calla y toma, respondió Morayma arrojándole una bolsa de oro.

—Señora... Mi deber...

—¿Deseas que mi hermano te mande cortar la cabeza?

—¡Oh! ¡Por el sagrado Profeta! ¡Por Alá!... Yo procuro solamente ser un buen servidor.

—Te autorizo para que cuentes todo al vil Abdalla; pero no te opongas á que salga de aquí la prisionera, si en algo aprecias tu vida.

—Mi señor me dará la muerte.

—Yo te defenderé.

El moro inclinó la cabeza convencido de que tan perdido estaba oponiéndose á dejar el paso libre á la cautiva, como accediendo á los deseos de la hermana del gobernador.

Y exhalando un suspiro, guardó la bolsa, se encogió de hombros, y esclamó:

—Bien sabe el poderoso Alá que solo cedo á la violencia... Yo diré á mi señor que no he podido resistir á vuestros mandatos... ¡Pasad!

Las jóvenes por último se alejaron, dejando al guardian todo confuso y aturdido, si bien pensó para sí que no le quedaba otro recurso sino contar á su señor la escena que acababa de acaecer.

Morayma ocultó en sus aposentos á la interesante Gaudiosa. Y en verdad que era sublime la abnegacion de la bella mora al proteger tan decididamente á la amada de Pelayo, á la mujer que antes de conocerla aborrecia, á su rival en fin.

Llegó la noche. Una sombra blanca cruzó por las galerías del palacio y se dirigió al aposento que sirviera de prision á la encantadora hija de don Íñigo. El aposento estaba iluminado opacamente por una lámpara que pendia del techo. Sobre un divan veíase á un hombre con la megilla apoyada en una mano, y cuyo semblante revelaba el mas profundo abatimiento. Aquel hombre era el esclavo destinado al servicio de Gaudiosa.

La entornada puerta, pues, se abrió de pronto, y penetró en la habitacion un hombre de gigantesca estatura, de color cetrino, mirada oblicua, boca replegada y orgulloso continente. Aquel hombre era el feroz Abdalla, el infame raptor de la hermosa virgen que idolatraba al noble Pelayo.

Es imposible pintar la espresion de sorpresa, de rabia y de ferocidad que se reveló en el semblante del arrebatado moro,

cuando vió que en el aposento no se hallaba su encantadora cautiva. En el primer momento de su furor asió de la barba al guardian y lo arrastró por el suelo. El triste servidor habia previsto sin duda este rapto de cólera, á juzgar por la resignacion é impasibilidad conque sufrió el arranque de Abdalla.

—¿Y mi hermosa cautiva? ¿En dónde está? preguntó el árabe con voz sorda é iracunda.

Refirióle su servidor todo lo acaecido, y fué tal la rabia que se apoderó de Abdalla, que con los puños crispados permaneció largo tiempo inmóvil, silencioso y meditabundo. Al fin como un hombre que se fija en una idea luminosa comenzó á pasearse á grandes pasos por la estancia. En seguida, volviéndose á su servidor, le hizo repetir de la manera mas minuciosa todo cuanto habia acaecido y escuchado á Morayma y á la cautiva, relativamente á sus amores y á su deudo Atanagildo, amante de Rosmunda é hijo de Veremundo. Sobre los amores de Rosmunda y Gaudiosa con los jóvenes cautivos insistió con una tenacidad notable. La prision de los cristianos habia producido grande alarma y curiosidad en el palacio de Munuza, y como Abdalla era no solo su amigo, sino tambien su lugar-teniente, claro está que fué de los primeros que supieron quiénes eran los encerrados, así como la causa que habia motivado su arresto.

Abdalla, pues, se encaminó al punto á la mázmorra donde gemian desconsolados Pelayo y Atanagildo.

Sombrío, severo, amenazador como un fantasma, penetró en la prision precedido por el carcelero, á quien despidió despues de haber cerrado la puerta. En un rincon del calabozo, cargados de cadenas, desencajados los ojos y pálido el semblante, se hallaban los dos jóvenes abatidos y tristes como dos reos sentenciados á muerte. El carcelero por órden de Abdalla habia dejado una lamparilla sobre el suelo. Al pálido resplandor de aquella luz los míseros cautivos pudieron contemplar el rostro adusto y terrible del sañudo moro, que apareció en aquella mansion del dolor como el genio del mal, como el ángel de las venganzas.

—¿Cuál de vosotros se llama Pelayo? preguntó Abdalla con altivez.

—Yo, respondió arrogantemente el cristiano.

Aquel hombre era ya su enemigo. La atmósfera que envolvia al infiel estaba impregnada de rencor. El odio, lo mismo que el amor, tienen una especie de fluido particular.

—Segun eso ¿tú eres Atanagildo? preguntó el moro volviéndose al otro prisionero, que á su vez respondió:

—Atanagildo soy.

—¿El hijo de Veremundo?

—Sí.

—¿El amante de Rosmunda?

—¡Cómo! ¿Sabes acaso?...

—Lo sé todo.

—¿Y bien?

—¿Sabes en dónde está tu padre?

—Lo ignoro. Al encerrarme en esta prision me separaron brutalmente de su compañía.

—Tu padre está, como vosotros, sumergido en una lóbrega mazmorra.

—¡Rayos del cielo! murmuraron los jóvenes.

—Y Rosmunda está al servicio de Morayma.

—¡Están en Gijon! esclamaron ambos jóvenes estupefactos.

El moro hizo una señal afirmativa.

Luego añadió dirigiéndose á Pelayo:

—¿Conoces á Gaudiosa, la hija del conde Íñigo?

—¡Oh! ¡Ámada mia! ¿No he de conocerla?

—Es mi cautiva, y pronto seré dueño de su hermosura.

—¡Infame! ¿Qué has dicho? ¿Quién eres tú, moro vil y aleve, para atreverte á profanar el nombre de ese ángel de pureza?

—Te lo repito; Gaudiosa muy en breve será mia.

El valiente caballero no pudo contenerse y asestó al moro una terrible bofetada, única manera de que le era dado castigar su atrevimiento, pues que tan solamente tenia libres los brazos. El resto de su cuerpo estaba encorvado bajo el peso de una atroz cadena que desde la cintura le bajaba hasta los piés, imposibilitándole de dar un paso, á no ser con gran trabajo.

Es seguro que si el valiente mancebo hubiese tenido un arma á la mano en aquel momento, Abdalla habria dejado de

existir; pero desgraciadamente se hallaba preso y encadenado.

Muy pronto hubo de arrepentirse el noble jóven de su imprudencia, considerando que su suerte estaba en manos de sus mas crueles enemigos, cuyo encono y encarnizamiento subirian de punto despues de tamaña afrenta. El buen Atanagildo lanzó un gemido, comprendiendo que ya no podia haber salvacion para su querido Pelayo.

—¿Qué has hecho, infeliz? murmuró en su oido.

—Castigar al villano que me insulta.

Abdalla entre tanto, furioso como un leon espumante, echó mano á su puñal con el visible intento de atravesarle el corazon al insensato que se habia atrevido á humillarle y ofenderle de un modo tan cruel. Pero en el mismo instante se contuvo, como si hubiese meditado un género mas terrible de venganza, ó acaso temiendo que el gobernador Munuza le hiciese responsable de la vida de sus prisioneros.

Volvió á envainar su puñal, una sonrisa diabólica vagó por sus labios, y fijando sus ojos sanguinolentos en el infeliz Pelayo, dijo con acento sordo, amenazador, sombrio y reconcentrado por el odio:

—Gaudiosa estaba en mi poder...

—¡Mientes! interrumpió furioso Pelayo.

—Te digo la verdad. —Oidme, nazarenos, porque os juro por el sagrado Profeta que os importa mucho el escucharme.

Este preliminar produjo su efecto, es decir, que los dos cautivos redoblaron su atencion para escuchar al infiel, el cual continuó con imperturbable calma:

—Yo habia estado en una de mis escursiones alojado en el castillo de Pamia, y no pude menos de sentirme herido de amores por los bellos ojos de la hija de Iñigo...

Pelayo recordó que efectivamente Gaudiosa le habia dicho en su entrevista que pocos dias antes se habia albergado en el castillo de su padre una cuadrilla de ginetes árabes, y aun pensó temblando en que la jóven le habia manifestado el terror que le causaba el aspecto de su gefe llamado Abdalla. El moro con-

tinuaba su relato con ese acento reposado y tranquilo que en ciertos casos suele ser mas amenazador que los arrebatos y transportes del furor mas desencadenado.

Abdalla decia:

—Enamorado, pues, de su hermosura, pensé robarla, y lo he verificado así, porque jamás he dejado de cumplir mi voluntad. ¿Lo oyes, nazareno?

El jóven escuchaba trémulo, pálido, yerto, embotado de asombro y de dolor. Al fin gritó con voz de trueno:

—¿Y el cielo no ha lanzado sobre tí sus rayos, aleve y ruin sayon? ¿Te has atrevido á poner tus ojos y tus manos en la delicada flor de tanta virtud y belleza? ¡Ah infame! Ya te conozco, ya sé que eres el vil Abdalla.

—Lo has acertado, respondió con diabólica sonrisa el moro. Pero lo que sin duda no acertarás es lo que ha sucedido despues y la resolucion que he tomado.

—Habla, dijeron á la vez los dos cristianos.

—Escuchadme con atencion.—Gaudiosa estaba bajo mi poder y ha desaparecido; Munuza está muy irritado contra tu hermana... ¡Oh! ¡Yo me vengaré!... Hormesinda ha tenido la culpa de todo lo acaecido, y ella es la que, valiéndose de otras personas, ha ocultado á mi hermosa cautiva. Yo la arrebaté, á su vez me la han arrebatado; pero yo sabré encontrarla... Tu hermana es una pérfida, vosotros unos insensatos, y el viejo Veremundo es un traidor, pues que en el mismo alcázar de Munuza admite á los enemigos de este.

—¡Infame!

—¡Villano!

—Tened calma, os ruego, porque cuanto mas grande sea vuestro furor, tanto mas inútilmente os cansareis. Lo que ha de ser de vosotros ya está escrito, estais bajo mi voluntad, y ahora mismo voy á manifestárosla.

Abdalla guardó silencio algunos minutos mientras que los míseros cristianos estaban pendientes, por decirlo así, de la resolucion y de las palabras del sanguinario moro.

—He sabido, continuó con maligna sonrisa, he sabido que sois íntimos amigos y deudos, noticia que me ha llenado de pla-

cer, creedme.—El anciano Veremundo se encuentra en este instante prisionero...

—¡Padre amado! murmuró el buen Atanagildo ardiendo en santa ira su generoso corazon.

—Decia que Veremundo se encuentra en una mazmorra, y que su libertad y su vida están en mi mano.

—¡Ah, noble Abdalla! esclamó Atanagildo. Tú eres un valiente, ya ves que no es digno de tí el ensañarte contra un infeliz anciano. ¿Es verdad? Tú que has vencido en tantas lides, ¿no miras con horror y hasta con desden el sacrificar un ser débil, encarcelado é inerme? Yo así lo creo, noble Abdalla, y si es necetario, te lo pido de rodillas, ¡salva á mi padre! Haz de mí lo que quieras, yo puedo haceros daño algun dia; pero él, ya débil y cansado... ¿No tienes padre por ventura?—Tú eres un guerrero esforzado, los guerreros son generosos, oye mi súplica.

Y el noble mancebo, tan fuerte, tan altivo, tan orgulloso, prescindia de su fuerza, de su altivez y de su orgullo por libertar á su anciano padre. Atanagildo estaba de rodillas á los piés del bárbaro africano. Verdaderamente era patético y sublime aquel espectáculo. Una lóbrega mazmorra era en aquel momento teatro de tan inmensa abnegacion, tanto mas respetable y digna cuanto era mas indómito el carácter del fiero Atanagildo. Nunca la virtud se ostenta mas resplandeciente que entre las tinieblas de un calabozo. El noble Pelayo unió tambien sus ruegos á los de su amigo.

Abdalla prorumpió en una estrepitosa carcajada.

El hijo de Veremundo alzó sus ojos al cielo, y despues, crispando sus puños de furor, se levantó de un salto y se precipitó como un tigre sobre el infiel. Este se limitó á sujetarle los brazos, pues desarmados como estaban, nada tenia que temer de los cautivos.

—Jamás te humilles sino delante de Dios, dijo Pelayo. Los hombres no son dignos de oir la voz del infortunio; ellos temen á la mano que los degüella, pero desoyen la voz que les suplica. Los hombres, y particularmente estos infames, no merecen sino horror y desprecio.

Y en seguida ambos jóvenes volvieron la espalda al moro, y guardaron el mas obstinado silencio. Abdalla, que era en extremo orgulloso, se mordió los labios de cólera hasta hacerse sangre; pero su alma infernal habia meditado la mas terrible venganza.

—Ya encontraré el medio de que me escucheis y tembleis, dijo afectando serenidad, pero con un acento amenazador y sordo como el eco de un trueno lejano.

Los cautivos continuaron inmóviles y mudos.

—Atended á lo que os digo, insensatos nazarenos; si quereis salvar al anciano Veremundo, oid lo que debereis hacer.

—¿El qué? preguntó vivamente Atanagildo volviéndose hácia su enemigo.

—Escribir á Hormesinda para que al punto haga que me devuelvan á mi hermosa cautiva. A este precio no solo Veremundo recobrará su libertad, sino tambien vosotros.

Pelayo lanzó un grito de furor, Atanagildo exhaló un gemido profundo.

—No hay otro remedio, insistió el implacable Abdalla; si quereis hacer lo que acabo de proponeros, aquí traeré recado de escribir, y yo os dictaré el contenido de una carta en que digais á Hormesinda que inmediatamente me entregue á la gentil Gaudiosa. Yo sé que Hormesinda obedecerá, decídselo así, ó de lo contrario mañana á estas horas el traidor Veremundo habrá dejado de existir.

Al oir tales palabras ambos jóvenes cambiaron una mirada intensa, dolorida, elocuente como un poema, pero imposible de describir. Hay momentos en la vida del hombre en los que una sola ojeada dice tanto, que no cabe en el estrecho círculo de la palabra. Con razon se ha llamado á los ojos el espejo del alma.

Los dos tiernos amigos se dieron á entender todo un mundo de pensamientos que hubieran podido formularse, aunque vagamente, en estas palabras:

—Mucho la quiero, parecia querer decir Pelayo, pero tu padre...

—Mucho amo á mi padre, pero tu amor, tu dicha y la amistad que te profeso...

Entre ambos jóvenes existia una lucha de abnegacion, de desprendimiento y de generosidad. Cada uno se creía con fuerzas para sacrificarse en obsequio del otro. Pelayo habria tenido el heroismo de renunciar á su amor porque su amigo salvase á su padre. Atanagildo era capaz de confiarse á Dios antes que firmar la sentencia de su padre ó de su amigo. Todo esto y mucho mas se dijeron con una mirada, si bien permanecieron mudos, porque eran insuficientes las palabras para espresar el torbellino de sus ideas y sentimientos. En ciertas situaciones de la vida la mas sublime elocuencia consiste en el silencio.

—Ya veis que soy compasivo, dijo el vil Abdalla. Para que reflexioneis os doy de término hasta mañana á estas horas. Tenedlo presente y elegid: ó la muerte de Veremundo, ó la posesion de Gaudiosa.

Y esto diciendo, el feroz Abdalla desapareció rápidamente, dejando á los dos mancebos sumergidos en el abismo insondable de este dilema horrible y sanguinario.





XXVI.

LA VINDICACION DE UNA DAMA.

PRIVADOS de libertad, de luz, de aire, emponzoñado el corazon y aterrados con la cruel amenaza del moro, permanecian los dos amigos en el silencio y soledad de su mazmorra. Mil horribles y sanguinarios pensamientos bullian en la mente de Pelayo al recordar que Gaudiosa habia sido arrebatada por el licencioso Abdalla. Se quejaba al cielo porque constantemente se mostraba enemigo de sus amores. Mucha fé tenia en las palabras de Gaudiosa, y mucho fiaba de su virtud, de su inocencia y de su amor; pero tambien se estremecia al considerar que la violencia habia podido poner sus rudas manos sobre la delicada vírgen; porque ya sabia por esperiencia que el áspero peñasco quiebra el cristal, y que siempre el huracan sañudo troncha las flores: Este pensamiento hacia hervir la sangre de sus venas, le trituraba lás entrañas, le enloquecia de celos y desesperacion. Atanagildo, por su parte, se echaba en cara su temeridad, por haberse atrevido á penetrar en el alcázar de Munuza, donde tantas desdichas le aguardaban. El bizarro jóven no se lamentaba de su propio infortunio; pero hijo cariñoso y tierno amigo, deploraba en su interior las tristes consecuencias de aquel paso, no menos funesto para su amado padre que para su querido Pelayo.

Jamás el infierno pudo inspirar una idea mas horrible, ni inventar una venganza mas horrorosa. El pérfido moro habia in-

teresado con sus bárbaras condiciones todos los pensamientos, todos los deseos de los nobles amigos. Las fibras de su corazon estaban amarradas á la cruel alternativa de que Gaudiosa perdiese su honor ó Veremundo su vida. ¡Cuánto lloraba el desdichado Atanagildo! ¡Cuánto padecia el infeliz Pelayo! Ambos continuaban inmóviles y petrificados de horror y de amargura. Ninguno se atrevia á romper aquel doloroso silencio, porque mútuamente temian ahondar la fiera llaga que corroia sus corazones. ¿Quién habia de empezar, cuando en los labios de ambos tan solamente se agolpaban á la vez los rugidos de los celos y los sollozos del santo amor filial? Tenian de plazo hasta la noche siguiente para adoptar su resolucion; pero tratándose de dos amigos intimos, leales, capaces de sacrificarse el uno por el otro, ¿no era un tormento el mas espantoso que hubieran podido inventar las furias del abismo? Ambos se hallaban como dos hermanos cariñosos á quienes se les armase con puñales, obligándoles á que mútuamente se atravesáran el corazon.

Así embebidos en su profundo dolor pasaron largas horas. Ignoraban si era de noche ó de dia, porque en la oscuridad de su prision el tiempo era siempre negro y sombrío.

Llegó por último la noche siguiente, es decir, la hora terrible en que espiraba el plazo fatal del bárbaro moro.

En una especie de galería, ó mas bien estrecho callejon que precedia al calabozo de los cristianos, veianse tres blancas figuras al incierto resplandor de una lamparilla. Aquellas tres formas vagas y sin contornos como fantasmas de un sueño se adelantaban rápidamente hácia un cuartucho estrecho y húmedo. En el chirivitil, acurrucado junto á la lumbre, habia un moro rebozado en su alquicel. Frente por frente de donde estaba el agareno veiase una puerta planchada de hierro, y hácia la cual dirigia sus miradas de vez en cuando.

Súbito el moro se puso en pié de un salto y comenzó á hacer *zalemas* ó salutaciones en estremo respetuosas.

Una de las tres jóvenes, dirigiéndose al carcelero, dijo con voz en que claramente se revelaba la mas viva zozobra:

—Arbolan, ¿has avisado al conde Rudesindo?

—Sí, señora, repuso el moro embarazosamente.

—¿Y tiene ya preparados los caballos?

—Le he transmitido fielmente todas vuestras órdenes, y es probable que ya esten cumplidas; pero yo temo...

—¿El qué? Habla pronto.

—Que vuestro proyecto no pueda verificarse.

—¿Estás en tí, Arbolan? ¿Quién se atreverá á impedir?...

—Vuestro hermano, señora.

—Nadie podrá advertirle de lo que se trata.

—Pero al fin tendrá que saberlo.

—Cuando ese caso llegue ya no podrá impedirlo.

—¿Quién sabe? El poderoso Abdalla ha venido á visitar á los cautivos, les ha impuesto ciertas condiciones, y ha quedado en venir esta noche...

—Les ha hablado Abdalla!

—Sí, señora; y ya poco debe tardar, segun dijo ayer. Esta fatal circunstancia pudiera desbaratar todo vuestro edificio, porque si viene y no los encuentra...

—¡Hombre maldito!... Es necesario, Arbolan, es necesario no perder tiempo, abre la puerta al punto, es indispensable que todo se termine antes que el pérfido Abdalla venga... ¡Abre!

Obedeció el esclavo; pero con tal lentitud y con una espresion de descontento, que no era dificil de conocer.

La jóven estaba tan preocupada con los temores y el peligro que le habia manifestado Arbolan, que no se apercibió de la mala voluntad de su esclavo.

La doncella hizo señal á sus compañeras de que allí aguardasen, y en seguida penetró en la mazmorra.

¡Cuánta fué la sorpresa de los cautivos! El semblante de Atanagildo revelaba la mas violenta indignacion, mientras que el de Pelayo manifestaba el desprecio mas profundo. Ambos recordaban la pérfida venganzanza de la hija de Ibraim, venganza de la cual, como ya sabemos, Morayma estaba inócente, si bien los cautivos lo ignoraban. La hermosa jóven fijó sus ojos preñados de lágrimas en Pelayo, y así permaneció largo tiempo contemplándolo. El mancebo, con el rostro vuelto á otro lado, ni siquiera la miraba.

—¡Noble Pelayo! esclamó la doncella con enternecido acen-

to, ¿por qué eres injusto? Confieso que las apariencias me condenan; pero ¡si supieras cuánto he padecido por tu amor! ¡Hombre funesto! Tú eres el orígen de todas mis desventuras, por tí he perdido para siempre la dichosa calma de mis primeros años, por tí he perdido á mi padre y me espongo al furor de mi hermano, y por tu amor estoy resuelta hasta á perder la vida.

Pelayo continuaba inmóvil como una roca.

—¡Ah! ¿Es posible que me creas culpable? Si tu corazon amára como el mio, él te hubiera dicho que Morayma podrá ser la mas desgraciada, pero nunca la mas vil de las mujeres. Tú te pusiste en mis manos, me revelaste tu nombre, fuiste cruel para mi amor; pero noble y digno; yo así lo conocia, y te respetaba á pesar de tu indiferencia. ¡Oh poderoso Alá! Tú que le has concedido tantas prendas, ¿por qué le has negado ojos para mirar mis lágrimas, y corazon para sentir lo que yo siento?

Pronunció la morena vírgen estas palabras con un acento tal de ternura y de tristeza, que era imposible que la falsedad supiese ataviarse con tan verdaderos colores. Así lo comprendió Pelayo, que fijó entonces una mirada escrutadora en la doncella, y por la primera vez dió muestras de dudar al menos de que ella hubiese tenido alguna parte en la encarnizada persecucion que les hiciera el vengativo Ibrahim.

—Lo veo, noble Pelayo, aun dudas de mi sinceridad, cuando hasta he sido capaz de renunciar á tu amor por justificarme en tu presencia. ¿Has entendido bien? Aunque me sea forzoso morir, renuncio á tus amores; ¿sabes por qué? Por convencerte, gallardo nazareno, por convencerte de que te engañas, y porque sepas que si Morayma no mereció tu ternura, no por eso era indigna de tu amor.

—Está bien, respondió Pelayo con altivo continente, está bien, Morayma, te perdono.

—¡Me perdonas! ¿Qué estás diciendo? No, mil veces no. No te pido que me perdones, sino que te convenzas de que ahora mismo me estás insultando, si crees que yo fui capaz de hacerte traicion...

Los jóvenes se encogieron de hombros. ¡Tan aferrados estaban á su creencia!

Era ya demasiado dudar de la nobleza de la vírgen árabe. Esta los miró de alto á bajo casi con desprecio, y en seguida, volviéndoles la espalda, salió adonde estaba el aposento de Arbolan, y penetró segunda vez acompañada de otras dos jóvenes.

—¡Pelayo!

—¡Amada Gaudiosa!

—¡Rosmunda querida!

—¡Inolvidable Atanagildo!

A estas vivísimas esclamaciones siguieron dos tiernísimos abrazos que revelaban el profundo sentimiento de amor de nuestros personages, tan perseguidos por la fortuna como dignos de mejor suerte.

La infeliz Morayma, oprimido el corazon y derramando amargo llanto, que hilo á hilo corria por sus megillas, contemplaba aquella escena, para ella tan cruel y dolorosa.

Despues que los amantes, ébrios de ventura, se hubieron dado inequívocas muestras de su dicha y su cariño, Morayma se adelantó con un aire de dignidad y de tristeza imposible de describir, y dirigiéndose á Pelayo, dijo:

—¿Y ahora, te convences de mi inocencia? Si es preciso, interroga á Rosmunda, que ella te dirá todo lo que acaeció. Yo estaba muy agena de la tempestad que bramaba sobre vuestras cabezas. ¡Oh desgracia! Mi amado padre murió; y tambien costó la vida al infame esclavo, causa de tus temores, de tu ausencia y de mi dolor.—Aquí tienes á Gaudiosa, y aunque me cueste la vida, seré vuestra libertadora. En otras circunstancias jamás hubiera tenido el valor de reuniros; pero lo he hecho tan solo para que veas que Morayma es tambien capaz de imitarte en grandeza y generosidad. ¿Qué importa mi pobre corazon despedazado? Vosotros sereis felices... ¡No me queda mas remedio que morir!

Y la desolada jóven prorumpió en amargo llanto de tal manera y con tantas muestras de desconsuelo, que habria podido enternecer á un mármol.

Rosmunda refirió á los prisioneros en breves palabras toda la historia que ya saben nuestros lectores respecto á la trama

del horrible cautivo, que, enamorado de la esclava cristiana, y creyendo por este medio recobrar su libertad, delató á Pelayo y Atanagildo, víctimas de la crueldad del rencoroso Ibrahim.

—Perdona, generosa Morayma, perdona nuestra injusticia, dijo Pelayo con acento en que se traslucian á la vez la gratitud y el respeto. ¡Oh! ¡Cuán digna apareces ante mis ojos despues que mi error se ha desvanecido! Nuestro amor era imposible; pero...

—Ahora solo me basta tu estimacion. Por merecerla he hecho ¡bien lo sabe el poderoso Alá! ¡he hecho lo que ninguna mortal pudiera hacer! —¡Ahí tienes á tu adorada Gaudiosa!

Y la infeliz Morayma se cubrió el bello rostro con ambas manos. La desdichada padecia horriblemente.

Luego, queriendo contemplar su obra de generosidad y sublime abnegacion, dijo:

—No hay tiempo que perder. Hormesinda ha salido disfrazada del alcázar...

Pelayo suspiró.

—Y os aguarda en las ruinas de la Torre del Faro, en donde ya tendrá el conde Rudesindo dispuestos sus caballos para vuestra fuga. El grande Alá os conceda la ventura del amor y de la libertad.—Atanagildo, sé feliz con Rosmunda, ella te ama, tú le correspondes, yo la dejo desde ahora libre, gozad de vuestra dicha. ¡Ay! A mí no me queda mas que llanto eterno.

El buen Atanagildo, despues de dar á Morayma las mas espresivas gracias, refirió la cruel alternativa en que los habia colocado el infame Abdalla. Igualmente le suplicó con la mayor terneza para que hiciese estensivos hasta su anciano padre los rayos de su angelical beneficencia.

—Veremundo no ha sido olvidado, él os acompañará tambien, todo está previsto, respondió la morena vírgen, si bien en estremo sorprendida é indignada de la conducta del bárbaro raptor de Gaudiosa.

Luego añadió:

—Abdalla puede venir de un momento á otro, y en tal ca-

so todo nuestro proyecto pudiera desbaratarse... ¡Seguidme!

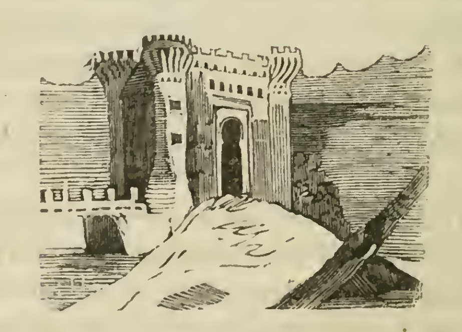
Obedecieron todos y se lanzaron fuera de la prision con ese júbilo mezclado de zozobra propio de tales situaciones, en que hasta el mismo peligro tiene cierto encanto, tal vez por la esperanza de superarlo felizmente.

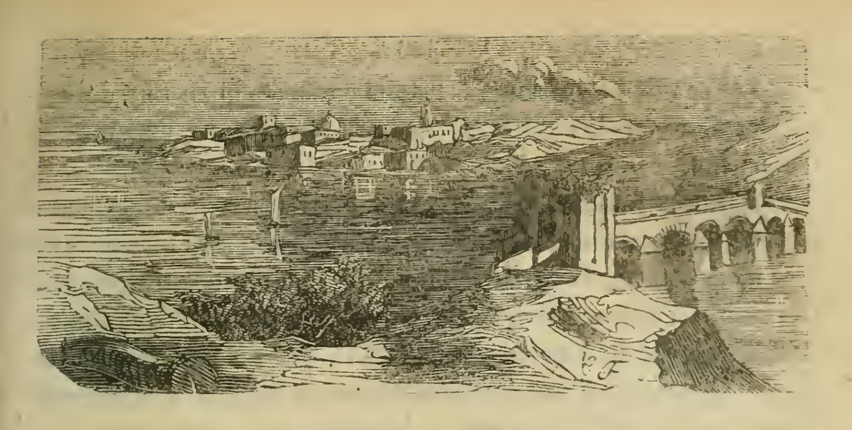
Cuando Arbolan se hubo quedado solo murmuró:

—No, no, poderoso Alá... Yo no puedo permitir que dejen libre al mas encarnizado enemigo de los ismaelitas... He obedecido á mi señora; pero despues su hermano es muy posible que me mande cortar la cabeza por haber prestado mi ayuda á esta mal aconsejada hembra, enemiga del Koran. ¡Oh! Ahora mismo Munuza lo sabrá todo.

Y se dirigió á la puerta para cumplir como buen musulman con lo que creia un deber santo é imprescindible.

Al mismo tiempo apareció Abdalla.





CAPITULO XXVII.

IMAN Y ACERO.

Intra due cibi distanti e moventi
D'un modo, prima si morria di fame
Che liber uom l'un si recasse á denti.
DANTE.

LAS estrellas brillaban en el cielo. La noche envolvia el mundo con su manto de sombras y misterios y ya habia hecho mas de la mitad de su carrera. La luna reflejaba sus nacarados rayos sobre la azulada superficie del ancho mar que eternamente combate los muros de Gijon. La ciudad estaba sumergida en profundo sueño. Todo yacía en silencio y soledad. Solo se escuchaba de vez en cuando la voz estraña y dominadora de los centinelas árabes en el alcázar de Munuza.

Con el corazon destrozado, lánguida, desfallecida de dolor, habíase despedido la gentil Morayma de Pelayo y de Gaudiosa, despues que hubo dado á Rosmunda sus instrucciones y entregádole una llave. Padecia tanto la triste musulmana y habia hecho tan sobrenaturales esfuerzos por mostrarse generosa y hasta sublime en presencia de su amado, que ya no podia sostenerse por mas tiempo, y tuvo necesidad imperiosa de retirarse á su aposento á llorar los rigores de su adverso destino.

La fuga de los prisioneros estaba concertado en que deberia practicarse por el jardin del alcázar, cuyas tapias daban hácia la marina.

Rosmunda acompañó á Atanagildo á la prision de su padre Veremundo, al cual condujeron por el mismo sitio que poco antes habian salido Pelayo y Gaudiosa é incorporádose á Hormesinda y Rudesindo, que á muy corta distancia estaban aguardando.

Así es que Rosmunda, Atanagildo y su padre salieron del alcázar despues que Morayma se despidió de Pelayo, que en compañía de su amada se encaminó hácia las ruinas de la Torre del Faro.

Cuando Rosmunda y sus acompañantes llegaron al postigo del jardin lo encontraron abierto tal como la amada de Atanagildo lo habia dejado despues de salir Pelayo y la hija de don Íñigo.

—¿No cierras la puerta? preguntó Atanagildo despues que ya se encontraron en la campaña.

—No, respondió Rosmunda.

—¿Y por qué?

—Por aquí deberá volver á entrar la esposa de Munuza.

—¿Pues en dónde está?

—¿Qué, no lo sabes? En compañía del conde Rudesindo. Quiere despedirse de su hermano.

Veremundo, Atanagildo y Rosmunda, embriagados de placer, se encaminaron hácia el punto donde debian aguardarles Rudesindo, Hormesinda, Pelayo y Gaudiosa.

Junto á la orilla del mar veíase un hombre á caballo que tenia asidos de las riendas otros tres palafrenes. Mas lejos se distinguia una masa negra é informe. Eran antiguas ruinas de edificios rodeadas de quebraduras y de rocas.

Al ver los recien llegados que Rudesindo estaba solo, preguntáronle por Pelayo, su amante y su hermana.

—Hélos allí junto á las ruinas de la Torre del Faro, respondió el noble godo.

—¿Y qué hacen allí?

—Pelayo ha llamado aparte á su hermana, y es probable que haya querido darle algunas secretas istrucciones, ó tal vez reconvenirle acerca de su criminal y vergonzoso casamiento.

—¿Y cómo habeis permitido que se hablen á solas? ¿No veis que de la indignacion de Pelayo puede esperarse alguna demasía?

—No lo creo así, porque la ha llamado con un acento de sin igual ternura, si bien de dulce reconvencion. Por otra parte, Gaudiosa les acompaña, y creo que sean infundados vuestros temores.

—Pero no tenemos tiempo que perder.—Voy á llamarlos.

—Aun cuando sea cierto lo que decís, me parece una indiscrecion ir á interrumpirlos. Además, noble Veremundo, tened en cuenta que es muy solemne y dolorosa la despedida de los hermanos, y mucho mas bajo tan tristes auspicios.

Mientras que así estaban embebidos en su diálogo Rudesindo y Veremundo, Atanagildo y su amada habian cabalgado sobre un mismo troton, y se deleitaban con la próxima esperanza de verse muy pronto seguros y felices. De tal manera absorbian su alma estas dulces imaginaciones, que permanecian agenos á todo cuanto les rodeaba.

Veremundo, á pesar de sus años, montó agilmente, y ya todos tan solo aguardaban que volviesen sus compañeros para buscar su asilo y seguridad en los cercanos montes Cántabros. Rudesindo tenia de la brida el alazan destinado para Pelayo y su amada.

Mientras que impacientes y recelosos esperaban nuestros ginetes á sus amigos y deudos, Pelayo hacia los esfuerzos mas desesperados para que su hermana le siguiese á tierra de cristianos.

—Querida hermana, decia el noble mancebo, ¿es posible que satisfaga tu amor un hombre enemigo de tu Dios y de los tuyos? Yo bien sé que tú le amas ardientemente porque le crees generoso, magnánimo y sensible; pero ¡cuánto te equivocas! El paso que dió ayer debe demostrarte que no te guarda las consideraciones debidas. No hablo por mi, pues yo nunca me quejo. Hablo por el respetable Veremundo, á quien debiera tratar como á tu mismo padre...

—Por Dios, querido hermano, ten compasion de mí, interrumpió Hormesinda; que sentia desgarrarse su corazon al comprender la verdad de las palabras de Pelayo.

Y efectivamente el mismo dia de sus bodas, el dia que su imaginacion habia revestido de mágicos resplandores, Hormesinda habia observado que su esposo se habia manifestado con ella imperioso y altivo, y con su hermano, Atanagildo y Veremundo, cruel y sanguinario.

Pero á pesar de que la bella Hormesinda no desconocia la adusta condicion de Munuza, le amaba con todo el fuego de un alma vírgen y pura, con el entusiasmo del primer amor.

Así es que no obstante las poderosas razones en que el noble Pelayo fundaba su justa reconvencion, la encantadora Hormesinda aun pugnaba por encontrar disculpas para su amado.

—Es cierto, querido Pelayo, dijo, es cierto que se ha manifestado inexorable; pero yo, que conozco las causas que han motivado su conducta, le hago justicia.

—¡Cuán ciega estás, adorada Hormesinda! ¿Te atreverás á disculparle?

—Sí, sí, querido Pelayo.—Has de saber que le han escrito una carta en que le manifestaban que tú habias venido á Gijon con el objeto de conspirar contra el poder de los agarenos.

—¡De veras! esclamó Pelayo en estremo sorprendido.

—Es tan cierto, que yo misma he leido la referida epístola.

—Pero eso es una calumnia.

—Yo lo creo así; pero Munuza está en el caso de creer lo que le dicen cuando todas las apariencias se conjuran contra tí. ¿No eres el mas temible de los cristianos? ¿No has sido la causa de la muerte del padre de mi esposo?... Pongámonos en su lugar, hermano mio, y no podrás menos de confesar que ha tenido razon para hacer lo que ha hecho. Por lo demás, un solo rasgo te bastará para que comprendas hasta qué punto es generoso y caballeresco, á pesar de su diferente y falsa creencia.

Pelayo hizo un gesto de dolor que hubiera podido traducirse por estas palabras:

—Está apasionada hasta la locura.

Hormesinda continuó:

—¿Te acuerdas cuando aquel infame le presentó una cabeza ensangrentada poco despues del encuentro de Santa Olalla? Pues bien, mandó colgar de un roble al que creyó tu asesino. Este

acto te probará hasta qué punto es enemigo de la traicion y de la cobardía. Este es un suceso público y notorio que ha llegado hasta mis oidos, si bien creí que tú habias dejado de existir.— Ahora bien, ¿te atreverás á poner en duda su valor y nobleza de carácter?

Pelayo exhaló un profundísimo suspiro.

Luego, fijando sus ojos en la jóven con cierta espresion de severidad y ternura á un mismo tiempo, dijo:

—Tú, hermana mia, que eres tan pura, tan bella, tan generosa y leal, que amas con todo el fuego de un corazon sencillo é inocente, que eres capaz de entregar al objeto de tu pasion tus pensamientos, tu ser y tu vida, ¿no te avergüenzas de dar un tan inmenso y rico tesoro á quien no sabe apreciarlo en todo su valor, á quien tal vez lo arroja al fango? Tú no has amado nunca, amas por la vez primera, y ves á Munuza con los ojos del deseo, al través del velo dorado y resplandeciente, pero engañoso, de tus ensueños é ilusiones. Tú no amas, no eres capaz de amar á Munuza tal cual es y como yo lo véo, tú adoras al héroe que ha pintado tu fantasía, que ha revestido tu mismo amor con las propias galas del encanto y la ternura que tu alma encierra... Esa ardiente pasion que te fascina es una nube de oro y azul que el huracan del desengaño arrojará á las frias regiones del olvido, es un fantasma brillante y seductor que se disipará al tocarlo como una sombra, es un vapor blanco y sutil que lo verás desvanecerse ante el soplo irresistible de la realidad, que es fiel y dice la verdad y no engaña como suelen hacerlo las ilusiones aéreas y los aduladores deseos... Mañana se romperá el talisman de tu amor, y llorarás triste y desencantada como la aturdida mariposa que, pensando hallar la dicha en la deslumbradora llama, se despeña con las alas rotas y el cuerpo destrozado, si es que no encuentra su tumba en donde soñó hallar su delicia y su contento... Créeme, amada Hormesinda, yo tan solo quiero tu bien, porque soy tu hermano. ¡Oh! No te fies de esa raza maldita, los moros no aman á la mujer sino como á un objeto precioso: ellos buscan la hermosura del cuerpo, pero miran indiferentes la belleza del alma.

—¡Ah! ¡Si tú lo hubieras oido!

—¡Seguramente no tienes en tus venas ni una gota de sangre goda! ¿Es posible que ignores hasta ese punto las costumbres musulmanas? ¿Te resignarás á entregar tu corazon á un hombre que tendrá tantas esposas como quiera? ¿Podrá resistir tu amor condiciones tan humillantes?

Tales palabras impresionaron fuertemente el ánimo de Hormesinda, cuyo rostro se puso de color de escarlata. El amor propio, que tanta parte tiene en lo que se llama amor, se sintió herido, su dignidad de mujer rebajada, y entonces comprendió hasta qué punto su hermano decia la verdad. Nunca se le habia ocurrido mirar su matrimonio con Munuza bajo este aspecto, que enlodazaba la pureza y el esclusivismo de su amor.

Pero era tan inmensa la pasion de Hormesinda, que á pesar de todo se dejaba arrastrar de ella, si bien no podia menos de lamentar la verdad desconsoladora de que las costumbres musulmanas herian su amor en lo mas vivo. Tambien le afligia mortalmente la manera poco galante y respetuosa conque la habia tratado en el mismo dia de sus bodas, habiendo llegado hasta el estremo de aprisionar á sus deudos mas queridos sin detenerle consideracion alguna. No obstante, la enamorada cristiana queria encontrar disculpas para su amado, y en efecto atenuaba algun tanto su conducta la misteriosa y anónima carta. Además esperaba que su carácter, momentáneamente escitado, volveria á tomar otra vez su entonacion noble y apasionada.

Todos estos pensamientos absorbian la mente de Hormesinda y batallaban dentro de su agitado pecho, cuando repentinamente resonó un estrépito de armas, caballos y voces. Una tropa de ginetes se precipitó sobre Rudesindo y sus compañeros de un modo tan súbito é inesperado, que antes de apercibirse á la defensa ó emprender su fuga, Veremundo cayó en tierra atravesado de parte á parte, y su hijo Atanagildo corrió la misma suerte, mientras que la desolada Rosmunda, lanzando un grito desgarrador, se desplomó en el suelo completamente desmayada.

Luego que hubieron reconocido á los cadáveres, Abdalla y Munuza, que iban á la cabeza de aquella tropa, se lanzaron con los suyos al galope detrás del conde Rudesindo. Este, mas afortunado que sus tristes compañeros, logró escapar del primer

ataque, fiando su salvacion á la velocidad de su caballo. Los moros creyeron que Pelayo y Gaudiosa habrian desaparecido antes en la misma direccion que Rudesindo, por cuya razon se lanzaron en su perseguimiento.

Tan lamentable escena sucedió con la rapidez del relámpago, dejando atónitos á Pelayo y á las dos jóvenes. Quiso el valeroso cristiano salir á la defensa de sus compañeros; pero Hormesinda y Gaudiosa, sobrecogidas de espanto y abrazándose á él, se lo impidieron. Cuando Pelayo recapacitó sobre tan impensado suceso, ya los árabes habian desaparecido como un tropel de blancos fantasmas. Todo volvió á quedar en el mismo silencio que al principio: los trotones destinados á los fugitivos, asustados y libres de su carga, se habian dado á correr por la campaña en pos de los ginetes moros. Nada quedaba en aquel recinto, pocos momentos antes teatro de las mas halagüeñas esperanzas, sino tres cuerpos sin movimiento ni vida.

Pelayo, seguido de las jóvenes, se dirigió al sitio de la catástrofe. ¡Cuánta fué su angustia y desconsuelo al contemplar los cuerpos ensangrentados y exánimes de Veremundo y Atanagildo! Aproximándose mas lanzaron un grito ahogado, sordo y lúgubre. Acababan de ver todo teñido en sangre el blanco brial de Rosmunda, á la cual antes habian creido desmayada.

—Mira, esclamó Pelayo con voz reconcentrada por la cólera y el dolor. Mira la obra de ese infame musulman... ¡Mira!... Y avergüénzate y tiembla.

—¡Qué horror! esclamó Hormesinda. ¡Noble Veremundo!

—¡Pobre Atanagildo!

—¿Ois? dijo Gaudiosa.

En efecto, sonaba el ruido de un galope lejano.

—¡Gaudiosa de mi alma!

—Huyamos, huyamos de ese mónstruo.

—Y yo os seguiré hasta el fin del mundo, añadió Hormesinda deshecha en llanto.

Los tres se encaminaron hácia la parte de la sierra para dirigirse al monasterio del Cristo de la Columna, que era el asilo mas próximo adonde podian refugiarse.

A medida que avanzaba la noche, aumentaba el frio: negras

nubes habian velado la luna aumentando la oscuridad, bramaba el aquilon, y una menuda lluvia, unida al frio y húmedo ambiente, mortificaba á los caminantes, helando hasta la médula de sus huesos. A pié, fugitivos y con el corazon lleno de amargura, emprendieron su triste peregrinacion, tanto mas dolorosa para Pelayo, cuanto que veía padecer á aquellos séres débiles sin que pudiese aliviar lás fatigas de su viaje.

Y era lo mas cruel el pensar que infaliblemente se habrian salvado si hubiesen podido disponer de sus estraviadas cabalgaduras, supuesto que el monasterio del Cristo de la Columna no distaba tres leguas del punto en que á la sazon se encontraban.

Para verificar su fuga hácia este asilo salvador necesitaban atravesar un escarpado monte. Despues seguia un ancho valle por el que se deslizaba el rio Sella, y últimamente ya el camino se allanaba en la ribera opuesta, donde á corta distancia se elevaba en un yermo la severa fábrica del monasterio referido.

No es fácil concebir la zozobra é inquietud de nuestros angustiados personages en situacion tan crítica, sin provisiones, sin palafrenes, perseguidos y estraviados en la soledad de los campos y en las tinieblas de la noche. Aumentó su ansiedad el galope de un caballo que á cada instante resonaba mas cercano, hasta que al fin divisaron un ginete que pasó poco distante de ellos con estraordinaria rapidez. Al pronto creyeron que tal vez sería el conde Rudesindo, y en este concepto comenzaron á llamarle. Luego reconociendo la imprudencia de semejante proceder, que podia servir de guia á sus perseguidores, Pelayo guardó silencio, habiendo aumentado su inquietud la suposicion, harto bien fundada, de que aquel ginete era acaso alguno de sus enemigos.

Pero el misterioso personage, ó no los habia visto, ó no se habia atrevido á acometerles solo como iba. Lo cierto del caso fué que se perdió en la oscuridad veloz como una flecha. De cualquier modo, el infeliz Pelayo no se hacia ilusiones respecto al inminente peligro que corrian las prendas queridas de su corazon, por las cuales se interesaba aun mas que por su seguridad propia.

Llegaron por fin á la falda del asperísimo monte, y ya can-

sados y débiles comenzaron á subir lenta y fatigosamente la alta, empinada y agria cuesta. ¿Quién podrá contar las amarguras de los afligidos caminantes? Gaudiosa y Hormesinda fijaban tiernísimas miradas sobre Pelayo, manifestando su desconsuelo porque no podian seguirle. Las hermosas jóvenes se esforzaban con sobrehumano aliento por aparecer tranquilas y alegres, pero todo su artificio era vano.

Ya al superar una roca de dificil acceso se desgarraban sus delicadas manos asiéndose á los erizados espinos que les servian de apoyo, otras veces dejaban girones de sus vestidos en la enmarañada espesura, ya sus piés se destrozaban en las cortantes lastras de una rápida pendiente, aquí lanzaban un gemido de dolor, allá tropezaban con alguna peña que no podian distinguir en medio de la oscuridad, allí, por último, se dejaban caer rendidas y quebrantadas de cansancio y de temor y de amargura. ¡Qué espectáculo tan cruel!

El buen Pelayo padecia horriblemente al ver á su hermana y á su amada en tan infeliz estado. ¿Por qué se complacia la fortuna en hacerles probar la cicuta de la vida? ¡Oh instabilidad de las cosas humanas! Lo mas ilustre de los godos en estirpe, en hermosura y heroismo, veíase ahora humillado, perseguido y profanado por los crueles sarracenos. El valeroso hijo de Favila, puesta su fé en Dios con esa confianza propia de las almas grandes y valientes, procuraba alentar á las hermosas en medio de su abandono y aterrador aislamiento. Ya al encontrar un claro en la espesura corria para adelantar terreno, ya se esforzaba por animar á las jóvenes; ora cargaba sobre sus hombros á Gaudiosa desfallecida, ora acude por su hermana, que jadeante llora y se queja sin alientos.

Hasta la misma naturaleza, la tierra y el cielo parecian conjurarse en su daño. Los montes aumentaban su aspereza, bramaba el huracan, el trueno retumbaba, caia la lluvia, y las salvages fieras infundian pavor con sus rugidos. Siempre ha habido en gran cantidad por aquellas sierras animales feroces: pero en la época de nuestra historia mas particularmente, abundaban aquellas comarcas en carniceros lobos y en osos espantables. Y esto es tan cierto, que aun hoy dia señalan los natura-

les el sitio en que el rey Favila murió devorado por un oso.

Mas de una vez en aquella triste noche el valiente Pelayo ensangrentó su acero en alguna horrible fiera que codiciosa de su presa se abalanzaba al grupo de los desconsolados viajantes.

Por último, llegaron al valle, y aunque lasos y consumidos de fatiga, no cesaron en su camino, temerosos de que sus perseguidores les pudiesen dar alcance. Y eran, á la verdad, harto fundados sus temores, supuesto que el infame Abdalla, adivinando fácilmente que Pelayo no dejaria de encaminarse hácia el castillo de Pamia, infundió al irritado Munuza el pensamiento de perseguirlos en aquella direccion. Pero los agarenos, menos inquietos y mas bien informados, se encaminaron por un sendero que les permitió verificar sin trabajo la travesía de la sierra, si bien les fué inevitable el dar algun rodeo.

Era, sin embargo, muy corta la distancia que los separaba cuando amaneció el nuevo sol pálido y nebuloso. Seguia aun la tormenta, corrian hinchados los arroyos, hervian bramadores los torrentes, y la triste aurora de un dia de invierno derramaba sobre los campos su melancólica y glacial sonrisa.

Tendió su vista el infeliz guerrero por la estension del ancho valle, y pudo vislumbrar allá á lo lejos por entre las densas nieblas una cuadrilla de ginetes árabes que á mas andar se adelantaban hácia ellos. Los vientos silbadores llevaban á su oido el eco de sus voces y el rumor del galopar de sus caballos. El tierno amante y cariñoso hermano sintió oprimírsele el corazon como si la losa de un sepulcro se hubiese desplomado sobre su pecho.

—¡Ah! esclamó dolorosamente. ¡Somos perseguidos!

Y volviéndose á Gaudiosa y á Hormesinda, añadió:

—Dulces prendas de mi alma, haced un esfuerzo, seguidme, pues tal vez aun logremos salvarnos... Venid, venid... ¡Oh! Yo moriré de desesperacion si caeis en sus manos.

Las dos jóvenes, aparentando la mayor serenidad posible, y sacando fuerzas de flaqueza, comenzaron á caminar por el valle, animadas y sostenidas por las palabras y el ejemplo de Pelayo.

Al susurro de las hojas de los árboles y al bramido del vendabal se mezclaba ahora otro nuevo ruido.

Cuando ya se creian salvos, cuando ya habian atravesado gran parte de la llanura azotádos de la lluvia y el viento, entónces ¡oh dolor! se vieron detenidós en su marcha por una barrera ondulante. El rio Sella, hinchado, crecido y espumoso, oponia sus enemigas corrientes al paso de los desventurados fugitivos. Pelayo se estremece, las hermosas se miran con ansiedad indefinible, y elevan al cielo los turbios ojos inundados de lágrimas; pero el cielo airado y sordo les responde con el rayo, el trueno y la lluvia.

En tan terrible lance les era imposible adoptar una resolucion que fuese acertada; seguir adelante parecia temerario, retroceder peligroso, y tomar otro camino era de todo punto irrealizable. El tiempo corria, sus perseguidores se aproximaban, la situacion era espantosamente crítica, y la indecision aumentaba el peligro.

¿A quién no enternecerian tanto amor, juventud y hermosura sumergidos en tan profundo desconsuelo? Gaudiosa, triste y desolada, tenia su alma pendiente de los ojos de su amado. Hormesinda les contemplaba embotada de dolor. La suerte se obstinaba en perseguirlos, y todo, todo, los hombres y las cosas contribuian á aumentar sus aflicciones. El esforzado Pelayo, fijas las torvas miradas en la corriente, y con los puños crispados, semejaba la imágen de la desesperacion. Por último, un movimiento nervioso agitó su cabeza y comenzó á examinar la márgen del rio. Luego, como asaltado por una idea súbita, se dirigió á un fresno, y desgajó un robusto ramo que pudiera servirle de apoyo.

En seguida, habiendo encontrado un punto por donde se conservaban aun recientes huellas de caballerias, se aventuró á verificar por allí su travesía, creyendo que aquel sitio fuese el menos caudaloso. Y en efecto, se convenció de esta verdad despues de haber sondado con su báculo la corriente, y encontró ó le pareció encontrar suelo fácil y seguro. Entonces, aguijado por la necesidad y el peligro, intentó pasar á la otra ribera, comprendiendo que de este paso dependia su propia salva-

cion y la de su hermana y la de Gaudiosa, por cuya suerte temblaba. Es incontestable que no hubiera vacilado en preferir su muerte y la de su amada á verla otra vez en brazos y bajo el dominio del feroz Abdalla.

Su amor y su ternura fraternal se interesaban en aquel momento con toda la indómita fuerza de los afectos puros y apasionados en los corazones sensibles, generosos y esforzados.

Pero ¿cómo era posible verificar aquella travesía en que se cifraba ahora su ventura, su amor y su esperanza? Conociendo que era arriesgado el llevar á las dos jóvenes á la vez, resolvió pasarlas una despues de otra. Y elevando al cielo una ardiente plegaria, se dispuso á realizar su temerario intento. Colocó sobre sus hombros á la bella y delicada Gaudiosa, y apoyándose en su fuerte báculo, logró, no sin dificultad, llevarla felizmente á la opuesta orilla. Dejó allí á su amada, que le contemplaba llorosa al ver cuánto sacrificio, cuántas penalidades y cuánto cruel abandono pesaban sobre el mas esforzado y virtuoso de los héroes cristianos. Su resignacion, su mansedumbre y su valor á un mismo tiempo hubieran podido enternecer hasta las entrañas de los tigres.

Luego volvió por su hermana, que aguardaba impaciente y llena de temor en la otra ribera... ¡Oh infeliz Pelayo! ¡Cuán cruel golpe le asestaba el destino! En verdad que no merecia el hijo de Favila tan inmensa desventura. Tierno amante y cariñoso hermano, habia de ver su amor y su cariño sujetos á la prueba mas terrible de cuantas hasta entonces su enemiga estrella habia arrojado sobre su camino.

Cuando el infeliz mancebo pisaba la mitad del rio, oyó súbitamente que Gaudiosa le gritaba:

—¡Pelayo mio! Ven y defiéndeme.

El jóven volvió la cabeza y vió que un hombre tenia abrazada sobre su caballo á la gentil Gaudiosa. Aquel hombre era Gudila.

Disponíase el mancebo, ardiendo en ira su corazon, para ir á defenderla, cuando un estrépito horrible resonó en la ribera opuesta.

Y volviendo los atónitos ojos, vió á su hermana Hormesinda

en brazos de Munuza, que parecia mas alegre que irritado á causa de haber encontrado á la hermosa nazarena, á quien amaba con todo su corazon. Munuza se habia adelantado con otros dos ginetes, los cuales se disponian á lanzarse al rio con intento de dar muerte al infeliz Pelayo. Pero Hormesinda, colgada al cuello del infiel, hizo tales estremos de dolor, que al fin, enternecido Munuza, mandó á los suyos que le siguieran, abandonando al mísero Pelayo á la corriente del Sella y á la desesperacion de su alma. Desaparecieron los moros con Hormesinda, y huyó Gudila con Gaudiosa.

Entre tanto el desventurado guerrero queria acudir á una y otra parte. Desea salvar á las dos, y se encamina adonde á la vez le llaman su amor y su cariño fraternal, y vuelve, revuelve, y piensa y se alucina y torna á comenzar mil veces su camino, estendiendo los convulsos brazos hácia una y otra ribera, donde se hallaban las dos prendas queridas de su alma. La sorpresa le hiela, el dolor igual por ambas partes le suspende, y permanece en medio de las aguas aturdido y confuso é inmóvil como una roca.

Dante dice que «*un hombre colocado entre dos manjares igualmente distantes é incitantes, se dejaria morir de hambre en el mismo lugar antes que satisfacerse con ninguno de ellos.*» Es indudable que dos fuerzas iguales se destruyen... En esta situacion, en este lance crítico, en esta indecision se encontraba el mísero Pelayo, atraido de una parte por su amor y de otra por el cariño que profesaba á su hermana. La atraccion era igual por ambas partes, y produjeron la irresolucion. El iman repelia por un lado al acero que el iman atraia por otro.

Largo rato permaneció en la corriente sin que su turbado espíritu pudiese disipar las nieblas de su fantasía. Su alma estaba desgarrada por igual, y en mucho tiempo no pudo soldarse su pensamiento, dividido por el dolor, que habia traspasado su pecho con dos arpones, igualmente punzantes y lanzados á la vez desde una y otra ribera.

Al fin, como despertando de un penoso y letárgico sueño, sus ojos comenzaron á derramar largo llanto, y no pudiendo soportar sus helados miembros el peso de su infinito dolor, se di-

rigió instintivamente á la orilla. El ser vivo que aun quedaba en la suspensa y trastornada máquina le condujo á la orilla del Sella, en donde habia sido arrebatada Gaudiosa por el infame Gudila. El instinto de su propia conservacion, último que se estingue, le llevó indeliberadamente á la ribera, poco distante de la cual se levantaba el monasterio del Cristo de la Columna.

En la negra noche de duda y desesperacion que habia circundado su alma, no sabia qué pensar ni qué resolver. Sentóse junto á la orilla, entapizada de juncos y espadañas, con la misma actitud desolada y sombría de una madre junto al sepulcro de su hijo. En aquel instante hubiera podido desplomarse el universo sin que el triste Pelayo se hubiese apercibido de ello. ¡Tan abismado estaba en su dolor!

Ya era bien entrada la mañana, amarillentas nubes envolvian el disco del sol, y la lluvia azotaba los campos. ¡Funesto y memorable dia!... Si el infeliz guerrero no hubiese estado tan abstraido en su propio desconsuelo, habria podido reparar en un hombre de repugnante catadura, que, ginete sobre un soberbio troton, bajaba lentamente por el declive de la inmediata colina. El desconocido iba mirando á uno y otro lado como el tigre en acecho de su presa. Cuando distinguió á Pelayo, un gozo infernal se pintó en su semblante, y descendiendo rápidamente de su caballo, descolgó una formidable hacha de armas, y se dirigió hácia su descuidada víctima paso á paso, recatándose entre la maleza como el astuto cazador que procura no errar el golpe.

Pelayo nada habia advertido, y con la mano apoyada en su megilla continuaba inmóvil, fijos los ojos tristemente en el rio, y absorto en dolorosas meditaciones. Ya estaba el recien llegado á dos pasos de distancia, y con terrífico ademan levantó en alto su tajante hacha.

Aquel hombre era el mismo que durante la fuga de nuestros infortunados personages, pasó al galope junto á ellos. No era, como al principio imaginaron, ni el conde Rudesindo, ni mucho menos pertenecia á las gentes de Munuza. Era el feroz Eulogio, que, segun recordará el lector, habia partido de la Torre del Heredero con encargo de Gudila para espiar todos los pasos de



Lám. 7.

«El feroz Eulogio descargó un golpe mortal sobre el descuidado Pelayo.»

los prisioneros de Gijon. La infernal astucia de Gudila habia previsto la posibilidad de que Pelayo, secundado por su hermana, lograse libertar á Gaudiosa, y ya hemos visto hasta qué punto fueron bien fundadas sus sospechas.

Segun habian concertado anticipadamente, Gudila se hallaba con frecuencia en la ermita de San Fructuoso, situada entre malezas en un parage solitario y poco distante de las márgenes del Sella. El escudero, pues, se adelantó á darle aviso, y aun cuando no le encontró en el sitio de antemano convenido, á causa de lo tempestuoso de la noche, tuvo, sin embargo, tiempo para llegar á Pamia, en donde encontró á su señor.

Y mientras que los infelices fugitivos caminaban de noche y á pié, el amo y el escudero lograron estar de vuelta en las orillas del Sella al romper el dia. Colocados en espera para dar el golpe, habian divisado ocultos en la colina todos los pasos de sus víctimas, y ya sabemos el lamentable fin de esta tristísima situacion. Gudila habia logrado su intento arrebatando á Gaudiosa; pero no bastaba esto á su celoso encono, y necesitaba que su vil servidor consumase la inicua obra trazada por su odio implacable.

El feroz Eulogio descargó un golpe mortal sobre el desdichado Pelayo.

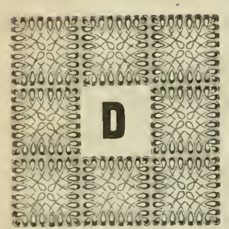
Luego nada mas se oyó sino un grito terrible y desgarrador, el grito de un moribundo, que se dilató por las márgenes del Sella.





XXVIII.

MIRADA RETROSPECTIVA.



espues que los primeros gobernadores de España Muza y Tarif fueron llamados por el gran Califa, les sucedió en el gobierno de la Península el noble y apuesto Abdelaziz, hijo del esforzado caudillo Muza, y á quien hemos visto ya tan tiernamente enamorado de la esposa de Rodrigo, la bella Egilona.

Abdelaziz se dedicó con afan á los negocios de su nuevo emirato, y llevado de sus simpatías, procuró aliviar la suerte de los españoles. No es necesario decir que tal blandura y adhesion hácia los cristianos tenia su origen en la hermosa *Ommalisam* (1). Este fué el nombre árabe qne dió Abdelaziz á su esposa.

El nuevo emir, jóven, activo y de generosa índole, emprendió la tarea de regularizar la administracion de las ciudades sometidas, deslindó las atribuciones de las autoridades mozárabes, arregló las bases de los tributos, y nombró perceptores de los impuestos, que generalmente consistian en la quinta parte de las rentas, y aun llegó á rebajar la contribucion á algunas ciudades y distritos, limitándola hasta el diezmo. Igualmente creó un divan ó consejo, con el cual consultaba y compartia la direccion de los negocios de España; estableció magistrados

(1) La de los lindos collares.

árabes, y por último, se manifestó ilustrado y benéfico tanto con los musulmanes como con los indígenas.

Habia fijado Abdelaziz su residencia en Sevilla, donde habitaba á orillas del Guadalquivir en un suntuoso palacio rodeado de amenos jardines, y en los cuales se entregaba, durante las hermosas noches de verano, á las delicias de su amor, departiendo cariñosamente con su idolatrada Ommalisam.

Servian en la guardia del emir dos ilustres árabes que eran hermanos, si bien solo tenian de comun el parentesco, pues que en las inclinaciones parece que la naturaleza habia querido señalarlos y distinguirlos tanto como se diferencia el milano de la paloma. Llamábase el mayor Zeyad ben Obeidah, y era de mediana estatura, dotado de grandes fuerzas y de incomparable valor; pero tambien era astuto, falso y rencoroso. Su edad no llegaba á los cuarenta años.

El segundo tenia por nombre Hagib, y al esfuerzo de su hermano reunia un carácter franco y leal, una estatura gallarda y una belleza varonil. Este hermano menor, que no llegaba á veinte y cinco años, era muy querido de Abdelaziz por sus generosas prendas. Mas de una vez en el fragor de las batallas se habian buscado ambos jóvenes guiados por su cariño, y salvádose mútuamente la vida en varios encuentros. En una palabra, Abdelaziz y Hagib se profesaban la amistad mas sincera.

Pero en cambio el carácter duro, imperioso y doblado de Zeyad era en estremo antipático para el noble hijo de Muza. Y ciertamente que esta antipatía se hubiera convertido en el odio mas implacable, si el esposo de la cristiana hubiese sabido lo que la bella Ommalisam le recataba. El pérfido Zeyad, faltando á las leyes de la amistad y de la subordinacion, se habia atrevido á requerir de amores á la encantadora nazarena. — Ya hacia mas de año y medio que Abdelaziz gobernaba con universal aplauso la Península, y el generoso mancebo no se descuidaba en sus benéficas tareas; pero la noticia de haber muerto el gran Califa de Damasco causó en su ánimo una profunda inquietud. Al difunto Ulit habia sucedido en el califato Suleiman, hombre orgulloso y de carácter sombrío, que irritado ya contra el padre de Abdelaziz, miraba de reojo á sus hijos, em-

res todos tres, los dos en Africa y el uno en España. Esta era la causa de los recelos del jóven emir. Y como si no bastasen tales temores, nuevos incidentes vinieron á turbar su reposo.

Era una noche oscura, todo yacia en silencio y soledad. En la márgen del Guadalquivir se veian dos hombres que acababan de reunirse en un punto, viniendo cada cual por direccion opuesta. Fácilmente podia conocerse que alguna trama importante y misteriosa era la causa de su reunion en aquel lugar y á tales horas.

—¿Has visto tú todo eso que dices? preguntaba uno de los personages.

—Por Mahoma te juro que es verdad.

—¿Y estás dispuesto á servirme?

—En cuerpo y alma.

—Pero advierte que es muy arriesgado el paso que se intenta, y que si no fuese cierto lo que dices, tu cabeza me responderá.

—Respondo con mi cabeza de la exactitud de todo cuanto te he manifestado.—Yo sirvo en la cámara del emir, y lo he visto por mis ojos. Todas las mañanas cuando Abdelaziz se levanta, Ommalisam la infiel coloca sobre su cabeza una corona de oro semejante á la que llevaba su primer marido Ruderik el romano.

—¿Y qué hace Abdelaziz?

—La infiel está dotada de ánimo altivo y corazon ambicioso, y ha llegado á adquirir sobre su esposo tan grande ascendiente, que muchas mañanas les he oido hablar de Cristo y de Marien, y aun algunas veces han entonado juntos la zala cristianesca...

—¡Le acompaña Abdelaziz en sus oraciones!

—Dicen que se ha convertido á la ley de los idólatras (1), y que su esposa, con su estraña costumbre matutina, quiere significarle que se resuelva á sacudir el yugo del alto y acatado Suleiman, proclamándose en esta tierra sucesor de Ruderik.

—Algo de eso he entendido yo tambien, pero no me he atrevido á darle crédito.

(1) Asi llamaban los musulmanes á los cristianos.

—Pues haces mal, porque es una cosa notoria, y todos los buenos muslimes no pueden menos de quejarse de la debilidad de Abdelaziz y de la astucia de la altiva Ommalisam.

—Ayub, me parece que odias al emir.

El llamado Ayub exhaló un doloroso suspiro.

Luego respondió:

—Cuando Abdelaziz habitaba en Damasco, todavía era muy jóven; pero me hizo una ofensa tan terrible... ¡Oh soberano Alá! Yo amaba á Zainab la de los negros cabellos, la de los ojos de gacela, la que ténia la faz cual la perla, roji-blanca alimentada en aguas cristalinas... Él me la arrebató, yo era su esclavo, ella me amaba... Y á poco supe que el viento de la muerte dispersó sus gracias en la tumba cual dispersa el Simoum las arenas del desierto. Ella, mi querida Zainab, fué la gentil palmera que me brindó su sombra... ¡Y Zainab murió antes de ser madre de un hijo de Abdelaziz!... Mi amada estaba en cinta cuando exhaló el último suspiro entre los dolores de madre... ¡Oh! Nunca hasta entonces anhelé las garras del rugiente leon, señor del bosque; nunca quise tener en mis labios el veneno de la verdinegra sierpe hasta que supe la triste muerte de la infeliz Zainab... ¡Y Abdelaziz fué su asesino!

—¿Y sientes la sed de venganza?

—Como el camello despues de muchos dias de camino en el desierto anhela la fuente, así anhelo yo su sangre.

—Pues voy á darte una buena noticia.

—Habla, Zeyad; si es cierto lo que me dices, yo te bendeciré y te amaré tanto como la rosa de Jericó ama el rocío de la primavera.

—Abdelaziz no es ya emir en España.

—¡Oh! ¿Es verdad lo que me dices?

—Tan cierto, que Alhaür ben Abderrahman ha sido el emir nombrado por el gran Califa, y mañana sabrá Abdelaziz que ha dejado de mandar en España.

—¡Oh placer! esclamó el esclavo.

—Pero esto, continuó el infame Zeyad, no producirá por ahora otro resultado sino que el hijo de Muza, á quien aborrece el gran Suleiman, deje de ser emir.

—¡Oh! ¡No poder vengarse!

—Para eso te he llamado.

—¿Y cómo podremos realizar nuestro proyecto?

—¿Tienes valor?

—¿Y te atreves á preguntármelo?

—Pues bien, lleva mis cartas al gran Califa Suleiman, yo le diré todo cuanto ha sucedido con la ambiciosa Ommalisam, y le informaré de los atrevidos proyectos de Abdelaziz y de la infame apostasía en que ha incurrido haciéndose idólatra por las seducciones de su nueva esposa. Pero para todo esto es preciso que tú te decidas á hacer un viaje á Damasco, y secretamente manifestar al gran Califa todo cuanto me has referido, además de entregarle mis letras.—Estás resuelto?

—Ahora mismo estoy dispuesto á partir.

—Pues bien, querido Ayub, la venganza ennoblece al hombre; yo tambien necesito vengarme, y espero que nadie mejor que tú pueda satisfacer mis deseos.—Mañana cuando el sol lance sus rayos podrás partir para Damasco, y para que nadie sospeche nuestros intentos, ni que puedan buscarte las gentes de tu señor, irás disfrazado de mercader.

—Estoy dispuesto.—La luna oculta ya su luz. Tal vez mi señor eche de menos mi presencia, por cuya razon me parece que ya debo tornar á mi morada.

—Mañana es cuando mi amigo Alhaur ben Abderrahman se presentará con la órden del gran Califa para sustituir á Abdelaziz en su cargo, porque has de saber que Suleiman aborrece mortalmente á Muza, y por lo tanto no es dificil imaginar que anhele la pérdida de sus hijos.

—¡Oh! ¡Si fuese eso posible! ¡Con qué gozo miraria rodar ensangrentada la cabeza de Abdelaziz!

—De tí mismo depende en gran manera el que tus deseos se realicen.—Sigue mis consejos, y hasta mañana.

—Adios, buen Zeyad, mañana al romper el dia iré á recibir tus órdenes.

En seguida ambos se separaron. El vil Zeyad, el amante de Egilona, el infiel amigo de Abdelaziz, se internó por las oscuras calles de Sevilla. El esclavo, el enemigo implacable del

emir depuesto, se dirigió al suntuoso palacio que habitaba la encantadora Ommalisam.

Al dia siguiente supo Abdelaziz como el esforzado Alhaur ben Abderrahman era el emir nombrado por el gran Califa. Cuando el nuevo sucesor se presentó á Abdelaziz con los firmanes de Suleiman, el hijo de Muza prestó á las órdenes de su señor la mas estricta y completa obediencia. Pocos dias despues se retiró al castillo situado en la pintoresca Sierra-Morena, donde hemos visto á la gentil Egilona, ó sea Ommalisam, prestar tan eficaz ayuda á Pelayo y á sus compañeros.

Allí en aquel hermoso y solitario lugar vivia Abdelaziz feliz y contento con su idolatrada nazarena, si bien separado de los negocios y mirado con cierta prevencion por los suyos, que le creían infiel á la sagrada ley del sublime Profeta.

Pero embebido en las glorias y placeres de sus nuevos amores, y en un lugar de los mas deliciosos del mundo, donde puede decirse que eternamente habita la primavera, no echaba de menos los azares del poder.

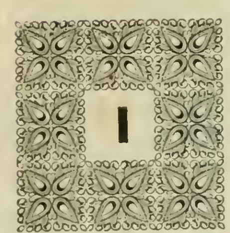
Ayub habia partido con cartas é instrucciones del pérfido Zeyad para malquistar al ilustre amigo de su hermano con el gran Califa.





CAPITULO XXIX.

MI AMOR Ó SU MUERTE.

NMEDIATAMENTE á la deposicion de Abdelaziz se trasladó la residencia de los emires á Córdoba, y por consiguiente Zeyad y Hagib, que servian en la guardia de Alhaur, se hallaban en la posibilidad de hacer de vez en cuando algunas visitas á su antiguo amigo Abdelaziz. Este recibia á los dos hermanos con un afecto entrañable, pues si bien preferia á Hagib, no dejaba ahora de agradecer á Zeyad el cariño que le manifestaba despues de su caida y de la prevencion conque generalmente le miraban los buenos muslimes, considerándole idólatra.

Una tarde estaban los dos hermanos paseándose por los deliciosos jardines del alcázar del emir, cuando de pronto apareció un criado buscando á Zeyad, á quien le habló algunas palabras al oido. Gozoso Zeyad siguió al servidor, mientras que su hermano Hagib no dejaba de hacer comentarios acerca de la súbita desaparicion de Zeyad, y aun llegó á mortificarle la reserva que con él guardaba.

Fácilmente habrá adivinado el lector que la alegría del árabe era producida por la llegada de Ayub, el esclavo de Abde-

laziz, quien ya le creía muerto á manos de los godos, supuesto que habia desaparecido repentinamente sin que jamás se hubiese sabido su paradero. Estas desapariciones entre los esclavos musulmanes eran muy frecuentes, pues que los cristianos solian sacrificar sin piedad al enemigo que se le venia á las manos.

Apenas Zeyad divisó á Ayub, cuando ambos se saludaron con el júbilo infernal de la venganza satisfecha; pues si bien el hermano de Hagib ningun motivo de resentimiento tenia para con Abdelaziz, deseaba, no obstante, la posesion de la bella Ommalisam, orígen inocente de tan negra trama.

Ayub traía letras del gran Califa para el emir, en que se le ordenaba diese muerte al rebelde Abdelaziz, que tal le juzgaban en Damasco, atendida la singular costumbre de su esposa. Estos rumores, así como la noticia de que el hijo de Muza se habia convertido al cristianismo, habian atravesado los mares y llegado á oidos del rencoroso Suleiman, de modo que las revelaciones de Ayub fueron confirmadas felizmente para sus proyectos, por otras noticias á la vez recibidas de conductos fidedignos.

El emir Alhaur, cuando leyó las órdenes del Califa, encargó de su cumplimiento á los dos oficiales de su guardia Hagib y Zeyad. Este al punto voló en busca de su hermano, y con gran disimulo y con falsas lágrimas le comunicó la triste mision que acababa de confiarles el emir. Inmediatamente, acompañados de Ayub y de algunos soldados de la guardia de Abderrahman, se encaminaron aquella misma noche hácia el castillo donde residia el noble y descuidado Abdelaziz.

Poco tiempo hacia que la hermosa Ommalisam habia dado á luz un hermoso niño, fruto de su matrimonio con el gallardo árabe. La gentil nazarena habia descubierto nuevos horizontes en la vida al delicioso resplandor del santo fuego del amor maternal, dulce y acendrado sentimiento que hasta entonces habia desconocido, y que ahora la ligaba á la vida, no por ella, sino por la ternura que le inspiraba aquella graciosa prenda de cariño, en que se recreaba su alma penetrada de un gozo inefable.

Indecibles fueron la sorpresa y el dolor del buen Hagib

cuando se hubo enterado de la terrible comision que tenian que desempeñar.

—¿Es posible, esclamaba el generoso amigo de Abdelaziz, es posible que la envidia y el odio paguen de esa manera los mas gloriosos servicios?... Pero Dios es justo, y nos manda obedecer al Califa.

Hagib era un buen musulman, su deber consistia en la obediencia, y era preciso resignarse por mas que le fuera doloroso. Hagib se resignó á degollar á su amigo.

Ya se hallaban los dos hermanos y el infame Ayub cerca del castillo en que habitaba Abdelaziz, cuando el generoso Hagib, volviéndose á Zeyad, le dijo:

—Hermano mio, ¿no te causa dolor la muerte de nuestro amigo?

—¡Ay! respondió el pérfido Zeyad. Diera hasta la última gota de mi sangre por libertar al heróico hijo de Muza.

—¿Y no habrá algun medio de salvacion para él?

—Iba pensando en lo mismo en este instante.

—¿No te parece que pudiéramos aconsejarle su fuga?

—Hermano, ¿y la obediencia que debemos al gran Califa?

—¿Y la seguridad que tenemos de que es injusta su muerte? Nosotros debemos impedir que se cometa un crímen.

—Solo nos toca obedecer.

—Yo no puedo renunciar á ser hombre. Mi razon reprueba tan notoria injusticia, y á la verdad que es harto humillante para nosotros el servir de instrumento á una infamia tan terrible. Hermano mio, ¿te resignarás gustoso á ser para los que te mandan una máquina ciega y homicida, como lo es el hacha en manos del verdugo?

Zeyad escuchó tales palabras con ademan profundamente pensativo. ¿Era que su amor propio se revelaba contra el humillante pensamiento de ser una masa inerte? ¿Tal vez un rayo de compasion habia iluminado por un momento su alma tenebrosa?

El caso fué que al cabo de un largo intérvalo, Zeyad esclamó:

—Mira, querido Hagib, no puedo menos de confesarte que

me es penoso en estremo el compromiso en que me veo de cumplir esta órden injusta.

—Pues bien, respetado hermano, tú mismo conoces que debemos procurar la salvacion de nuestro amigo.

—Pero estoy pensando en que es indispensable ponernos de acuerdo con él para lograr nuestro objeto.

—No comprendo lo que quieres decir.

—El acatado Alhaur ben Abderrahman nos exige que le llevemos la cabeza de nuestro amigo Abdelaziz para llevársela al gran Califa, en testimonio de que sus órdenes han sido obedecidas.

El buen Hagib inclinó la cabeza como si el golpe hubiese sido demasiado para él. Luego esclamó como asaltado por una idea súbita:

—¡Oh! Ya he encontrado un medio fácil y seguro para lograr nuestro intento.

—¿Y cuál es?

—Dar muerte á alguno de los esclavos de Abdelaziz, suponer que este hizo grande resistencia, y que al fin cayó traspasado de innumerables heridas. Desfiguraremos el rostro del esclavo, y haremos pasar su cabeza por la ilustre de nuestro amigo. ¡Ah! No merece el buen hijo de Muza premio tan ruin á sus eminentes servicios.

—Pero ten en cuenta, querido hermano, que para eso es preciso que Abdelaziz nos prometa y jure solemnemente que huirá de este suelo y que jamás se dará á conocer, á lo menos mientras que viva el gran Califa Suleiman. ¿No ves que de otro modo, por salvar su cabeza arriesgamos las nuestras?

—Yo diera la mia por salvar la suya.

—¡Oh! Mucho le amas, Hagib.

—Sus altas prendas merecen que se le estime en mucho.

—Así lo creo; pero tambien es preciso tener presente que nuestras cabezas responden de la suya. Insisto sobre esto, porque tal circunstancia es harto espinosa, al menos para mí.

—Haciendo lo que acabo de decirte...

—Es indispensable además que él prometa ausentarse y no

revelar jamás que vive; pues en tal caso, nosotros sufririamos el castigo.

—¡Oh terrible situacion!

—Sin embargo, añadió Zeyad despues de algunos momentos de reflexion profunda, sin embargo, me parece que todo pudiera conciliarse.

—¡Ah, querido hermano! Yo te suplico que nada perdones para salvarle.

—Pues el medio es muy sencillo.—Si él nos promete ausentarse á otros paises, mudar de nombre y guardar inviolable secreto, me parece que se pudiera llevar á cabo tu ingenioso pensamiento, es decir, dar muerte á uno de sus esclavos en lugar de nuestro amigo.

—Si, si, querido Zeyad, nuestro deber es favorecerle, ya que el poderoso Alá ha querido ponernos en la horrible alternativa de ser sus libertadores ó sus verdugos.

—Pues en ese caso, aguárdame aquí con el resto de nuestra gente; yo me adelantaré hácia el castillo que ya desde este punto se descubre, le haré la proposicion á Abdelaziz, y si la acepta, nos libraremos del peso de haber contribuido á la muerte de uno de nuestros mas estimados amigos.

—Tienes mucha razon, hermano. Adelántate, que aquí te aguardaré rogando al poderoso Alá que nuestro intento pueda llevarse á cabo.

Y en efecto, el pequeño escuadron árabe se hallaba ya al pié del monte en cuya cima estaba situado el solitario castillo donde habitaba Abdelaziz, su esposa y su pequeño hijo.

Zeyad se adelantó, mientras que su hermano aguardábale en la campaña. Era cerca del amanecer cuando el pérfido musulman arribó al castillo de la hermosa nazarena. Despues de llamar varias veces salió á abrirle un anciano vestido con el trage propio de los cristianos mozárabes. Aquel anciano era el leal Fagildo, el ayo del último rey de los godos. En seguida hizo el moro que llamasen á la bella Ommalisam, no obstante lo intempestivo de la hora. Pocos momentos despues en el salon destinado á los huéspedes apareció una mujer de formas llenas y turgentes, como de treinta años de edad, y dotada, en fin, con

esa hermosura magestuosa y sensual á un mismo tiempo, propia de las matronas.

Zeyad pareció deslumbrado ante la hermosa. Despues de algunos minutos, durante los cuales el hermano de Hagib estuvo contemplando con un arrobamiento casi febril la fascinadora belleza de la cristiana, esclamó:

—¡Qué hermosa eres!...

—¡Villano! ¿Y aun te atreves?... Yo pondré fin á estas escenas; hartó tiempo he callado tu falsía, moro vil y aleve, que te dices su amigo y tratas de ofenderle en su honor. En una mano traes las perfumadas flores de la amistad, y en la otra ocultas el puñal de la traicion... ¿Para eso me has hecho venir á estas horas á tu presencia? Voy á llamar á mi esposo, y todo lo sabrá...

—Pendiente de tus labios está su suerte, interrumpió el implacable moro.

—¡Cómo! ¿Qué has dicho?

—Sí, bella Ommalisam, el que tiernamente te adora pone en tus manos la muerte segura é ignominiosa de Abdelaziz ó su destierro.—Toma y lée.

Zeyad entregó á Ommalisam la órden, ó por mejor decir, la sentencia de muerte de su esposo.

La infeliz Egilona palideció horriblemente é inclinó su hermosa cabeza como la espiga lozana que cae á impulso de la hoz del segador. Un ronco y tristísimo sollozo salió de su palpitante seno, y lánguida y desfallecida dejó caer el pergamino fatal. Repuesta al fin de tan rudo é inesperado golpe, llevó sus blancas manos á la frente para apartar los negros rizos de su sedosa cabellera, y fijando los llorosos ojos en el pérfido Zeyad, esclamó con dolorido acento:

—¿Y qué exiges de mí?... Viva, noble Zeyad, viva mi amado, el tierno padre de mi querido hijo. ¿Qué me importa que viva desterrado? Yo elijo su destierro, y aunque busque para su morada el polo helado ó la guarida horrible de rugidoras fieras, siempre constante, dichosa y feliz con su amor, el desierto y la mansion del espanto serán para mí el paraiso, con tal que logre acompañarle. Mis delicias estarán en sus ojos, y la

dulce prenda de nuestro amor será un vínculo indisoluble...

—No, tú no debes partir... Alguna recompensa merece mi pasion y el sacrificio, el peligro á que me espongo, si logro libertarlo de la terrible sentencia del Califa, que anhela su muerte.

—¡Oh! ¡Abdelaziz morir! No, no, viva aunque la triste Egilona deba derramar hasta la última gota de su sangre.

—Tu mismo labio ha pronunciado tu sentencia, encantadora Ommalisam. Abdelaziz se salvará; pero es preciso que correspondas á la amorosa llama que me inspiras, al tierno amor que siente por tí mi pecho apasionado.

—¿Qué estás diciendo? ¡Amarte! Tú que á mis ojos apareces infame y aleve, ¿quieres que sea capaz de entregar mi amor á quien tan solo merece mi desprecio?

—No hay mas medio. Ó yo debo poseer tus gracias y gozar de las delicias que el gran Profeta nos promete en el Edem, ó su cabeza caerá de sus hombros.—Ya habrás visto la órden del gran Califa; solo hay un medio para que pueda salvarse, y es que tú accedas al encendido fuego en que arde mi corazon: y además, es necesario que tu esposo huya de este suelo, que varíe de nombre, y que jamás se atreva á presentarse en tanto que el gran Califa Suleiman aliente. Si Abdelaziz jura solemnemente lo que digo, partirá seguro, yo le amo, ya ves que al fin me muestro su mejor amigo, y que con riesgo de la mia, anhelo que salve su vida.—Le han acusado de que se ha convertido á la ley de los idólatras, tú tienes la culpa de la muerte de tu amado. El Califa Suleiman ha sabido, no sé cómo, que tú pretendes dar el reino de esta gran nacion al hombre que tu amor ha elegido... Todas las mañanas pones sobre su frente una corona, y estos hechos han producido esta sentencia de muerte. Tú debes reparar tantos daños, y salvar á quien tu mismo amor ha condenado.—Si tú me prometes acceder á mis deseos, si ausente y perseguido llegases á olvidarlo, yo te juro por el grande Alá que el buen Abdelaziz logrará salvarse del peligro que le amenaza.

—¿Y tú puedes hacerlo?

—Sí, aunque me cueste la vida.—Nosotros, segun la ór-

den, debemos presentar su cabeza al emir para que este la envíe al gran Califa en prueba de que han sido obedecidas sus órdenes...

—¿Y en ese caso, cómo puedes tú salvarle?

—Mira, bella Ommalisam, yo jamás he sido cruel; si ahora anhelo que tu amor me premie, si tal vez aparezco ante tus ojos inhumano y rencoroso, tan solo debes atribuirlo á tu hermosura, á la inmensa pasion que tus gracias me han inspirado.—La hermosura, pues, debe perdonarme la emocion, el dominio, la tiranía que, acaso á mi pesar, ella misma me impone.—Por lo demás, no debes ni un momento poner en duda que Zeyad tiene medios de libertar á su antiguo amigo Abdelaziz.—Es verdad que el emir nos exige le entreguemos la cabeza de tu esposo; pero este inconveniente es fácil de remediar...

—Esplícate, yo te lo ruego.

—Haciendo degollar á uno de vuestros esclavos. Despues desfiguraremos su semblante y haremos pasar su cabeza por la del hijo de Muza, suponiendo que este se resistió con las armas á los mandatos del gran Califa.—Este es el único medio de salvarle, en tus manos está el hacerlo... ¡Elige!

La enamorada cristiana lanzó un grito de horror. Luego, deshecha en lágrimas y con ademan suplicante, esclamó:

—¿Hay mayor crueldad? ¿Está en mi mano mudar de corazon? Dame otro nuevo, forma en mi pecho un cariño que no existe, y yo te juro consagrártelo... Pero ¿te atreverás á exigir?...

—Hermosa Ommalisam, yo sería un insensato si me atreviera á exigirte un cariño que tu pecho aun no ha podido anidar.—Yo estoy seguro que cuando hayas comprendido el fuego que mi corazon abriga, cuando te nombre mi esposa, cuando por ti esponga mi vida, cuando los dulces halagos de mi tierno amor te manifiesten que nadie como yo es capaz de amarte en el mundo, tú recompensarás mi pasion ardiente, entonces serás dichosa y yo bendeciré tus ojos, que serán para mi los luceros del Edem...

—¡Calla! Calla por piedad, moro cruel... ¡Ay! ¡Ojalá pudiese pensar en ti con amor!... Pero acaso ¿soy dueña de man-

dar en mi alma?—Yo he sufrido todos los azares de la suerte; las mas horribles pruebas del infortunio, todos los terrores de una vida amenazada del veneno, la desesperacion que los celos inspiran, la afrenta, la humillacion, el cautiverio, todo lo he padecido, todo, incluso el hambre. ¡Qué horror!... ¡Y yo he sido una reina!... Pasaron los años floridos de la primavera de mi juventud, las nacaradas ilusiones, los brillantes ensueños, las dulces tristezas de los primeros amores... Me vi despues cautiva, abandonada y sola; Abdelaziz me amó, yo le correspondí prendada de su varonil belleza, de su carácter noble, de su valor heróico. Él era musulman y yo cristiana; pero comprendí que su amor era sincero, y el amor engendra amor en las almas generosas. Otra vez volví á sentir el agradable fuego de la pasion, la hoguera ya reducida á cenizas por la desgracia tornó á encenderse, y una nueva vida comenzó para mí, una vida de abandono y de amor y de caricias y de inacabable ventura... Olvidé y amé; pero á pesar de mi olvido, la turba implacable é inquieta de los recuerdos ofuscaba mi mente y desgarraba mi corazon como una bandada de aves carniceras... Pasaron dias, y el bálsamo del tiempo curó por fin todas mis heridas... Fuí madre, y desde entonces la existencia se embelleció á mis ojos, mi hijo y el padre de mi hijo son y serán siempre todo mi universo... ¡Oh guerrero esforzado! Muéstrate generoso con una pobre mujer que cuando apenas habia entrevisto el cielo de la felicidad, se ve amenazada por los rugientes aquilones de la mas horrible desventura... Muévate á compasion mi triste llanto, oye las quejas de un ser débil y desvalido. ¿Qué haré sin el padre de mi hijo adorado?—Yo te lo pido de rodillas; mira compasivo á una pobre mujer enamorada, á una esposa y á una madre... ¡Ah! Si no tienes entrañas de tigre, yo espero que me concederás partir con mi idolatrado Abdelaziz á los áridos desiertos de la Libia, ó á las heladas regiones del polo; en cualquiera parte, donde mejor te plazca, iremos pobres y errantes, pero iremos juntos. Viviremos desterrados, enhorabuena, mudaremos de nombre, hablaremos lenguas desconocidas, habitaremos en los bosques, te juraremos secreto inviolable; pero déjame seguirle, déjame que aunque sea en una cueva viva dichosa con mi esposo y con mi hijo...

El feroz Zeyad, cansado de tan largo razonamiento, interrumpió á la desolada Ommalisam, volviéndose al esclavo Ayub, y diciendo con voz ahogada por la rabia:

—Parte, mi buen Ayub, vuela á dar aviso á los ginetes que acompañan á mi hermano, y que al punto se precipiten en este castillo, que el incendio devore sus muros, que no quede piedra sobre piedra, y que sus habitantes todos perezcan entre mil torturas, abrasados en las crujientes llamas, y que sus sepulcros sean humeantes montones de escombros y cenizas.

Ayub hizo ademan de salir; la cristiana le atajó el paso, y dirigiéndose á Zeyad, esclamó:

—Detente, hombre infernal... ¡Oh! ¡El infierno te ha lanzado para mi martirio... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Tal vez pensais castigarme... ¿Y podeis permitir que sucedan estas cosas? ¿Para cuándo guardais vuestros rayos?...

—¿Podré llamarte mia?

—¡Ah! Ten compasion, oye el acento...

—Si ó nó.—Responde.

Hubo un instante en que reinó un silencio sepulcral.

Egilona estaba pálida, trémula y desencajada de terror, el vil Zeyad parecia un leon espumante de rabia, y el rencoroso Ayub en el dintel de la puerta semejaba á un genio infernal con su feroz sonrisa.

Al fin la desconsolada Ommalisam respondió con un acento que partia las entrañas:

—Mira, Zeyad, voy á decirte todo cuanto me parece que podré hacer... Sí, sí, tendré valor, no me engaño, tendré valor para cumplirte lo que te voy á prometer... Yo huiré de esta mansion ¡ay! apacible asilo donde moraba la felicidad. Yo partiré para siempre renunciando á volver á estos deliciosos sitios, amables y callados testigos de mi sin par ventura... ¡Oh! Salva su vida, haz que en lejanos climas llore ausente su cruel fortuna, separa estos dos corazones nacidos para amarse y que mas y mas los ha unido un vínculo santo... ¡Mi hijo es su hijo!... Escucha mis palabras, es todo cuanto puedo hacer, yo te juro... ¡Dios mio, dadme fuerzas para jurarlo! Yo te juro nunca mas volverlo á ver... ¡Inmenso sacrificio! Pero ya que pones su vida

en mis manos, antes debo clavar el puñal en mi pecho que en el suyo. Aunque yo espire de dolor y angustia, salvaré al menos al padre de mi hijo... ¿Quién sabe? La esperanza... Algun dia tal vez... En fin, Zeyad, estoy resuelta á no verlo mas, ya lo he jurado; gran precio pones á su vida; pero ¡amarte! ¡Oh! No exijas tanto, la vida de todos los mortales no pudiera justificar ese crímen... esa exigencia...

—¡Vive Alá! Responde, nazarena, responde pronto, y elige entre mi amor ó su muerte.

—¿Es posible que te atrevas á soñar con el amor de esta infeliz cautiva á quien el cielo persigue tan cruelmente?... No, no.— Yo te daré mi vida; pero ¡mi amor! Mil veces prefiero morir.

Y la desdichada prorumpió en desconsoladísimo llanto. Egilona hubiera podido conmover á un mármol; pero era aun mas insensible el corazon del bárbaro Zeyad. En vez de compadecerse y prestar oidos á tan doloridas palabras, sus ojos centelleaban de impureza clavando miradas codiciosas sobre la triste Ommalisam, que en aquel momento parecia mas hermosa que nunca. Su negra y abundante cabellera, que caia esparcida en bello desórden por su airosa espalda, sus blancas manos cruzadas sobre el pecho, su voz triste y vibrante, y hasta sus lágrimas la embellecian.

—Por última vez, Ommalisam, ¿qué decides?

La cristiana clavó sus ojos delirantes en el moro, y con ademan estraviado esclamó:

—¿Qué decido?... ¡Y lo preguntas!... Morir, morir mil veces primero.

—Pues adios.

Zeyad y Ayub se dirigieron á la puerta.

Egilona corrió hácia ellos desatentada y se detuvo.

—¡Morir! ¿Y mi hijo? ¡Qué horror!... ¿Nada habrá que te ablande?

—Nada. Solo tu amor desarmará el brazo de la justicia.

—¡La justicia!

—Lo manda el Califa, y por lo tanto es justo.

Ommalisam guardó silencio durante algunos momentos. Al fin, como tomando su resolucion, dijo:

—Pues bien, seré tu esposa, tu esclava, haz de mí lo que quieras; pero que viva Abdelaziz y mi hijo. ¿Estás contento?

—Eres tan discreta como hermosa. Vivirá tu esposo; pero oye bien mis palabras. Guárdate de manifestarle el precio de su vida; si llegase á descubrirse lo que acaba de pasar entre nosotros, su muerte sería inevitable y la tuya tambien...

—Haré todo cuanto me ordenes, respondió la infeliz sollozando amargamente.

—Le dirás que al punto huya de esta mansion, y le prometerás seguirle en secreto señalando el punto en que habeis de reuniros.—Yo conozco demasiado bien á Abdelaziz, y estoy seguro de que como le digas la verdad, antes se dejaria matar que acudir á la fuga para salvarse.—Así, pues, ten muy en cuenta que en manera alguna debes manifestarle lo que acaba de pasar entre nosotros. Es condicion indispensable que se ausente en la creencia de que tú deberás acompañarle, y... ¡ay de tí y de él si te atreves á revelarle la causa á que deberá su salvacion!

—Sí, sí, sabré guardar silencio... ¡Dios mio! ¡Qué prueba tan cruel!

—Dime, ¿se ha despertado ya tu esposo?

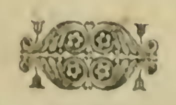
—Ahora estará haciendo la oracion de la mañana.

—Pues anda, y prevenle segun mis instrucciones.

Ommalisam salió lentamente del aposento, procurando ocultar su amarga pena.

—Secreto ó muerte, añadió el moro implacable.

La enamorada cristiana exhaló un triste suspiro. Era en verdad terrible la condicion que se le imponia. Tan inmenso sacrificio debia ser ignorado del hombre á quien tan tiernamente adoraba su corazon.





XXX.

DONDE SE VERÁ LO QUE ACONTECIÓ EN EL CASTILLO DE LA BELLA OMMALISAM.



PENAS quedaron solos el infame Zeyad y el rencoroso Ayub, cuando este le dijo:

—¡Ah buen Zeyad! Ahora comprendo la causa de tu odio hácia Abdelaziz; pero el amor te hace ser débil y hasta insensato.

— Qué quieres decir?

—Que estos amores pueden costarte la cabeza.

—¿Y por qué?

—Porque si Abdelaziz vive no dejará al fin de saberse, en cuyo caso el emir te mandará degollar, y con mucha razon, puesto que tratas de engañarle y desobedecer las órdenes del gran Califa.

El malvado Zeyad respondió al esclavo con una sonrisa llena de astucia y desden.

Luego dijo:

—No eres tú poco necio.

—¡Yo! ¿Estás en ti?

—Te digo que eres un insensato si has creido mis palabras.

—¿Pues qué piensas hacer?

Zeyad paseó en torno una mirada escrutadora, como si quisiera convencerse de que nadie podia escucharle.

En seguida se aproximó al oido del esclavo con la misma actitud de un hombre que parece querer revelar un secreto importante; pero en aquel mismo momento se abrió la puerta y apareció Abdelaziz con el semblante dolorido y triste.

Ayub se rebozó en su alquicel, y como un page respetuoso, se apartó algunos pasos del grupo de los dos amigos.

—¡Querido Zeyad! esclamó arrojándose en brazos del pérfido hermano de Hagib.—La bella Ommalisam, deshecha en lágrimas, acaba de contarme la generosidad que has tenido en permitir que me ausente. Nunca podré agradecerte bastante el peligro á que te espones por salvarme.

Al oir tales palabras, por grandes que fuesen la astucia y la maldad del moro, no pudo menos de bajar los ojos. ¡Tan horrible era el contraste que formaba su traicion con el generoso abandono del engañado Abdelaziz!

Pero Zeyad recobró bien pronto su ordinaria sangre fria, y fijando en su antiguo amigo una mirada escrutadora, preguntó:

—¿Y no te ha dicho tu esposa de qué manera hemos convenido que se verificará tu salvacion?

—Mucho temo la necesidad de dar muerte á uno de mis esclavos; pero ¿cómo ha de ser? comprendo el peso de tus razones. ¡Oh! ¡Si no fuera por ella y por mi hijo! Nunca, nunca la muerte pudiera aterrarme tanto. ¿Qué habré yo hecho para que el gran Califa me trate con tal crueldad? ¡Si no hubiera sido por ti!... Ommalisam ha quedado en seguirme; yo te agradezco tu amistad, eres dueño de mis esclavos, elige al que quieras y favorece á mi hermosa nazarena.

Zeyad comprendió que Egilona habia cumplido fielmente su palabra.

—Descuida, Abdelaziz, descuida, que yo protegeré á tu esposa para que pueda seguirte en tu fuga.

—Querido amigo, yo te lo agradeceré eternamente.

—Mira la órden del Califa.

Abdelaziz leyó y frunció el ceño.

—El infame Suleiman, dijo, aborrece á mi padre y quiere satisfacer en sus hijos el odio que profesa á Muza.

—Parte, Abdelaziz, parte sin tardanza, antes que lleguen

mis soldados y presencien la superchería. Hagib, que tanto te ama, está aguardando al pié de este monte mis órdenes... Aléjate en opuesta direccion, y procura que no te vean los soldados del emir Alhaur. Cuando ellos arriben á este alcázar, ya estará todo terminado. La cabeza de tu esclavo pasará por la tuya; pero es preciso que empeñes tu palabra solemnemente de mudar de nombre. Desde hoy para todo el mundo habrás dejado de existir; de lo contrario, ya comprenderás que mi cabeza peligra tan solo por hacerte un bien.

—¡Oh amigo Zeyad! Está seguro de que nunca olvidaré tu generoso corazon, y por el sublime Profeta te juro que jamás te causaré el mas mínimo perjuicio. Un secreto inviolable velará tu hidalga conducta, y mil veces espiraré al rigor de mi enemiga estrella antes que revelar mi nombre ó tu generoso proceder para conmigo.

—Yo no hago en libertarte otra cosa sino cumplir con los deberes que me imponen la amistad y la justicia.—Parte sin dilacion, buen Abdelaziz, y el poderoso Alá quiera protegerte.

—Adios, generoso amigo.

—Por lo demás, debo asegurarte que si veo alguna posibilidad de salvacion para tí, yo te enviaré un mensagero para que vuelvas á tu castillo... No debes ignorar que Alhaur piensa en sustraerse á la dominacion del grán Califa, y que hallándose á tan larga distancia de Damasco, no le será difícil erigir en Córdoba un califato independiente. Si es así, no podrá menos de contar con nosotros, y en general con todos los que sean enemigos del gran Califa, entre cuyo número no dejará de contarse al esforzado hijo de Muza. Yo haré todo lo posible por devolverte la vida deliciosa y no turbada de tu castillo, de tus amores, y de la felicidad que aquí gozas como esposo y padre.

—En tus manos pongo toda mi confianza, querido Zeyad: sin la menor reserva me arrojo entre tus brazos.

—Ya verás como no te falta mi amistad en esta ocasion.

—Adios, buen Zeyad.

—Alá te salve, desdichado Abdelaziz.

Y ambos se estrecharon con la mayor ternura. Abdelaziz

montó en un soberbio corcel y se alejó rápidamente del castillo, muy confiado en la amistad del moro y muy ageno de la negra traicion que se le tramaba.

Cuando nadie pudo oirlos, Ayub, aproximándose á Zeyad, le preguntó:

—¿Y le dejarás partir?

Zeyad se sonrió de una manera diabólica.

—¿Has podido creer, dijo, que yo fuese tan necio? Yo pretendo satisfacer á un mismo tiempo mi amor y mi odio. Cuando se hallaba Abdelaziz en el pináculo de su fortuna me miraba con desden, en tanto que dispensaba las mas inequívocas muestras á mi hermano Hagib. Pero mira lo que es el mundo, hoy me ha llamado su protector y su amigo...

—¿Y bien? interrumpió Ayub con ademan cólerico. En este momento Abdelaziz está salvo, y por Alá te juro que no se me engaña á mí de esta manera. Yo me he asociado contigo, he hecho un largo viaje, y te he servido con la mayor lealtad á fin de satisfacer mi venganza, y ahora ¡voto á la espada del Profeta! ahora salimos con que te declaras protector de nuestro enemigo.

—Se conoce que eres un topo, buen Ayub.

—¡Cómo!

—Así lo comprenderás tú mismo en cuanto te diga dos palabras.

—Habla.

—Ahora mismo debes montar á caballo y no perder la pista á Abdelaziz.

—¡Qué! ¿Quieres tal vez que yo le dé la muerte? No, yo no quiero ese género de venganza; él es valiente como un leon de Numidia, y estoy muy convencido de que me mataria antes que yo le tocase al pelo de la ropa...

—Tú mismo has de gozar el placer de cortar su cabeza.

—¡Yo! ¿Y cómo? Esplícate.

—Inmediatamente partirás en seguimiento de Abdelaziz y le dirás de parte mia que regrese á su castillo cuando llegue la noche para que no le vean mis soldados.

—¿Y cuál es tu pensamiento?

—Nada mas tengo que decirte sino que tus deseos se cumplirán.

—Pero yo no puedo hacer lo que me mandas.—Abdelaziz me conoce, y ya ves que no debo arriesgarme estérilmente. Mientras que hablaba contigo estuve temblando porque temia pudiese reconocerme, y así habria sucedido, si él no estuviese tan preocupado con su desgracia y yo no hubiera tomado la precaucion de alejarme y ocultar el rostro rebozándome en mi alquicel.

—Con ese mismo misterio deberás llegarte á tu enemigo, darle mi órden, y despues alejarte rápidamente.

—Me conocerá por el metal de la voz.

Zeyad hizo un movimiento que significaba reconocia la exactitud de semejante observacion. Ayub dijo:

—¿No seria mejor que me dieses tu órden por escrito? Yo se la entregaria en silencio, y así se evitaba que pudiera reconocerme. ¿No comprendes que de otro modo acaso recelaria?...

—Bien, Ayub, se hará como deseas.

En seguida se dirigieron á la habitacion donde Ommalisam se hallaba, semejante á la imágen del dolor, estrechando contra su pecho á su querido hijo. Delante de aquella madre desolada se veia un anciano que la contemplaba inmóvil y con aire de profunda tristeza. Era el leal Fagildo.

Zeyad se dirigió al anciano y le pidió recado de escribir. El antiguo servidor de don Rodrigo señaló al moro una mesa de mármol, sobre la cual se veían todos los útiles necesarios. Zeyad tomó un pedazo de gacela tersa y sutil, y trazó en ella algunas palabras. Luego, entregándole á Ayub la epístola, dijo en voz baja:

—Toda tu mision está reducida á poner este escrito en manos de Abdelaziz. Anda, corre, vuela, y no pierdas ni un instante. No es preciso que te conozca, rebozado y encubierto puedes cumplir tu encargo.

Ayub fijó sus ojos en la carta y contellearon con el brillo de una alegría infernal. En seguida estrechó la mano del moro y se alejó para cumplir las órdenes que le habian sido transmitidas.

Cuando Ayub hubo desaparecido, la mas insensata satisfac-

cion se pintó en el semblánte de Zeyad, que despidió con un signo al anciano servidor de Egilona. Esta continuaba tàn triste y dolorida que movia á compasion solo el mirarla. Con su tierno hijo estrechado en sus brazos, reclinada en un divan, los ojos estraviados y desencajado el rostro cubierto de mortal palidez, permanecia como agena á todo cuanto en torno de ella sucedia.

El pérfido Zeyad fijó en la hermosa y afligida madre una mirada de horrible gozo. Luego se aproximó lentamente, y con un acento de ternura que contrastaba de una manera singular con la fiereza de sus facciónes, le dijo:

—¿Es posible, encantadora Ommalisam, que nunca logre ver tus ojos serenos para mí? Yo que cifro mi ventura en tus amores, y que hasta soy capaz del crímen por obtener la posesion de tu hermosura, ¿es posible, repito, que nunca vea brillar la sonrisa en tus labios, y que jamás tu voz de Huri pronuncie un «te amo?...» Solo en tu amor cifrará tu esclavo desde hoy las delicias del Edem... Permaneces insensible. ¿No me escuchas?... Comprendo tu dolor, y á la verdad que me atormenta el ver cuánto adoras al que es indigno de tu ternura...

—Calla, moro vil y aleve, calla y no pronuncies con tu lengua inmunda el nombre idolatrado que eternamente estará esculpido en mi corazon, el nombre del valiente Abdelaziz, que es padre de este niño desventurado... ¡Oh hijo mio! Fuiste engrendrado en hora maldecida; la infamia marcó tu frente á la par que la de tu madre... ¡Hijo mio! Llora, llora sin cesar desde este funesto dia, porque desde hoy te has quedado sin padre... ¡Pobre huérfano!

Y asi diciendo, la apenada madre cubrió el rostro del tierno infante de besos y lágrimas, mientras que el inocente niño le sonreia, incapaz de comprender todo el horror de su desventura.

El malvado Zeyad se mordia los labios de furor, pero gracias á su natural disimulo logró dominarse, y afectando la mayor ternura, continuó:

—No te aflijas, hermosa nazarena, no te aflijas fuera de término... ¿Tengo yo la culpa de que el gran Califa haya fijado sus sangrientos ojos en el hijo infeliz del esforzado Muza? ¡Cuán-

lo eres desgraciada para aquel que ha salvado su existencia á riesgo de la suya! Figúrate por un momento que otro que no fuese Zeyad hubiera recibido la órden del Califa... En tal caso, ¿pudieras esperar que á estas horas viviese tu Abdelaziz? Sordo á tu dolor, insensible á tus ruegos, y obediente á los mandatos del poderoso y acatado Suleiman, ya la cabeza de tu esposo habria rodado sobre este pavimento... El grande Alá lo ha ordenado de otra manera: es verdad que yo te amaba, y que eternamente seré esclavo de tus ojos brilladores; pero esto mismo, por mas que te mortifique en este dia, ¿no ha sido una fortuna para tí? ¿Acaso crees que pudiera tu hijo tener padre si otro que Zeyad hubiese recibido del emir la órden de dar muerte á Abdelaziz? Mi amor le ha salvado, y yo mismo espongo mi cabeza por complacerte; pero si á este beneficio he impuesto algunas condiciones, ¿cuál es la causa? la pasion que tú me inspiras; á no ser así, yo habria sido capaz de hacer el bien de una manera cumplida, permitiendo que tú le acompañases en su destierro... Si tal vez me he manifestado exigente y hasta cruel, ¿quién ha tenido la culpa, cuál ha sido el orígen, sino el amor ardiente que te profesa mi pecho? ¿Por qué, bella Ommalisam, por qué desoyes la voz de la razon, y te manifiestas tan en estremo angustiada, cuando atendida la órden del emir, á estas horas deberias llorar viuda?

Egilona fijó en Zeyad una mirada imposible de describir.

El moro continuó:

—Yo te pido que escuches mis votos; no es preciso que te encadenes con los lazos de esposa, solo me bastará que oigas con complacencia mis palabras de amor... Ya ves cuán indulgente soy. Por lo demás, ¿quién sabe? Mañana mismo puede recibirse la noticia de la muerte de Suleiman, y en ese caso otra vez volverás á gozar de la dicha que hoy crees haber perdido para siempre.

—¡Indigno! gritó furiosa Ommalisam. ¿Y te atreves á proponerme que preste oidos á tus caricias, mientras que el padre de mi hijo estará llorando ausente de las prendas de su amor? ¿Tan infame juzgas que soy? ¡Oh, Dios mio! ¿Qué es lo que he hecho? ¡Infeliz Abdelaziz! Le he engañado, él me estará aguar-

dando inútilmente, y tal vez crea que le hice traicion... Nunca, nunca hubiera podido sospechar las horribles angustias que iba á causarme el deseo de salvar su vida... Él me creerá infiel... ¡Mónstruo! Tú tienes la culpa...

—Reflexiona, te vuelvo á decir, que peor hubiera sido si otro en mi lugar le hubiese mandado cortar la cabeza.

—¡Oh! He sido una infame... ¿Por qué he temblado? Mi cobardía le salva, pero le deshonra... Yo debí hablarle con franqueza, decirle todo lo que sus enemigos han tramado contra él... La sentencia del Califa acaso la hayas atraido tú mismo sobre su cabeza. ¡Si lo hubiera pensado antes! ¡Qué horror! ¿Y yo he de amarte? Huye, huye de mi vista, hombre infernal.

El moro, con el semblante inflamado, quiso estrechar en sus brazos á la afligida cristiana. El niño, al ver á aquel hombre precipitarse hácia Egilona, comenzó á llorar estrepitosamente, ocultando su lindo rostro en el regazo de su madre. Esta, furiora como una leona, se levantó, y abalanzándose á Zeyad con una fuerza sobrehumana, empujó con su mano derecha al atrevido moro, en tanto que con la izquierda sostenia y resguardaba al tierno infante. Tan brusco, tan imprevisto y violento fué el empuje de la indignada Ommalisam, que dió en tierra con el infame agareno.

Egilona desapareció rápidamente. Zeyad, jadeante de furor, humillado por la altiva cristiana, avergonzado por el desaire que acababa de sufrir, con los ojos centellantes, la nariz dilatada, ardiendo su corazon en la mas implacable rabia, esclamó:

—¡Venganza! ¡Oh, insensata mujer!... Yo sabré vengarme aun mas cruelmente de lo que pensaba. Nada de treguas ni de amor entre nosotros. ¡Desdeñarme asi! ¡A mi, á Zeyad! ¡Y una miserable cautiva, una débil mujer, una inmunda idólatra!... ¡Oh! ¡Rayos del cielo! ¡Venganza! ¡Venganza horrible en lugar de amor!

En este mismo instante resonaron en el patio pisadas de caballos y voces de hombres.—Zeyad corrió inmediatamente á ver quiénes eran los recien llegados, á los que al punto reconoció por los soldados de la guardia del emir. Apenas el rencoro-

so musulman divisó á los ginetes, llegóse á su hermano Hagib, quien notando su turbacion, le preguntó:

—¿Y Abdelaziz?

—Acaba de partir de este castillo.

—¿Ha convenido en mudar de nombre?

—Así me lo ha dicho; pero creo que nos va á costar cara nuestra amistad.

—¿Pues cómo?

—Me parece que no debemos fiarnos de su palabra.

—¿La ha empeñado solemnemente?

—Sí; pero á pesar de eso me temo que no la cumpla.

—No le conoces, si tal piensas.

—Creo conocer á los hombres mejor que tú.

—Abdelaziz es mi amigo, y estoy seguro de que no faltará á su promesa.

—Me parece que te equivocas.

—Hermano mio, siento oirte opinar de esa manera.

—Ya verás, Hagib, como no me engaño.

—¿Y qué razones tienes para pensar así?

—Acabo de tener una entrevista con su esposa, y de ella he podido deducir que no ha sido sincero al prometer que jamás volveria á este castillo.

—¿Será posible, Zeyad?

—Como te lo estoy diciendo, Hagib.

—Es muy aventurado pensar...

—Al tiempo doy por testigo.

—Entonces será un infame.

—Entonces no habrá piedad para él.

—Dejemos eso; creo que exageras tus temores, dijo con evidente disgusto el jóven Hagib.

Zeyad se encogió de hombros.

El hermano menor descabalgó de su caballo, y despues de tomar las disposiciones necesarias para alojarse con su gente en el castillo, mandaron ambos, esto es, Zeyad y Hagib, que les sirviesen de almorzar, cuya órden se cumplió al punto bajo la direccion del anciano Fagildo. Igualmente se les sirvió un desayuno á las gentes del emir Alhaur. En seguida todos se entre-

garon al descanso, del que tenian harta necesidad, supuesto que gran parte de la noche habian estado caminando.

Zeyad por el contrario, impaciente, receloso, lleno su depravado corazon de una ardiente sed de venganza, permaneció en su aposento como si aguardase algun importante suceso.

El sol habia ocultado ya sus luminosos rayos entre las carmíneas nubes del occidente, las primeras sombras de la noche comenzaban á estenderse sobre las cimas de los altos montes, las pajizas techumbres de las cabañas empezaban á humear, señalando la hora en que los sencillos pastores acudian á su humilde hogar para entregarse al descanso de sus cotidianas fatigas, y el sueño no turbado descendia sobre las modestas chozas, mansion de la inocencia, del trabajo y de la felicidad.

La blanca luna comenzaba á elevarse en el oriente enmedio de un cielo azul y purísimo, derramando sobre los umbríos bosques una luz misteriosa y quebrada por el espeso follage; y el suspiro de los céfiros que se dilataba por la selva era la única voz que se escuchaba en los solitarios ámbitos de aquel paisage agreste á la vez que pintoresco. ¡Cuántas gratas emociones despertaba en el corazon la magestuosa noche, la refulgente luz de las estrellas y la solemne y apacible calma de la creacion entera!

Pero á todo permanecia indiferente el rencoroso Zeyad. Era tan grande su escitacion que, á pesar de haber estado caminando casi toda la noche antecedente, no se habia entregado al sueño, como lo habian hecho los soldados y su hermano Hagib.

En la impaciencia que devoraba á Zeyad no habia dejado de mirar muy á menudo por una ventana hácia el tortuoso sendero que por la parte del norte conducia al castillo.

De pronto sus ojos se animaron con un fuego sombrío, y exhaló un ligero grito de sorpresa y de júbilo. Acababa de distinguir un ginete que se acercaba con toda la rapidez que lo permitia la agria pendiente. Pocos momenos despues aquel ginete se hallaba en presencia de Zeyad.

—¿Cumpliste mi encargo? preguntó vivamente.

—Sí, amigo Zeyad, le entregué tu carta sin hablar ni una

sola palabra, y mientras que leía su contenido, yo me alejé al galope.

—¿Y no sabes lo que hizo?

—Dentro de breves instantes estará aquí.

—¿Estás seguro, Ayub?

—Le he visto volver riendas, y por distinto camino del que yo he traido se ha encaminado á este castillo.—Ahora bien, Zeyad, yo quisiera que me esplicases del todo tu pensamiento; aunque por el contenido de la carta he llegado á vislumbrar alguna parte.

—Mi hermano está durmiendo igualmente que nuestros soldados, en seguida que él venga...

Zeyad bajó tanto la voz al llegar aquí, que solo el esclavo Ayub pudo entenderlo.

Mientras que ambos continuaban en su misterioso diálogo, la triste Egilona se hallaba en su aposento desolada, triste y víctima de la mas indecible angustia. Recordaba que todas las tardes al aproximarse la noche se entregaba á sus amorosos coloquios con el bizarro Abdelaziz, y que los dos embebidos contemplaban con sin igual delicia al tierno infante que les sonreía cariñoso como una ilusion de amor correspondido. Ahora la afligida madre se encontraba abandonada y sola, y era lo peor que acaso su idolatrado Abdelaziz llegaria á creer que ella no le amaba, puesto que no pensaba acudir á la cita que su esposo le habia dado aquella misma noche en una quinta de su propiedad y situada poco distante del castillo. Aquella casa era el punto de reunion elegido para partir despues tristes y desterrados, pero juntos y amorosos. La bella Ommalisam, sin embargo, habia resuelto salvar á todo trance la vida del gallardo hijo de Muza, y por lo tanto tenia que resignarse á permanecer allí como lo habia prometido al feroz Zeyad.

Pero si bien es cierto que Egilona, fiel á su dolorosa promesa, habia resuelto permanecer en el castillo, tambien se decidió á no acceder á las infames exigencias del ruin Zeyad, una vez que Abdelaziz ya estaba fuera de peligro. Y era tan firme su propósito, que ni la muerte la intimidaba, esperimentando un inefable gozo al recordar que todos sus sufrimientos eran por

salvar la vida del hombre que tan ciegamente idolatraba. Es verdad que se habia tranquilizado algun tanto despues que Fagildo le habia jurado salvar y proteger á su hijo, caso de que algun imprevisto accidente lo separase de su madre. Esta reflexion calmaba su agitado espíritu, y ciertamente que no eran infundados sus temores, pues que todo debia recelarse del carácter arrebatado y violento del inicuo Zeyad.

Abstraida en sus pensamientos la desdichada Egilona, reclinada en un divan, tenia fijos sus ojos en su amado hijo, que bajo el sueño de la inocencia reposaba en el seno maternal.

Súbito la hermosa cristiana lanzó un grito de sorpresa, de terror y de alegría á un mismo tiempo. Un hombre apareció en el dintel. Aquel hombre era Abdelaziz. Es imposible pintar la angustia de la infeliz Ommalisam, que deseaba comunicarle la horrible trama de su pérfido amigo, y que por otra parte temblaba al recordar su juramento de no revelarle nada á su esposo de las espantosas condiciones impuestas por Zeyad.

—¡Hermosa mia!

—¡Querido Abdelaziz! ¡Cómo! ¿Tú aqui? ¿No sabes el peligro á que te espones?

—Zeyad ha prometido interceder por mi. Acaso pueda yo serle útil al emir Alhaur, que parece pretende declararse independiente del Califa Suleiman.

Y esto diciendo, Abdelaziz mostró á su esposa la epístola del hermano de Hagib.

Egilona apenas daba crédito á sus propios ojos. Tan estraña y contradictoria le parecia la conducta de su verdugo.

Abdelaziz entre tanto habia tomado en sus brazos al tierno niño, cuya frente pura y serena cubria de besos y lágrimas.

En el mismo instante Egilona lanzó un grito desgarrador, arrebatando á su hijo de los brazos de su padre, que estendiendo las convulsas manos, cayó sin sentido en el suelo sujeto y desarmado por Zeyad y Ayub.

Un anciano apareció entonces, y arrastrando á Egilona, que á la sazon se hallaba casi loca de dolor, la sacó del aposento, así como tambien á su hijo. Aquel anciano era el leal Fagildo.

Un árabe, que acababa de levantarse, presenció esta esce-

na, es decir, vió á Egilona pálida, desolada y trémula, arrastrada por el antiguo escudero. Aquel árabe era Hagib, que no acertaba á esplicarse la causa de tan inmenso dolor como revelaba el semblante de la bella Ommalisam.

Hagib siguió á la esposa de Abdelaziz á un aposento en donde la infeliz cayó casi sin sentido, murmurando:

—¡Infame Zeyad! Mi amado ha sido víctima de la mas horrible traicion... ¡Querido Abdelaziz!

—¿Qué quereis decir? preguntó el buen Hagib agitado por un triste presentimiento.

Egilona, fijando en él sus ojos, reconoció al antiguo amigo de su esposo y esclamó con acento delirante:

—Corred, volad en su defensa... Zeyad y su esclavo se han precipitado sobre el inocente... Sin duda le han hecho venir...

El hermano de Zeyad preguntó á la desolada Ommalisam la causa de su tristeza. La infeliz esposa nada pudo contestarle. El fiel Fagildo, que habia vislumbrado en parte la horrible trama de que Abdelaziz habia sido víctima, manifestó á Hagib sus sospechas acerca de la negra traicion de su hermano.

—¡Cómo! ¿Que te atreves á decir?

Fagildo reveló á Hagib el amor que desde algun tiempo habia sorprendido en Zeyad hácia su señora.

Hagib, noble de carácter, amigo tierno de Abdelaziz y en estremo cariñoso para con su hermano, no podia dar crédito á las palabras de Fagildo.

—¡Esa es una calumnia infame! esclamó.

En este momento apareció Zeyad acompañado de Ayub, el cual llevaba asida por los cabellos la cabeza del desdichado Abdelaziz.

Zeyad, con un acento en que harto se revelaba su insaciable sed de venganza, dijo:

—¡Mira!

Ayub con una sonrisa feroz mostró ante los ojos de Ommalisam la cabeza del hijo de Muza.

Egilona y Fagildo exhalaron un grito desgarrador.

—¡Hermano mio! ¿Qué has hecho? ¡Eso es una ruindad in-

digna de tu nombre! esclamó con tono de reconvencion el esforzado y generoso Hagib.

—Hé aquí, repuso Zeyad, cómo se han cumplido mis temores... Abdelaziz ha faltado á su palabra, el hijo de Muza ha vuelto á este castillo en el silencio de la noche, despreciando la solemne promesa que me habia hecho... Ya conocerás, hermano mio, que nuestra cabeza peligraba, por eso he tomado en él una venganza digna de su alevosía y propia para afianzar nuestra seguridad.

Hagib no respondió ni una sola palabra. En seguida salió de la estancia meditabundo, pálido, sombrío, amenazador. Era evidente que habia vislumbrado la infamia de su hermano. Hagib se dirigió al aposento donde aun palpitaba el sangriento tronco del infeliz Abdelaziz, el cual en una de sus crispadas manos apretaba convulsivamente una *gacela*, en que se veian trazados algunos caractéres. Aquella era la epístola en que Zeyad le indicaba á su desdichado amigo que volviese aquella misma noche al castillo, ofreciéndole hacer todo lo posible por obtener el perdon del emir Alhaur Abderrahman, que pensaba declararse independiente del gran Califa de Damasco.

El buen Hagib, al leer la insidiosa epístola, comprendió toda la maldad de su hermano. Y tomando la *gacela* se dirigió pálido como la muerte al aposento en donde se hallaban Zeyad, Ayub, Fagildo y Egilona.

—¿De quién es esta letra? preguntó Hagib con voz amenazadora.

Zeyad palideció espantosamente al comprender que su hermano se habia impuesto en la negra trama que habia urdido al confiado Abdelaziz.

—¿De quién es esta letra? volvió á preguntar otra vez el jóven con voz de trueno.

Egilona no habia apartado ni un momento sus ojos estraviados de la sangrienta cabeza de su querido y malogrado esposo. Ni una queja, ni una lágrima, ni un suspiro habia exhalado aquella pobre mujer, sobrecogida de espanto. Ni la cabeza de Medusa hubiera producido sobre ella el efecto de la de su amado. Habia perdido completamente la facultad de hablar desde

el momento mismo en que contempló el bárbaro y cruel espectáculo que Zeyad ofrecia á sus atónitas miradas. Tal fué el horror de la triste Egilona, que ya no debia volver mas á estrechar contra su corazon al bello jóven á quien amaba como á su esposo y como á padre de su tierno hijo.

Hagib entre tanto permanecia inmóvil; pero su actitud era tan terrible que semejaba al genio del esterminio. Toda su vitalidad se hallaba reconcentrada en sus negros y brillante ojos, que despedian relámpagos de furor. Zeyad estaba fascinado por la dominadora mirada de su hermano. Entreabiertas las bocas, los semblantes de color de azufre, fuertemente agitados por sus diversas emociones, los dos hermanos continuaban inmóviles, sombríos y frente á frente. Habia en aquel cuadro siniestro algo parecido al momento que precedió á la muerte de Abel, momento solemne y terrible en que Cain pudo dejar de ser fratricida.

Pero en este caso, la justa indignacion estaba de parte del que no era criminal. El uno parecia la imágen del furor; el otro la personificacion del miedo. Zeyad temblaba como un miserable delante de Hagib. En aquel momento el traidor se hubiera dejado matar sin resistencia. Tal era la humillacion que esperimentaba al verse descubierto.

Hagib desnudó el corvo alfange y se dirigió lentamente hácia los cobardes asesinos. Ayub, sobrecogido de temor, cayó á los piés del noble árabe, y entre tímidas súplicas le imploró su perdon, refiriéndole punto por punto la horrible maldad de su hermano. Hagib lanzó un bramido de furor. En seguida atravesó de parte á parte al infame esclavo, y luego se precipitó sobre Zeyad, que apenas pensó en defenderse. ¡Tan aterrado estaba por los remordimientos de su conciencia y por el temor que le inspiraba el justo enojo del esforzado Hagib!

Zeyad cayó atravesado por el alfange de su hermano. Un crímen habia sido la venganza de otro crímen. Así es el hombre.

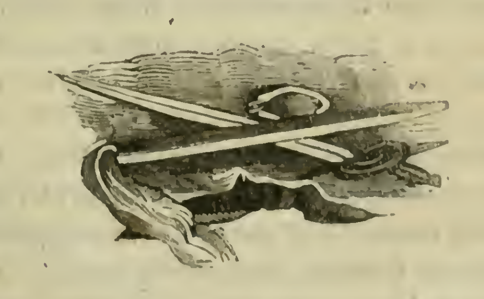
El aposento donde se hallaba Egilona estaba convertido en un lago de sangre. Zeyad y Ayub se agitaban en la última convulsion de la agonía. Ommalisam estaba inmóvil y silenciosa,

petrificada de horror y apretando convulsivamente contra su pecho al tierno infante, que lloraba sin comprender que desde aquel dia era un desgraciado huérfano.

Hagib contemplaba el cadáver de su hermano con la faz torva y lívida, convulso y trémulo, espantosamente desfigurado.

Por último, el leal Fagildo arrancó á Egilona de aquel teatro sangriento, é inmediatamente salieron del castillo. Ommalisam siguió al anciano en silencio, sin pronunciar ni una sola palabra, despues de besar con delirio las facciones lívidas y desfiguradas del hombre á quien tan tiernamente idolatraba su corazon (1).

(1) Cuéntase que el emir envió á Damasco la cabeza conservada con alcanfor del desdichado Abdelaziz. El Califa Suleiman tuvo la horrible crueldad de mostrársela al anciano Muza, diciéndole: «¿conoces esta cabeza?» El antiguo Walí la contempló algunos instantes en silencio, y respondió: «la maldicion del cielo caiga sobre el infame que ha mandado asesinar á mi hijo. Él valia mas que tú.»—A poco tiempo, devorado de afliccion, falleció Muza en Walthiçola, su patria.





CAPITULO XXXI.

INTRIGA.



Despues que el pérfido Gudila se apoderó impunemente de la conturbada Gaudiosa, se dirigió con su preciosa carga al castillo de Pamia, en donde á la sazon se hallaba convaleciente de su herida el conde don Íñigo. Grande habia sido la afliccion del infeliz anciano por la pérdida de su adorada Gaudiosa, y al dolor del espíritu se añadian las dolencias físicas propias de su edad y de la peligrosa herida que el feroz Abdalla le habia causado.

Durante tan negros dias para el infeliz anciano, el astuto Gudila no habia cesado de manifestarse atento, solícito y en estremo cariñoso con el conde, quien no podia menos de agradecerle su ternura con toda la efusion característica en las almas generosas.

Fácilmente adivinará el lector que el malvado Gudila manifestaba tales sentimientos, tan poco análogos á su carácter, con intencion muy diversa de la que creía el moribundo anciano. El inicuo amante de Gaudiosa aspiraba á la posesion de las riquezas de don Íñigo, y el deseo de realizar su intento era la causa del afecto y solicitud que le manifestaba. Debemos decir tambien que cruzó por su mente la idea de envenenar al anciano y apropiarse todas sus riquezas. Resistió, sin embargo, á este pensamiento, porque no solo creyó que era un crímen inútil, sino hasta perjudicial para él, tanto porque al fin tuvo la seguridad de que

el conde le dejaba por su único heredero, cuanto porque, como ya sabemos, esperaba, no sin probabilidades, que Gaudiosa volviese pronto á la casa paterna, confiado en que la hermana de Pelayo no dejaria de prestarle su auxilio para libertar á su amada del poder de su infame raptor.

No se engañaba Gudila en sus cálculos, y como realmente amaba á la encantadora hija de don Íñigo, queria merecer la confianza y afecto de este, que preveía pudieran servirle para decidir el ánimo de la jóven á que aceptase su mano de esposo, caso de que otra vez Gaudiosa volviese al hogar paterno. Y hé aquí la principal razon que tenia Gudila para velar por la existencia del anciano, á quien queria convertir en auxiliar de sus amores.

Ya hemos dicho hasta qué punto su infernal astucia habia previsto los acontecimientos, aprovechándose de los cuidados del buen Pelayo para luego apoderarse de su amada.

Indecible fué la alegría del buen anciano don Íñigo cuando despues de algunas precauciones le hizo saber Gudila la libertad de su amada Gaudiosa. Ya se comprenderá que el pérfido rival de Pelayo no perderia esta ocasion para ostentarse valeroso, fuerte y enamorado, haciendo valer á los ojos del anciano conde la hazaña de la libertad de su idolatrada hija. Esta, aunque llena de dolor y sobresalto por la suerte de su amante, se precipitó en el aposento de su padre, al cual estrechó cariñosamente contra su pecho.

—¡Hija mia! ¡Hija de mi corazon! esclamó el buen anciano besando la frente pura y tersa de la hermosa virgen.

—¡Padre de mi alma! Cuánto me pesa haber sido la causa de que el dolor os haya postrado en el lecho...

—Hija mia, yo debiera haber muerto en tu defensa.

Don Íñigo fijó en la interesante Gaudiosa sus ojos llenos de lágrimas, y en su semblante se revelaba la mas cruel inquietud. El infeliz anciano sospechaba tal vez que la violencia habia podido ajar con su rudo soplo la flor purísima de la inocencia de la jóven. Esta, fijando sus hermosos ojos en su querido padre, pareció que leia la causa de su zozobra.

La jóven refirió á don Íñigo todo lo que ya sabe el lector

hasta el momento en que Gudila apareció en la márgen del Sella y la condujo á Pamia. Tampoco ocultó Gaudiosa á su padre el pesar inmenso que le causaba la suerte de su querido Pelayo, pues que la jóven, no obstante su terror y sorpresa al verse en los brazos del aborrecido Gudila, descubrió en la orilla opuesta del rio al terrible Munuza, acompañado de algunos de los suyos. Así es que Gaudiosa comprendia que el peligro de Pelayo era inminente, y que el socorro de Gudila no podia haber sido mas oportuno, por mas que no acertase á esplicarse su repentina aparicion en aquel lugar solitario en hora tan desusada.

De cualquier manera, la infeliz Gaudiosa conocia que la vida de su amado se hallaba espantosamente amenazada por los infieles, y que á pesar de su repugnancia y aborrecimiento hácia Gudila, no podia menos de agradecerle su libertad, pues evidentemente sin su oportuno auxilio, ella hubiera vuelto al poder de los sarracenos. La hermosa vírgen se hallaba muy distante de imaginar que no los agarenos, sino las malas artes del rencoroso Gudila, habian de ser mortíferas para su amado.

En cuanto á don Íñigo, pareció tranquilizarse completamente cuando supo que tan bien librada habia salido su hija de la violencia del arrebatado Abdalla, gracias á la generosa intervencion de Morayma y Hormesinda. El amoroso padre, lleno de júbilo por haber recobrado á su hija amada, y de agradecimiento hácia Gudila, que le habia proporcionado tan incomparable ventura, recobró casi repentinamente su completa salud. ¡Tan cierto y eficaz es el influjo del espíritu sobre la materia!

Don Íñigo, pues, atendiendo á la solicitud de Gudila durante su enfermedad, y por último, al favor imponderable que habia prestado á Gaudiosa, ardia en deseos de que se verificase sin dilacion el proyectado enlace; pero temiendo contrariar á su hija, guardó silencio aquel dia acerca de su vehemente anhelo, que de seguro no estaba acorde con la encantadora vírgen.

La nueva del rapto de la benéfica Gaudiosa y de la herida de su anciano padre, habia cundido por las cercanías y hasta penetrado en el convento de Santa Eulalia, de manera que Sor Florinda no pudo menos de afligirse en estremo cuando su-

po la triste suerte de su constante amiga, y deseando corresponder al sincero afecto que le merecia don Íñigo, envió á Clotilde para que le asistiese en su enfermedad, encargo que de muy buen grado aceptó la caritativa y leal doncella. Apenas Gaudiosa habia llegado á Pamia cuando un ginete todo cubierto de polvo, alterado el semblante, inquieta la mirada y con muestras de cansancio y de temor en toda su persona, se detuvo ante la puerta del solitario castillo. Despues penetró en el aposento del conde un apuesto y bizarro mancebo. Gaudiosa exhaló un grito á la vez de sorpresa y de júbilo. Habia reconocido al jóven paladin, el cual, dirigiéndose á la doncella, dijo:

—Supuesto que os encuentro aquí sana y salva, lo cual jamás podia imaginarme en vista de la sorpresa de anoche, espero que aviseis al punto á Pelayo que yo tambien he tenido la buena suerte de escapar.

Gaudiosa exhaló un profundísimo suspiro.

—Vamos. ¿No quereis responderme? ¿Qué ha sucedido? ¿En dónde están Pelayo y Veremundo y...

—¡Ay Rudesindo! interrumpió la desolada jóven. Anoche os vi por la vez primera, y en tan corto plazo toda mi dicha se ha desvanecido... La muerte ha helado el corazon de todas las personas que nos amaban.

Y la afligida doncella refirió al guerrero todo lo que ya sabe el lector acerca de la triste suerte del anciano Veremundo, de su hijo Atanagildo y de la infeliz Rosmunda. —Díjole tambien las penalidades que pasaron hasta llegar al rio, y por último el trágico desenlace de los acontecimientos de aquella noche malhadada.

Gudila recibió el parabien de Rudesindo, y el conde reiteró por la vigésima vez sus protestas de agradecimiento. Gaudiosa permanecia contrariada, con los ojos fijos en el suelo y guardando silencio profundo. ¿Qué le importaba haberse salvado, si en cambio sospechaba la muerte del generoso mortal á quien habia consagrado todo el fuego de su amor? El conde y Rudesindo convinieron en que el fin de Pelayo habia sido inevitable, pues que de su indómito carácter no podia creerse que permitie-

ra le arrebatasen á su hermana sin intentar á todo trance libertarla ó vengarse de sus aborrecidos adversarios.

Cada palabra que en este sentido pronunciaban los nobles godos desgarraba el corazon de la sensible y enamorada Gaudiosa. El pérfido Gudila, por el contrario, opinó de muy diversa manera, manifestando que no le habria sido dificil al héroe salir salvo é ileso de sus enemigos.

—Estoy convencido, añadió, de que no habrá permitido el cielo que un tan valiente campeon sucumba bajo el furor de los enemigos de su Dios y de su honra. Munuza es un infame, Hormesinda una insensata, Pelayo un valiente, la Providencia le ha protegido visiblemente en otras ocasiones, ha escapado de mil peligros. ¿Por qué suponer ahora que ha sucumbido? ¿Qué será de los tristes cristianos si Pelayo falta? ¿De quién, de quién podrá esperar la España su salvacion sin el héroe qué es capaz de sacarla de sus cenizas? Ya otra vez se ha dicho que habia muerto; pero era falsa semejante noticia. Hombres como Pelayo no mueren hasta que no han cumplido su destino. Yo estoy seguro de que cuando menos se piense volverá á aparecer segunda vez para aterrar á los infames sarracenos. ¡Cuán desgraciado ha sido! ¡Cuán inmenso habrá sido su dolor al ver que Hormesinda adora al bárbaro Munuza.

La sencilla Gaudiosa clavó una mirada de gratitud en el astuto Gudila. Regocijábale sobremanera el oir hablar de este modo al que debia ser su enemigo implacable. Es verdad que ella ignoraba que supiese Gudila el amor que profesaba tan sincero y ardiente al generoso Pelayo. Tambien deseaba la hermosa virgen que se cumpliesen los pronósticos de aquel hombre aborrecido, á quien desde entonces empezó á mirar con menos prevencion y hasta casi con simpatía.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció un hombre en cuyo trage revelaba ser algun pastor habitante de aquellas sierras. Sin duda habia sido víctima de algun desgraciado accidente, á juzgar por la venda que en gran parte le cubria el rostro. El vendaje que llevaba el recien llegado estaba salpicado de sangre.

El desconocido con tristísimo semblante se aproximó al

grupo que formaban el conde, su hija, Rudesindo y Gudila.

—¿Qué es eso, buen hombre? ¿Qué causa os trae por aquí? preguntó don Íñigo incorporado en su lecho.

—Noble conde, repuso el desconocido, perdonad á un pobre pastor si acaso viene á turbar vuestro reposo con una mala noticia. Yo os conozco, señor, vos sois el dueño de algunos castillos de esta comarca...

—Pero decid, decid qué mala nueva teneis que comunicarme.

—Vos sois el padre de esta encantadora doncella... Nosotros, los pastores de este valle ¡la queremos tanto!. Vuestra hermosa y noble hija nunca ha dejado de dispensar sus beneficios á los infelices que se aproximan á vuestra morada. Todos la bendecimos en nuestras oraciones, porque ella es el ángel de consuelo para todos los que lloran!... Dia feliz el que vinísteis á fijar vuestra residencia en este castillo!... Hoy creo, noble señora, añadió el pastor dirigiéndose á la hija de don Íñigo, hoy creo que me será posible prestaros un servicio, si bien imagino que es harto doloroso.

—¡Acabad! esclamó Gaudiosa agitada por lúgubres presentimientos. ¡Acabad!

—Esta mañana, que por cierto estaba muy nebulosa y fria, salí con mi rebaño de mi humilde cabaña y me dirigí á apacentarlo hácia las márgenes del Sella.—Yo estaba arrimado á un árbol para guarecerme de la lluvia, cuando oí ruido de armas, y tendiendo la vista divisé á lo lejos desde la colina en que me hallaba á un apuesto paladin junto á la orilla del Sella...

—¡Oh! interrumpió la vírgen. ¡Era él!

—Era un mancebo de elevada estatura, cabellos de color castaño oscuro y hermoso semblante, el cual se defendia con estraordinarios brios contra una tropa de infieles que cargó sobre él, y aun cuando estaba solo, era tan grande su esfuerzo, que logró ponerlos en fuga despues de dejar tendidos á algunos de sus adversarios.

—¡Ah valiente Pelayo! esclamó la hermosa hija de don Íñigo llena de entusiasmo.

—Despues que el caballero, con un valor imposible de con-

cebir y de pintar, puso en cobarde fuga á sus enemigos, apareció de pronto una tropa de infieles en auxilio de los suyos, y atravesando el rio, se precipitaron furiosos sobre el desdichado campeon...

—¡Dios del cielo y de la tierra! esclamó Gaudiosa retorciendo de dolor sus manos:

—El bravo paladin continuó defendiéndose largo tiempo con un valor fabuloso... Yo le estaba contemplando, noble señora, y si en aquel momento hubiera tenido un arma á las manos, estad segura de que hubiese volado en su socorro; pero tan solo tenia mi cayado, de modo que me fué imposible auxiliarle. Por otra parte, ¿quién habia de competir con el cristiano caballero en valor? Infaliblemente me habria espuesto á una muerte inevitable, porque solo un hombre tan en estremo valeroso como aquel habria podido resistir el ímpetu de tanto y tan porfiado enemigo. Al fin uno de los moros le acertó un furioso golpe con su cimitarra y le cercenó el brazo derecho...

—Callad, hombre cruel, callad... ¿Pensais destrozarme el corazon?

Y la infeliz Gaudiosa prorumpió en amargo llanto.

—Continuad, dijo el anciano conde muy conmovido.

—En seguida, centellante la mirada, sudoroso, jadeante, desesperado como un jabalí perseguido por los cazadores, se abalanzó con inesplicable furia á sus cobardes enemigos, empuñando su espada con la mano izquierda.

—¿Lo oís? esclamó la hermosa vírgen. ¡Empuñó su espada con la mano izquierda!

—Hasta que por fin cayó atravesado por multitud de heridas... Luego se aproximó á él un guerrero que hasta entonces habia permanecido impasible contemplando el combate, y el cual tenia en sus brazos y sobre su caballo á una hermosa jóven cristiana, al parecer, sumergida en el mas doloroso desmayo.— La jóven abrió de pronto sus ojos, y esclamó con dolorido acento: «¡Pelayo de mi alma! ¡Cuán bien has defendido tu vida!»— Y volvió á inclinar su cabeza como una azucena tronchada por el huracan...

—¡Calla! esclamó furioso el astuto Gudila. ¡Calla, lengua



Lám. 8.

«Hé aquí las prendas que me rogó os entregase.»

maldita! ¿Quieres sumergirnos en la desesperacion? ¡Pelayo! ¡Noble Pelayo! ¿Qué será de la España despues de tu muerte? ¡Oh insensato! Tú no sabes la horfandad, el luto, la desesperacion que despertará semejante noticia en el pecho de los afligidos cristianos... ¡Huye, huye de aquí, hombre infernal!

—Lo sé, noble caballero, repuso el pastor; pero no puedo menos de cumplir una promesa solemne, una promesa que hice al moribundo guerrero.—Los moros por fin desaparecieron llevándose la hermosa doncella cristiana y creyendo que estaba muerto el formidable campeon... Apenas los infieles dejaron aquel teatro sangriento, cuando yo, compadecido de la suerte del valiente jóven, abandoné mi escondite y me precipité hácia la márgen del Sella, donde yacía el valeroso cristiano. Cuando me acerqué á él no pude menos de notar que aun respiraba, y que sus enemigos le habian creido verdaderamente privado de la existencia. En seguida le rocié el rostro con agua del cercano rio, y á los pocos instantes, haciendo un movimiento convulsivo, abrió sus turbados ojos, exhaló un profundísimo suspiro, y comprendiendo por mi trage mi oficio de pastor y la causa de encontrarme allí, me dijo con acento moribundo:—¿Es verdad que sois cristiano? Sí, señor, le respondí.—Pues entonces, añadió, os suplico con toda mi alma que me hagais una promesa solemne de cumplir un encargo que voy á confiaros... Muy pocos momentos me quedan de vida, lo conozco, mi fin se acerca, algun ángel os ha traido por aquí... Debajo de mi coraza encontrareis una trenza de cabellos, la cual unida con este anillo que veis en mi mano izquierda me hareis el favor de llevarla al castillo de Pamia y entregársela á la hija del conde don Íñigo... Ella estará allí, segun imagino, pues me parece haber visto que un hombre que la ama la conducia en su caballo... Decidle que sea feliz con su padre y que procure complacerle.—Tal fué su última voluntad, yo le prometí cumplirla, y hé aquí la causa de hallarme en vuestra presencia... Al exhalar su postrer suspiro murmuró un nombre, la sonrisa del justo animó sus labios, y su alma voló á la mansion de los héroes.—Su última palabra fué Gaudiosa.

La hija de don Íñigo estaba inmóvil; pero sobre sus pálidas

megillas brillaban dos lágrimas, y sus ojos estaban fijos en el anillo y la trenza que el pastor le habia entregado. Parecia querer interrogar á aquellas prendas, símbolo de su amor desvanecido, por los tormentos que habian desgarrado el corazon de su amante.

—Su última palabra fué Gaudiosa, sollozó la dolorida vírgen con su voz de ángel.

Al fin, como si despertase de un sueño profundísimo, lanzó un grito desgarrador. Hubiera podido decirse que habia tardado todo aquel tiempo en llegar hasta su alma la fatal noticia, como si las palabras del mensagero hubieran tenido que atravesar una inmensa distancia. Luego, al apercibirse del dolor que revelaba el rostro de su padre, la generosa jóven, por no afligirle con sus penas, hizo un esfuerzo sobrehumano, y procurando secar el manantial de sus lágrimas, dijo con una resignacion sublime:

—Hágase la voluntad del Señor... Acaso yo haya sido la causa de su muerte. ¡Infeliz Pelayo!... Hágase tu voluntad, Dios mio.

Pero aquella calma era espantosa. Don Íñigo no apartaba sus ojos inquietos de su hija, temeroso de algun desgraciado accidente.

El pastor muy conmovido se dispuso á salir de la estancia, cuando volviendo en sí la llorosa vírgen le detuvo, diciendo:

—¿Y su cadáver? ¿En dónde está? ¿Le habeis dejado allí espuesto á servir de pasto á las aves carniceras?

—No tengo yo tan poca piedad que no tratára de remediar ese inconveniente. Lo primero en que he pensado ha sido en cumplir mi solemne promesa; pero no por eso me he olvidado de avisar á algunos pastores, que á estas horas ya habrán conducido el cuerpo del héroe al monasterio del Cristo de la Columna.—Ahora os ruego que me perdoneis el pesar que involuntariamente os he causado; pero me retiro satisfecho por haber cumplido un deber sagrado.

Dichas estas palabras, el pastor desapareció, no sin disparar una mirada de odio á Gudila, que tan inmerecida y ásperamente le habia tratado.

Grande fué la tisteza que en todos los circunstantes produjo tan desastrosa nueva. Don Íñigo y Rudesindo tributaron al

héroe cristiano lágrimas sinceras de dolor; pero no sucedia lo mismo al infame Gudila, que se regocijaba interiormente de tan lamentable suceso.

Por su parte, la enamorada y afligida vírgen se retiró á su aposento para entregarse libremente al acerbo dolor que inundaba su alma en un lago de hiel. La jóven en todos sus ademanes iba manifestando que algun nuevo y atrevido proyecto ocupaba su mente.

Luego se alejó murmurando con indecible desconsuelo:

—«Su última palabra fué Gaudiosa.»





XXXII.

FLOR DEL VALLE.

Nuestros lectores recordarán que en la velada pastoril se habló mucho de una jóven zagala, dotada de incomparable hermosura, y que era el encanto y desesperacion á un mismo tiempo de todos los jóvenes pastores que apacentaban sus ganados en la region fertilizada por las corrientes del Bueña. Era, en verdad, la zagala una segunda Eva, capaz de infundir amorosas tentaciones en el corazon mas desapasionado y frio. Blanca de color, de ojos y cabellos negros como la endrina, de dientes como perlas, de labios de coral, de talle gentil como la palma, ligera como una cervatilla, risueña como la aurora, insondable como el mar, astuta como la serpiente, altiva, ingeniosa y tierna á la vez, era realmente un diablo tentador, pero en estremo hermoso. Todos solicitaban sus amores, todos se quejaban de sus desdenes; á ninguno desengañaba, á todos sonreía, á ninguno dejaba de escuchar, y de todos se burlaba. Nadie merecia su amor.

Contábanse de ella, sin embargo, cosas estupendas, y era en estremo censurada su conducta por la mayoría de los mismos

que hubiesen dado la mitad de su vida por escuchar de ella una palabra amorosa. Ya hemos oido decir á los campesinos que tenia amores con un espantoso gigante que habitaba la Torre del Heredero. A pesar de lo que exageraban tales hablillas, encerraban, como suele suceder, cierto fondo de verdad.

La zagala poseía su pequeño rebaño, habia quedado huérfana desde la mas tierna infancia, y entregada á sus propias fuerzas, habia vivido con la mas absoluta independencia, pero tambien triste, abandonada y sola. Dueña de sí misma la infortunada jóven, viviendo pobremente y solo por los esfuerzos de su propio trabajo, habia adquirido cierto aire de resolucion, de valor y de atrevimiento peculiar á los séres desvalidos que desde su cuna han debido su existencia esclusivamente á la actividad de sus propias facultades, sin que nadie les haya prodigado una palabra de consuelo.

Un anciano en estremo caritativo y bondadoso, de cuyo nombre jamás se acordaba la zagala sin que sus ojos se deshiciesen en lágrimas, habia sido el único que la habia protegido y amparado en los débiles años de su niñez. El venerable pastor al morir la habia dejado heredera de un corto rebaño y de una humilde cabaña, manantial y recurso de su frugal subsistencia. Puede decirse que aquel anciano le habia servido de padre, y á la verdad que el cariño que profesaba á la jóven era realmente tierno y paternal. Este hombre benéfico habia infundido en el corazon de la triste huérfana todas las semillas de la primera de las virtudes, la caridad.

Y bajo este punto de vista, la zagala, aunque pobre y desvalida, era una mujer digna de respeto, pues que dificilmente pudiera encontrarse quien con mas caridad y ternura curase á los enfermos y socorriese á los necesitados.

La frescura de su tez, la amable sonrisa de sus purpurinos labios, el brillo seductor de sus negros ojos, su tierna juventud, su incomparable belleza, en fin, habia sido la causa de que en el pintoresco lenguage de los sencillos habitantes de los campos diesen á la jóven zagala el poético nombre de *Flor del Valle*.

Muchos habian aspirado á merecer el amor de la gentil don-

cella; mas todos se habian quedado, como se dice vulgarmente, con una cuarta de narices. Pero al fin era mujer, débil, sola, abandonada sobre la tierra como una rosa en el arenoso desierto. Estaba dotada además de un corazon en estremo sensible, de una naturaleza ardiente, de una juventud brillante, de una hermosura seductora, de una sed insaciable é irresistible de amor, y de amor puro, apasionado, sin límites. ¿Cómo era posible que aquella jóven huérfana permaneciera indiferente al fuego devorador de todo cuanto nace y muere? Decimos, pues, que Flor del Valle amaba con pasion á un hombre, si bien los pastores de la sierra la criticaban de que su gusto era estravagante, y aun muchos añadian que sus amores eran criminales. Aseguraban tambien que muchas veces se la habia visto con un gigante espantoso vagar por las cercanías de la Torre del Heredero, y este personage estraño y monstruoso suponian que era el amante de la pulida zagala.

Ya se comprenderá fácilmente que gran parte de estas hablillas eran inventadas por las demás pastoras del valle, que no miraban á la hermosa huérfana con muy buenos ojos. El lector con tales datos podrá sospechar que acaso la envidia era el principal móvil de las odiosas calumnias conque se trataba de mancillar la virtud de la graciosa doncella.

Flor del Valle habia elegido su amante entre los únicos hombres que podian acercarse á su condicion, esto es, entre los libres, aunque rústicos pastores descendientes de los indómitos astures, ó entre los siervos de los nobles señores godos. Pero la hermosa doncella esperimentaba una atraccion singular hácia dos cosas, que eran lo que mas en la tierra la conmovian, la desgracia y el valor. Ella sentíase débil, abandonada, huérfana, y por lo mismo, como de ordinario acontece á la mujer, buscaba en el que hubiera de ser su amante la energía varonil, y si al esfuerzo del hombre se unia tambien el infortunio noblemente soportado, entonces su afecto se santificaba aumentándose con las lágrimas de la compasion, dulce y triste rocío que perfumaba y reverdecia la flor de sus amores.

Por esto la interesante zagala eligió á su amado entre todos aquellos que en las fiestas y reuniones campestres apa-

reció á sus ojos mas robusto, mas valiente y mas desdichado.

Eulogio, el desventurado Eulogio, el siervo del noble Gudila, que servia á los criminales intentos de su señor con tan horrible fidelidad, era el hombre que habia merecido la preferencia de la agraciada Flor del Valle. Esta, sencilla, ardiente, enamorada, quiso llevar de pronto sus deseos al término; pero ¡ay infeliz! Ignoraba que el mundo seductor que se fingia tan solo habia de dejar en su corazon un doloroso recuerdo, un sentimiento de fastidio, una desilusion amarga, en una palabra, comenzó á sentir repugnancia hácia su amante; le encontraba horrible y feo, y la sed devoradora de nuevas emociones y placeres secaba su espíritu y le hizo aborrecible al escudero Eulogio. El infeliz se afligia, los celos le abrasaban las entrañas, en tanto que el sentimiento insaciable de lo no poseido inquietaba sin cesar el corazon de la jóven y ardiente pastora. Este vacío, que nunca puede llenarse, es á la vez la prueba mas innegable de la elevacion del alma humana y el orígen de nuestra miseria y pequeñez.

Era una tarde apacible. El sol se ocultaba en Occidente, las brisas murmuraban amorosas entre los árboles del bosque, la naturaleza entera se hallaba en uno de esos magníficos periodos de calma y quietud deliciosa, poética, solemne, y que impregna el alma de la mas agradable melancolía.

Flor del Valle, despues de haber recogido su rebaño, hallábase sentada con ademan pensativo en la puerta de su cabaña, contemplando con todo el éstasis de las naturalezas sencillas el magestuoso á la par que triste espectáculo de la puesta del sol que iba á comunicar sus rayos esplendorosos á las regiones de otro hemisferio.

Luego la jóven fijó su doliente mirada en la cruz de piedra que promediaba la distancia entre la humilde cabaña y la Cueva de los Suspiros.

Pocos momentos despues salió de la cueva una figura pálida vestida de andrajos, los ojos llorosos, descarnada como un esqueleto, y con sus cabellos grises enmarañados sobre la espalda. La mendiga, encorvada por los años ó por los pesares, se puso á recoger algunas matas y sarmientos para encender

lumbre y prolongar algunos instantes su desfallecida existencia. La infeliz temblaba de frio, y regaba con sus lágrimas el pequeño haz de leña que habia podido juntar, y que dificilmente logró poner sobre su cabeza.

Con vacilante y lento andar se dirigia ya la mendiga hácia su helada y lóbrega guarida, cuando escuchó una voz dulce y argentina que la llamaba. Volvió el rostro la anciana, sonrióse tristemente, dejó su carga en el suelo, y se encaminó trabajosamente á la cabaña de Flor del Valle.

La anciana la contempló algunos minutos en silencio, pero fijando en ella una mirada profunda de gratitud. Levantóse la zagala, entró en su vivienda, y á poco volvió trayendo una escudilla con algunos trozos de cabrito y un cesto de mimbres con pan y algunas frutas, todo lo cual presentó á la mendiga diciendo:

—Come.

La vieja asió con mano ansiosa aquellos manjares, escondiéndolos entre sus haraposos vestidos.

—¿No quieres comer?

—Tengo mucha hambre, respondió la mendiga con voz ronca despues de algunos momentos.

—¿Pues entonces?...

—No, no, lo guardo todo, todo para *él*.

—Te daré mas.

La mendiga se encogió de hombros. Flor del Valle volvió con mas provisiones, que entregó á la vieja. Esta tomó un pedazo de pan y comenzó á comer, guardando todo lo demás.

—¿Tienes mucho frio, Guisinda?

La anciana respondió aplicando una de sus manos al rosado rostro de la zagala, que se estremeció al contacto de aquella mano huesosa y helada como la de un esqueleto.

—¡Infeliz! murmuró la compasiva pastora.

Guisinda, así llamaban á la anciana mendiga, era un ser que ciertamente merece la pena de describirse. Estaba en estremo flaca y desfallecida; pero seguramente no eran tantos sus años como sus profundas aflicciones. A pesar de sus dolores, de su desnudez, de su espantosa miseria, de su espalda encorva-

da, de sus ojos hundidos, de su piel curtida y de la espresion inesplicable de pena y desesperacion y de ternura que revelaba su semblante, podia, sin embargo, advertirse un resto de su pasada hermosura. Pero lo que verdaderamente hacia de Guisinda una persona singular, era el doloroso y elocuente silencio que casi de contínuo guardaba. Su gesticulacion, su palidez, la espresion de sus ojos y movimientos decia mucho mas que pudieran decir sus palabras. Guisinda hablaba muy raras veces, y cuando lo hacia era con estremada lentitud y trabajo.

Aquella mujer estraordinaria vivia á espensas de la caridad pública, iba de puerta en puerta pidiendo una limosna; pero manifestaba tal dignidad, que de seguro en ninguna parte dejaba de producir honda impresion, y en todas las humildes moradas de los pastores de la sierra era recibida con caridad, con ternura y hasta con respeto. Nadie dejaba de ofrecerle su limosna, pero como el vasallo que tributaba á su señor lo que de derecho le correspondia. Aquel ser fuerte, enérgico, digno y hasta sublime en medio de su espantosa miseria, conmovia profundamente.

Una de las personas que con mas frecuencia procuraba ayudar á la infeliz anciana, era la caritativa y bondadosa Flor del Valle. Esta casi diariamente le ofrecia parte de sus provisiones, y á la jóven pastora debia Guisinda casi esclusivamente su diaria subsistencia.

La hermosa zagala aquella tarde parecia mas triste y pensativa que de costumbre, alguna idea la dominaba, algun sentimiento profundo absorbia todas las facultades de su ser. Y en una jóven hermosa, entregada al rudo impulso de las pasiones, libre como el aire, fogosa como el sol y tierna como una sensitiva, ¿quién sino la dulce y devoradora llama del amor podia absorber el rico manantial de su alma jóven, ufana, llena de vida y ansiosa de placeres?

El amor habia herido de nuevo su corazon, desconocidos horizontes aparecian ante sus ojos, y el universo entero tomaba para ella nuevas formas. La zagala ahora sentia una pasion vehemente, pero de naturaleza distinta á la que antes habia esperimentado. Tan cierto es que el amor, como todas las pasiones

humanas, es una especie de Proteo que toma las formas mas diversas, aun cuando la esencia sea la misma. La esencia de todas las cosas es única, la diversidad está en las manifestaciones. Esta especie de variedad es relativa, de ella nacen el mundo, el hombre y el arte.

La pastora en sus primeros amores habia cedido á una aspiracion que impone con mano ruda la inexorable naturaleza. Es la fatalidad de las pasiones. En cualquier estado y condicion en que se encuentre el ser humano (pena de dejar de ser lo que es) esperimenta la necesidad de poner en ejercicio todos sus afectos, odiando ó amando á los objetos que le rodean.

Pero las pasiones tienen tambien su libertad.

Desde el momento en que séres mas simpáticos ó amables se presentan á nuestra contemplacion, el alma aprecia, elige y se declara por el objeto amado, á quien confunde é identifica con su existencia propia. Entonces, puesto que hay eleccion, hay tambien libertad aun en los hierros mismos de las tiránicas pasiones. Entonces por la misma razon miramos con desden á lo que antes habiamos querido, porque comprendemos que hay una voz mas acorde, una simpatía mas completa, un eco, en fin, mas verdadero de las cuerdas sensibles de nuestro ser.

Así sucedió á la fogosa Flor del Valle.

Sola sobre la tierra, sin mas guia que su impetuoso corazon, jamás habia escuchado sino á rústicos pastores que apenas podian manifestar la estimacion debida á su belleza, digna de figurar en la corte mas brillante. Tan retirada del mundo habia vivido, que á no ser por el asilo que aquellas montañas ofrecian á los vencidos godos, acaso habria tardado años en llegar á sus oidos la triste nueva de la pérdida de España. Los habitantes de aquellas regiones eran en su mayor parte descendientes de los antiguos é indomables astures, raza pura española, ó celtibera, ó lo que es lo mismo, proviniente de los Iberos y Celtas, primeros pobladores de la Península. Esta raza, que aun puede decirse se conserva íntegra entre los Vascos con su idioma primitivo, tal vez articulado por Adan, resistió siempre tenaz y valerosamente al yugo de los estrangeros. Ni los Fenicios, ni los Griegos, ni los Cartagineses, ni los Romanos, ni los Godos lo-

graron jamás domeñar por completo la altiva cerviz de este pueblo esforzado, por mas que en alguna ocasion sufriese algunas derrotas.

Queremos decir que nunca se identificaron con los dominadores, y la historia hace mencion de varias y constantes rebeliones contra todos los pueblos que sucesivamente ocuparon el delicioso territorio del resto de nuestra España. Y aun en la época de la dominacion gótica, que tanta conexion tiene con nuestra presente historia, vemos en la crónica del obispo Sebastian estas palabras, hablando de Wamba el triunfador: «Domó y sometió á su autoridad á los Astures y Vascones, que se rebelaban continuamente.»—Lo cual prueba que los habitantes de los Montes Cántabros jamás perdieron del todo su unidad, sus costumbres é independencia, y que si nunca se habian confundido con los antiguos dominadores de España, Fenicios, Griegos y Romanos, tampoco habian llegado á identificarse con los Godos.

Sin embargo, desde los tiempos de la invasion de los bárbaros del norte, y mas particularmente en el reinado de Wamba, se habian levantado en Asturias algunos castillos que poseían despues los nobles godos, si bien nunca su dominio sobre los campesinos fué tan esclusivo y marcado como en las demás provincias españolas. Aquellos esforzados habitantes, casi todos pastores, se eximian fácilmente del señorío de los godos. Uno de estos castillos era la Torre del Heredero, que en lo antiguo habitaban sus señores, si bien la mayor parte de sus gentes eran siervos que procedian de la envilecida raza romano-hispana.

Flor del Valle ignoraba su procedencia. Huérfana desde su mas tierna niñez, jamás sus rosados labios habian pronunciado el dulce nombre de madre. El anciano astur, de que antes hemos hablado, habia sido su único apoyo. Por lo demás, la zagala era un tipo verdaderamente español. El influjo del clima es tan poderoso sobre el hombre, que muy poco se diferenciaban esteriormente los nobles godos de los antiguos hispanos, á escepcion de su actitud de fiereza y dominio. Tan cierto es que la condicion libre imprime al hombre, aun cuando sea de una misma raza, un carácter particular de dignidad y nobleza.—Los ojos azules y los cabellos rubios de la raza indo-germánica se habian

convertido bajo el ardiente sol de España en ojos y cabellos negros, asemejándose en general sus individuos al tipo griego y romano, que parece ser la determinacion influida mas naturalmente por el templado clima de España, tan semejante al de Italia y Grecia.

La pulida zagala, no obstante sus debilidades de mujer, era en estremo caritativa, como ya hemos podido deducirlo de su comportamiento para con la anciana Guisinda.

Sin duda alguna la preocupacion de la jóven tenia su orígen en un pensamiento de amor que debia hacerle mirar con indiferencia su humilde cabaña. Ya veremos como la hermosa Flor del Valle habia resuelto abandonar su apacible y deliciosa vivienda.

—¿Por qué no te trasladas aqui? preguntó la pastora.

—¡Aquí! esclamó con admiracion Guisinda.

—Sí, tú debes tener mucho frio en la lóbrega cueva que habitas, y como yo trato de mudar de residencia, nadie mejor que tú merece venir á sustituirme en esta cabaña.

—No, no, repuso la mendiga. Siento mucho que te ausentes de aqui, tú eres mi única amiga; pero yo tengo hecho un voto inviolable de habitar en la Cueva de los Suspiros.

—¿Y por qué? Yo no comprendo la causa, cuando tu hijo padecerá allí mas frio.

—¡Él! ¡Jamás! Todas las comodidades son para él... Nunca, nunca tiene frio ni hambre... ¡Oh! Por alimentarle, por vestirle, por regalarle esta pobre madre anciana y desfallecida, no tiene reparo alguno en sufrir desprecios, hambre, humillacion, y hasta en recorrer el mundo entero puerta por puerta pidiendo una limosna por el amor de Dios... Ya sabes que asi lo hago y lo he hecho muchas veces...

—Pero pudiendo tener mejor albergue, no acierto por qué razon has de rehusarlo.

La mendiga elevó sus turbios ojos al cielo, en seguida crispó las manos sobre su pecho, y por último exhaló un profundo suspiro, señalando hácia la cueva que estaba enfrente.

—¡Allí! ¡Allí! murmuró con voz ronca. ¡Allí debo morir!

Y cargando con las provisiones que la caritativa Flor del Valle le habia proporcionado, Guisinda se alejó hácia su guari-

da, gozosa como el ave que vuelve á su nido con el dulce alimento para sus polluelos.

La zagala continuó sentada en la puerta de su humilde albergue, fijos los tristes y llorosos ojos en uno de los senderos del bosque. La pastora esperimentaba esa dulce melancolía que se apodera del corazon de los jóvenes en medio de la tarde silenciosa cuando las brisas murmuran y cuando el misterioso velo del crepúsculo envuelve la naturaleza en su dorada y moribunda luz, dulce emocion que se esperimenta y no se esplica, pero que impregna el alma de una ternura indecible. La hermosa Flor del Valle tenia los ojos arrasados en lágrimas, y parecia impaciente como una amante que aguarda anhelosa el momento de una cita de amor.

De pronto se sintió un ligero ruido, y apareció en la cima del monte un gallardo caballero que hizo con la mano un gracioso saludo á la hermosa pastora. Esta dió un grito de alegría, su pecho se agitó como el seno de la tórtola cuando exhala amantes arrullos, y levantóse precipitadamente y estendió los brazos hácia el apuesto galan, que iba en trage de cazador. El jóven ató su caballo á un árbol, y en seguida bajó velozmente á la cabaña.

Flor del Valle le salia ya al encuentro y le aguardaba en el pedestal de la cruz, como si quisiera al pié de ella santificar un juramento de amor. El caballero se aproximó á la jóven, estampó un ardiente beso en su frente pura y tersa, y en seguida asió del brazo á Flor del Valle, que le siguió sin resistencia, embriagada de felicidad.

Entre tanto Guisinda habia vuelto á salir de su cueva para dirigirse al sitio en donde habia dejado su pequeño haz de leña, y al volver el rostro, divisó en el sendero una mujer y un hombre abrazados sobre un poderoso corcel, que se arrojó á un frenético galope. Los ginetes eran Flor del Valle y su amado.

La pastora hizo una señal de despedida á la anciana, que lanzó un rugido de furor. El odio y la sorpresa se pintaron en su rugoso semblante, y permaneció inmóvil y sombría contemplando el amoroso grupo que muy pronto se perdió entre las revueltas del sendero.



CAPITULO XXXIII.

SACRIFICIO.



penas salió del aposento de don Íñigo el pastor que tan desastrosa nueva llevó á su enamorada hija, cuando esta, oprimido el corazon, se encerró en la estancia para entregarse libremente á su llanto. El dolor tiene algo de solemne y sagrado, es un sentimiento amigo de la soledad; un corazon herido por los rudos golpes del infortunio, es un templo oscuro y silencioso que no debe ser profanado por el ruido ni por la luz de la alegría.

La desoloda Gaudiosa se dejó caer en un sitial casi sin vida, desmayada de cansancio, pálida de terror, abrumada de amargura. Habia perdido la esperanza, su porvenir era lóbrego como una tumba, su alma nada veía delante de sí, estaba ciega, si así puede decirse. El sol, el mundo, la vida, eran para ella un tormento, un martirio, la mas espantosa desesperacion. Pelayo habia muerto. ¿Qué le quedaba ya sobre la tierra?

Una jóven hermosa, pálida y modestamente vestida contemplaba inmóvil y de pié á la afligida Gaudiosa. Aquella jóven era Clotilde, la amante del escudero Gumildo, la fiel doncella de la infeliz y virtuosa Florinda, quien, como ya hemos dicho, habia

enviado á su servidora para que durante su enfermedad asistiese al buen don Íñigo.

Apenas en el delirio de su dolor habia tenido Gaudiosa tiempo de saludar á la cariñosa Clotilde, de cuyo afecto no podia dudar, así como ni tampoco de la sincera amistad que le profesaba su señora, es decir, la infortunada Florinda.

Largo rato permaneció la enamorada y afligida vírgen adusta, silenciosa y acusando al cielo de cruel porque le habia robado para siempre la esperanza de su dicha, porque su destino adverso habia desvanecido su hermoso sueño, como los rayos del sol deshacen las vaporosas nieblas de la mañana.

Súbito Gaudiosa se levantó como impelida por un resorte, como si una idea luminosa hubiera herido su mente, como si el cumplimiento de un deber sagrado se hubiera despertado en su sensible corazon.

Y arrojándose en los brazos de la sorprendida Clotilde, esclamó con voz atropellada á la vez que balbuciente:

—Ahora, mi querida Clotilde, ahora es la ocasion de que me pruebes el cariño que siempre me has manifestado... Tú eres mi amiga fiel, mi leal compañera, mi tierna confidente: ¿No te acuerdas de los hermosos dias que juntas pasamos en el convento de Santa Eulalia?

—Señora, yo siempre os amo y os respeto. Procurad consolaros...

—Es indispensable que al punto partamos de aquí.

—¡Partir! ¿Y adónde? preguntó admirada la doncella.

—¡Y lo preguntas! Un solo sitio hay sobre la tierra donde está fijo mi pensamiento. No existe en el mundo mas que un lugar en que mi presencia está haciendo falta... ¡Y este sitio es una tumba!... ¡La tumba de mi amado!

—¡Oh señora mia! ¿Y qué intentais?

—¿Qué intento? ¡Ah!... Si tú hubieras amado alguna vez como yo, no me hicieras en verdad semejante pregunta. Allí, allí, donde yo digo y en donde estoy pensando, se encierra todo, todo cuanto ya resta de él... ¡Pelayo ha muerto! ¿Lo entiendes? ¿No lo sabes acaso?... Pues bien, yo quiero idolatrar su cadáver y descender á su misma huesa. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Quién

habia de pensar que tales dolores existiesen sobre la tierra?

—Pero tened presente que...

—Nada tengo ni puedo tener presente sino la imágen yerta y desconsoladora de mi amante difunto... ¿No lo has oido? Su cuerpo habrá sido ya conducido al monasterio del Cristo de la Columna... Haz los preparativos, procura valerte de algun fiel servidor que enjaece dos caballos, y en seguida partiremos secretamente; yo debo cumplir con este santo deber, yo rezaré sobre su sepulcro, y su alma noble y cariñosa me sonreirá desde los cielos... ¡Morir, morir tan solo es mi esperanza! ya que sobre la tierra el hado adverso no ha querido unir nuestros corazones, la fria tumba reunirá nuestras cenizas, y allá en la esfera celeste se reunirán nuestras almas... vamos, amiga mia, no perdamos tiempo.

—¿Y quereis que vayamos solas? dos pobres mujeres...

—Procuraremos armarnos; yo te defenderé. ¡Hé aquí hay dos espadas! esclamó Gaudiosa dirigiéndose á un rincon del aposento.

—Pero se aproxima la noche...

—La noche encubrirá nuestro intento.

—Está cayendo la lluvia á torrentes, el dia ha estado nebuloso...

—¿Y me lo dices á mí? Yo he pasado toda la noche en compañía de Pelayo, estaba lloviendo, tengo los piés doloridos, estoy rendida de cansancio... ¿Y qué importa? Yo me manifestaba fuerte porque mi amado no se afligiera, y por no obligarle á que me condujese sobre sus hombros... Y sin embargo el infeliz y valeroso campeon nos llevaba á trechos á su hermana y á mí... ¡Todo ha sido inútil!

—¿Y si nos encuentran los moros?

—Siempre el infortunio por mas inmenso que sea tiene una esperanza. Nos atravesaremos el corazon. ¿Puede haber peligros para quien desprecia la vida?

—¿Y quién nos proporcionará los caballos?

—Iremos á pié.

—¡Amada señora! ¿Despues de un dia de tanta fatiga os atreveis á pensar en ir andando?

Gaudiosa pareció reflexionar durante algunos momentos. En seguida se dirigió á una alcoba que habia en la misma estancia, y á poco volvió cargada con una bolsa de cuero.

—Aquí hay mucho oro, dijo.

—¿Y de qué nos sirve eso?

—No conoces á los hombres. Cuando he entrado he visto multitud de gentes de armas y escuderos...

—Todos son siervos del conde Gudila, que los ha hecho venir despues que vuestro padre fué herido.

—Me parece haber visto algunas fisonomías conocidas.—¿No hay ningunos servidores de mi padre?

—Sí, señora, tambien hay algunos.

—Pues bien; toma esta bolsa y haz con ella que alguno de los siervos de mi padre enjaece dos caballos, que los saque por el postigo y que nos aguarde al oscurecer.

—¿Y pensais que vayamos solas?

—Solas.

—Permitidme, señora, que os pregunte vuestra intencion cuando hayamos llegado al monasterio...

—Dios me inspirará entonces lo que debemos hacer.

—Señora, vuestra alma ha recibido hoy un golpe rudo en demasía, y me parece que no es el medio que habeis elegido el mejor para conseguir vuestro reposo.

La bella y afligida Gaudiosa fijó una mirada de impaciencia en Clotilde. Luego, como hablando consigo misma, murmuró:

—Él ha encontrado ya su reposo eterno... ¡Oh muerte! ¿Por qué no posas sobre mi corazon tu mano de hielo? ¡Ah! Si mi vida resiste á este golpe... Yo oraré sobre tu sepulcro, idolatrado Pelayo, y te prometo que el velo de las vírgenes del Señor cubrirá mi frente...

Y volviéndose á Clotilde, añadió:

—No te detengas, amiga mia, cumple mis órdenes, deseo al punto salir de este castillo.

—Pero reflexionad el dolor de vuestro padre cuando sepa que habeis desaparecido.

Gaudiosa pareció como herida de un rayo. Un temblor con-

vulsivo recorrió todo su cuerpo, y se desplomó en un sitial murmurando con voz desfallecida:

—¡Padre mio!

—Tened presente cuánto ha sufrido el desdichado con vuestra ausencia y su herida... Y si ahora dais ese paso, no tendrá límites su dolor...

—Yo no puedo evitarlo, un impulso irresistible me arrastra hácia su tumba... ¡Padre mio!... ¡Perdonadme!

Y sacudiendo su cabeza con un movimiento nervioso, como una persona que definitivamente toma su resolucion, dijo:

—Escucha, mi buena Clotilde, tal vez... tal vez mi padre no llegue á notar mi desaparicion, acaso podremos regresar antes que amanezca... Es un deber sagrado... ¿No querrás complacerme? Yo te lo suplico, busca á uno de mis servidores que enjaece dos caballos, y....

—Todo lo que puedo hacer es decirle que venga á un escudero que me ha parecido de muy buen carácter...

—Bien, bien, como tú quieras.

Clotilde salió del aposento dejando á Gaudiosa en una agitacion difícil de pintar, pero fácil de concebir.

—¡Oh! esclamó la jóven cuando Clotilde hubo salido. ¡Sí! ¡El espíritu de mi amado me llama irresistiblemente!... Yo vislumbré la vida como un hermoso sueño desde que vi á Pelayo corresponder á mi ternura, la esperanza me halagaba, mis cándidos deseos conducian mi espíritu á encantadas regiones, la existencia me sonreia; pero yo quiero abandonarla desde el momento en que murió el generoso y gallardo guerrero. Si él no vive, ¿para qué quiero vivir? La vida sin amor es un árido desierto; yo quiero arrojarme en tu tumba para seguirte al misterioso mundo de la eternidad. ¡Oh! La existencia me es insoportable desde que Pelayo ha dejado de existir... Antes me resignaba, porque no me habia prometido amar, y el desamor es la mas cruel de las muertes... Pero cuando estaba cerca de poseer tan inefable dicha... ¡Perderte para siempre! ¡Morir acaso por libertarme!... ¡Oh tormento! Ya verás como yo era digna de tu cariño...

Abrióse la puerta de repente, y apareció Clotilde en el dintel con todas las muestras de la mayor turbacion.

—¡Ay, señora! ¡Cuántas desgracias han caido sobre esta mansion! esclamó Clotilde.

—¿Qué sucede? preguntó alarmada Gaudiosa.

—Acaba de llegar, y por cierto que no podia haber llegado en hora mas oportuna... ¡Dios mio! ¿Quién habia de pensar tal cosa, cuando ya parecia que todos los males se habian alejado de aquí?...

—¿Quién ha venido?

—Acaba de llegar de Santa Olalla el buen abad Ervigio, que es el confesor de mi señora y de algunas monjas...

—¿Ha sucedido acaso alguna desgracia á Florinda?

—No, señora; pero no es menos cruel para vos...

—Acába.

—Vuestro padre en este momento ya tal vez habrá exhalado el último suspiro.

—¡Oh amado padre!

—El abad Ervigio lo está auxiliando.

—¡Dios omnipotente! ¿Permitirás que yo me quede huérfana sobre la tierra?

Y esto diciendo, precipitóse la hermosa vírgen hácia el aposento del anciano conde.





XXXIV.

CONDICIONES.



A multitud de violentas emociones que en tan poco tiempo habia recibido el anciano don Íñigo le habia arrastrado al borde del sepulcro. La aparicion inesperada de Gaudiosa, su prolongada enfermedad, sus años, sus pasadas amarguras, todo se conjuraba en contra del conde, cuya vida estaba minada por pesares profundos.

Cuando la jóven se aproximó al lecho de su querido padre exhaló un grito con tal desconsuelo que parecia arrancársele el corazon. El anciano don Íñigo yacía en su lecho con el semblante pálido y descarnado. Su blanca barba y su frente serena, sobre la cual revolaban las sombras de la muerte, le daban una espresion magestuosa y patriarcal.

Rodeaban el lecho el abad Ervigio, el conde Gudila y Rudesindo. La afligida doncella se abalanzó fuera de si y comenzó á besar con filial efusion el venerable rostro de su padre, que en aquel momento se estremeció convulsivamente, abrió los ojos y fijó una mirada en estremo profunda y dolorida sobre la llorosa virgen.

—¡Hija de mi alma! esclamó.

Y el anciano volvió á caer desfallecido, anublado su rugoso

semblante por el desvanecimiento de un profundo letargo.

En este mismo momento un nuevo personage penetró en la estancia. Era este un hombre como de cuarenta y cinco años de edad, fornido y robusto. Su nariz prominente y su espresiva boca revelaban su enérgico carácter, el color moreno y encendido de su tez daba indicios de la actividad de su temperamento, su negra barba, algo encanecida por la parte inferior, le daba cierto aspecto de gravedad, y su mirada de águila despedia relámpagos de inteligencia. Pero lo que sin duda alguna cautivaba la atencion en aquel semblante varonilmente hermoso y vivaz, era un tinte de tristeza que como un ligero velo cubria sus facciones, esparciendo sobre ellas esa espresion inesplicable y sublime del infortunio noblemente soportado.

Su trage era raro. Era una mezcla caprichosa, medio profana, medio monacal. Aquel hombre, que dignamente merecia la atencion de todo buen fisonomista, se habia quedado en el castillo de Pamia por órden del buen abad Ervigio. Este, si bien habia fijado su residencia en el monasterio del Cristo de la Columna, solia hacer algunas escursiones á Santa Eulalia, donde practicaba los oficios divinos con gran complacencia de la comunidad, que oía sus pláticas evangélicas como merecian oirse, atendidas las letras y virtudes del austero Ervigio.

A su paso por el castillo de Pamia habia ordenado á su acompañante, segun hemos dicho, que cuidase de don Íñigo con todo esmero, y que le aguardase allí hasta su próximo regreso de Santa Eulalia.

Fácil es de presumir con tales antecedentes que aquel hombre singular poseía no vulgares conocimientos en la ciencia de Hipócrates. Ahora solo nos resta añadir que era un judío converso, y que despues de su bautismo habia tomado el nombre cristiano de Aciselo. Seguramente su vocacion religiosa le habia conducido al monasterio del Cristo de la Columna, donde muy pronto debia tomar el hábito, habiéndose captado la buena voluntad y respeto de todos los monges, gracias á su mansedumbre, celo y sabiduria.

Aciselo entró en el aposento con una pócima preparada por él mismo, y que hizo tragar al moribundo anciano. Los cir-

cunstantes, y mas particularmente el abad, consultaron al médico su opinion acerca del estado de don Íñigo. El médico contestó con un gesto que nada bueno prometia.

Sin embargo, apenas el enfermo hubo tomado la medicina, cuando pareció reanimarse algun tanto. Abrió los ojos segunda vez, miró con inefable ternura el rostro afligido de Gaudiosa, y saludó con una melancólica sonrisa á los que rodeaban su lecho.

—¡Padre mio! esclamó dirigiéndose al anciano abad. Ha sido para mi alma una singular fortuna el que hayais venido aquí en los momentos solemnes en que mi vida toca á su fin.—La jornada es inevitable, la resignacion necesaria, y es preciso terminar el viaje digna, noble y cristianamente...

El abad, comprendiendo los deseos del moribundo, hizo una señal á todos los circunstantes, que inmediatamente se retiraron á una pieza contigua, donde permanecieron durante la confesion hasta que el buen Ervigio abrió la puerta y anunció que el conde queria por la última vez hablar á su hija.

Pálida, trémula y procurando en vano reprimir sus lágrimas, penetró la afligida Gaudiosa en el aposento de su padre. Ervigio hizo un ademan como si quisiese dejar en completa libertad al conde y á su hija; pero don Íñigo le hizo una señal que manifestaba que la presencia del ministro del Altísimo no era importuna en momentos tan supremos. No obstante, el discreto abad se apartó algunos pasos del lecho, mientras que el anciano conde entablaba con su hija un diálogo en estremo doloroso.

—Hija mia, dijo el enfermo tristemente, mis momentos están contados, yo conozco que la muerte helada se acerca á mi lecho con su paso silencioso, yo compadezco tus pesares, y en el instante solemne de mi tránsito, tú eres la figura que sin cesar están viendo mis ojos... ¡Cuánto me duele, bien lo sabe Dios, cuánto me duele dejarte sobre la tierra huérfana y sola! ¡Pobre Gaudiosa mia! ¿Quién te protegerá despues de mi muerte? Tú eres libre, tu voluntad es como el pajarillo que surca los aires, yo no quiero imponerte la mia, tú conoces mis deseos. ¡Oh! ¿Es posible que quieras acabar con mi noble linage? Sola y desamparada, sin nadie que te ame ni proteja, herida en el co-

razon por el malaventurado fin de tus amores... ¡Hija mia! ¿Quién habia de pensar que habia de venir un dia tan triste como este? Si yo te hubiese dejado en manos de un hombre que mirase por tí... ¡cuán feliz habria yo descendido al sepulcro! ¿Pero cómo ha de ser?... En su última hora tu padre no pretende violentar tu corazon... ¡Haz lo que quieras!

La sensible Gaudiosa se conmovió profundamente al escuchar tan cariñosas palabras. Dos lágrimas ardientes brillaban sobre las pálidas y descarnadas megillas del noble anciano; y como la jóven estaba dotada de un corazon generoso y su carácter era tanto mas propenso al sacrificio cuanto mas inmenso se le ofrecia, no vaciló un momento en satisfacer los deseos de su padre, deseos que su natural y femenil perspicacia le hacia sorprender tras de aquellas sentidas razones. En las almas nobles, á medida que la abnegacion se presenta mas ataviada de espinas, adquiere una acogida mas entusiasta. La hermosa vírgen es seguro que nunca habria cedido al duro y desapacible acento de un injusto mandato; pero tambien era incapaz de permanecer indiferente á los tácitos ruegos de la voluntad de su padre, voluntad que hasta cierto punto era muy racional y discreta, atendido el total aislamiento en que iba á verse aquella jóven tan sencilla, tan inocente, tan pura é inesperta en las pasiones y ruindades del mundo.

—Yo comprendo y parto contigo tus pesares, continuó el anciano.—La funesta noticia que ha llegado hoy á nuestros oidos ha sido para mí en estremo sensible; pero ya que Dios así lo ha querido... Entiende, hija mia, entiende que yo no trato de violentar tus inclinaciones, tú eres dueña de tus afectos y puedes hacer lo que mas te agrade... ¡Oh! Mi raza se estinguirá, mi amada hija va á quedarse espuesta á la violencia de los enemigos... Nadie tendrá el derecho de protegerla, nadie la llamará esposa, nadie le dará el dulce nombre de madre... ¡Infeliz! ¡Infeliz Gaudiosa!

—¡Padre de mi corazon! esclamó arrebatada de amor filial la llorosa doncella. Podeis disponer de mi alma y de mi vida. Yo conozco que teneis razon, mucha razon en lo que estais pensando ahora mismo.—Hoy no he podido menos de escuchar en-

ternecida las nobles palabras que Gudila pronunció al saber la muerte de Pelayo, le ha hecho justicia, y esta conducta generosa me ha conmovido profundamente... Vuestro amigo ignoraba el objeto de mis amores, sus palabras han sido sinceras, y yo se las agradezco con toda mi alma...

—¡Querida Gaudiosa! interrumpió el anciano conde. ¡Cuánto me place el oirte! Tu natural discrecion no puede menos de comprender y acatar la justicia de mis buenos deseos... Si el noble Gudila no fuese ya tan desagradable á tus ojos, si yo, al exhalar mi último suspiro, llevase al seno de la eternidad el pensamiento dulce y consolador de que ya no quedabas abandonada...

—Yo os juro encerrarme en un convento por ahora, y despues...

—¡Ah! esclamó dolorosamente don Íñigo. ¿Y nuestro linage? ¡Dios mio! ¿Por qué habeis maldecido mi raza? ¡Cuán feliz hubiera yo sido si al espirar me hubiese rodeado una noble, valiente y honrosa descendencia!... ¡Ay! ¡Cuán crueles dolores me aquejan!...

—Querido padre, estoy dispuesta á todo.

—Sí, si, pero sin violentar tu corazon; la esperanza de tus amores ya se ha desvanecido... El tiempo curará tus llagas... ¡Ay, Gaudiosa mia, yo me ahogo! Abre la ventana, necesito respirar el aire libre.

La jóven abrió la ventana, y un bello rayo del sol poniente iluminó la estancia con su melancólico fulgor, semejante á una triste y magestuosa sonrisa.

Don Íñigo fijó sus turbios ojos en aquel dorado resplandor, que acaso contemplaba por la última vez. Parecia que el anciano deseaba despedirse con una intensa mirada de la luz crepuscular que envolvia en sus brillantes gasas las altas cumbres de los montes. La naturaleza en aquel momento se presentó á su espíritu con el doloroso encanto de la ribera natal que para siempre abandona el triste peregrino.

Y estrechando la mano de su hija, la contempló largo rato con un pesar profundisimo, y luego de pronto comenzó á sollozar amargamente. El dolor del padre era tan inmenso como el

que esperimenta el viajero que se despide en la orilla de las dulces prendas de su ternura al emprender una peligrosa y dilatada navegacion por un océano desconocido.

Gaudiosa contemplaba á su padre en silencio, pero con el alma desgarrada.

—Bien sabe Dios, esclamó el conde, que mi fin sería muy sosegado y venturoso, si mi hija idolatrada no se quedase espuesta á los vaivenes de este mundo... ¡Oh! ¡Cuán feliz hubieras podido ser con el noble Gudila!

La generosa vírgen arrancó de su agitado pecho un doloroso y profundo suspiro.

Luego de pronto esclamó:

—Ahora mismo, querido padre, en presencia vuestra le daré mi mano.

El enfermo contestó á su hija con una sonrisa de agradecimiento:

—El cielo te bendiga á tí y á tus hijos, como te bendigo yo en este momento solemne.

Don Íñigo hizo una señal á Ervigio (que con los ojos arrasados en lágrimas habia presenciado esta escena) para que al punto llamase á Gudila. Hallábase este, como hemos dicho, en una habitacion contigua acompañado del médico y del conde Rudesindo. Inmediatamente acudieron todos al llamamiento del venerable abad, quien en breves palabras les enteró de la resolucion adoptada por el conde y su hija. Esta, que solamente se habia resuelto á tanto por complacer á su padre moribundo, cuando vió que el momento fatal se acercaba, pareció en estremo turbada y oprimida. Evidentemente la hermosa virgen, antes de unirse para siempre con Gudila, deseaba tener con su prometido una entrevista, al parecer, de grande importancia para la tranquilidad de su corazon ó de su conciencia.

Por último, se decidió á llamar aparte al noble godo con designio de comunicarle su pensamiento. De tal índole debia ser esta revelacion, que de seguro le costaba mucha repugnancia el tomar la iniciativa. Gaudiosa y Gudila se habian retirado á un estremo de la estancia, junto á una mesa sobre la cual habia recado de escribir.

Gudila, que no podia atinar con la causa de aquella secreta entrevista, preguntó con afectuoso acento:

—¿Qué exigís de mí, señora?

—Quisiera que...

Gaudiosa se interrumpió bruscamente, y el mas encendido rubor cubrió sus megillas.

De pronto su semblante se iluminó como si se le hubiese ocurrido un medio para salir de su apuro.

Y en efecto, comprendió que le sería mucho menos penoso manifestar sus deseos por escrito que verbalmente. Luego se aproximó á la mesa, trazó algunas palabras en un pedazo de pergamino, y terminada su tarea, se lo entregó á Gudila diciendo:

—Hé aquí el favor que queria exigiros.—Tomad y leed.

Gudila leyó; pero sus facciones se cubrieron de una palidez mortal.

—¿Estais conforme? preguntó la doncella.

—Señora... ¡Tened piedad!...

—Si al pié de este escrito poneis vuestra firma, ahora mismo seré vuestra esposa.

—Pero ya comprendereis...

—Vos sois quien debiera comprender que en este instante mi corazon está cubierto de luto, y que es harto razonable lo que os pido.

—Yo no me encuentro con fuerzas para prometer...

—Y sin embargo, nada hay mas justo. Acabad de una vez.—Sí ó nó.

—Pues bien, sea, supuesto que tal es vuestra voluntad, amada señora, repuso Gudila procurando suavizar cuanto pudo el acento de su voz.

Y en seguida firmó con mano trémula el pergamino, que Gaudiosa guardó atropelladamente.—Aceptadas por Gudila las condiciones impuestas por la doncella, esta le asió de la mano y le condujo al lecho de su padre, que no habia podido presenciar la escena antecedente á causa de un desmayo que le habia sobrevenido.

En cambio el abad y el médico no habian dejado de oir con

harto interés y curiosidad la estraña exigencia de la hermosa vírgen; pero se limitaron á guardar silencio, respetando aquel secreto, á que ambos parecian darle demasiada importancia.

Gaudiosa lanzó un terrible grito al ver la inmovilidad de su padre, á quien juzgó cadáver. El médico entonces aproximó una esencia á la nariz de don Íñigo, y este volvió en sí, aunque con bastante trabajo.

—Héme aquí, padre mio, héme aquí dispuesta á cumplir vuestra voluntad, que es tambien la mia.

Y esto diciendo, la jóven tendió la mano á Gudila con un arrebato casi religioso.

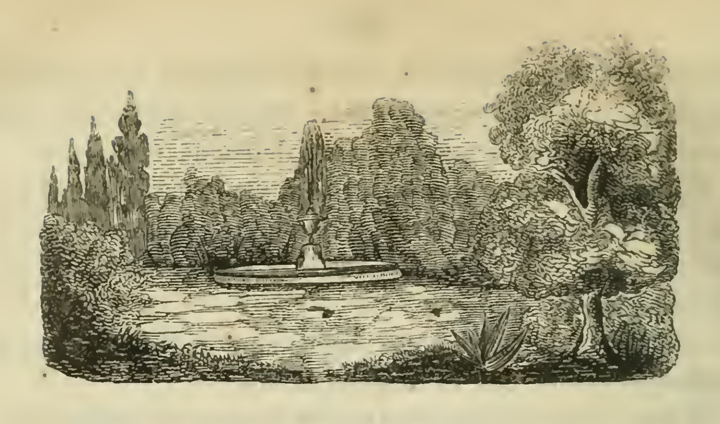
—¡Hija mia! ¡Cuán buena eres! murmuró el conde.

Aun cuando el abad en los años de su juventud habia sido íntimo amigo y compañero de armas del valeroso Favila, padre de Pelayo, y estimaba á este con un afecto casi paternal, juzgaba sin embargo muy razonables los deseos del conde don Íñigo de dejar establecida y á cubierto de la horfandad y del abandono á su encantadora hija. Es verdad que no creia la eleccion del conde muy acertada; pues aunque no conocia íntimamente á Gudila, le bastaban su esperiencia y su ojo seguro para comprender que el prometido de Gaudiosa no era un hombre en todo digno de ella. Pero el infeliz Pelayo habia muerto, Pelayo, que hubiera podido ser el esposo predestinado para aquella jóven tan virtuosa y bella. El buen abad no dejaba de pensar en todo esto, mientras que en el fondo de su corazon tributaba lágrimas sinceras á la memoria del esforzado hijo de su antiguo compañero de armas.

Ervigio, pues, obligado por la fuerza de las circunstancias, pronunció la sagrada fórmula del sacramento, y los esposos quedaron unidos con el terrible lazo que solo puede desatar la descarnada mano de la muerte.

Don Íñigo en aquel momento fijó en los jóvenes una mirada de inefable ternura, despues exhaló un suspiro, y por último inclinó tristemente su venerable cabeza.

Tales fueron aquellos desposorios de mal agüero, á los que sirvió de ara el lecho de un moribundo.



CAPITULO XXXV.

REMORDIMIENTOS.



RA cerca del oscurecer. Un hombre montado sobre un soberbio caballo caminaba por un estrecho sendero que conducia á una maciza y solitaria torre, situada en la áspera cumbre de un empinado monte. Lúgubre y sombrío era el aspecto que presentaba aquel vetusto edificio, ya carcomido por el tiempo. Apeóse el ginete, tocó tres veces una bocina, y pocos momentos despues se abrió la puerta.

Penetró el desconocido y saludó con muestras de la mayor confianza al que le habia franqueado la entrada. Era este un hombre de estatura mas bien alta, y vestía el sayal del monge ó del penitente. Ambos se internaron en la misteriosa mansion, y despues de atravesar un estenso y triste patio, casi todo cubierto de maleza, el monge, ó al menos el que tal parecia, tomó de las riendas el caballo del recien venido, y lo condujo á las caballerizas.

El desconocido atravesó una larga série de oscuras galerías hasta llegar á un salon situado en la planta baja del castillo, en el cual habia un hachon que bañaba en su luz rojiza el espacioso aposento. Aquel hombre se dejó caer sobre un sitial de encina con todos los indicios de cansancio de cuerpo y abatimiento

de espíritu. Igualmente puso á sus piés un saco que habia descargado de su troton, y cuyo contenido consistia en algunas provisiones.

Profunda era la afliccion que revelaba el semblante enérgico de aquel personage, cuya estatura escedia en mucho á la que comunmente adquiere el hombre en las zonas templadas. Era moreno de color, rico de boca, pobre de nariz, abultado de megillas, desarrollado de musculatura y provisto de una abundante cabellera enmarañada y negrísima. Sus ojos grandes, rasgados, negros y velados por profusas pestañas le daban un aspecto singular de atrevimiento, de ternura y desesperacion.

Transcurrido algun tiempo, el estraño personage tomó el bachon y se encaminó por varios pasadizos hácia una especie de huerto cubierto de árboles y oscuridad. El caballero se acercó á una humilde vivienda situada en el centro del sombrío recinto, y abriendo una puerta practicada en el suelo, comenzó á descender por una escalera de caracol que se sumergia en las entrañas de la tierra á una profundidad inconcebible.

Al cabo penetró en un aposento, cuya bóveda maciza y baja parecia pesar como un remordimiento sobre el desdichado habitante de aquella mansion semejante á una tumba. Era en efecto la huesa de un hombre vivo. Habia primero como una especie de antesala con el pavimento de tierra, sobre el que se levantaba una pared maciza, al través de la cual se abria en un ángulo una pequeña abertura enrejada de hierro, y en el otro rincon habia una especie de torno. El aire que allí se respiraba era mefítico, y la oscuridad cavernosa de aquella mansion jamás se interrumpia sino cuando el gigantesco personage penetraba armado con su antorcha.

No bien habia entrado el paladin en la subterránea estancia, cuando se oyó una voz tristísima y sollozante que esclamó:

—¿Eres tú el portador de las provisiones?

—Sí, respondió el recien llegado.

—Tengo mucha hambre.

—Pues ya puedes satisfacer tu necesidad.

El desconocido se aproximó á una especie de torno que habia en la pared, donde colocó algunos manjares que inmediata-

mente se apresuró á tomar el prisionero. Por la rejilla hubiera podido distinguirse, aunque confusamente, el aspecto del encarcelado. Era á la vez repugnante y simpático. Inspiraba repugnancia por su fisonomía abyecta y casi estúpida, al paso que despertaba la compasion por su rugoso semblante, por sus cabellos blancos, y por el lamentable estado de miseria y abandono en que se encontraba.

Con ánsia, con ademan estraviado, con hambre, en fin, como una fiera se puso el anciano á devorar su alimento, mientras que el proveedor se encaminó á otro aposento exactamente igual al que hemos bosquejado.

El carcelero abrió la rejilla con alguna precaucion, y al cabo de algun tiempo comenzó á dar golpes en el torno. Nadie respondió.

—¿Si se habrá muerto? murmuró el terrible personage.

Y volvió á llamar con mas empeño que al principio.

Sus golpes se perdieron en el silencio mas profundo, en el silencio de las tumbas.

—Pues ello es preciso salir de dudas... A fé que esto me contraría... En fin, allá veremos.

El desconocido sacó una llave, y aproximóse á una puerta planchada de hierro con la intencion, al parecer, de abrirla. Pero en su actitud profundamente meditabunda se conocia que era empresa árdua en demasía el querer penetrar en el lóbrego calabozo. Es de creer que el prisionero que allí gemia fuese de un carácter harto temible. Por último, hizo un movimiento como si vacilase en llevar á cabo su intento primitivo. En seguida volvió á observar por la rejilla, y entonces vió tendido sobre el duro pavimento al infeliz condenado á tan terrible prision.

Al pronto imaginó, como ya sabemos, que acaso la muerte habia puesto límite á las amarguras del triste encarcelado; pero mirando con mas atencion pudo notar y oir la suave y compasada respiracion de aquel desgraciado. Una palidez nerviosa cubria su hermoso semblante coronado de una abundante y negra cabellera. Dificilmente pudiera imaginarse un rostro mas espresivo, mas enérgico ni mas bellamente varonil. En aquel instante una melancólica sonrisa vagaba por sus labios como si el sue-

ño bienhechor le representase en su fantasía las glorias y delicias del amor y la libertad. El triste prisionero solo mientras dormia pensaba que era libre.

El terrible sayon, á pesar de su repugnante catadura, no pudo menos de sentirse profundamente conmovido en vista de tan inmenso infortunio, de tanta resignacion y magestad á la vez como respiraba la interesante figura del mancebo.

Largo rato permaneció el desconocido inmóvil y como abismado en hondas meditaciones. Al fin comenzó á pasearse por la especie de antesala que precedia al calabozo. De vez en cuando lanzaba al través de la rejilla una intensa mirada de compasion sobre el hermoso prisionero, que continuaba dormido.

Es seguro que algun grave y peligroso proyecto ocupaba á la sazon la mente del gigantesco personage, segun podia deducirse de su actitud inquieta y de los agitados paseos que daba por la estancia como un hombre atormentado por la mas viva y dolorosa inquietud.

Por último, como si quisiese poner término á la horrible lucha de que era víctima, se alejó de aquella lóbrega mansion, despues de dejar en el torno las provisiones destinadas al prisionero.

El misterioso personage iluminaba su camino con la antorcha, á cuya rojiza y vacilante luz podian distinguirse sus facciones desencajadas. Despues que hubo subido la escalera de caracol de que antes hemos hablado, atravesó el huerto, la interminable série de oscuras galerías y estrechos pasadizos, y por último, atravesando un estenso y lúgubre patio cubierto de yerba, se encaminó á un aposento semejante á un oratorio.

La estancia á que nos referimos era de bastante estension. En uno de los testeros veíase una gran tabla con la imágen del Redentor de los hombres clavado en la cruz. Sobre un ara de mármol ardian dos antorchas. Este sencillo altar se elevaba sobre cuatro gradas, junto á las cuales estaba arrodillado un monge con actitud religiosa y profundamente reconcentrada.

No es fácil pintar la espresion de humilde y devoto recogimiento que revelaba el triste y dolorido semblante de aquel monge. Era este de mediana estatura, nervioso, moreno, de gran-

des y rasgados ojos negros, de nariz afilada, de boca espresiva y de frente espaciosa, en la cual podian leerse mil dolorosos pensamientos. El misterioso personage penetró en la gótica capilla procurando hacer el menor ruido posible, y respetando el silencio del estasiado monge.

Brillaba en sus negros ojos una espresion tal de ternura, era tan simpático su rostro, movíanse sus trémulos labios de una manera tan elocuente, qué parecia que en aquel momento su espíritu se elevaba á la mansion celestial, segun era estática, devota y tierna la oracion que el monge parecia dirigir al Eterno.

Largo rato permaneció el recien llegado inmóvil como una estátua. Al fin, clavando una mirada indescriptible sobre el que vestía hábito monacal, murmuró:

—¡Pobre loco! ¡Cuánta compasion me inspira el buen Dulcidio!

El carcelero, ya sea porque su espíritu se hallaba dispuesto á la oracion, ya por el ejemplo del religioso Dulcidio, el caso fué que se arrodilló ante el altar con todas las muestras de la mayor devocion. Al cabo de algunos instantes se levantó Dulcidio brusca y repentinamente, exhalando gritos inarticulados y esgrimiendo con furor sus puños. Las venas de su frente se hincharon de una manera espantosa, su boca arrojaba espuma, sus dientes rechinaban, sus ojos sanguinolentos parecian querer saltársele de sus órbitas, y finalmente, en todos sus descompuestos ademanes daba á entender como si estuviese atacado de un accidente epiléptico ó de un rapto de demencia.

El carcelero habia permanecido estupefacto de lo que veía, pues el monge no habia notado su presencia. Iba ya el gigante á prodigarle algun socorro al desdichado Dulcidio, cuando este se detuvo como el recien desposado que en el lecho nupcial se encontrase con un esqueleto. Tal fué la espresion de estupor que se esparció por su semblante. Despues de algunos momentos de profunda reflexion, en que parecia que su espíritu se habia salido de este mundo, exhaló un triste suspiro, sus ojos comenzaron á brotar dos fuentes de lágrimas, y dirigiéndose hácia el

altar, tomó uno de los blandones que esparcian en los misteriosos ámbitos del oratorio una luz triste, doliente, fatídica como la mirada de un espectro.

En seguida Dulcidio se dirigió hácia el otro estremo enfrente del cual estaba la imágen del Crucificado. La pared estaba cubierta por un tapiz, detrás habia una puerta, el monge se hundió por ella como una sombra se confunde en la brumosa niebla, y comenzó á bajar por una especie de rampa estrecha, terrosa, pendiente y resbaladiza como la ocasion y las pasiones. Quien hubiera visto aquel hombre vestido con su hábito blanco y negro, con un hachon en la mano, con el rostro desencajado y delirante, en el silencio de la noche, en aquella mansion solitaria y maldecida, hubiera creido ver un espíritu del abismo que volvia á su tenebrosa morada despues de haber sembrado crímenes y tentaciones sin fin en el corazon de los míseros mortales.

El carcelero, como suele decirse, no perdia pié ni pisada al monge, que continuaba en su descenso interminable. A medida que el monge se hundia en las entrañas de la tierra, el carcelero temblaba, vacilaban sus piernas, los latidos de su corazon parecian romper su pecho, y sus cabellos se crizaban. A cada minuto era el ambiente mas pesado y mefítico, la rampa se estrechaba como la estremidad de un atahud, y la nieve del terror petrificaba hasta la médula de sus huesos. La luz del hachon en aquel océano de tinieblas parecia el misterioso faro de las playas de la muerte.

Al fin de aquella prolongada cuesta el terreno se hacia perfectamente plano y se desembocaba en un estenso círculo, al rededor de cuyos muros de piedra se veian en pié algunos esqueletos. Es imposible concebir ni aun en los horrores de una pesadilla la impresion repulsiva y espeluznadora que se esperimentaba al penetrar en aquel recinto, semejante á la antecámara de la eternidad. No era aquello un cementerio; no habia nichos, ni estátuas sepulcrales, ni lápidas, ni inscripciones. Era mas bien una especie de osario.

Pero los esqueletos allí depositados y sostenidos contra la pared parecian otros tantos espectros habitantes del mundo miste-

rioso de los muertos, mucho mas poblado que el de los vivos.

El monge dejó su antorcha en una especie de cirial colocado allí entre algunos atahudes, y en seguida se arrodilló en medio de aquel recinto con actitud profundamente recogida y devota. El carcelero le seguia siempre como la sombra al cuerpo, si bien pálido y aterrado. Aquel estraño y siniestro espectáculo producia en su espíritu la misma impresion que produciria el estridor de una sierra en una música deliciosa, le parecia que su carne se arrancaba de sus huesos, que sus cabellos saltaban erizados de su cráneo, que por sus venas circulaba no sangre, sino hielo.

Mientras que el monge triste y dolorido como la Vírgen María al pié de la Cruz se entregaba fervorosamente á sus oraciones, el carcelero le contemplaba inmóvil y mudo. Aquel hombre de estatura ciclopea, de músculos de acero, de corazon de mármol, de ferocidad de tigre, de valor fabuloso, temblaba ahora en aquel recinto como la hoja en el árbol.

Y tenia razon para temblar.

Muchos de aquellos esqueletos pertenecian á hombres á quienes su puñal habia privado de la vida, á cuyos cadáveres habian arrojado sus brazos en aquel sumidero de crímenes, en aquella inmensa tumba semejante á una troge de huesos. La imaginacion del asesino se conmovió profundamente, sus ojos creian ver los semblantes frescos, lozanos y juveniles que su brazo inexorable como el tiempo habia convertido en blancas calaveras. En las órbitas cóncavas donde antes habian brillado miradas de inteligencia ó de amor, se anidaban ahora inmundos escuadrones de gusanos.

Un frio glacial recorrió todo su cuerpo hasta paralizar los latidos de aquel corazon de hiena; le parecia que ásperos dogales como escamosas serpientes le trituraban el cuello; sus ojos estaban desencajados, su boca horriblemente entreabierta, y su amoratada lengua, salpicada de espuma, asomaba por entre sus labios lívidos como un reptil verdinegro por entre las grietas de un antiguo paredon. Un sudor frio brotaba de su frente aplastada, un ronco estertor salia de su ancho pecho, una atmósfera nauseabunda emponzoñaba sus pulmones, una horrible griteria zumbaba en sus oidos, un océano de sangre negra y espumosa

le ahogaba, un torbellino de espantosos recuerdos bramaba dentro de su espíritu, y una legion de remordimientos batallaba en su corazon, que era un racimo de víboras. Aquel hombre con su rostro disforme y desencajado, con su cabellera descompuesta, áspera como crines y espantosamente encrespada, parecia en verdad la imágen de un alma en pena.

De pronto creyó ver que la tierra temblaba, que los ejes del mundo se partian, que el sol y las estrellas caían del firmamento, que se abrian los sepulcros, que los mares salian de su centro, y que innumerables tropas de esqueletos se precipitaban desde las cumbres de las montañas, se reunián en un estenso y triste valle, y que al ronco fragor de la tempestad, del rayo y del trueno, se mezclaba el eco horrisono y formidable de la trompeta del juicio final.

Y vió en las alturas dos ojos inmensos como el cielo que veían y contaban hasta los mas menudos granos de la arena que servia de valladar y freno á lòs espumosos mares. Y distinguió ó creyó distinguir en la humeante cima del Sinaí un trono de soles entre cortinages de fuego. Y en medio de aquel trono vió al Juez de los vivos y de los muertos rodeado de gloria y reclinado sobre la tempestad.

En la inmensa llanura se agitaba toda la raza de Adan, que pálida y trémula cayó de rodillas cuando la trompeta del arcángel anunció la tremenda hora del juicio. El Hijo del Eterno estaba á la derecha del Padre. En sus cejas llevaba la noche y la aurora en sus megillas. Un coro de ángeles con espadas de fuego circundaban el flagrante trono. Luego apareció en la vaga region del aire un querubin que tendió una balanza inmensa desde el oriente al occidente. A cada estremo de aquella balanza veíase una taza inconmensurable. Aquel era el peso de la divina justicia. Otro querubin llevaba un libro tan grande como el cielo. Era el libro del destino de la humanidad. Allí estaban escritos los nombres, sin faltar uno, de todos los mortales desde que Dios crió al hombre. El antiguo Tiempo envió á sus hijas las Horas, y cada una fué arrojando á manos llenas en el peso innumerables crímenes.

Luego se adelantó una vírgen hermosa y pálida, seguida de

un coro de doncellas modestamente vestidas, pero dotadas de una hermosura celestial, y en cuyos rostros se notaba cierto aire divino de compasion, de humildad y de tristeza. Aquellas vírgenes eran la Caridad y todás las virtudus sus compañeras, que fueron arrojando en la taza de la derecha algunas pocas verdades, algunas acciones generosas; pero el dedo de Dios fué señalando á los ángeles muchos de aquellos actos de heroismo que parecian guerreros enmascarados, y que fueron trasladados á la taza de la izquierda.

Y al arrancarles la máscara aparecieron sobre sus frentes grabados con caractéres de fuego en todos los idiomas humanos estos tres rótulos: «*Soberbia, Hipocresía, Egoismo.*» Despues de este exámen quedó tan reducido el número de las verdaderas acciones desinteresadas y virtuosas del género humano, que pesaban en la balanza como una pluma en comparacion del globo terráqueo. La taza que contenia todos los pecados de la humanidad comenzó á bajar, á bajar hasta el fondo de los abismos infernales. Todos los pecadores, pálidos como la muerte, se arrepintieron en aquel instante tremendo de haber nacido...

El asesino prorumpió en una estrepitosa carcajada, que resonó huecamente en las concavidades del subterráneo.

Luego abrió los ojos espantados, miró en torno suyo con estupor, y solo vió la pálida luz de la antorcha en el mismo lugar que la habia dejado el monge.

Pero Dulcidio no estaba allí.

—¡Oh! esclamó el asesino. ¡Era un sueño!...

Y se enjugó la pálida frente, cubierta de frio sudor.

El caso fué que mientras Dulcidio se habia entregado á sus oraciones, el gigantesco personage en aquel recinto silencioso, lúgubre y solitario, habia cedido al influjo irresistible de Morfeo, dios al parecer mentiroso; pero que le habia pintado en una especie de fantasmagoría soñolienta todos los terrores con que el crímen envuelve el corazon de los mortales, cuando en él se alberga el gusano roedor de la conciencia, voz inestinguible y que eternamente grita en el espíritu del pecador.

Dulcidio, espantado al escuchar el grito del desconocido, cuya presencia en el subterráneo nunca podia sospechar, huyó

despavorido, dejando abandonada la antorcha que antes le sirviera para bajar á aquel tenebroso y espantador recinto.

El asesino paseó en derredor sus ojos estraviados, y esperimentó ese terror vago que toma todas las formas, esa inquietud febril que circunda el alma de espantosos delirios, esa noche sombria salpicada de espectros, esos desastres del porvenir, esas angustias del presente, esas dudas de lo pasado que se llaman remordimientos. Le parecia ver volar en torno de su frente mil fantasmas de sangre, creía oir satánicas y ruidosas carcajadas, y que un movible círculo de ojos como carbones encendidos se agitaba en la ocuridad. Aquellas torvas miradas eran agudas como puñales y helaban su corazon con la losa del espanto. Las imágenes aterradoras de su horroroso ensueño le perseguian despues de haber despertado con mas encono, con mayor ahinco y con un aparato mas formidable todavia. Sus cabellos se erizaban, sus sienes hervian, se desencajaban sus ojos, su frente destilaba un sudor frio, y en tan terribles momentos se arrepentia hasta de haber nacido. ¡Oh! Los remordimientos de la conciencia es lo último que se estingue en el hombre, es la letra indeleble de la ley natural, misteriosa, eterna, universal é incontrastable que el dedo de Dios ha trazado con caractéres de fuego en el corazon de todos los mortales.

Hubo un momento en que el feroz Eulogio cayó de rodillas como si viese ante sus ojos al Hijo del Eterno en el tremendo dia del juicio final. El formidable escudero es verdad que habia servido de instrumento ciego á los tenebrosos planes del malvado Gudila; pero tambien no es menos cierto que á pesar de su rudeza y ferocidad, el desgraciado Eulogio esperimentaba los mas atroces remordimientos, supuesto que su índole, abyecta por su triste situacion de siervo, pero no del todo envilecida, no podia menos de reprobar en lo íntimo de su alma los crímenes y maldades de su señor el conde Gudila, especie de Luzbel en figura humana.

De pronto se estremeció como si viese el borde de un abismo delante de sus piés. Un ruido seco y crujiente, como el de un esqueleto que caminase sobre su huesosa armazon, llegó hasta sus oidos en aquella especie de osario.

Habia en aquel espacioso subterráneo varios arcos que se abrian en el muro y comunicaban con caminos cubiertos que á largas distancias y en diferentes direcciones desembocaban en el campo. Por una de aquellas aberturas apareció una figura pálida como la muerte, silenciosa como la soledad, fatídica como el destino. La aparicion era una mujer. Llevaba un velo blanco sobre su vestido negro, una lamparilla en una mano y una cruz en la otra; pero su rostro era tan repugnante, tan amarillo, tan disforme, tan descarnado, tan huesoso y consumido, que parecia una caricatura del infierno. La cruz, sin embargo, desbarataba esta suposicion; mas no por eso era menos indudable que aquella aparicion semejaba á un esqueleto, y aquel semblante á una calavera.

Con vacilante y crujiente andar se aproximaba la vision al asesino, que comenzó á retroceder horrorizado entre las tinieblas, no pudiendo resistir la horrible fascinacion de aquel esqueleto ambulante. Eulogio padecia en aquellos momentos las torturas de un condenado. Su piel estaba rígida, sus músculos tiesos, erizados sus cabellos como si un reptil verdinegro, inmundo y frio le helase con su contacto. Y en efecto, la serpiente de los remordimientos le oprimia el corazon como el tornillo oprime la garganta del reo.

La vision se adelantaba via recta, inexorable como la fatalidad, mientras que Eulogio se sentia desfallecer de espanto y retrocedia horrorizado. El asesino, por fin, se ocultó en uno de los muchos arcos que circundaban el espacioso y lúgubre subterráneo. El crujir de los pasos de aquella fatídica aparicion pasaba zumbando por los oidos del atónito escudero. La pálida figura se dirigió lentamente hácia otro arco frontero, bajo cuya bóveda tenebrosa se perdieron sus pasos y la moribunda luz de la lamparilla que llevaba.

Es seguro que á no haber pasado de largo aquella horrible mujer, Eulogio habria espirado de terror, si por ventura se hubiese detenido delante de sus ojos. Pero el ambulante esqueleto parecia no haber distinguido al asesino. Largo rato permaneció este sumergido en un marasmo, en una inmovilidad, en un estupor inesplicable. Al fin salió huyendo de su escondite, asió la

antorcha abandonada por Dulcidio, que chisporroteaba siniestramente en aquel lúgubre recinto, y se dirigió á la escalera, atravesó el oratorio, se encaminó á la caballeriza, abrió la puerta, y sin informarse del paradero del monge, cabalgó rápidamente y se alejó de la maldita torre con el alma conturbada é inquieto el corazon, y galopaba sobre su caballo y huía como el lobo acosado por el tropel ruidoso de la jauria y por los gritos de los cazadores.

Detrás dejaba una espantosa vision, un sueño horrible, una escena cuyo recuerdo helaba hasta la médula de sus huesos. ¡Oh! los remordimientos cercaban su espíritu como revuelan en torno de la copa de los árboles los pajarillos que en ella anidan en las últimas horas del dia.

Ya la aurora comenzaba á sonreirse en el oriente cuando nuestro escudero fuera de sí, aterrado por las visiones reales ó fantásticas que le habian atormentado, anhelando encontrar reposo, como el peregrino despues de un largo viaje, se encaminó por desconocidos senderos á un sitio agreste, salvage y solitario. Y subió por la falda de un empinado monte que se elevaba en un valle acotado por un rio de cristalinas corrientes.

Y habiéndose encaminado á una solitaria ermita practicada junto á una cueva denominada de Santa María en el monte llamado Auseba, encontró hincado de rodillas, estendidos los brazos y con el rostro vuelto hácia el oriente, á un viejo ermitaño de luenga barba, de venerable aspecto, y que vestia un tosco sayal.

—¡Padre mio! esclamó Eulogio cayendo de hinojos á los piés del venerable solitario.

—¿Qué buscais aquí, hijo mio? preguntó con voz afable el ermitaño.

—La paz de mi conciencia, respondió Eulogio.

—¿Qué os sucede?

—Soy el mas desgraciado de los hombres.

Y el asesino comenzó á sollozar amargamente.

—Venid, venid, respondió el ermitaño, que condujo al recien llegado al fondo de la ermita.



XXXVI.

LOS CELOS.

DESPUES que el turbado asesino penetró en la ermita, se arrodilló ante el anciano con muestras del mas sincero arrepentimiento. El buen ermitaño pareció horrorizarse al escuchar el tejido de crímenes que le confesó el asesino. El virtuoso anciano comprendió que la ignorancia y la abyecta condicion de Eulogio eran las causas principales que le habian conducido á cometer las mas espantosas maldades. Pero como la misericordia divina es tanto mas inmensa cuanto son mayores los pecados de los mortales, el buen ermitaño no tuvo inconveniente en perdonar todas las faltas del criminal escudero en nombre de Jesucristo, causa de todo bien y manantial inagotable de indulgencia. Como el triste peregrino que acosado de la sed en el abrasado desierto encuentra una cristalina fuente, así el feroz Eulogio sintió un inefable consuelo al escuchar las palabras del venerable ermitaño. Y gozoso y confiado, y haciendo santos propósitos para el porvenir, salió de la ermita despues de haber hecho oracion al pié de la imágen de Nuestra Señora de Covadonga; y saltando sobre su caballo, se despidió de aquel varon justo. En seguida se encaminó alegre, como el pajarillo que se ha escapado de su prision, hácia la morada de Flor del Valle, nido de sus amores. Era la hora en que el sol de la mañana se ostenta en el límpido azul de los cielos como un jóven rey que se sienta sobre su trono lleno de vida y esplendor. Cantaban los pajarillos del bosque, murmu-



Lám. 9.

«La mendiga inclinó su cabeza afirmativamente.»

raban los arroyos, y el dia se ostentaba en ese período matinal en que la creacion parece mas que nunca llena de luz, de ruido y animacion. Aquellas imágenes luminosas, tranquilas, risueñas y apacibles, contrastaban de una manera singular con las espantosas visiones de la noche antecedente.

Despues de algun tiempo, durante el cual Eulogio se lanzó al frenético galopar de su caballo, se detuvo en la cima de un monte. Luego echó pié á tierra, y comenzó á bajar por un rápido sendero que se perdia en una profundísima encañada. Y se detuvo por fin ante la humilde puerta de una cabaña frontera á una cruz y á la Cueva de los Suspiros. Inutil parece decir que aquella era la cabaña que pocos dias antes servia de habitacion á la encantadora Flor del Valle. Eulogio llamó á la puerta inútilmente. Nadie le respondió. El escudero, todo pálido y azorado, no sabia qué pensar de la ausencia de su pulida zagala. Y divisando junto á la cueva á la anciana Guisinda, se encaminó hácia ella y le preguntó:

—¿Habeis visto á Flor del Valle?

—Sí, respondió Guisinda.

—¿Hace muchos dias que falta de aquí?

—La vi alejarse con un caballero.

Eulogio palideció espantosamente.

—¿Qué habeis dicho?

—La verdad.

—¿Estais en vos? ¡Flor del Valle con un caballero!

—Os digo lo que ha sucedido.

—Echaré la puerta abajo, y...

—Nada conseguireis; quiero decir, que no encontrareis á Flor del Valle.

—¡Oh!... ¿Y con quién se ha ido?

Guisinda se encogió de hombros.

—¿Decís que ha huido con un caballero? Insistió Eulogio.

—Sí.

—¿Y hácia dónde se han encaminado?

—Hácia allí.

—¡Cómo! ¿A la Torre del Heredero?

La mendiga inclinó la cabeza afirmativamente.

Eulogio, lleno de confusion, de amargura, de celos é incertidumbre, se alejó rápidamente de aquel sitio.

No bien habia desaparecido Eulogio, cuando salió del interior de la cueva un apuesto jóven de semblante hermoso y pálido, de estatura alta, y que en toda su persona daba muestras de haber salido de una larga y penosa enfermedad. A juzgar por las señales, aquel bizarro mancebo estaba tratando á la sazon asuntos de grande importancia con la mendiga.

—¿Por qué me habeis obligado á ocultarme? preguntó el jóven.

—Porque no convenia que os viera ese hombre.

—¿Y quién es?

—El antiguo amante de Flor del Valle.

El mancebo se encogió de hombros como una persona á quien se le habla de una historia que ignora ó que le es indiferente.

—Vamos al caso, dijo. ¿Estais segura de lo que me habeis manifestado?

—Yó misma lo vi todo desde la cumbre de un monte.

—¿Y ellos en dónde estaban?

—Junto á la orilla del rio.

—¿Y despues no habeis sabido mas?

—Despues ardia en deseos de averiguar si eran fundadas mis sospechas; pero absolutámente no encontraba medio de satisfacer mi curiosidad. No obstante, una inspiracion divina me condujo hácia este sitio apacible y solitario. Prendada de sus atractivos, y creyendo que esa cruz debia ser el lugar en donde debia lavar con mis lágrimas las manchas de mis crímenes, me detuve aqui, eligiendo para mi morada la Cueva de los Suspiros, de la cual se habla en todo el pais con terror.

—¿Y por qué?

—Cuentan que hace algunos años todas las noches un fantasma salia de esta cueva, bajaba á la cruz, oraba fervorosamente al pié de ella, y luego se alejaba exhalando profundos suspiros, despues de haber estado hablando con un anciano pastor que habitaba en aquella cabaña, y que cuidaba una niña encantadora, á quien besaba el fantasma con muestras de la mas viva ternura.

—¿Era acaso Flor del Valle esa niña?

—Aunque nadie me lo haya dicho, así lo he sospechado yo, y estoy segura de no equivocarme.—Hay además otras razones, por las cuales me decidí á habitar en esta mansion oculta y temida de todo el mundo... Y es que ahora el fantasma de que hablan todos los pastores de la sierra es el monge en pena, quien verdaderamente suele aparecer de tiempo en tiempo en este solitario recinto.

—¿Y no os causa temor?...

—Al contrario, caballero, el monge en pena, el desdichado Dulcidio es el hombre mas bondadoso que he conocido. La desgracia, en vez de exasperar su ánimo, parece que le ha impregnado de una mansedumbre, de una compasion, de una ternura y de una tristeza inefables. Todos los dias está viendo á los enemigos de su familia, y sin embargo, es tanta su caridad y tal la nobleza de su corazon, que antes los trata con respeto y humildad que con aborrecimiento, desaprovechando las mil ocasiones que se le presentan de vengar las ofensas de su familia humillada y cruelmente perseguida y afrentada.

El mancebo frunció el ceño. Aquella naturaleza enérgica se rebelaba contra la violencia. Su espíritu era semejante al águila caudal que eleva su vuelo y mira con ojos centellantes al claro disco del sol, y se indignaba al pensar que habia hombres capaces de besar la mano que los degüella. La cobardia es la madre de la esclavitud, sobre la adversa fortuna está la muerte, y mas vale morir dignamente que no vivir esclavo.

Mientras que tales pensamientos hervian en la mente del jóven, la mendiga continuó:

—El llamado monge en pena, y que tanto pavor inspira en esta comarca, suele tener algunos momentos de escitacion muy semejantes á raptos de locura; pero esto sucede raras veces, y por lo general su carácter suele ser en estremo dulce y apacible. En una ocasion en que parecia atacado de su demencia, me hizo algunas revelaciones espantosas. Despues conocí que se habia arrepentido, y yo nunca permitiré que por mi causa se le siga ningun perjuicio. Muchas noches, cuando menos lo pienso, aparece con una antorcha á la cabecera de mi humilde lecho.

y me trae algunas provisiones con un cariño casi filial. Yo, en un principio, no podia menos de admirarme del modo imprevisto como se presentaba en esta cueva, necesitando para venir salvar elevados montes, tajadas rocas, y una distancia considerable por entre el horror y las tinieblas de la noche.

—En efecto, dijo el jóven, se necesita estar poco menos que demente para venir á esta cueva...

—Luego me convencí de que venia á visitarme desde la Torre del Heredero por un camino subterráneo, cuya circunstancia esplica la causa de traer siempre una antorcha.—En un ángulo de la cueva hay practicada una pequeña abertura por donde apenas cabe un hombre. Esta abertura comunica con la via subterránea, la cual desemboca en una especie de panteon que hay en la Torre del Heredero.

—¿Y creeis que nos será fácil penetrar en la torre?

—Claro está.—Podemos ir por el mismo camino que lleva el monge en pena.

—¿Vos habeis ido alguna vez?

—Casi todas las noches penetro hasta las prisiones de los infelices que gimen encarcelados en esa mansion infernal.

—¿Hay algunos mas que acompañen á mi amigo?

—Un anciano.

—¡Infeliz! murmuró el jóven guerrero.

—No podeis figuraros, dijo la mendiga, cuánto he celebrado el encontraros, puesto que con vuestro eficaz auxilio me será mas fácil conseguir la libertad de una persona á quien estimo con todo mi corazon.

—¿Y será seguro el éxito de nuestra empresa?

—Tan seguro, que esta misma noche puede estar libre.

—Pues bien, á media noche estaré aquí.

—A media noche os aguardo.

Y en seguida el jóven guerrero se alejó de la cueva, subió por el sendero del monte, y á los pocos pasos le salió al encuentro su escudero, que pié á tierra le aguardaba con dos caballos del diestro. Cada uno de los misteriosos personages cabalgó en su corcel, y se encaminaron hácia el monasterio del Cristo de la Columna. Entre tanto Eulogio, sudoroso, jadeante, lleno de

amargura por la desaparicion de su querida Flor del Valle, se adelantaba veloz como un torbellino hácia la funesta Torre del Heredero, muy ageno de pensar que la anciana Guisinda se ocupaba en planes que le podian contrariar sobremanera, tanto á él como á su señor, segun el resultado de la pendiente trama. Habiendo llegado al pié de la torre, hizo su seña acostumbrada, es decir, sonó por tres veces su bocina, é inmediatamente se abrió la puerta. Despues de dar su caballo á Dulcidio, y cambiar con él algunas palabras, el monge le informó de que alli se hallaba Gudila. A los pocos momentos Eulogio se encontraba en presencia de su señor.

—¡Ah! ¡Buen Eulogio! esclamó Gudila dándole una bolsa bien provista de oro. Mereces un premio exorbitante por lo bien que representaste tu papel.

—¡Señor!... murmuró avergonzado el escudero, que aun se hallaba bajo la doble y contradictoria impresion de las amonestaciones del buen ermitaño, y del furor y los celos producidos por la noticia fatal de la desaparicion de su amada.

El escudero, pues, triste, pensativo y ceñudo rechazó casi con indignacion el oro de Gudila, aquel oro que era el precio de uno de sus crímenes mas espantosos.

—Toma, Eulogio, toma esta suma como una muestra de mi reconocimiento por tu lealtad y destreza en servirme.

Y esto diciendo, Gudila hizo brillar á los ojos de su escudero las monedas que contenia la bolsa. El oro tiene una fascinacion verdaderamente infernal. Eulogio aceptó el precio de su infamia, aunque con mano trémula. Transigió consigo mismo, pensando que en nada podia perjudicarle el aceptar aquella suma para llevar á cabo los buenos propósitos que le habia sugerido el venerable ermitaño.

—¿Sabes que te portaste como cumplia á un mozo como tú? Eres mas astuto que un zorro y mas valiente que un leon.— Confieso francamente, querido Eulogio, que á no ser por ti, de seguro nunca hubiera podido llevar á feliz cima mi matrimonio con Gaudiosa, porque ella jamás hubiese consentido en aceptar mi mano, sin estar antes convencida de la muerte de su amante Pelayo. Y en honor de la verdad, representaste tu papel tan

maravillosamente, que yo mismo creia que en realidad eras un pastor de estas sierras. Tal y tan bueno fué tu disfraz, y tales y tan oportunas fueron tus palabras.

—Señor, murmuró algo confuso el escudero, yo no hice mas que obedecer vuestras órdenes.

—Pero las obedeciste admirablemente. ¡Par diez!... ¿Qué es eso? ¿Qué tienes? Preguntó Gudila soltando una insensata carcajada. Nunca, añadió, nunca te he visto tan modesto. ¿Por qué no aceptas mi parabien con tanta alegría como otras veces?—En esta ocasion te has granjeado para mí una gratitud mas merecida que nunca, porque en efecto me has prestado un gran servicio...

De repente sonó un laud acompañando á una voz dulce, argentina y melodiosa como el suspiro de las brisas entre las flores. Gudila se separó rápidamente de su escudero y se encaminó hácia el sitio en donde sonaba tan encantada y angélica armonía. Es imposible describir la emocion profunda que en el feroz Eulogio produjo aquella voz misteriosa. Confuso, estupefacto, inmóvil, permaneció Eulogio durante largo tiempo sin saber qué pensar de aquella estraordinaria aventura. Entre las personas que habitaban la Torre del Heredero no podia imaginar hubiese quien tan tierna y melancólicamente cantase. Poco á poco la música se fué perdiendo en el espacio como el sollozante murmurio de una fuente, hasta que por último se estinguió del todo. Eulogio era un hombre ignorante, pero de buen sentido; habia tenido la desgracia de nacer siervo de un señor godo que tenia sobre él ilimitados derechos, y por complacer á su amo habia cometido espantosos crímenes. Otro móvil tambien le habia impulsado además de la obediencia y casi sagrado respeto del siervo hácia su señor. Amaba á Flor del Valle, y por llegar algun dia á ser su esposo, por ofrecerle algunas comodidades, por satisfacer sus caprichos, por engalanar su cuerpo gentil con los mas preciosos trages que jamás hubiera usado ninguna de las zagalas de aquellos contornos, Eulogio se habia convertido en pérfido agente de las inicuas tramas de Gudila á trueque de que éste pudiese colmar de oro la medida de su avaricia. Y efectivamente habia conseguido su

intento con inaudita fortuna. En cierto lugar apartado de la Torre del Heredero, Eulogio tenia oculta una suma considerable. Aquella suma era el precio de la sangre que en diversas ocasiones habia derramado por satisfacer los deseos de su señor.

Fácil es de conocer que entre Gudila y su siervo Eulogio existian terribles misterios de cuyo silencio respondia su complicidad mútua, la complicidad del crímen. Nunca el escudero habia tratado de discutirse á sí mismo el derecho sin límites que sobre su voluntad y su brazo ejercia y habia ejercido siempre su señor, el alto y poderoso conde Gudila. Eulogio, tan fuerte, tan vigoroso y tan astuto, creia como cosa la mas natural, el que su señor dispusiese de su fuerza y de su astucia como disponia el caballero de su espada y el verdugo de su hacha. Por la primera vez de su vida habia pensado la noche anterior antes y despues de su horrible sueño en el subterráneo, que cualesquiera que fuesen los derechos de su amo, jamás podian estenderse á ordenarle que fuese criminal, tiranizando así su conciencia y su pensamiento. ¡Tan cierto es que las verdaderas y capitales nociones del bien y el mal nunca llegan á estinguirse en el hombre! Sobre la costumbre, sobre el dominio, y aun sobre la ignorancia misma, está el remordimiento, esa voz misteriosa é indeleble que aprueba y condena, si bien esta voz modula sus acentos segun la capacidad del ser que piensa y siente, y el hombre, por abyecto que sea, jamás deja de sentir y de pensar.

Aquella misma mañana el arrepentido Eulogio habia escuchado de boca del ermitaño consoladoras palabras que habian derramado sobre las llagas de su corazon un bálsamo suave.

Pero la desgracia le perseguia. Cuando ya contento, satisfecho y tranquilo se volvia hácia la Torre del Heredero con la intencion tal vez de llevar á cabo un proyecto digno y reparador, supo de boca de Guisinda que su amada Flor del Valle habia desaparecido de su apacible vivienda, huyendo con un apuesto galan. Antes de recibir semejante noticia su alma se asemejaba á las tranquilas aguas de un lago cristalino, porque el buen ermitaño le habia hecho comprender que tan solo su señor tenia

la culpa de los horrores é inquietudes de su conciencia, habiéndole amonestado para en lo sucesivo que se abstuviése de secundar los infames proyectos de su amo, aunque le costase la vida. Todas estas buenas disposiciones se habian disipado con la misma velocidad que en el otoño dispersa el huracan las hojas secas del bosque, al saber la infidelidad de su amada. ¡Padecia tan horriblemente el infeliz! Las sospechas revolaban en torno de sus ojos desencajados, el dolor torturaba su pecho, y una ansiedad desconocida le oprimia y le ahogaba. Un hombre á quien hubiesen enterrado durante un letargo profundo, y que despues hubiese vuelto en sí en su sepultura, no esperimentaria una tristeza y desconsuelo comparables á lo que sentia el infeliz amante. Eulogio, segun la comparacion del Profeta, era el pastor despojado de su rebaño, y á quien por último le habian robado su única oveja, y en verdad que nadie hubiera podido contemplar indiferente aquel semblante feroz, cubierto ahora de amargura y lágrimas. El escudero huyó de la estancia de Gudila, y se encaminó en busca de Dulcidio, que parecia mas triste y ceñudo aun que de costumbre. Ambos comieron silenciosos como si cada cual se ocupase de profundas reflexiones. Pero la preocupacion era mas evidente y fácil de notar en nuestro conturbado Eulogio. Cuando ambos terminaron su frugal comida, ya el sol comenzaba á declinar. Súbito los ojos del escudero se animaron con un brillo sombrío como una llamarada del infierno, apretó sus puños convulsivamente, su respiracion se hizo difícil, y llevó una de sus manos á la frente como para ahuyentar un pensamiento desgarrador. El hombre, sin embargo, puede desechar mejor sus ilusiones risueñas que sus pensamientos roedores, fantasmas de sangre que se sientan en su espíritu y que no puede alejar su voluntad impotente. Los recuerdos desconsoladores persiguen á los humanos con la misma tenacidad que la sombra sigue al cuerpo. El infeliz Eulogio recordó que la mendiga de la Cueva de los Suspiros le habia indicado que Flor del Valle se alejó de su cabaña en compañía de su amado hácia la Torre del Heredero. Nunca pudo sospechar que dentro de aquella mansion se encontrase la zagala; si bien aquella melodiosa voz no le dejaba duda alguna de la

verdad. Pero hay verdades tan crueles que el hombre procura convencerse de que son ilusiones. Así sucedió á Eulogio, que se habia creido víctima de una engañosa pesadilla hasta aquel momento en que sacudió su altiva cabeza como para resistir el golpe inevitable de su propio convencimiento.

Como el toro aguijado por los tábanos en la primavera, se encaminó el escudero veloz y furioso á la estancia de su señor. ¡Qué espectáculo se presentó á sus ojos! Sus rodillas temblaron, cerró sus ojos para no ver durante algunos momentos, una palidez mortal se difundió por su semblante, y sus labios murmuraron una blasfemia horrible. ¡Pobre Eulogio! ¡Cuánto mas no le valiera haberse quedado ciego! El infeliz amante descubrió en un mismo lecho á Flor del Valle y á Gudila. Ambos estaban dormidos, y en sus descuidados semblantes podian leerse las dulces fatigas de sus placenteros coloquios. Junto al suntuoso lecho se veía el laud, al son del cual la encantadora y pérfida zagala habia entonado algunas horas antes su cancion de amores. Ya hemos dicho que el desventurado Eulogio habia reconocido aquella dulce voz; pero hasta entonces las sospechas y el respeto habian luchado en su corazon como vientos encontrados sin atreverse á salir de la duda, que era un tormento cruel; pero hay tambien realidades mas crueles todavía. Y así lo conoció el afligido amante, que mas hubiera preferido quedarse con sus sospechas é incertidumbre, que no haber satisfecho su curiosidad insensata. ¿Quién podrá pintar lo que sintió el desdeñado Eulogio al contemplar semejante espectáculo? Solamente algunos maridos desgraciados y curiosos podrán comprenderlo. La desnuda garganta de alabastro, la hermosa y negra cabellera esparcida sobre sus hombros de contornos ideales, los torneados brazos de la pulida zagala, que estrechaban el cuerpo de Gudila, todo esto apareció ante sus ojos como una vision del infierno. Fuera de si el terrible y gigantesco Eulogio, echó mano á su espada, y ya se disponia á atravesar el corazon de la amorosa pareja, cuando la hermosa Flor del Valle abrió sus negros y rasgados ojos, y exhaló un grito espantoso. Despertóse Gudila, y viendo cerca de si con la espada desnuda á su terrible escudero, esclamó:

—¿Qué vas ha hacer, miserable? ¿Te atreverás acaso á poner las manos en tu señor natural?

—¡Señor! ¡Señor! gritó el afligido escudero, habeis sido un infame para con vuestro leal servidor. Habeis descubierto mi tesoro, me lo habeis robabo... ¡Ah! ¡Bien lo sospechaba yo!... Creí aquel dia funesto que no habiais reparado en las señas que le hice á esa mujer infame desde la Cueva de los Suspiros, y ahora comprendo que supisteis disimular lo bastante para engañar al que siempre os ha servido lealmente...

—¿Y por ventura ignoras que tengo derecho para disponer de todo cuanto te pertenezca?

—¡Ah! Podeis disponer de mi brazo como de un instrumento de crímen; pero sobre mi amor... ¡Mi amor! ¡Ah! Vais á morir á mis manos lo mismo que esa ruin mujer que se ha dejado seducir por vuestras riquezas...

—¡Miserable! gritó Gudila furioso empuñando su espada. ¿Has olvidado que en este mismo instante puedo mandarte colgar de un árbol? ¿Así se rebela el siervo contra su señor? Sal de aqui inmediatamente.

Es tal en el hombre la fuerza de la costumbre y el envilecimiento de la obediencia, que Eulogio, tan esforzado como cruelmente ofendido, tembló delante de Gudila, cuya imperiosa voz podia disponer á su antojo de la vida de su escudero. Delante de su señor no podia el siervo hacer otra cosa sino temblar.

Hubo un momento de silencio. Eulogio estaba aterrado, amarillo, confuso, aturdido como el hombre que se despierta á los gritos de los ladrones y al chasquido del incendio que asaltan su casa. Gudila señalaba á su escudero la puerta con ademan imperioso para que al punto saliese de la estancia. Por último, Eulogio levantó su cabeza, un brillo siniestro resplandeció en sus ojos de tigre, y se alejó lentamente.

La hermosa Flor del Valle estaba casi desmayada, se habia cubierto el rostro con ambas manos para sustraerse á las miradas de su desdeñado amante, y solo despues que Gudila le hubo manifestado su ausencia, volvió en sí la veleidosa y pulida zagala. Eulogio entre tanto era presa de la mas horrible agita-

cion. Como Orestes poseido por las furias, se encaminó á los sitios mas apartados de la solitaria torre; pero ¡ay! corria como el ciervo herido que lleva clavado el cruel arpon, y que en vano se revuelca en el arroyuelo. El dolor crece cada vez mas, y la herida es incurable. En el huerto que ya en otra ocasion le hemos visto atravesar, habia un bosquecillo de sauces y cipreses, árboles tristes que conmovidos por las brisas de la tarde parecian tomar parte en su dolor, del cual eran mudos testigos.

Allí junto al tronco de un árbol sentado el triste escudero, pensaba en su amarga suerte y elevaba al cielo sus ojos preñados de lágrimas. El dolor que esperimentaba era de tal naturaleza, que aun ni en la mas cruel venganza podia encontrar remedio. ¿Quién basta á consolar á un corazon enamorado que para siempre mira perdido el tesoro de su amor? Tales heridas no pueden curarse, porque los hechos consumados tienen una fuerza solamente comparable á la fuerza de la Divinidad. Aunque Flor del Valle ahora se arrojase á sus piés y le declarase un amor el mas ardiente, ¿era por ventura posible que su espíritu se convenciese? la situacion del desdichado escudero era de esa clase de dolores que parecen abortados por el infierno, profundos, inmensos é irremediables.

El delirio derramaba en torno de su frente mil espantosas visiones. Le parecia ver un mónstruo horrible con cien alas y cien ojos; su lengua era una serpiente, sus palabras se convertian en saetas emponzoñadas que atravesaban su corazon. Y era lo mas cruel que aquel hombre sencillo, pero enérgico y confiado, habia puesto todo su amor, toda su esperanza, toda su dicha en la pérfida zagala. Ahora aborrecia á todas las mujeres, porque á todas las mujeres habia amado al amar á Flor del Valle.—El mónstruo cada vez mas se le acercaba y le oprimia y le causaba inesplicable espanto.—Aquella garganta desnuda, aquel sueño de placer, aquellos arrebatos de amor que habia leido en el semblante de su amada, no podian borrarse de su memoria. El mónstruo horrible solo existia en su imaginacion fogosa, era la imágen de sus celos que desgarraban su corazon como encarnizados buitros, y veia cosas que tal vez no habrian existido, pero que llenaban su alma de una amargura inconcebible

Súbito creyó ver á una doncella pálida, triste, hermosa y dolorida como el rayo del sol poniente sobre una tumba. Aquella jóven llevaba escrita sobre su frente una palabra consoladora para su espíritu como la lluvia para los campos abrasados, pero á la vez triste como la noche en el desierto para el caminante. Llamábase *Resignacion*, y por espacio de alguno minutos el indomable escudero derramó un llanto amargo que contrastaba singularmente con su fiereza. Pero de pronto sus ojos parecieron distinguir á una jóven alta, robusta, de frente deprimida, ásperos cabellos, ojos sanguinolentos, boca ferozmente entreabierta, y que llevaba en una mano una tea encendida y en la otra un agudo y reluciente puñal. Era la *Venganza*, que se presentó ante el celoso amante como el único manantial de su consuelo. Y corria de una parte á otra insensato, loco, furioso y rugiente como el fiero leon mira y recorre las tapias, las rejas, los escondrijos de su jaula cuando arrancado del Líbico desierto se ve aprisionado por la primera vez. Del mismo modo el alma indomable y rencorosa del desdeñado Eulogio revolvia dentro de sí misma todos los medios posibles para saciar la idrópica sed de su vengativo furor, llama infernal que devoraba todo su ser; pero á cuyo resplandor trémulo y rojizo buscaba ansioso en las concavidades de su pensamiento todas las armas, todos los secretos, todas las palabras que pudiesen herir de muerte á su odioso señor, al pérfido y ruin Gudila. De repente sintió ruido de pasos junto á sí, y volviendo el rostro, vió cerca de él al buen Dulcidio, que le contemplaba inmóvil y con ademan dolorido.

—¿Qué es lo que pasa por tí? preguntó el monge.

—¡Oh! No me preguntes... El demonio se ha apoderado de mi alma.

—¿Te ha envuelto el señor en algun nuevo crimen?

—Nuestro señor es el mas vil de los hombres.

—Tú no lo sabes tan bien como yo.

—¡Ojalá que no lo supiera!

—Yo he adivinado todos tus pesares; pero el dia de la venganza llegará para tí, buen Eulogio.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Que el amo temblará al comunicarle un espantoso secreto acerca de esa jóven que ha encerrado hoy en su propia habitacion.

—¡Ah! Querido Dulcidio, yo espero que me lo dirás todo.

—¡Es una historia tan espantosa!... Parece que Dios ha lanzado su maldicion sobre algunas razas... ¿Por qué permite el Altísimo que haya siervos y señores?... Pero una vez que su divina sabiduría así lo ha dispuesto, será porque nos convenga. Nada sucede sin su voluntad suprema, las hojas que se mueven en el árbol están sujetas á su voluntad omnipotente, lo mismo que las tempestades que braman en el Océano...

—¿Y me quieres referir esa historia?

—Te vas á espantar de oirla. Es un tejido de horrorosos crímenes.

—¿Conoces tal vez á Flor del Valle?

—¡Infeliz! Esa era tu amada, que ahora duerme en brazos de nuestro buen señor.

Eulogio palideció hasta ponerse verdinegro.

—¡Oh! yo me vengaré, balbuceó el terrible escudero con voz ronca.

—Sí, nos vengaremos; pero sin derramar sangre.

—¿Pues cómo?

—Haciéndole saber á Gudila quién es esa pobre mujer que te ha arrebatado.

—¿Y entonces?...

—Maldecirá hasta la hora en que nació.

—Tú le juzgas por tu buen corazon, Dulcidio, pero te equivocas. El vil Gudila ni retrocede ni tiembla ante ningun crímen, por espantoso que sea.

—No importa, Eulogio. Hay crímenes tan horribles, que hacen temblar hasta á las mismas rocas. Y además, el cielo mismo parece que toma parte en nuestra venganza.

—¿Qué quieres decir?

Dulcidio asió de la mano al ascudero, y conduciéndolo al parage mas lúgubre y solitario de aquel bosque de cipreses, le enseñó una fosa recien abierta. Junto á la fosa habia un atahud.

—Esplícame, Dulcidio, este misterio.

El monge, sin hablar una palabra, levantó la tapa del atahud, y al pálido fulgor de la luna que comenzaba á levantarse en el azul del cielo, pudieron distingüir heladas por la muerte las facciones de un anciano, en quien reconoció Eulogio á uno de los dos prisioneros á los cuales cuidaba de llevar provisiones.

—No ha podido pasar el invierno. El frio, la desnudez y el hambre le han quitado la vida. Anoche, añadió Eulogio, empezó á comer con ansia, y mientras temblaba de frio me decia: «Tengo hambre, mucha hambre.» ¡Infeliz anciano!

—Tambien ha sido un gran criminal, y al fin...

—¿Pero cuál es esa venganza de que me hablas? interrumpió Eulogio.

—¡Mira qué contraste! esclamó el buen Dulcidio con voz doliente. Mientras que el infame Gudila se entregaba á sus placeres criminales, este infeliz exhalaba el último suspiro. ¡Qué horror!. ¡Dios mio! ¡Qué horror!

—¿Y eso te sorprende? Demasiado bien sabe el señor que este pobre anciano debia morir muy pronto con el trato que hacia darle.

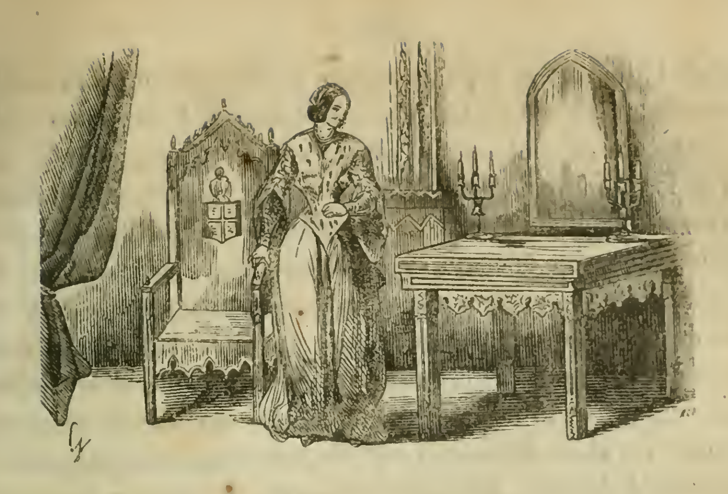
—Pues así ha vivido diez años.

—¡De veras! ¡Qué infamia!

—¿No te ha dicho nunca el señor quién era este anciano?

—Nunca me ha hecho tal revelacion. Ya sabes que yo nací en el castillo que el amo posee en las inmediaciones de Toledo, y que solo hace cuatro años vine á este sitio por la primera vez... Por lo demás, sí me parece haber notado que el señor se estremecia espantosamente siempre que me hablaba de este prisionero.—Mas no olvides, buen Dulcidio, que me importa poco todo, menos la venganza de que me has hablado.

—Para ello es preciso revelarte grandes misterios que únicamente yo puedo decirte.—Ven conmigo, Eulogio, y sabrás una historia terrible.



CAPITULO XXXVII.

SERVIDUMBRE Y FEUDALISMO.

La noche habia estendido completamente su manto de estrellas sobre el callado universo. En un sitio apartado y sombrío se encontraban dos hombres. Eran Dulcidio y Eulogio. Ambos estaban sentados en un poyo de piedra entre fúnebres cipreses. La luna se destacaba en el límpido azul de los cielos derramando sus rayos de plata por entre los árboles á la manera que se irradia la luz de una antorcha al través de un negro crespon.

El buen Dulcidio tenia la actitud de un hombre que procura evocar lejanos y dolorosos recuerdos, mientras que Eulogio, imágen de la mas reconcentrada desesperacion, aguardaba con gesto sombrío, torvo y amenazador, el relato del monge, que al cabo de algunos momentos de honda meditacion dió comienzo á su historia de la siguiente manera:

—Los bienes terrenales son la verdadera maldicion de Dios: el ánsia de poseer es el origen de los crímenes mas espantosos. No hay parentesco alguno, no hay lazo, no hay amistad, por estrecha, solemne y sagrada que sea, que resista á la tentacion

cuando la hidrópica avaricia asienta su trono en el corazon de los mortales. La sed de riquezas y dominio es la manzana de la discordia que el cielo arrojó sobre la tierra para probar la virtud de los hombres.—Hace ciento veinte y cuatro años y algunos meses habitaba esta solitaria torre el conde Hilperico. Era este un venerable anciano, y tenia dos hijos, en los cuales cifraba el consuelo y esperanza de su vejez. El mayor estaba dotado de maravillosa hermosura y de un valor digno de su ilustre estirpe, empero el orgullo y la envidia se dividian su corazon. ¡Tan cierto es que muchas veces un cuerpo hermoso encubre un alma disforme y vil! Su valor era semejante al ímpetu brutal del toro. Llamábase Ricardo, y jamás la luz de la inteligencia habia iluminado su cerebro; en cambio su fuerza era colosal y comparable á la de Hércules. Sin embargo, sus instintos eran generosos, jamás la cobardía ni la traicion se habian albergado en su pecho. Amaba á su padre con ciega idolatría, y le respetaba como el siervo á su señor. Su única delicia la cifraba en besar la frente venerable del anciano Hilperico. El deseo de buscar aventuras y satisfacer su bravío y belicoso ardimiento le condujo á la guerra que á la sazon sostenian los godos en la Tingitania contra los antiguos Numidas. Tambien el amor de una esclava, nacida en Tingis, de origen gótico y bella como la aurora, le habia impulsado á emprender hazañosos hechos. Ricardo, á fuerza de valor y fama, queria merecer y alcanzar el cariño de aquella hermosa mujer, que ahora sufria el peso de la esclavitud de un príncipe africano; pero realmente la esclava era la princesa, pues que su señor se habia enamorado de ella con una pasion frenética.

El hermano menor era disforme, pequeño, débil, tuerto, cobarde, pero astuto y lleno de inteligencia y de ambicion. A pesar de su deformidad y cobardía, habia logrado casarse con una hermosa doncella de raza española, si bien de noble orígen.—Llamábase Gumersindo, y no le cedia á su hermano en cuanto al afan de mando y de riquezas. Este funesto deseo que á todas horas le roia las entrañas, era todavía mas violento desde que habia sido padre. A la sazon Gumersindo tenia dos hijos pequeños, y vivia con la esperanza de heredar todos los estados

de su padre, porque despues de muchos años no habia aparecido Ricardo, á quien ya creían muerto.

Pero sucedió que cuando menos lo esperaban vino su hermano mayor, á quien recibió su anciano padre con muestras del mas indecible regocijo. Su hermano, por el contrario, se afligió sobremanera reconociendo la imposibilidad de que sus esperanzas se realizasen; puesto que el heredero de todos los estados de su padre no podia menos de serlo su hermano Ricardo. No obstante, los dominios y feudos de Hilperico no eran lo que mas apetecian sus hijos. Hablábase de que el anciano poseía ocultos en un lugar apartado inmensos tesoros, y los hijos aspiraban á la posesion de tantas riquezas, deseando trasladar su residencia á la opulenta ciudad de Toledo, corte á la sazon de los reyes godos.

Ricardo poco tiempo despues de su llegada á esta torre se volvió triste y sombrío. El amor, pero un amor impuro y satánico, era la causa de su tristeza. Habia dejado en Toledo á su amada, á la cual habia prometido ir á verla dentro de pocos meses. Una tarde habia salido Ricardo á dar un paseo, cuando se encontró á un mensagero que debia ser portador de muy malas nuevas. El recien llegado era un escudero que Ricardo habia dejado en la corte con el encargo especial de vigilar á su bella esclava. ¡Ay! Su amada á la sazon estaba perdidamente enamorada de Zoilo, griego de orígen y capitan valeroso y estimado del rey Liuva II, que lo hizo su favorito y le habia colmado de honores y riquezas.

Era la antigua esclava del africano una mujer de hermosura incomparable, astuta como una serpiente, voluptuosa como una Mesalina, ambiciosa como Cleopatra, pérfida como Judas, insensible como un mármol á las dulces emociones, mudable como la Fortuna, turbulenta como la juventud y avariciosa como la vejez.—Harto bien conoció Ricardo que las riquezas de Zoilo eran su mas poderoso rival, pues por esperiencia propia sabia hasta qué punto Eulalia (este era su nombre) amaba el lujo y esplendor de la fastuosa corte de los reyes godos. Pero en vez de mirar con el desprecio que se merecia á semejante mujer, el infeliz Ricardo comenzó á sentir con toda su dolorosa energía el

torcedor de los celos. Y convencido de que á fuerza de tesoros lograria infaliblemente reconquistar el corazon de la pérfida, se volvió á esta torre, buscó á su padre y le rogó se sirviese entregarle un número considerable de libras de oro.

No se le ocultó á Hilperico la causa de semejante peticion, pues por algunos antiguos amigos que aun conservaba en Toledo, habia tenido ocasion de saber los estravíos de su hijo, si bien nunca podia sospechar hasta qué punto la infame aventurera habia esclavizado y envilecido el corazon de Ricardo. Como era natural, el viejo se negó á tal peticion, y aun reconvino ásperamente al jóven tanto por su despilfarro cuanto por la inoportuna resolucion que acababa de manifestarle de ausentarse aquel mismo dia de esta morada.—Ricardo, lleno de celos, anhelando marchar sin perder un instante á la corte, loco de desesperacion, pidió, instó, suplicó y lloró á los piés de su anciano padre; pero este permaneció inflexible.

Ricardo se levantó de pronto, se alejó de la presencia de Hilperico sin pronunciar una sola palabra, y se encerró en su aposento para meditar el proyecto mas horrible que jamás pudo concebir un mortal. El prudente anciano por su parte tomó todas sus disposiciones para evitar que su hijo se ausentase, previniendo á sus servidores que le impidiesen la salida, caso de que su hijo intentase partir de esta torre. Desde la llegada de su hermano, se habia vuelto Gumersindo mas que nunca uraño y taciturno. A la sazon se encontraba en su aposento paseándose como un hombre agitado por las furias.

—¡Oh! esclamaba. Este es el suplicio de Tántalo... Soñar riquezas y tesoros, altos puestos en la corte... ¡y nunca, nunca poder alcanzarlos! ¿De qué sirven mis deseos, qué vale mi voluntad, si los obstáculos son insuperables? Todas mis esperanzas se han desvanecido, mi hermano ha vuelto, mi ambicion ya nunca se verá satisfecha, yo seré siempre hijo de un gran señor godo; pero hijo segundo y reducido á implorar la caridad de mi primogénito... Y mis hijos vivirán siempre pobres y oscuros, mientras que los hijos de mi hermano serán opulentos señores... Las avecillas del cielo, las fieras del bosque, los peces del mar y los reptiles é insectos de la tierra son mas justos

y felices que los hombres. Aquellos dejan á sus hijos, por numerosos que sean, la misma cantidad de aire, de luz, de tierra y agua, en tanto que el hombre, la mas soberbia y criminal de las criaturas, dispone esclusivamente al morir de lo que acaso no le ha correspondido durante su vida, en favor de uno de sus hijos, dejando á los otros sumidos en el duelo y la horfandad... ¿Y tendrán que ceder mis deseos, esa fuerza inmensa que hierve en mi cerebro y late en mi corazon? Mi pensamiento se agita como un torbellino, corre veloz como el rayo, y dentro de mí mismo restalla como el fragor de cien tormentas... Y sin embargo, este volcan que arde en mi frente, y que tendria bastante fuego para incendiar el universo, esta voluntad grande, inmensa, infinita como mi alma, que ante nada cede, que todo lo desafía, que el crímen no le espanta y á la que no arredra el infierno, ¿será posible que esta fuerza que en mí piensa y desea con tanta energía esté solamente limitada á devorar mi interior? ¿Esta prodigiosa llama no dará nunca luz? ¿Nunca mis deseos y mis ideas se han de convertir en hechos? ¿Por qué mis mas vehementes aspiraciones han de estar siempre confinadas en las regiones de los sueños? ¿Por qué mis delirios no han de ser una verdad? Los deseos, los pensamientos, los sueños, los delirios, todo el mundo interior en que se agita mi ser, ¿es una mentira? ¿El espíritu ha de estar subyugado por la materia? ¡Oh! ¡Sí! ¡Sí! ¿Qué vale mi pensamiento inmenso si mi mano es débil y trémula, é incapaz de remontarse mas arriba de mi cabeza? Y no obstante, mi pensamiento puede concebir la no existencia del tiempo y del espacio, en cuyos límites se halla ahora desterrado... ¿Por qué estoy condenado á la obediencia de un rey, á los mandatos de un padre y al despojo de un hermano? ¿Por qué esa humillante dependencia? Yo he recibido la facultad de pensar tan solamente de Dios; lo que hay en mí de grande, poderoso y sabio, no se lo debo ni al rey, ni á mi padre ni á mi hermano. Ni el rey me conoce, ni cuando yo nací mi padre tuvo ni pudo tener pensamiento de que naciese tal como he nacido. Cualquiera que yo fuese ó hubiese podido ser, mi padre me habria amado del mismo modo; luego mi padre no me ha concedido su amor en virtud de mi propio mérito, por-

que desde que yo nací consideró mi débil cuerpo como á su hijo, como á un producto, como á un resultado de cierta impulsion material que la naturaleza inspira con la misma fuerza que impone la ley de tomar alimento. Una causa ocasional y puramente mecánica fué el orígen de esos deberes sagrados qué dicen deben de mediar entre los padres y los hijos. Pero esta causa ha sido tan fortuita é impremeditada, como el choque del pedernal contra el acero. De este choque brota una chispa. ¿Y se deberá deducir de aquí que ame al pedernal y al acero la centella que de ambos se desprende? No, no, mil veces no. Además, el mundo es injusto, y mi padre ha sido cruel para conmigo. Si la misma causa ha producido á mi hermano, ¿por qué esa preferencia infame? ¿Tengo yo la culpa de háber nacido despues que Ricardo? ¿El sol que hoy ha brillado en el firmamento, es menos esplendoroso que el de ayer?...

—Y tenia mucha razon Gumersindo al pensar así, interrumpió Eulogio.

—¡Cuánto te equivocas! esclamó cariñosamente el sabio Dulcidio!—Aquel hijo cruel, egoista y glacial, consideraba en el hombre la parte mas pura y elevada de su ser, la razon fria, severa, independiente de las leyes de la materia, el espíritu que piensa, pero no el espíritu que siente; y si bajo el primer punto de vista podiá tener algun vislumbre de razon, bajo el segundo aspecto deliraba al mismo tiempo que blasfemaba. Gumersindo no podia ó no queria comprender que el pensamiento no es la única esencia del hombre, que la facultad que conoce es enteramente distinta de la facultad que ama, y que la union del espíritu y la materia es lo que realmente constituye al hombre. Si solo piensa y conoce será un ángel; si solo siente y come será un animal; la union, el íntimo enlace de ambas facultades es lo que hace que el hombre sea...

—Entonces es una contradiccion, interrumpió el escudero.

—¿Y qué es el hombre sino una contradiccion eterna? Pero precisamente en este dualismo es en donde reside su grandeza. Sin esto no habria ni libre albedrio, ni lucha, ni triunfo, ni responsabilidad moral, ni deberes, ni mérito, ni premio, ni castigo, y por último, ni sentimiento. Los dulces afectos que nos

ligan á la vida no existirian ni pudieran existir desde el momento en que el ser humano estuviese destituido de forma esterior, de materia, de cuerpo. El alma que siente es lo infinito que se encierra en lo finito; libre de esta cárcel, el espíritu tan solamente puede conocer causas: he aqui porque Gumersindo era un hombre incompleto, porque era todo inteligencia, y por la misma razon Ricardo era una especie de fiera, porque todo en él se limitaba á la enérgica accion de los instintos animales, de las aspiraciones de la sensacion, de la materia, del cuerpo. Entre los dos hermanos hubiera podido formularse un hombre completo, suponiendo que despues de armonizados sus esfuerzos se dirigiesen constantemente á practicar el bien.—Pero tales como eran, los dos hermanos estaban condenados á ser criminales, pues aunque por diversas sendas, ambos debian encontrarse en el camino del infierno, el uno porque casi solamente pensaba, y el otro porque casi esclusivamente sentia. Ninguno de los dos hermanos podia, no obstante, sustraerse por completo á las leyes del tiempo y del espacio que pesan sobre los mortales como una fatalidad irresistible. Así es que Ricardo, por material y ciegamente impetuosa que fuese su organizacion, no podia menos de conocer sus deberes, porque Dios los ha escrito con caractéres de fuego en el corazon humano.

Gumersindo por su parte era un miserable sofista que trataba de engañarse á si mismo, como lo hace el hombre siempre que trata de cometer un crímen y de acallar los inestinguibles terrores de su conciencia.—Y prueba de ello era que trataba de negar el amor del hijo hácia el padre cuando, acaso á pesar suyo, pensaba enérgicamente en el porvenir y en la suerte de sus propios hijos.—¡Tan mísero es el hombre, que á cada instante se contradice y pretende engañarse á si propio! Nunca desplega mas astucia que cuando intenta seducirse.

Gumersindo, esperimentando una brusca transicion en sus ideas, continuó:

—¡Oh! Es muy mezquino ser hombre... Era preciso ser Dios, y entonces mi espíritu gigante pudiera aniquilar los imposibles que la fatalidad nos forja, esos hierros inflexibles, ante los cuales nuestra voluntad se inclina jadeante, espumosa é impoten-

te como el leon se deja caer agobiado por la fiebre, lanzando rugidos lastimeros, al pié de la inquebrantable reja que le aprisiona. Nuestro pensamiento se ve encadenado por una fuerza irresistible, así como el Océano llora en su mugir el oprobio de verse encadenado con arena... No obstante... conociendo la causa de los obstáculos no será imposible superarlos... ¡Oh! La inteligencia es un don magnífico... ¿Qué le importa á Dios que yo la encamine hácia el bien ó hácia el mal? ¿No soy yo libre por ventura?... Además, lo bueno y lo malo... es una fraseologia que no comprendo. ¿Qué significan esas palabras vacías de sentido?... Yo siempre debo buscar el bien... para mí. Por lo tanto, aunque yo robára, esto no sería provechoso para el robado; pero respecto al ladron resulta siempre un beneficio. ¡Esto es innegable!

Pronunció Gumersindo sus últimas palabras como un filósofo que hace un argumento de cuya verdad y triunfo no duda un solo instante.

Luego añadió:

—Pero los sentimientos... ¡Locura!... Sí, sí... Mis deseos se cumplirán... El hombre es tan poderoso, que todo en sus manos debe convertirse en un instrumento conveniente para llevar á cabo su obra... Las pasiones, la fuerza, el valor, la luz y las tinieblas, todo debe utilizarse para realizar mis pensamientos. El mundo es el grande almacen de las herramientas del alma, hasta la vida y la muerte pueden servir á los intentos del hombre... Yo necesito matar, y... mataré.

Y examinando la hoja de su puñal, salió de su estancia y se perdió en las oscuras galerías de la torre como un genio infernal.

Entre tanto, la noche y el silencio envolvian esta mansion, el anciano Hilperico se habia ya recogido en su lecho. El aposento estaba pálidamente iluminado por una lamparilla que pendia del centro de la maciza bóveda. La puerta estaba entornada, y dentro del aposento solamente podia oirse la tranquila respiracion del anciano y el chisporroteo de la trémula luz que de vez en cuando se agitaba con la desesperacion de la agonía.

De pronto la puerta se abrió lenta y recatadamente, y apa-

reció una figura que se adelantó hácia el lecho de Hilperico con paso silencioso como la muerte. Aquella figura llevaba en la mano un puñal que relucia á los rayos de la vacilante luz como una víbora al sol. Aquel hombre, conteniendo la respiracion, la faz torva y lívida, los ojos desencajados, y con la boca entreabierta, se detuvo á la cabecera del lecho y fijó en el anciano una mirada imposible de describir. Largo rato permaneció en esta actitud como si encontrados pensamientos batallasen en su alma. El ángel bueno y el ángel malo, el crímen y la virtud se disputaban tenazmente el triunfo.—El buen anciano dormia tranquilamente, y en la apacible espresion de su rostro era fácil leer el sueño del justo. Su aspecto era venerable y parecido á los santos del cielo. No era posible contemplar aquel sueño tranquilo, aquellos cabellos blancos, aquella espaciosa y serena frente, sin esperimentar un sentimiento profundo de veneracion y respeto. A la sazon el anciano estaba soñando, y sus labios murmuraban algunas palabras que fácilmente podia escuchar la fatídica figura que le contemplaba inmóvil y torva.

—¡Hijo mio! murmuraba. ¡Hijo mio! ¡Querido Ricardo! Al fin, despues de tantos años, he conseguido abrazarle... ¡Infeliz! ¡Cuánto padece!... Pero yo no quiero que se separe de mi lado...

El que estaba á la cabecera de su lecho lanzó un prolongado gemido, y una llama infernal brilló en sus ojos. La lucha terminó al fin; Ricardo asestó una furiosa puñalada sobre el pecho de su anciano padre. El ángel malo habia vencido, el infeliz Hilperico exhaló un grito desgarrador, clavó una mirada de inefable ternura en su hijo, é inclinó su venerable cabeza repitiendo con un acento en estremo dulce y cariñoso:

—Que Dios te perdone, hijo mio, como yo te perdono. ¡Infeliz! ¡Cuán desgraciado eres! Tus pasiones desenfrenadas te conducen...

No pudo acabar el cariñoso padre.

El tenaz, el apasionado, el maldito Ricardo permaneció algun tiempo inmóvil, delirante, loco, insensato, ante el cadáver del anciano Hilperico, que tan inmensa ternura guardaba en su corazon para su hijo parricida.

—¡Oh! murmuró al fin Ricardo.—La herencia, la avaricia, el amor impuro son los demonios que Dios ha enviado al corazon del hombre.

Y despavorido y acosado por los remordimientos se dispuso á salir de la estancia, pero de repente exhaló un grito espantoso. Otro puñal acababa de atravesarle el corazon, como si el ángel de la venganza divina hubiese asistido al horroroso crímen para castigar al culpable. Ricardo cayó cubierto de sangre en la misma estancia de su padre. Gumersindo lo habia observado todo. El hermano menor se habia dirigido al aposento de Ricardo al mismo tiempo que este salia y se encaminaba al del anciano Hilperico. El proyecto del pérfido hermano era dar muerte, cual otro Cain, á Ricardo, proyecto horroroso que al fin logró llevar á cabo. La Providencia ó la fatalidad habia dispuesto que mientras que Ricardo realizaba su espantoso crímen, Gumersindo meditaba dar la muerte á su hermano para ser el único heredero de los bienes y tesoros que al morir podia dejarle su padre. Pero cuando vió el horroroso atentado que acababa de perpetrar Ricardo, sus ojos lanzaron un relámpago de alegria, porque matar á su hermano despues de muerto su padre, era llegar de un solo salto al cumplimiento de sus deseos, á la realizacion de sus mas vehementes aspiraciones.

El anciano Hilperico, en medio de los dolores de su agonía tuvo tiempo de ver el desenlace del terrible crímen que habia seguido á la puñalada mortal conque le habia herido Ricardo. Cuando abrió los ojos haciendo un esfuerzo sobrehumano para dirigir sus últimas palabras á su desgraciado hijo, vió con indecible espanto que al hijo matador de su padre habia seguido el hermano fratricida. El infeliz anciano exhaló un doloroso suspiro, y la pálida muerte entonces cerró para siempre sus ojos á la luz.

—¡Qué horror! esclamó Eulogio al escuchar tan espantosas revelaciones. ¡Infeliz Hilperico!

—Merece nuestra compasion, repuso Dulcidio con acento meláncolico, pero no por eso dejaba de ser un infame...

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Que el anciano Hilperico habia recibido al fin su justo cas-

tigo. La Providencia jamás deja impune ningun delito. El anciano padre de aquellos malvados hijos recibió un castigo horrible de sus crímenes.

—¿Y cuáles habian sido?

—Hilperico en su juventud fué un hombre altivo, feroz, violento, voluptuoso, y prevalido del omnímodo poder que ejercia sobre sus siervos, no encontró freno alguno que pudiese contrarestar el ímpetu salvage de sus pasiones.

—¿Pues qué hizo?

—Yo no sé por qué Dios ha permitido que existan razas condenadas á la mas humillante abyeccion, á la servidumbre mas cruel, á la desgracia mas horrible y á la condicion mas despreciable. ¿No son iguales todos los hombres? ¿Por qué el nacimiento ha de ser la regla y medida de su dominio, de su esplendor y sus riquezas? El rey es hombre, el magnate es hombre, el mendigo es hombre, todos son iguales en la presencia del Señor. No hay grandes ni pequeños para entrar en el reino de los cielos. La grandeza ó la pequeñez consiste solo en las buenas ó malas obras; pero ¡ay! segun las leyes del mundo, los débiles y los desgraciados están sujetos á la esclavitud de los fuertes...

El buen Dulcidio exhaló un doloroso suspiro, elevó sus ojos al cielo tachonado de rutilantes estrellas, y con las manos cruzadas sobre el pecho, parecia pedir al Eterno una mirada de compasion para la triste humanidad, condenada á su destierro en este planeta oscuro tan distante de los refulgentes astros que en el espacio inmenso se ostentan como palacios de oro bruñido, luminosa mansion de la divinidad y de las almas de los justos.

Al cabo el afligido monge anudó su relato y continuó de esta manera:

—Está escrito que el árbol del bien ha de ser muchas veces regado con sangre. Si el hombre no pudiera ser criminal, ¿qué mérito tendria en ser virtuoso? Pero ¡ay! la raza de Adan continuamente se deja vencer del orgullo y la soberbia. Los grandes y los poderosos prefieren á la caridad la servidumbre de sus hermanos, haciendo de la violencia su única ley, inspirada por el demonio.—Cuando era jóven Hilperico, habitaba en esta

torre un anciano siervo que jamás se habia apartado de su señor, y á quien habia servido con la mas acrisolada lealtad, con el mas sincero cariño. Este anciano habia perdido á su esposa en el momento en que esta dió á luz una niña, que andando el tiempo fué un prodigio de hermosura. Llamábase Cixilona, y era de la misma edad que Hilperico, que habiéndose quedado huérfano desde muy niño, fué protegido y guardado por el anciano como un tesoro legado por su antiguo y buen señor. El siervo habia hecho las veces de padre cariñoso para con el jóven huérfano. Este y su compañera de infancia Cixilona corrian juntos por los amenos valles, por los quebrados montes, por las umbrías selvas, y juntos contemplaban los magníficos paisages, los espumosos torrentes, las bellas y alegres auroras engalanadas con su manto de carmin, los melancólicos crepúsculos, las serenas noches y los tranquilos lagos, imágen viva de su sencillez y pureza infantiles. Muy pronto Hilperico dió muestras de un carácter enérgico, valiente, astuto y dominador. Por último, entre ambos jóvenes, á medida que avanzaban en edad, se desenvolvió una pasion inmensa, irresistible, volcánica. Cixilona amaba con delirio al jóven Hilperico, y aun cuando este le correspondia, jamás podian abrigar la esperanza de ser esposos. ¿Cómo era posible que el noble, el apuesto, el poderoso Hilperico diese su mano á la modesta jóven, que era su sierva, y sobre la cual tenia ilimitados derechos? La infeliz doncella no pudo resistir, sin embargo, á la devoradora llama que ardía en su pecho, y accedió, por fin, á las súplicas de su amante. Este se despidió de Cixilona cuando ya estaba en cinta. Hilperico, ansioso de aventuras, devorado por la ambicion, deseoso de brillar en el mundo, aguijado por el ímpetu indomable y ardoroso de su juventud, se encaminó á Toledo, y allí contrajo matrimonio con una noble dama, de singular belleza, y que amaba tiernamente á su jóven y gallardo esposo.—Entre tanto la infeliz Cixilona se vió en el terrible trance de manifestar su deshonra á su anciano y virtuoso padre, quien á los pocos dias murió traspasado de dolor y de vergüenza, conociendo, como conocia, la imposibilidad de una reparacion por parte de su ofensor, que era dueño de sus vidas. La triste Cixilona dió á

luz un hermoso niño, y llena de ternura maternal, cifró en el inocente fruto de sus criminales amores todo su cariño. ¡Cuánto padeció la desdichada y jóven madre cuando volvió á esta torre el pérfido Hilperico con su idolatrada y noble esposa! Y era lo mas cruel que ella, amada en otro tiempo del señor de este castillo, se veía obligada ahora á tributar sus servicios y respetuosas atenciones á su rival, á la esposa de Hilperico, de su señor, del que á su arbitrio podia disponer de su vida y de la de su idolatrado hijo, que lo mismo que su madre era siervo del autor de su existencia. El cruel Hilperico, despues de satisfacer sus criminales deseos, nunca volvió á mirar á la triste Cixilona sino como á su sierva. Nunca le dirigió una palabra de consuelo, jamás besó á su hijo, siempre se manifestó como el opulento, el altivo señor que se desdeña de descender hasta sus súbditos para entablar con ellos diálogos ni familiaridades. ¿Por ventura la raza de los débiles; desgraciados y siervos, es la misma que la de los fuertes, afortunados y libres? ¡Y Dios ha dicho que todos somos hermanos! ¡Míseros mortales! ¡Maldita sea la servidumbre!

—¡Y dices muy bien, Dulcidio! esclamó Eulogio con un entusiasmo que jamás hasta entonces habia podido brillar en su semblante. El escudero necesitaba que otra inteligencia superior á la suya le razonase lo que interiormente sentia. Una vez iluminado por las sabias y bondadosas palabras del monge, Eulogio continuó:—Los siervos son los mas desdichados de los hombres; tus palabras abren mis ojos, todos son iguales en la presencia de Dios, y los súbditos no deben obedecer á sus señores sino en cosas lícitas... ¿Por qué los siervos han de sufrir en silencio con la frente hundida en el polvo los desmanes y afrentas de sus señores? ¡Oh! El dia de la venganza se acerca, y tanta sangre como derráman y tanta infamia como han cometido, caerán sobre su cabeza.

—Sí, sí, los tigres y los leones son menos feroces que Hilperico... Ellos, al menos, aman á sus hijos; pero el antiguo señor de esta torre tan solo vió en su hijo un siervo mas á quien cargar de amargura y de opresion... Pero continuaré mi historia.—El parricida Ricardo cayó bajo el puñal del fratricida

Gumersindo, este heredó todas las riquezas, todos los estados, todos los tesoros de su anciano padre, que al fin recibió un horroroso castigo.—Vivia á la sazon en esta torre el hijo de la desolada Cixilona, la cual habia muerto de dolor y de vergüenza. Pero en véz de maldecir al infame Hilperico, que la habia deshorrado y que tan profundamente habia herido su corazon, la infeliz madre reveló á su hijo que su señor era tambien su padre, y lé aconsejó en su lecho mortuorio que le amase siempre y vigilase por su seguridad como correspondia al que á la vez era siervo é hijo. Juró el virtuoso mancebo cumplir este mandato, y desde entonces se le vió velar constantemente con la lealtad de un perro por la seguridad y buen servicio de su señor, que jamás se dió por entendido de que era su padre.. Igualmente el bondadoso siervo miraba con un cariño fraternal á los hijos de Hilperico. Pero cuánto no padeció el desventurado al sospechar el horroroso crímen cometido en las tinieblas de la noche. Los cuerpos de Hilperico y Ricardo fueron conducidos al subterráneo de la torre por el mismo fratricida. Sin embargo de todas sus precauciones, no pudo evitar Gumersindo que dos personas habitantes de esta torre sospechasen todo lo acaecido. Eran estas el hijo de la desgraciada Cixilona y la esposa de Gumersindo, que se sumergió en el mas profundo desconsuelo desde el instante en que vislumbró el horrendo crímen de su marido. Este, cercado siempre de remordimientos, quiso huir de esta mansion, se fué á vivir á la corte, ocupó altos puestos, dió rienda suelta á la insaciable ambicion que le devoraba, y por último, cansado de los honores y pompas del mundo, cuando el hielo de los años se apoderó de su corazon, un misterioso é irresistible impulso, la fuerza inexorable del destino, le condujo á esta mansion en compañía de su esposa y de sus hijos para pasar en este retiro apacible y silencioso los postrimeros dias de su vida.

Habian transcurrido veinte y cinco años. Una noche Gumersindo se habia recogido en su lecho mas temprano que de costumbre. En el paseo, en la mesa, en todas partes, durante aquel dia se habia manifestado mas que nunca tétrico, inquieto y sombrío. Su esposa entre tanto se habia retirado á otra estan-

cia, en donde, como solia hacerlo casi diariamente, se entregaba á su inconsolable llanto. Gumersindo, atraido por una fuerza inesplicable, tenia el lecho en la misma estancia y en el propio sitio que veinte y cinco años antes lo habia tenido su padre.—La noche avanzaba, la oscuridad crecia, el silencio y la soledad y el sueño parecian habitar en esta torre. Mil negros fantasmas revoloteaban en torno de la frente del criminal, los remordimientos le punzaban, los recuerdos se le aparecian como espectros de lo pasado, y el infeliz Gumersindo hubiera dado sus amadas riquezas por arrancarse la memoria. Al fin sollozando amargamente y con el corazon destrozado, se entregó al sueño, bajo cuyo influjo reparador creia encontrar algun reposo á su cuerpo, alguna tregua á sus pesares.

Aquella noche hacia veinte y cinco años que en aquel mismo sitio su hermano habia dado muerte á su padre, y Gumersindo á su hermano. ¡Cuántos ponzoñosos recuerdos le roian el corazon!

Los dos hijos de Gumersindo, entre tanto, habian crecido y llegado á ser hombres; pero jamás un padre ha tenido dos hijos que se odiasen con tan implacable encarnizamiento como Suintila y Sisenando. Los hijos de Gumersindo estaban dotados de una índole perversa en estremo. Ninguno podia compararse con Abel, ambos eran rencorosos y fieros como Cain. En vano su padre habia tratado varias veces de reconciliar á los dos hermanos; siempre sus diligencias habian sido inútiles, y la desolada madre lloraba en silencio los crímenes del padre y la desavenencia de los hijos.

El crímen envejece y aniquila mas que los años; asi es que Gumersindo habia envejecido prematuramente, de tal manera, que parecia un septuagenario cuando apenas habia cumplido cincuenta años.—En resolucion, debo decirte que no bien aquella noche se hubo dormido el hermano fratricida de Ricardo, cuando penetró en su aposento su hijo mayor Suintila, y perpetró un horrible atentado semejante al que se habia cometido en aquel mismo lugar veinte y cinco años antes. Era precisamente la misma hora en que Hilperico habia exhalado el último aliento bajo el puñal de su hijo Ricardo. Del mismo mo-

do Suintila al terminar su execrable parricidio lanzó un grito espantoso. A su vez el parricida habia caido bajo el puñal fratricida de Sisenando...

—¡Qué horror! esclamó Eulogio, en quien á pesar de su naturaleza ruda y bravía produjo esta narracion un efecto inesplicable.

—La Providencia, continuó Dulcidio, jamás deja impunes tan atroces delitos. El cielo y la tierra se conjuran contra tales mónstruos, y tarde ó temprano el castigo es tan inevitable como terrible. ¡Dios es justo!

—¡Dios es justo! repitió aterrado Eulogio.

—Un hombre de edad madura y de apacible fisonomía observó al cruel Sisenando, que aprovechándose de las tinieblas de la noche condujo secretamente al subterráneo los cadáveres de Gumersindo y de Suintila. Al mismo tiempo se oyeron gritos é imprecaciones, y despues se vió atravesar por los salones del castillo á una mujer desmelenada, lanzando estrepitosos alaridos y repitiendo horribles maldiciones. El hombre procuró ocultarse á la vista de su señor, á quien miraba con un ademan de inefable ternura y compasion. Parecia como si aquel leal servidor viese en Sisenando á un pariente ó á un hijo querido, segun era inmenso el dolor que se pintaba en su semblante. Aquel hombre era el hijo de la desgraciada Cixilona, y por lo tanto hermano de padre del difunto Gumersindo. Y aun cuando este siempre lo trató con increible dureza, el buen Dulcidio (tenia mi mismo nombre) le profesaba un afecto tan desinteresado como profundo, é igualmente á toda la familia de su señor, que tambien era su hermano. La mujer que tan dolorosos y agudos gritos exhalaba era la esposa de Gumersindo, la madre del parricida Suíntila y del fratricida Sisenando.

—¡Pobre madre! esclamó Eulogio enternecido.

—¡Aquella infeliz señora padeció inesplicables amarguras. Habia perdido á su esposo y á su amado hijo Suintila, y todo su cariño debia reconcentrarlo en el hijo que le quedaba; pero su última esperanza, el objeto de su ternura, el consuelo de su vejez era ¡qué horror! el vil Sisenando, matador de Suintila,

que á su vez habia asesinado á su padre. ¡Cuántas veces la triste Clotilde se arrepintió de haber sorprendido aquel horroroso secreto! Acosada por lúgubres presentimientos, se dirigia hácia la estancia de Gumersindo al mismo tiempo precisamente que pudo ser testigo invisible de aquel atroz atentado.—La infeliz madre se encontraba como un náufrago á quien se le arrojára para salvarse un hierro candente. La desdichada sobrevivió muy pocos meses á esta desgracia, y loca de dolor, completamente perdido el juicio; pero rogando incansable al Eterno por el perdon de su hijo entre amargos sollozos, plegarias fervorosas y palabras incoherentes, exhaló el último suspiro.—El cruel Sisenando muy pronto contrajo matrimonio con una noble doncella... ¿Pero á qué he de cansarte con la funesta y enojosa relacion de tanto y tan horrendo crimen?—Baste decirte que los hijos de Sisenando le trataron del mismo modo que él habia tratado á su padre. Y á sus hijos les sucedió lo propio é igualmente á sus nietos. Cada veinte y cinco años esta torre maldita era teatro de un parricidio y de un fratricidio. La fatalidad preparaba de una manera espantosa estos acontecimientos, que se repetian con una regularidad y semejanza tales, que solamente el demonio podia inspirar. En resolucion, el nieto de Gumersindo, á diferencia de todos sus ascendientes, no tuvo mas que un hijo, como si el destino ó la Providencia hubiesen querido romper la horrible é inexorable cadena de crímenes que se habia ido eslabonando hasta entonces como una tradicion del infierno trasmitida de padres á hijos por espacio de un siglo. El padre Theudiselo hace veinte y cinco años cometió el mismo crimen, que parecia un funesto vínculo legado á su familia.

A la sazon contaba su hijo quince años, y estaba ausente en la corte, viviendo en el palacio del rey, y en donde fué íntimo amigo de don Sancho, privado y pariente del último rey de los godos. Diez años despues vino á esta torre un jóven galan, apuesto y hermoso, pero en cuyo semblante era fácil leer la ambicion mas insaciable y la crueldad mas refinada. Un hombre ya de edad madura, y que habia nacido en un castillo que los señores de esta torre poseen en las inmediaciones de Tole-

do, acompañaba al noble paladin. Aquel hombre, como tú, se llamaba Eulogio.

—¡Oh! ¡Era mi padre!

—Justamente.—Aquel desgraciado servidor, acaso seducido por la esperanza de una crecida recompensa, fué cómplice de una horrible maldad. Su jóven señor propinó un narcótico á su padre despues de haber hecho salir de esta mansion, bajo diversos pretestos, á todos los servidores que en ella habitaban. Tu padre y su jóven amo fueron los únicos que se quedaron en la torre, y cuando las tinieblas de la noche envolvieron el mundo, condujeron al infeliz Theudiselo á la prision del subterráneo. Pero su malvado hijo, á fin de que nadie pudiera poseer el horrible secreto de su crímen, dió de puñaladas al infeliz Eulogio, es decir, á tu padre. Uno de los esqueletos que habrás visto en el subterráneo pertenece al autor de tus dias.

—¡Padre mio! ¡Oh! ¡Yo me vengaré de tal manera, que para siempre se acabe esta raza de víboras! esclamó el escudero.

—Tú á la sazon te encontrabas en la corte...

—Y allí supe la muerte de mi padre; pero jamás pude creer que habia sido asesinado.

—Una sola persona fué testigo de este doble crímen.

—¿Quién?

—El nieto de Cixilona, el hijo de Dulcidio, mi amado padre, quien sabiendo por tradicion la malvada índole de los dueños de esta torre, y comprendiendo que el hijo de Theudiselo meditaba alguna horrible maldad cuando procuró quedarse aqui solo con tu padre, se ocultó en el subterráneo, y gracias á esta circunstancia pudo ser testigo de todo lo que acabo de referirte.—El hijo de Theudiselo era Gudila, nuestro actual señor, que desde entonces se convirtió en carcelero de su padre. Al fin tuvo necesidad de ausentarse á la corte, y dejó al mio con el encargo de llevar provisiones al prisionero del subterráneo, comision que mi padre aceptó de muy buena voluntad...

—¿Y cómo tu padre no hizo por librar á Theudiselo, despues de ausente Gudila?

—Mi querido padre tenia sus razones, que tampoco desco-

nocia el hijo de Theudiselo, circunstancia que le movió á fiarse en un todo de su acrisolada lealtad.

—¿Pues no dió muerte á mi padre por no fiarse de él?

—Ahí verás que el astuto Gudila conocia demasiado bien la gente con quien trataba.—Mi padre era de una índole generosa y sencilla, por lo cual puedo asegurarte que se hubiera afligido si nuestro amo actual hubiese asesinado á su padre como todos sus ascendientes lo habian hecho. Pero cuando vió que se limitó solamente á hacer correr la voz de que su padre habia muerto para heredar todas sus riquezas, el mio vió en ello un justo castigo de los crímenes de Theudiselo.

—¿Pues qué hizo?

—El padre de Gudila habia sido el mas infame y ruin de los hombres, pues habia deshonrado á la esposa de su mas leal y humilde servidor, llamado Isidoro. Este era mi padre, á quien Theudiselo envió á la corte con ciertos encargos de gran importancia. Mi padre, muy ageno de la villanía de su señor, que era tambien su deudo, partió muy ufano á cumplir sus órdenes.—En Toledo permaneció cerca de un año; pero cuando volvió á esta torre ¡desgraciado! encontró á su esposa en cinta, y desde entonces tuvieron principio sus amarguras. Mi padre, si bien era de índole apacible y generosa, no pudo, sin embargo, resistir á tan doloroso golpe sin entregarse al mas terrible furor. Su misma esposa le confesó llorando amargamente que habia sido violentada por Theudiselo.

Pocos meses despues mi madre dió á luz una niña hermosa como un sol. Isidoro la cogió de los piés, é iba á estrellarla contra los muros del aposento; pero la inocente esposa saltó del lecho, y cayendo de rodillas ante el irritado Isidoro, logró salvar la prenda de su cariño; pero el celoso marido en aquel instante, comprendiendo que la madre de aquella niña acaso estaba enamorada de su señor, le dió un furioso golpe, de cuyas resultas murió á los pocos dias la infeliz madre. El desdichado Isidoro se arrepintió bien pronto de su arrebato, y entonces cayó en la mas profunda y desalentada melancolía. Desde esta época concibió un odio irreconciliable hácia el vil Theudiselo, que habia cubierto de luto su existencia. Yo á la sazon era niño, y tan solamente sabia llorar por la pérdida de mi adorada madre.

Así pasaron algunos años, durante los cuales viví siempre en compañía de mi hermana.—Mi padre se habia vuelto muy taciturno y sombrío desde la muerte de su esposa, y muchas veces le vi clavar en Theudiselo miradas amenazadoras é impregnadas de odio. En cuanto á mi hermana de madre, cada dia aumentaba en hermosura y en viveza. Isidoro le prodigaba la misma ternura que si realmente fuese su hija.

Ya hacia mucho tiempo que mi padre solia tener frecuentes entrevistas con un pastor de estas sierras, como si entre ambos meditasen algun proyecto. Este pastor era mi tio, hermano de mi desgraciada madre, y habitaba en la cabaña que está situada enfrente de la Cueva de los Suspiros.—Una noche la hermosa niña desapareció y ya no volví mas á verla. Mi padre, conociendo la índole perversa de sus parientes y señores, quiso evitar un crímen semejante al que con su abuela Cixilona cometió Hilperico. La niña fué á habitar en compañía del hermano de mi madre.

—¿Pero ese crímen?... preguntó Eulogio con una ansiedad cruel.

—Ese crímen no ha podido evitarse al fin. Suceden cosas en el mundo que parecen estar predestinadas, y que toda la fuerza de los humanos no basta á evitar.—Mi padre, no obstante, le habia cobrado grande afecto á la hermosa niña, y á fin de que nadie pudiera apercibirse de su paradero, salia todas las noches para verla por una comunicacion que tiene el subterráneo con la Cueva de los Suspiros. Despues de algunos años, como ya te he dicho, una noche llegaron aquí tu padre y Gudila, y encerraron á Theudiselo, ó por mejor decir, le sepultaron vivo. Durante los seis últimos años de su vida, mi padre esperimentó un placer bien triste por cierto, pero harto disculpable, siendo carcelero de Theudiselo, que habia sido el autor de su deshonra, y orígen de la muerte de su esposa querida. En este tiempo murió mi padre, arrancándome en su lecho mortuorio un juramento de odio irreconciliable para con los señores de este castillo. Entonces tambien supe el sitio en que yacía Theudiselo, á quien llevé las provisiones acostumbradas desde que mi padre cayó enfermo. Pero me aconsejó que si el señor de la torre enviaba algun otro servidor, no me diese por entendido

de que yo sabia un secreto que pudiera serme peligroso. La causa de semejante prevencion era que mi padre habia mandado un aviso al señor noticiándole su enfermedad...

—Entonces fué cuando por la primera vez vine á esta torre acompañando á nuestro vil señor. Hace cuatro años que me dió el encargo de que secretamente llevára provisiones todos los dias al prisionero del subterráneo.

—Pero tú no sabes lo que entonces sucedió entre nuestro amo y su padre...

—¿Qué sucedió?

—El vil Gudila, en la misma noche que llegó á esta morada, bajó al subterráneo y se encaminó armado de un puñal hácia su padre con intento de asesinarlo. Gudila creía que Theudiselo estaría dormido; pero con gran sorpresa suya lo encontró despierto, hincado de rodillas y orando fervorosamente. Grande impresion causó este espectáculo en el ánimo de aquel villano hijo. El desgraciado padre, conociendo las intenciones de Gudila, le habló de esta manera: «Hijo mio, eres un mónstruo que al fin encontrarás tu castigo como yo lo he encontrado; conozco cuál ha sido la causa que en las tinieblas de la noche te conduce á esta prision espantosa; pero de rodillas, con lágrimas de sangre, por lo mas sagrado, por el Dios del cielo y de la tierra, yo te ruego encarecidamente, hijo de mi alma, que refrenes tus furores. Si tu intento es heredar mis bienes, ya hace seis años que eres dueño absoluto de ellos. ¡No seas parricida, como yo lo he sido, hijo mio! ¡Tú no sabes cuán horriblemente pesa un crimen tan horrendo en el corazon humano. Por lo demás, yo te prometo, yo te juro no intentar nunca salir de esta horrible y lóbrega prision. Yo sufriré gustoso una existencia tan amarga, siempre que me prometas contener tu bárbaro intento y no manchar ese puñal con la sangre de tu padre. Puedes creer, hijo amado, que no es la vida la que me hace hablarte en estos términos. ¿Por ventura la existencia que aquí arrastro no es mil veces mas cruel que la misma muerte? Pero tiemblo, querido Gudila, de que llegue un dia en que esperimentes los terrores de tu conciencia con la misma fuerza inexorable que yo los estoy esperimentando. No mi interés, no el amor de mí mismo, sino el deseo de tu propio bien, de tu

salvacion eterna es lo que me impulsa á suplicarte encarecidamente que desistas de ser el mas desgraciado de los hombres, porque tarde ó temprano (si llevas á cima tu criminal deseo) maldecirás hasta la hora en que te engendré y en que viniste al mundo... ¡Hijo mio! ¡Hijo de mi alma!... ¡Mira lo que vas á hacer!... Luego no tendrá ya remedio... Ahora aun estás á tiempo... Despues ya será tarde.»

La voz, la actitud, el sitio, las lágrimas de aquel anciano hubieran podido conmover á un tigre. Y en honor de la verdad es preciso decir que el menos criminal de todos sus ascendientes, no obstante sus estravíos, ha sido nuestro amo Gudila, que tembló ante el espantoso crímen que meditaba; su mano abandonó el puñal, y confuso y aturdido se alejó de aquel horrible calabozo. Con un pequeño esfuerzo acaso hubiera podido conseguir ser un buen hijo; pero la maldita ambicion de riquezas, y sobre todo, la fatalidad que pesaba sobre su familia, en la cual los hijos eran los verdugos predestinados de sus padres, le hicieron permanecer insensible á tan elocuentes y sentidas palabras. Estaba escrito que el padre recibiera el castigo que merecia de mano de su hijo, y ya que no fué su asesino se convirtió en su carcelero.

En seguida salió y te dió el encargo de que cuidases á aquel anciano á quien tú no conocias. Yo lo estuve observando todo, oculto en la oscuridad del subterráneo.—Entre tanto el hermano de mi madre tocaba al fin de su existencia. Yo no habia sabido nada respecto á la suerte y paradero de mi hermana. Una tarde recibí un aviso de que me llegára á la cabaña situada en frente de la Cueva de los Suspiros; fui allá y me encontré con el anciano pastor próximo á exhalar el último aliento. Entonces me confió el secreto que yo ignoraba, es decir, que velase constantemente por aquella jóven, que era mi hermana; me contó la historia de su nacimiento, supe que no era hija, como habia creido, de mi padre Isidoro, y desde aquel dia me impuse el deber de velar por ella...

—¿Y supo ella su nacimiento? preguntó vivamente Eulogio.

—Cuando yo entré en la cabaña, la hermosa y afligida pastora se hallaba, como el ángel de los dolores, á la cabecera del moribundo anciano. Pero cuando este trató de hacerme sus re-

velaciones, indicó á su sobrina con un signo que se alejase de allí, de modo que mi hermana ha ignorado siempre su nacimiento, creyéndose huérfana desde niña y recogida por la caridad del anciano pastor... Tú la amaste despues, ella acaso escedió los límites de un amor puro y honesto; pero me lisonjeaba siempre la esperanza de que algun dia seríais esposos... ¡Vana esperanza! Mi hermana, aunque dotada de una belleza angelical, tenia algo de satánico en sus ojos y en su carácter, como si hubiese heredado de su padre la propension al crímen y á los placeres... Ya sabes, lo mismo que yo, cuál ha sido el desenlace de este drama terrible que hace mas de un siglo se representa en esta torre maldita...

—¡Quién lo creyera! ¡Flor del Valle es tu hermana!

—Y la hermana de Gudila.

—¡Oh Dios justo!

—Mi padre, como te he dicho, me exigió el juramento solemne de profesar un odio implacable á los señores de este castillo; pero á pesar de todo, yo no podia menos de amar á Gudila, que al fin es pariente mio, y muchas veces entre el amor que le profesaba y mi juramento de venganza, un vértigo espantoso se apoderaba de todo mi ser, la sombra de Isidoro se me presentaba por un lado fatídica y amenazadora, y por otro, el cariño hácia Gudila me imposibilitaban del todo de cumplir mi promesa.—Yo quiero que tú me ayudes á satisfacer esta venganza, esta noche me he decidido, pues no puedes figurarte la indignacion que me ha causado la seduccion de Flor del Valle y la muerte de Theudiselo. El cadáver que has visto es el suyo...

—¿Y cómo pudiéramos realizar nuestra venganza?

—Gudila no es del todo insensible á los remordimientos, así que convendria revelarle que esa pulida pastora es su hermana.

—¡Oh! murmuró Eulogio con aire sombrio.—¡El asesino de mi padre! ¡El seductor de mi amada!... ¡Yo me vengaré! Yo me vengaré de una manera terrible.

—Pero yo no quiero, Eulogio, que se vierta sangre. ¿Qué mayor venganza que sus propios remordimientos?

—Si, si, repuso el escudero con diabólica sonrisa. Tienes

razon, Dulcidio, yo tampoco deseo derramar sangre... Sin embargo, me parece que para llevar á cima nuestro propósito, convendria que me pusieses por escrito la relacion que acabas de hacerme...

—¿Y qué intentas hacer?

—Yo te lo diré luego.

Despues de una ligera discusion, el monge convino en acceder á los deseos de Eulogio.

—Hé aquí, añadió Dulcidio, la triste historia de una familia de poderosos señores al lado de otra de humildes siervos. Los poderosos han sido criminales, los siervos han sido virtuosos, y sin embargo, ¡cuánto infortunio ha caido sobre nosotros! ¡Dios mio! ¿No tendrán nunca fin las lágrimas del pobre y del débil sobre la tierra? ¿Nunca los hombres se estrecharán las manos con fraternal cariño? ¿Jamás el reino que nos tienes prometido vendrá á nosotros?...

El monge elevó sus ojos al cielo tachonado de estrellas, y la blanca luna iluminó aquel semblante tan pálido y tan noble, en el que brillaban dos lágrimas de fuego.

Al fin, el sabio Dulcidio, con la actitud inspirada de un profeta, esclamó:

—Sí, sí... dia llegará en que los grandes y los pequeños se digan con un placer divino ¡somos hermanos!... ¡Qué ventura, Dios mio! Entonces la tierra nos ofrecerá sus frutos madurados por el ambiente de la inocencia, no habrá crímenes, ni sangre, ni látigos, ni cadenas... ¡No habrá señores ni siervos! Desde el oriente al occidente, desde el septentrion al mediodia, la morada de los hombres se habrá convertido en el verdadero paraiso terrenal de que nos hablan las Escrituras. La raza de Adan, al coger los frutos de bendicion entonará cánticos de alegría, los cielos sonreirán, y el que habita en las alturas se complacerá de su obra, *no se arrepentirá de haber criado al hombre...* ¿Pero adónde me lleva mi delirio? ¡Cuán distantes están aun los dias señalados! ¡Mísera humanidad!... Gime y llora y piensa en Dios, y cree y espera en tu destino... ¡Oh! Todavía tardará siglos la hora de tu emancipacion; pero al fin sonará.

—¡Maldita sea la servidumbre! esclamó Eulogio.

—¡Maldita sea! repitió Dulcidio con voz triste y solemne.



XXXVIII.

EN EL QUE SE REFIERE UNA BUENA OBRA DE UN ESCUDERO.



L monge se encaminó hácia el sitio en que se encontraba el cadáver de Theudiselo, el enemigo de su padre; á quien piadosamente iba á dar sepultura.—Eulogio, por su parte, despues de cambiar algunas palabras con su compañero, desapareció rápidamente y se perdió entre el espeso follage de los cipreses. Sin duda alguna preocupaba su mente una árdua empresa.

Mientras que se escuchaba el ruido sordo y terrible de la tierra que caía sobre el atahud á impulsos del hazadon del caritativo monge, Eulogio penetraba con una antorcha en la mano por los subterráneos de la antigua torre. Fácilmente puede concebirse que se encaminó á la prision en donde ya otra vez hemos tenido ocasion de contemplarle.

Ya era cerca de la media noche.—Eulogio se detuvo delante del torno que habia en la habitacion que ya hemos procurado bosquejar, y despues de poner allí algunas provisiones, comenzó á llamar por su nombre al prisionero. Este no respondia.—Entonces Eulogio comenzó á pasearse por la estancia con ademan profundamente pensativo.

Luego se dirigió á la puerta de la prision, y dijo:

—Señor, vengo á daros libertad.—Levantaos y seguidme.

—¿No me engañas? dijo una voz varonil dentro del calabozo.

—Os digo la verdad.

—Pues abre la puerta.

—Antes, señor, quisiera que me prometiéseis no entregaros á vuestros raptos de furor.

—Ya pasó ese tiempo.

—Prometedme...

—Todo cuanto quieras, nada tienes que temer; abre la puerta, te digo, y está seguro de que no intentaré ahogarte como otras veces.

Obedeció el escudero; pero de pronto este lanzó un grito espantoso.

—¿Qué sucede? preguntó dentro la voz.

—¡Oh! Una aparicion horrible... Mirad... mirad.

Y así diciendo el escudero, que ya habia abierto la puerta, señalaba hácia un grupo compuesto de dos personas.

Es imposible figurarse el efecto que aquella aparicion hizo en Eulogio, que creía que los esqueletos del panteon se habian animado y recorrian en medio de las tinieblas de la noche los húmedos y solitarios antros de aquella torre maldecida.

Lentamente se adelantaban los dos misteriosos personages, uno de los cuales llevaba una lamparilla.

El prisionero estaba en el marco de la puerta, aunque pálido, hermoso como un retrato de Van-Dick.

Tanto Eulogio como el bello encarcelado contemplaban mudos de estupor aquel espectáculo estraordinario. Los dos cambiaron una mirada de asombro. ¿Quiénes eran los temerarios que se atrevian á pisar el recinto de la *Torre del Heredero,* mansion funesta y maldita en toda la comarca? ¿Serían las almas ó las sombras de los padres asesinados, de los hijos parricidas, antiguos señores de aquel castillo?...

De esta manera pensaba el aturdido y supersticioso Eulogio, que se hallaba á la sazon fuertemente preocupado por el recuerdo de la sanguinaria y lúgubre historia que poco antes le habia relatado el buen Dulcidio.—Las dos figuras que tanto pavor infundian al escudero, eran un jóven y una anciana, es decir, el contraste mas *chillon*, la antítesis mas antinómica

que pudiera imaginarse.—El mancebo estaba dotado de un rostro varonil y hermoso, y de una estatura heróica. Pudiera compararse á Ayax Telamon. La anciana, encorvada por el peso de los años, era de mediana estatura, de ojos negros en cuyas pupilas podia sorprenderse alguna vez un brillo siniestro, de nariz pronunciada que indicaba una energía de carácter incontrastable; hondas arrugas surcaban su rostro, y la mano del dolor habia grabado en sus megillas descarnadas una palidez casi cadavérica. Aquellas facciones afiladas, al pálido resplandor de la lamparilla que la anciana llevaba en la mano, tenian en su perfil algo de satánico y rencoroso; pero tambien podia leerse en ellas una amargura íntima, un dolor inconsolable.

El jóven paladin, por el contrario, se adelantaba lleno de vida, audaz, altivo, con la espada desnuda, semejante al dios de la guerra.

Cuando los rayos de ambas luces se confundieron y á su vivo resplandor pudieron reconocerse, los recien venidos y el encarcelado exhalaron un grito de admiracion. Fácilmente habrá reconocido el lector á la mendiga de la Cueva de los Suspiros y al gallardo jóven á quien hemos oido prometer en otra ocasion que á media noche se reunirian en la cueva para penetrar en los subterráneos de la Torre del Heredero.

El jóven que acompañaba á la mendiga contemplaba con estraordinario gozo al triste prisionero. Este le miraba con la misma espresion atónita de un hombre que viese ante sus ojos en cuerpo y alma la persona de un amigo querido á quien hubiese visto exhalar el último suspiro.

—¡No ha muerto! esclamó el prisionero. ¿Es él, ó es su sombra?

—Yo soy, querido Pelayo.

—¡Atanagildo! esclamó el prisionero precipitándose en sus brazos.

—¿Es posible? ¿Al fin vuelvo á verte?—Yo creí que habias espirado á manos de los infieles en aquella horrible noche...

—No estuvo muy distante de suceder lo que imaginabas.

—Yo te vi bañado en sangre...

—Pero los cuidados de mi adorada Rosmunda lograron salvarme.

—¿Y mi hermana? ¿Sabes algo de su suerte?

—¡Tú hermana!... Hace pocos dias estaba buena y feliz en compañía de su esposo Munuza...

—¡Maldicion! esclamó el jóven héroe con un acento que harto daba á entender su dolor y enojo.

—Consuélate, amigo mio, que ya se remediará todo. Vamos á lo que mas nos importa, no tenemos tiempo que perder.

—¿Y cómo has sabido que yo me encontraba aquí?

—Esta buena anciana me lo ha dicho, repuso Atanagildo señalando á la mendiga.

Grande admiracion causaron estas palabras tanto en don Pelayo como en el escudero Eulogio.

—¿Y cómo habeis sabido dónde me tenian encerrado? preguntó don Pelayo atónito.

La anciana se adelantó y dijo:

—Señor, yo andaba errante por estos montes y me habia perdido durante una noche fria y tempestuosa sin tener asilo donde guarecerme. ¡Qué noche, Dios mio! Y no creais que yo sentia esta desgracia por mí misma, no. Lo que sí me traspasaba el corazon, era ver á mi pequeño hijo con el rostro amoratado de frio y casi desfallecido de hambre... Amaneció el nuevo dia nebuloso y sombrío, y me encontré en la cima de un monte desde donde se descubrian las márgenes del rio Sella. Allí permanecí oculta por haber oido un tropel de caballos, presencié el rapto de Gaudiosa y de vuestra hermana, y despues os vi sentado con ademan de desconsuelo, y en verdad que teníais razon para quejaros de vuestra adversa fortuna.—Luego un hombre llegó por detrás, os asestó un furioso golpe, lanzásteis un gemido, vuestro rostro se cubrió de sangre, y por último el asesino, despues de haberos contemplado algunos momentos, pareció conmoverse, os tomó en sus brazos y os condujo á esta torre... El que trató de asesinaros fué este hombre infame.

Y la mendiga, con ademan iracundo, señaló al confuso Eulogio.

Atanagildo crispó los puños de furor, é hizo un movimiento como si quisiese acometer al escudero.

Don Pelayo se sonrió tristemente, y se interpuso como un hombre que toma á otro bajo su proteccion.

—Os ruego, señor, que me perdoneis... Ya os he contado mi triste historia, yo jamás hubiera querido haceros daño; pero yo era un pobre siervo, me mandaban y obedecia... ¡Perdon! Yo os pido perdon de rodillas...

—Yo te perdono, dijo el noble Pelayo levantando al afligido Eulogio.

—Ved, señor, que este miserable os engaña, este es el pérfido agente de todos los malos manejos del vil Gúdila.—Desconfiad de este ruin mal nacido.

Y la méndiga clavó una mirada de repugnancia y desprecio en el escudero.

Pelayo escuchó con disgusto estas palabras.

Atanagildo miraba á todos con la indecision propia de quien no tiene los datos suficientes para formarse una opinion acertada.

—Yo sé á lo que debo atenerme respecto á este desgraciado...

—Veo que os engañais, insistió la anciana. Acaso en este mismo instante nos está vendiendo.

Atanagildo hizo un movimiento que hubiera podido traducirse por estas palabras:

—¿Estaremos seguros?

Y se dirigió á la puerta de la estancia y permaneció allí con la misma actitud de un centinela que recibe la consigna de no permitir el paso á nadie.

Don Pelayo continuó:

—Repito que yo sé lo que debo pensar de este pobre siervo. Es verdad que estuvo en muy poco el que no me hubiese asesinado; pero despues su conducta para conmigo me ha convencido de que otros enemigos mas villanos y ruines eran la causa de mi desdicha...

—¡Ay, señor! Lo confieso... Yo no os conocia sino por vuestra fama; pero á pesar de todo, yo fui cómplice de Berengario, servidor de Gudila, para que os asesinase durante el encuentro de Santa Olalla. Despues sentí grandísimos remor-

dimientos cuando os creía en la eternidad... Yo recibí una emocion agradable en estremo al saber que fué falsa la noticia de vuestra muerte, yo esperimenté lo mismo que esperimentaría un anciano que abrumado por una pesada carga al subir un áspero monte, saliese un robusto mancebo y le ayudase en su penosa tarea. El remordimiento huyó de mi corazon, y la alegría volvió á renacer... Poco á poco, sin embargo, fué debilitándose este sentimiento, y la maldita codicia volvió á tentarme. Además, mi amo, que es un verdadero demonio, el genio del crímen, la personificacion de la astucia, halló medio de interesar mi amor propio para que me lanzase á cierra ojos por la sombría senda del asesinato. ¡Ay de mí! Yo le hice una promesa solemne de asesinaros mientras que él volaba en su caballo hácia el castillo de Pamia en compañía de su amada Gaudiosa...

—¡Ira de Dios! esclamó Pelayo á este recuerdo, pálido como la muerte.

—Perdonadme, señor... Fué tan inmensa mi amargura cuando á consecuencia del villano golpe que os descargué vi vuestro noble rostro cubierto de sangre, que mis remordimientos tornaron á brotar con mas energía, recordé los pasados terrores de mi conciencia, y entonces me propuse lavar mi crímen, aun á costa de mi vida. Secretamente os conduje á esta mansion, yo mismo os curé vuestra herida, procuré ocultaros á las miradas de mi astuto señor, que me habria mandado colgar de una almena si hubiese podido sospechar vuestra existencia, y por último, soporté en silencio vuestros insultos y hasta vuestros golpes... ¡Acordaos, señor, acordaos del dia en que por la primera vez recobrásteis el cabal uso de vuestros sentidos!

—Sí, sí, buen Eulogio, me acuerdo que fuí injusto en mis furiosos arrebatos.

Y Pelayo refirió á su amigo y á la anciana cómo al anudar sus recuerdos y comprender que el formidable escudero habia sido quien habia tratado de asesinarle y conducídolo á aquella lóbrega prision, le acometió con rabiosa furia, y seguramente habria terminado su vida, á no haberle conmovido la resignacion é inmovilidad del gigantesco Eulogio.

—Ya visteis, respondió este, que os supliqué llorando que no hiciéseis ruido, y que á todo trance permaneciéseis aquí encerrado si queríais conservar la vida, hasta que por último, aprovechando un momento de distraccion vuestra, me salí del calabozo, cerré la puerta rápidamente, y ya no volví mas á abrirla, temeroso de vuestros arrebatos, limitándome desde entonces á traeros las provisiones necesarias para vuestro sustento... Yo, señor, á toda costa queria conservar vuestra vida, porque temblaba á la idea de volver á esperimentar las terribles noches de insomnio, las espantosas pesadillas, los crueles remordimientos que antes habian devorado mi corazon, cuando creia que realmente habíais sucumbido bajo el peso de las mortíferas redes que os tendia mi señor...

—¿Y por qué le tenias aquí encerrado? preguntó Atanagildo.

—Porque nunca las obras del hombre son tan buenas como sus pensamientos... ¡Yo era un cobarde! Ahora lo conozco, añadió Eulogio volviéndose á don Pelayo; pero no me habia atrevido á daros libertad, porque temia que mi señor descubriese lo que yo con tanto ahinco procuraba tener oculto.

—¿Y no conoces que tenerme aquí aprisionado era mil veces mas cruel que asesinarme?

—Señor, yo lo hacia con buena intencion, pues pensaba dejaros libre en cuanto la primera ocasion se me ofreciese... Esta noche ha llegado la hora oportuna de que podais volver á gozar de vuestra libertad y de vuestra vida, tan necesaria para el pueblo cristiano... ¡Ay de mi! ¡Cuán engañado he vivido! Pero, señor, toda mi desgracia ha tenido su origen en que he nacido siervo. Me mandaban, y no tenia mas remedio que obedecer... Lo confieso, noble don Pelayo, pero á no haber sido por un secreto movimiento que Dios puso en mi corazon, de seguro que á estas horas ya habríais dejado de existir.

—¿Y cuál ha sido la causa de tu desengaño? preguntó la anciana.

—Precisamente los mismos crímenes de mi señor me han abierto los ojos, respondió el escudero.

—¿Conque es decir que tú eres generoso para con este noble paladin, solo porque te ha ofendido?

—¿Qué quereis decir?

—Que si Gudila no te hubiese robado á Flor del Valle, tú no dieras libertad á don Pelayo.

Eulogio palideció de una manera horrible al recuerdo de su dolorosa afrenta.

—Os he reconocido, respondió.—La otra noche, cuando pasásteis por el panteon de esta torre me causó vuestra aparicion un efecto indecible... Hoy, cuando yo volvia de Covadonga, os pregunté por el paradero de mi querida y pérfida zagala, y me pareció que en alguna otra ocasion os habia visto... Ahora me lo esplico todo; vos sin duda alguna sabíais la secreta comunicacion que existe entre la Cueva de los Suspiros y esta maldita morada. Al veros en este sitio con una lamparilla y el mismo trage que anoche, he comprendido que vos fuísteis la que yo creí un fantasma...

—Un fantasma que sabia todo lo que hiciste en las márgenes del Sella, y que velaba por dar libertad al noble don Pelayo, víctima de las asechanzas mas ruines.

Don Pelayo no podia menos de estimar aquella adhesion tan evidente y casi apasionada por parte de la mendiga; pero tambien es cierto que miraba con una sorpresa cada vez creciente á aquel ser estraordinario y misterioso.

Y tenia razon el desdichado amante de Gaudiosa para mirar con estrañeza y quizás hasta con prevencion á la mendiga. ¿De qué modo esta conocia todos los secretos de su corazon? ¿Cómo esplicar aquella proteccion de origen desconocido que le dispensaba aquella mujer incógnita?—Es tan cierto que el hombre, á medida que adelanta en el camino árido y tortuoso de la vida, es mas recatado y receloso, que el noble don Pelayo á la sazon, no obstante las apariencias, temia y desconfiaba de la mendiga, que parecia dispuesta á sacrificarlo todo en defensa y provecho del infortunado jóven.

Sin embargo, la presencia de Atanagildo le tranquilizaba completamente. Comprendia desde luego que su amigo no se habria dejado seducir, y que demasiadas pruebas y razones habria tenido para confiarse á aquel ser tan débil como misterioso, pero al mismo tiempo tan decidido en su favor. Por otra

parte, ¿cómo esplicarse la condicion y circunstancias de aquella estraordinaria mujer que tan á fondo le conocia?

Es de advertir que la anciana durante esta entrevista le habia hablado de Florinda, del conde don Julian, de Gaudiosa, de su padre y de la enemiga y rivalidad que le profesaba el malvado y avieso conde Gudila.

Todas estas revelaciones no podian menos de poner en confusion al noble y valeroso hijo de Favila, que no acertaba á esplicarse cómo aquella anciana podia estar tan instruida en los secretos de su existencia. Además, creía reconocer el acento de su voz y los contornos de sus facciones; pero no le era fácil el recordar el nombre y las circunstancias de aquella mujer misteriosa.

Picado por la mas viva curiosidad, se dirigió á su amigo Atanagildo, y le preguntó en voz baja:

—¿Quién es esa mujer?

—Lo ignoro absolutamente.

—Me parece conocerla.

—A mí me sucede otro tanto; pero no recuerdo en dónde ni cómo la he visto.

—¿Crees que podemos fiarnos de ella?

—Estoy seguro de que te profesa el mas sincero cariño.

—¿Y cómo has llegado á conocerla?

—De un modo á la verdad muy peregrino.—Yo pasaba por un sendero acompañado de una persona que nos tiene una adhesion sin límites...

—¿Quién, quién es?

—El amante de Clotilde, el bueno y leal Gumildo...

—¿Y mi escudero Ferrandez? interrumpió don Pelayo. ¿Sabes cuál es su suerte?

—¡Oh! el infeliz está cautivo en Gijon.

—¿Por órden de Munuza?

—Sí; ya sabes que le dimos órden de que nos aguardase en la orilla del mar cuando penetramos en el alcázar disfrazados de monges...

—¿Y bien? ¿Cómo ha sido preso?

—El leal servidor, impaciente por nuestra tardanza y teme-

roso de que nos hubiese sobrevenido algun contratiempo, se decidió á penetrar en el palacio de Munuza, llegó hasta el aposento de tu hermana, y cuando esta le estaba manifestando que habiamos salido de allí, y que tú te habias en gran manera enojado al saber sus amores con el moro, entró de repente Munuza, vió con estrañeza aquel guerrero, y cuando salió de la estancia, le hizo prender por dos esclavos negros...

—Pero mi hermana no me dijo tal cosa, y toda una noche estuve caminando en su compañía.

—Es que Hormesinda ignoraba de todo punto que se hubiese verificado semejante prision. Ya te he dicho que tanto tu hermana como Alvida vieron alejarse á tu leal escudero bueno y salvo; pero despues...

—¿Cómo has sabido que está cautivo?

—Él mismo me ha contado de qué manera sucedió todo.

—¡Es preciso libertar á mi leal Ferrandez!

—Ya trataremos de eso; pero escucha de qué modo conocí á esta mujer estraordinaria.

—Ya te escucho.

—Era al caer el sol. Gumildo y yo caminábamos por un estrecho sendero de estas sierras con direccion hácia el castillo de Pamia, donde suponiamos encontrarte, puesto que no estabas en el monasterio del Cristo de la Columna, como habiamos creido. Nuestro coloquio giraba sobre este asunto, y habiéndote nombrado, oimos de pronto una voz que salia de entre un espeso jaral.—«¿Buscais á Pelayo?»—Sí, respondimos.—«Pues yo os diré su paradero.»—Luego la anciana me hizo seña de que le siguiese; yo así lo hice lleno de curiosidad, y habiendo descabalgado, dejé mi caballo bajo la custodia de Gumildo, á quien ordené estuviese alerta, y que si acaso oia un caracol, acudiese inmediatamente hácia donde sonase, pues sería señal evidente de encontrarme en un grave peligro.—Sin mas, comencé á seguir á esta estraña mujer, que se encaminó hácia una cueva situada enfrente de una cabaña, delante de la cual se veía una cruz de piedra.—Cuando ya estuvimos en el tenebroso antro, me refirió minuciosamente todo cuanto ella acaba de decirte, y se prestó gustosa á ayudarme á procurar tu liber-

tad.—Ella sabia en dónde y cómo te encontrabas prisionero... Y es lo mas estraño que á mí me llamó por mi propio nombre, y aun cuando le he hecho infinidad de preguntas, nada he podido sacar en limpio acerca de quién pueda ser esta misteriosa anciana.

—¡Es particular! esclamó Pelayo lleno de asombro.

Atanagildo le esplicó en seguida el proyecto que allí le habia conducido. Este proyecto se reducia á darle libertad.

—Gumildo nos está aguardando á corta distancia de la torre con tres caballos, añadió el amante de Rosmunda.

—¿Y tu padre? preguntó el hijo de Favila.

Atanagildo palideció espantosamente.

—Aquella terrible noche fué la última de su vida, respondió exhalando un hondo suspiro.

Pelayo estrechó la mano de su amigo. Ambos jóvenes guardaron silencio.

—Vamos, señores, daos priesa, la noche camina á su fin, y acaso algun accidente pudiera impedirnos realizar nuestro proyecto, dijo la mendiga acercándose á los dos mancebos.

—Sí, sí, teneis mucha razon.—Toma esto que á prevencion he traido para tí, añadió Atanagildo entregando á Pelayo una espada.

Los ojos del héroe lanzaron un relámpago en que pudieron leerse mil furiosos pensamientos. Y se ciñó la espada con una actitud arrogante y fiera como el leon que afila su poderosa garra escarbando la arena de su gruta. Durante la espantosa prision que le habian hecho sufrir, Pelayo se habia modificado estraordinariamente tanto en su aspecto físico como en su naturaleza íntima. Las contrariedades de la vida, como una esponja de hiel, habian impregnado su alma de amargura, desesperacion y encono. Pero tales sentimientos en un hombre de su temple, se manifestaban de una manera terrible, amenazadora, sombría. Diríase que sus cabellos, antes de color castaño oscuro, se habian ennegrecido, su tez estaba pálida, pero con esa palidez enérgica y varonilmente hermosa, símbolo á la vez de las amarguras del corazon y de los furores y las venganzas que siempre se anidan en el espíritu del

fuerte cuando ha sido víctima de la injusticia y la violencia.

Es seguro que respecto á belleza habia ganado mas bien que perdido el noble y robusto mancebo tan leal, tan cariñoso y valiente, pero al mismo tiempo tan perseguido por la envidia, la traicion, el odio y la ruin cobardía de sus enemigos. No obstante, en cuanto á sus amores, Pelayo estaba completamente tranquilo, pues que habia puesto en Gaudiosa la misma fé ciega é ilimitada que pone al pié de la Vírgen María la desolada madre que le suplica por la existencia de su hijo único. Antes creería el hermoso paladin que los mares saldrian de su centro, que retrocederian los rios en su curso, que las sierpes y las palomas anidasen juntas, y que los astros se desplomasen sobre la tierra, que llegar siquiera á presumir el que su idolatrada Gaudiosa dejase de ser fiel á su juramento de amor inestinguible.

¡Ay! ¡Cuánto se engañaba! Su adverso destino habia hecho que la enamorada vírgen desistiese de su propósito entregando su mano al hombre elegido por su padre moribundo. Es verdad que Gaudiosa ni le amaba ni jamás podia amarlo; pero tambien es evidente que su amor filial habia apurado hasta las heces el cáliz de la abnegacion y del sacrificio, si bien se habia resuelto á tanto en virtud de la noticia harto fundada de la muerte de Pelayo. Y efectivamente, todas las apariencias contribuían á hacerle creer el triste fin de su adorado amante. Ahora, un lazo indisoluble la ligaba á un hombre indigno. Cuando su amado se le presentase la mas rabiosa desesperacion debia apoderarse de su alma... ¡Infeliz Gaudiosa! ¡Cuántas amarguras le aguardaban! Mas le valiera no haber conocido nunca al hermoso y valiente caballero que habia despertado en ella una pasion inmortal.

—Huiremos por el subterráneo que conduce á la Cueva de los Suspiros, dijo el amante de Rosmunda.

—Jamás, repuso Pelayo con acento breve y ronco.

—¿Pues cómo? ¿Qué intentais? preguntó la anciana.

—Salir por la puerta principal.

—Podrán descubrirnos.

—¿Y qué importa? Cuando la traicion dirige sus tiros contra

mi espalda, yo no puedo defenderme; pero cuando mi diestra empuña el acero y acomete frente á frente á los enemigos, la victoria es siempre mia, porque así triunfan siempre el valor y la lealtad... ¡Oh pérfido Gudila! No es tu valor el que ha vencido al mio, tus ruines maquinaciones son las que han alcanzado sobre mi corazon descubierto un triunfo indigno de un caballero. ¿Quién podia defenderme contra tu infame atentado? Tú has dirigido sin pudor tus golpes mortales contra mi seno, oculto en las tinieblas. Contra la intriga y la traicion, yo soy débil como un niño. Con tales armas no saben los buenos combatir ni vencer. La victoria de los valientes quiere tener al sol por testigo.—¡Vamos!

Y así diciendo, el valeroso Pelayo, empuñando su espada, se encaminó hácia la puerta de la subterránea estancia.

—Señor, esclamó Eulogio, tened en cuenta que si mi amo os descubre, yo seré la víctima de su furor...

—Mirad lo que vais á hacer, añadió la anciana con ademan suplicante.

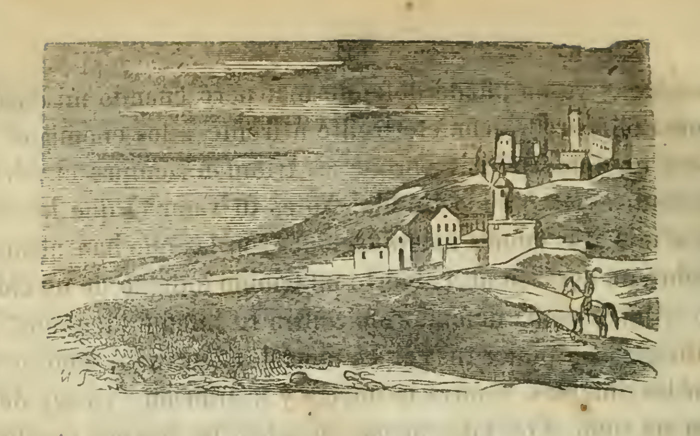
—¿Y creeis acaso que ese hombre sobreviva al combate que ahora mismo voy á entablar con él?

—Sí, sí, tienes razon para matarle, dijo Atanagildo.

—Yo necesito la sangre de Gudila como las flores necesitan el rocío, como las aves el aire y la luz. ¡Oh! Dentro de breves instantes mis ojos se gozarán en su agonía.

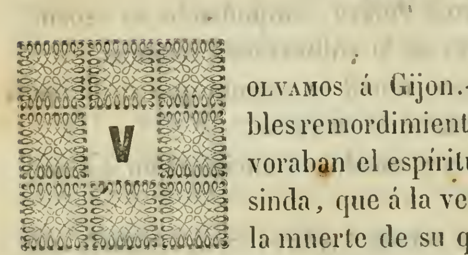
Y arrebatando la antorcha que Eulogio llevaba, Pelayo se precipitó fuera de su calabozo con la luz en una mano y con la espada desnuda en la otra, fiero, altivo, imponente y radiante como un ángel esterminador.





CAPITULO XXXIX.

EL MARTIRIO.



olvamos á Gijon.—Grandes pesares, terribles remordimientos, angustias indecibles devoraban el espíritu de la desdichada Hormesinda, que á la vez esperimentaba terror por la muerte de su querido hermano, y una pasion frenética hácia el hermoso árabe, á quien ya miraba como á un esposo. Su debilidad de mujer, su amor primero, su juramento solemne la condujo á los brazos de Munuza. ¡Cuántas dulces emociones, cuantos suaves deliquios, cuantos placeres inconcebibles! Esta dulce cadena de dias de amor y de caricias, habian hecho de la hermana del valeroso Pelayo la mas rendida amante, la mas feliz esposa, la mas contenta y satisfecha de todas las mujeres cristianas. Ella habia aceptado su papel de esposa del Gobernador de Gijon como un ángel de paz medianero entre el verdugo y la víctima, entre el opresor y el oprimido. La infeliz Hormesinda acaso se engañaba, ignorando que su esposo odiaba con todo su corazon á la raza cristiana.

La fiel Alvida, hermana del buen escudero Ferrandez, continuaba siendo la amiga, confidente y doncella de Hormesinda. Pero no obstante, á la sazon se encontraba demasiadamente afligida la hermana del escudero, puesto que este, como ya sabemos, estaba preso de órden de Munuza, y mas tarde habia sido condenado á trabajar en las obras públicas como uno de tantos

cautivos que sufrian el peso de la vil esclavitud de los sarracenos. Ni la hermana de Pelayo ni la fiel Alvida habian podido conseguir de Munuza que el buen Ferrandez fuese tratado con alguna distincion durante un largo periodo de tiempo.

Ya hacia algunos meses que los cautivos de Gijon se ocupaban en un trabajo penoso. Aquella ciudad era uno de los puntos mas importantes de las Asturias, y por lo tanto el Gobernador Munuza no habia descuidado tomar todas las precauciones convenientes para fortificar la poblacion, reparando y reconstruyendo las murallas del tiempo de los romanos que cercaban la ciudad. Igualmente habian tratado de rodearla de fuertes torres para hacer mas segura su defensa por la parte que no está ceñida por el mar. Todos estos trabajos, como es fácil de concebir, estaban encomendados á *alarifes* árabes y cautivos cristianos, aquellos para dirigir y estos para trabajar en aquellas obras colosales.

Es imposible describir las enojosas tareas que hacian padecer á los caútivos levantando los formidables muros, cadenas de piedra con que se intentaba esclavizar para muchos siglos á los cristianos, que regaban los enormes é insensibles sillares con las lágrimas del cautiverio.—Los alarifes que dirigian las obras tenian bajo sus órdenes á otros árabes que, armados de látigos, obligaban á los cautivos al trabajo por medio de los mas crueles tratamientos.

El gefe de aquellos desgraciados era un moro llamado Ismael; íntimo amigo de Munuza, y hombre dotado de entrañas de tigre. Con un látigo en la mano espoleaba la diligencia de los infelices esclavos á fin de que adelantasen la obra.—A la sazon se habian recibido noticias de que el emir de Córdoba trataba de dirigirse con un grande ejército por el norte de España, atravesar los montes cántabros, y por último, encaminarse hácia la Septimania ó sea parte de la Galia Narbonense, que anhelaba conquistar.

Era una tarde en que el sol entre nubes de fuego caminaba á ocultarse en Occidente. Cuando las aves entonan gozosas el último concierto del dia, cuando el menestral pensando en su amada familia se dispone á salir de su taller, cuando el pastor

retira su ganado, cuando el solitario monge contempla desde una altura los encendidos celages del ocaso, cuando el caminante vislumbra la ciudad hácia donde se dirige, cuando el peregrino divisa entre las sombras del crepúsculo la santa y magestuosa mole del piadoso monasterio que le ofrece un asilo, cuando el robusto labrador, ageno de cuidados y guiando los cansados bueyes, retorna á su humilde morada, entonando la alegre cancion que sirve de señal á sus hijos y esposa para disponer su limpia y sabrosa comida, todos esperimentan la dulce y agradable emocion de satisfacer un deseo, de realizar una esperanza, la esperanza de encontrar en la venidera noche, en el sagrado recinto del hogar, en el humilde é inocente lecho un término á sus fatigas, un descanso á sus afanes, una tregua á sus dolores.

Pero los míseros cautivos estaban privados hasta del sueño y el descanso. ¡Cuán de otra manera se les ofrecia la noche! No podia llamarse sueño á la fatigosa agonía que aletargaba á los cautivos, agotadas sus fuerzas hasta el último estremo, mal alimentados y sumidos en lóbregos y húmedos subterráneos donde pasaban la noche hacinados y respirando una atmósfera nauseabunda y mortífera. Así es que mientras que todos los que sobre la superficie del ancho mundo anhelan que llegue la noche para el descanso, los tristes cautivos, por el contrario, la temian, y miraban con ojos llorosos los postrimeros rayos del sol.

El feroz Ismael se habia manifestado aquel dia mas exigente y mas cruel que nunca para con los desdichados trabajadores. Llamaba la atencion entre todos un hombre de intrépido semblante, de elevada estatura y robustos puños. Aquel hombre parecia estar considerado entre los cautivos como un personage de importancia. Todos le contemplaban con cierta mezcla de cariño y de respeto. Por su parte el desconocido trabajaba con el desembarazo propio de quien está abezado á las fatigas y posee al mismo tiempo una organizacion vigorosa. Es imposible figurarse el cuadro desconsolador que presentaban aquellos tristes cautivos trabajando al rumor de sus cadenas bajo el látigo de sus opresores. Mientras que Ismael recorria de una parte á

otra el recinto donde trabajaban los cautivos, algunos alarifes se paseaban observándolos.

—Hoy no ha venido el sacerdote, decia uno de ellos.

—Por Alá que es preciso convenir en que es un santo varon, repuso otro, que era un jóven de apacible fisonomía.

—Es un fanático y acérrimo enemigo del Koran...

—Sea lo que quiera, Alit; yo lo que sé de cierto es que las obras que practica son dignas de un Alfaquí. Tanta sabiduría encierran sus palabras y tanta caridad manifiesta para los que se cansan y mueren, que yo no puedo aborrecerlo...

—Jóven Aldaimon, tú blasfemas del gran Profeta.—El que no sigue su ley no ha sido alumbrado por la verdadera luz, el sacerdote nazareno es un enemigo implacable de todos los buenos muzlimes...

Aquí llegaban los moros en su diálogo cuando de pronto oyeron á su espalda un golpe como de una persona que se desplomase. Al mismo tiempo se oyó un doloroso gemido.

—¡Ay Dios mio! ¡No puedo mas! dijo una voz.

Tornaron el rostro los alarifes y vieron á un trémulo anciano que elevaba sus turbios ojos al cielo cual si rogase encarecidamente al Eterno que pusiese fin á sus amarguras. Habíase dejado caer sobre una enorme piedra que conducia en sus débiles hombros. El triste y anciano cautivo, de luengua y blanca barba, de tez macilenta y ojos hundidos y llorosos, no cesaba de gemir y de quejarse de su adversa suerte.

Pero uno de los alarifes respondió á sus gemidos diciendo:

—Vamos, viejo imbécil, vamos á la obra. Lleva esta piedra y gana la racion que te se dá...

—No, yo no puedo mas... ¡Dios mio! ¡Qué suerte tan adversa! ¡Cuántas amarguras me aguardaban al fin de mis años!... ¡Matadme!

En este momento llegó Ismael, cuyo látigo cruzó el rostro del anciano cautivo, quien exhaló un sollozo y se desplomó en tierra maldiciendo la hora en que aquellos terribles advenedizos se habian apoderado de su querida patria. El feroz Ismael se ensañó contra el viejo, descargando sobre él furiosos golpes sin miramiento ni compasion por tanta infelicidad, tantos años y

tan profundo y doloroso abandono. La venerable ancianidad y el lamentable infortunio no bastaban á conmover al brutal y sanguinario sayon.

De pronto el personage desconocido de que antes hemos hablado se precipitó furioso sobre Ismael, le arrancó el látigo, y esclamó con voz de trueno:

—¡Vive Dios! Eso es una infamia, eso está pidiendo venganza... ¡Villanos infieles! ¿No se os cae el alma de vergüenza y de dolor al saciar vuestro cobarde encono en un mísero anciano, débil y casi desfallecido de hambre y de fatiga?

—Huye de aquí, si no quieres que te trate de la misma suerte, respondió Ismael con arrogancia.

—Yo te arrancaré la lengua.

—¡Qué estás diciendo!

—Lo que soy capaz de hacer.

No sabemos en qué hubiera terminado esta discusion á no haber sobrevenido otro anciano de venerable rostro que se adelantó hácia el desdichado cautivo. Este se revolcaba sobre el duro suelo bramando de ira y de dolor por la impotencia y debilidad de sus años y de su condicion de cautivo.

Era el recien llegado un venerable sacerdote de rostro apacible, de ojos brillantes con la luz de la inteligencia, y por último, dotado de una dulzura y una mansedumbre verdaderamente evangélicas: su luengua barba le llegaba al pecho, y su fisonomía era semejante á la de un apóstol. —El cristiano sacerdote fijó su mirada lleno de dolor y ternura al mismo tiempo en aquel anciano moribundo. Este, despues de sus arrebatos, clavó sus ojos en el ministro del Altísimo, como si solamente de sus palabras pudieran depender su esperanza y su consuelo en la hora suprema en que el espíritu para siempre se separa de la materia. El sacerdote, pues, se dispuso á auxiliar al cautivo.

Cuando vió esta escena el furibundo Ismael, lanzó un rugido semejante al de un tigre que ve arrebatada su presa por un guedejoso leon. Entonces asestó una furiosa bofetada en el rostro del anciano sacerdote, que recibió semejante injuria con la mayor humildad, con la resignacion mas evangélica. Y cierta-

mente que inspiraba respeto y compasion á la vez el santo sacerdote. Era de elevada estatura, y en su espaciosa frente, en sus ojos, en toda su persona, en fin, brillaba un no sé qué de augusto y poderoso, pero al mismo tiempo de dulce y caritativo y venerable, que cautivaba la atencion y el cariño de cuantos lo miraban.—El sacerdote cristiano permaneció insensible al bárbaro tratamiento de Ismael, y se encaminó en seguida á auxiliar al moribundo.

—Huye de aquí, dijo Ismael.

—No puedo.—Déjame cumplir mis deberes.

—¿Estás loco?

—¡Padre mio! ¡Venid! sollozaba de vez en cuando el infeliz cautivo.

—Dejadme, señor, que vaya á consolar á aquel desgraciado.

—¿Y qué consuelo pueden prestarle tus embustes?

—Él cree en lo que yo puedo decirle...

—Mira, nazareno, se me ocurre una idea, dijo de pronto Ismael soltando una insensata carcajada.

—Señor, suplicó el buen sacerdote, dejadme ahora, que despues tendreis tiempo de decirme todo cuanto os plazca.

El anciano hizo un movimiento para dirigirse hácia el cautivo; Ismael se le interpuso, y trabándole brutalmente del brazo, dijo:

—¿Sabes que ya estoy cansado de los disgustos que á cada instante me proporcionas? He sabido que todas las tardes vienes á ver á los cautivos; unas veces les traes alimento, otras vestidos para que se abriguen, y por último, siempre les dices algunas palabras que los anima y ensoberbece, de manera que miran con desprecio á los nuestros, y se burlan del gran Profeta. ¡Y tú tienes la culpa de todo esto! Tú les predicas en favor de Cristo, les cuentas mil sandeces, y se burlan del Koran... Pues bien, si quieres ser tan bueno y caritativo como finges, confiesa que solamente Alá es grande, el dueño de todas las cosas, y que Mahoma es su Profeta.

—No puedo.

—¿Y por qué?

—Soy cristiano

—Te mandaré quemar vivo, ó te humillarás ante mí.

—Soy cristiano.

—Arrodíllate y di que solo Alá es grande y Mahoma es su Profeta.

—Soy cristiano.

—¡Vive Alá que ya me cansas con tu eterna y monótona respuesta! ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que soy cristiano, esto es, que sigo la doctrina del que amaba á los débiles y pequeños y despreciaba á los grandes y poderosos, si no seguian los nobles impulsos de la virtud y de la verdad. El hombre está dotado de una fuerza tan inmensa, que serán inútiles todas tus amenazas, á no ser que recurras á la súplica y al llanto... Ten caridad de estos desdichados, y yo te prometo obedecer en todo cuanto te plazca. ¡Soy cristiano y no puedo mentir! Mi conciencia es antes que todo, mi deber está por encima de cuantos compromisos terrénales aceptan los que viven sobre este valle de lágrimas. Donde esté la verdad está mi inteligencia, donde se encuentre la caridad se encuentra mi corazon. Todos los hombres son para mí como si fuesen yo mismo. Amaos los unos á los otros, dice el Evangelio, todos los hombres son hermanos.—Pero ningun hombre, por grande que sea su poder, es capaz de hacer á un verdadero cristiano que reniegue del Dios único. Todos los tormentos, todos los suplicios, las mas espantosas crueldades serán inútiles... Podrán triunfar de la carne, reducirán á cenizas su cuerpo; pero el espíritu... ¿No sabes, hijo mio, que las almas no se encadenan, que no puede violentarse la inteligencia, ni obligarse la voluntad? Por otra parte, ¿qué mal os he hecho? He favorecido á mis compatriotas desgraciados; y ¿por ventura se opone vuestra ley á estas prácticas? Muy despreciable será el libro y el Profeta que tal digan...

—¡Cálla, perro blasfemo! esclamaron á un tiempo Ismaél y los alarifes que se hallaban presentes, los cuales descargaron furiosos golpes sobre el desdichado sacerdote.

Este permanecia impasible, y aun cuando tenia todo el rostro cubierto de sangre, contemplaba á sus verdugos con una sonrisa inefable de dolor y de ternura.

—Dejadme, dijo con voz dulcísima, dejadme que vaya á consolar á aquel desgraciado.

—Ese perezoso cautivo ha muerto ya, dijo uno crujiendo su látigo sobre el anciano esclavo, que tendido en tierra parecia exánime.

El cautivo exhaló un profundo gemido, y el sueño de la muerte puso término á sus amarguras. Pero por un refinamiento de crueldad africana, un berberisco perteneciente al número de los sobrestantes que se hallaban bajo las órdenes de los alarifes, asió la enorme peña y la descargó con ímpetu brutal sobre la cabeza encanecida del mísero cautivo, cuyo cráneo resonó como una caja de marfil que se estrellase contra una roca.

Cubrióse el afligido sacerdote el rostro con ambas manos estremecido de horror.

—Lo que es ahora, de seguro que está muerto, dijo riéndose el berberisco.

—¡Raza de víboras! esclamó de pronto el anciano ministro de Jesucristo procurando alejarse de aquel teatro sangriento.

Todos los cautivos que habian presenciado la escena antecedente lanzaron un grito de indignacion, y una alarma terrible empezó á cundir entre ellos.

Hay hombres de una tenacidad satánica y de una índole tan estremadamente cruel, que solo tienen de humano la figura, porque las entrañas son de fiera. Uno de estos hombres de maldicion era el villano Ismael. Uníase á todo esto el fanatismo que le dominaba respecto á la ley de Mahoma, fanatismo en que tambien le acompañaban todos los suyos que estaban presentes. Así, pues, el sayon volvió á insistir sobre que el sacerdote nazareno se arrodillase y proclamase en alta voz que solo Mahoma era el Profeta de Dios.

El anciano estaba junto al cadáver del cautivo entonando las sagradas preces que la Iglesia tiene destinadas para los finados. ¡Doloroso é indigno contraste el que hacia aquel rezo con el escarnio y risotadas de los infieles!

—Vamos, arrodíllate y escupe en esta imágen, dijo Ismael

arrancando con befa un Crucifijo que pendia del cuello del venerable arzobispo.

El sacerdote elevó sus ojos al cielo, exhaló un suspiro y continuó en sus oraciones.

Por mas que insistieron los infieles, el anciano guardó un obstinado silencio, hasta que exasperados sus enemigos, haciéndole terribles amenazas y bramando de furor, se precipitaron sobre él, lo arrastraron por el suelo, y ya se disponia el berberisco á clavar su puñal en el pecho del mártir, cuando Ismael le detuvo diciendo con el tono regocijado del que ha tenido una feliz ocurrencia:

—Este embustero sacerdote debe morir, pero será mejor que sea lentamente y padeciendo un horrible martirio. ¿No creeis que asi se amansará su arrogancia?—Vamos á quemarle vivo, para que vean estos viles nazarenos de qué modo tratamos á los que blasfeman del gran Profeta...

—Sí, sí, en Gijon deberá sufrir el castigo de su soberbia, respondieron algunos berberiscos, relamiéndose de antemano, como suele decirse, con el espectáculo de ver retorcerse sobre las llamas al buen sacerdote.

Y así diciendo le arrastraron hácia la ciudad, en donde el anciano debia sufrir el mas horroroso suplicio.

—¡Desdichado arzobispo! esclamaron algunos cautivos que comprendieron el inminente peligro del digno ministro del Dios de los cristianos.

Fácilmente habrá comprendido el lector que se trataba de la muerte del buen Urbano, arzobispo de Toledo, quien se habia refugiado con otros monges y prelados al monasterio del Cristo de la Columna. El buen arzobispo, desde que residia en el monasterio, habia adoptado la costumbre, ó mejor dicho, se habia impuesto el deber de ir á Gijon casi diariamente, y como buen pastor que cuida de las ovejas de su rebaño, habia procurado ser útil á los infelices cautivos, ora llevándoles vestidos ó alimentos, ora predicándoles la humilde y santa resignacion, hija de la voluntad del cielo, que los mortales deben siempre acatar por mucho que les contraríe ó por mas dolorosa que les sea. El que todo lo refiere á Dios como causa primera, y el que tiene

su conciencia tranquila, cuando suena la hora terrible de las tribulaciones encuentra en el Padre celestial una fuente inagotable de consuelos.

La ciencia profunda, la virtud acendrada, la caridad ardiente que distinguian al venerable Urbano le habian hecho comprender sus deberes sagrados de sacerdote de tal manera, que ni las persecuciones, ni los peligros, ni la misma muerte habrian podido hacerle retroceder un punto en su magestuosa, audaz y sublime carrera de sacerdote digno, de verdadero cristiano y de valeroso mártir.

Mientras que entre alzagara y júbilo conducian al anciano hácia el interior de la ciudad siendo objeto de las burlas é insultos de los infieles, se preparaba un grande acontecimiento. Cuando el misterioso cautivo que tan atrevidamente reprendió la crueldad de Ismael, se apartó de este porque creyó que la llegada de un hombre tan respetable como el arzobispo bastaria para proteger al viejo trabajador, encaminóse á una de las mas elevadas torres del muro, y tendió su mirada ansiosa por el campo con una inquietud que en vano procuraba dominar.

Algunos cautivos le seguian, y en sus pálidos semblantes manifestaban tambien la ansiedad mas dolorosa. Todos dirigian sus miradas hácia un mismo punto, suspiraban de vez en cuando, cambiaban una ojeada de desesperacion, y volvian otra vez á su muda espectativa. El desconocido, despues de pasear una mirada escrutadora en su alrededor, y convencerse de que nadie los observaba, rompió su tenaz silencio.

—Amigos mios, dijo, no tenemos por qué desesperarnos todavia, la desgracia es impaciente y la esclavitud insoportable; pero aun no ha oscurecido completamente, de modo que la señal no tarda...

Pero el caso es, respondió uno de los cautivos, que ya muy en breve nos obligarán á recogernos en la ciudad, y entonces no podremos saber si han venido ó no.

—Descuidad, que en último trance yo me ocultaré por aqui, y hasta no saber á qué atenernos, no me retiraré.

—¿Y si os descubren?

—Entonces, amigo mio, será lo que Dios quiera.—¿Vamos

ahora por un vil temor á la muerte, á dejar de hacer todo cuanto podamos por vivir libres?—Ya os lo he dicho, dos de vosotros deberán seguirme esta noche, si la señal aparece; y los demás os quedareis para prevenir á nuestros hermanos de cautiverio, á fin de que esten dispuestos á reunirse con nosotros en el tumulto y confusion de la pelea. Porque si las cosas salen como yo imagino, una de estas noches próximas entraremos á saco en Gijon, y entonces ¡ay de los infieles! Todas las afrentas recibidas quedarán lavadas con su sangre.

Los ojos del valeroso cautivo destellaron un relámpago de odio y de furor.

—Tambien os aconsejo, añadió despues de algunos minutos, que procureis velar por Hormesinda y su doncella, y aun sería mejor que os apoderáseis de ambas para conducirlas á aquellos montes, que serán nuestro asilo...

—Estad seguro de que serán obedecidas vuestras órdenes.

—Mirad, mirad, dijo otro cautivo con gozoso acento y señalando hácia la vecina sierra.

Todos reprimieron un grito de alegría.

Habian visto brillar entre la espesura varias luces que se agitaban, y á cuyo vago resplandor pudieron distinguir algunos hombres envueltos en largas ropas que se encaminaban hácia la cumbre del monte. Aquella era la señal que aguardaban los infelices cautivos.

Pero en aquel mismo momento comenzaron los alarifes y sobrestantes á llamar y ordenar á los trabajadores para conducirlos á las mazmorras del alcázar.—Algun tanto distraidos los alarifes con la escena dolorosa y para ellos divertida del buen Urbano, no se habian apercibido de la ausencia momentánea de los cautivos, cuyo diálogo acabamos de oir en la torre. Los desdichados vieron desvanecerse su ilusion en el momento mismo en que pareció iba á realizarse. Cabizbajos y confusos descendieron á colocarse en el sitio que les correspondia; algunos soldados de la guardia del Gobernador se pusieron á los flancos, y señores y cautivos emprendieron su marcha hácia la ciudad.

El valeroso cristiano, sin embargo, no habia desistido de su intento; antes por el contrario, estaba mas que nunca resuelt

á llevarlo á cima ó á perecer en la demanda. Y cambiando algunas palabras con los dos compañeros que debian seguirle en su nocturna espedicion, se pusieron de acuerdo para separarse de las filas sucesivamente unos de otros. Al que tal cosa intentase le aguardaba una muerte tan inevitable como cruel. Felizmente las sombras de la noche venian en su auxilio, y mediaban grandes intérvalos entre las guardias árabes.

Los cautivos se dieron su cita en un mismo punto, en donde debian reunirse. El primero que se separó de las filas de los cristianos fué el buen Ferrandez, á quien es fácil haya reconocido el lector por su buena índole y bravura. A los pocos pasos uno de los otros dos compañeros se decidió á separarse; pero al otro, no muy dotado de sangre fria, le faltó el valor para hacer lo mismo algunos pasos mas allá. Es cierto que ya debia apresurarse, puesto que una vez entrado en el interior recinto de la ciudad, le seria en estremo dificil, ó acaso imposible, verificar su próposito. El caso fué que tras del uno se encaminó el otro cautivo, y uno de los soldados de la guardia del Gobernador no pudo menos de observar el movimiento. Por dicha los otros cautivos que estaban en el secreto, se apresuraron á cubrir el puesto, y por último, todo se redujo á que los guardias se retuviesen algun tanto, mirasen en torno suyo cuidadosamente y continuasen su camino, sin advertir la desaparicion de los dos esclavos, á causa de las lóbregas tinieblas de la noche.

Al fin lograron los cautivos reunirse salvos y sanos en el sitio que de antemano designáran. En seguida se encaminaron los tres hácia donde habian visto brillar las luces desde la torre. Despues de vacilar algun tiempo, tomaron un sendero que los condujo á una cueva guiados por un misterioso resplandor que, aunque débil en si mismo, bastaba para servirles de norte en la oscuridad. Cuando trataron de penetrar en aquel antro, una figura envuelta en su capellina, con una linterna en la mano y la espada desnuda en la otra, salió á recibirlos.

Apenas aquel centinela reconoció á Ferrandez, cuando le dijo con el acento propio de una persona poseida del mas vivo gozo:

—Pasad, Ferrandez, que ya os estamos aguardando hace mucho tiempo.

—¿Y vuestro señor ha venido?

—Está aquí desde anoche.

—Conducidnos á su presencia.

Guiados por el centinela, Ferrandez y sus compañeros fueron conducidos por un lóbrego y estrecho pasadizo hasta una especie de salon que naturalmente se formaba en la cueva. En el centro de aquella estancia ardía una grande hoguera, y al rededor estaban sentados varios hombres cuidadosamente rebozados y empuñados los aceros.

El centinela volvió á su puesto despues de presentar á los recien llegados á su señor, jóven intrépido que harto manifestaba su impaciencia y bravura paseando en silencio por aquella guarida.—Un poco mas apartado del corro general veíase un grupo encantador y hasta disonante y estraño, atendido el sitio, la gravedad de la reunion, y la sombría fiereza que fácilmente podia notarse en los rostros de todos los presentes.

Una jóven tan pálida como hermosa, á causa de sus recientes sufrimientos, contemplaba con éstasis de amor á un gallardo caballero. Diremos algo acerca de la causa de encontrarse en aquel sitio. Llamábase Ordoño García, era natural del reino de Navarra y de ilustre progenie. Placíale en gran manera el robusto ejercicio de la caza, imágen de la guerra. Lamentaba Ordoño la adversa fortuna de los españoles, ahora tan cruelmente oprimidos por los agarenos.—Todos los habitantes de las riberas del Ebro habian caido tambien bajo el yugo de la media luna. Solo pudieron sustraerse al furor de los enemigos algunas fortalezas y pequeñas poblaciones situadas en las fragosidades de los montes. En uno de estos castillos solitarios é inespugnables habitaba Ordoño. Era noble, rico y huérfano, y por lo tanto dueño de sí mismo para entregarse sin reserva con sus monteros á perseguir ciervos y jabalíes.

En una ocasion hicieron una batida en el riscoso Pirineo: Ordoño se empeñó tenazmente en seguimiento de un cerdoso jabalí, y se alejó tanto del resto de su comitiva, que le sorprendió la noche en despoblado, habiendo traspuesto las altas cum-

bres y sin saber dónde se hallaba. En vano hizo resonar su caracol en los cóncavos huecos de las montañas. Sus monteros no le respondian. El valeroso mancebo quitó el freno á su caballo para que pudiera pacer libremente en las márgenes de un cristalino arroyuelo que como una sierpe de plata rastreaba bullicioso por la verde y blanda yerba. Allí á la falda de un monte, en aquel lugar apacible, decorado por altos fresnos y ramosos chopos, determinó pasar la noche hasta que la luz del nuevo dia le indicase el mejor camino para reunirse á los suyos.

Era la estacion de las flores. La primavera habia tendido sobre la creacion su perfumado manto. La luna brillaba en el cielo azul, murmuraba el arroyo en la verde pradera, suspiraban las brisas, y los canoros ruiseñores entonaban sus dulces querellas en el amoroso nido sobre las altas copas de los árboles.— El cansancio, la incauta juventud y la plácida calma de la naturaleza hicieron descender sobre el espíritu del jóven un sueño profundo y delicioso.

Pocos momentos despues se vió una figura blanca que vagaba por la márgen del arroyuelo, semejante á una ligera cervatilla que oye el lejano ladrido de la jauría; así unas veces detenia el paso y aplicaba atento el oido, otras comenzaba á correr veloz como el céfiro que agitaba sus cabellos de oro, ya por último, elevaba sus ojos al cielo, cruzaba las manos sobre su seno palpitante, dos lágrimas corrian por sus megillas, y sus labios trémulos murmuraban una oracion. Alguna vez se detenia con una especie de arrobamiento, y parecia escuchar los trinos suaves del ruiseñor que cantaba.

De repente exhaló un ligero grito, quiso huir; pero una fuerza superior la detuvo allí como clavada. Al pálido lucir de la blanca luna habia distinguido el rostro del bello cazador. Ordoño parecia á Eudimion dormido y cuyo sueño velaba la casta diosa de las selvas que ahora se ostentaba pura y tranquila en el cielo, trémula y agitada, vestida de blanco y bajo la figura de una virgen en la tierra. Largo rato contempló la hermosa al cazador dormido, cuyas magníficas pestañas sombreaban sus megillas. Tenian un encanto tan inesplicable é irresistible las facciones del jóven, que la virgen no se atrevia á separar sus

ojos de aquel hermoso semblante, y hasta se habia olvidado de sus terrores precedentes.

A lo lejos sonaban algunas esquilas, señal cierta de que por allí habia labradores y ganados, ó tal vez de que alguien se acercaba, supuesto que el caballo levantó la cabeza, enderezó las orejas y lanzó un prolongado relincho.—Despertóse Ordoño, y su sorpresa fué tan grata como indecible al contemplar junto á sí á la hermosa doncella que, ruborizada, hizo un movimiento para alejarse. El cazador fijó una mirada atónita en la gentil y bella aparicion.

—¿Sois acaso la ninfa de estos bosques? preguntó Ordoño.

La jóven le esplicó entonces como habiendo salido aquella tarde con su nodriza, segun lo tenia de costumbre, un toro les acometió, habiendo el fiero animal herido gravemente, ó acaso muerto, á su compañera de paseo. La bella Argimira, que tal era su nombre, huyó desatentada del peligro, creyendo siempre que la fiera la perseguia. Y cuando menos acordó, encontróse en parages desconocidos, sola é imposibilitada de volver al castillo de su padre el conde de Tolosa.

Ordoño le interrogó acerca de la direccion que creia deber tomar para llevarla á su castillo, despues de referirle la semejante circunstancia que á él le habia separado de sus gentes. El bello cazador al punto destrabó y enfrenó su caballo, y acomodando á la hermosa Argimira, se lanzó al galope por un sendero que supuso conducia á la mansion del conde.—¡Cuán grata emocion esperimentaban ambos jóvenes en aquella carrera venturosa, en el silencio de la noche y en la soledad de los campos! Los sedosos cabellos de la vírgen impelidos por las brisas rozaban la frente del caballero como una nube perfumada. Argimira sentia palpitar su seno al contacto del brazo protector de Ordoño, que rodeaba su talle flexible y fijaba en aquel rostro divino iluminado por la moribunda luz de la luna miradas estáticas de amor y felicidad.—El blanco y ligero vestido que se destacaba ondeante entre las sombras sobre el trage oscuro de Ordoño aparecia y volvia á ocultarse por entre los árboles del bosque como una sílfide que cabalgase en el hipogrifo de un mago, ó que vagase vaporosa, ideal y nacarada

sobre un oscuro celage impulsado por el soplo de los céfiros...

De repente Ordoño detuvo su caballo. El bello cazador y su gentil compañera habian divisado algunos bultos en la espesura: luego oyeron voces, y por último, se convencieron de que eran las gentes del conde de Tolosa, que andaban buscando con dolorosa inquietud á su hija. Esta refirió á su padre todo cuanto les habia acaecido en su paseo á ella y á su nodriza, á quien buscaron y hallaron exánime. A pesar de este funesto accidente, el de Tolosa agasajó á Ordoño, agradeciéndole su cortesía y proteccion para con su amada Argimira. A la mañana siguiente Ordoño se despidió y volvióse á su castillo; pero la imágen de la doncella le perseguia sin cesar.—Poco tiempo despues los sarracenos hicieron una escursion por aquellas tierras y dieron muerte al conde de Tolosa, y se llevaron cautiva á la bella Argimira. Así es que el buen Ordoño nunca mas consiguió verla despues de aquella memorable noche.

Debemos advertir que Ordoño García era pariente del esforzado Garci Gimenez, que despues fué alzado por rey de Navarra, á consecuencia de la célebre batalla de Ainsa, en la que obtuvo la mas completa victoria. El carácter de este príncipe era en estremo afable y valeroso, y atendidas sus buenas prendas, Ordoño profesaba á su primo tanto cariño como respeto. Así es que nadie se manifestó mas entristecido que Ordoño cuando el buen Garci Gimenez esperimentó una de las mayores desgracias que pueden afligir á un enamorado.—Estaba concertado su matrimonio con una hermosa doncella que tambien tuvo la adversa suerte de ser llevada cautiva á Gijon. Por aquel tiempo andaba Garci Gimenez muy ocupado en el levantamiento del reino de Navarra, que á semejanza del de Castilla, tuvo tambien su principio, á la par humilde y glorioso, en la cueva de S. Juan. Y como en las almas nobles los intereses del bien comun pesan mas que el propio, Garci Gimenez lamentaba la pérdida de su amada, pero sin atreverse á abandonar á los suyos, como de seguro lo hubiera hecho á no conocer que su presencia allí era en estremo necesaria. Pero el leal Ordoño prometió á su primo acometer la empresa de libertar á la bella cautiva. Agradecido Garci Gimenez le propuso que le acompa-

ñasen algunas de sus gentes, y en efecto, al siguiente dia Ordoño partió hácia Gijon, seguido de algunos hombres de armas, vasallos del valeroso Garci Gimenez. Este manifestó á su primo el nombre de un antiguo servidor del padre de su amada, que habia sido aprisionado con esta.

En resolucion, tuvo tan buena fortuna Ordoño, que llegado á la ciudad donde habitaba Munuza, al cabo de pocos dias logró encontrar al antiguo siervo, que á la sazon lloraba cautivo. Supo Ordoño con estraordinaria satisfaccion que era esclavo de un Jeque particular, y que por lo tanto le sería harto fácil libertar de sus cadenas á la amada de su primo, estando en la misma casa el fiel servidor. Una noche consiguieron felizmente evadirse ambos cautivos de una casa de campo que habitaba el moro, habiéndolos protegido en su fuga Ordoño García, acompañado de sus guerreros.

Figúrese el lector cuánta no sería la sorpresa de Ordoño cuando reconoció en la hermosa libertada á la gentil Argimira, hija del difunto conde de Tolosa, á quien protegiera una noche, y á la cual amaba desde el punto mismo en que llegó á conocerla. Su lealtad, su honor de caballero y su ardiente pasion por otra parte, colocaban al desdichado Ordoño en la situacion mas aflictiva. Es verdad que aquel casamiento lo habia tratado el conde de Tolosa sin contar con la voluntad de su hija; pero tambien no es menos cierto que el buen Garci Gimenez estaba profundamente enamorado de Argimira, y que además habia hecho la mas ilimitada confianza de su primo, muy ageno de sospechar siquiera que acaso en él podia encontrar el obstáculo mas poderoso para la realizacion de sus mas vehementes deseos.

Argimira no pudo menos de alegrarse y conmoverse de la manera mas evidentemente cariñosa al reconocer al bello cazador, cuya imágen nunca se habia apartado de su corazon desde la noche de su inesperado encuentro. El noble Ordoño, sin embargo, trató de ocultar su amor y de cumplir digna y lealmente el compromiso que el deudo y la amistad le imponian. Asi, pues, luego que hubo logrado libertar á la prometida de Garci Gimenez, se puso de acuerdo con un noble de la ciudad de Gi-

jon, llamado Alfonso, con quien le unian vínculos de parentesco. Este noble godo era hermano mayor de Rudesindo, cuyo escudero estaba de centinela en la puerta de la gruta cuando en ella penetraron Ferrandez y los otros dos cautivos.

Trataba Ordoño, segun las órdenes de Garci Gimenez, de concertar con los nobles de Gijon el modo y medios de ofensa y defensa para sacudir el yugo de los opresores. Con este motivo se habia provocado una junta en aquel lugar oculto y solitario.—Ordoño, separándose de Argimira, se dirigió á Alfonso diciendo:

—Noble Alfonso, la noche adelanta, mi partida es urgente, y convendria que resolviésemos lo que haya de hacerse á fin de que antes de amanecer pueda encontrarme distante de esta comarca en compañía de esta hermosa doncella.

—¿Traeis muchos hombres de armas?

—Cincuenta.

—¡Oh! En ese caso es harto dificil que os arrebaten vuestro tesoro, dijo Alfonso señalando á Argimira.

—Mil veces moriria primero que permitir que otra vez cayese en manos de los infieles.

Alfonso se dirigió á los demás compañeros que estaban en torno de la hoguera. Aquel círculo estaba compuesto de todos los nobles godos que habitaban en Gijon y se habian sujetado al ignominioso y pesado yugo de Munuza, si bien ahora trataban de romperlo para siempre.

—Amigos mios, dijo Alfonso, el lastimoso estado de nuestras honras y de nuestra patria no puede llegar ya á mas alto punto de infamia y desventura. Cada dia que pasa cobran nuevos alientos los infieles, y los míseros cristianos pierden la esperanza. Terminemos de una vez la inútil vida muriendo con gloria, ó rompamos las cadenas que nos oprimen. No hay otro camino que guie á nuestra libertad sino el campo de batalla. El noble Garci Gimenez intenta con los suyos acometer á nuestro comun enemigo, y nosotros debemos tambien intentarlo; asi que, distrayendo la atencion de los moros por varias partes, acaso logremos la victoria, y en último caso, mas vale morir libres que vivir entre cadenas...

Aquí llegaba Alfonso en su razonamiento, cuando un nuevo personage se presentó en la escena. Todos fijaron en él sus miradas; pero cuando Alfonso lo hubo reconocido, se precipitó en sus brazos con muestras de la mayor ternura.

—Ved aquí á mi hermano, que no puede penetrar en Gijon sino disfrazado, pues que Munuza le haria al punto dar muerte. ¿Y por qué? Porque contribuyó á la libertad del gran Pelayo, á quien habia hecho el infiel encerrar en una mazmorra.— Ahora bien, añadió Alfonso, nuestras miras deben encaminarse á enviar leales mensageros á todos los puntos donde convenga, levantar hombres de armas, encargar del mando de las tropas al valeroso Pelayo, y por último, dar nuestro golpe el mismo dia que lo dará en Navarra el buen Garci Gimenez.—Este jóven que aquí veis, mi deudo y mi amigo, llevará la nueva á los Navarros de que tambien los Astures anhelan su libertad y están dispuestos á derramar por tan noble causa hasta la última gota de su sangre.—Solo nos falta saber en dónde se encuentra Pelayo para participarle nuestra resolucion.

—Sí, sí, repuso Ordoño, es preciso que contemos con el valiente hijo de Favila; sin su brazo y sin su cabeza todos nuestros esfuerzos serían estériles. Jamás le he conocido, pero la fama voladora nos ha llevado el eco de sus proezas en la terrible batalla del Guadalete. Su prestigio es mágico, la voz de Pelayo es la voz que entusiasma, su férreo brazo será el sosten de la cristiandad, su espada segará haces de laureles en los campos de batalla, y su nombre y su presencia serán nuncios de libertad y de gloria.

—Buen Ferrandez, dijo Alfonso, ¿crees que será posible apoderarse de Gijon?

—Esa misma pregunta me haciais en el pergamino que me entregó el escudero de vuestro hermano convocándome á esta cita... Desde entonces estoy premeditando todos los medios de lograr el fin de vuestro deseo, y el éxito de la primer empresa que deben proponerse los cristianos...

—¿Y bien? ¿Juzgas que es posible?

—Lo creo hasta fácil.—Hé aquí dos compañeros mios de cautiverio, á quienes he hecho venir para que, como yo, se

comprometan por un juramento solemne á secundar vuestro proyecto heróico. Ya tenemos tomadas nuestras medidas para que todos los cautivos esten sobreaviso cuando llegue el caso del asalto, ó por mejor decir, de la sorpresa que yo intento hagan los cristianos sobre los infieles.

—Es un plan escelente, esclamó Ordoño.

—En efecto, los cautivos sublevados pueden servirnos de mucho, dijeron los nobles Gijoneses.

—¿Y sabes dónde se encuentra tu señor? preguntó Alfonso.

—No, desgraciadamente; pero confio en la divina Providencia que no habrá permitido sucumbá un tan valiente y noble campeon.—Segun he oido decir á su hermana Hormesinda, debe encontrarse en el castillo de Pamia.

—¿Y por qué no vas á darle aviso?

—Conviene que vaya otro, yo buscaré el mensagero. Por lo demás, ahora es indispensable que yo permanezca cautivo, pues así cuando llegue el caso se hará todo lo que se pueda por nuestra parte.

—¡Leal Ferrandez! esclamaron todos.

—¿Y no temes que descubran tu ausencia? preguntó Alfonso.

—Yo tengo medios para penetrar esta misma noche en el alcázar.—Si conforme vamos tres fuéramos trescientos, esta misma noche Gijon caeria bajo nuestro poder.

—¿Pues cómo? preguntaron varias voces con acento de la mas viva curiosidad.

Ferrandez les refirió entonces como estaba en inteligencia con su hermana Alvida, la doncella de Hormesinda, la cual le habia prometido abrir el postigo del jardin del alcázar que daba hácia la marina, y por donde ya sabemos se evadieron en otra ocasion Pelayo, Atanagildo, Veremundo y Gaudiosa.

—Pues no hay tiempo que perder, dijo un jóven llamado Leandro, que hasta entonces habia guardado silencio. Todos nuestros conatos deben reducirse á reunir un número suficiente de hombres de armas, y una noche en vez de asalto, penetraremos á las calladas por el sitio que dice este valiente escudero.

Todos acogieron la idea con entusiasmo. Uno solo permane-

ció inmóvil, y al parecer abismado en el mas profundo dolor. Era Rudesindo, que al fin rompió su silencio diciendo:

—¡Cuán inútil afan, oh nobles godos! En vano, en vano procurais alzar las frentes al cielo de la esperanza. Entraríais en Gijon; pero por donde quiera seríamos vencidos, volverian á reconquistar la ciudad; los moros han inundado la España y se han infiltrado por todas partes como la luz inunda el espacio. Nada se les resiste, una Deidad poderosa y sangrienta para los cristianos ayuda todos sus destructores designios...

—¡Hermano! ¡Tú hablar asi!...

—El miedo tàl vez le dicta esas palabras, murmuraron algunos.

Rudesindo se detuvo mientras que resonaban aquellos murmullos, y por último continuó:

—Hermano mio, aun cuando he recibido estos dias un mensage tuyo, á causa de haber andado vagando por los montes, no he tenido ocasion de manifestarte lo que ahora voy á decir.

Y Rudesindo refirió á toda la asamblea el trágico suceso de cuyo relato fué testigo en el castillo de Pamia, cuando Eulogio disfrazado de pastor, desempeñó tan admirablemente su papel revelando al conde don Íñigo y á su encantadora hija la muerte de don Pelayo en las márgenes del Sella.

Rudesindo estaba muy ageno de sospechar la negra trama de que el buen Pelayo habia sido víctima, así que con toda la energía de la conviccion y con el acento de la verdad refirió la funesta noticia que llenó de amargura y turbacion á todos los que allí se encontraban. El buen Ferrandez particularmente esperimentó una afliccion sin límites.

—¡Oh! esclamó Alfonso, sin Pelayo nada podemos intentar. ¡Mísera España!

Despues de un largo espacio en que reinó el mas profundo silencio, convinieron en que dentro de treinta dias habian de intentar apoderarse de Gijon, y que al mismo tiempo el valeroso Garci Gimenez acometeria á la plaza de Ainsa, con cuya resolucion se dió por disuelta la asamblea, debiendo advertir que á tal punto llegó el desaliento al saber el triste fin de Pelayo, que los Gijoneses por mas que prometieron dar el asalto, lo hicieron

con toda la frialdad de personas poseidas por el espanto. Alfonso dió sus instrucciones á Ferrandez, quien luego se retiró hácia la ciudad seguido de sus dos compañeros.—Ordoño con sus gentes de armas, que le aguardaban ocultas en el bosque, se encaminó á Navarra, entregando á su buen primo la mujer que amaba con idolatría. Pero enterado Garci Gimenez del cariño que profesaba la bella Argimira á Ordoño, tuvo la generosidad de hacer la dicha de estos dos jóvenes enlazándolos con el dulce yugo de himeneo.

Entre tanto el afligido Ferrandez y los dos cautivos se encaminaban por la orilla del mar hácia el alcázar, habiendo verificado su viaje, aunque corto, con muchas fatigas y contrariedades.—Era cerca del amanecer, y una súbita tempestad les habia sobrecogido. A pesar de lo avanzado de la mañana, la lluvia caia á torrentes y las mas densas tinieblas envolvian la gigante mole del alcázar, cuando Ferrandez y sus compañeros llegaron al postigo del jardin.

—Amigos mios, dijo el buen escudero, si quereis quedaros libres, podeis huir á los montes. Ahora es buena ocasion.

—¿Y vos?

—Yo necesito permanecer cautivo, puesto que así me será posible prestar algun servicio á nuestra causa.

—¿Y creeis que no somos nosotros capaces de otro tanto? respondieron los cautivos.

Ferrandez les estrechó afectuosamente la mano, y en seguida todos con recatado andar penetraron por el oscuro recinto del jardin. A los pocos pasos se les apareció una sombra blanca. Era Alvida, que sabedora de la ausencia de su hermano, no habia dormido en toda la noche inquieta por su suerte.

Alvida les advirtió que ya estaba próxima la hora en que los alarifes acostumbraban sacar los cautivos para el trabajo, y que no debian perder tiempo, si no habian de notar su desercion.

—¿Y cómo nos reuniremos á los demás cautivos sin que lo adviertan? preguntó Ferrandez meditabundo.

—Yo pudiera ocultaros, repuso Alvida.

—Pero es el caso que tenemos necesidad de hablar con nuestros compañeros.

—Entonces creo que todo podrá arreglarse, respondió Alvida. Hasta el cielo parece venir en nuestro auxilio. Aunqúe ya la mañana está bastante entrada, las nubes impiden que haya tanta claridad como de costumbre á estas horas.—Los cautivos están ya en el patio, dentro de poco les darán el rancho, y no os será dificil incorporaros con ellos, si penetrais por las galerias, que aun deberán estar oscuras... ¡Venid!

Alvida condujo á los cautivos por los sitios mas solitarios á fin de que nadie pudiese advertir la superchería. En el patio del alcázar desembocaban algunos prolongados cláustros ó galerías, á cuyo término se encontraban formados los cautivos. Así es que Ferrandez y sus compañeros lograron reunirse fácilmente y sin ser notados por los alarifes al grupo general de los trabajadores.

De repente hirió el oido de los cristianos una gritería terrible. Las puertas del alcázar estaban de par en par, y en la plaza que habia delante veíase un concurso inmenso de infieles. En el centro de la plaza ardia una hoguera. El vil Ismael contemplaba este espectáculo con feroz complacencia. Un anciano, vestido con un trage talar, con la barba blanca que le llegaba hasta el pecho, serena la mirada y el paso firme, era conducido por soldados árabes al sitio en que ardía la fúnebre pira que habia de reducirlo á cenizas. Era el venerable arzobispo Urbano.

Los cautivos no pudieron menos de fijar la atencion en aquel tumulto, y su sorpresa fué espantosa y su dolor indecible cuando advirtieron que el buen sacerdote iba á ser arrojado á las llamas. El cielo estaba encapotado de negras nubes, y pálidos relámpagos hendian el espacio. El mártir se adelantaba sereno y magestuoso como un rey hácia la flamante hoguera, trono de fuego que la infamia y ruindad de los infieles ofrecian á la heróica constancia del santo sacerdote de Cristo.—El buen Urbano cayó de rodillas sobre la hoguera, las llamas se estinguieron, tal vez á causa de la humedad de la atmósfera, y un trueno espantoso bramó con horrisonante estrépito en aquel instante solemne. Todos los cautivos parecian sorprendidos, como si en aquel trueno leyeran una señal de la cólera celeste. Los

moros por su parte se esplicaron por la lluvia la causa natural de aquel fenómeno. Así es que todo se redujo á que arrimasen mas leña y procurasen volver á inflamar la boguera, lo cual conseguido, el desdichado sacerdote esclamó:

—Dadme esa cruz, que es el símbolo de mi redencion y de la redencion del género humano...

Pronunció el mártir estas palabras con tan dulcísimo acento, que el mismo Ismael, á pesar de su fiereza, no pudo menos de sentirse profundamente conmovido. Así, pues, el feroz africano entregó al sacerdote el Crucifijo, que antes le habia arrebatado.

En seguida el mártir cruzó las manos sobre su pecho estrechando el Crucifijo, elevó sus ojos al cielo y continuó, como si quisiese convertir á sus verdugos:

—Mirad allí arriba donde asienta su trono el Dios que protege á los débiles y abate á los soberbios. ¿No veis cómo el cielo abre sus puertas de oro entre cortinages de grana? Mirad la dulce sonrisa de la Vírgen que estrecha contra su seno á su Hijo amado... ¿No veis la imágen del que murió enclavado para redimirnos?... El lodo me abandona, mi espíritu rompe la cárcel de la materia, el alma humana es inmortal, me parece que me remonto en el espacio sobre blandas nubes, y que las pesadas cadenas de la carne se convierten en ligeras alas... Para siempre dejo el mundo de los mortales... Allá en el cielo... ¡Qué ventura tan indecible, Dios mio! Allá en el cielo... el dolor es breve, la alegría es sempiterna.

Y así diciendo, el venerable anciano cayó envuelto por las rugientes llamas; un grito espantoso resonó en las filas de los cautivos cristianos, los infieles respondieron con una carcajada de escarnio y de júbilo, y una fúlgida ráfaga de fuego semejante á una palma se dibujó en el espacio, como si marcase el luminoso rastro del espíritu del mártir al elevarse á la estrellada mansion de los justos.



XL.

EL AMANTE Y EL ESPOSO.



CUANDO Pelayo, Atanagildo, la mendiga y Eulogio se dirigieron á la habitacion de Gudila, este habia desaparecido en compañía de la hermosa Flor del Valle.—Despues que inútilmente le buscaron por todas partes, salieron de la torre á la hora en que la primera claridad del dia iluminaba el Oriente.—La mendiga, muy regocijada por la libertad de don Pelayo, se volvió á su cueva. Los dos mancebos llegaron al punto en donde Gumildo les aguardaba, y su alegría fué indecible al ver sano y salvo al valiente caballero, cuya suerte tanto tiempo habia ignorado.

Eulogio se convenció de que Gudila recelaba de él, á causa de la escena que habia tenido lugar aquel mismo dia, cuando el desdichado siervo sorprendió á su amada en brazos de su señor. Así fué como pudo esplicarse su ausencia, que sin duda habia verificado mientras que Dulcidio le relataba la trágica historia de aquella mansion maldita. A su vez el escudero no podia menos de recelarse alguna infamia de su señor, sospecha no infundada si se atiende su repentina partida, de la cual á nadie dió conocimiento; pues no habiendo en la torre mas servidores que Eulogio y Dulcidio, natural era que los hubiese llamado para que le prestasen los servicios necesarios y de costumbre en semejantes casos.

Pero lo que no podia atinar Eulogio era el punto hácia donde habria marchado su señor con la bella zagala, pues si bien Gudila habitaba en el castillo de Pamia, no era posible que allí se hubiese encaminado con tal compañía.

Sea de esto lo que se quiera, el caso fué que Eulogio se alejó por estraños y desconocidos senderos, despues de cambiar algunas palabras con don Pelayo. Parecia como si este le propusiese alguna atrevida empresa, y, á juzgar por sus ademanes de asentimiento, Eulogio aceptó la proposicion.

—Que no hagas falta, dijo don Pelayo.

—Descuidad, señor, que estaré allí, respondió el escudero.

Dichas estas palabras, don Pelayo, Atanagildo y Gumildo se encaminaron hácia el monasterio del Cristo de la Columna, santo y pacífico asilo que les convidaba con la meditacion y el reposo apacible de que gozan los corazones retirados del torbellino del mundo...

Era una hermosa noche de primavera.

En un ameno valle rodeado de montes se levantaba un castillo, cuya mole gigantesca iluminaban los blancos rayos de la plateada luna que lenta y magestuosa, como una reina coronada de estrellas, surcaba los límpidos espacios de los cielos.

Los vientos frios del norte se habian trocado en perfumadas brisas, y los turbios arroyos se habian convertido en cristalinas y parleras corrientes que servian de espejo donde se miraban retratados los árboles cubiertos con la espléndida pompa de su nueva y aterciopelada verdura. Todo yacia en silencio y soledad. No se escuchaba mas ruido que el suspirar de los vientos en el bosque.

En la plataforma del castillo habia una hermosa jóven contemplando con una especie de arrobamiento el magnífico espectáculo de aquella noche primaveral, resplandeciente de estrellas y embriagada de perfumes.

La dama tenia apoyada la megilla en una mano y tendia sus ojos hermosos y tristes por toda la estension del ancho valle con ademan profundamente pensativo. Otras veces fijaba en la luna sus miradas y parecia preguntarle por el objeto de sus amores. Durante largo tiempo vió cruzar por su fantasía las doradas vi-

siones de los mágicos ensueños de su juventud. La infeliz señora cuando mas próxima estaba á ver sus cándidas sienes ceñidas con la corona de verdes mirtos y encendidas rosas que el amor le prometiera, logró tan solo una fúnebre guirnalda de mustio ciprés, que le ofreció la descarnada mano de la muerte. El sol de su esperanza se convirtió en una antorcha funeraria, sus nacaradas y luminosas ilusiones habian ido á perderse en el lóbrego recinto de una tumba.

Al fin la hermosa jóven exhaló un profundísimo suspiro, diciendo:

—¿Cómo ha de ser? ¡Dios no lo quiso!

Y dos lágrimas se desprendieron de sus ojos.

En seguida se dirigió hácia un sitial junto al que se veia un arpa. La jóven reclinóse en el taburete y comenzó á preludiar en el instrumento, que á impulso de sus torneados dedos brotaba melodías impregnadas de sin igual ternura y tristeza.

¡Producia un efecto tan mágico aquella música en el silencio de la noche! Diríase que era el himno de gratitud que entonaba el solitario valle á la melancólica luna en sus horas de misterio.

Hay séres tan felizmente organizados, que para ellos la naturaleza es un manantial inagotable de puras emociones. Para un corazon apasionado, para un alma poseida de amor sublime, la creacion entera es objeto de su ternura, porque en todas partes mira y oye la sombra querida de sus ilusiones: el objeto amado es el centro del sentimiento, el foco de la actividad, el torrente de la ternura que despues se estiende á todo el universo, porque en el rio, en el monte y en el valle se presenta á nuestros ojos la refulgente imágen del ser á quien se adora.

Una de estas organizaciones privilegiadas era Gaudiosa, en estremo sensible á los encantos de la naturaleza. La infeliz doncella se habia visto obligada á unirse para siempre á un hombre cuya ruindad é infamia nunca podia sospechar en toda su estension, por mas que siempre le habia sido antipático. La hermosa virgen habia sido víctima de la mas negra trama. Ella estaba muy lejos de creerlo asi, y ciertamente para ella era un bien el ignorarlo. Mucho padecia al comprender que Gudila era

un hombre vulgar y despreciable comparado con el hijo de Favila; pero ¡cuánto no habria padecido al saber con seguridad la hipocresía y vileza que abrigaba el corazon de su esposo!

A la sazon don Iñigo se hallaba casi completamente restablecido de su herida, habia dejado el lecho y parecia haber recobrado su primitiva salud; pero la enfermedad del conde era incurable, pues consistia su debilidad estremada en su edad decrépita.

La infeliz Gaudiosa pasaba las noches en mortal desvelo, su salud se habia quebrantado, y su única esperanza la cifraba en que muy pronto volaria á los brazos de su malogrado amante. Los recuerdos la ascsinaban, todos sus ensueños se habian disipado, y la triste y amarga realidad, como una montaña de hielo, oprimia su sensible corazon, enteramente consagrado á la memoria de su hermoso y valiente caballero, ahora despojo de la muerte, segun creía la enamorada jóven.

Abrumada por sus pesares, oprimida por sus recuerdos y amorosas imaginaciones, buscaba y apetecia la soledad y el retiro, bien así como la viuda tortolilla se retrae á lo mas apartado del bosque para exhalar en roncos arrullos lastimosas querellas.

En la primavera de los años, cuando la inestinguible hoguera del amor devora el alma, se esperimenta siempre un suave anhelo, una inquietud á la vez deliciosa y triste, que hace palpitar el corazon y arrasarse los ojos en lágrimas allá en las tranquilas horas de la tarde, cuando en la selva umbria oculta el sol su encendida cabellera. Y es el manantial del sentimiento, el perfume de la juventud, la llama del amor que se refleja en sí misma cuando no tiene un objeto en quien prodigar todos los tesoros de su ternura.

Así, pues, Gaudiosa esperimentaba la necesidad de desahogar sus penas respirando el aire libre, contemplando los cielos y entonando tristes endechas al modo que el ruiseñor enjaulado para divertir sus dolores exhala melancólicos trinos.

La jóven cantaba la siguiente letra:

¡Ay! Para siempre
Nublóse el cielo,
Ya no hay consuelo
Para mi afan.
Huyó mi dicha
Cual flor tronchada
Y arrebatada
Del huracan.

—

Ora llorando
No hallo reposo
Con el esposo
Que nunca amé.
Solo el guerrero
Que yo queria
¡Ay! merecia
Mi eterna fé.

—

¡Cómo vuelan las horas hermosas
Que nos miente la vida en la infancia!
¡Cuál se pierde la suave fragancia
De las flores primeras de amor!
Yo infeliz abrigára en mi pecho
Dulce llama que al pecho devora,
Y buscando la imágen que adora
Solo encuentra silencio y dolor.
Noches bellas de luna apacible
En que el alma dichosa creía
Realidad que engañar no podia
Sus delirios y dulce anhelar.
¡Ay! pasásteis, momentos amados,
Cual fantasmas que huyeron veloces,
Cuál el viento disipa las voces
De mi triste y lloroso cantar.
¿Qué se hicieron mis plácidos sueños?
¿Dónde huyó mi feliz desvarío,
Que ha dejado mi pecho vacío

Del encanto de dulce ilusion?
Los recuerdos tan solo me agitan,
Los recuerdos que el alma destrozan
Y crueles tiranos se gozan
Contemplando mi eterna afliccion.
  Viste el valle su pompa sombría,
Nace alegre feliz primavera,
Canta el ave en la verde pradera,
Todo el mundo respira placer.
Yo entre tanto afligida suspiro,
Que si pierde sus flores el alma
Nunca vuelve á su plácida calma;
Solo encuentra pesares do quier.
  ¿Qué me importan las galas del mayo?
¿Qué me importan las noches de estío
Ni el murmurio apacible del rio,
Si el doncel de mis sueños murió?
Ya las flores perdieron su aroma,
Por do quiera que miro hay abrojos,
Llanto solo ya queda á mis ojos
Al recuerdo del bien que pasó.

—

  Ora llorando
Mi triste suerte
Solo en la muerte
Pongo mi fé.
  Amado mio,
Dejaste el suelo;
Mas yo en el cielo
Te encontraré.

La hermosa jóven terminó su canto lanzando un profundísimo suspiro. Su voz era tan suave como el murmurar de los céfiros entre las flores. Lentamente se fueron estinguiendo las últimas vibraciones del arpa como un misterioso quejido de amor. Y Gaudiosa permaneció abismada en sus tristes recuerdos, muy agena de que nadie hubiese podido oir en la torre el eco de su canto dolorido.

De repente apareció una sombra. Los rayos de la luna se reflejaron en una resplandeciente armadura, Gaudiosa se levantó ligera como una cervatilla, exhaló un grito y se dispuso á retirarse. El caballero se adelantó diciendo con un acento de inesplicable ternura:

—Soy yo, amada Gaudiosa.

Aquí renunciamos á pintar. Figúrese el lector qué impresion tan profunda no produciria en la enamorada jóven la voz y la presencia de su querido Pelayo. Despues que la desdichada se hubo convencido de que no era víctima de una pesadilla mentirosa, esclamó retorciéndose las manos de dolor:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Qué es lo que he hecho? ¡Cuán desgraciada he nacido!

—No comprendo, bella Gaudiosa, por qué causa tanto te sorprendes de mi venida. Fácilmente concibo que, como en otra ocasion, haya llegado á tus oidos la noticia de que habia dejado de existir; pero tambien como entonces, ha sido ahora falsa la nueva de mi muerte...

—¡Gracias, Dios mio, porque os habeis dignado conservar su preciosa existencia! esclamó Gaudiosa con un doloroso arrebato, fijos los ojos en el cielo y cruzadas las manos sobre su seno palpitante.

Y atónita, aunque agradablemente sorprendida, refirió al héroe la funesta nueva que le habia llevado un pastor de aquellas sierras, así como tambien las prendas que de su parte le habia entregado.

Pelayo al oir semejante narracion se creyó víctima de un ensueño.

Es cierto que habia echado de menos las dulces y queridas prendas, símbolo del amor y emblema del juramento solemne de Gaudiosa, que habia prometido á su amante ser esposa de Jesucristo antes que serlo de ningun mortal. Pero el confiado mancebo habia atribuido la desaparicion de aquellas prendas al estado lastimoso en que le constituyó el bárbaro golpe de Eulogio, si ya no es que al pasar el rio Sella, ó durante la terrible noche de su fuga de Gijon, habian podido estraviársele la trenza y el anillo. Así pensaba Pelayo; mas cuando supo que Gaudiosa habia recibido aquellas prendas con el falso mensage de

que le habia hablado, comprendió desde luego que todo habia sido artificio del ruin Gudila para conseguir la mano de la bella Gaudiosa.

—¡Gudila es mi ángel malo! esclamó. Él pagó el puñal de un asesino cuando en Santa Olalla murió un buen guerrero, á quien tomaron por mi persona, y despues, el dia que te arrebató Gudila en las márgenes del Sella, recibí una herida mortal, y cuando acordé me hallaba aposentado en un profundo y negro calabozo.—Fui cuidado con esmero y restituido á la vida por la caridad y remordimientos que esperimentó el asesino, quien trató de lavar su crimen con las mas cariñosas atenciones... ¡Oh! El conde Gudila es el mas ruin y miserable de todos los hombres.

Y Pelayo refirió á Gaudiosa el rapto de Flor del Valle, que habia sumergido á Eulogio en la mas profunda tristeza.

—El ruin Gudila, añadió Pelayo, mide el corazon de los demás por la vileza del suyo propio. Tal vez creería el miserable que asi iba á conseguir su intento, ignorando que tú me habias prometido primero ser monja que esposa de ningun mortal. De todas sus ofensas ¡bien lo sabe el cielo! de todas las ofensas que me ha hecho ese mal caballero, ninguna me ha inspirado tanto desprecio como la villanía de creerte capaz de darle tu mano: ¿Creerá tal vez ese infame que todos son tan ruines como él?... ¡Ah, querida Gaudiosa! Tan solo anhelo encontrarlo para saciar en su sangre la hidrópica sed de mi venganza...

La desolada hija de don Íñigo exhaló un ahogado sollozo y se cubrió el rostro con ambas manos al escuchar las palabras de su amante, que habia puesto en su amor una confianza sin límites, una fé tan ciega como la que ponemos en Dios en la hora de la desgracia.

Don Pelayo no sabia cómo esplicarse la tristeza y retraimiento de su amada. El infeliz caballero dudaba de todo el mundo antes que de la vírgen á quien habia consagrado todo su cariño. Asi es que primero habria temido verla con el velo de las vírgenes del Señor, que esposa del mónstruo que habia tratado de asesinarle en dos ocasiones.

El mancebo se encaminó hácia la hermosa con aire triste y apasionado diciendo:

—¿Es posible, amada de mi corazon, que en el momento mismo en que volvemos á vernos y pueden realizarse todas nuestras esperanzas, te encuentre tan meditabunda que casi imagino que te es enojosa mi presencia? Deja, amada mia, deja que me entregue con delicia al placer de contemplar tus bellos ojos... Dios ha querido libertarme de las asechanzas de mis enemigos, una ventura inefable nos sonríe, yo seré tu esposo, podré llamarte mia... ¡Oh Dios del cielo y de la tierra! ¡Qué felicidad!...

Y así diciendo, Pelayo tomó la nevada mano de Gaudiosa para estampar en ella un beso de fuego; pero la jóven, haciendo un esfuerzo sobrehumano, levantóse y dijo con un ademan que casi rayaba en desdeñoso:

—Retiraos, caballero, mi honor no me permite prolongar por mas tiempo esta entrevista.

—¡Gaudiosa! ¿Estás en tí?

—Retiraos, os suplico... Yo soy la esposa de Gudila, y no puedo consentir que mi reputacion padezca hablando á solas con don Pelayo en este sitio y en las altas horas de la noche... ¡Retiraos!

Cien rayos que se hubiesen desplomado sobre el castillo de Pamia, no habrian aterrado tanto al valeroso hijo de Favila como semejante revelacion.

Palideció espantosamente, sus ojos parecian querer saltársele de sus órbitas, crispó sus puños, rechinaron sus dientes, ahogó un rugido dentro de su pecho destrozado, y durante largo tiempo reinó el silencio mas profundo. Don Pelayo no sabia qué decir, ni qué pensar, ni dónde se hallaba. Le parecia que no habia oido bien, ó que se encontraba bajo el influjo de una espantosa pesadilla.

Gaudiosa, al fin, rompió aquel silencio doloroso y prolongado, diciendo:

—Os ruego encarecidamente que me libreis del suplicio de esta situacion, tiemblo por vuestra seguridad... Si mi esposo llega á veros... Id con Dios, Pelayo.

El jóven, pasados los primeros momentos de su inesplicable turbacion, elevó sus ojos al cielo, pasó la mano por su frente y, gracias á uno de esos esfuerzos sobrehumanos de que solo

son capaces los corazones estremadamente altivos y pundonorosos, consiguió dominar el torbellino de emociones que le agitaba y aparecer tranquilo, por mas que en lo íntimo de su pecho se escondiese el dolor mas inmenso, la rabia mas desesperada, los celos mas atroces y amargos que jamás han envenenado un corazon humano.

Gaudiosa se disponia á alejarse de aquel sitio; pero el jóven se le interpuso diciendo:

—Te estoy mirando, he oido lo que me has dicho, y aun me parece mentira... Y no creas que por mí lo siento tanto como por tí misma... ¡Oh! ¡Has caido tan bajo! ¿Es este el ángel de luz que alumbraba mi camino? ¡Quién creyera que habia de verlo caer en el cieno!... ¡Dios mio! ¡Qué horror!...

—Permitidme, caballero...

Don Pelayo la detuvo con un gesto imperioso.—Luego continuó con un acento tal de despecho é ironia al mismo tiempo, que es mas fácil comprenderlo que describirlo:

—Despues de mis pasadas amarguras, yo me arrojé en las luminosas regiones de tu amor como la atrevida nave que tiende sus velas al soplo de los vientos y se engolfa en la mar serena, muy distante de que la tempestad pueda hinchar las olas y estrellarla contra los ásperos escollos. Yo imaginé que el cielo, compadecido de mis penas, me enviaba en Gaudiosa un lucero que me guiase en mi camino, una flor que embelleciese y perfumase mi existencia, un ángel de amor con quien soñaba remontarme en blandas nubes de oro á los espacios azules de la esfera celestial. Yo te veia en mis sueños vestida de blanco como estás ahora, la sien ceñida de cándidos jazmines, bella como la virtud, la verdad y la creacion, pura como el alma de un niño, como la sonrisa del alba, como el encendido capullo de la rosa que fia sus perfumes á las frescas brisas de las mañanas del abril florido... Yo te creia amante como la tórtola, veia llorar tus hermosos ojos en mi ausencia y elevar al cielo tus oraciones porqué me libertase de tantos y tan continuos peligros como han amenazado mi existencia... Pero ¡ay! el bajel desarbolado y roto de mis amores en que iban mis mas bellas esperanzas se ha hecho pedazos contra las heladas rocas del desengaño, y la perfidia en sus arenosos bajios ha sepultado para

siempre mis nacaradas ilusiones... ¿Mas por qué me quejo? ¡Ah! ¡Yo era un insensato! ¿Quién me mandaba á mi tener una opinion tan firme, una fé tan incontrastable y ciega de lo noble, entusiasta, leal y puro del amor de una jóven á quien yo creia como ninguna, y que al fin es como todas? ¡Ah! El amor ardiente y apasionado, la aureola de luz conque yo engalanaba tu frente no estaba en ti, no... Era mi imaginacion fogosa la que te prestaba una constancia y una ternura que no tienes ni has tenido. Yo juzgaba por mi corazon el tuyo. ¡Cuánto me engañaba!

—Por el amor de Dios te pido, Pelayo, que no destroces mi corazon...

—Es que me has engañado villána y ruinmente.

—¡Oh! Nunca, amado mio; yo no te he engañado, yo siempre... Sí, te lo digo sin rebozo, yo siempre te he querido y te querré eternamente... Pero huye de aquí.

—Te juro que no saldré de esta torre hasta que no haya averiguado la causa que ha podido hacerte obrar de una manera tan poco digna de tí... Yo renuncio à todos mis dulces proyectos de union dichosa entre nosotros sin que me cueste gran violencia; pero no puedo resignarme á mirarte con el profundo desprecio que mereces... Justifícate, Gaudiosa, di una palabra que pueda volverte á mi estimacion ya que para siempre se ha marchitado la flor de nuestros amores.

—¡Oh! murmuró para sí la hermosa. Su dolor sería mas cruel si supiese la verdadera causa de mi matrimonio, que ha sido un inmenso sacrificio que hice por mi padre, á quien creí moribundo... Tal vez su orgullo ofendido le haga olvidar mas pronto sus amarguras...

—¿Qué dices? ¿No quieres responderme?

—Solo tengo que decirte que por mi propia voluntad entregué la mano de esposa á Gudila.

Gaudiosa pronunció estas palabras afectando una energía y entereza que helaron al afligido caballero.

—Bien está, repuso don Pelayo con una ironía terrible: yo saludo y felicito á la alta y poderosa condesa Gaudiosa, digna esposa del muy *noble y leal* conde Gudila.

—Por el amor de Dios te pido, Pelayo, que no destroces mas mi corazon.

—¿Te acuerdas, continuó implacable el jóven, te acuerdas del juramento solemne que me hiciste cuando nos vimos cerca de este castillo?

—Sí, me acuerdo.

—¿Y cómo, en vez de tomar el velo, te encuentro la esposa del mas despreciable de los hombres?

—¿Y qué quieres?—Ya no tiene remedio...

Don Pelayo hizo un movimiento de desden y cólera, y se preparaba á responder; pero en aquel mismo instante se oyeron pasos muy próximos, poco despues apareció una figura en la plataforma del castillo, y se oyó una voz que decia atropelladamente:

—¡Señora! Vuestro esposo ha salido de su aposento, se ha dirigido al de vuestro padre, y me temo que suba á este sitio...

—¡Qué desgracia! interrumpió Gaudiosa.

—Al contrario, es una felicidad, dijo Pelayo.

—Tened en cuenta que ya es mi esposo...

—No olvideis, señora condesa, que vuestro esposo es mi rival, y si no ha sido mi asesino, ciertamente que no le han faltado vehementísimos deseos...

—¡Oh! ¡Ya está ahí! esclamó Clotilde.

—Esos pasos...

—Sin duda son del conde Gudila.

—¡Gracias á Dios que al fin podré verlo una vez frente á frente! dijo Pelayo con el júbilo de un hombre que anhela vivamente quejarse de su enemigo.

En este momento apareció un hombre en la plataforma de la torre, y Pelayo se adelantó hácia él con la espada desnuda.

—¿Qué haceis aqui, señora? preguntó una voz imperiosa.

La hija de don Iñigo guardó silencio.

—¡Mal caballero! ¡Cobarde asesino! esclamó el amante precipitándose sobre el esposo.

Gaudiosa y Clotilde lanzaron un grito terrible.



CAPITULO XLI.

CONTRASTE.



ÁCILMENTE se habrá esplicado el lector la presencia de don Pelayo en el castillo de Pamia. Ya sabemos que al separarse de Eulogio hizo á este una proposicion que aceptó desde luego, y se reducia á proporcionar al noble paladin que penetrase en la mansion de su amada. El escudero, pues, aguardó á don Pelayo en el punto en que de antemano habian convenido, es decir, en el bosque cercano á la antigua fortaleza. Grande fué el placer del venerable abad Ervigio cuando vió sano y salvo al valiente hijo de su antiguo compañero Favila; pero este contento fué emponzoñado por la consideracion del terrible golpe que le aguardaba. ¡ Cuánta no sería la amargura de Pelayo al saber que su amada era esposa de Gudila, de su mas implacable enemigo! El discreto abad comprendió que lo mas prudente era dilatar todo el tiempo posible el participarle tan funesta noticia.

Cuando Pelayo, al tercer dia de habitar en el monasterio, se decidió á asistir á la cita que le habia dado á Eulogio, comunicó su proyecto á su amigo Atanagildo, quien le suplicó encarecidamente le permitiese acompañarle. El enamorado mancebo resistióse en un principio, alegando que pensaba ir absolutamente solo; pero al fin se rindió á los deseos de Atanagildo, y al oscurecer partieron ambos del monasterio, pretestando que un asunto urgente y reservado les obligaba á ausentarse por aquella noche. Gumildo, por su parte, se limitó

á obedecer las órdenes de los caballeros, quienes le habian dicho estarian de vuelta al dia siguiente.

Encamináronse los dos amigos hácia el bosque de Pamia, en donde ya les estaba esperando Eulogio, y los tres se dirigieron al castillo. El escudero de Gudila tenia en su poder la llave del postigo, así que nada era mas fácil que la introduccion de don Pelayo, á quien trató de prestar ayuda el amante de Flor del Valle, seducido y arrastrado hácia el jóven héroe por una irresistible simpatía, dependiente acaso de su arrepentimiento por sus antiguos crímenes, que ahora parecia querer borrar á fuerza de solicitud y adhesion hácia Pelayo.

¿Sería el instinto de que era enemigo encarnizado de Gudila el valiente jóven, y de que por medio de su brazo habia de lograr su anhelada venganza, lo que á Eulogio le impulsaba á secundar todos los deseos de Pelayo? Casi estamos por asegurar que una causa mas noble, no tan egoista, pero no por eso menos irresistible, era la que conducia á aquella tosca organizacion á servir y complacer lealmente al gallardo mancebo. Esa atraccion misteriosa, ese prestigio inesplicable que vulgarmente suele espresarse cuando se dice *«tiene buen ángel,»* era lo que hacia que el escudero se prestase á todas las exigencias de Pelayo, á quien miraba con cierta veneracion, nacida tanto de su generosa índole como de su galana apostura, puesto que hasta la belleza influye en esta clase de simpatías, por mas que á primera vista esto parezca trivial ó dudoso.

El escudero temia tanto entristecer al amante de Gaudiosa, que no se habia atrevido á participarle la infausta nueva del casamiento de aquella con Gudila, porque consideraba hasta qué punto seria inmensa la afliccion del caballero. No obstante, conociendo que al fin tendria que saber la verdad de aquel suceso lamentable, hizo que Dulcidio estampase en un pergamino el hecho y las circunstancias que le habian acompañado, es decir, la violencia de que habia sido víctima la jóven y el sacrificio que habia consumado en obsequio de la voluntad de su pádre.

Y ya que verbalmente Eulogio no habia querido transmitir á Pelayo tan desgarradora noticia, le entregó el pergamino en que se hallaba contenida, lo cual verificó pocos momentos antes

de llegar á la poterna del castillo de Pamia. Pelayo, si bien esperimentó alguna curiosidad, dilató el leerlo guardando el escrito, muy ageno de sospechar lo que en él se le participaba.

Precisamente los dos amigos y el escudero llegarón al pié de la fortaleza en el instante mismo en que la desolada Gaudiosa entonaba en la solitaria torre su doliente y tristísimo cantar. Atanagildo quedóse aguardando fuera con el troton de Pelayo; este y el escudero penetraron en la fortaleza, y despues que Eulogio hubo guiado al paladin hácia la escalera que conducia á la plataforma, se encaminó al aposento del conde don Íñigo, arrojándose á sus piés y revelándole todos los terribles misterios de la Torre maldita del Heredero, la falsa muerte de Pelayo, los diversos conatos que Gudila habia abrigado de asesinar al jóven guerrero, el trato cruel y la prision espantosa en que durante tantos años habia gemido Theudiselo, padre del esposo de Gaudiosa, y por último le refirió tambien el rapto de Flor del Valle.

Es increible el efecto que semejantes revelaciones produjeron en el ánimo del infeliz conde don Íñigo, que entonces, aunque tarde, comprendió todo el daño que su cariñosa obstinacion habia causado á su hermosa cuanto desgraciada hija. En aquel momento, de seguro que hubiera preferido mil veces haber muerto antes que padecer el suplicio de considerarse el autor de la eterna desdicha de Gaudiosa. Entonces se arrepintió de la especie de violencia que habia ejercido sobre la encantadora jóven, á la par que lamentaba no haber conocido á fondo al generoso mancebo, al caballero leal, al noble y valiente Pelayo, á quien siempre habia mirado con cierta prevencion tan absurda como inmerecida. Tarde, muy tarde llegó á conocer que el instinto, que el sentimiento, que la impulsion irresistible de su hija obraban con mas seguridad y acierto que su mal entendida prevision.

Fácilmente se comprenderá que Eulogio exigió del conde don Íñigo que guardase respecto á su señor el mas profundo é inviolable secreto acerca de la persona que le habia revelado tan espantosos misterios; pues como tendremos ocasion de conocer mas adelante, el escudero pensaba vengarse de una manera

terrible, y por lo tanto le convenia en lo posible conservar la confianza de su señor.

Mientras que esto sucedia en el aposento de don Íñigo, el pérfido Gudila habia reconocido á don Pelayo, cuya presencia causó en su ánimo una impresion inesplicable. Le parecia que era un espectro que desde el misterioso reino de la eternidad habia vuelto á la vida por arte maravilloso para saciar en él una terrible y merecida venganza.

Asi es que cuando le hubo reconocido Gudila, durante algunos instantes quedóse mudo de estupor sin acertar á comprender la inesperada aparicion del caballero. ¡Tanto se habia acostumbrado á la idea de que Pelayo habia dejado de existir!

El ofendido campeon, ceñudo y fiero como un Marte, se arrojó á su enemigo gritando al ver su inmovilidad:

—¡Defendeos!

—¡Vos aqui! esclamó Gudila estupefacto.

—¿Lo estrañais? En verdad que por vuestra voluntad no me hallaria en este sitio, y habeis hecho cuanto ha estado á vuestro alcance para acabar con mi vida... Ahora yo os pagaré en la misma moneda... ¡Miserable asesino!

Pasado el primer momento de su sorpresa, el esposo de Gaudiosa esperimentó un sentimiento inesplicable de rabia y de celos. Gudila era ante todo orgulloso, cualidad que en determinadas circunstancias le impedia aparecer como cobarde. Asi es que, celoso é iracundo, aunque realmente poseido por el miedo, desenvainó su espada y se dispuso á acometer á su aborrecido rival.

Gaudiosa y Clotilde se interpusieron lanzando agudos gritos; pero sus esfuerzos fueron inútiles para evitar el combate.

—Vamos al campo, dijo Pelayo.

—Sí, salgamos del recinto de esta torre.

En aquel mismo momento apareció en la plataforma un anciano que habia acudido al rumor de aquella escena. Era el conde don Íñigo.

—¡Deteneos! gritó este.

Su presencia y sus palabras fueron inútiles. Los dos implacables adversarios bajaron rápidamente las escaleras, atravesa-

ron los patios, y saliendo por el postigo, se encaminaron al sitio en que Atanagildo aguardaba pié á tierra teniendo de la brida á su caballo y al de su amigo.

—¡Espérame aquí! esclamó Pelayo. Cede tu troton á este caballero.

Y mientras que esto decia el noble hijo de Favila, cabalgó veloz como un torbellino sobre su alazan.

—Querido Pelayo, ¿qué intentas hacer?

—Si eres mi amigo, cede tu caballo á este hombre, aguárdame aquí, y no me preguntes mas.

—Pero...

—Hazme ese favor, Atanagildo.

Al ver este tan enérgica resolucion en su amigo y deudo, se encogió de hombros y entregó su caballo á Gudila.

Un instante despues se oyó el ruido de dos corceles que se alejaban al galope. Atanagildo, aunque estaba á pié, se decidió á seguir, si pudiese, la senda que llevaban los dos campeones, curioso de presenciar el duelo y dispuesto á ayudar á su amigo, caso de que Gudila intentase alguna traicion ó emboscada, cosa que á la verdad era muy propia de su carácter pérfido.

En tanto que ambos rivales se alejaban para satisfacer su rencorosa furia, Gaudiosa seguida de Clotilde se dirigió á su aposento. El conde don Iñigo la contempló pasar con un ademan tan doliente, que harto revelaba su arrepentimiento. Ahora aquel padre tenaz y poco discreto, si bien cariñoso y honrado, cogia el fruto amargo de la violencia que habia ejercido sobre el corazon de la hermosa y desdichada doncella. Ahora comprendia en toda su estension cuán criminal es el empeño de los padres en contrariar las inclinaciones de los hijos en cosas tan sagradas y trascendentales como lo es el tomar estado, de cuya acertada eleccion depende en lo sucesivo la felicidad de toda la vida. Don Iñigo lamentaba su importuna tenacidad en contrariar los deseos de Gaudiosa, rompiendo así los mas dulces vínculos de la naturaleza humana, pues de padre cariñoso se habia convertido en cruel verdugo de su hija, tan obediente, tán generosa y tan desdichada.

Don Iñigo se detuvo ante la puerta del aposento de la jóven,

que no dejaba de exhalar fatigosos suspiros. El arrepentido padre la escuchaba con el corazon traspasado de dolor.—Largo tiempo estuvo la infeliz Gaudiosa entregada á su llanto, y en vano la fiel Clotilde le prodigaba consuelos. Ella esperimentaba un pesar tan profundo, que solo podrá comprenderlo la vírgen que, llorando muerto á su amante en la guerra, toma el sagrado velo, y ya pronunciados los indisolubles votos, ve aparecer á su amado resplandeciente de hermosura y juventud, y cubierto de inmarcesible gloria.

Gaudiosa enmedio de su profunda pena se dejó caer en el lecho vestida como estaba, y Clotilde retiróse á un aposento contiguo. Al salir encontró al anciano conde, que le preguntó:

—¿Y cómo está?

—Parece que el sueño le ha proporcionado alguna tregua á sus dolores... ¡Ha sido un golpe tan terrible!

Don Íñigo despidió con un ademan á la doncella, y en seguida penetró en la estancia, procurando no hacer ruido.

Se hallaba el aposento opacamente iluminado por una lamparilla de plata que ardía sobre una mesa en el estremo opuesto adonde se hallaba la afligida jóven. En el suntuoso lecho se dibujaba un bulto blanco. Por una ventana situada junto á la bóveda penetraba un trémulo rayo de luna hiriendo la tersa y pálida frente de Gaudiosa. Su rubia cabellera esparcida sobre sus hombros la envolvia como una aureola de rayos de oro. Su cándido seno palpitaba con alguna agitacion, sus magníficas y profusas pestañas sombreaban sus megillas, y por sus labios de clavel vagaba una sonrisa de ángel, pero una sonrisa triste como el lamento del ruiseñor en el viudo nido del cual le han arrebatado á su amada compañera.

El anciano se colocó á la cabecera del lecho contemplando á su adorada hija con la misma espresion del avaro que en el silencio de la noche visita y cuenta su tesoro. El dolor del conde era acaso mas insoportable que el de Gaudiosa. El uno se arrepentia de su obra, la otra se habia sacrificado á la voluntad de su padre: este ahora estaba dispuesto á no permitir que aquella habitase ni un solo dia con su esposo, desde que supo de boca de Eulogio el horrible tejido de crímenes cometidos por el

hombre que sorprendido por su buena fé, le habia engañado tan astuta como ruinmente. Gaudiosa, al ver el abismo que para siempre la separaba de su amado, padecia de un modo cruel; pero su conciencia estaba tranquila y se resignaba como una mártir, en vez que su padre se desesperaba como un réprobo. ¡Oh! La tranquilidad de la conciencia es la primera condicion para soportar con grandeza y sublime brio las aflicciones de la vida.

La hermosa parecia agitada por un ensueño. Las imágenes de las escenas que habia presenciado le perseguian, y murmuraba á intérvalos algunas palabras.

—¡Oh!... Nunca lo he visto tan hermoso... ¡Es tan valiente!... ¡Tan noble y apasionado!... ¡Infeliz!... ¡Qué contraste! Mi amado llena el mundo con su fama, es un héroe, y mi esposo... un criminal... ¡Pelayo mio! ¡Cuán felices hubiéramos podido ser!... Pero tú encontrarás quien te adore, las mas hermosas se disputarán tu amor... ¡Oh! Verte en brazos de otra... ¡Qué pensamiento tan cruel!...

—¡Hija mia! esclamó el padre sollozando.

La jóven se despertó súbitamente, y creyendo acaso que sería su esposo quien allí presente estaba, dijo con un acento en que á la vez se revelaba indignacion y terror:

—¡Huid de aquí! ¿Quereis perturbar hasta mis sueños?

—Querida Gaudiosa, soy yo... Tu padre, que llora tambien tu infortunio.

—¡Padre mio! esclamó la hermosa jóven. No os habia conocido.—¿Pero cómo no os habeis recogido todavía?

—Hija de mi alma, el sueño ha huido de mis párpados, y la felicidad de mi corazon...

—Querido padre, ¿por qué os afligis?

—¡Y lo preguntas! ¡Ah! ¿tendrás valor para perdonarme? ¡Qué horror! Yo mismo te he sacrificado bárbaramente á mis caprichos...

—Por Dios, padre amado, que no adivino por qué me hablais asi. ¿No sois vos el dueño de mi vida? Yo os ruego que procureis tranquilizaros.

Y la generosa jóven estampó un dulce beso en la frente del

anciano y comenzó á sonreirle procurando guardar para sí todo su dolor.

—¡Alma noble y leal! ¡Cuán indigno de tí es el hombre á quien te he entregado!

—Os suplico que no hablemos de eso ahora. ¿No me dareis ese gusto, querido padre?... Mirad qué hermosa noche hace... Ved cómo la luna penetra...

—Perdóname, hija mia, interrumpió el anciano con el mas profundo desconsuelo, yo he sido tu verdugo, yo he asesinado tus ilusiones, yo he cortado en flor tus mas bellas esperanzas...

—¿Y de qué he de perdonaros?

—¡Ay! Es verdad... Los ángeles no guardan rencor, y mi Gaudiosa es un ángel... ¡Cuán desgraciada te he hecho!

—Yo estoy tranquila, padre mio; procurad vos tambien serenar vuestras inquietudes.

—No, no... La palidez de tu rostro me condena. ¡Pobre niña! Yo te he arrebatado para siempre la alegría de tu vida y he vestido con un fúnebre crespon el santuario de tus amores. ¿Qué te queda ya sino llanto eterno? ¡Oh! No me maldigas, no maldigas á tu padre, al autor de tu horrible desventura.

Y esto diciendo, el anciano conde se cubrió el rostro con ambas manos y comenzó á sollozar amargamente.

Gaudiosa le contemplaba con una ternura infinita y con una espresion de inesplicable tristeza. La melancolía que revelaba aquel hermoso y pálido rostro era resignada, y apacible y suave como la luz del crepúsculo, como el quejido de las auras, como el doliente sauce que herido por los últimos rayos del sol, inclina su abatido ramage sobre una tumba.

Reinó un prolongado silencio.

De repente don Íñigo se levantó como fuera de sí, y empezó á medir la estancia á largos pasos con aire ceñudo á la vez que pensativo.

Al fin esclamó diciendo con voz iracunda:

—¡Es un asesino! ¡Y mi hija es su esposa!... ¡Oh! Esa Torre del *Heredero* es la mansion maldita de estas montañas, y su dueño es el genio maléfico que ha venido á turbar mi reposo...

Pero yo pondré remedio, yo mismo te libertaré de ese mónstruo, puesto que yo fuí quien te impulsó á que para siempre llorases sin esperanza de consuelo... ¡Hija mia! añadió el conde enternecido.

—¿Y qué vais á hacer? ¿Intentareis acaso igualaros á Gudila? Lejos de nosotros semejantes pensamientos; el crímen siempre va preñado de remordimientos y desventuras; ya que Dios ha querido enviarnos tantas penas, invoquemos su ayuda, y la triste y noble resignacion alentará nuestro espíritu para soportar dignámente el grave peso de nuestras aflicciones.

—La voz pura de los cielos sale de tus labios, hija mia. El instinto de la mujer, ahora lo conozco, jamás se engaña respecto á sus amores, una voz secreta le dice que es comprendida, y una aversion inesplicable le manifiesta que el hombre á quien rechaza será el orígen de su desdicha, si llega á unirse con él... Tú amabas á Pelayo y á mí me habia seducido Gudila... Ahora comprendo que tu amor era mas astuto y sabio que mi esperiencia...

Luego el conde y Gaudiosa no pudieron menos de ocuparse de la suerte de Pelayo y Gudila, que tan airados y sin que nada bastase á detenerlos se habian lanzado ál campo para satisfacer su encono.

Cuando ya se encontraron solos á alguna distancia del castillo, Pelayo desenvainó su espada y se precipitó furioso sobre su ruin enemigo. Era tal la osadía, el brio, la fiereza que brillaba en los ojos y en todo el continente del irritado mancebo, que el cobarde Gudila sobrecogido de espanto dióse á correr sobre su caballo veloz como una exhalacion y tímido como el ciervo acosado por los sabuesos. Pelayo fuera de sí le perseguia; pero inútilmente. Gudila atravesaba llanuras, saltaba arroyos, subia montes, salvaba precipicios y corria como un cobarde de la vengadora diestra de su adversario. Este le seguia el alcance con un encarnizamiento terrible, denostándole atrevidamente y provocándole en vano á la pelea.

La carrera fué tan violenta como prolongada, hasta que por último Gudila subió desatentado la cumbre de un alto monte, sobre la cual veíase una ermita. El pérfido caballero echó pié á

tierra y se encaminó rápidamente al santuario.—Pelayo pocos momentos despues se encontraba en la puerta con la espada desnuda, sudoroso, jadeante, altivo y amenazador. En el instante en que el héroe penetraba en la ermita se le apareció un anciano, cuya presencia produjo un efecto inesplicable en el ánimo del irritado mancebo.

El cobarde Gudila se habia colocado detrás del ermitaño como implorando proteccion y auxilio contra su enemigo.

—¡Deteneos y respetad la casa del Señor! dijo el anciano cenobita interponiéndose entre el perseguidor y el perseguido.

Pelayo se detuvo al oir aquella voz, que le era muy conocida.

—¡Amasvindo! esclamó estupefacto.

—¡Noble Pelayo! ¿Adónde vais?

—A saciar mi venganza en ese miserable, que ha intentado asesinarme por dos veces, y me ha arrebatado villanamente el amor de una mujer querida.

Y en breves palabras el jóven refirió al ermitaño los justos motivos de resentimiento que abrigaba contra aquel malvado.

Apenas terminó el jóven su apresurado relato, cuando dejó lugar á la sorpresa que le causaba aquel inesperado encuentro. El venerable Amasvindo, es decir, el hermano del conde don Julian, despues de la invasion de la España se dirigió hácia los montes cántabros al frente de la comunidad de la Abadía de *Benevivere*. En la penosa y lenta trávesía en varias ocasiones fueron escarnecidos por los infieles, muchos monges fueron muertos, y los demás se fueron acogiendo á los asilos sagrados ó monasterios que encontraban al paso, pues en un solo convento no podia admitirse comunidad tan numerosa.

Un dia subió solo Amasvindo á la santa y gloriosa cumbre del monte Auseba, y en una especie de gruta convertida en ermita vió á un solitario vestido de tosco sayal, con la imágen del Crucificado estrechada contra su pecho, y murmurando fervorosas oraciones. El santo anacoreta abrió los ojos al verle, y esclamó con acento regocijado: «¡Gracias á Dios que ya puedo morir, pues acaba de llegar mi sucesor.» El antiguo ermitaño espiró dichas estas palabras, y Amasvindo, como iluminado por ellas, adoptó la resolucion de entregarse en aquel sitio á la vi-

da contemplativa, á la vida del espíritu, relajando sus cadenas por medio de ásperos cilicios, ayunos y penitencias.

Don Pelayo, no obstante la sorpresa y placer que le causó la vista del buen Amasvindo, estaba tan exacerbado contra Gudila, y le habia ofendido este de una manera tan villana y ruin, que el brioso mancebo hizo un ademan para internarse en el santo recinto donde el esposo de Gaudiosa se hallaba retraido, pálido como el reo ante el suplicio, los ojos desencajados y fijos alternativamente en el guerrero y en el ermitaño.

—¡Noble hijo de Favila! ¿Qué intentais? preguntó gravemente Amasvindo.

—Os suplico que hagais salir á ese foragido.—Vos no sabeis hasta qué punto es acreedor al castigo mas horroroso.

—No hay ningun pecador que Dios no pueda perdonar en su infinita misericordia.

—Es un vil asesino.

—¿Y qué importa?

—Me ha arrebatado la felicidad de toda mi vida.

—La verdadera felicidad está en la otra.

—Es un traidor.

—Jesucristo perdonó á Judas, y sabia el crímen que iba á cometer.

—¡Es un parricida!

El ermitaño hizo un movimiento de horror.

Al cabo de algunos minutos dijo con voz reposada:

—Dejad que Dios lo castigue, su justicia es omnipotente: pero á los hombres solo les es dado cumplir la sagrada ley del Evangelio:—«*Amad á vuestros enemigos.*»—¡Querido Pelayo! El hombre que sea capaz de proteger á los que le persiguen y de rogar por los que le calumnian, ¿no será el mas proximó al divino modelo que quiso realizar sobre la tierra el Hijo de Dios?... ¡La venganza! ¿El rey don Rodrigo no os hizo tanto daño como pudiera este desdichado? Y sin embargo, fuisteis noble y generoso, y grande ofreciéndole vuestra espada contra los infieles. Acordaos de la Abadía de *Benevivere*, allí dijisteis que la virtud y la patria eran lo primero. Entonces acudísteis al llamamiento de la España, ahora os convida la generosidad; y ¿os faltará el valor? Tuvísteis el heroismo de la espada en el

Guadalete; y ¿sereis incapaz del heroismo de la virtud en Covadonga?

—Ese hombre es un infame, insistió Pelayo furioso.

—¿Conque tán vehementemente anhelais la venganza?

—No es venganza, sino castigo.

—Solo Dios tiene el deréchо de castigar tales crímenes.— Además, querido Pelayo, recuerdo que en cierta ocasion, reconviniendo á vuestro amigo Sisebuto y á mi hermano Julian acerca de la cruel venganza que pensaban tomar del rey don Rodrigo, vos aprobásteis mis consejos. Entonces os saludé con el respeto debido á un justo y á un héroe, porque entonces vos pensábais como yo que la «venganza tiene dos caras, que sonríe por delante y llora por detrás, que el orgullo la busca y la conciencia la huye, que para la ira es pronta y para el arrepentimiento tardia, que la paz del corazon la abandona y el remordimiento la sigue, el remordimiento, que es la venganza que Dios envía al alma del vengativo.»—Esto pensábais entonces. ¿Cómo ahora habeis mudado de parecer? Acaso en lugar de ser cada dia mas grande y generoso, pensais ser mas pequeño y ruin? ¡Oh noble Pelayo! Mostraos siempre como cumple al héroe inmortal que ganó fama eterna en la batalla del Guadalete. Unid la generosidad al valor, y tened presente que si la dicha y la tranquilidad de la conciencia siempre sigue al que obra con rectitud, á un hombre como vos debe exigírsele que obre con heroismo. Ya sabeis mi máxima: «cuanto es mas alto el árbol, debe exigírsele mas sombra y mas fruto.»

El noble Pelayo no pudo menos de sonrojarse cuando el buen Amasvindo le recordó la escena de la Abadía de Benevivere, en la que se condujo con toda la bondad de un ángel y el valor de un guerrero. Ahora, sin embargo, el infeliz mancebo esperimentaba una repugnancia invencible á perdonar á su encarnizado y pérfido enemigo. Acaso en esta ocasion habia el jóven perdido completamente la esperanza de ser amado y dichoso, porque á medida que se adelanta en la rápida pendiente de la existencia, el huracan ruge mas desencadenado, y los celages del porvenir, que antes aparecian nacarados y brillantes, ondean luego en el brumoso horizonte como luctuosas banderas. Así, pues, el mancebo habia caido en una afliccion tan grande

como su ira, la flor de su esperanza se habia deshojado, y este naufragio de sus ensueños de oro habia despertado en su combatido pecho una sed inestingible que solo pudiera aplacar la sangre del vil Gudila, del ángel de tinieblas que habia estendido sobre el luminoso jardin de su vida una noche profunda como un abismo, solitaria como un desierto, silenciosa y fria como la losa de un sepulcro. Después de su amarga y dolorosa desilusion, su alma se parecia al abrasado arenal que no brota ni un arbusto, ni una flor, ni una fuente, pero en que se albergan los ponzoñosos reptiles del odio y la venganza. En tal estado de amargura y encono se hallaba el noble mancebo, que á pesar de su hidalgo carácter no podia renunciar al vengador impulso que le animaba. ¡Tan cierto es que la sinrazon y la perfidia pueden envenenar y enfurecer la condicion mas apacible y generosa!

El fiero paladin, pues, hizo un esfuerzo para lanzarse sobre Gudila. Este se inclinó pálido, confuso y abatido, murmurando:

—¡Perdon!

El hijo de Favila fijó sus ojos centellantes en su abyecto enemigo, que ahora se humillaba como un reptil ante sus plantas.

No es posible esplicar lo que sintió Pelayo al ver la actitud humilde y temerosa de su rival. El valeroso guerrero estaba dotado de una altivez noblemente entendida, y era fuerte contra los soberbios y bondadoso para con los humildes. Nada podia hacerle mas daño al jóven que la vil abyeccion y el indigno miedo de su adversario. Pero comprendiendo que tan solamente la mas inesplicable cobardía, cuyo orígen acaso estaba en los remordimientos, era la causa de que así le demandase perdon, Pelayo hizo un gesto de soberano desden.

—¿Sois vos el que proscribia la venganza? dijo Amasvindo en tono de reconvencion.

Pelayo vacilaba.

—No cometais el crímen de la venganza cuando os piden perdon; debemos tener misericordia del prójimo, odiar al delito, pero compadecer al delincuente. ¿Quién será tan atrevido, quién podrá estar tan seguro de si que diga: de este agua no



LAM. 10.

"¡Pelayo! ¿Eres tú el que proscribia la venganza?"

beberé? ¿Quién sabe si mañana triste ó perseguido buscareis tambien un asilo en esta mansion?

Estas palabras produjeron un efecto inesplicable en el mancebo, y como en secreta profecía de lo que despues habia de sucederle, comprendió que la voz del ermitaño era el acento de la voluntad del Altísimo.

Pelayo envainó su espada, estrechó cariñosamente la mano de Amasvindo, y salió de la ermita murmurando:

—El verdadero heroismo consiste en vencerse á sí propio; el que es dueño de encaminar sus acciones al bien, es el único que puede tener el derecho de atraer á los demás hácia todo lo grande y lo bueno... ¡Adios, amores, dulces devaneos del alma, plácidos ensueños de la juventud, adios para siempre!... Huyeron las rosas, quedaron las espinas; pero el hombre en todo tiempo puede ser grande cumpliendo sus deberes y soportando dignamente sus desgracias.

El ermitaño miraba con un profundo respeto al héroe, y aproximándose le dijo cariñosamente:

—¡Oh gran Pelayo! Lo que acabais de hacer es digno de vos. ¡Cuánto siento vuestras penas! ¡Cuán desdichado habeis sido en vuestros amores!...

—Desde hoy mi único amor será la España.

—Y vos habeis de ser el monarca del pueblo cristiano. El que ha sabido dominarse á sí mismo, es el único digno de dominar á los otros. En vuestra mano estaba ser el mas famoso de los paladines cristianos, habeis tenido bastante virtud para quererlo, y no os ha faltado valor para conseguirlo. Algun dia, creedme, algun dia vuestra frente brillará coronada con la triple aureola de un justo, de un héroe y de un monarca.

Amasvindo pronunció estas palabras con un entusiasmo casi profético, de sus cansados ojos se desprendió una lágrima, y el jóven y el anciano se estrecharon afectuosamente en señal de despedida.

—¡Oh amada patria mia! Todos mis esfuerzos serán para ti... Pueda yo verte libre, y ¿qué importan mis dolores?

Y asi diciendo, Pelayo cabalgó en su corcel y se alejó rápidamente con direccion al monasterio del Cristo de la Columna.



XLII.

REBATO.



CUANDO Pelayo y Gudila arribaron á la ermita comenzaba el sol á elevarse en el horizonte, puesto que la noche estaba ya muy avanzada cuando salieron del castillo. — Despues que el escudero Eulogio hubo hecho sus revelaciones al anciano conde don Íñigo desapareció de Pamia, temeroso, y con harta razon, de que Gudila descubriese que no le habia servido tan lealmente como creyera.

Por su parte Atanagildo vió con gran sorpresa alejarse á los dos adversarios rápidos como voladores fantasmas. Sin embargo, comprendiendo la facilidad de que Gudila tendiese algun lazo tan propio de su perfidia como ageno del hidalgo carácter de Pelayo, se lanzó en seguimiento de ambos rivales. Pero luego desistió de su propósito considerándolo irrealizable encontrándose á pié, supuesto que por complacer á Pelayo habia cedido su cabalgadura á Gudila, creyendo que irian á batirse á corta distancia, y no recelando jamás tanta cobardía en un caballero que se precipitase á una frenética carrera huyendo de su enemigo cual tímida liebre acosada por los galgos.

En resolucion, Atanagildo tomó á buen partido el dirigirse al castillo de Pamia, donde manifestó al anciano conde sus deseos de seguir á los rivales. Y provisto de un corcel brioso y ligero se encaminó en busca de su amigo, tomando la misma direccion que habian tomado los combatientes.

El hijo de Favila creyó que en el monasterio encontraria ya de vuelta á su amado y leal Atanagildo. Revolviendo en su mente mil proyectos de guerra para los infieles caminaba Pelayo, cuando de pronto oyó un ruido lejano y confuso de voces, de armas y caballos. Aquel estraño y belicoso rumor sonaba detrás de la cumbre de un monte, por cuyo declive subia á la sazon el apenado caballero. Y comprendiendo que le convenia tomar algunas precauciones para informarse de la causa de semejante alboroto, salióse del sendero, echó pié á tierra, y favorecido por la espesura, comenzó á subir receloso y atento hasta llegar á la cumbre.—¡Infeliz Pelayo! Jamás hubo un hombre que abrigase mas nobles sentimientos, un valor mas heróico, un patriotismo mas acendrado; pero tampoco nadie ha sido contrariado mas cruel y tenazmente por la fortuna adversa, á pesar de ser sus aspiraciones tan dignas de que las coronase el éxito mas glorioso, como que se referian á la defensa de su Dios y de su patria.

Ya hemos dicho en otra ocasion que el emir Alhaur ben Abderrahman, llamado comunmente el Horr en nuestras crónicas cristianas, pensaba atravesar los Pirineos y conquistar la Galia Narbonense. Y para llevar á cabo su intento, habia juntado en Córdoba un ejército formidable, y en el cual se encontraba lo mas granado é ilustre de los guerreros árabes. El mismo emir á la cabeza de su brillante ejército se adelantaba ya hácia el norte de España, si bien á la sazon se hallaba en Toledo. Sin embargo, muchos cuerpos de sarracenos acababan de llegar bajo el mando de sus respectivos gefes á la ciudad de Gijon, punto elegido para reunirse con las tropas del emir, que por aquella parte proyectaba hacer su correria en el vecino reino.

Mientras que esto se verificaba, algunos gefes, impacientes ó curiosos, no dejaban de recorrer en todas direcciones la comarca á la cabeza de sus fieros é invencibles escuadrones.

Los montes de Asturias desde la invasion estaban muy poblados, supuesto que las asperezas de aquella region ofrecian un asilo seguro á los españoles que no habian querido sujetarse al yugo de los infieles, y que preferian aspirar el vivificador ambiente de la libertad, por mas que allí padecieran las privaciones y estrechez consiguientes al escesivo y repentino aumento de poblacion en un pais montuoso y que apenas habian tenido tiempo de repartirselo y prepararlo para el cultivo.—Los antiguos moradores de aquella comarca habian acogido con sin igual agasajo y complacencia á sus nuevos huéspedes, con quienes los ligaban los santos vínculos de la religion, de la patria y del infortunio.

Casi todos los astures ejercian la ocupacion de apacentar ganados ó cultivar la tierra.—En un apacible collado veíase entre verdes nogales blanquear una casa como una paloma sobre la copa de una encina. En rededor de la quinta pastaban algunas vacas y un rebaño de ovejas con sus corderillos retozones que triscaban gozosos por el ejido.—En el interior de la casa estaban sentados á una pequeña mesa tres personas. Eran un anciano, un mancebo, y una jóven encantadora. Terminado su frugal almuerzo, el padre y el hijo se dispusieron para salir á sus agrícolas faenas, en tanto que la jóven, esposa del mancebo, permanecia en la quinta ocupada en sus quehaceres domésticos. Es imposible figurarse un cuadro de familia de una sencillez é intimidad tan pura é inefable. Poco tiempo hacia que los jóvenes se habian desposado, y ambos se desvivian por complacer al anciano y venerable pastor, cuyas delicias formaban sus virtuosos hijos. Allí reinaban la tranquila inocencia, la amable paz, el tierno amor, la inalterable alegría y la salud robusta. Aquella modesta morada era el templo de la felicidad.

Pero ¡ay! ¿Adónde no llegan el luctuoso llanto y las crueles penas? ¿Qué rincon hay en el mundo, destierro de las almas, en donde la pálida tristeza no estienda su velo sombrío?—El sol se levantaba sobre el límpido azul del cielo, el fresco rocío vivificaba las flores, gala del prado, y las aves del bosque fiaban á las brisas fugitivas sus dulces trinos saludando regocijadas los albores matinales.

Súbito resonaron algaradas de moros y galopar de caballos, y como una brillante avalancha se arrojó un escuadron por la colina rápido como el rayo, y en cuyas armas reverberaban los fulgores del sol. Iban alegres y bulliciosos los árabes, porque de su correría habian sacado un gran botin y satisfecho sus instintos crueles y feroces. En su mayor parte pertenecian aquellos guerreros á las razas berberiscas, descendientes de los antiguos numidas, gente allegadiza del Africa, turbulenta é indisciplinada.

El gefe de aquel escuadron, aunque de orígen árabe, habia nacido en el Africa y era de índole feroz y arrebatada. Ya fuese por antojo, ya porque verdaderamente necesitasen descanso despues de su escursion, el caso fué que se decidieron á detenerse en la quinta del anciano que habitaba en ella con su hijo y la esposa de este.

Aun cuando con el corazon lleno de rabia, fueron recibidos los berberiscos por los pastores con la hospitalidad y benevolencia propias de su raza, y se dispusieron á preparar un banquete, homérico por lo primitivo, pues consistia en algunos corderos, para solazar á sus huéspedes.—El gefe de los berberiscos habiendo visto á la gentil pastora, y acaso esta fué la causa de que allí se hubiesen detenido, se sintió frenéticamente arrastrado por tan notable hermosura á cometer la mas horrenda infamia. El anciano y su hijo habian conducido los caballos de algunos gefes á un soportal que habia en el patio de la casa, los demás soldados se acamparon ante la puerta, y segun las apariencias, pensaban detenerse allí algunas horas. El que iba á la cabeza de aquella tropa era un jóven, como hemos dicho, de carácter brutal, y solo así se comprende que fuese capaz de la bárbara escena que tuvo lugar en la quinta, pocos momentos antes mansion de la dicha. El árabe se aproximó á la pastora, y la estrechó entre sus brazos queriendo violentar su recato. La jóven española, indignada y afligida de semejante proceder, comenzó á gritar pidiendo auxilio á su amante esposo. Acudió este desalado, y al comprender la causa de las quejas de la jóven, sintió hervir la sangre de sus venas, el furor tiñó su rostro y ensangrentó sus ojos, y lanzóse

sobre el árabe como el tigre sobre su presa. Un momento despues humeaba un charco de sangre en el pavimento, y un hombre se revolcaba con las fatigosas bascas de la muerte.

El valiente é indignado pastor habia clavado tres veces en el pecho del árabe su propio alfange. En seguida, acompañado de su esposa, se internó por el patio de la casa, se dirigió á una especie de huerta que tenia un postigo, y ambos se encaminaron á un cerro poco distante coronado de altas rocas, surcado de precipicios y cubierto de maleza. Allí buscaron un asilo los tristes esposos, trémulos de emocion y procurando ocultarse con la rapidez que el caso requeria.

Al ruido de la lucha acudieron algunos musulmanes, que se lanzaron en defensa de su gefe, pero el valeroso y digno pastor los puso en fuga armado con el alfange, despojo de su brio. Dieron la voz de alarma los moros á sus compañeros, y un tropel de hombres se precipitó en el interior de la casa; mas solo hallaron el cadáver ensangrentado de su capitan. El matador habia huido, sin que felizmente nadie hubiese visto por dónde habian escapado los consortes.

Una sola persona sabia el refugio que habian buscado los jóvenes; pero no habia miedo de que los delatase. Queremos decir que el anciano se habia enterado de todo lo ocurrido, y una vez libre su hijo, casi estaba regocijado de que tan esforzada y noblemente se hubiese portado, defendiendo su honor y el de su amada y bella esposa.

Entre los musulmanes iba un guerrero, hermano menor del que acababa de espirar bajo el airado impulso del ofendido cristiano. Inútilmente preguntó al viejo para que le declarase en dónde se ocultaba su hijo. Y aunque mandó á sus soldados que registrasen toda la casa, fueron estériles sus pesquisas. Pero el terrible musulman juró por el libro de la espada vengar la muerte de su hermano, y entonces se le ocurrió un medio que solamente las furias infernales pudieran haberlo inspirado.

Satisfecha la cruel venganza del moro en el inocente padre, incendiaron la casa, y convencidos los infieles de que allí

no se ocultaban los esposos y que sin duda habian huido, montaron en sus corceles, y se lanzaron á correr por el bosque, con el fin de encontrar al matador de su gefe. Afortunadamente se dirigieron por un punto opuesto, y cuando ya el escuadron se hubo alejado, el mancebo y su esposa, que desde la cima del monte presenciaban el incendio, se lanzaron rápidamente hácia su habitacion, temerosos por la suerte de su querido padre.

¡Desdichados! Cuando llegaron cerca de su antiguo y amado hogar, solo encontraron un monton de humeantes escombros. Con el alma traspasada de dolor prorumpieron en desconsolados gritos, llamando á su padre, á quien la bárbara crueldad de aquellos hombres sin corazon habia abandonado al furor de las rugientes llamas. De pronto les pareció oir prolongados sollozos, y acudiendo al punto, sacaron de entre unas vigas medio abrasadas un cuerpo horrorosamente mutilado. Casi por milagro, y á causa de haberse quedado en un hueco del maderámen de la techumbre despues de su desplome, no habia espirado el viejo astur.

—¡Padre de mi alma! esclamaron los jóvenes.

—¡Hijos mios! dijo el anciano. ¿Os habeis salvado? ¿Han desaparecido ya esos infames?

—Si, señor.

—Alabado y bendito sea Dios. Ya puedo morir sin que mi muerte haya sido estéril, puesto que estais libres.

Entonces el anciano les refirió como el hermano del que habia muerto trató de vengarse de una manera espantosa. El infeliz anciano habia resistido tenazmente á todas las amenazas que le hicieron para que descubriese el paradero de su hijo. Irritado el musulman sacó un puñal y se lò clavó en los ojos vaciándoselos de sus órbitas, que ahora estaban convertidos en dos fuentes de sangre. Luego, como si aun no bastase tan bárbaro martirio á su venganza, el infiel dispuso que incendiasen la casa por si acaso se ocultaban en ella los esposos.

Muy en breve cundió la noticia de semejante atentado entre los pastores de las sierras, que acudieron al incendio sospechando tal vez que era casual é impensado. Pero en todos

se levantó un sentimiento generoso de santa indignacion al saber el orígen verdadero de aquel suceso lamentable.

Grande sorpresa causó á Pelayo, cuando llegó á la cumbre del monte por el cual caminaba, el ver aquellos humeantes escombros, y la multitud que hormigueaba en aquel recinto. Detúvose en la planicie del cerro dudando acerca del partido que debia adoptar, pues no acertaba á esplicarse el motivo que allí hubiese podido reunir tanta gente, de cuya actitud era fácil inferir que el enojo y el dolor eran los que dominaban en el numeroso grupo. Absorto como estaba contemplando aquella estraña reunion, le pareció oir el galope de un caballo. Y efectivamente, volviendo los ojos hácia la falda del monte, vió subir por un trillado sendero á un ginete, cuya vista causó inesplicable emocion en el hijo de Favila.

Algunos minutos despues un caballero llegaba á la cima y saludó con grande afecto á don Pelayo.

—¡Por vida mia que no pensé encontrarte tan pronto!

—Yo creia que ya estuvieras en el monasterio.

—Pues creias mal. ¿Pensabas acaso que podia desistir de seguirte despues de haberte visto alejarte con el ruin Gudila?

—Gracias, querido Atanagildo, ya sé que tu corazon se interesa demasiado en todo lo que me pertenece.

—Te empeñaste en que anoche le diese mi caballo á ese maldito...

—No hablemos de eso, tú no sabes...

—Ya sé todo lo que ha pasado. Amasvindo me lo ha dicho, y si no ha sido por ese buen ermitaño, de seguro que á estas horas el alma de tu rival estaria en el infierno, que es el sitio que le conviene.

—¿Y habiéndole yo perdonado?...

—Tú eres un héroe con el alma y con los puños; pero yo no estoy obligado á tanto, y en verdad te juro y te repito que cuando llegué á la ermita y vi á tu enemigo necesitó Amasvindo toda su elocuencia para disuadirme de que no le atravesase. Es verdad que el maldito es tan cobarde que no se atrevia á salir del santuario, y en aquel sitio no era cosa de acabar con él. Al fin, Dios es Dios y yo soy cristiano. Con todo me dieron algunas

malas tentaciones, y las hubiera llevado á cabo á no ser porque temia te adelantases demasiado, que no pudiese alcanzarte, y que luego acaso estarias con inquietud sino me encontrabas en el monasterio.

—¿Y qué intentabas?

—Emboscarme y aguardar que saliera Gudila de su refugio. Te digo que por mi gusto le habria atravesado como á una calandria, y si no es que adopta el partido de hacer vida penitente sin salir de la ermita, yo te prometo que al fin se lograrán mis deseos. Es el caballero mas pérfido y menguado que ha nacido de sangre goda, y á los hombres viles es preciso tratarlos como se merecen.

—Pero en algo se han de distinguir los buenos y valientes de los ruines y cobardes. ¿No crees mas digna de mí la conducta que he seguido? Cualquiera otra determinacion no habria curado mis penas, antes bien les hubiese añadido el peso de una venganza estéril. Además, no quiero ser el matador del esposo de Gaudiosa, que viva feliz, si puede; pero yo estoy en el caso de ser mas que nunca grande y generoso... ¡Ella se arrepentirá algun dia y verá la diferencia!

—Está visto, querido Pelayo. En tu presencia todos los hombres deben inclinar la cabeza y doblar la rodilla... En fin, ya el mal está hecho, y lo mejor es que no pienses en ello... Pero ¿qué diablo de tumulto es aquel?

—Eso estaba mirando cuando sentí el galope de tu troton.

—¿Vamos allá?

—Vamos.

Encamináronse los jóvenes hácia el punto en que se hallaba el anciano astur, rodeado de sus hijos y de los pastores que habian acudido. Informados los campeones de la catástrofe ocurrida, esperimentaron un sentimiento inesplicable de indignacion que fácilmente comprenderán los corazones valientes y generosos.

Plácido, que asi se llamaba el mancebo, movia á compasion con sus doloridas quejas.

—¡Oh padre mio! esclamaba. Esos infames os han sumergido en una noche eterna. Todo lo que vive busca y ama la luz.

hasta las flores se marchitan en la oscuridad... Nuestra casa ha sido reducida á cenizas, nos han dejado á la intemperie; pero á vos, padre mio, os han privado de la luz del sol, dichoso bien que poseen hasta los mas pobres... ¡Y yo no os puedo dar ni una centella de este océano de luz que hiere mis pupilas! ¡Ay de mí! Solo es dado á mis ojos derramar lágrimas de amargura.

Y el infeliz mancebo sollozaba con el mayor desconsuelo. ¡Cuán pocos recursos encuentran los hombres unos en otros en las mas graves aflicciones de la vida! Puede á un hombre hacérsele rico, príncipe, monarca y emperador; ¿pero quién le dará la inteligencia, la dicha y la alegría que no le haya concedido el cielo? Y no solamente estas cosas son imposibles de transmitir, sino tambien la vista, la salud y la edad floreciente. Que no se hable de la medicina, que cuando mas puede aliviar tal vez los males; pero ¿quién restituye la juventud? ¿Quién es capaz de decir á la muerte «no pasarás de aquí?» ¡Míseros mortales! Tienen medios esteriores para destruir, y solo dentro de sí mismos pueden edificar, y aun cuando este sea un trabajo sublime, es á la verdad incompleto, atendida la insaciable aspiracion del espíritu encarcelado. Querer cortar su vuelo sería lo mismo que pretender encerrar millares de océanos en un vaso. — Pero Dios ha permitido que todos los hombres relativamente á sí mismos puedan ser virtuosos. Esta es nuestra principal tarea, y acaso bastaria para nuestra felicidad posible en esta mansion limitada. El mundo físico lo vamos conquistando palmo á palmo, el mundo moral lo muestra el Supremo Hacedor á todos los mortales de la misma manera en todos los siglos. La ciencia, aunque cada dia aumenta, es muchas veces engañosa, varía constantemente, y, como la estátua de Polifemo, jamás se termina. La virtud es eterna é inmutable.

Volviendo á nuestros caballeros, debemos decir que contemplaban profundamente enternecidos aquel cuadro de desolacion.

— ¡Cuán miserable he sido! esclamaba Plácido. Yo procuré salvarme y olvidé vuestro peligro, padre de mi corazon. Los infieles tenian en su poder la mas espantosa represalia... ¡Dios

mio! Yo he tenido la culpa de que hayan de este modo martirizado á mi padre. ¡Oh desesperacion!

—¿Y quién habia de sospechar tanta infamia? ¡Oh! ¡qué dia tan aciago! esclamó la hermosa y afligida pastora. —¿Quién pensára ayer que tantas desdichas habian de pesar hoy sobre nosotros? ¡Y yo he sido la causa, aunque involuntaria, de todas vuestras desventuras!...

—¡Malditos infieles! esclamó Plácido crispando los puños de furor. Yo daria la mitad de mi vida por tener en mi mano los rayos de la tempestad para aniquilar á esos infames... Pero no, no... ¡Miserable de mí! No me queda mas remedio que beber la hiel y la ponzoña de mi rabia y de mi impotencia...

Y el iracundo astur paseaba en torno sus miradas fieras y encendidas con la llama de un santo furor. Aun cuando campesino, era el jóven de arrogante continente, de constitucion robusta, y estaba dotado de esa belleza varonil que respira indomable brio á la par que generosidad y nobleza, simpático y altivo conjunto que parece propio y esclusivo de la valiente raza española.

Viendo la jóven la desesperacion inmensa que se habia apoderado de su esposo, dijo con un acento en que la fé religiosa y la ternura conyugal brillaban igualmente:

—No te desesperes así, Plácido mio... Yo tambien... mírame, estoy llorando. ¿Qué podemos hacer sino llorar nuestra amarga desdicha? Pero la santa Vírgen de Covadonga nos prestará su auxilio, ella, que es la abogada de todos los cristianos, y mas particularmente de los afligidos.

—¡Llorar! esclamó el pastor con una entonacion indescriptible de desden, de fiereza y despecho. ¡Llorar un hombre como yo, cuando mi sed de sangre es inestinguible! En buen hora, añadió el jóven dulcificando algun tanto el acento de su voz, en buen hora, amada esposa mia, que tú desahogues con el llanto los pesares; pero un hombre fuerte, robusto y ofendido, ¿quieres que solo se contente con derramar lágrimas estériles?

La escitacion del mancebo era tan violenta, su dolor tan infinito, su rabia tan abrasadora, que cayó al pié de uno de los

nogales que se habian salvado del incendio. Plácido permanecia allí embotado por el dolor, su esposa lloraba amargamente, y el infeliz anciano apenas daba muestras de existir. No obstante algunos viejos pastores, deudos y amigos suyos, se le aproximaron, y examinándole atentamente, hallaron que lo que le hacia aparecer horriblemente mutilado era la sangre vertida de sus saltados ojos. El dolor le tenia anonadado, y habia caido en un letargo profundo. Los pastores dispusieron conducirlo á la cabaña mas próxima para suministrar al pobre ciego los auxilios que requeria su lastimoso estado.

La jóven pastora se dispuso á seguirle, pero antes se encaminó adonde estaba su amado y afligido esposo, cubierto el rostro con ambas manos, y abatido por el peso de su dolor.

El mancebo alzó la cabeza rápidamente. Luego de un salto, como impelido por un resorte, se puso en pié y dirigióse al anciano, á quien estrechó entre sus brazos, estampando en la venerable y ensangrentada frente besos cariñosos. El infeliz anciano tan solo respondia con sollozos, si bien estrechaba convulsivamente al mancebo. ¡Patético era aquel cuadro del noble furor del hijo y de la ternura y padecimientos del padre!

Por último, algunos pastores y la jóven esposa fueron conduciendo y acompañando al desdichado ciego, pero por mas que le instaron á su hijo, no quiso seguirles. Sin duda el valeroso jóven guardaba en su mente algun atrevido proyecto que deseaba ocultar á su padre y á su esposa. Apenas se hubieron alejado, cuando Plácido, radiante de furor y de bravura, esclamó con voz de trueno:

—¡Que no fuera yo un esforzado paladin! ¡Oh! ¡Si yo abrigára el brio del gran Pelayo!... Pero á pesar de mi humilde condicion, yo tomaré una venganza tal que se estremezcan de horror esos crueles advenedizos. Nada ni nadie podrá detenerme, yo buscaré al bárbaro verdugo de mi padre, le mataré en medio de sus soldados, y le hallaré aunque se oculte en las entrañas de la tierra... ¿Qué me importa la vida, con tal que yo logre estinguir la luz de sus ojos?

Y el jóven hizo un movimiento para lanzarse en busca del escuadron árabe; pero un anciano pastor le detuvo diciendo:

—¿Adónde vas? ¿Qué puedes tú hacer contra tantos enemigos? Dentro de algunas horas estarán en Gijon, y desde lo alto de sus formidables murallas los infieles se reirán de nuestro furor impotente.

—Repito que aun cuando se ocultára en los infiernos, yo sabré encontrarlo para arrancarle los ojos. ¿Veis este alfange? Perteneció á mi enemigo, cuyo hermano se ha manifestado tan cruel para con mi padre. Con este mismo acero he de cerrar para siempre sus ojos.—¡Amigos mios! ¡Jóvenes pastores de las sierras! ¿Quereis seguirme y ayudarme en mi venganza?

Habian acudido muchos campesinos, y á cada instante llegaban nuevamente otros al rumor de aquella tragedia. Entre los que llegaban venian muchos antiguos soldados que despues de las victorias del musulman habian logrado escapar de ser cautivos y fijado su residencia en aquellos ásperos montes.

Grande emocion causaba en todos la noticia del suceso y la presencia y palabras del jóven. Sin embargo, solo se escucharon algunos murmullos, sin que nadie se presentára dispuesto á seguir los impulsos del intrépido Plácido, antes por el contrario un viejo pastor le respondió:

—Hijo mio, ten en cuenta que aun nos han dejado este asilo esos villanos enemigos de Dios y de los hombres, y que siempre es perjudicial que demos ningun paso capaz de aumentar el enojo de esos malditos infieles. El mal ha llegado á su colmo, lo conozco, pero aun pudiera llegar al último estremo á la menor imprudencia que se cometa por nuestra parte.

—¿Y cabe ya mayor desdicha? ¿Puede aumentarse nuestra mísera condicion? Ni aun las niñas de los ojos están seguras en sus órbitas, ¿y pretendeis que aun no es tiempo de sacudir el yugo ó morir vengados? Todos los séres encuentran un medio de defenderse en la agonía de la desesperacion. El mismo ciervo, acosado esgrime contra sus perseguidores sus ramosas astas, las garzas procuran defenderse de los halcones, los pajarillos se reunen en numerosas vandadas para ahuyentar al carnívoro milano, y hasta las hormigas defienden con valor el grano de trigo que conducen á su mansion subterránea... Y nosotros, descendientes de los astures, terror de los romanos,

nosotros, habitantes de estas montañas cuyos agrestes perfumes hemos respirado siempre libres como el aire y cogido sus frutos con alegria, nosotros, que en los dilatados horizontes y en las soberbias águilas que anidan en las rocas tostadas por el sol hemos visto siempre bellas y magestuosas imágenes de libertad, ¿serémos ahora mas tímidos que los ciervos, mas impotentes que los pajarillos, mas cobardes que las garzas y mas abyectos que las hormigas? ¡Compañeros! Si no quereis seguirme, no me importa, la ignominia será vuestra. Al que trató de deshonrarme sonrojando á mi esposa, le arranqué la vida, ved aquí su alfange, que aun está destilando sangre odiosa; al que ha tendido para siempre un velo de tinieblas ante los ojos de mi anciano padre, le daré tambien la muerte. Yo habré sido digno de morir, vosotros no merecereis tener ni esposas ni padres, puesto que sois capaces de verlos ciegos por la mano de nuestros verdugos sin que el furor os abrase el alma.

Y esto diciendo, el valeroso Plácido se encaminaba ya por el mismo sendero que habian tomado los árabes.—Tan cierto es que la verdadera elocuencia, la que seduce, conmueve y arrebata, es hija de las pasiones vehementes, que el discurso, la actitud, la noble ira de aquel hombre inculto, pero enérgico y violentamente agitado, produjeron una alarma terrible en aquella multitud. No pocos jóvenes, con los ojos centellantes de furor al contemplar la injusticia y la crueldad de los moros, alentados por el varonil acento de Plácido, estaban dispuestos á acompañarle en su empresa, habiendo logrado infundirles ese belicoso entusiasmo que rápido como la electricidad se comunica de pecho en pecho, sobre todo en los pechos españoles, tan celosos de su honra, y tan fieros y altivos para la violencia como cariñosos y leales para el amor y la amistad.

Añadíase á esta agitacion otra nueva causa que produjo otro nuevo y feliz incidente.—Ya hemos dicho que entre los que acudian á aquel sitio se hallaban muchos veteranos que habian peleado en los ejércitos de los reyes godos, ya en la Tingitania antes de la conquista, ya en la Península despues de la invasion sarracénica. Así, pues, algunos de ellos reconocieron á Pelayo, y como su prestigio era tan grande, su valor en todas

ocasiones tan manifiesto, y su fama por todas las bocas publicada, la impresion que causó su presencia fué tan profunda como universal. En brevísimos instantes circuló la noticia, de manera que todos los presentes repitieron con júbilo y respeto el nombre ilustre del esforzado campeon. Este por su parte habia escuchado gozosísimo el razonamiento del jóven pastor, considerando el gran partido que podia sacarse de aquel suceso.

Disponíase el hijo de Favila á hablar á los astures, cuando muchas voces esclamaron:

—¡Viva el gran Pelayo!

—El cielo nos le envía en tales momentos. ¡Oh esforzado paladin, gloria de los valientes godos! Yo os suplico de rodillas que nos conduzcais á la victoria. Estos valientes que han rehusado seguirme se apresurarán á obedeceros. Yo los conozco, señor, todos están indignados y ganosos de lidiar, pero la desunion y la falta de un gefe los desalienta y retrae. Vos sereis el sol que inflame y atraiga á sí sus corazones.

Y esto diciendo, Plácido estaba á los piés de los dos amigos, rogándoles encarecidamente que se asociasen á su indignacion y á su venganza.

Pelayo manifestó al cariñoso hijo del anciano pastor toda la simpatía que esperimentaba por su esfuerzo y su desgracia. Y volviéndose á los demás cristianos, les habló de esta manera:

—Yo tambien, valientes astures, yo tambien he sido víctima de la crueldad de esos bárbaros musulmanes. Pesadas cadenas han encorvado mi cuello y oprimido mis manos, y ¡ay de mí! tambien el rubor cubre mi frente. El violento Munuza se ha apoderado de mi hermana Hormesinda, ya veis que yo tambien tengo agravios que satisfacer...

—Vamos adonde tú quieras, nosotros te seguiremos hasta morir, gritaron á una los pastores.

—Y yo, dijo Plácido, no solamente os seguiré para vengar mi injuria, sino tambien la vuestra.

—Y á la España, que yace en letargosa esclavitud llorando la muerte y las afrentas de sus hijos valientes, aunque desdichados. Yo bendeciria mis males y los tuyos si ellos fueran causa de que nuestra amada patria siquiera respirase en sus dolo-

res. Vosotros lo sabeis, mis débiles esfuerzos siempre se han dirigido á que nuestro Dios y nuestra patria no padezcan los insultos y escarnios de esos crueles agarenos. Jamás la esperanza me ha abandonado; antes por el contrario creo firmemente que tras la deshecha tempestad el sol brillará mas radiante, y el corpulunto cedro abatido levantará mas frondosas sus escelsas ramas, ofreciendo seguro abrigo á nuestra fé y á nuestra libertad. La luna, despues de sus menguantes, vuelve á aparecer en el cielo con su esplendente disco en todo el lleno de su hermosura y coronada de estrellas que publican la gloria del Señor, que nunca abandona á los buenos y á los fuertes de corazon, á los que en él esperan y confian.—Seguidme, pues, y ya que el cielo os ha reunido en este sitio, partamos al instante, lavemos nuestras afrentas, ¡oh valientes astures! y no demos lugar á que se diga que á tan vil opresion, que á tantos infortunios, que á esclavitud tan insoportable, supimos añadir con nuestra cobardía el oprobio de merecerla. ¡Hijos de las montañas! ¡Valerosos varones que aun aspirais el ambiente de la libertad, no permanezcais en vergonzosa y funesta inaccion! Porque la llama va creciendo, al fin os envolverá en su torbellino, y ya lo veis, la tea de la opresora guerra ha reducido hoy á cenizas el hogar de una familia. Mañana sucederá lo mismo á cada uno de vosotros, y cuando acordeis, todos estarán encadenados. ¿No os prestais auxilio cuando el sangriento lobo acomete vuestro rebaño? Pues bien, ¿vuestra libertad y vuestras honras no son de mayor estima?

Este razonamiento puso en todos aquellos hombres sencillos corazones de leon. Porque comprendieron que el héroe les pintaba su situacion y su porvenir con los colores verdaderos.

Luego añadió Pelayo:

—Nuestra religion ha sido escarnecida, nuestras leyes holladas, sacrificados bárbaramente nuestros guerreros, no en el campo de batalla, que fuera gloriosa muerte, sino en oscuras mazmorras. Pero la hora de la libertad de España ha sonado ya, y vuestros robustos brazos levantarán de tantos escombros y ruinas otra patria mas bella y mas triunfante y mas temida que la que perdimos en las márgenes del Guadalete...

Aquí llegaba el esforzado paladin, cuando algunos pastores arribaron con el rostro de azufre, jadeantes de cansancio y al parecer turbados del miedo y de la ira.

—¿Qué sucede? preguntó Atanagildo.

Refiriéronle como desde la cima del monte frontero habian divisado á los árabes penetrar en el monasterio del Cristo de la Columna, que los monges habian sido maltratados y muchos de ellos bárbaramente amarrados á los pilares del cláustro. Esta noticia añadió fuego al entusiasmo en que ya ardian todos los corazones.—Pocos momentos despues el ínclito don Pelayo y su amigo Atanagildo se encaminaban hácia el monasterio seguidos de los valientes astures, armados de pronto con hachas, con chuzos, picas, cuchillos, y aun con ñudosos ramos desgajados de los robles de la selva, y con terrible alarido y horrenda furia se precipitaron de la montaña cual rápido torrente se despeña en espumosos y bramadores remolinos desde la cumbre de las altas rocas.

A la sazon se hallaban los moros embebidos en el pillage y saqueo del santuario. Lámparas de plata, cálices de oro, suntuosos relicarios, cruces ricamente esmaltadas de piedras preciosas, todo era objeto de su rapacidad y codicia. Pero de pronto algunos de ellos que estaban en la portada del cláustro se vieron vigorosamente acometidos, y prorumpiendo en tímidos clamores, anunciaron á sus compañeros el no esperado peligro. Los que en la iglesia andaban haciendo su botin cesaron en su faena, cambiaron una mirada de terror, é indecisos no sabian si atender á su codicia ó á su seguridad. Los gritos y lamentos de sus compañeros les manifestaron harto claramente que eran acometidos por adversarios temibles.

Los desdichados monges no habian hecho ni intentado la mas mínima resistencia; pero no por eso se habian libertado de la bárbara crueldad de los infieles. En las columnas del atrio veíanse algunos ancianos monges fuertemente amarrados. Uno de ellos era el buen abad Ervigio. Cuando tal vieron los robustos y airados campesinos, el furor abrasaba sus pechos, y con furia incontrastable se avalanzaron á los desapercibidos moros.

Delante de la portada y en el atrio de la antigua Abadía

veíanse muchos caballos pertenecientes á los agarenos. Los cristianos se apoderaron de los corceles, desarmaron á gran parte de sus enemigos, y á medida que iban saliendo del templo, los herian y mataban fácilmente. No obstante, algunos lograron ganar el atrio y cabalgar en sus trotones, y furiosos y denodados acometieron á la cristiana tropa. El gefe de los agarenos fué derribado casi sin sentido de un terrible golpe por el valiente hijo de Favila. Plácido lo reconoció, y cuando el infiel parecia tornar en su acuerdo abriendo los ojos, se encontró frente á frente con el formidable pastor, que sació su venganza y cumplió su juramento clavando su alfange en las pupilas del cruel agareno.

—¡Piedad! murmuró.

—¿La tuviste de mi padre? repuso Plácido gozándose en la espantosa agonía de su enemigo.

Duro y tenaz fué el choque entre los cristianos y aquellos de los moros que consiguieron montar en sus corceles y salir á la campaña; pero Pelayo, Atanagildo y Plácido pelearon con tan indecible esfuerzo, que nada se resistia á sus brazos de bronce.

El leal Gumildo habia salido á dar un paseo á caballo por los sotos del rio, provisto con su arco y dos hermosos sabuesos de la mejor raza para ver si conseguia tirar alguna pieza, porque el escudero no habia perdido sus hábitos de montañés ni su aficion á la caza, con la que intentaba distraer el fastidio y disgusto de que se hallaba poseido aquella mañana, ignorando la suerte de los dos tan buenos y leales caballeros, á quienes profesaba un afecto entrañable, y á los que no habia visto desde el dia anterior en que desaparecieron secretamente para ir al castillo de Pamia.

No se hallaba, pues, Gumildo en el monasterio cuando fué invadido por los moros; mas no por eso el valeroso jóven dejó de mostrar en aquel dia memorable su esfuerzo tantas veces probado. Sorprendióse algun tanto cuando vió algunos ginetes árabes que á rienda suelta se encaminaban hácia el Sella; pero su júbilo fué indecible al contemplar que huían de los valerosos y sublevados pastores. El buen Gumildo trató de ayu-

dar á los cristianos como era de razon, para lo cual emboscóse entre algunos tarayes, y preparando su arco con gran serenidad y admirable tino, á medida que iban llegando los atravesaba con sus flechas, de modo que muy pocos consiguieron pasar á la otra orilla del Sella. Fácilmente se comprenderá que el buen Gumildo estaba muy satisfecho de la buena caza que habia encontrado, y que nunca hubiera podido sospechar. Su alegría subió de punto cuando divisó un escuadron de pastores pertrechados con las armas y caballos de los vencidos, y á cuya cabeza caminaban don Pelayo y Atanagildo. Todos celebraron el suceso con un alborozo fácil de comprender en semejantes circunstancias; las riberas del Sella resonaron despues de mucho tiempo con cantos de guerra, voces de triunfo y gritos de alegría.

No hubo uno solo de aquellos valientes astures que no diese muerte á un enemigo, proveyéndose de un alfange, de una cimitarra, de una lanza ó de un caballo. Concluido el combate, el generoso Pelayo elevó sus ojos al cielo como en accion de gracias por la victoria, en seguida abrazó estrechamente á Atanagildo, y felicitó á Plácido por su bravura y al leal Gumildo por el oportuno auxilio que les habia prestado oculto en las márgenes del rio.—Pocos, muy pocos ginetes árabes habian logrado escapar de la contienda para llevar la noticia á Gijon. El hermano de Hormesinda comprendió hasta qué punto era conveniente aprovechar el éxito del triunfo y el entusiasmo de aquellos improvisados guerreros despues de tan completa victoria.

Vacilaba el héroe entre dos opiniones diversas. Pensaba por una parte regresar al monasterio y dar algun descanso á su tropa, y otras veces opinaba por no dejar resfriarse ni un momento el belicoso ardor de aquellos valientes. Pero el esforzado Plácido vino á sacarle de dudas diciendo:

—¡Noble don Pelayo! puesto que yo he satisfecho la venganza de mi ofensa, y vos habeis tenido la bondad de prestarme vuestro poderoso auxilio, justo es que ahora nosotros os ayudemos á satisfacer los agravios que os ha hecho el gobernador de Gijon.

El gran Pelayo escuchó estas palabras con apacible gesto, y no cesaba de admirarse de cómo la Providencia habia dispuesto las cosas de manera que se encontraba á la sazon con una tropa decidida y valiente, cuando aquella misma mañana iba pensando en los medios de hostilizar á los infieles y se habia desalentado no creyendo encontrar modo alguno de levantar soldados en la atemorizada y oprimida comarca. La violencia de los agarenos para con el anciano pastor fué la causa de que se realizasen, cuando menos lo esperaba, todos sus proyectos.

—¡Guerra! ¡Guerra á los infieles! gritaban los valerosos astures como si estuviesen de acuerdo con los deseos de don Pelayo.

Seguramente no pasaba de cien hombres el pequeño ejército cristiano; pero tal era su decision y tan heróico aliento habia sabido infundirle Pelayo, que no dudó acometer la mas atrevida empresa, confiado en el valor que habian manifestado los indomables y siempre fieros astures.

El sol ya se ocultaba en Occidente, la tarde estaba purisima y serena, y Pelayo, deseando vengarse de Munuza, comprendió que le convenia dar su asalto de noche, pues á favor de las tinieblas no era tan fácil que columbrasen el reducido número de sus soldados, y por lo tanto era mas segura la victoria.

Los cristianos, pues, atravesaron el Sella y se dirigieron hácia Gijon, adonde imaginaban llegar en las primeras horas de la noche.—Los pensamientos humanos se desarrollan necesariamente como el fruto en los árboles, las causas ocasionales no pueden desnaturalizarlos, solo contribuyen al modo de realizarse, afectan á las formas, á los accidentes de tiempo y espacio.

De todas maneras Pelayo habria verificado sus proyectos; pero la catástrofe del anciano pastor determinó la forma y las circunstancias. La actividad del entendimiento humano aprovecha todo cuanto le rodea. El mundo esterior es el aura fecundante que hace fructificar los hechos á las ideas de nuestra mente.



CAPITULO XLIII.

ASALTO.



Despues que Hormesinda fué arrebatada por Munuza en las márgenes del Sella, esperimentó las angustias de los mas encontrados afectos que batallaban con increible energia dentro de su amante pecho. Es verdad que el amor, la mas universal y tiránica de las pasiones, habia encadenado con todo su mágico prestigio aquella imaginacion de fuego y aquel corazon de paloma. Pero tambien es seguro que el afecto y estimacion que profesaba á su hermano, venian á turbar, como negros fantasmas, las doradas y amorosas ilusiones de Hormesinda. Sin embargo, las pomposas nupcias interrumpidas por la llegada de Pelayo y Atanagildo se celebraron al fin cuando regresaron Munuza y su amada á la ciudad de Gijon. Los dulces deliquios del amor perturbaron agradablemente su espíritu durante algunas semanas, olvidándose del universo entero y reconcentrando toda la fuerza de su ser y de sus emociones en el gallárdo árabe, objeto de su ternura.

Pasa la primavera con sus flores, buscan los pajarillos otros climas, vístese el cielo su negro manto de nubes, brama la tempestad, y la floresta, asilo del placer y los amores, se despoja de sus verdes galas, enmudecen las calandrias y gilguerillos, y solo ostenta el bosque descarnadas ramas en los árboles, y en el suelo amarillentas hojas que en remolinos rápidos arrebata el huracan, ó bien crujen bajo la planta del triste

peregrino que contempla en el invierno con doliente mirada el florido vergel que le ofreciera el voluptuoso y perfumado abril, vergel que ahora mira cubierto de oscuridad y escarcha. Así pasaron las fugaces horas de alegría que gozára la jóven nazarena en el santuario de himeneo. A la puerta de su dicha, inmóvil y amenazadora veía siempre la pálida figura de Pelayo que fijaba en ella sus ojos severos. Munuza, ya esposo de Hormesinda, manifestó á las claras su odio irreconciliable hácia los cristianos. Es verdad que estos habian provocado su enojo, intentando en varias ocasiones sublevarse agitados por Alfonso y Rudesindo, y admirablemente secundados por Ferrandez respecto á los cautivos, que bramaban de furor desde que habian sido testigos del bárbaro martirio del venerable Urbano. Además, Hormesinda, como cristiana y española, padecia cruelmente al contemplar las costumbres orientales que permitian á los árabes tener varias mujeres y esclavas. Todas estas consideraciones habian amargado el corazon de la jóven, que desde el cielo de su amorosa ilusion, habia sido despeñada á la realidad fria y desconsoladora. Pero lo que mas habia afligido á la hermana de Pelayo fué el suplicio del respetable arzobispo. Hormesinda no llegó á saberlo sino cuando ya estaba consumado el martirio. Es posible que habiéndose interpuesto la hermosa nazarena, Munuza nunca habria permitido aquel acto de crueldad. Sin embargo, la cristiana sintió herido su orgullo, pues habria querido que su esposo jamás se hubiese propasado á tan ruin y villana accion ni aun con el mas humilde de los hombres, y mucho menos con un personage tan digno de respeto por su carácter, su virtud y sus años, y que además sabia cuánto semejante violencia habia de afligirla y mortificarla. Así es que aun cuando la infeliz Hormesinda, impulsada por una fuerza irresistible, amaba siempre al gallardo Munuza, habia recibido su amor los golpes mas crueles, y la jóven cristiana habia caido en la tristeza mas profunda. Hallábase á la sazon con su doncella Alvida, á la cual comunicaba todos sus pesares. Ambas estaban en una de las mas altas torres del alcázar á la hora de ponerse el sol, que dejando tras de sí una inmensa zona de escarlata, ostentaba su reful-

gente disco como un bajel de diamante navegando por un mar de fuego que fuese á confundirse allá en el lejano horizonte con otro mar de agua. Bella aparece la alta y riscosa cima de la montaña coronada con los rayos de oro del sol poniente; pero aun se ostentan mas bellos todavia los impintables matices conque se colora la ondulante superficie del estendido mar, espejo inconmensurable y digno del cielo que se contempla retratado en sus abismos. Hormesinda gustaba de este magnífico espectáculo, y todas las tardes lo disfrutaba desde la gallarda torre, cuyos cimientos casi besaban las olas, ora sollozantes y lastimeras como el arrullo de la viuda tortolilla, ora bramadoras como la voz tronante de la tempestad. Hormesinda paseaba sus dolientes miradas por la estensa y líquida llanura con una especie de arrobamiento, con el éstasis de un alma enamorada que en la contemplacion de la naturaleza respira la grandeza y eternidad del Criador.

—¿Por qué estais hoy mas triste que de costumbre? preguntó con cariñoso acento Alvida.

—Ni yo misma lo sé. Hay momentos en que el alma esperimenta una vaga melancolía de orígen desconocido. Yo creo que son los presentimientos los que de tal manera nos afligen.

—¿Pues qué presentís, señora mia?

—En verdad que no te lo sabré esplicar; pero yo no sé por qué esperimento una tristeza que me oprime. Acaso te parezca una puerilidad; pero presiento alguna desgracia próxima á caer sobre mí. Ya ves que no tengo hoy mas razones que ayer para pensar así, y con todo...

—Yo creo, dijo Alvida, que vuestra imaginacion aumenta vuestros pesares, y quien los padece con frecuencia suele no acertar la causa tan bien como aquellas personas que desapasionadas pueden examinar nuestro corazon.

—¿Y crees tú poder razonar el orígen de mi estremada é inesplicable tristeza?

—¡Y vaya si lo creo! Desde que vuestra cuñada y amiga la hermosa Morayma ha dejado á Gijon, no encontrais momento de reposo. Las dos desahogábais juntas vuestras penas, y cuando ella intentó marcharse á la granja, en donde ahora habita

con Rosmunda, me pareció leer en vuestro semblante el deseo de acompañarla en su soledad... ¿Veis como no me equivoco? Morayma no se encontraba bien en la corte, y como dueña de sí misma, ha querido retraerse á su quinta solitaria... Y vos hubiérais deseado hacer lo mismo.

—Acaso puede que tengas razon. Yo en este alcázar en que tantas venturas soñaba un dia, respiro ahora el ponzoñoso ambiente de la opresion y la esclavitud y de la tiránica crueldad de mi esposo. Es verdad que los cristianos, inquietos y turbulentos, le han dado motivo para manifestarse severo, tal vez contra su voluntad.

Alvida frunció el ceño. El amor de su jóven señora la estraviaba hasta el punto de culpar á los cristianos por disculpar á su idolatrado esposo.

—¿Y fué contra su voluntad la inicua muerte, el espantoso martirio que le hizo padecer al buen arzobispo Urbano? dijo Alvida con cierto acento de reconvencion. Ya supísteis que por agradar al feroz Ismael no tuvo inconveniente en decretar tan bárbara sentencia...

—¡Calla! Calla por piedad, querida Alvida, y no me recuerdes un suceso que continuamente está saltando ante mis ojos... ¡Dios mio! Yo que pensé que este himeneo fuese feliz presagio á nuestra oprimida patria, y que, como alguna vez, mi esposo escucharia siempre las súplicas de mi ternura alcanzando para el vencido cristiano piedad del moro vencedor... ¡Ah! ¡Cuán de otra manera lo ha dispuesto mi enemiga estrella! Apenas ya dichosa me miraba próxima á unir mi suerte con la suya, aparece mi hermano enfurecido, y me amenaza, y me aterra, y me suplica, y al fin vencida al cariño fráternal, me decido á seguirle... Aun á ti misma te abandono, espira Veremundo por mi causa, Munuza me persigue, y me sorprende, y me arrebata, queda mi hermano abandonado, y el amor de los dos divide mi corazon... ¡Oh tormento! ¡Desengaño cruel! ¡Estéril sacrificio!... La prediccion de Pelayo se cumple... Todas mis esperanzas, las ilusiones todas que mi amor se fingiera se han desvanecido como el humo, la justicia del cielo inexorable se desploma sobre mi corazon cual roca desprendida de la alta

cumbre de la montaña, solo la tumba fria me ofrece su reposo en vez del tálamo conyugal... ¡Ay de mí! Para mayor tormento mio no he conseguido mas sino hacerme odiosa á un mismo tiempo á mi noble hermano y á mi feroz esposo, que parece ha sido amamantado por las tigres de la Libia... ¡Cuán desgraciada he nacido! ¡Cuán lúgubres presentimientos me agitan! ¡Amor, cruel amor, pasion funesta, tu llama devoradora ha reducido á cenizas toda mi felicidad! ¿Quién habia de temer tanta mudanza en los venturosos dias de mis primeras ilusiones? ¡Oh! ¿Quién creyera jamás que la espléndida aurora de mis amores habia de venir á estinguirse en noche tan sombría, en borrasca tan deshecha, en desesperacion tan profunda? La desolada Hormesinda se cubrió el rostro con ambas manos y comenzó á sollozar amargamente, mientras que su fiel doncella se esforzaba en vano por consolarla. Munuza, entre tanto, se entregaba á las tareas de su gobierno, y á la sazon habia mandado disponer en el suntuoso alcázar aposentos convenientes para alojar en ellos al emir de Córdoba, que debia llegar á Gijon al dia siguiente con su formidable ejército. El hijo de Ibrahim era muy observante de los ritos y costumbres de su religion, y acababa de rezar la *Zalá* ú oracion que acostumbraban y aun acostumbran los mahometanos á la hora de ponerse el sol. Muellemente reclinado en un divan, aspiraba el árabe el voluptuoso ambiente de dos pebeteros que impregnaban la estancia de un aroma delicioso, cuando súbito presentóse Ismael, favorito del Gobernador, con todas las muestras de la mas viva agitacion, y diciendo con voz atropellada:

—Señor, acaban de llegar algunos ginetes árabes que han sufrido una gran derrota...

—¡Cómo! ¿Estás en tí? ¿Quién ha podido hacer la guerra á los nuestros? ¿Hay por ventura en España mas guerreros que musulmanes?

—¡Ay, señor! Los hay en verdad, y muy terribles.

—¿Pues quién les ha acometido?

—Los perros cristianos.

—¡Es posible! ¡Que entren al instante esos soldados!

Obedeció Ismael, y á poco se presentaron en la estancia al-

gunos soldados que pertenecian al escuadron de Yusuf, amigo de Munuza. Tan destrozados y aturdidos iban los berberiscos, que no tuvo el gobernador necesidad de preguntar quiénes eran los vencedores.

—¿Y vuestro gefe? preguntó Munuza.

—Ha muerto, señor.

—¿Y su hermano Mahomet?

—Tambien ha sucumbidò.

Y los soldados refirieron al Gobernador el suceso del pastor y la muerte de ambos adalides. Grande sorpresa y dolor causaron en Munuza tan desastrosas nuevas. El Gobernador profesaba un afecto sincero á Yusuf, y por otra parte no acababa de admirarse de la esforzada resolucion de los cristianos, á quienes juzgaba completamente envilecidos y aterrados por la fama y conquistas de los sarracenos. Así es que como musulman y como personal amigo de Yusuf, Munuza sintió doblemente aquel desastre, comprendiendo la necesidad de hacer una escursion por los montes de Asturias para escarmentar á los temerarios que osaban embestir á los soldados del gran Califa. Pero no se le ocultaba que el mal podia ser grave, una vez que Pelayo se encontraba á la cabeza de los belicosos astures. Y nunca hasta entonces se arrepintió tanto de no haber dado muerte á Pelayo, por mas que le pesára á la nazarena de sus amores, la bella Hormesinda, cuya intercesion salvó al héroe cuando en las márgenes del Sella fué arrebatada por su esposo.

Los soldados berberiscos, lasos y fatigados como estaban, fueron alojados en el mismo alcázar, mientras que Munuza se entregaba á sus reflexiones, asaz mohino por el suceso y maldiciendo hasta la hora en que pisó aquella region, orígen de todas sus desdichas. En el combate de Santa Olalla hizó cautivo á Pelayo, este en Córdoba fué la causa de la terrible pasion de Morayma, y de la muerte de su padre Ibrahim, atacado por los paladines misteriosos, y por último, en Gijon se habia enamorado él mismo de la mujer que habia sido la causa de la salvacion del enemigo mas encarnizado de los agarenos.

Embebido como estaba en sus pensamientos, sintió abrirse la puerta, y volvió á entrar Ismael gritando:

—Acude pronto, señor, al grave riesgo que nos amenaza... No te detengas ni un punto.

—¿Pues qué sucede? preguntó Munuza levantándose de un salto como el tigre encamado que siente los pasos y las voces del cazador.

—Los nobles que habitan en Gijon se han sublevado, arrastrando consigo á todos los cristianos que moran en esta ciudad. Yo creo que un ejercito se ha aproximado á las puertas de la muralla, los centinelas huyen despavoridos, y los nazarenos gritan sin cesar ¡Viva Pelayo! Sin duda él es el autor de este asalto y el general del ejército cristiano...

—¡Pelayo! ¡Siempre ese hombre! ¡Oh! ¡Si yo le hubiera muerto!... ¡Maldita compasion!... Pero ¿estás seguro de lo que dices, Ismael? Batirse en el campo lo comprendo; pero atreverse...

—¿Oyes? Ese rumor y esa algazara son producidos por las armas fieras de los cristianos. Reune luego los tuyos, ponte al frente, y que la cimitarra del hijo de Ibrahim brille esta noche, como en otras ocasiones, homicida y terrible para los nazarenos.

Munuza se armó rápidamente, juntó á los suyos y se lanzó al combate, fiero como un leon de Numidia. Acometian los cristianos por la puerta principal del alcázar, los guardias de Munuza defendian valerosamente la entrada, y moros y cristianos regaban con su sangre el terreño, palmo á palmo defendido y disputado. Es verdad que la flor de los caballeros gijoneses iba á la cabeza del pequeño escuadron que acometia.

Este reducido ejército era distinto del que habia improvisado el ínclito hijo de Favila. Componíase, pues, esta tropa de todos aquellos godos que habitaban en Gijon bajo el gobierno, ó mejor decir, bajo el yugo de Munuza. Mandaban á estos bravos guerreros el conde Rudesindo y su hermano Alfonso.—De repente las puertas del alcázar se abrieron, y un lucido cuerpo de jeques árabes se lanzó como el rayo sobre los cristianos.

A la cabeza de los infieles venia Munuza, que se empeñó en singular pelea con el esforzado Alfonso. Despues de un reñidísimo combate en que ambos campeones se defendieron con

igual destreza y fortuna, el cristiano acertó un golpe furibundo al musulman sobre el almete; pero volviendo en sí veloz como el pensamiento, se abalanzó el moro al infeliz Alfonso y logró cortar las riendas de su caballo, que comenzó á botar espantado é indócil sin freno ni sujecion, y llevó al ginete á lo mas recio de la pelea. Esta circunstancia fué el orígen de la desgraciada muerte de Alfonso. Persiguióle Munuza, y como el cristiano estaba imposibilitado de regir su troton y defenderse á tiempo, el fiero musulman de un terrible golpe lo derribó en tierra sin sentido, y allí exhaló el último aliento pisoteado por los combatientes.

Cuando Rudesindo vió el triste fin de su valiente hermano, su corazon ardió en viva saña, y se arrojó con ímpetu terrible y lleno de rencorosa furia sobre el agareno, que picando á su corcel se lanzó á lo mas reñido del combate. Pero en aquel mismo momento se levantó á espaldas de los moros y dentro del alcázar un alarido espantoso. Inmediatamente los que defendian la entrada de la puerta principal la cerraron, y quedándose allí un suficiente número de soldados para resguardarla de cualquiera ataque, el resto de la tropa capitaneado por Munuza se encaminó hácia el sitio donde sonaba el alboroto. Para comprender la causa de tan súbita acometida por el lado opuesto, convendrá hacer algunas esplicaciones. Ya sabemos que Alfonso y su hermano Rudesindo meditaban con mucha anterioridad asestar un golpe de mano sobre los agarenos, segun hemos tenido ocasion de oir en la cueva donde se reunieron los nobles gijoneses, á cuya cabeza se hallaba el hermano primogénito del conde Rudesindo. Tanto este como su hermano esperaban la señal del levantamiento del reino de Navarra, levantamiento proyectado por Ordoño García y su primo el esforzado Garci Gimenez.

Habíase Munuza apercibido de las hostiles intenciones de Alfonso y sus secuaces, por cuya razon los cristianos rebeldes habian tenido que abandonar la ciudad y vagaban por los campos. Los pocos, pero valientes caballeros que capitaneaban Alfonso y su hermano Rudesindo, estaban impacientes por venir á las manos con los sarracenos. En el camino se encontraron

Pelayo, Atanagildo y su valiente tropa de pastores con Alfonso, Rudesindo y sus caballeros. É informados estos de los sucesos de aquel dia y de la victoria alcanzada sobre el escuadron de Yusuf, que por lo menos contaba doble número de combatientes que el ejército cristiano, es decir, doscientos soldados, cobraron nuevo aliento, se pusieron acordes, y unidos determinaron dar el golpe sobre Gijon, penetrando las gentes de Rudesindo por una disimulada poterna que habia en la muralla y comunicaba con la casa de Alfonso. Este y su hermano, al frente de los suyos acometieron, còmo hemos visto, el alcázar de Munuza por la puerta principal, despues de haber sonado por tres veces una trompeta, que sirvió de señal á una persona que habitaba en el mismo alcázar del Gobernador, señal de antemano convenida para cuando tuviese lugar un caso semejante. Fácilmente habrá comprendido el lector que la persona á quien nos referimos era el valeroso Ferrandez, el cual habiendo oido la seña de los cristianos, hizo circular la nueva entre los míseros cautivos. Desde la cruenta escena del martirio del arzobispo Urbano se encontraban los ánimos harto dispuestos para una rebelion, pues la crueldad de los opresores habia llegado á tal estremo, que los cautivos preferian la muerte á la esclavitud. Pero Ferrandez deseaba que la lucha no fuese estéril, y pudo conseguir el contener á los cristianos hasta el momento oportuno.

Asi, pues, los desesperados cautivos se lanzaron sobre los escasos centinelas que les custodiaban en un salon húmedo y lóbrego, amarraron de piés y manos á los moros, atravesaron un estenso patio, y oyendo el ruido de la alarma y del combate hácia la puerta principal, permanecieron indecisos y confusos algun tiempo hasta que, volviéndose á repetir la seña hacia la parte del jardin, Ferrandez comprendió que algun tercio de los cristianos pretendia penetrar en el alcázar, y que probablemente se habian dividido en dos porciones.

Ya hemos oido al escudero asegurar á Alfonso y á los demás nobles de Gijon que le seria fácil introducir á los soldados cristianos por la puerta del jardin, cuya llave le habia entregado su hermana Alvida, circunstancia que en gran manera facilitaba la toma y posesion del alcázar. Rápido como una exha-

lacion y seguido de los valerosos cautivos dirigióse Ferrandez hácia la venturosa puerta, y abriéndola, divisó una masa oscura é inmóvil, y de la cual salia un leve murmullo. Era la tropa de astures que mandaba don Pelayo. Figúrese el lector cuánta no sería la satisfaccion del leal escudero al encontrar á su señor bueno, salvo y á la cabeza de un ejército. Él pensaba que fuesen Alfonso, su hermano Rudesindo y los suyos quienes habian hecho la seña y aguardaban, pero nunca podia sospechar la realidad, así es que esperimentó los mas vivos transportes de alegría al reconocer á don Pelayo y á su deudo Atanagildo. Al punto los cristianos tomaron todas las precauciones para asegurar la retirada, caso de necesidad, y con recatado pié se internaron por los estensos ámbitos del alcázar. Habiendo encontrado al paso algunos guardias de Munuza que se dirigian hácia la puerta principal atácada por los gijoneses, lograron dar muerte á algunos; pero otros, mas prácticos en aquellos sitios, consiguieron salvarse, y estos fueron la causa de la alarma y gritería de los moros, que dejando una parte de sus fuerzas para defender la entrada principal, se encaminaron al otro estremo del alcázar. Entonces el palacio de la tiranía árabe fué el teatro de la bravura cristiana. Los pastores de las sierras, los caballeros de la ciudad, los cautivos de Gijon, Atanagildo, Plácido, Ferrandez, y sobre todos el ínclito don Pelayo, combatieron con un valor héroico. Los infieles se sobrecogieron de terror con tan brusca y no esperada acometida. No obstante, pasados los primeros momentos se rehicieron algun tanto. La sorpresa hiela los corazones mas valientes, la vista del alma no ha contemplado el peligro, y le sucede como al ciego que se despeña desde la roca pensando hallar terreno firme y solo encuentra el impalpable vacío.—A pesar de la superioridad numérica de los agarenos, llevaban estos lo peor del combate, ó por mejor decir, de los muchos combates que se trabaron en aquella terrible noche. En cada galería, en cada patio, en cada habitacion se luchaba con espantoso encarnizamiento; pero moros y cristianos peleaban frente á frente, cara á cara, en una lucha personal, en un duelo á muerte. Los bravos astures parecian una legion de ángeles esterminadores. A cada habitacion de que se apoderaban, á cada enemigo que mordia el sue-

lo, á cada patio invadido, á cada pasadizo ganado prorumpian en estrepitosas y entusiastas aclamaciones á su invencible caudillo el gran Pelayo. El ruido de los pasos, el choque de las armas, los gritos, el clamor, la barahunda, en fin, del alcázar resonaba en torno y se dilataba por los ámbitos de la ciudad, y se mezclaba al rumor de las ondas del mar, que bramaba al pié de los muros de Gijon. Muy pronto cundió por todas partes la alarma cual el fuego desde las cumbres se derrama y crece y abrasa en rededor las doradas mieses del valle y las encinas y pinos del monte. Todos los cristianos que habitaban en la ciudad, de todas clases y condiciones, se armaron rápidamente y se lanzaron sobre los moros, á quienes acosaban en las calles impidiéndoles acudir en socorro del alcázar invadido. Don Pelayo, á la cabeza de algunos de los suyos, habia recorrido gran parte de la mansion de Munuza, y empeñado luego en la persecucion de un guerrero árabe, se adelantó temerariamente hasta que en un anchuroso patio alcanzó y dió muerte á su enemigo. A las voces de «*Viva Pelayo*,» Hormesinda y su doncella habian comprendido que el valeroso caballero venia al frente de los cristianos que atacaban el palacio. Y deseando verle su cariñosa hermana, se lanzó valientemente hácia el sitio donde sonaba el fragor de la pelea. El gran Pelayo se encontraba solo y perdido en el estenso patio, cuando le pareció oir el crujido de un trage de seda y el leve rúmor de recatados y ligeros pasos. Pronto se destacaron dos sombras que se le aproximaron, y al pálido resplandor de la argentada luna reconoció á su hermana, que fuera de sí esclamó:

—¡Pelayo mio!

Y le estrechó cariñosamente en sus brazos.

—¡Hormesinda! ¿Te atreves á seguirme?

—¡Cuánto he llorado desde el momento aquel en que te quedaste en las orillas del Sella...

—Esta noche espero vengar aquella afrenta, y te juro que he de beber la sangre del vil Munuza.

—Ten en cuenta que ya es mi esposo.

—Él fué la causa de la muerte de Veremundo; yo jamás podré olvidar mi dolor ni tu deshonra... Tú has sido una mujer infame, te has complacido en cubrir mi frente de rubor mezclan-

do la sangre del ilustre Pelayo á la de ese villano musulman.

De repente Pelayo se sintió acometido por un guerrero árabe. Los ojos del héroe centellearon de furor al reconocer á Munuza.

—¡Oh, temido nazareno! Ahora será inútil todo tu esfuerzo. ¿Quién te libertará de mi cimitarra?

—Yo, querido Munuza, su hermana, tu esposa, Hormesinda salvará á Pelayo, Hormesinda protegerá á Munuza, la hermana y la esposa será el vínculo que una vuestros corazones... ¿Tan sedientos estais de guerra que rechaceis al ángel de la paz? Oidme, oidme, valientes guerreros, yo os amo á los dos, la muerte de cualquiera de vosotros me matará á mi tambien...

Y la infeliz y desolada jóven, interpuesta entre ambos, procuraba contener á los dos encarnizados enemigos.

—¡Aparta! gritó Munuza. ¡Oh pérfida! Ahora lo conozco, tú has sido cómplice en esta tráma, tú les has abierto las puertas del alcázar á los tuyos...

—¡Dios mio! ¡Esto mas! ¿Dudas de mí? Yo te suplico, Munuza, yo te lo ruego, Pelayo, dejad las armas, no destroceis así mi afligido corazon. ¿Quereis despedazaros en mi presencia? Arrojad los aceros, y pues el cielo quiso enviarnos la llama del amor, que este sea el lazo que á todos nos reuna; Dios no quiere que se vierta sangre... ¡Ah! ¿No os ablandarán mis quejas? ¿Será perdido mi llanto para tí, querido esposo? ¿Nada te moverá, hermano de mi corazon?

¡Inútil suplicar! Los dos guerreros, cansados de aquella dilacion, hicieron un esfuerzo por desasirse de Hormesinda, y ambos se lanzaron el uno contra el otro como dos rayos que chocasen. Munuza, impetuoso y enfurecido por el desastre que acababa de sobrevenirle, levantó su corva cimitarra y dirigió un golpe furibundo á don Pelayo, que este logró parar en su tresdoblado escudo. En este momento sonó en las avenidas del patio un ruido espantoso, y Hormesinda lanzó un grito terrible. Pocos minutos despues la hermosa cristiana se desplomó en el suelo con las agonías de la muerte. Los que se aproximaban, divisando el blanco alquicel de Munuza entre las tinieblas de la noche, creyeron que todos eran enemigos, y dispararon una granizada de flechas. ¡Fatalidad horrible! una saeta lanzada por una mano cristiana cruzó zumbando el aire, penetró con im-

petu crujidor en la tersa frente de la hermosa, la palidez mortal cubrió su rostro, y cayó. Alvida exhaló un grito lastimero, Munuza quedóse estupefacto, don Pelayo rechinó los dientes con iracunda saña. El infeliz guerrero amaba á su hermana con locura.

—¡Ay de mí! esclamó Hormesinda.

—¡Hermana mia!

Don Pelayo se aproximó á la jóven moribunda mientras que el fiero árabe permanecia inmóvil con la espresion de un hombre que al mismo tiempo es víctima del dolor mas agudo y de la rabia mas inmensa. Munuza, desde que vió á su esposa hablando con Pelayo, se aferró mas y mas en las sospechas que le habian asaltado cuando supo que los cristianos habian penetrado en el alcázar por el jardin. Ignoraba el terrible enemigo que era Ferrandez, y toda su obra se la atribuía á Hormesinda, que tan agena é inocente se hallaba de lo acaecido y tramado entre Ferrandez, Alfonso y los cautivos. Así es que Munuza esperimentaba sin duda alguna intenso dolor por la muerte de su amada nazarena; pero tambien es cierto que en aquel instante la miraba con odio y horror, porque la creia traidora y el origen del tremendo desastre que su fortuna y su poder sufrian.

—¡Infeliz Hormesinda! esclamaba Pelayo traspasado de dolor. ¿No me oyes? ¡Ay! ¡Infeliz!... Tu hermano te perdona en este momento solemne; yo te amaba, Hormesinda mia, yo te amaba á pesar de las amarguras que tu pasion funesta me ha proporcionado. ¿Y no oirás mi voz en tu postrimero trance?

—¡Ay! ¡Cuán delicioso suena en mi oido tu acento fraternal!... Mi amor no halló perdon... El castigo del cielo ha caido sobre mí... Una mano desconocida, pero tal vez guiada por Dios, me ha herido de muerte... La muerte que merezco por haberme olvidado de Dios y de tí... Perdona, querido Pelayo, perdona las aflicciones que te he causado... ¡Dios es justo!... ¡y siempre castiga á los que olvidan sus deberes por satisfacer sus pasiones!... La pasion tan solo debe abrasar el alma cuando está en armonía con el deber... ¡Tal es la voluntad de Dios!...

Y Hormesinda estrechó cariñosamente la mano de Pelayo, se agitó en una convulsion suprema, abrió los ojos rodeados de la sangre de su herida, fijó una dulcísima mirada en su herma-

no, y espiró. Durante algunos momentos el héroe cristiano permaneció embotado de dolor. Los cristianos entre tanto se habian aproximado á aquel teatro sangriento, llevando antecogidos á algunos de los árabes de mas importancia. Entre ellos iba el barbáro Ismael, el autor del martirio del venerable Urbano.

—Huye, gritó Ismael pasando rápidamente por su lado. Huye, Munuza... ¡Todo se ha perdido!

Al ver que su grandeza y prosperidad se habian desvanecido, que en todas partes resonaba el clamor de triunfo de los cristianos, y al considerar que todo habria podido evitarlo si hubiese dado muerte á Pelayo, á quien consideraba como á un genio maléfico que le perseguia, Munuza esperimentó un sentimiento indecible de rabia y desesperacion, y candados los dientes, apretando con mano convulsa su cortadora cimitarra, se abalanzó hácia el hijo de Favila resuelto á saciar su rencorosa furia. Pelayo, no menos iracundo que su adversario al considerar en él la causa y origen de todas sus desventuras, se arrojó contra el infiel con tan desesperado ímpetu, que muy pronto lo derribó en tierra de un golpe terrible sobre la cabeza que le hendió hasta los dientes con su fulmínea espada.

La triste y desolada Alvida permanecia al lado del cadáver de su malograda señora inmóvil y abatida como un sáuce sobre una tumba. Por último, los cristianos se apoderaron del alcázar y de la ciudad de Gijon. Cuando ya el alba comenzó á derramar su sonrisa en el Oriente, se presentó Ferrandez manifestando á su señor una terrible nueva.

—¡Ay señor! esclamó el escudero. El emir de Códoba con un ejército innumerable llegará dentro de pocas horas á Gijon.

—A fé que hemos empezado la conquista de este pueblo en mala coyuntura.

Y don Pelayo quedóse asaz meditabundo.

En esto arribaron Plácido, Atanagildo y otros valerosos campeones, en cuyos rostros era fácil leer el mas doloroso abatimiento. Despues de tan completa victoria, la aterradora noticia hizo en aquellos valientes la misma impresion que hace en los navegantes la furiosa tempestad que se levanta en el momento mismo de divisar el anhelado puerto.



XLIV.

CADA CABELLO HACE SU SOMBRA EN EL SUELO.



COMO Orestes poseido por las Furias, como Hércules abrasado por la túnica de Deyanira, como Orlando furioso por el desamor de la bella y caprichosa Angélica, asi el terrible y gigantesco Eulogio corria por los montes llevando siempre delante de si la imagen de la hermosa y pérfida zagala en brazos del inicuo Gudila. Durante el sueño, en la vigilia, de noche, de dia, á todas horas, aquel cuadro de voluptuosidad le saltaba á los ojos, le atenazaba el corazon, le enloquecia de rabia. Y esparcia en torno suyo miradas vagarosas y terribles, y se mesaba los cabellos y crispaba los puños y se embreñaba en lo mas intrincado del bosque. Preferia los lugares apartados y sombríos, como si la luz le fuese enemiga ó como si pretendiese huir de todo cuanto pudiera distraerle de su dolor. Queria sepultarse en su amargura para hacerla mas cruel y terrible, para que tambien su venganza fuese mas terrible y mas cruel.

Ya sabemos que Gudila habia desaparecido de la Torre del Heredero la noche en que Eulogio libertó á don Pelayo de la horrible prision en que hasta entonces le habia tenido. Al dia siguiente supo el escudero por medio de la mendiga de la Cueva de los Suspiros como su señor habia pasado la noche en la cabaña de Flor del Valle, pues habia visto que ambos habian salido de alli aquella misma mañana.

Despues de la revelacion que el escudero hizo al anciano conde don Íñigo, creyó oportuno no volver mas ni al castillo de Pamia ni á la Torre del Heredero en ocasion en que pudiese ser visto por Gudila, pues sospechaba que acaso su señor hiciese con él alguna de sus acostumbradas fechorías. Fácilmente se comprenderá que Eulogio no era hombre capaz de huir el cuerpo á un combate. Pero temia á la traicion, por lo mismo que sabia por esperiencia, á causa de los muchos asesinatos que habia cometido en el transcurso de su vida por complacer al vil esposo de Gaudiosa, cuánto era terrible y cruel verse acometido de repente sin medios de defensa. Nadie teme la traicion en tan sumo grado como el traidor.

Sin embargo, Eulogio habia formado su plan durante sus horas de sombría desesperacion, plan de una venganza espantosa, y que estaba resuelto á llevar á cabo con toda la energía de su carácter, y desafiando aun los mas inminentes peligros. Pero para verificar sus proyectos necesitaba presentarse á su señor, y el escudero habia calculado con toda la siniestra astucia del rencor, que debia hacerlo de repente y en sitio y en hora en que nunca Gudila pudiera sospechar su aparicion. Este era el único medio que le quedaba para realizar su propósito, y Eulogio no era hombre capaz de cejar en sus resoluciones, y mucho menos cuando en tales intentos entraban los estímulos de su amor desvanecido, de su orgullo, de su desesperacion y de su tormento inestinguible.

Entre tanto se habia ocupado Eulogio en espiar todos los pasos de su señor. Habia observado que todas las noches á deshora, Gudila penetraba en la sombría Torre del Heredero, y que por la mañana volvia á encaminarse al castillo de Pamia. Tambien averiguó que el conde don Íñigo habia tenido una esplicacion ruidosa con el villano y ruin caballero, á quien habia creido digno de la mano de su hija, del tesoro de su ternura. Es seguro que á no ser por la intervencion de la angelical Gaudiosa, el desenlace de la conferencia entre don Íñigo y Gudila habria sido trágico. Tal era la angustia, la noble indignacion, el arrepentimiento y el ciego furor de que se hallaba poseido el amoroso padre, que comprendia hasta qué punto se habia equivocado y hecho desgraciada á su inocente y hermosa hija.

Desde entonces Gudila evitaba en lo posible permanecer en el castillo de Pamia. Se hallaba mal en presencia del anciano conde don Íñigo, cuya severa mirada no podia soportar. En cambio buscaba su recreo en sus amores con la gentil zagala. Tan mágico era el atractivo de la jóven y enamorada Flor del Valle, tan brillantes y seductores sus negros y rasgados ojos, tan purpurinos sus labios, tan suaves los contornos de su cándido y turgente seno, tan perfumada y sedosa su magnífica crencha de cabellos de ébano, tan argentina su voz, tan esbelta y flexible su cintura, tan irresistible, en fin, el encanto, la atraccion, la embriaguez, la atmósfera que le hacia respirar á Gudila, que este habia desechado de su pecho la ardiente pasion que antes profesára á Gaudiosa, y la habria trocado por el amor frenético, insaciable, criminal y satánico que le inspirára la bella pastora, especie de maga irresistible que arrastraba á su amado como en un torbellino de deseos á las fantásticas y seductoras regiones del placer.

Informado Eulogio de todos los pasos que daba su señor, habia resuelto llevar á cima su plan de venganza.

Una noche se hallaba Gudila en la funesta Torre del Heredero. En el centro de la estancia ardía una lámpara pendiente de la bóveda. En un ángulo de la habitacion veíase un suntuoso lecho, en el cual dormia una jóven de belleza deslumbradora. Gudila, durante algunos momentos, la estuvo contemplando con satisfaccion indecible. Luego se dirigió á la puerta, al parecer con intento de cerrarla; pero se detuvo inmóvil en el dintel como si se agitase un espectro delante de sus ojos. La sombra de un hombre se dibujó en las paredes de la estancia.

Gudila reprimió un grito de sorpresa. El recien llegado inclinó ligeramente la cabeza, estendió su brazo y entregó al aturdido caballero un pergamino. Intentó Gudila balbucear algunas palabras fijando su vista en el pergamino; pero cuando alzó los ojos para mirar al estraño mensagero, ya este habia desaparecido rápido y silencioso como un fantasma.

Despues de algunos momentos de cruel indecision, Gudila llevó su mano á la empuñadura de su espada, dió algunos pa-

sos hácia el largo y oscuro pasadizo; mas luego retrocedió súbitamente como si hubiese mudado de intento, y se dirigió á su estancia. En seguida el terror le hizo cerrar la puerta. Despues la curiosidad le impulsó á abrir aquella misteriosa carta, y aproximándose á la luz se puso á leer. Sus ojos comenzaron á devorar aquel escrito; pero una mortal palidez cubrió su rostro, y á medida que adelantaba en su lectura, crispábanse sus puños, respiraba con angustia, sus cabellos se erizaban, y un temblor convulsivo agitaba su cuerpo de piés á cabeza. Varias veces suspendió su tarea; el pergamino le abrasaba las manos, le parecia que un genio de otro mundo se le habia presentado, que un espíritu del tiempo le hablaba de las edades pasadas, que la voz de las tumbas resonaba en sus oidos en el silencio de la noche, y que una mano del infierno habia trazado con hiel aquellas espantosas, terribles y fatídicas palabras.

Por último, interrumpida y anudada varias veces logró terminar su lectura, y entonces, abatido y meditabundo, se dejó caer en un sitial. Un ronco estertor salia de su pecho, una mirada vagarosa y delirante se irradiaba de sus ojos, y su boca dejaba escapar blasfemias horribles.—Largo rato permaneció de esta manera, hasta que arrojando con furor lejos de sí el pergamino fatal, levantóse de pronto y se encaminó hácia el lecho en donde dormia profundamente la hermosísima Flor del Valle con la cabeza caida en un lánguido escorzo, con los labios de coral animados por una dulce sonrisa, y ofreciendo á la vista sus brazos, perfectamente modelados y semejantes á los de la Venus de Praxiteles, sus hombros de mórbidas formas y su garganta alabastrina, suave y redonda como el cuello de un cisne. Gudila clavó en la pastora una mirada inesplicable que revelaba todas las diversas y contradictorias ideas y emociones que en aquel momento agitaban su ser. Podian leerse en aquella mirada á un tiempo mismo el deseo, el terror, la impureza, el arrepentimiento, la compasion, la duda. Todas las fibras del corazon y de la cabeza, todos los pensamientos, todas las pasiones, en fin, que constituyen el tormento y la dicha, el infierno y el paraiso de los mortales, todo se veía reconcentrado en aquella mirada, como si á los cristales de sus

ojos estuviesen asomados su espíritu y su corazon, lo que pensaba y lo que sentia.

De repente murmuró con aire sombrío:

—¡Mi hermana! ¡Ella!... Y mientras yo me entregaba á mis placeres, mi padre exhalaba el último suspiro... ¡Oh! ¡Qué horror! ¡Qué horror!

Y con ambas manos se comprimió la calenturienta frente como si la sintiese próxima á estallar.

Luego continuó:

—¿Y qué importa? ¿Tengo yo la culpa? Un poder misterioso, una fuerza irresistible, la mano inexorable del destino nos ha colocado frente á frente en la senda de la vida... Yo no puedo, yo no quiero dejar de amarla. ¿Y podré conseguirlo? Tambien una voz interior dentro de mi pecho reprueba y maldice mi crímen horrendo... ¡Oh! ¡Qué lucha!... ¿Y bien? El infierno me impele al precipicio y me arrastra hácia ella... Estaré condenado, pero moriré en sus brazos.

Y un agradable vértigo nubló sus ojos, mató la luz de la lámpara, y buscó un sueño delicioso al lado de la hermosa.

Entre tanto la fatídica figura que le habia entregado el pergamino se encaminó al oratorio donde solia pasar largas horas el buen Dulcidio. Este, como acaso recordará el lector, habia prometido á Eulogio hacerle una relacion por escrito de todas las terribles escenas ocurridas en la Torre del Heredero desde que en ella se cometió el primer parricidio. Ahora bien, ambos habian cumplido su palabra, es decir, que Dulcidio habia escrito el pergamino y Eulogio se lo habia entregado á su señor.

Largo rato permanecieron silenciosos los dos personages, el uno rezando sus oraciones, el otro abismado en sus pensamientos de venganza.

Al fin Eulogio preguntó:

—¿No vas esta noche á la Cueva de los Suspiros?

—Estoy muy cansado... Esta noche pienso recogerme pronto.

—Yo creí que no dejabas de ir ninguna noche.

—Así es la verdad; no he dejado de ir siempre que he creido necesitaba de mis auxilios. Pero ya parece que se ha mejorado algun tanto su salud desde que han cesado los rigores del

invierno. Así es que ahora se me pasan muchos dias sin verla.

—Pues ella creo que deseaba verte esta noche.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—Ella misma. Me parece haberte manifestado que hoy la he visto; fui á darle algunos encargos, por cierto muy importantes...

—¿Y bien?

—Entonces me dijo que deseaba verte esta misma noche; yo le prometí participártelo, y hé aquí por qué me he metido en semejante pregunta, dijo Eulogio afectando la mayor indiferencia.

Dulcidio fijó una mirada aguda como un puñal en el semblante del escudero; pero este sostuvo impasible aquella mirada.

—¿No viste si el señor leyó el pergamino? preguntó Dulcidio despues de algunos minutos como siguiendo el hilo de sus pensamientos.

—Yo no me he podido aguardar á tanto. Ya ves que he estado muchos dias sin ponerme en su presencia, y me temo de él cualquiera arrebato.

—Ahora sabrá el horrendo crímen que ha cometido... ¡Oh padre mio! Ya estais vengado, ya he clavado el arpon en el pecho del infame Gudila... ¡Dios mio! Mi padre era descendiente de los señores de este castillo, y sin embargo, los aborrecia mortalmente... Yo he cumplido ya mi juramento...

—¿Y crees que has vengado á tu padre con escribir ese pergamino.

—Sí, sí, lo creo. Yo por mi propio impulso jamás me hubiera atrevido á derramar tanto veneno en un corazon, porque es preciso confesar que Gudila es inocente en cuanto á que ignora que Flor del Valle es su hermana... Cuando tal sepa, áhora mismo, estoy seguro de que estará maldiciendo la hora en que la conoció... ¡Plegue á Dios que despues de arrepentido continúe su enmienda!

Eulogio prorumpió en una estrepitosa carcajada.

—¡Cuán engañado estás! esclamó despues con un acento que contrastaba singularmente con su anterior acceso de hila-

ridad. Mira, Dulcidio, yo no puedo menos de reconocer que tú sabes mucho de letras, pero respecto al corazon de los hombres, no puedes compararte conmigo. Yo conozco demasiado bien á nuestro amo, y estoy convencido de que aun cuando le haya mortificado la lectura de tu escrito, lo que ha hecho ha sido arrojarlo al suelo y entregarse con frenesí á sus amores... ¡Oh! ¡Me parece que lo estoy viendo! añadió Eulogio con voz ronca.

—¿Será posible? ¿Lo crees así?

—Si piensas otra cosa no conoces á Gudila.

Dulcidio permaneció algunos momentos profundamente pensativo.

—¿Y en dónde has estado hoy? preguntó al fin. ¿Cómo es que despues de tantos dias te se ha ocurrido venir á esta torre?

—Me parece haberte hablado de un venerable ermitaño que habita en el monte Auseba, el cual me dió los mas sabios consejos y me prodigó los consuelos que mas necesitaba mi lacerado corazon...

—¿Pero qué quieres decir?

—Que hoy he ido á visitarlo, y en verdad que me ha causado un gran placer esta visita.

—¿Y por qué? ¿Puede saberse?.

—Porque me ha referido la mas grande y noble de las heroicidades que puede hacer un hombre.

Y Eulogio relató á Dulcidio la generosidad de don Pelayo al perdonar al infame Gudila, su rival.

Dulcidio no pudo menos de sorprenderse y alegrarse de tan hidalgo comportamiento.

—Yo francamente, añadió el terrible Eulogio, yo no soy capaz de tanta abnegacion; pero no por eso dejo de comprender el heroismo del valeroso hijo de Favila.

¡Tan cierto y tan universal es el prestigio de la virtud y la verdad! Aun las inteligencias mas limitadas, hasta los corazones mas abyectos conocen y rinden culto á la verdadera grandeza del hombre, la cual consiste en ser dueño de sí mismo para practicar el bien.

Eulogio continuó:

—Despues de haber visitado al ermitaño, fui á ver á la men-

diga de la Cueva de los Suspiros y le referí la hazaña de don Pelayo, suponiendo que en ello la complacia, pues esa mujer misteriosa parece tomar sumo interés en todo cuanto se refiere al antiguo y esforzado amante de la infeliz Gaudiosa.

A estas palabras siguieron algunos instantes de silencio.

—En verdad que debieras esta noche haber ido á ver á la mendiga de la cueva, dijo al fin Eulogio.

—Tengo mucho sueño, repuso Dulcidio.

—¿Y qué importa? Todavía puedes...

—No, no... Ya lo he resuelto así.—Mañana iré.

Evidentemente, á juzgar por la insistencia de Eulogio, este tenia algun interés aquella noche en alejar á Dulcidio de la torre. El escudero hizo un ademan propio de un hombre que acepta con disgusto una situacion crítica que á todo trance ha querido evitar.

Pocos momentos despues Dulcidio se recogió á su aposento y Eulogio se encaminó al cubículo que antiguamente le servia de dormitorio. Allí estaba todavía un mal jergon lleno de paja, que era el lecho que el señor solia dar al siervo.

Dulcidio, acabadas sus oraciones, en las que rogaba al Eterno por la enmienda de Gudila, se entregó al sueño tranquilo del justo. Pero Eulogio no dormia. El odio siempre vela acompañado de los sanguinarios rencores y de las vengativas afrentas, enemigas del olvido.

La noche habia estendido sus negras sombras sobre el universo. Todo yacía sepultado en silencio y soledad, como si la tierra se hubiese convertido en un inmenso sepulcro.—Eulogio permaneció largo rato como absorto en profundos pensamientos, con el rostro apoyado en ambas manos. Cuando levantó la cabeza, sus ojos estaban inundados de lágrimas. Luego hizo un movimiento como si se avergonzase de su dolor y de su flaqueza. Y se enjugó sus lágrimas, sus ojos lanzaron un relámpago de furor, se puso en pié de un salto, y comenzó á pasearse por la pequeña estancia con el paso rápido y el ademan desaforado del tigre que se revuelve dentro de su jaula.

Al fin tomó su linterna, salió de su aposento, y se encaminó á una escalera de caracol que conducia á la habitacion de Gudi-

la, que estaba situada en el piso mas alto de la torre. Precisamente debajo del aposento de los amantes habia un estenso salon que al parecer hacia muchos años que no se habia abierto. Eulogio sacó una llave, abrió la puerta, y palpitante de júbilo penetró en aquella mansion misteriosa.

Habia en las antiguas fortalezas una sala denominada *apotheca*, especie de almacen, en la cual se guardaba multitud de materias inflamables para en el caso de algun cerco, asalto ó sitio, lanzar aquellos proyectiles candentes sobre los sitiadores. Ahora bien, el salon en que se hallaba Eulogio era el almacen de la Torre del Heredero. Por todas partes veíanse vasijas que contenian azufre, pez, sebo, aceite, grasa y resina, de cuyos ingredientes se servian para hacer el alquitran, combustible el mas usado para la defensa de las fortalezas asediadas. Habia además barricas, las cuales contenian alquitran ya preparado. Eulogio paseó por el salon una mirada de complacencia como la que fija el verdugo en su hacha reluciente y acabada de afilar.

Reunió el escudero muchas de aquellas barricas y las colocó en la misma forma piramidal que si fuese á encender una hoguera. En seguida salió de allí, y subiendo algunos tramos de la escalera, llegó hasta el aposento de los venturosos amantes, aplicó el oido á la cerradura, permaneció allí largo tiempo como fascinado, despues con mano convulsa sacó un puñal, y se dispuso á derribar la puerta, cosa que le hubiera sido fácil, atendida su estatura y fuerzas de Titan.

Luego murmuró con ronco acento:

—No, no... Es mejor llevar á cabo mi primer proyecto... ¡Si la viera! Tal vez sus lágrimas... ¡Y ellos mientras yo me desespero nadan en un mar de delicias! ¡Oh! No, no seré débil.

Y esto diciendo, se volvió por el mismo camino, pero cerrando todas las puertas de los pasadizos, de modo que los dejó incomunicados con el resto del edificio. En seguida atravesó el patio, llegó al huerto y tomó de una hacina una cantidad enorme de leños que condujo al almacen. Varias veces repitió esta operacion, y fué tanta la leña que acarreó, que llegaba al techo la gigantesca y fúnebre pira que habia levantado.

Aquel hombre terrible iba y venia con tal rapidez y silencio, que parecia un monstruoso fantasma, el genio del mal de aquella mansion siniestra. ¡Oh! El odio es tan infatigable como el amor. En seguida prendió fuego con su linterna á toda aquella máquina tan fácilmente inflamable como destructora. Luego se dirigió á la puerta de la escalera con el puñal desenvainado, y en esta actitud permaneció mas de media hora. Parecia un ángel de esterminio que guardaba la puerta.

Era dia de novilunio, y la casta Diosa de las selvas se habia ocultado á los mortales en las primeras sombras de la noche, que estaba oscura, pero estrellada y serena. Las brisas murmuraban blandamente, los arroyuelos saltaban bullidores por los declives de las colinas, y en el cielo resplandecia Bootes, la mas bella de todas las constelaciones.

Súbito un vapor blanco y espeso se elevó en el espacio, los fuertes muros rechinaban y las empinadas techumbres crujian. Poco á poco se fué elevando un torbellino de humo denso que en oscuros y apiñados nubarrones se remontaba resonante ofuscando las estrellas que brillaban en el límpido azul de los cielos. Saltaban ardientes chispas como si una fragua atizada por los cíclopes acaudillados por Vulcano salpicase de su enrojecido seno una candente lluvia de espléndidos carbunclos, ó como si una fuente de fuego arrojase en el vacío un rutilante surtidor de rápidas y encendidas exhalaciones. Un resplandor horrendo iluminaba en torno la altísima cumbre de la montaña, desplomábanse los enormes sillares, y el embravecido incendio con ímpetu rugiente y destructor crecia y resonaba derrumbando inmensas moles, remontándose hasta las almenas y sacudiendo entre esparcidas y estallantes ondas su cabellera de llamas. Cual hierven roncamente el Etna y el Mongibelo cuando en los profundos senos de la tierra preparan sus devastadores torrentes de estéril lava que arrojan luego por las humeantes bocas con el horrísono estrépito de inflamadas cataratas que se despeñan zumbando y cubriendo de horror las comarcas circunvecinas, espantando los ganados, tronchando añosos robles, ahuyentando las avecillas del cielo y cubriendo de luto y desolacion á los atónitos pastores de las sierras, así aquel impetuoso tor-

bellino de fuego se arrojaba bramando á las estrellas y esparciendo el terror en la campaña.

Balaban ronca y tristemente las ovejas rebulléndose despavoridas en el redil, los fogosos potros que pacian trabados en la pradera rompian sus amarras y corrian desatentados, los buhos que anidaban en la antigua torre abandonaban su guarida, y como espíritus infernales surcaban el espacio con su crujiente vuelo y arrojaban lastimeros graznidos. Todos los pastores del valle se despertaron, y saliendo de sus rústicas cabañas pusiéronse á contemplar aquel terrible espectáculo con el corazon pasmado de terror y apenas dando crédito á sus soñolientos ojos.—Desde lejos presentaba el incendio una perspectiva á la vez terrífica y magestuosa, dilatándose los trémulos y alterados reflejos á una distancia prodigiosa.

A la puerta de una cabaña se veian algunos pastores que contemplaban atónitos aquella escena con mas intéres y terror que el resto de los habitantes del valle. Fácilmente se comprenderá que hablamos del buen Remigio y sus zagales, á quienes en cierta noche refiriera el anciano la estraña conseja de los tesoros y apariciones de la Torre del Heredero.

De repente vieron aparecer al sangriento resplandor de las enfurecidas llamas algunas pálidas figuras. Todos los pastores fijaron con un interés vivísimo sus miradas en aquel fantástico y terriblo cuadro.—Gudila y su amada despertaron con el sobresalto y terror propios de aquellas circunstancias, el humo los ahogaba, y abrásabales el fuego que comenzaba á estremecer los muros de su aposento, pocos minutos antes testigo de los voluptuosos desvaríos de su dicha, tan criminal y nefanda como íntima é inesplicable. Ambos amantes se dirigieron á la puerta, y la encontraron cerrada por la parte esterior; Gudila pensó que el terrible Eulogio sin duda alguna les habia cerrado la salida, y entonces su angustia subió de punto, como es fácil de concebir en tán apurado trance.

El esposo de Gaudiosa recordó que dentro de aquel aposento habia una comunicacion; pero desgraciadamente no era para bajar, era para subir á la plataforma de la torre, esto es, que la única esperanza de los amantes consistia en refugiarse á un

sitio desde donde podian desplomarse á mayor altura. No obstante, el humo se condensaba tanto y con tanta fatiga respiraban, que por último se decidieron á ganar la escalerilla que comunicaba con la plataforma, á trueque de no ahogarse y prolongar algunos momentos su amenazada existencia.

A larga distancia, crudamente iluminados por las voraces llamas, se distinguian los rostros desencajados de Gudila y Flor del Valle, que en una agonía indecible espiaban sus criminales amores aguardando su tumba entre los humeantes escombros. Súbito apareció una figura terrible en lo mas alto de la plataforma. Aquella fatídica aparicion llevaba un reluciente puñal en la mano: aquel hombre era Eulogio. Flor del Valle y Gudila lanzaron un grito de terror, de odio, de angustia. El formidable escudero los contemplaba con una sonrisa feroz, con un ademan espantoso, con una alegría satánica. Desmelenado, sangrientos los ojos, palpitante el pecho, desencajado el furibundo semblante, el ofendido Eulogio semejaba al maléfico genio de la destruccion y del incendio.

Y con una voz ronca y terrible en que á la vez se revelaba la mas sangrienta, ironía esclamó:

—¡Poderoso señor! Aprende á no despreciar á los siervos; el mas humilde puede vengarse del mas soberbio... Y tú, mujer pérfida é indigna, perece abrasada en vivas llamas. ¿Ves este incendio? Es un torrente de nieve comparado con la devoradora hoguera de amor y celos que supiste inflamar en mi corazon. La misma llama que tú encendiste será la que te reducirá á cenizas. ¡Pérfida serpiente! ¡Muere!... ¡Noble Gudila, poderoso y altivo señor! Recibe la agonía y la muerte mas espantosas de la misma mano esclavizada que tú creías hecha para servirte... ¡Morid, infames!

Frénetico de rabia iba á lanzarse Gudila sobre el feroz Eulogio, cuando un horrendo estrépito se dilató por toda la estension del valle, dejando atónitos á los pastores, que tenian fijos sus espantados ojos en la torre maldita. Flor del Valle y su amado habian desaparecido. Al cabo de algun tiempo se vislumbró tambaleándose sobre un rimero de removidos sillares una gigantesca sombra que tenia sus ojos inmóviles sobre un



Lám. 11.

«Venganza.»

punto con una fijeza espantosa. El escudero se gozaba con toda la horrible complacencia de los celos y la venganza en ver retorcerse sobre las llamas los cuerpos aun palpitantes de Gudila y de la hermosísima pastora.

Sonaron algunos gritos lastimeros, que llegaron al oido de los pastores confusos y vagos como los gemidos de las ruinas. Despues se vió aparecer una figura blanca y negra como una salamandra enmedio de una hoguera. Aquel hombre se agitaba desatentado, y cuanto mas procuraba huir de las llamas, tanto mas estas le envolvian.

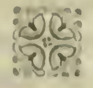
—¡El monge en pena! gritaron los pastores santiguándose.

—¡Dulcidio! ¡Pobre Dulcidio! esclamó Eulogio con indecible desconsuelo. En vano procuré alejarte... ¡Tú lo has querido! La vida... ya ha muerto ella... Y mi furor renace mas implacable todavía... ¿Para qué quiero vivir?

Y Eulogio se precipitó adonde mas voraces rugian las llamas, deseando reducir á cenizas aquel corazon tan llagado, tan lleno de amargura porque habia perdido todas sus ilusiones.

La inmensa mole de aquel edificio apareció por algunos momentos envuelta y oscurecida por un torbellino de humo, Luego un vivísimo resplandor bañó en una luz de color de sangre la empinada cumbre y el estenso valle. La Torre del Heredero se quedó convertida en una brasa inmensa, en un ascua encendida, roja y resplandeciente como un rubí de tamaño prodigioso, un ascua tan grande como una montaña.

Los sencillos pastores vieron en todo aquello la mano del demonio.—A la mañana siguiente pudieron contemplar la cumbre del monte coronada de humeantes escombros como si allí se hubiese abierto el vahoso cráter de un volcan.





CAPITULO XLV.

EL TIEMPO.



L límite que separa los pensamientos unos de otros en el ser humano; el padre cariñoso de los recuerdos; el tierno amigo de las esperanzas; el infatigable descubridor de las verdades; la Deidad maravillosa que oculta bajo su velo sombrio todos los acontecimientos del mundo; la mano descarnada que señala en cada vida las dos líneas donde la inocencia acaba, donde el crimen empieza; el anciano que eternamente gira en torno de la creacion llenándolo todo con su presencia, acompañado de las horas, sus hijas, mariposas veloces que unas acarician la flor del alma, y otras le roban su perfume y esparcen sobre ella la escarcha de los desengaños y la amargura de la realidad; el Genio poderoso que ha creado y por quien existe la memoria; el prosáico autor de la costumbre, antigua nodriza del hombre que le subyuga y le lanza por las sendas de la rutina; el orígen de nuestras aspiraciones infinitas y la causa de nuestros conocimientos limitados, hé aquí lo que es el *Tiempo*.

Unas veces la actividad del hombre se deja conducir en el misterioso bajel del tiempo y reposa y duerme, y el presente se desvanece á sus ojos como una sombra vaga; otras veces se arroja delirante á los desconocidos mares del porvenir hasta

que la realidad le avisa que su pensamiento de ayer, que su navegacion de *antes* ha llegado al *mas allá*, que ahora es antes, y navega sin cesar por el océano de sus propios pensamientos, y el antes y el ahora y el mas allá son las palabras siempre repetidas, casi nunca bien esplicadas, que forman los misteriosos eslabones de esa cadena de la vida, de esas faces del tiempo que en el idioma insuficiente y pobre de los que lloran en este valle de lágrimas, se llama pasado, presente y porvenir. ¡Y en vano el hombre se afana por llegar á la unidad del tiempo! En vano anhela porque todos sus pensamientos se agiten en ese *presente* que lo abarca todo, que en una sola ojeada mide, ó mejor dicho, no necesita medir lo pasado y lo venidero, sublime aspiracion que nos conduce á confundirnos con el ser increado, que es, ha sido, y será.

La forma perceptible del tiempo para todos los séres de la creacion es la luz y las tinieblas; ningun ser recibe la impresion grosera del tiempo si no se verifica el fenómeno de que el sol ostente en el cielo su refulgente carro, y sin que luego la noche envuelva el ancho mundo en su tupido velo de sombras. Pero ningun viviente, á escepcion del hombre, es capaz de percibir las relaciones del tiempo *futuro*. Todos los animales necesitan la impresion objetiva, la sensacion, para que exista tiempo para ellos, existencia limitada á ver los dias y las noches con alguna distincion. Por lo demás, el tiempo, tal como el rey de la creacion lo concibe, no existe mas que en la actividad misteriosa del espíritu que piensa, del ser que es capaz de *reflexion*, del hombre dotado de memoria, que tiene recuerdos y esperanzas, y que arrojado al caos de una eterna y profunda noche, pudiera crear el tiempo desde que varios pensamientos brotasen en su mente, desde que varias pulsaciones de su corazon le diesen la medida del pasado y del presente, y la intuicion del porvenir, desde que su conciencia le dijese á voces que existia. Cuando el hombre dos veces se repite á sí mismo «yo existo,» ha creado el tiempo.

Pero ¡ay! los sucesos ya esteriores, ya íntimos, en los cuales consiste la actividad y la vida, son tambien la causa de nuestras amarguras. Partimos de un punto misterioso, y cuanto mas

adelantamos en nuestro camino, respiramos un ambiente mas emponzoñado. El tiempo presente es siempre árido, prosáico, desagradable. Pasa y nos parece mas bello porque le hemos perdido. El porvenir nos sonríe entre nacarados celages, es la ilusion de mañana porque no la poseemos. ¡Recuerdos y esperanzas! Vosotros sois los polos de la poesía.

Hay en el hombre un afan de dilatarse fuera de sí mismo, de descubrir nuevos horizontes, de gozar lo que tiene lejos de sí, y de lanzar sus deseos en alas de su imaginacion á los risueños y floridos campos de la esperanza. Pero tambien al mismo tiempo una propension irresistible le mueve á obrar como todos obran, á seguir la rutina sin cuidarse de lo que sucede á derecha é izquierda de su camino, á compararse con los demás, á prescribirse límites, á trazarse planes, á ponerse trabas y ejercer su tiranía ó su libertad en sí mismo, á hacer siempre lo que hizo ayer y á obrar así mañana por la misma razon de que se ha conducido hoy del mismo modo.

Lo que es una lejana y bella perspectiva en el espacio, es una esperanza en el tiempo. Vemos desde el valle la alta y frondosa cumbre de un monte, y nuestro anhelo nos conduce aguardando esperimentar una emocion agradable; pero llegamos á la cima, paseamos nuestra mirada gozosa en el dilatado horizonte, y un momento despues quisiéramos ver mas allá, y desde allí nos forjamos otra nueva perspectiva mas bella y mas distante, y luego otra y otra, y anhelando siempre el *mas allá*, nos abismamos bajo el peso de la idea de lo infinito, acorde con nuestra alma, pero desacorde con nuestro cuerpo, eco fiel de la inmensidad de nuestras aspiraciones; pero idea desconsoladora por el convencimiento de nuestra impotencia y de lo limitado de nuestros medios.

Y si por ventura realizamos algunos deseos, una vez satisfechos, una vez que nos hemos precipitado sobre el objeto de nuestra ilusion con la esperanza de ser agitados y conmovidos por una sensacion deliciosa y grande, cuando el tiempo venidero se hace presente, todo es como antes, nos vemos encerrados en el mismo círculo miserable y estrecho, las lágrimas se agolpan á nuestros ojos, é inútilmente suspira el alma por la ventura

fingida, por la ilusion nacarada, por el ensueño de oro que huye y se desvanece como una vaga sombra. En donde quiera que nos coloquemos en la estension del ancho mundo somos siempre un punto de inmenso círculo, un átomo pensante que en vano intenta romper la cárcel que le oprime.

Y respectivamente á nuestros actos, cuando el tiempo de obrar se refiere á nustros afectos y no á las ideas puras, casi siempre la precipitacion nos pierde. Rara vez acierta el hombre en sus resoluciones mas importantes. Sucede con la prevision como con la libertad. Somos enteramente libres para actos insignificantes; pero ¿sucede lo mismo cuando todas las pasiones, cuando todos los pensamientos se desencadenan en el hombre y lo arrojan al embate de sus propios y contradictorios deseos como un bajel á merced del huracan y de las olas?... ¡La prevision humana es tan miope! ¡Se agitan tantos pensamientos en el alma del hombre en algunos minutos! ¡Nos son tan desconocidos y misteriosos los sucesos que el tiempo guarda bajo su negro manto!

Víctima triste de esta inexorable ó fatal ignorancia de lo venidero fué la bella y desdichada Gaudiosa. Don Íñigo se hallaba á las puertas de la muerte, y su hija, seducida por las apariencias, se sacrificó heróicamente á la voluntad de su padre, que creia moribundo. Pero la mano destructora del tiempo aun no habia marcado el límite de su carrera vital, todos los cálculos humanos se estrellaron contra los misterios del porvenir, y la Providencia, por medio de una especie de milagro, parece que quiso prolongar la vida del anciano don Íñigo para que espiase su falta por haber querido violentar el corazon de su hija en cosa de tanta importancia como lo es el tomar estado. ¿Quién le habia de decir á don Íñigo las amarguras que le aguardaban despues de haber entrevisto las misteriosas tinieblas del sepulcro? El triste padre hubiera deseado mejor morir mil veces antes que ser testigo de la desgracia irremediable de Gaudiosa desde que supo vivia Pelayo y que Gudila era el mas despreciable y ruin de los hombres.

El mal ya no tenia remedio, los hechos consumados tienen una fuerza irresistible, son la piedra arrojada en el profundo de

los mares que no puede menos de caer, son el hombre que se precipita á un abismo, y aunque se arrepienta en su descenso, ¿qué vale entonces la voluntad? ¿Quién bastará á detenerle? Una vez dado el impulso, el mundo físico obedece á la ley eterna é inmutable, porque en la creacion todo está en una armonía divina y constante, menos el espíritu del hombre. ¡Oh libre albedrío! Pero el límite de la voluntad humana está en donde empieza la ley del organismo y gravedad del universo.

Despues de la señalada victoria que alcanzaron los cristianos sobre los árabes de Gijon, tuvieron al punto que desamparar la ciudad, pues un ejército innúmerable, el ejército del emir de Córdoba, se adelantaba presuroso á castigar el atrevimiento de los astures. Ya hemos dicho que en Gijon estaban aguardando á los árabes al dia siguiente; pero algunos soldados del difunto Munuza llevaron á Alhaur la nueva de la reciente derrota de los musulmanes. Ciego de furia el emir aceleró su marcha con el fin de vengar la pasada afrenta, y en efecto, á la tarde siguiente á la noche del asalto, el formidable ejército destinado á la conquista de la Septimania se alojaba en Gijon y en sus contornos.

Pero los cristianos supieron á tiempo el peligro que les amenazaba, y aunque bien á su pesar, desistieron de defenderse en Gijon, comprendiendo que tal resistencia solo seria hacer un vano alarde de tenacidad, y teniendo por único resultado el sacrificio estéril de sus vidas. Y pocas horas antes que llegase Alhaur habian abandonado los cristianos á Gijon, dirigiéndose otra vez á sus montañas, si bien resueltos á defender hasta morir sus hogares, si el enemigo intentaba penetrar en aquellas asperezas, asilo y único refugio á la sazon de los cristianos. Estos se disolvieron tornando cada cual á su cabaña y al seno de su familia, pero habiendo concertado antes el reunirse en las inmediaciones del monasterio del Cristo de la Columna, en el caso de que los infieles tratasen de invadir la riscosa comarca.

El valeroso Plácido se despidió con lágrimas del buen Pelayo, mientras que este y Atanagildo permanecieron en el monasterio, muy contentos de tener un pequeño y valiente ejér-

cito esparcido en la comarca y dispuesto á reunirse á la menor señal.

El generoso Pelayo habia caido, á pesar de su esfuerzo, en una afliccion profunda. No podia olvidar ni un solo instante las bellas ilusiones desvanecidas de su juventud. El pensil de los amores no le habia ofrecido sino ásperos abrojos. Así es que aun cuando trataba de ocultarlo, su dolor era tan inmenso é inconsolable, que harto lo manifestaban su palidez y abatimiento.—Por esta época es cuando algunos antiguos cronistas aseguran que el desalentado jóven intentó hacer una peregrinacion á Tierra Santa, y no falta quien afirma que al fin verificó su intento. Esta última asercion, en nuestro concepto, es infundada. De cualquier manera lo que sí es seguro que en aquella época eran muy frecuentes las peregrinaciones á Jerusalen, como si los corazones llagados de los cristianos de España, sobre la que el cielo habia arrojado con larga mano tantas desdichas, quisieran buscar un consuelo en las salutíferas aguas del Jordan, santo manantial del agua que purifica el alma y simboliza la ley que puede hacer un dia el paraiso terrenal de este valle, ahora de lágrimas.

Tambien es muy posible que el desgraciado campeon volviese sus ojos á la gran Jerusalen, pues su espíritu, como el del Profeta, se hallaba impregnado de la mas amarga tristeza. Un cláustro solitario aparecia á la vista del desolado mancebo como el único asilo apacible y silencioso donde su herido corazon pudiera hallar algun bálsamo á sus crueles pesares. ¡Cuántas veces en las altas horas de la noche umbría se encaminaba al templo y allí se perdia en sus dolorosas meditaciones! ¡Cuántas veces con el corazon oprimido se dirigia á la huerta del convento, y allí entre fúnebres cipreses, al pálido resplandor de la luna, junto al cementerio, se sentaba en una piedra, triste y lloroso y sombrío como el genio de las tumbas!

El generoso Pelayo ocultaba á su amigo y deudo Atanagildo sus pesares, y sobre todo sus largas noches de insomnio. Pero no habia podido ocultar sus nocturnas escursiones y cruel desasosiego á otra persona que habitaba en aquella mansion tan impregnada de magestad y melancolía.

Pelayo, á la verdad, era muy desgraciado. La actividad del pensamiento, que en la juventud del hombre siempre vuela hácia los hermosos ensueños del amor, en el valeroso mancebo despertaba tan solo recuerdos de indecible amargura. Y la exuberancia de vida le mataba, porque todos los tesoros de su amor, toda la energía de su alma; toda la juventud de su corazon, no tenia un objeto sobre quien prodigarla. Por donde quiera que volvia sus tristes ojos no encontraba sino memorias dolorosas, imágenes sombrías en el pasado y el vacío para el porvenir. ¡Es tan triste la vida sin amor!—El noble güerrero, despues que habia visto desvanecerse en la inmensa desgracia de Florinda los mas ardientes deseos, las mas brillantes ilusiones que como nacarados celages habian bordado el cielo azul de su edad primera, habia caido en una noche profunda de agonía y de dolor; pero entonces el manantial de la vida aun brotaba raudales cristalinos, y su alma, como un espejo ligeramente empañado, aun reflejaba en sí misma la belleza de la creacion, y podia encontrar el seductor encanto de nuevas emociones.

Fácilmente se soporta en los primeros años de la vida una desilusion, por amarga que sea, pues siempre queda el perfumado ambiente de la esperanza que aspira con delicia el corazon juvenil, y por mas dolorosa impresion que cause, en aquella edad venturosa hay un poder misterioso, una actividad inesplicable, una fuerza poderosa que levanta una ilusion tras de otra desvanecida á la manera que las olas del mar se suceden unas á otras con rapidez increible. Pero cuando á una ilusion querida y que forma parte de nuestro sèr sigue un doloroso desengaño, es muy dificil en verdad el permanecer indiferente á tan desconsoladora pérdida. Sin embargo, entonces es fácil reemplazar un pensamiento de amor con otro; mas ¡ay! si esta segunda ilusion se desvanece tambien, solo queda en rededor nuestro un vacío imposible de llenar, una angustia indefinible, un inesplicable tormento, un inmenso dolor, una desconfianza terrible é incapaz de ser desvanecida.

Era una noche serena. La luna brillaba en el cielo tachonado de estrellas, iluminando con su placentera luz la severa

y magestuosa fábrica del monasterio. El suave murmullo del rio Sella se dilataba apacible y adormecido, de manera qué inclinaba el alma á dulces y amorosas imaginaciones.—El noble don Pelayo se hallaba desvelado en su aposento, situado contiguo al de Atanagildo. Este dormia profundamente, mientras que el esforzado hijo de Favila, lleno de angustias y acosado de crueles recuerdos, no dejaba de pensar en la bella Gaudiosa, que ya pertenecia á otro hombre, y para mayor tormento suyo, el feliz esposo de su amada era su mas encarnizado enemigo.—Don Pelayo se ahogaba en su celda, y para distraer algun tanto sus pesares, y ver si podia conciliar el sueño, resolvió dirigirse á la solitaria huerta del monasterio.

Las brisas suspiraban entre los árboles, una cristalina fuente hacia llegar al oido del apenado caballero su blando murmurio, á intérvalos mas sonante, segun el soplo de los céfiros era mas ó menos apacible. La noche estaba hermosísima, y fuera de aquellos tristes y sagrados muros, la naturaleza se ostentaba plácida y bella y como embebida en su agradable melancolía. La luz suave de la blanda luna iluminaba los valles y las colinas, y rielaba sus alterados rayos en las serenas aguas del Sella. En el transparente lago que habia en el verde egido que circundaba el monasterio, chirreaban las ranas vocingleras, mas lejos resonaba sin cesar el estridente y agudo canto del grillo; el cárabo entre la espesura remedaba la voz humana, y desde lo mas alto de la torre de la Abadía lanzaba el melancólico buho su silbador ahullido, que se mezclaba con el grito distante y compasado de la vividora corneja. ¡Qué contraste formaban todos estos siniestros ruidos cón la serena y magestuosa claridad de la noche! Sin embargo, se hallaban muy en armonía con los tristes ayes de sus muertas ilusiones que el tiempo pasado hacia resonar constantemente dentro del alma del agraciado y afligido campeon. Este se habia encaminado hácia un espeso bosque de altos cipreses, entre cuyas copas gemia tristemente el viento. Allí estaba el cementerio de la antigua Abadía. El desdichado guerrero buscaba algun alivio en el silencio de las tumbas, porque tambien sus mas bellas espe-

ranzas se habian marchitado como las flores que se arrojan sobre los sepulcros.

Largo rato permaneció allí exhalando ardientes suspiros y fijando sus ojos hermosos y tristes en la argentada luna, testigo de sus penas y lámpara funeraria que esparcia sus melancólicos fulgores en el lúgubre recinto de la muerte. Y la luna seguia su camino, y las estrellas recorrian sus órbitas, y la azulada esfera continuaba en su incesante movimiento... Aquellas imágenes tranquilas y magestuosas de la solemne noche y del estrellado cielo despertaron en el espíritu del jóven con indecible vehemencia el presentimiento de una patria mejor, exenta y libre de las amarguras de esta vida limitada. Pero su dulce y consolador arrobamiento duraba poco. Otra vez los recuerdos volvian á morderle el corazon con mas encarnizada fiereza. ¿De qué le servia entrever la ventura celestial, si en el camino de la vida estaba solo y abandonado como un triste peregrino en mitad del árido desierto? Si levantaba su espíritu á otras regiones mas sublimes, ¡ay! tambien allí habia llegado solo. ¿Por qué no le era permitido llegar á la pura y clara fuente en compañía de una mujer querida?—Al pensar en todo esto, en el silencio de la augusta noche, en aquel lugar, á un tiempo apacible y melancólico, los ojos del guerrero se empañaban de lágrimas, y su alma se derretia en una ternura infinita, en una aspiracion irresistible é inmensa hácia el mundo del amor purísimo, como su corazon lo anhelaba, como su alma lo comprendia, como en la tierra no lo habia encontrado.

Y pasaron las horas presurosas tal vez contemplando enternecidas al apenado guerrero. La noche avanzaba, la luna se habia ocultado; y el viento soplaba algo mas frio y mas ruidoso; pero el triste Pelayo permanecia inmóvil junto al cementerio como el ángel de los dolores.

De pronto sonó un ruido prolongado entre las tumbas. Don Pelayo fijó sus ojos en aquel sitio; pero nada descubrió. Transcurrieron algunos instantes, y otra vez le pareció oir el mismo rumor. ¡Qué sorpresa! El hijo de Favila reprimió un ligero grito y vió cruzar una sombra por la mansion de los muertos.

En aquella época no era comun la costumbre de enterrar

en los templos como mas adelante sucedió, escepto los reyes, fundadores, los héroes y los santos, como si la Religion hubiese querido encargarse de perpetuar la historia de los mas importantes sucesos grabándolos en piedras sepulcrales. Pero los monges en señal de humildad tenian un lugar consagrado para que reposasen sus cenizas en el sitio mas apartado del edificio, y solo se esceptuaban los abades ó superiores, que eran sepultados en las iglesias, de modo que la cronología de los monasterios estaba en los sepulcros que decoraban las capillas de los templos.—El cementerio de la Abadía del Cristo de la Columna estaba situado en un estremo de la huerta. Era un recinto cubierto á manera de una capilla, pero limitado por la parte esterior con una verja de hierro, al través de la cual resplandecia dia y noche una lámpara pendiente delante de una gran tabla que casi llenaba todo el testero, y en la que se veia pintada con maravilloso artificio una lastimosa efigie del Redentor de los hombres amarrado á la columna. El único punto luminoso en aquel océano de tinieblas era la trémula luz de la lamparilla; el único ruido de vivientes que á la sazon se escuchaba en aquel recinto fúnebre era el chirrido agorero de la lechuza...

Don Pelayo estaba sentado en uno de los dos poyos que habia delante de la verja, y atónito y confuso no sabia cómo esplicarse el rumor que poco antes habia escuchado, ni mucho menos la sombra vaga que habia visto cruzar ante sus ojos. ¿Seria una fascinacion de sus sentidos? ¿Era una ilusion de su agitada mente? Casi ya estaba por dar crédito á esta suposicion, cuando súbito se inundó en una luz resplandeciente aquel parage pocos momentos antes tan lúgubre y sombrío. El valeroso guerrero se creyó víctima de una pesadilla.

Y tenia razon para sorprenderse.

Una figura pálida y descarnada como un monge que hubiese abandonado su tumba estaba de hinojos en presencia de la sagrada imágen con una antorcha en la mano, que al parecer habia encendido en la luz de la lámpara. Al cabo de pocos instantes el religioso se encaminó hácia la puerta de la verja, es decir, que se aproximó lentamente hácia don Pelayo, puso una

llave en la cerradura, abrió la puerta, volvió á cerrarla por la parte esterior, y ya se encaminaba hácia el interior del monasterio, cuando pareció reparar en el absorto caballero.

—¡Pelayo! esclamó el monge.

—¡Aciselo! ¿Vos aquí?

El lector acaso recuerde que un médico llamado Aciselo fué quien asistió al conde don Íñigo en su enfermedad, que se creía la última. Tambien dijimos que se habia granjeado la amistad y estimacion del buen Ervigio á causa de sus virtudes y de su profunda ciencia. Este misterioso personage era el que muchas noches habia sorprendido en el templo y en los solitarios cláustros al noble y afligido mancebo, y habia procurado prodigarle todos los consuelos que sabia y podia inspirar su esperiencia y bondadoso corazon. Es de advertir que Aciselo y don Pelayo se habian conocido en Toledo en tiempo del rey don Rodrigo, y su alegría al reconocerse fué estremada. Precisamente don Pelayo habia vuelto á ver á Aciselo en una circunstancia harto solemne, en el momento en que tomaba el hábito, pues cuando algunos dias antes habian llegado al monasterio el hijo de Favila y su deudo Atanagildo, se estaba celebrando la ceremonia de la profesion del virtuoso Aciselo.

—¿Qué haceis aquí? preguntó este con un acento que harto daba á entender el interés que se tomaba por el jóven.

—¿Qué quereis que haga? Las paredes de mi aposento me oprimen el corazon, y he venido aquí á respirar el aire libre...

—¡Válgame Dios! esclamó el monge apagando su antorcha y sentándose junto al dolorido caballero. ¿No os consolareis jamás? Las aflicciones de la vida pasan sobre el corazon humano como las tormentas...

—¡Oh! ¡Jamás! interrumpió vivamente el mancebo. Jamás mi corazon renacerá á la alegría; el dolor es mi único refugio, el dolor me ahogará con sus torturas.—¡Tan inmensa es mi pena que no puedo soportarla!

—¡Cuánto os engañais! El hombre no sabe lo que puede ni lo que vale hasta que no llega la ocasion de que ejercite sus fuerzas, y las vuestras, noble don Pelayo, son de gigante.—Creedme, en estos momentos yo soy capaz de conoceros me-

jor que os podais conocer vos mismo. ¿Qué dolor hay que el hombre no pueda soportarlo? ¡El tiempo!... ¿Vos habeis pensado hasta qué punto el tiempo desvanece y debilita las causas é impresiones del dolor y de la alegría del corazon humano? La accion lenta, pero segura, del tiempo es tan poderosa como inesplicable. ¡El tiempo!... Mi espíritu se abisma bajo el peso de esta idea.

—Yo no he pensado ni puedo pensar mas sino que la flor de mi vida ha sido tronchada, que veo delante de mí los dias venideros tristes y descoloridos, porque el sol de mi esperanza se ha nublado para siempre. Antes, toda la creacion aparecia á mis ojos envuelta en un luminoso velo de oro y azul, la realidad era un sueño delicioso, y las cosas mas triviales y desapacibles las veía mi alma al trasluz de un prisma encantador, como al través de los rosados rayos de la aurora. La belleza ha desaparecido del mundo, un fúnebre crespon me parece que ha enlutado el cielo y la tierra, y tan solo miro delante de mí un espantoso y lúgubre cementerio.

—Vos sois jóven...

—Sí, sí; pero la juventud tiene la imaginacion ardiente, el amor le sonríe, y se desespera cuando sus hermosos sueños no pueden realizarse. Yo he recibido un golpe terrible, bien lo sabeis; Rodrigo me robó mi dicha, empañó para siempre el terso cristal de mi ilusion primera; pero entonces aun quedaba dentro de mi alma un manantial inagotable de ternura, el mágico poder, la insaciable actividad, el fecundo y vívido ardor de la juventud podia levantar una ilusion mas brillante detrás de otra ilusion desvanecida... Ahora ¡oh Dios mio! el golpe ha sido tanto mas terrible cuanto era mas inesperado, ahora el amor ha huido para siempre de mi corazon, la fuente del sentimiento se ha secado gota á gota, yo no puedo amar ya á ninguna mujer, porque ya no creo ni espero en el amor... ¡Qué tormento tan cruel! ¡Mi fé ha muerto! ¡Mi esperanza ha muerto! ¡Hormesinda ha muerto!... ¡Oh desesperacion!

—Esperad, noble don Pelayo, esperad. El tiempo es una medicina todo poderosa. Aun habeis de ver dias hermosos y serenos. De todos los séres vivientes, el hombre es el único que

puede formularse este gran pensamiento: «*Mas allá.*» El luego, el porvenir, no existe de una manera tan enérgica como existe para el hombre.

—No me queda mas remedio que morir.

—En verdad que nunca os he visto tan profundamente abatido como ahora.—Os quejais de la suerte, habeis sido contrariado en vuestros mas dulces afectos... ¿Y por eso os desesperais? El hombre es un misterio incomprensible para sí mismo. ¿Quién sabe si lo que ahora tanto os inquieta y mortifica acaso será causa y origen de vuestra felicidad y de vuestra gloria? Las vias misteriosas del destino, hijo inexorable del antiguo Tiempo, suelen ser instrumentos pasivos é inertes de los altos juicios de Dios. Él os concederá todo lo que anhelais, todo lo que verdaderamente sea capaz de contribuir á vuestra dicha; pero aun cuando todas las cosas están en la mano de Dios, tambien quiere que se alcancen por el propio merecimiento. Así las prosperidades son dignas del que las dá y del que las recibe, porque de este modo el hombre tiene la conciencia de sí mismo, de su voluntad, de los nobles y virtuosos esfuerzos que le han valido el premio de sus afanes. ¡Y es tan bello descansar en el caluroso estio al pié de los frescos olmos junto á las puras y cristalinas corrientes! Mas es preciso para que llegue el dia del descanso, que le precedan muchos y largos dias de fatiga. Dios ha escondido un tesoro inagotable en el trabajo y en la virtud.—Ese poder misterioso, esa facultad inesplicable de nuestro ser que nos hace contar las horas, ese movimiento incesante que nos conduce á la tumba, el tiempo, hijo mio, es lo mas poderoso que existe en el universo...

—Si, si, teneis razon. El tiempo es la segur implacable que troncha todas las flores.

—Y el que trae las auras fecundantes de la primavera.

—El tiempo pasado es el cementerio de los recuerdos.

—Y el porvenir es el paraiso de las esperanzas.

—¿Puedo ya ser esposo de Gaudiosa?

—¿Quién sabe?

—¡Oh! ¡Qué delirio!

—Vos no sabeis cuántas cosas pueden suceder en una hora.

—Puede suceder todo cuanto querais, pero no puede suceder que no haya sucedido mi desgracia. Gaudiosa es esposa de Gudila... ¡Mi infortunio es irremediable!

—Acaso suceda que os consoleis.

—¡Imposible! ¡Imposible!

—El tiempo es el padre del olvido.

—¿Y se olvidan penas como las mias?

—Vos estais, como todos los hombres, bajo la imperiosa ley del tiempo y del espacio, que son el verdadero Letheo de la vida. Pero el tiempo es una especie de fluido mas sutil que envuelve todo nuestro ser. Para que haya distancia es preciso ausentarse, para que haya tiempo pasado bastan dos pulsaciones, el principio y el fin de un mismo pensamiento. Pues bien, cada hora que pasa modifica nuestra voluntad y nuestros deseos, y en vano intentareis sacudir el yugo del tiempo, si no es por medio del mas espantoso de los crímenes, á no ser que os deis la muerte. Por lo demás, aun á pesar vuestro os consolareis; lo que nos parece una pena insoportable, las lágrimas que hoy creemos un deber sagrado derramar, llega mañana, y nuestros ojos se empañan, pero ya no lloran. ¡Tal es el hombre! Sucede que tenemos en nuestra vida ciertas fechas, algunos dias de cuya mágica influencia ha dependido nuestro destino, nuestra desgracia ó nuestra dicha. Hay tambien ciertos sitios que los asociamos á nuestros recuerdos como si los hiciésemos parte de nuestro ser, segun nos identificamos con ellos. Aquí escuchamos un juramento de amor eterno, allá sorprendimos una lágrima de ternura, mas lejos, junto á la cristalina fuente, fué el sitio de una separacion dolorosa... Tal dia vimos las facciones lívidas de nuestra cariñosa madre, víctima de la muerte; este otro es el aniversario del entierro de la esposa ó de la amada, cuyos restos reposan en una tumba, sobre la que hemos plantado un sauce, emblema de nuestro amor y nuestra amargura; tal fecha nos trae á la memoria la muerte de una hermana, de un amigo, el recuerdo de una dicha ó de un cruel desengaño. Y en los primeros momentos de nuestra afliccion nos imponemos el deber de llorar en aquel dia, de visitar aquel sitio como un lugar sagrado; y viene luego la misteriosa fecha, y llegamos al misterioso recinto, y pasados al-

gunos años ni el dia ni el lugar nos hacen la impresion profunda que antes imaginábamos, y hasta creemos un sacrilegio nuestra indiferencia, las lágrimas no se agolpan á nuestros ojos, y hasta nos admiramos de que aquel dolor haya despuntado de tal manera sus agudos dardos contra los dias transcurridos, aquel dolor que deberia abrumarnos... ¡Ah! Yo mismo lo sé por esperiencia, yo he sido víctima de las mas crueles desgracias que pueden afligir á un hombre, y sin embargo... lloro y sufro, pero estoy tranquilo... Despues de mi odiosa esclavitud, despues de todas las desgracias que habian caido sobre mi raza perseguida, ya sabeis que encontramos un asilo donde guarecernos. Murió Samuel, yo le sustituí en la dignidad de gran sacerdote, volvi á ver á mi anciana madre, á mis jóvenes hermanas, y me lisonjeaba la dulce esperanza de ser su amparo, de entregarme á la ciencia consoladora de todas las aflicciones, y por último, soñaba que acaso pudiera sacar de su abyeccion á mi raza maldita. Pero ¡ay! solo conseguí ser testigo de la muerte de mi madre á los pocos dias de haberme reunido con ella, despues presencié horrendas disensiones entre los mios, casi todos fueron aniquilados por el hierro musulman, y mis hermanas fueron degolladas...

—¡Aquellas tres jóvenes tan hermosas que vimos al salir de la gruta! ¡Eso es horrible! ¿Y cuál fué la causa de semejante desgracia?

—Ya sabeis el género de vida que haciamos en aquella misteriosa gruta. A poco tiempo se reunieron allí numerosisimas familias judías, aquello era una ciudad subterránea. Pues bien, los antiguos sacerdotes, los ancianos del pueblo de Israel llevaban á mal el que yo, siendo mas jóven, fuese el príncipe que en las festividades llevase el sagrado efod... ¡Insensatos! Ellos mismos quemaron el arca de la Alianza...

—¡Ellos mismos!

—No precisamente por su mano, pero si á causa de su imprudencia y de sus mezquinas pasiones.—Mi madre ya habia muerto cuando estuvísteis allí con vuestros compañeros; esta fué mi primera afliccion. Luego una noche estaba yo en mi observatorio, ya sábeis cuánto la ciencia, el anhelo de saber estaba arraigado en mi espíritu... Yo estaba entregado á mis va-

nas especulaciones, cuando hé aqui que me vi asaltado por los mios, acaudillados por algunos ancianos. Logré escaparme por una oculta salida, y gracias á que yo conocia perfectamente todos aquellos contornos, y favorecido por las tinieblas de la noche, burlé á mis perseguidores abandonando aquella mansion, de la cual no me atrevia á retirarme sin que me acompañasen mis hermanas. Despues de muchos dias encontré en el bosque algunos judíos, de cuya adhesion no podia dudar, y todos al verme prorumpieron en amargo llanto. El asilo que yo tanto procuraba ocultar fué descubierto al fin por los moros, y como se hallaban muy ofendidos por nuestras constantes correrías, tomaron una venganza espantosa. Muy pocos lograron salvarse; hombres, mujeres, niños y ancianos, todos fueron pasados á cuchillo... ¡Mis pobres hermanas fueron degolladas!... Cuando oí tal noticia no pronuncié ni una sola palabra, me separé de los judios y tomé una senda á la ventura, la primera senda que se me presentó. Mendigando mi subsistencia, andrajoso y enfermo arribé á la portería del convento, donde me recogieron los caritativos monges. El antiguo abad que aqui se encontraba era un venerable anciano lleno de caridad y sabiduría. Durante mi penosa enfermedad me curaron con un esmero, me consolaron con tanto cariño, que me senti penetrado del mas vivo agradecimiento, y me parecia que mi tristeza se iba calmando. La magestad del templo, los cantos religiosos, la soledad de estos campos, todo, en fin, habia hecho una impresion profundísima en mi espíritu, comunicándole la misma solemne calma que parece transpiran las bóvedas de la cristiana Abadía. En resolucion, le referí todas mis desdichas al anciano Acisclo, y compadecido de mi suerte, me propuso que habitase en este santo asilo.

—¡Pobre Efraim! En verdad que has sido muy desdichado.

—El hombre no sabe hasta dónde alcanza su sufrimiento sino en el instante de la prueba. Acisclo era un sabio y gustaba mucho de especulaciones metafísicas. Cuando ya me restablecí, todas las tardes en las horas de recreo nos encaminábamos hácia las orillas del Sella, y durante nuestro paseo departíamos acerca de Dios, del hombre y del mundo. Yo ¡miserable de mí! creia haber llegado al último límite de la ciencia humana; pero

al escuchar las fórmulas fundamentales que usaba Aciscio con una sencillez tan grande como su profundidad, me quedé admirado y confuso. Todas las cuestiones que me habia costado tanto trabajo formularme siquiera para pensar en ellas, el buen Aciscio las tenia resueltas con una claridad, con una sencillez, con un carácter de verdad, que yo lo miraba como á un santo. Hasta entonces yo habia rendido un culto ciego á los filósofos orientales y habia leido los libros de Moisés y de los Profetas: pero habia mirado siempre con desden el Evangelio por espíritu de secta, y porque desde niño mis padres me habian infundido odio implacable hácia los cristianos y hácia su doctrina. Y lo que mas me admiraba en el abad, era que sabia mas que yo de los filósofos de la India; su inteligencia era mas completa, pues á todo esto reunia la divina doctrina del Evangelio. ¡Nada ignoraba aquel hombre de lo que el hombre puede saber! Él me incitó luego á que leyese en su compañía los libros santos, que en ciertos pasages los comentaba con maravillosa sabiduría. ¡Qué impresion tan poderosa! ¡Qué raudal de luz hirió mi inteligencia! ¡Qué manantial inagotable de consuelos saboreó mi corazon herido! No hay un libro para los que lloran como el Evangelio. La santa doctrina de Jesus es el verdadero intérprete de la naturaleza íntima del hombre. ¡De qué manera el espíritu se llena de la verdad de que este mundo es un lugar de destierro y de que nuestra verdadera patria está en el seno del divino Padre!... Una noche le dije al venerable Aciscio abrazándole: «el cristianismo es la verdadera luz que ilumina al hombre acerca de su orígen, sus deberes y su destino futuro. ¡Soy cristiano!» Entre lágrimas de gozo me abrazó Aciscio, y pocos dias despues yo hacia una solemne protestacion de fé, los cantos sagrados resonaban en el templo, verificóse la ceremonia de mi bautismo, y recibí por nombre el de mi bienhechor. Mis desgracias, la austeridad de mi carácter, la vida edificante de los monges, y el atractivo indecible de este santo y silencioso retiro, me inspiraron mi vocacion religiosa. Pero ¡ay! otra nueva desgracia me aguardaba. El que fué mi padrino de bautismo no pudo serlo en mi profesion. El venerable Aciscio murió algunos meses antes, y para colmo de desdichas, como ya habeis sabido, tambien acaeció el martirio del venerable Urbano.

Los ojos del héroe lanzaron un relámpago de furor.

Aciselo continuó:

—Ahora todas las noches vengo á rezar sobre su tumba.— Su humildad era tanta, que al morir prohibió espresamente que le sepultasen en la iglesia, pues motejaba esta costumbre de poco evangélica, y decia que era un absurdo buscar distinciones en el sepulcro, cuando la muerte lo arrasa y lo iguala todo. El abad, decia, debe reunirse con su comunidad tambien en el cementerio.

El monge exhaló un profundo suspiro, volvió el pálido rostro hácia la efigie opacamente iluminada por la lamparilla, y sus labios se agitaron como si murmurasen una oracion. El guerrero no pudo menos de imitarle. Acaso oraba por la infeliz Hormesinda.

—¡Qué don tan miserable es la vida! esclamó al fin Pelayo. ¡Cuántas aflicciones!

—¿Veis ahora, noble Pelayo como todos tenemos motivos de amargura? Pero no por eso los hombres deben abatirse. Cuando el espíritu del hombre se fija en lo rápido del tiempo se disipan todas sus penas. ¿Qué es la muerte de las personas queridas? Una ausencia un poco más larga; pero considerando que dentro de algunos dias todos reposaremos en el sepulcro, nuestra ansiedad se desvanece y el dolor pierde el carácter de inmensidad que nos abruma... ¡Oh sepulcros! Religion de todos los pueblos, patria de todos los hombres, vosotros sois el límite del tiempo, en vuestros bordes empieza la eternidad.

—Pero entre tanto se padece tan cruelmente...

—¡Oh! Vos sereis feliz, vos estais dotado de cualidades eminentes, vuestro tierno corazon encontrará objetos que llenen su ternura; dejad correr algunos meses, y el velo sombrío que ahora cubre vuestros ojos se habrá convertido en un vidrio de colores. ¡Oh juventud! ¡Oh tiempo! Los dias petrifican el corazon, la esperiencia no existe sin el tiempo. ¿Quién sabe los mil hilos que ahora estará tejiendo con relacion á vuestra dicha? ¿Quién es capaz de saber los innumerables sucesos que se estarán verificando en este momento mismo, sucesos de los cuales acaso penda vuestro destino? Pensad que dentro de algunos años todo habrá concluido, y que si ahora llorais á vuestra

amante arrebatada por Gudila, entonces la llorariais arrebatada por la muerte. ¡Cuánto menos padecerian los hombres pensando que todas sus penas son limitadas! Todo es cuestion de un poco mas ó menos de dias. Y sin embargo los acontecimientos de estos breves instantes suelen ser para nuestro beneficio; lo mismo que era causa ayer de nuestra pena, es orígen de nuestra felicidad mañana...

Quedóse absorto Efraim, ó sea Acisclo, en una vaga meditacion.

Ya comenzaba á alborear el dia, cuando las campanas del monasterio les anunciaron que los monges se congregaban á rezar á primas en el coro. Ambos contemplando la aurora que nacia, y volviendo los ojos hácia el cementerio, se sintieron profundamente conmovidos por este contraste, y como impulsados por un mismo resorte, se encaminaron juntos hácia el templo. Al salir despues de terminados los oficios, se presentó Ferrandez á don Pelayo diciendo:

—Tomad, señor, esta carta.

—¿Quién la ha traido?

—Un hombre á quien no conozco.

—¿Está ahí? Dile que se aguarde, voy á darle al punto la contestacion, dijo el guerrero mirando el pergamino con una emocion dificil de esplicar.

—Señor, el desconocido no se detuvo ni un instante, me entregó la carta y desapareció.

Don Pelayo apresuróse á leer, y en sus ojos brilló la mas pura espresion de júbilo.

Y volviéndose al antiguo gefe de los paladines misteriosos, dijo:

—Ved aquí, Acisclo. ¡Es una carta de Florinda!

Y el mancebo manifestó su contenido al sabio monge. Se reducia aquel pergamino á referirle el fin de Gudila, y las horrorosas circunstancias que le acompañaron.

—¿Y ahora qué decis? preguntó Acisclo celebrando aquella coincidencia que tanto favorecia sus doctrinas.

—Que teneis mucha razon: ¡cuántas cosas pueden suceder en una hora!



XLVI.

LA ESPERANZA FLORECE.



ESDE la dolorosa entrevista que Gaudiosa habia tenido con el apenado amante en la plataforma del castillo de Pamia, no habia vuelto á saber de don Pelayo. Verdaderamente la jóven habia recibido un golpe cruelísimo con la presencia de su amado y con la noticia de las negras tramas de Gudila, á quien, no obstante sus prevenciones contra él, nunca habia creido capaz de tanta infamia. A consecuencia de tan violentas y desagradables emociones, Gaudiosa se hallaba á la sazon postrada en su lecho y devorada por la fiebre.

Al dia siguiente del horroroso incendio de la funesta Torre del Heredero, una anciana con un niño en brazos estaba departiendo mano á mano con una jóven en un apartado aposento del castillo de Pamia. Cosas de importancia suma, ó que por su naturaleza exigiesen reserva y secreto, debian de tratar aquellas dos mujeres, á juzgar por sus ademanes, y por lo retraidas que se hallaban en aquel aposento, cuya puerta habian cerrado cuidadosamente. Formaban un raro contraste aquellas dos mujeres, y que picaba la curiosidad el contemplar una jóven fresca, lozana, hermosa, departir con tan singular ahinco con una anciana de malísima catadura. Al fin la anciana se puso á escribir una carta, la cual terminada instó mucho á la jóven para que la enviase á su destino. En seguida se separaron despues de una

muy larga conferencia. La anciana salió del castillo, y la jóven permaneció muy pensativa. Luego llamó á uno de los hombres de armas, con el cual cambió estas palabras:

—¿Te acuerdas de la escarcela que te di en una ocasion por un servicio que no llegaste luego á prestar?

—¡Ah! cuando la hija del conde me mandó sacar dos caballos enjaezados por la poterna... ¡Bah! Y luego se arrepintió...

—Pues ahora es preciso que lleves esta carta sin dilacion alguna.

—¿Adónde?

—Al convento de monjas de Santa Olalla, y se la entregues á Sor Florinda en su propia mano. Cuenta con mi agradecimiento, además de que en ello harás una buena obra. ¿Estás dispuesto?

—Venga la carta al instante.

—Toma, y procura volver esta misma noche.

—Descuidad, señora.

Partió el ballestero á cumplir su encargo, mientras que la jóven se encaminó á una estancia, que abrió suavemente y penetró de puntillas.

Facilmente habrá adivinado el lector el designio de Clotilde. Esta, á causa de tantos trastornos y sinsabores como habian caido sobre aquella familia, habia dilatado de dia en dia su permanencia con la amiga de su querida señora. Ahora bien, ya sabemos que Eulogio habia visto á la mendiga de la Cueva de los Suspiros el dia en que verificó su terrible y vengador proyecto. El escudero se limitó á suplicarle que si él no volvia por allí al otro dia, era señal de que Gudila habia muerto. Igualmente le manifestó la generosidad de que habia usado don Pelayo para con su enemigo, todo lo cual suplicó Eulogio á la mendiga que lo participase á la hija del conde don Íñigo. Aunque la anciana era enemiga implacable de Gudila y sabia tambien los graves motivos de resentimiento que el escudero abrigaba contra su señor, sospechó que algun sanguinario proyecto ocupaba la mente del afligido Eulogio; pero nunca, nunca pudo sospechar la realidad hasta que los gritos de los pastores

y el tumulto y horror de todo el valle le demostraron la catástrofe.

Guisinda halló cosa muy natural y muy esperada aquella venganza. Por lo demás comprendió entonces la causa de los encargos reiterados que le habia hecho el escudero. La mendiga, pues, cumplió fielmente su palabra manifestando á la amada de Gumildo toda la tragedia de la Torre del Heredero y toda la heroicidad de don Pelayo en la ermita del monte Auseba. Luego Guisinda y Clotilde, comentando aquellas noticias, determinaron de comun acuerdo que era muy justo que tambien don Pelayo supiese que ya la esperanza podia reverdecer en su corazon, una vez que habia desaparecido el obstáculo de sus amores. Clotilde era de una naturaleza tierna, pero decidida, si bien su pundonor era tan estremado como su adhesion y afecto hácia las personas que lo merecian. La anciana era una mujer dotada de una inteligencia poco comun, de una altivez soberana y de la esperiencia que naturalmente enseñan los años, los mas costosos, pero los mas verdaderos maestros.—Ambas, pues, percibieron con la sutileza de su femenil instinto, que no era Gaudiosa la que debia manifestar á Pelayo todo lo acaecido. Así es que resolvieron escribirle una carta á Florinda noticiándole todo el suceso para que á su vez hiciese lo mismo con don Pelayo. Solamente de boca de la virtuosa Florinda debia saber el mancebo aquella nueva que Gaudiosa jamás le hubiera manifestado atendida la suma delicadeza de su carácter y condicion.—No obstante, Clotilde le refirió todo á la hija del conde; pero se guardó muy bien de decirle que ya habian tomado sus medidas para que llegase á oidos de su amante la suerte de Gudila.

La angelical Gaudiosa no pudo menos de tributar algunas lágrimas al que habia sido su esposo, cuando supo todos los horrores de su muerte desastrosa.

Al dia siguiente Clotilde se hallaba á la cabecera de la jóven y desolada hija de don Iñigo. El dorado resplandor de una hermosa tarde penetraba por la alta ventana del aposento, los pajarillos cantaban fuera, y las esquilas del ganado, y las canciones de las pastoras se confundian distantes; pero penetraban

en la silenciosa estancia de la enferma, como para advertirle el ruido y la alegría, y las galas de la creacion, de cuyo magnífico espectáculo se hallaba ahora privada.

—¡Válgame Dios! ¡Qué hermosa tarde debe de hacer! ¡De qué buena gana diera un paseo por el arroyo! esclamó Gaudiosa incorporándose en su lecho.

—Mañana mismo, si Dios quiere, hemos de salir un rato. Procurad no affigiros, y muy pronto estareis restablecida.

—Cuando tú has venido acababa de despertar, y me parece que la fiebre ha huido de mi frente; yo no sé por qué, amada Clotilde, estoy contenta y alegre... Es verdad que he tenido un sueño tan delicioso... Me parecia que iba galopando por una hermosa pradera en compañía de mi gallardo amante, y nos asaltaron infinitos enemigos; pero como él es tan valiente, á todos los venció por defenderme. Cuando puso en fuga á todos sus contrarios, volvió sus ojos gozosos hácia mí, yo ceñí su frente con una corona de laurel por premio á sus hazañas, él era mi esposo, oía el rumor y la fiesta de nuestras bodas; pero ¡ay! de repente cruzó un entierro... Entonces desperté, y esto es lo único que me causa alguna inquietud...

—Al contrario, hay sueños que casi parecen la verdad misma... La muerte de Gudila... ¡Hombre funesto!

—¿Qué ruido es ese? ¿Oyes, Clotilde?

Efectivamente, en aquel momento sonaron las pisadas de un corcel en el patio del castillo de Pamia. Un gallardo caballero subia pocos momentos despues la escalera principal. La fiel doncella columbró al recien llegado por uno de los balcones de la galería, y deseosa de prevenirle antes de que entrase en la estancia de Gaudiosa, voló á su encuentro, y cambió rápidamente algunas palabras con el gallardo paladin, que le dió las gracias con un afectuoso saludo por el interés que se tomaba en sus amores.

Pocos momentos despues, precedido de Clotilde, penetró el caballero en el aposento de la gentil y dolorida Gaudiosa. Incorporada en su lecho, cubierta con un blanco peinador, suelta su madeja de oro sobre sus hombros, pálida y enflaquecida, pero siempre bella, estaba á la sazon la tímida jóven. Sus ojos

rodeados de un círculo azulado, signo de su dolencia y sus pesares, parecian ahora mas rasgados y brillantes; de vez en cuando una lágrima de ternura los empañaba involuntariamente, otras veces destellaban miradas dulcísimas impregnadas de una pureza angelical, de una melancolía suave como el tímido rayo de la blanca luna. Aquella jóven hermosísima, pero doliente como María al pié de la Cruz, parecia una rosa marchita que exhala mas perfumes; su voz era argentina y dulcemente triste como el suspiro de las brisas entre los cipreses; y toda su persona respiraba un sentimiento de amor purísimo y de apacible melancolía. Semejaba á la ninfa del crepúsculo, á un genio de las estrellas, á la imágen de la poesía cuando entona tristes endechas, parecia un ángel que llora.

A la tibia luz que impregnaba el aposento descubrió la hermosa y doliente jóven al gallardo caballero, cuya presencia hizo sonrosearse las pálidas megillas de la enamorada Gaudiosa.

—¡Pelayo! esclamó con una entonacion imposible de pintar, pero fácil de concebir y que revelaba el tumulto de emociones que agitaba su corazon.

—¿Eres tú? Aquí postrada...

—¡Válgame Dios! ¿Tan desconocida estoy?

—No, no. Aun en el sepulcro mismo yo te reconoceria siempre como la imágen de mis amores, imágen grabada en mi corazon con caractéres de fuego.

—¡Cuán desgraciados hemos sido!

—Yo te perdono, amada mia, yo te perdono, porque despues he sabido que tu amor filial ha sido la causa de mi desventura. Te sacrificaste á la voluntad de tu padre, tú fuiste buena hija. ¿Qué importa que yo haya sido desgraciado amante?

Un estremecimiento eléctrico recorrió todas las fibras de Gaudiosa al ver delante de sí á aquella imágen adorada, á aquel hombre tan hermoso y querido, del cual al fin pudiera llamarse esposa. Este pensamiento la embriagaba de felicidad.

Ambos durante largo rato guardaron un profundo silencio; pero en cambio permanecian absortos en una mirada intensa, íntima, abrasadora, como si sus almas volasen al encuentro una

de otra exhalándose por la magnética corriente de aquella mirada de amor.

Entre tanto Clotilde habia salido del aposento, porque con gran presura y turbacion la habia llamado un escudero.

Gaudiosa, al fin, rompió aquel prolongado silencio, como si en los ojos de Pelayo hubiese leido los mil dolorosos pensamientos que revolaban en torno de su frente. La jóven le hizo seña con la mano de que se sentase á la cabecera de su lecho en un sitial. El mancebo obedeció silenciosamente, mientras que Gaudiosa, despues de ponerse muy encendida, volvió á palidecer, bajó los ojos, y un ahogado suspiro se escapó de su oprimido pecho.

—¿Qué es eso? ¿Te encuentras peor, amada mia?

—¡A tu lado! No, no, ahora estoy mas sosegada, me encuentro mucho mas tranquila despues de tantos dias de fiebre y delirio... Pero una vez que estamos solos, quiero aprovechar estos momentos para hacerte una pregunta...

—Di lo que quieras.

—¿Me prometes ser sincero?

—Jamás he mentido.

—Lo sé, noble Pelayo, lo sé, pero hay casos en la vida humana en que nos mortifica que se averigüen nuestros mas íntimos pensamientos. Yo leo de tal manera en tu corazon, adivino de tal modo la espresion de tus miradas... Estoy segura de no equivocarme, hace un instante estabas pensando...

Gaudiosa se detuvo algo confusa, Pelayo se puso encendido como la grana, y fijó sus ojos en el suelo.

—Sé franco, continuó la jóven sonriendo tristemente. ¿No es verdad que desde que supiste mi matrimonio te has detenido muchas veces en un pensamiento cruel? Y hace pocos minutos estabas pensando en lo mismo, estoy segura de ello.

Don Pelayo no se atrevia á levantar los ojos, empañados de lágrimas.

—¿Qué dices? ¿No es verdad?

—Pues bien, dijo resueltamente el jóven, una vez que me has exigido que sea sincero, ¿por qué te he de ocultar mis mas intimos pensamientos? Muchas veces, lo confieso, muchas ve-

ces he pensado que la mujer que merecia todo mi amor, y que yo engalanaba en mis sueños con el luminoso velo de un querubin, era la esposa del mas villano y despreciable de los hombres, de un asesino cobarde, de mi enemigo mas encarnizado... Sí, sí, muchas veces he pensado con horror que el blanco lirio de mis amores, que yo hubiera recatado en la selva hasta del soplo de los céfiros, habia sido tronchado por el huracan; que el terso y bruñido espejo en que se miraban gozosas mis mas nacaradas ilusiones, ha sido empañado por el impuro y hediondo aliento de Gudila... ¡Oh! ¡Las venas de mi ardiente pecho se rompen, y mi frente se abrasa y estalla bajo el peso de este pensamiento horrible!

Gaudiosa hizo un ademan de profundo desconsuelo.

—He sido muy desgraciado, continuó el jóven, una y otra vez el ángel de los amores me ha perseguido. ¡Siempre espinas y abrojos en el verde pensil que se forjaba mi fantasía!

—¡Infeliz Pelayo! esclamó Gaudiosa con su voz de querubin. Yo te perdono tus dudas, porque la suerte siempre te ha sido adversa y la desdicha ha llenado tu corazon de amargura... Pero ¡ay! yo creí que habias comprendido mejor el cariño y el carácter de Gaudiosa, de la mujer que siempre te ha querido, y que nunca ha dejado de ser digna de tu amor.—Toma y lée.

Y así diciendo, la gentil y dolorida Gaudiosa entregó á don Pelayo un pergamino que sacó de debajo de las almohadas de su lecho.

A medida que don Pelayo adelantaba en su lectura, su rostro se iluminaba con un júbilo celestial, como si entreviese las puertas del paraiso.

—¡Oh, idolatrada Gaudiosa! esclamó fuera de sí el mancebo estrechando entre las suyas la mano de su amada y besándola con religiosa ternura.—Se arrodilló á la cabecera del lecho, y la contemplaba con la misma adoracion que el triste náufrago besa la ribera salvadora despues de la deshecha tempestad, y eleva al cielo los turbios ojos con el llanto de la gratitud y de la alegría.

Nuestros lectores recordarán que momentos antes de entregar su mano á Gudila, le exigió Gaudiosa que firmase un per-

gamino. Ahora bien, en aquel escrito se contenia una promesa solemne por parte de Gudila de respetar á la jóven durante un año que esta queria consagrar al luto y al sentimiento que merecia su amado Pelayo, cuya muerte habia sabido poco tiempo antes de ser esposa del hombre que habia urdido con su escudero la negra trama de aquella falsa noticia que, sin embargo, Gudila creía verdadera, no pudiendo sospechar jamás que Eulogio fuese capaz de enternecerse, arrepentirse ó retroceder ante el cuplimiento de las órdenes de su señor, por mas sanguinarias que estas fuesen.

—Él, dijo la jóven, me ha cumplido fielmente su palabra, porque como solo amaba mis riquezas, no tuvo gran inconveniente en hacer y cumplir semejante promesa. Despues se entregó á sus amores criminales, y ellos han sido el orígen de su muerte desastrosa. Por lo demás, ya he sabido que fuiste generoso y grande como siempre, cuando en la ermita del monte Auseba perdonaste á tu enemigo...

—¡Mujer divina! interrumpió Pelayo. Tú no sabes lo que vales ni lo que puedes. Tú no comprendes el océano de ventura en que has anegado mi alma con semejante revelacion; la vida y la alegría vuelve á torrentes á mi pecho; yo seré héroe, rey, genio, dios por amor de tí. ¿Qué hazaña habrá que no intente? ¿De qué no seré capaz, si la esperanza de tus amores me sonrie?

Gaudiosa escuchaba embriagada de placer las palabras de su hermoso y esforzado amante.





CAPITULO XLVII.

LAS FLORES SE MARCHITAN.

En aquel momento apareció Clotilde toda pálida y turbada. Sin duda alguna habia ocurrido en el castillo de Pamia una desgracia terrible.

Tal era la palidez y turbacion de Clotilde, que en vano se habria esforzado por disimular lo ocurrido.

Por su parte los dos jóvenes en aquel momento se creían las criaturas mas felices de la tierra. No obstante, ambos repararon en el atolondramiento de Clotilde.

—¿Y mi padre? preguntó Gaudiosa.

Clotilde ahogó un sollozo.

—¿En dónde está mi padre?

—Ha ido á dar su paseo acostumbrado, y no ha vuelto todavia.

—¡Pues entonces, por qué esa turbacion? ¿Qué ha sucedido?

—Vamos, Clotilde, decid qué desdicha ha sobrevenido, dijo don Pelayo.

—¿De veras, insistió Gaudiosa, de veras mi padre no ha vuelto? Yo me temo...

—Nada teneis que temer, repuso vivamente Clotilde. No se trata ahora de vuestro padre.

—¿Pues de quién? ¡Ah, Pelayo mio! ¡Otra desgracia!..: ¿Acaso te persiguen?

La fiel doncella estaba en un potro oyendo tales palabras á su señora; pero inspirada por las circunstancias, se le ocurrió un medio para salir de su apuro, el cual consistia en manifestar á don Pelayo el lamentable suceso. Precisamente el jóven estaba pensando en lo mismo, creyendo como Gaudiosa, en vista de lo que habia dicho Clotilde, que algun peligro amenazaba no á don Íñigo, sino á don Pelayo. Este con una mirada consultó á Gaudiosa, la cual comprendió que su amante deseaba informarse de lo ocurrido sin que ella lo escuchase, en atencion al estado de su salud. Gaudiosa inclinó su cabeza diciendo:

—Bien, bien, luego sabré todo... ¡Siempre desdichas!

Y la jóven se cubrió el rostro con ambas manos con aire de profundo abatimiento.

Entre tanto don Pelayo y Clotilde se retrajeron á la galería.

—¿Qué sucede, Clotilde? Di pronto, que la impaciencia me consume.

—Señor, es una cosa horrible, de seguro hubiera dado la muerte á la señora, si le hubiese manifestado la verdad del caso.

—Habla, y no temas que yo me aflija tan fácilmente.

—Yo dije que no se trataba del conde para que su hija creyese mas bien que era algun peligro que os amenazaba; pero la verdad es que don Íñigo ha muerto de una manera espantosa.

—¿Pues no estaba ya completamente restablecido? ¡Dios mio! ¡Y cómo se va á afligir Gaudiosa!... Parece imposible, despues de tantos y tan largos padecimientos... ¡Ahora morir tan repentinamente!

—Ha sido de muerte violenta.

—¡Cómo! ¡Esplícate!

—El conde tenia la costumbre de dar todas las tardes un paseo; pero desde que se restableció de su herida y sus dolen-

cias, acostumbraba á pasear á caballo. Pues bien, esta tarde salió solo como siempre lo hace, y ginete sobre un arrogante corcel, pero manso, leal y de generosa raza. Ya notaríais cuando me llamó un escudero pocos instantes despues que vos habíais penetrado en el aposento de vuestra amada...

—Vamos, acaba.

—Todo se reduce á que han encontrado en el vecino bosque el cadáver del desgraciado don Íñigo, horriblemente mutilado, con el cráneo deshecho, y segun puede inferirse, el caballo desbocado le ha debido estrellar contra el tronco del árbol, á cuyo pié se encuentra el cadáver...

—¡Oh! Procura que esta noticia no llegue sino por grados á los oidos de Gaudiosa, pues de otro modo pudiera serle funestísimo tan inesperado golpe.

—Descuidad, señor, que lo haré así...

—Confio en tu discrecion para hacerle saber tan triste nueva.—Yo voy ahora al sitio en donde ha sucedido la desgracia.

—Ya han ido varios servidores para conducirle al castillo.

En seguida don Pelayo se encaminó hácia el lugar donde habia acaecido tamaña catástrofe, reflexionando para sí sobre los arcanos inescrutables de la Providencia, que habia libertado á don Íñigo de una enfermedad mortal para luego arrojarle en la tumba de una manera horrible y desastrosa.—En el camino encontró Pelayo á algunos servidores del anciano conde, cuyo cadáver conducian en una especie de parihuelas. El noble Pelayo mandó colocar el destrozado cuerpo del anciano conde en la capilla del castillo, donde estuvo de manifiesto hasta el siguiente dia, y velado por cuatro hombres de armas que de vez en cuando se relevaban.

El anciano conde, no obstante la austera severidad de su carácter, era muy estimado en los contornos de sus dominios á causa de la dichosa influencia que ejercia sobre su padre la bella y caritativa Gaudiosa, que era la madre de los menesterosos y el ángel consolador de las familias, tanto entre los vasallos de don Íñigo, como entre los numerosos cristianos que se habian refugiado á la aspereza de aquellas montañas. Así, pues, la noticia de la desastrosa muerte del anciano llenó de desola-

cion todas las casas y cabañas circunvecinas, y acudieron infinitas gentes, unos para llorar al señor del cual eran siervos, al señor que nunca se les habia manifestado sino bondadoso y benéfico, y otros para rendir gracias al que constantemente les habia prodigado limosnas y beneficios por la caritativa mediacion de su hermosa hija, aun cuando no eran vasallos ni siervos.

Delante de la puerta principal, y aun en el patio mismo de la fortaleza, se fueron juntando todos, y en vano se les encargó el silencio. Tal era su desconsuelo, que no podian acallar un rumor sordo y confuso sobre el cual descollaban de vez en cuando, ya los gritos de algun recien llegado y que ignoraba la prevencion hecha por los escuderos del castillo, ya los lamentos de alguna pobre mujer, que agradecida á las bondades de don Iñigo ó á las dádivas de Gaudiosa, no podia reprimir la espresion de su gratitud, ni mucho menos de su terrible angustia por tan lamentable suceso.

A pesar de todas las precauciones no tardó en percibir lo acaecido la desdichada Gaudiosa, aun antes de que Clotilde le hubiese manifestado la desgarradora noticia. La hermosa amante del valeroso Pelayo no pudo menos de enterarse de la espantosa desgracia que el airado cielo habia arrojado sobre su cabeza.

Cuando don Pelayo penetró en el aposento de la bella y dolorida Gaudiosa, ésta se hallaba sumergida en el mas profundo desconsuelo. Clotilde le manifestó que no habia podido menos de revelarle el funesto accidente, pues los clamores de la gente que habia acudido le habian hecho comprender demasiado la causa de semejante alboroto.

—¡Oh Dios mio! esclamó Gaudiosa. ¿Quién habia de creer que tanta felicidad habia de ser turbada por tan cruel infortunio? Despues que mis ojos cansados de llorar habian vuelto á entrever las doradas imágenes de mi juventud primera, y cuando mi enemiga estrella por algunos momentos habia suspendido su fatal influjo, ahora se han vuelto á desgarrar todas mis heridas... ¡Y sin embargo mi sueño era hermoso y puro como la serena alborada de los primeros amores!... Yo creia que la pri-

mavera se habia engalanado con su manto florido para asistir á mis nupcias, yo creía que los parleros arroyos, que los canóros ruiseñores, que las brisas embriagadas de perfumes, que las flores del valle y las verdes copas de las encinas de las cumbres iban á entonar el gozoso himno de mis bodas; pero ¡ay! que solo entonarán un fúnebre concierto... ¡Mi alegría y mi esperanza se han desvanecido como un fúlgido celage!

Gaudiosa tenia la mirada brillante y calenturienta, sus pálidas megillas se habian teñido en un punto hácia los pómulos con una pinta de subido carmin, y sus labios estaban descoloridos como una flor marchita.

Pelayo la contemplaba pálido y trémulo con una angustia inesplicable, con una ternura, con una espresion semejante á la madre que está contando la agonía de su hijo amado. Así estaba el alma del caballero, con la misma horrible ansiedad de un hombre que pendiente de un cabello se balancease sobre un abismo.—La jóven, que se hallaba en una profunda tension nerviosa, á lo que no menos contribuía su natural constitucion que sus acerbos dolores, lanzó de pronto un agudo grito:

—¿No lo veis? ¿No veis el entierro?... Mi sueño se ha realizado... ¡Pobre padre mio! ¡Oh! ¡Cuántas sombras! Querido Pelayo, apártalas de mí... Una se adelanta callando y riendo. ¡Ay! ¡Que me hiere con su guadaña! Amado de mi corazon, sálvame, que me matan... Voy á morir, te dejo para siempre, mi padre ha muerto y la vida huye de mi corazon... ¡Padre mio! ¡Querido padre!... ¡Ay! Yo me ahogo...

Aun cuando Clotilde habia ya manifestado á don Pelayo que la triste Gaudiosa habia tenido varios accesos de delirio, todavia fué espantosa la impresion que le produjo aquel doloroso espectáculo. Su alma, que apenas habia entrevisto el resplandor de la felicidad, habia vuelto á oscurecerse, y negros presentimientos le agitaban. Parecia que un genio maléfico iba desalojando su pensamiento de una en otra ilusion, como el ave perseguida por el cazador que se va posando en una y otra verde copa hasta que busca su asilo en el peñasco inaccesible cubierto de nieve.

—¡Ay! No me olvides nunca... ¿Te acuerdas de la Torre de

las Cadenas en Andalucía? ¡Cuántos recuerdos! Mira, Pelayo, toma esta cruz... Dicen que era de mi madre, á quien no conocí... Siempre la he llevado conmigo... Guárdala como una prenda de mi eterno amor... ¡Ay! Dentro de poco quizás Gaudiosa no será ya para ti sino un triste recuerdo...

Don Pelayo, mudo de dolor, tomó la pequeña cruz de plata que Gaudiosa le alargaba, la besó con religioso enternecimiento como si fuese una preciosa reliquia, y en seguida la guardó en su seno.

—Aleja de tí, dijo, aleja esos fúnebres pensamientos que te agitan...

—¡Noble Pelayo! Siento hacerte padecer... Perdona, amado mio; pero mi cabeza arde, mi corazon se ha desgarrado con este último golpe... ¡Dios mio, tened misericordia de mí!

La jóven guardó silencio durante algunos momentos en que parecian haberse calmado sus dolores. Así permaneció toda la noche en la terrible alternativa de un espantoso delirio y de una calma y desfallecimiento todavía mas terribles. Hácia el amanecer se agravó sobre manera y prorumpió en un frenético desvarío. Clotilde y Pelayo velaban en el aposento; en las galerías paseaban los escuderos y hombres de armas con aire dolorido y consternado. Todo el castillo en el interior era confusion y amargura; en la parte esterior y aun en los patios hablaban en voz baja y sentida muchos de los siervos y habitantes de las cabañas circunvecinas.

El acceso de Gaudiosa, como siempre, fué seguido de un profundo desmayo.

El apenado caballero fijó en ella sus turbios ojos y esclamó como hablando consigo mismo:

—¡Oh! ¡Qué pensamiento tan cruel! ¡Morir! ¡Morir ahora! ¡Una tumba á la puerta del santuario de la felicidad! ¡Oh Dios omnipotente! No permitid que el soplo helado de la muerte impía marchite la flor de su juventud, de su hermosura, de mi dicha y de mi esperanza.

Y el religioso caballero permaneció abrumado bajo el peso de esta imágen sombría, y elevando al cielo ardientes plegarias por la infeliz y angelical doncella.



XLVIII.

EL RETO.

Mientras que el hijo de Favila se hallaba abrumado por el peso de sus temores respecto á la existencia de su amada Gaudiosa, habia llegado al castillo de Pamia un mensagero preguntando con grande instancia por don Pelayo. Éste salióse del aposento de la enferma y dirigióse al salon principal del castillo para recibir al incógnito enviado.

No sorprendió en gran manera al amante de Gaudiosa la llegada de un mensagero, pues que hacian muy probable aquel suceso las circunstancias presentes, en que no era inverosimil que algunos caballeros cristianos, señores de vasallos y castillos, tratasen de ponerse de acuerdo con el inclito Pelayo, á fin de combinar los medios oportunos para la defensa de la region de Asturias.

Apenas el ilustre guerrero habia penetrado en el salon, cuando presentóse el mensagero, que, segun todas las trazas, era un cautivo que recientemente acababa de recobrar su libertad. El recadero saludó á Pelayo con muestras del mas profundo respeto, y en seguida le entregó un pergamino que contenia estas palabras:

« Si es cierta vuestra fama de valiente, espero que no fal-

tareis á la cita que os dá vuestro mas encarnizado enemigo, el cual se pone en vuestras manos con la confianza de que no abusareis de las ventajas que pudiera proporcionaros la circunstancia de hallarse en tierra de cristianos, que son sus naturales enemigos. El hombre que desea vuestra muerte os desafia á singular batalla, y espera de vuestro valor y lealtad que aceptareis el combate y no delatareis su nombre.»

Atónito don Pelayo con la lectura de aquella carta, interrogó al portador de ella del modo siguiente:

—¿Quién eres?

—Un cautivo cristiano del linage de los godos.

—¿Quién te ha dado esta carta?

—Mi amo.

—Dime su nombre.

—No puedo.

—¿Qué razones tienes para usar conmigo de tanta reserva?

—He prometido solemnemente á mi señor no revelar su nombre.

—En esé caso nada tengo que responder á esa epístola.

Y así diciendo, Pelayo dió algunos pasos para salirse de la estancia.

Este movimiento dejó desconcertado al mensagero, el cual rogó al altivo paladin que se aguardase algunos momentos y tuviese la bondad de escucharle.

—Habla pronto, dijo el guerrero con el aire de soberana magestad que le era característico.

—Señor, debo deciros que no debeis dudar ni por un momento que siendo godo y cristiano, me interesaré vivamente en que ninguna desgracia os sobrevenga, pero por otra parte, yo soy un mísero cautivo y no puedo menos de obedecer estrictamente las órdenes que se me han comunicado.

—¿Luego tú no estás libre?

—¡Ojalá que así fuese!

—¿Pues cómo, hallándote aquí, no te escapas?

—Me es de todo punto imposible.

—Supongo que no llevarás tan adelante las leyes del honor, que rehuses sacudir el yugo, si la ocasion te se proporciona,

pues al que llora en el cautiverio le es lícito procurar su libertad por todos los medios que esten á su alcance.

—No lo niego, señor; pero desgraciadamente mi situacion es tal, que en ningun modo puedo escaparme sin atraer sobre mi cabeza infortunios mayores aún que los del cautiverio.

—No creo que haya sobre la tierra mayor infortunio que perder la libertad.

—Eso será cierto para todos los hombres; pero repito, señor, que yo me encuentro en un caso tan singular, que realmente prefiero arrastrar la cadena de cautivo antes que sufrir las funestas consecuencias que mi fuga me causaria.

—Tus palabras me parecen incomprensibles.

—Y sin embargo, son muy verídicas.

—¿Qué funestas consecuencias pudiera traerte el permanecer aquí, por ejemplo, en este castillo?

—Señor, habeis de saber que yo tengo un hermano menor, al cual profeso el cariño del mas tierno padre. Ahora bien, mi hermano está sufriendo conmigo las penalidades del cautiverio, y mi amo me ha impuesto la terrible condicion de hacer degollar á mi hermano, si yo, abusando de la licencia que se me ha concedido, no regreso á llevarle vuestra contestacion. Ahora comprendereis que me encuentro de todo punto imposibilitado de recobrar mi libertad, porque entonces mi hermano querido sería víctima del furor de mi bárbaro dueño.

—Efectivamente, veo que tienes razon.

—Por lo demás, ya conocereis tambien que en ninguna manera debo revelar el nombre de mi amo, supuesto que del modo mas terminante me lo ha prohibido.

—Conozco sin duda que tienes razon para no ser indiscreto ni desobediente á las órdenes de tu señor; pero eso quiere decir que ni yo te exigiré el nombre de tu amo, ni éste podrá exigir de mí que yo acuda á esa cita, supuesto que nunca acostumbro á presentarme á mis enemigos encubiertos, cuando por tales medios y con rodeos tantos me provocan.

—En ese caso...

—Puedes marcharte cuando quieras, interrumpió el hijo de

Favila con un acento en que se revelaba inquietud é impaciencia.

—Señor, me parece que no me hareis la injusticia de creer que yo permanezco insensible al honor de los cristianos, y mas particularmente á la gloria de nuestro mas ilustre caudillo, que sois vos.

—¿Qué quieres decir con eso? preguntó Pelayo, que temia mil veces mas á un adulador que á un asesino.

—Quiero decir que me será muy doloroso que los infieles crean que no teneis valor para aceptar el reto que se os propone.

Los ojos del héroe lanzaron una llamarada de ira.

El cautivo se apresuró á decir:

—No imagineis, señor, qué yo haria á vuestro esfuerzo semejante injuria, porque afortunadamente me encuentro en el caso de apreciar debidamente vuestra conducta; pero estoy seguro de que no sucederá lo mismo á los infieles. Así, pues, permitid que en nombre de vuestra buena fama os ruegue que acepteis el combate á que se os provoca por medio de esta carta.

Don Pelayo quedóse algunos momentos pensativo, porque acababa de comprender que las palabras del mensagero eran sinceras.

Al fin dijo:

—Piensen lo que quieran y digan lo que les plazca, yo no estoy en el caso de asistir á ese reto provocado por una persona desconocida, cualesquiera que sean por otra parte su condicion y creencia.

—Antes de que tomeis una resolucion definitiva, me parece oportuno manifestaros que me consta que vuestro enemigo trata de reñir con vos lealmente, y que por ningun concepto debeis recelar que os tienda una asechanza.

—¿Y quién me asegura á mí que sea cierto lo que dices?

—Pudiera daros muchas seguridades, y entre otras, os haré notar la circunstancia de que vuestro adversario está oculto en el castillo, antes conocido con el nombre de la *Roca sangrienta*, y que ahora se llama de la *Media luna*.

—Ese es el castillo que está mas allá del rio Sella. ¿No es así?

—Justamente.

—Ese es el primer castillo que se encuentra en la comarca que tienen invadida los infieles.

—Así es la verdad.

—¿Y qué garantía es para mí que se encuentre encerrado en ese castillo?

—Allí aguarda vuestra contestacion, y me ha dicho para inspiraros confianza, que no tiene inconveniente en venir á las inmediaciones de este mismo castillo.

Al escuchar tales proposiciones, don Pelayo comenzó á pasearse por la estancia con aire meditabundo.

El cautivo insistió:

—Mi amo me ha dicho además que si le venceis, se quedará el castillo en poder de los cristianos.

—¡Ha dicho eso! esclamó gozoso el hijo de Favila.

—Sí, señor, me ha encargado muy particularmente que os lo anuncie del mismo modo que lo he hecho.

El héroe, cuando se trataba de una enemistad personal, esquivaba la ocasion de sacrificar estérilmente su vida, tan necesaria á su patria; que los hombres de corazon que poseen la virtud de la fortaleza, saben muy bien que su esfuerzo no merece el nombre sagrado de heroismo, sino cuando se aplica á empresas tan importantes como honrosas.

Ahora don Pelayo comprendia que aquel imprevisto lance podia proporcionar á su patria la gloriosa conquista de un castillo, cuya situacion era de las mas adecuadas para la defensa del territorio asturiano.

Y esta consideracion tuvo sobre su ánimo generoso una influencia decisiva.

Luego, clavando una mirada penetrante como un puñal sobre el cautivo, preguntó:

—Siempre que sea cierto lo que me dices, no tengo el menor inconveniente el batirme con tu señor.

—Es tan cierto, que os lo juro por la Santa Vírgen de Covadonga.

—¿Y no podrá suceder que tu señor haya tenido el arte de

hacerte creer que tales son sus intenciones, que tú de buena fé me propongas semejante reto, y despues cometan conmigo una felonía?

Esta observacion dejó casi desconcertado al cautivo, que al fin respondió:

—No negaré, señor, que los infieles son capaces de todo, y que vuestra observacion está muy en su lugar; pero si he de deciros francamente lo que siento, deberé manifestaros que la verdad tiene una fisonomía y una voz tales, que no es fácil confundirlas con el atavío de la mentira. Por lo tanto, segun lo que yo he podido juzgar, paréceme que mi señor piensa cumplir lealmente las proposiciones que os dirige. Podrá suceder, sin embargo, que yo me equivoque, y en esta parte no quisiera yo cargar con responsabilidad alguna, vos podeis hacer lo que mas os plazca; pero á fin de que juzgueis con entero conocimiento de causa, os diré que mi señor me mandó deciros para que no abrigáseis el menor recelo, que si lo teníais á bien, podíais llevar una escolta de cincuenta hombres, número igual al de infieles que guardan el castillo de la Roca sangrienta. Yo siempre le llamaré así, porque me repugna llamar á este castillo con el nombre que ahora tiene desde que sobre sus torres, campea el estandarte de la Media luna.

—¿Y consentirá tu amo que durante nuestro duelo mi gente permanezca en el patio del castillo?

—Cabalmente, segun tengo entendido, esa es la intencion que tiene mi amo.

—¿Consiente tu amo en que mi gente se apodere del castillo, como en rehenes, mientras nosotros nos batimos? preguntó gozoso don Pelayo.

—Sí, señor.

—Pues siendo de ese modo, desde luego acepto el combate. Anda y manifiéstalo así á tu amo.

—Será necesario que me digais á qué hora y en dónde mi señor debe aguardaros.

—¿No te ha dicho él en dónde queria que tuviese lugar el reto?

—La hora y el sitio lo ha dejado á vuestra eleccion; pero mi amo está en la inteligencia de que vos aceptareis al instante.

—Pues dile que mañana le aguardo al romper el alba junto á la ermita de San Fructuoso, poco distante de las márgenes del Sella.

—Está bien, señor, y el cielo quiera concederos la victoria sobre el infiel.

Y así diciendo, el cautivo se dispuso á partir; empero don Pelayo le detuvo preguntando:

—¿Y no me dirás el nombre de tu señor? Paréceme que el único inconveniente que podrás tener en decirme quién es mi enemigo consistirá naturalmente en el temor de que yo revele tu secreto; pero te juro á fé de caballero no hacer uso alguno de tu revelacion.

—Señor, yo no quisiera...

—Si te has obligado con juramento á no decirme el nombre de tu amo, no quiero que por mi culpa faltes á tu palabra, dijo el noble Pelayo.

—En cuanto al nombre... En fin... yo quisiera complaceros... Precisamente con juramento no me he obligado á callar su nombre... Además, señor, aunque le hubiese jurado callar sobre este punto, yo tengo para mí que los juramentos de los cristianos para con los moros no deben ser válidos.

Rióse don Pelayo muy de veras de la ocurrencia del cautivo, y comprendió que este no estaba muy lejos de acceder á su demanda.

—Ahora bien, continuó el mensagero, el nombre de mi amo es Ben-Abdalla.

—¡Abdalla! esclamó entre iracundo y gozoso don Pelayo.

Sin duda el lector recordará la enemiga implacable que mediaba entre ambos campeones, desde que el hijo de Favila habia estado prisionero en Gijon, así como tambien la bella Gaudiosa, que fué arrebatada violentamente de los brazos de su padre por el feroz Abdalla.

—¡Ah! continuó don Pelayo con los ojos centellantes de furor. Si ese es mi enemigo, para mañana se me hace tarde el castigar las ofensas que me hizo cuando estaba en un calabozo, y castigaré tambien, arráncandole el corazon, las aflicciones que le hizo pasar á la desdichada Gaudiosa, en cuyo rostro de án-

gel se atrevió á fijar sus insolentes miradas. Dile que mañana mismo ha de morir á mis manos, y que lo que siento es que no me haya enviado mas pronto este mensage. ¡Ah! ¿Dónde se esconderia tu señor la noche del asalto de Gijon?

—Él fué uno de los pocos que escaparon de aquel encuentro terrible, y es preciso convenir en que mi amo es muy feroz y cruel, pero ciertamente es valeroso.

—Pues bien, alcanzar la victoria sobre un valiente, es lo único que hace latir de gozo mi corazon.—Anda y dile que me aguarde, seguro de que no faltaré á la cita, aun cuando el mundo se partiera por sus ejes.

El cautivo se despidió, y don Pelayo inmediatamente se dispuso á reunir los cincuenta hombres de armas que debian apoderarse del castillo de la Media luna.

El jóven, sin embargo, al pensar en el estado lamentable en que se hallaba Gaudiosa y en la necesidad en que se veía de partir á la mañana siguiente, se afligió sobremanera; pero al fin, procurando disimular su dolor, aproximóse al lecho de la hermosa hija de don Íñigo y la encontró sumergida en el mas profundo sueño, que le habia acometido despues de los febriles transportes que la habian molestado.

Junto al lecho de la doliente virgen, como si fuese su ángel custodio, hallábase la fiel Clotilde con los ojos preñados de lágrimas y contemplando inmóvil las lívidas y á la par bellas facciones de Gaudiosa.

El caballero fijó en la enferma una mirada profunda y dolorida y luego paseó al rededor sus ojos vagarosos, cual si quisiese estampar en su alma la imágen de aquella escena como para conservarla en el santuario de sus recuerdos. Despues de esta silenciosa despedida, el apenado caballero hizo seña á Clotilde para que le siguiese á la galería. Ambos salieron de la estancia andando de puntillas por temor de despertar á la infeliz y angelical doncella.

—¿Le ha atacado algun otro acceso de delirio? preguntó el caballero.

—No, señor. Despues que vos salísteis del aposento, comenzó á volver de su desmayo, exhalando profundos suspiros y repitiendo sin cesar el nombre de su padre. Luego su respira-

cion comenzó á ser mas sosegada, y poco á poco fué quedándose dormida.

—Yo espero que ese sueño bienhechor proporcionará algun descanso á su espíritu agitado por tantos y tan dolorosos golpes.

—Así lo creo yo tambien.

—Ahora vamos á otra cosa.

—Decid, señor.

—Tengo necesidad de partir ahora mismo.

—¡Santa Vírgen de Covadonga! esclamó Clotilde con espresion á la vez de dolor y sorpresa. ¡Cuánta va á ser la angustia de mi señora cuando despierte y sepa que os habeis ausentado!

—Mucho lo siento yo tambien; pero mi suerte lo quiere así. ¡Paciencia!

—¿Y es muy largo vuestro viaje, señor?

—¿Quién sabe?... ¡Tal vez sea eterno!

—¡Qué habeis dicho! esclamó asustada Clotilde.

—Quiero decir que voy á correr grandes peligros; pero si Dios se digna librarme de ellos, de seguro mañana estaré de vuelta en este castillo.

—¡Quiera Dios que así sea! ¡Oh! Tiemblo al pensar que mañana pudieran verificarse dos entierros... Los temores de mi señora... ¿No habeis visto, señor, con qué prodigiosa exactitud se ha realizado su ensueño funesto?

La jóven aludia no solamente al entierro del conde don Íñigo que debia tener lugar al dia siguiente, sino tambien al grave riesgo de que habia hablado el valeroso hijo de Favila.

—Nada tengo que decirte sino que procures por todos los medios que esten á tu alcance consolar á la infeliz Gaudiosa.

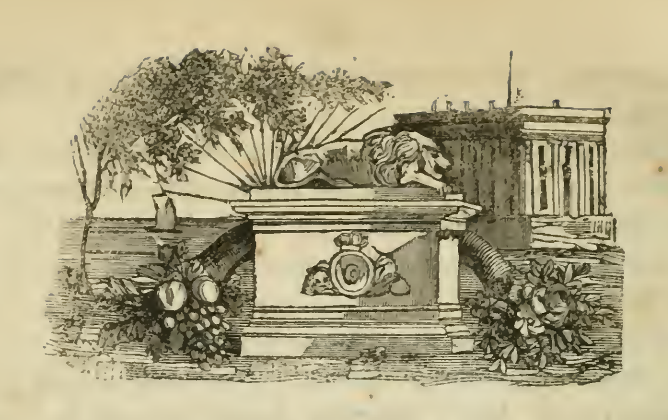
—Descuidad, señor.

—Adios, querida Clotilde.

—¡Qué la Santa Vírgen os acompañe y os libre de todo mal!

—Gracias, Clotilde.

En seguida el esforzado cuanto religioso paladin partió del castillo de Pamia y fué á avistarse con los principales gefes de los astures, á fin de que á la mañana siguiente se hallasen reunidos todos los hombres que pudiesen llevar armas en el monasterio del Cristo de la Columna.



CAPITULO XLIX.

EL COMBATE.



PENAS el alba comenzó á sonreir en el cielo derramando júbilo y vida por la ancha faz de la tierra, cuando ya el valeroso hijo de Favila se hallaba armado de punta en blanco, postrado de hinojos y orando fervorosamente en la iglesia del monasterio. Junto al héroe se hallaba tambien su inseparable amigo Atanagildo, que debia ser el gefe de los cincuenta hombres de armas que habian de apoderarse del castillo de la Media luna.

Entre tanto los escuderos Ferrandez y Gumildo estaban en el patio de la antigua Abadía teniendo del diestro los caballos de guerra de sus señores.

Nunca el valor está reñido con la prudencia. Asi, pues, el hijo de Favila habia dispuesto que se reuniese el mayor número posible de guerreros, á fin de que si las gentes de Ben-Abdalla faltasen á su promesa, pudiese el resto de los astures acudir en socorro de Atanagildo y los suyos.

Todos los que se hallaron bajo la conducta del valeroso Plácido en el asalto de Gijon, habian acudido aquel dia al monasterio del Cristo de la Columna, y además á la noticia del nuevo movimiento, acudieron tambien no pocos de los habitantes de

aquellas sierras que estaban ganosos de lidiar con el agareno.

Hallóse, pues, el hijo de Favila con un cuerpo de mas de doscientos hombres, número á la verdad reducido, pero con el cual podia intentarse cualquier arriesgada empresa, atendido el valor probado de aquellos modestos campeones.

Pelayo dispuso que Plácido fuese el capitan de los belicosos pastores y permaneciese oculto con su tropa en los sotos del rio Sella, no lejos del castillo de la Media luna, habiendo convenido en que Atanagildo sonase su cuerno de caza, que sería la señal de la traicion de los moros y de que necesitaban los cristianos el auxilio de los suyos.—El esforzado hijo de Favila cabalgó en su troton negro como la noche y veloz como el céfiro, y despues de haberse despedido tiernamente de los monges, que se quedaron rogando al Dios de los ejércitos por la prosperidad de las armas cristianas, arengó brevemente á sus soldados, les inspiró el generoso brio de que se hallaba poseido su pecho, y en seguida se puso en marcha para el castillo de la Roca sangrienta.

Como ya hemos indicado, debian pasar antes por la ermita de San Fructuoso, que estaba á camino y que era el lugar de la cita, donde el cristiano paladin habia de encontrar á su feroz adversario. Cuando el hijo de Favila llegó al sitio prefijado, vió á lo lejos una pequeña, pero lucida escolta de ginetes árabes, que se aproximaban al galope. A la cabeza de aquellos guerreros venia el fiero Abdalla montado sobre un poderoso caballo, capaz de sostener la estatura gigante de su dueño.

Pelayo habia tenido la precaucion de que Plácido se ocultase con los suyos antes de llegar á la ermita, de modo que los infieles solo pudieron ver los cincuenta caballeros que mandaba Atanagildo.

Los que acompañaban al caudillo árabe no pasaban de treinta, pues los restantes se habian quedado en el castillo de la Media luna.

¿Qué pincel podrá pintar el brillo siniestro de la rencorosa mirada que cambiaron los dos paladines? Ni el rayo ni el relámpago cuando la deshecha tempestad altera los mares y devasta los campos, burlando las esperanzas del labrador y del nave-

gante, anuncia mas terribles estragos que los que pudieron leerse en aquella torva mirada.

Ambos caudillos hicieron señal á los suyos de que permaneciesen inmóviles, mientras que los dos se adelantaban el uno hácia el otro, dejando atrás á su tropa respectiva, como á un tiro de ballesta.

Cuando se detuvieron ambos paladines, se quedaron silenciosos durante algunos momentos, como si cada cual quisiese medir con la vista los brios de su contrario y calcular los golpes que necesitaba para abatirle. Uno y otro conocian demasiado que tenian delante de sí un enemigo formidable.

—¡Alá te guarde, nazareno! dijo al fin Abdalla en aquel idioma mozárabe, especie de algarabía con que se comunicaban moros y cristianos.

—¿Es verdad que estás dispuesto á que entren mis cincuenta caballeros en tu castillo?

—Estoy dispuesto, repuso Abdalla con altivez, porque estoy seguro de que tus cincuenta caballeros serán mis cautivos.

Pelayo ni siquiera se dignó responder á esta bravata del agareno, y volviéndose hácia su escuadron, hizo una señal á Atanagildo para que se aproximase.

Abdalla tambien llamó á su lugar-teniente.

Cuando los cuatro estuvieron reunidos, comenzaron á departir de esta manera.

—Ahora los ginetes que tú mandas se reunirán con los moros, y sin hostilizarles en ninguna manera penetrareis todos juntos en el castillo de la Roca sangrienta, dijo Pelayo á su amigo.

—Escucha, Mahomet, dijo con acento fiero Abdalla á su teniente; ahora estos perros idólatras se reunirán con vosotros y entrareis todos juntos en la alcazaba; pero no los cargareis de cadenas hasta que yo no le haya dado muerte á Belay.

Sonrióse Pelayo desdeñosamente de las arrogantes palabras del infiel, y solo se limitó á decir:

—El castillo será del que quede vivo de nosotros dos.

Atanagildo y Mahomet saludaron á sus respectivos gefes, y en seguida cristianos y moros encamináronse hácia el castillo.

Pelayo y Abdalla quedaron solos en el campo, y los dos

guardaron silencio mientras que no vieron trasponer á sus respectivos escuadrones.

Cuando ambos tendieron la vista en torno suyo y se hubieron convencido de que estaban completamente solos, entablaron el diálogo siguiente:

—Nazareno, dijo Abdalla, voy á hacerte una proposicion que espero aceptarás, supuesto que á los dos nos conviene.

—Habla.

—Temo que algunos de mis soldados ó de los tuyos, arrastrados por el afecto que nos profesan, vuelvan dentro de un rato y se oculten en estos contornos para presenciar nuestro combate, y acaso esta circunstancia pudiera producir contra nuestra voluntad un encuentro entre tus guerreros y los mios. Si te parece, podemos dejar este recinto y buscar un sitio apartado, en donde combatiremos sin temor de que nadie nos interrumpa.

—Adonde quieras podemos retirarnos, respondió el cristiano caballero.

Y ambos campeones clavaron los acicates á sus corceles y encamináronse hácia la vecina sierra, y al cabo de un buen espacio de tiempo, los dos implacables enemigos se detuvieron á la par en un estrecho valle que habian encontrado al trasponer la cumbre de un monte, que los ocultaba completamente á las miradas de los vigías moros que estuviesen en el castillo de la Media luna.

El angosto valle estaba cerrado en forma de anfiteatro por altas rocas, de manera que solo por un punto era accesible; su estension era llana y estaba cubierta de blando césped y despoblada de árboles. Un cristalino arroyuelo, como una sierpe de plata, cruzaba el valle y ofrecia un retiro silencioso y apacible, que antes convidaba á la meditacion y al gozo interior del alma que al homicida estrépito de los combates.

Cuando los dos paladines de comun acuerdo determinaron batallar en aquel sitio, el feroz Abdalla dijo al arrogante cristiano:

—Ahora veremos, nazareno, si eres tan bravo en el campo como en la mazmorra de Gijon, y si tienes las manos tan sueltas

como la lengua. ¡Por Alá te juro que has de pagarme la afrenta que me hiciste en el calabozo, cuando fuiste osado á poner tus manos en mi rostro!

Dejóse el cristiano de réplicas, como si quisiese dar á entender que en aquel sitio deseaba mas bien manejar su espada que gastar el tiempo en palabras inútiles. Una desdeñosa sonrisa fué la única respuesta del héroe al moro.

Y don Pelayo, volviendo riendas y lozaneando por la campaña, como si estuviera en un público palenque, fué á tomar campo y brio para acometer á su adversario.

Pero en aquel mismo instante el cristiano caballero oyó que su enemigo le llamaba.

—A fé que te gusta mas departir que pelear. ¿Tienes miedo acaso de comenzar el combate?

—Por Alá, nazareno, que cada palabra tuya solo sirve para atizar la hoguera de mi rencor...

—Pues ahora es la ocasion de que vengues tus rencores.

—Ya lo sé, repuso el moro con voz reconcentrada por la rabia, y por lo mismo que deseo tomar de tí cruel venganza, te he llamado para proponerte una nueva condicion.

—La que quieras acepto. Lo mismo me dá combatir á pié que á caballo.

—¡La aceptas! esclamó gozoso Abdalla.

El hijo de Favila comprendió que su enemigo llevaba intencion doblada, y clavando sobre él sus ojos escrutadores le dijo con un acento de magestad soberana:

—Acaba pronto. ¿Qué es lo que quieres?

—¿No hemos convenido en que el vencedor se quede por dueño de mi castillo?

—Si.

—Pues bien, yo te propongo que además del castillo, el vencedor se quede tambien con la hermosa nazarena ¡infame! que me arrebataste de entre mis manos.

El héroe se quedó mudo de ira.

—¿Qué es eso? ¿No respondes? ¿Tan poco seguro estás de la victoria, que no te atreves á aceptar la condicion que te propongo?

—Los castillos, repuso gravemente Pelayo, pueden conquistarse por la fuerza de las armas; pero el amor de una mujer no se puede conseguir sino conquistando su corazon.

—Las huríes dán su amor al mas valiente.

—Dios dá la victoria al que mas le place, y muchas veces el mas débil triunfa del mas poderoso.

—¿Aceptas? Sí ó nó.

—Yo puedo dejarte por trofeos de tu victoria, si el Dios de los ejércitos te la concediese, todas las cosas que me pertenezcan; pero no me es posible disponer del alma de otra persona. ¿Acaso imaginas que aun cuando tuvieses en tu poder á la hermosa nazarena, como tú dices, podrias conseguir que ella te amase?

—Estoy seguro de ello.

El noble hijo de Favila miró de alto á bajo al feroz Abdalla. Luego sin pronunciar una palabra, y con el altivo ademan que le era característico, picó á su corcel, y tomando campo se dispuso á revolver sobre su enemigo, que habia practicado la misma evolucion, ardiendo en ira por el desprecio conque Pelayo le trataba.

El cristiano caballero acometió á su contrario con ímpetu inaudito y le dió una terrible cuchillada, que débilmente logró parar con su escudo, dejándole contuso del golpe, si bien no salió herido.

Otra vez los dos valerosos paladines tomaron campo y corrieron el uno hácia el otro, encontrándose con fuerza tanta, que caballos y caballeros se desplomaron en tierra.

Ardiendo Abdalla en ponzoñosa ira levantóse con grandisima presteza, y levantada en alto su corva cimitarra se vino hácia don Pelayo con la fúria de un leon de Numidia.

Imitóle el cristiano paladin en la rapidez y en el furor, con lo que ambos trabaron encarnizadísimo combate. Recordó Pelayo interiormente la noble y santa causa porque lidiaba, que era en defensa de su patria, por su honor propio, por el de las armas cristianas, y por la seguridad de su querida Gaudiosa, flor delicada que era preciso resguardar de las inmundas manos del feroz Abdalla. Este dió á su contrario en el escudo y se le fal-

seó hiriéndole en el brazo. El golpe del cristiano fué tambien tremendo y desaforado, porque rompió la adarga del moro y le hizo una herida profunda, de la cual manaba una fuente de sangre.

Harto sintió el orgulloso infiel que se hallaba mal herido; mas no por eso demostró flaqueza, antes por el contrario con mas furibundo aliento arremetió á su enemigo. Pelayo le dió de través y le hizo otra herida mas grave aún que la primera. El feroz y gigantesco moro, con toda la furia de la desesperacion, encendido en ira rabiosa fuése hácia el cristiano para herirle y acabar de una vez con su formidable enemigo; pero este paró todos los golpes con serenidad imperturbable y con la ligereza del pensamiento.

Largo rato duró así la terrible y singular pelea.

Maravillado el moro de la gran destreza y agilidad del amante de Gaudiosa, que se movia, segun era necesario, con la mayor oportunidad y acierto, detuvo su corcel y le dijo de esta manera:

—Si es tu gusto, fenezcamos á pié esta batalla, pues ya hace mucho tiempo que combatimos á caballo.

El gigantesco Abdalla hizo esta proposicion al cristiano con el intento de aprovechar cualquiera ocasion que se le presentase de ahogarlo entre sus brazos hercúleos.

Pelayo le respondió con risueño semblante:

—Como mas te plazca.

Y al punto echó pié á tierra.

Efectivamente alegróse el cristiano, porque era sumamente diestro y ligero para pelear á pié, y porque además tenia mucha confianza en sus grandes fuerzas para en el caso de que el moro intentára sorprenderle y luchar con él brazo á brazo.

Ya que los dos estuvieron á pié embrazaron sus escudos y se acometieron con tanta fortaleza, con brio tan pujante y lanzándose miradas tan furibundas, que no parecian sino dos bravos leones.

Heríanse por todas partes procurando cada cual, con homicida astucia, acabar pronto con su contrario; pero el moro

llevaba lo peor, porque destilaba mucha sangre de las dos heridas.

A esta sazon tiró Pelayo un revés á su enemigo y le cortó la adarga, lo cual visto por el moro, abrasado en viva saña dió un golpe á Pelayo por cima de su escudo con tanta pujanza, que parte de él vino al suelo, quedando el cristiano herido en la cabeza. No fué profunda la herida; pero le salia tanta sangre que le bañaba los ojos de manera que se le turbaba la vista.

Ciertamente que si á este tiempo el moro no anduviera tan desangrado, Pelayo corriera gran peligro; pero como Abdalla vió tan sangriento el rostro del cristiano, cobró mucho ánimo y comenzó á herirle valerosamente. Por fortuna el gigantesco moro se hallaba muy debilitado á causa de la sangre que habia perdido, por lo que no pudo acometer con todo el brio que su encono deseára; pero sin embargo ponia en grande aprieto al valeroso hijo de Favila, el cual, como se vió tan perseguido de su adversario, y que tanta sangre le salia de la cabeza, comprendió que su fin era llegado, si un esfuerzo de sobrehumano valor no le salvaba.

Así, pues, avergonzado y confuso de que tanto le durase su enemigo, resuelto á acabar de una vez, poniendo la vida en mucho riesgo y cubierto lo mejor que le fué posible con la parte del escudo que le quedaba, acometió al moro, que, viéndole venir con tan ciega furia, le embistió tambien con gran denuedo y pensando con aquel golpe fenecer la reñidísima contienda. Pelayo hirió de punta al infiel con estraordinario brio, de manera que su tajante acero penetró hasta lo mas escondido de sus entrañas; mas no fué dado este golpe sin que costase muy caro al cristiano paladin, que salió mal herido en la cabeza de tal suerte, que aturdido vino al suelo bañado en su propia sangre.

El moro que así vió á Pelayo, creyendo que su enemigo era muerto, fuése hácia él para cortarle la cabeza; pero cuando se movió para llevar á cabo su intento, de repente cayó sin vida, porque tenia pasadas las entrañas de parte á parte.

En esto Pelayo tornó en sí, y viéndose en tal estado, receloso de que Abdalla viniese sobre él, levantóse con presteza.

y mirando al moro le vió inmóvil y tendido sobre el suelo.

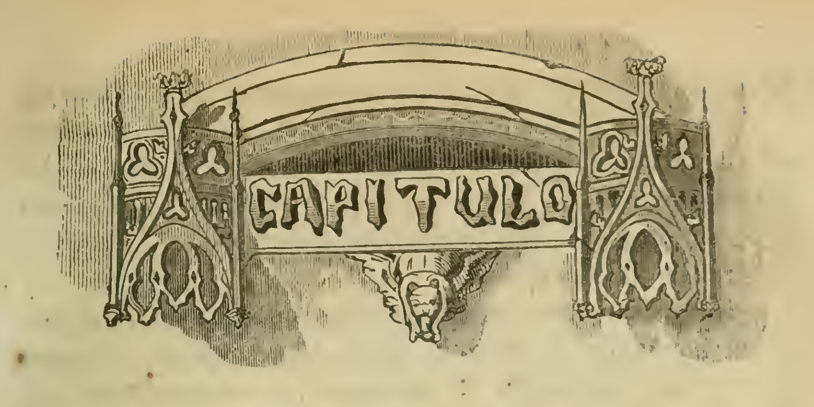
Pelayo entonces esperimentó un vivo gozo por tan señalada victoria, y, con un movimiento tan rápido como espontáneo, besó la cruz de su espada y elevó sus ojos al cielo, dando gracias al Dios de los ejércitos por el triunfo que habia alcanzado.

En aquel momento se acuerda el héroe de que no solo ha vencido al feroz Abdalla, sino que tambien los suyos se habrán apoderado ya del castillo de la Roca sangrienta, y este recuerdo le hace sonreir en medio del dolor que le causan sus heridas, pensando gozoso que la sangre que de ellas vierte es el precio de una conquista y de una victoria para su querida patria.

A impulsos de este recuerdo, el héroe quiere ponerse en marcha hácia el castillo á fin de animar con su presencia á los suyos, en el caso de que se empeñase algun encuentro entre las gentes de Abdalla y los soldados de Atanagildo. Por otra parte, para que el castillo, segun lo pactado, quedase en poder de los astures, era de todo punto necesario que de los dos campeones se presentase el vencedor llevando por trofeo la cabeza del vencido, á fin de que nadie pusiese en duda sus derechos.

Así, pues, el valeroso hijo de Favila, despues de contemplar un rato en silencio el cuerpo membrudo del gigante Abdalla, le cortó la cabeza, y asiéndola por la encrespada barba, dirigióse hácia donde estaba su caballo para colgarla del pretal. Dió algunos pasos el cristiano paladin; pero muy luego conoció que las fuerzas le faltaban para poner en práctica su intento. Sus miembros fatigados se estremecen, anhelosa respiracion exhala de su pecho, y por instantes siente desfallecer sus fuerzas, á causa de la pérdida de la sangre.

Para cobrar algun aliento siéntase en tierra, apoyando la megilla en la mano, que temblaba como débil caña. Sus ojos se turban, su cabeza se desvanece y se le figura que todos los objetos giran en torno suyo, hasta que por último pierde el conocimiento, cae desmayado, y ya el vencedor no se distingue del vencido.



L.

LA FUERZA DE LA DEBILIDAD.



ASARON muchas horas, y ninguno de los dos campeones volvia al castillo. Hasta entonces Mahomet habia permanecido obediente á las órdenes de su capitan el feroz Abdalla, es decir, que no habia hostilizado á los cincuenta caballeros cristianos que en el patio de la fortaleza estaban apercibidos al combate; pero á medida que pasaba el tiempo, el rostro de Mahomet estaba mas sombrío, y era fácil leer en sus ojos la intencion determinada de no abandonar el castillo, sino defender el terreno palmo á palmo.

Tambien el fiel amigo de Pelayo, el buen Atanagildo, estaba devorado por mortal inquietud al ver la tardanza del campeon cristiano, y en su interior meditaba que si el cielo habia decretado la muerte del valeroso hijo de Favila, habia de tomar en los moros la mas sangrienta venganza.

Embebido en tales pensamientos hallábase Atanagildo cuando apareció en el patio, sudoroso y jadeante, uno de los astures que bajo las órdenes del valeroso Plácido estaban emboscados en las márgenes del Sella.

—¿Qué sucede? preguntó Atanagildo temeroso de recibir

alguna funesta nueva respecto á la suerte de su querido Pelayo.

—Que estos perros infieles, repuso el astur con voz atropellada, intentan hacer con vosotros una felonía; pero no les han de valer sus malas artes, porque la Vírgen de Covadonga ha permitido que su traicion sea descubierta.

—¿Pues qué intentaban?

—Habeis de saber, señor, que hemos encontrado á un moro que montando un soberbio caballo, iba á pasar el rio, cuando yo y mis compañeros le detuvimos, y conduciéndolo á la presencia de nuestro capitan Plácido, éste, ya con promesas, ya con amenazas, le ha hecho por fin confesar que iba de parte de Mahomet á dar aviso al emir Alhaur, que con numerosa hueste se encuentra en Gijon, á fin de que enviase socorro para la defensa de este castillo.

—¡Ah, infames! esclamó indignado de semejante traicion el hijo de Veremundo.

—Quedad con Dios, que yo me vuelvo á mi puesto, pues tal fué la órden que me dió mi capitan.

—¿Y qué habeis hecho del mensagero? preguntó Atanagildo.

—Allí le tenemos preso.

—¡Es estraño! Nosotros no hemos visto salir á nadie.

—Habrá salido por alguna oculta poterna.

—Sin duda que ha sido asi.

—Adios, señor.

—Adios, y dile á tu capitan que esté muy alerta para que acuda en nuestro auxilio, cuando oiga sonar mi cuerno de caza, que será señal de que nos encontramos en grande apuro.

—Está bien, señor.

—Dile además que deje emboscados algunos de los suyos en las márgenes del rio para impedir que cualquier fugitivo vaya á Gijon con la nueva de lo que por aquí acontece. Yo hasta ahora no he querido romper las hostilidades, por no faltar á lo que me ordenó el valeroso don Pelayo...

—¡Ah, señor! interrumpió vivamente el astur. ¿Y no se sabe nada de él?

—Nada sabemos, repuso Atanagildo suspirando.

—Pues ya era tiempo de que hubiesen fenecido el combate.

—¡Dios quiera que haya triunfado Pelayo!

—Yo se lo he rogado muy de veras á la Santa Virgen de Covadonga, y el corazon me dice que don Pelayo habrá sabido dar muy buena cuenta de aquel maldito morazo.

—¿Conocias tú á Abdalla?

—Esta mañana, estando yo escondido en los sotos del Sella, lo vi desde lejos cuando se aproximó con su gente adonde estaba don Pelayo, y entonces observé que era mas alto que Sanson.

—¿Y viste dónde se quedaron cuando nosotros nos vinimos á este castillo?

—¡Vaya si lo vi! Pero á la cuenta se han debido retirar mucho de aquel sitio, porque ahora cuando venia, he pasado por allí á propio intento por ver á los combatientes...

—¿Y no los has visto?

—No, señor, y á fé que lo siento, porque yo habia pensado llevarles á mis camaradas alguna buena noticia, y me ha salido vano mi propósito; pero ahora á la vuelta yo examinaré bien todos aquellos contornos, y yo daré con ellos ó perderé el nombre que tengo.

—En ese caso te pido encarecidamente que procures darme aviso sin pérdida de tiempo del resultado del combate.

—Descuidad, señor, que así lo haré.

Y sin mas, el vigoroso astur partió ligero como un rayo.

Inmediatamente Atanagildo conferenció con los suyos, refiriéndoles el suceso y manifestándoles que se previniesen á la pelea con el decidido intento de conseguir la victoria ó la muerte.

Apenas Atanagildo habia tenido tiempo de manifestar á los suyos su resolucion, cuando con aire ceñudo presentóse Mahomet en el patio del castillo, y encarándose con el hijo de Veremundo, le dijo con altivo continente:

—Nazareno, las horas pasan y nadie viene.

—¿Y qué quieres decir con eso? repuso Atanagildo con arrogancia.

—Quiero decirte que si esta noche no quieres dormir á cam-

po raso, puedes irte previniendo para volver al lugar de donde salisteis esta mañana.

—Pues yo te digo que pienso pasar aquí la noche.

—Aquí no manda nadie mas que yo.

—Pues en mi persona tampoco manda nadie, y desde ahora te anuncio que yo y mis caballeros quedaremos aquí sin vida antes que abandonar este recinto.

—Yo soy el alcaide de esta alcazaba, y no puedo consentir que permanezcan aquí gentes estrañas despues de puesto el sol.

—Todavía el sol tarda muchas horas en ponerse.

—Pero si no buscas alojamiento para esta noche, ya te he dicho que te quedarás en el campo, supuesto que á la hora de ponerse el sol quiero que abandoneis este patio.

—Yo no puedo abandonar este recinto mientras que no venga tu capitan, dijo el cristiano.

—Es que si tampoco viene Belay no debes permanecer aquí, repuso el moro.

—No seas tan impaciente, y está seguro de que al fin vendrá Belay, como tú dices.

—Es que aunque venga, yo no entrego la alcazaba.

—Ya sé yo que eres un traidor, y que has faltado á la fé prometida á tu capitan Abdalla; pero á mi vez te digo que aunque Pelayo no venga, yo me quedo en el castillo.

—Yo te arrancaré la lengua, infame nazareno.

—Puedes hacer la prueba, moro cobarde y aleve.

Y dichas estas palabras Atanagildo puso mano á su espada, á la par que Mahomet desenvainó su corva cimitarra, y entre ambos se trabó un encarnizado combate. Esta fué la señal de una lucha tremenda y desesperada entre cristianos y moros. Aquellos con heróica bravura trataban de apoderarse de la fortaleza, y estos la defendian con tenacidad increible.

Entre tanto la gentil Gaudiosa habia tornado en su acuerdo, y su espíritu habia recobrado en algun modo la calma solemne y resignada qué ordinariamente suele seguir á los grandes dolores de la vida.

Por mas esfuerzos que hizo la fiel Clotilde, no consiguió di-

suadir á su señora de su intento de visitar el sepulcro del panteon del castillo de Pamia, en donde aquel mismo dia habian sido colocados los mortales restos de su padre querido.

Allí, la infortunada Gaudiosa llevóse largas horas postrada de hinojos, llorando amargamente y rezando por el alma del conde don Íñigo.

Parecia que despues de tantos y tan acerbos golpes con que el destino cruel habia herido el delicado corazon de la doncella, el ángel de los dolores le prestaba ahora nuevas fuerzas para soportar con santa resignacion tan inmenso cúmulo de desdichas.

Cuando la jóven salió del panteon del castillo, tenia pintada en su rostro una espresion indefinible de tristeza reposada y tranquila, como si en el seno mismo del dolor su espíritu esperimentase una especie de felicidad melancólica, que tuviese su orígen en un acatamiento religioso y sin límites á los decretos de la Providencia divina.

Serena, magestuosa, resignada, pero no por eso menos dolorida ni menos bella en su dolor, encaminóse Gaudiosa hácia su aposento, y allí, fijando sobre su doncella sus ojos brillantes y tristes como los rayos del sol moribundo, le preguntó:

—¿No has sabido nada despues de lo que me dijiste anoche?

La fiel Clotilde permaneció algunos momentos silenciosa, como si meditase lo que mas convenia decirle á su señora, y al fin respondió:

—Despues que ayer partió de aqui don Pelayo con tanta presura, parece que se puso toda la comarca en movimiento, y hoy he óido decir que vuestro amante á la cabeza de su pequeño ejército se puso esta mañana en marcha hácia el castillo de la Roca sangrienta.

Al oir estas palabras, la hermosa cuanto afligida doncella comenzó á pasearse por el aposento con ansiedad indecible, elevando al cielo sus ojos empañados de lágrimas, y apretando sus manos cruzadas contra el pecho, como si temiese que los violentos latidos de su corazon rompiesen sus venas y la ahogasen de angustia y de fatiga.

Al fin, despues de un silencio prolongado, lo rompió diciendo:

—Mi querida Clotilde, manda al punto ensillar dos caballos.

—Señora...

—Te suplico que no me hagas observacion alguna, dijo Gaudiosa con un acento tan dulce y tan triste, que por lo mismo era el mas imperioso, porque nadie se hubiera atrevido á resistir á tanta dulzura y tristeza.

Clotilde guardó silencio y dió algunos pasos hácia la puerta para transmitir la órden de su señora; pero de repente se detuvo lanzando un grito á la vez de alegría, de sorpresa y de dolor.

Acababa de ver en la puerta pálidos y silenciosos, cubiertos de sangre, de polvo y de sudor, á los dos fieles escuderos, Ferrandez y Gumildo.

Gaudiosa, al ver á los recien llegados corrió desalada hácia ellos y les preguntó con voz atropellada y trémula:

—¿Y don Pelayo?

Los escuderos respondieron á la vez con un profundo suspiro.

Gaudiosa entonces se quedó inmóvil como una estátua; pero su mirada era tan fija y tan intensa, que parecia querer penetrar hasta en el fondo del corazon de los fieles servidores.

Dos y tres veces agitáronse los labios de la doncella como para articular algunas palabras; pero su lengua permaneció atada por el dolor, y rehusaba preguntar por el temor de que la respuesta desvaneciese su incertidumbre cruel con una verdad mas cruel todavia.

Así transcurrieron algunos momentos, que fueron largos como una eternidad para la infortunada Gaudiosa.

—No me oculteis nada de lo que sepais, dijo al fin articulando lentamente sus palabras, en tanto que hilo á hilo corrian las lágrimas por sus megillas.

—Señora, si hemos de deciros la verdad, nosotros nada sabemos de cierto, respondió el buen Ferrandez.

—¿En dónde está don Pelayo? volvió á preguntar Gaudiosa con estraordinaria energia.

—Ignoramos completamente su paradero, señora; pero el corazon me dice que está bueno y salvo.

—Esplícate.

El escudero refirió brevemente á la hija de don Íñigo la historia del desafio de Abdalla con don Pelayo, así como tambien el convenio que habian hecho los dos paladines de que si el héroe cristiano salia vencedor, quedase por dueño del castillo de la Media luna.

—El mal ha estado, añadió Ferrandez, en que por lo visto se alejaron del sitio en que los dejamos para llevar á cabo su singular batalla.

—¿Y no habeis registrado cuidadosamente aquellos contornos?

—Ya comprendereis, señora, que no habremos omitido diligencia alguna para descubrir el paradero de mi señor; pero no hemos encontrado rastro alguno, y si hemos venido aquí, ha sido con la esperanza de encontrar á don Pelayo, pues creíamos que no sería de todo punto imposible que despues de haber dado buena cuenta de su enemigo, se hubiese pasado por acá para tranquilizaros, si es que por ventura sabíais el combate que cuerpo á cuerpo habia de mantener con el maldito Abdalla.

Gaudiosa dirigiéndose á su doncella, le dijo:

—Manda ensillar al punto mi hacanéa.

—¿No me dijísteis antes que mandára ensillar dos palafrenes?

—Sí, porque pensaba que vinieses conmigo.

—¿Y ahora no quereis que vaya?

—A tu eleccion lo dejo.

Clotilde salió, para dar cumplimiento á las órdenes de su señora, la cual dirigiéndose luego á los escuderos, les dijo:

—No podíais haber venido á mejor ocasion.

—¿Me permitis, señora, que os pregunte cuál es vuestro intento? dijo respetuosamente Ferrandez.

—Quiero á todo trance averiguar en dónde se encuentra tu señor.

—Estais muy delicada... y me parece que no teníais necesi-

dad de molestaros... supuesto que mi señor no ha venido por aquí, nosotros nos volveremos á continuar nuestras investigaciones. La alarma ha cundido por todos estos alrededores, y no será imposible que acudan de Gijon algunos moros en auxilio de las gentes de Abdalla, cuando llegue allá la nueva de su vencimiento.

—¿Tan seguro estás del triunfo de don Pelayo? preguntó Gaudiosa radiante de alegría.

—Señora, respondió el escudero con un acento de profunda conviccion. Yo abrigo la creencia y tengo la seguridad, confirmada en mil diversas ocasiones, de que á mi señor lo ampara y lo favorece Dios de una manera muy marcada. Así es que en la ocasion presente, casi me atreveria á jurar que don Pelayo ha triunfado del infame Abdalla.

Cada vez que la doncella oia pronunciar este nombre se estremecia como la hoja en el árbol.

La hija de don Íñigo recordaba con horror cuando fué arrebatada por el infiel que habia herido á su padre peligrosamente, porque intentaba defenderla de las manos del feroz agareno, que pretendia empañar con su aliento impuro y corrompido aquel espejo de candor y de pureza.

—Sí, sí, yo abrigo tambien la misma creencia que tú, dijo la jóven. ¡Dios protege visiblemente á mi querido Pelayo! ¡La Santa Vírgen tendrá misericordia de él y de mí!

En esto entró Clotilde diciendo:

—Señora, ya están dispuestos los palafrenes.

—Pues al punto vamos, repuso Gaudiosa disponiéndose á partir.

Clotilde y los escuderos cambiaron una mirada que podia significar:

—«Supuesto que se empeña en ello, dejémosla hacer su gusto.»

Los fieles servidores contemplaban con profunda compasion á la generosa doncella, que casi muerta de angustia, y desfallecida y doliente y calenturienta intentaba desafiar la fatiga del camino por tal de descubrir el paradero de su amante.

Con una ligereza que nunca podia esperarse de la hermosa

y afligida enferma, cabalgó graciosamente sobre su palafren y púsose en camino, seguida de su fiel doncella y de los dos escuderos.

Rápida como la ninfa de las auras y sostenida por el deseo ardiente de encontrar á su querido Pelayo, volaba la encantadora Gaudiosa sobre su blanco palafren. Al fin llegaron al sitio donde se habian quedado solos el dia anterior el héroe cristiano y el feroz Abdalla.

No les fué dificil á los escuderos encontrar la huella de los corceles de ambos combatientes; pero la perdieron muy pronto al llegar á los vecinos montes.

Entonces fué indecible la angustia de la gentil Gaudiosa. Durante largo rato los escuderos investigaron cuidadosamente todos aquellos contornos para encontrar de nuevo el rastro de los caballos. ¡Trabajo inútil! No parecia sino es que al llegar á aquel sitio ambos trotones, á imitacion del Pegaso, se habian provisto de alas.

La enamorada doncella paseando á su alrededor sus ojos empañados de lágrimas parecia querer preguntar á los vientos el rumbo que habian seguido los dos fieros paladines, hasta que por último, como impulsada por un sentimiento superior á ella, lanzóse al galope diciendo á los suyos con voz breve é imperiosa:

—¡Seguidme!

Nunca Diana cazadora se ostentó en los bosques mas bella que en aquel momento estaba la enamorada cuanto afligida Gaudiosa. El dolor prestaba nuevo realce á su peregrina belleza, sus cabellos de oro flotaban á merced de los céfiros y ornaban su frente pura y tersa como una corona de rayos de luz.

¿Adónde se lanzaba la hermosa vírgen con tan ciego ardimiento sobre su cándida hacanéa y semejante á una hada de las leyendas orientales?

Gaudiosa estaba segura de encontrar á su amado, porque el amor la inspiraba, y el amor, con sus misteriosos presentimientos, sabe hacer que dos corazones se comprendan y adivinen desde el uno al otro polo.

Salvaron el alto monte á cuya vertiente se hallaba el angosto valle donde el cristiano y el agareno habian llevado á cabo su tremenda y singular batalla.

De repente se oyeron los bélicos relinchos de un caballo que venia golopando hácia donde Gaudiosa y su comitiva se encontraban.

Los dos escuderos lanzaron á la vez un grito desgarrador.

El caballo era negro como la noche, estaba ensillado y no llevaba ginete. Ferrandez y Gumildo reconocieron al punto el corcel de batalla del inclito don Pelayo.

Mortal palidez se difundió por el bello semblante de Gaudiosa al divisar al noble bruto, que libre por la campaña corria sin su dueño, señal cierta de que éste habia sucumbido.

Llegan por último á la márgen del cristalino arroyuelo que atravesaba el valle. A los pocos pasos, en medio de un lago de sangre divisan á un guerrero de gigantesca estatura, y cuyo rostro feroz, vuelto hácia el cielo parecia aun amenazarle. Era Abdalla, cuya fiereza no habia podido borrar la muerte.

La encantadora hija de don Íñigo se estremeció á la vez de gozo y de horror.

Alegróse, porque al mirar el cadáver del musulman, supuso con harto fundamento que su amado habia obtenido la victoria.

Y se horrorizó, porque además del terrible espectáculo, no pudo menos de recordar las sangrientas y dolorosas escenas con que el bárbaro infiel habia destrozado su alma.

Gaudiosa y los suyos, despues de contemplar un momento la aterradora faz del cruel Abdalla, pasaron adelante, abrigando la firme esperanza de encontrar muy en breve al campeon cristiano.

Y efectivamente á los pocos pasos se detuvieron, y la encantadora virgen, llorando con grande amargura esclamó:

—¡Ay! aqui está Pelayo, pero muerto.

La infeliz Gaudiosa se arrojó desalada de su palafren, sin apartar un punto sus ojos del bello y pálido rostro de su querido Pelayo.

Y mientras que los ojos de la doncella derramaban abun-

dantes lágrimas sobre los ojos del guerrero, esclamaba con interrumpidos sollozos:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Cuándo te cansarás de abrumar mi pobre corazon con tantos y tan repetidos infortunios?... Mi padre acaba de morir, su huesa aun no está cerrada, y ahora mi suerte cruel me pone delante este tristísimo espectáculo... ¡Qué horror!... Ya no hay fuerzas bastantes, Dios mio, para que mi flaqueza resista desdichas tan crueles... ¿Quién me habia de decir, Pelayo de mi alma, que te habia de encontrar en este sitio y en tan lamentable estado?

La fiel Clotilde y los leales escuderos contemplaban llorosos ora al infortunado guerrero, ora á la infeliz Gaudiosa, que retorcia sus manos de dolor, y que anegada en llanto y con voz entrecortada por sollozos profundos esclamaba:

—Al fin te encuentro, querido Pelayo, te vuelvo á ver, para que tú no me veas, y te hallo ¡ay de mí! para perderte eternamente... ¡Destino adverso! ¿Por qué has permitido que yo primero vea el cadáver de Abdalla para hacerme abrigar la dulce esperanza de que mi querido Pelayo era el vencedor? ¡Ah! ¡Cuán desgraciada nací!... ¿Dónde está, Pelayo de mi alma, la plácida luz de tus ojos que conmovia mi corazon dulcemente cuando me mirabas? ¿Dónde están las rosas que hermoseaban tus megillas? ¿Dónde huyó la magestad serena de tu frente? ¡Espíritu de bendicion, alma bella del gran Pelayo, si aun giras en torno de este cuerpo frio, si aun miras mi llanto, perdona mi amor y mi locura!...

Y así diciendo la gentil doncella, desmadejada la hermosa crencha de cabellos de oro, vertiendo perlas de sus ojos bellos y exhalando amargos suspiros, estampaba ardientes besos en los pálidos labios del héroe, como si quisiese con su aliento inflamado de amor devolver la vida á su amante.

—¡Idolatrado Pelayo! repetia sin cesar. ¡Yo quiero morir, y que nuestras almas vuelen juntas á la inmensa eternidad, donde tambien veremos á mi padre!

Y mientras que con tan amargo desconsuelo la infeliz Gaudiosa fiaba á los vientos sus tristes quejas, Pelayo torna en sí, entreabre los labios descoloridos, y con los ojos todavía cerrados

exhala un suspiro que se confunde con los de la doncella, la cual, advirtiendo estas señales de vida, recobra el ánimo perdido y con amoroso acento esclama:

—Pelayo de mi corazon, abre los ojos á las exequias que aquí te hace mi llanto, mírame, querido Pelayo, mírame siquiera por la última vez, y que al morir juntos escuche aún de tus labios, amado mio, que me amas.

El hijo de Favila abrió lentamente sus pesados párpados, luego los cierra, Gaudiosa vuelve á llorar, y entonces el leal Ferrandez le dice:

—Señora, aun podemos abrigar esperanzas; prestémosle el auxilio que su estado necesita, y despues tendremos tiempo de llorarlo, si es que ha llegado para mi querido señor la hora de la muerte.

Y esto diciendo, el leal Ferrandez comenzó á desarmar al moribundo guerrero, en cuya operacion le ayudaba, temblando, la enamorada cuanto afligida Gaudiosa.

El escudero, muy práctico en heridas, como buen veterano, reconoció que su señor no estaba herido de muerte.

Gaudiosa viendo que Ferrandez carecia de los útiles necesarios para vendar las heridas de su señor, le dió su mismo velo, y con tierna solicitud y con habilidad inspirada por el amor, compartió con el escudero la benéfica tarea, que fué interrumpida súbitamente por el ruido de algunos paladines que en esta sazon llegaron á todo el correr de sus trotones.

La encantadora hija de don Íñigo torna los ojos hácia la nueva tropa y exhala un grito de alegria. Acababa de reconocer al buen Atanagildo, á quien le acompañaba el médico Efraim, que ahora llevaba el nombre de Acisclo, despues de su conversion. Seguramente que jamás un discípulo de Hipócrates apareció con mas oportunidad que Acisclo en aquel momento.

—¡Devolvedle la vida si no quereis mi muerte! esclamó Gaudiosa dirigiéndose al sabio monge.

Ya hemos dicho que Pelayo reunió su gente en el monasterio del Cristo de la Columna, y por lo tanto se habia despedido del monge, el cual, habiendo sabido aquel mismo dia por al-



Moreno inv.° y lit.°

Lit. de M. Sanchez Huertas 16 y 18.

Lam.ª XIII.

Mírame siquiera por la última vez, y que al morir juntos escuche aun en tus labios Amado mio que me amas

gunos soldados cristianos que aun no se habia descubierto el paradero de los dos campeones, determinó encaminarse al castillo de la Roca sangrienta á fin de averiguar la suerte del ínclito Pelayo, á quien amaba como á un hijo.

Tambien debemos decir que el éxito del combate entre los guerreros de Atanagildo y los de Mahomet, fué de todo punto favorable á los cristianos. Ni un musulman escapó á vida, pues los que huían del castillo venian á caer en manos de los guérreros del valeroso Plácido, que estaban emboscados en las márgenes del Sella.

Ahora bien, despues de haber quedado completamente dueño de la fortaleza, Atanagildo se decidió á buscar á todo trance á su amigo Pelayo. A este tiempo llegaba el monge al castillo, y entonces los dos juntos, seguidos de una escogida escolta, emprendieron la marcha hácia el sitio donde habian dejado á Pelayo y Abdalla, y por último, á fuerza de las mas diligentes investigaciones habian conseguido arribar al teatro sangriento de la batalla entre ambos paladines.

Atanagildo y el monge dieron en breves palabras todas estas esplicaciones á Gaudiosa, que al principio se manifestó en estremo sorprendida de aquella aparicion inesperada.

Ya en esto el buen Aciselo, que iba prevenido á todo evento, habia curado las heridas de Pelayo con un bálsamo saludable, vendándolas despues tan cuidadosa como sabiamente. El monge habia ordenado tambien á Ferrandez que en el cristalino y próximo arroyo empapasen un lenzuelo que ciñó á la frente calenturienta del hijo de Favila, que por momentos habia recobrado sus sentidos, puesto que se hallaba muy débil y fatigado.

Asi, pues, el amante de Gaudiosa habia comprendido perfectamente las palabras que en torno suyo se habian pronunciado respecto á la conquista del castillo de la Media luna, y esta noticia pareció ejercer sobre el doliente caballero el mas benéfico influjo, pues al escuchar la relacion de la victoria de los cristianos sobre los infieles, brilló en los labios del héroe una sonrisa inefable. Diríase que el noble Pelayo se regocijaba de que á costa de su sangre se hubiese ofrecido á los cristianos la ocasion de conseguir aquel señalado triunfo.

El monge y Atanagildo, procurando ocultar su pena al ver en tal estado al valeroso guerrero, lo abrazaron tiernamente y rindieron al Eterno las mas fervorosas gracias porque se habia dignado salvar la preciosa existencia del mas ilustre de los héroes.

—¡Cuán feliz soy! esclamó Pelayo cuando hubo recobrado algun aliento. ¡Cuán feliz soy al encontraros aquí... Gaudiosa... Atanagildo... Acisclo!...

Y los ojos vagarosos del guerrero se iban fijando sucesivamente en las personas que nombraba, dándoles á entender su amor y agradecimiento.

La enamorada Gaudiosa con cariñoso acento preguntó á Pelayo:

—¿Y no has recobrado el uso de tus sentidos hasta ahora?

El caballero esplicó en breves palabras que despues de haber caido en un profundo letargo á causa de la fatiga del combate, despertó al amanecer y sintió que todos sus miembros estaban ateridos por el frio de la noche. Venida la mañana, divisó á lo lejos su caballo, y queriendo cabalgar sobre él, hizo esfuerzos inauditos por levantarse, y lo consiguió al fin; pero á los pocos pasos volvió á desplomarse en el suelo, y perdió el conocimiento completamente á consecuencia de habérsele abierto las heridas, pues la sangre coagulada habia impedido que durante la noche se desangrase.

—¡Pelayo mio! esclamaba Gaudiosa llorando y sonriendo entre sus lágrimas, porque á la vez que se afligia al pensar lo que habia padecido su amado, se regocijaba con la esperanza feliz de que pronto se restableciese. ¡Pelayo mio!... Ya no nos volveremos á separar nunca... ¿No es verdad?

Y la hermosa cuanto enamorada jóven estrechaba contra su corazon la fuerte diestra del mancebo, aquella mano querida que regaba con sus lágrimas, y sobre la cual estampaba tiernos ósculos con amoroso respeto.

Entre tanto el monge y Atanagildo habian dispuesto que los guerreros hiciesen una camilla con ramas de árboles, donde colocaron al herido, y cómodamente reclinado se dispusieron á conducirlo al castillo de la Roca sangrienta.

El noble Pelayo fijó los ojos en el cadáver de Abdalla, que estaba poco distante, y dijo:

—¡Ah! ¿Qué haceis?... ¿Dejais á mi enemigo para pasto de los buitres? ¡No!... Que no quede privado de sepultura, que aunque de ánimo feroz, era un valiente.

Así habló la generosidad por boca del heroismo.

Por complacer á Pelayo, el fiero Abdalla recibió los honores de la sepultura.

—¿Adónde me conducís? preguntó Pelayo con voz doliente.

—Adonde tú quieras, respondió Gaudiosa. Si te place, te llevaremos al castillo de Pamía.

—Nosotros habiamos dado órden de que te condujesen al castillo de la Media luna, añadió Atanagildo.

—Habeis adivinado mi deseo, dijo el héroe con plácida sonrisa. Llevadme á ese castillo, donde quiero morir si el cielo ha decretado que el fin de mi vida llegue. Muriendo allí bendeciré mi muerte, si ella ha podido proporcionar á mi patria una victoria.

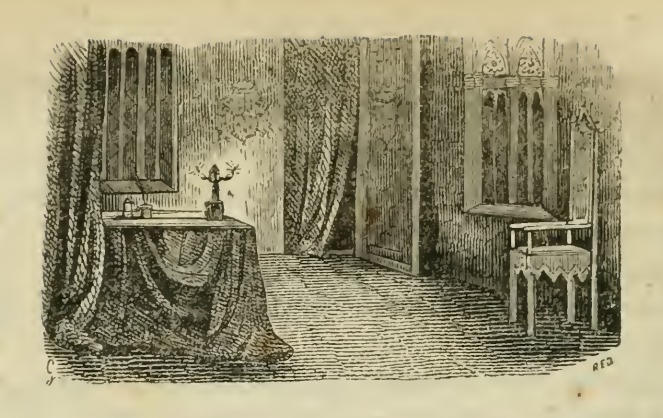
—¡Oh gran Pelayo! dijeron á la vez el monge y Atanagildo.

—¡Amado de mi alma! esclamó Gaudiosa arrebatada de entusiasmo. ¡No hay ningun hombre sobre la tierra que te iguale!

En seguida condujeron al héroe al castillo de la Roca sangrienta, donde fué reclinado en blando lecho de mullida pluma, y un plácido sueño vino á reparar sus fuerzas desfallecidas. Gaudiosa no se apartaba ni un instante de la cabecera del lecho. Diríase que ella era el ángel de la gloria y el ángel custodio del héroe.

La encantadora vírgen, pálida y enferma, apesar de la fiebre que la consumia y del estado de languidez en que se hallaba, desplegó en aquella ocasion para con su querido Pelayo una solicitud tan tierna como incansable.

¡Oh divinos encantos del amor de una mujer! ¡Oh fuerza de la debilidad!



CAPITULO LI.

LA DEBILIDAD DE LA FUERZA.



Ya hemos dicho que al dia siguiente del asalto que los cristianos dieron á Gijon, se aguardaba que llegase el emir Alhaur ben Abderraman con su innumerable hueste. Así sucedió en efecto, y escusado es manifestar la ira que en el corazon de los infieles causó la nueva del desastre de Munuza. Era el emir jóven y valeroso, tenaz é iracundo, de carácter violento y arrebatado. Una pasion ardiente como la arena del desierto habia detenido á Alhaur en Gijon mas tiempo de lo que convenia á sus planes, supuesto que el obrar con lentitud en aquellas circunstancias era ayudar á los cristianos, dándoles lugar para que reuniesen sus fuerzas, para que se acostumbrasen á la idea de una invasion formidable, y por último para que se aprestasen á una defensa tenaz y desesperada.

La causa de esta detencion fué el amor apasionado que de mucho tiempo atrás profesaba el emir Alhaur á la bella Morayma. Esta al saber la noticia de la muerte de su hermano habia vuelto á Gijon, pues no se encontraba allí la noche del terrible asalto, porque la jóven árabe vivia de ordinario en una quinta situada á corta distancia de la poblacion en un lugar solitario y apacible.

Al dia siguiente cuando llegó el emir, una de las primeras personas que se le presentaron fué la afligida Morayma, cuyo

dolor daba nuevo realce á su hermosura. Inútil es decir que la pasion de Alhaur recibió mas incremento con la presencia del objeto amado.

Era esa hora misteriosa y plácida en que los últimos momentos de la tarde van á desvanecerse en las primeras sombras de la noche, cuando la primera estrella aparece en el azul del cielo. En una estancia suntuosa y adornada con ricos divanes y aromosos pebeteros hallábase el emir paseándose con ademan agitado y con faz ceñuda, y fijando de hito en hito sus negros ojos sobre el agraciado rostro de Morayma.

Sin duda se trataba de un asunto árduo y enojoso, á juzgar por las muestras de disgusto que daban á la vez ambos personages.

El emir parecia poseido de furor.

Morayma tenia en su semblante cierta espresion de tristeza intima, profunda, inconsolable, pero tranquila y resignada.

—¡Es un deber en estremo doloroso! esclamó al fin Alhaur deteniéndose delante de la jóven.

—Obedece las órdenes del Califa.

—¡Así estaba escrito!

—Yo aborrezco la vida y considero la muerte como un beneficio que el grande Alá me envía.

—Hermosa flor de Damasco, yo te adoro, yo quiero aspirar tu aroma en vez de tronchar tu cáliz.

—El Simum ha soplado sobre mi frente, y con su aliento abrasador ha marchitado la lozanía de mi alma.

—Pero cuando las brisas primaverales mecen el tallo gentil de las azucenas, y rizan suavemente las aguas del rio, otra vez el alma recobra el perfume de sus amores.

—Por Alá te suplico, Alhaur, que no me hables siquiera de amor... ¡Mi única esperanza está en la muerte!

El emir guardó silencio, procurando en vano ocultar la ira que le causaba la resistencia de la hermana de Munuza.

Desesperado Alhaur de obtener el amor de Morayma, habia intentado conquistar su corazon, apareciendo á sus ojos compasivo y generoso. Tenia en efecto, ó al menos fingió tener

el emir una órden terrible que cumplimentar respecto á la hermosa hija de Ibrahim.

El gran Califa de Damasco habia llegado á saber el enlace que Munuza habia contraido con la hermana de don Pelayo, y esta circunstancia habia influido muy desfavorablemente en el ánimo de Suleiman, supuesto que no era muy propio de un buen muzlim el contraer matrimonio con una infiel nazarena. Así, pues, el Califa habia ordenado al emir de Córdoba que enviase preso á Damasco á Munuza y á toda su familia. Si esta órden no la habia recibido Alhaur, así al menos se lo manifestó á Morayma, la cual con la mayor indiferencia ó con la resignacion mas sublime, segun mas plazca al lector, habia recibido aquella noticia.

Hechas estas esplicaciones, se comprenderá fácilmente el breve diálogo que ha precedido entre Alhaur y Morayma.

El emir no solamente le habia hecho entender á la hermana de Munuza que era de todo punto preciso que se dispusiese á partir para Damasco, sino que tambien le habia indicado que allí le aguardaba la muerte, si ya no es que su hermosura hallaba gracia delante del altivo Suleiman.

La bella Morayma se manifestó resuelta á sufrir con tranquilidad el nuevo golpe que su destino cruel le asestaba, por mas que le fuese en estremo doloroso el tener que partir de España, que ya era la patria de su corazon, porque nuestra verdadera patria es aquella en que nuestro espíritu se abre á las santas y dulces emociones de un amor puro y apasionado.

Durante largo rato el emir continuó paseándose por la estancia asaz silencioso y meditabundo, hasta que por último un sacudimiento nervioso agitó ligeramente su cabeza, y deteniéndose delante de la jóven, le dijo con acento en que podia leerse una resolucion irrevocable:

—Voy á manifestarte mi voluntad, Morayma.

La jóven levantó sus hermosos ojos negros y los fijó maquinalmente en el rostro ceñudo de Alhaur, que continuó:

—Escúchame atentamente, y no olvides mis palabras, porque te importan sobremanera.—Supongo, Morayma hermosa, que no habrás dado al olvido que hace mucho tiempo que mi

corazon te adora, porque ciertamente el grande Alá quiso adornarte con la belleza de una hurí del séptimo cielo.

Morayma hizo un movimiento de disgusto al oir tales palabras.

—No te enojes, flor hermosa, que embriagas mi corazon con un perfume mas grato que el sándalo de la Arabia y el nardo de la Siria. Tú eres la enhiesta palmera que en el desierto de mi vida me prometes sombra y frescura. No desoigas, dulce paloma de amor, gacela mia, no desoigas mis amorosos lamentos.

Al llegar aquí Alhaur se enterneció de manera que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener las lágrimas que estaban próximas á brotar de sus ojos.

El emir, que habia comenzado su razonamiento con cierta altivez, acabó por dirigir á la bella Morayma dulces quejas de amor, que el pecho mas empedernido y fiero, se rinde al fin á las penas que causa un amor no correspondido.

Pero la triste Morayma, por lo mismo que estaba tambien herida del mismo mal de amores, no podia menos de escuchar con indiferencia las pretensiones de Alhaur; pues cuando el alma está llena de otro amor, hasta le causa tormento el pensar en otras amorosas aflicciones.

Ceñuda y evidentemente enojada la hermosa hija de Ibrahim, respondió con altivez al amartelado moro:

—Alhaur, á mi vez te digo que escuches atentamente mis palabras. Si es verdad que has recibido del gran Califa la órden de conducirme prisionera á Damasco, ejecútala sin dilacion y no te aflijas por mi suerte, ó á lo menos no me hagas escuchar tus amorosas quejas en cambio de esa compasion que te inspiro, compasion de la cual, segun creo, te propones sacar partido para tus pretensiones. Es muy posible que yo me equivoque; pero si así no fuese, desde ahora te advierto que todas tus amenazas serán inútiles. ¡Yo no puedo amar á nadie mas que al hermoso cristiano que me robó para siempre mi sosiego!

El emir, verdinegro de ira, devoró una maldicion y clavó sus ojos penetrantes en el rostro de Morayma, como si procurase leer en lo mas profundo de su corazon. Tal vez Alhaur ha-

bia recelado que la jóven tuviese alguna sospecha respecto á la autenticidad de la órden del gran Califa.

Al fin el fiero Alhaur rompió el silencio, y con gesto airado y con voz reconcentrada por la rabia, dijo articulando lentamente:

—Por Alá te juro, Morayma, que no acierto á comprender el poco respeto con que me hablas y el desprecio que me manifiestas. ¿Has olvidado tal vez quién yo soy? ¿No tienes en cuenta, hembra mal aconsejada, que soy el emir de Córdoba, que tengo un formidable ejército bajo mi mando, y que represento en estas regiones á la augusta y sagrada persona del Califa? Si yo ahora te impusiera la condicion mas terrible, ¿qué remedio te quedaria sino cumplir mi voluntad?...

La hermosa Morayma hizo un gesto de desden, y en sus rosados labios brilló una sonrisa tan sarcástica, que añadió leña al fuego de la ira de Alhaur.

—Yo, gritó fuera de sí, represento en España al gran Califa de Damasco y tengo derecho de vida y muerte sobre todos sus habitantes, ya sean muzlimes, ya sean idólatras.

—¿Y qué quieres decir con eso? preguntó Morayma con desdeñosa indiferencia.

—¡Y lo preguntas! Quiero decir que no solamente puedo enviarte á Damasco prisionera, sino que tambien puedo mandar degollarte, si así me placiese.

—¡Sería una hazaña digna de tí!

—Al menos pondria término á tu insolencia.

—¿Y por qué no lo haces? ¿Piensas acaso atemorizarme con la muerte? ¿No te he dicho ya que el morir es mi única esperanza? ¿Qué temores podrás inspirar á una infeliz que aborrece la vida?

Durante algunos momentos Alhaur quedóse contemplando atentamente á la gentil Morayma con una espresion tan equívoca, que hubiera sido muy dificil determinar si era amor ó aborrecimiento lo que sentia.

Al fin su mirada se fué dulcificando poco á poco hasta revelar el dolor mas profundo. Luego esclamó:

—¡Qué adversa es mi suerte!... Nada de lo que te he di-

cho queria decirte... Mira, hermosa Morayma, yo te adoro mas que las flores al céfiro, mas que el árabe en el desierto arenoso á la cristalina fuente. ¿Por qué no correspondes á mi amor?... Si tú quisieras unir tu suerte á la mia, entonces tal vez pudiera yo evitar el golpe que te amenaza. Tú serias mi esposa, y este título sin duda sería respetado por el Califa... ¿Es posible, hermosa Morayma, que puedas permanecer indiferente á un amor tan profundo como el mio?

El corazon de la mujer cuando ama es un santuario purísimo; pero cuando está amargado por las contrariedades de la vida y aborrece al hombre que implora su ternura, es con frecuencia cruel en demasía.

Así, pues, la hermosa Morayma solo respondió á las palabras del enamorado Alhaur con una burlona sonrisa.

—¡Oh! ¡Tienes el corazon de diamante! esclamó el moro á la vez con ira y con pena.

—No sé cuántas veces he de decirte, Alhaur, que jamás podré amarte.

—¡Oh furor!... Yo te juro por mi nombre que me he de vengar de tí.

—Yo desprecio tu venganza.

—¡Esto ya es insoportable!... ¡No, no saldrás de este aposento sino para ir á un oscuro calabozo!

Y esto diciendo con el semblante encendido de ira, se dirigió hácia la puerta de la estancia para dar sus órdenes á fin de que inmediatamente condujesen á Morayma á una mazmorra.

Pero al llegar á la puerta el emir se detuvo, y volviéndose hácia la jóven, le dijo con voz de trueno:

—O mi amor, ó un calabozo perpétuo... ¡Elige!

—No digo yo un calabozo, sino la muerte prefiero á tu amor, repuso sin vacilar Morayma.

Alhaur, con los ojos centellantes de furor, permaneció durante algunos momentos inmóvil y silencioso; pero era fácil conocer que al estallar su ira sería tremenda.

En esto se abrió la puerta, y aparecieron varios árabes pálidos y cubiertos de polvo, de sudor y de sangre.

—¿Qué sucede? gritó el emir.

—Cide Alhaur, dijo uno de los recien llegados, perdona si te traemos malas nuevas... Has de saber que los nazarenos cada dia se muestran mas insolentes desde que han llegado á comprender que tú por ahora no determinas salir con tu hueste de Gijon. Ya nos han ganado tres castillos de los que están situados en las faldas de los montes, y no será estraño que se atrevan á mayores empresas, alentados por la inaccion de nuestros guerreros...

El emir hizo un movimiento de disgusto.

—Perdona la mala nueva, continuó el narrador, que era un capitan de la guardia de Alhaur; pero es necesario que tú sepas todo lo ocurrido para que pongas el remedio.

—Acaba de una vez y dime lo que ha sucedido.

—Nosotros veníamos conduciendo un convoy de ganado, y de repente, al atravesar una cañada, fuimos acometidos por una partida de nazarenos que cargaron sobre nosotros con tan desesperada furia, que fué de todo punto imposible la defensa, supuesto que lo inesperado del asalto puso en fuga á la mayor parte de los nuestros, y aunque despues volvimos á la carga, solo conseguimos que hiciesen un grande estrago sobre nosotros, arrojándonos enormes peñas desde las cimas de los montes; pues los cristianos estaban divididos en dos cuerpos, uno que nos acometió primero en la cañada llevándose el ganado, y otro que estaba emboscado en las laderas de los montes, desde donde nos ofendian con peñas y dardos, sin que pudiésemos vengar la ofensa, pues allí no aprovechaban ni cimitarras ni caballos. Viendo que la presa se la habian llevado los enemigos, determinamos venir á participarte la funesta nueva, á fin de que al punto dispongas que un cuerpo bastante numeroso de nuestros guerreros salga á escarmentar la osadía de los cristianos.

Indecible fué la ira y la sorpresa que en el ánimo de Alhaur causó semejante noticia.

—¿Y no habeis sabido quién era el gefe de esos perros idólatras?

—Era el gran Belay el Rumí.

—Siempre ese infame nazareno nos está causando estragos; mas yo os juro por el gran Profeta que muy en breve ha de pagar bien caro su atrevimiento.

Sin duda el lector habrá comprendido que el valeroso hijo de Favila, despues de haberse restablecido completamente en el castillo de la Roca sangrienta, no dejaba de inquietar á los moros de Gijon en cuantas ocasiones se le presentaban.

Tambien parece inútil decir que la bella Morayma, que tan prendada estaba de la bizarría y nobleza del cristiano campeon, no pudo menos de escuchar con un júbilo inmenso la noticia de que Pelayo vivia, y de que vivia siempre llevando á cabo los hechos mas heróicos.

Entre tanto el emir Alhaur sufria en su interior el mas encarnizado combate entre los diversos afectos que se disputaban su corazon. Por una parte, la desdeñosa altivez conque Morayma habia escuchado sus amorosas quejas le enloquecia de ira, y en el delirio de sus furores solo encontraba algun consuelo en la esperanza de vengarse de la hermosa hija de Ibrahim.

Por otra parte, Alhaur tenia la conciencia de los desaciertos que últimamente habia cometido como general, supuesto que con su prolongada permanencia en Gijon, solo habia conseguido que los cristianos de Asturias cobrasen ánimos y alientos para venir á las manos con las partidas árabes que recorrian la comarca, mostrando los astures en todos estos encuentros una bravura increible.

El emir, pues, determinó inmediatamente salir de Gijon á castigar á los cristianos rebeldes, y atravesando los Pirineos, estender hasta Francia sus escursiones.

Apenas Alhaur habia comunicado estas órdenes á sus subalternos, presentáronse en la estancia varios musulmanes que traían á una anciana atada con gruesos cordeles, con el rostro ensangrentado y con todas las muestras de haber sido cruelmente tratada por los moros.

—¿Quién es esta mujer? preguntó el emir.

—Es una pícara vieja que ha favorecido la fuga de un cautivo, llevándole un trage completo de muzlim, con cuyo disfraz le ha sido fácil al nazareno escaparse. ¿Qué hacemos con ella?

—Degollarla. ¿No es esa la pena que se aplica á ese delito?

—Si; pero hemos querido que tú pronuncies la sentencia.— ¡Que el santo Alá te guarde!

Y los moros se dispusieron á salir de la estancia para llevar á cabo la ejecucion de la cruel sentencia.

La infeliz anciana siguió á sus verdugos con tan sublime resignacion, que hasta parecia que en sus ojos brillaba un sentimiento de júbilo.

No dejó de llamar profundamente la atencion de Morayma aquella especie de alegría que en medio de su desventura parecia esperimentar la infeliz anciana.

Así es que la hermosa hija de Ibrahim, sin tener en cuenta que ella misma estaba condenada al cautiverio, y tal vez á la muerte, no se pudo contener, y en estremo enternecida, preguntó á la pobre vieja:

—¿Por qué has salvado al cautivo, nazarena?

—¡Es mi hijo! respondió lacónicamente la anciana; como si con esta respuesta diese la mas poderosa de las razones para justificar su conducta.

—¡Pobre madre! esclamó llorando de compasion la generosa Morayma.

Y viendo que se la llevaban los moros, la jóven, olvidando su propia suerte y no pensando sino en hacer un bien, arrodillóse delante de Alhaur, y con las manos cruzadas y con una espresion inefable de bondad y de ternura esclamó:

—¡Alhaur, acuérdate de tu madre!... ¡Perdon! ¡Perdon!

No es fácil esplicar la impresion que las palabras y la actitud de Morayma produjeron en el ánimo del emir. A la vez deseaba conceder y negar lo que Morayma le pedia, porque á la par combatian en su pecho el sentimiento de su amor y el recuerdo de los desdenes de la jóven. Mudo, silencioso, inmóvil permaneció Alhaur algunos momentos, durante los cuales, Morayma sin cesar repetia:

—¡Perdon! ¡Perdon!

Al fin venció en el pecho del árabe la generosidad de la doncella, prestando oidos á su ardiente súplica.

—Dejadla ir libre, dijo Alhaur á los moros que conducian á

la anciana. Cualquiera de nuestras madres babrian hecho lo mismo en igual caso.

Los moros se llevaron á la anciana, que llorando de alegría se despidió de la hermosa hija de Ibrahim, á la cual dirigió estas palabras:

—¡Que el cielo os premie vuestra accion generosa!... ¡Verdaderamente, señora, que merecíais ser cristiana!

Cuando se hubieron quedado solos Alhaur y Morayma, ambos estuviéronse contemplando mútuamente largo espacio de tiempo.

Al fin el enamorado árabe dijo:

—Ya ves, hermosa Morayma, como yo siempre en todo cuanto me pides trato de complacerte.

—Y puedes estar seguro, Alhaur, que en esta ocasion no puedo menos de manifestarte mi mas sincero agradecimiento, dijo Morayma con tanta franqueza como amabilidad, porque realmente estaba muy agradecida al favor que Alhaur le habia concedido.

—¿Y no quieres, Morayma querida, no quières evitarme el disgusto de enviarte prisionera á Damasco?

—¿Cómo podré ahorrarte esa pena?

—Siendo mi esposa.

—Jamás.

—De rodillas te lo pido.

—Yo no puedo engañarte.

—¡Seria yo tan feliz con tu amor!

—Yo seria muy desgraciada con un hombre á quien no amo.

—¿Y no te inspira amor mi amor inmenso?

—Yo, Alhaur, estimo tus buenas dotes, y podré ser hasta tu amiga mas cariñosa; pero nunca, te lo ruego encarecidamente, nunca me hables de amor.

—¡Por Alá, Morayma, oye mi ruego!

—¡A fé que estás importuno!

Evidentemente el diálogo de nuestros personages se iba agriando segunda vez, cuando parecia haberse verificado una tácita conciliacion entre ambos, á consecuencia del perdon concedido á la anciana.

Es seguro que el lector ha comprendido que el emir no habia recibido órden alguna del Califa respecto á la prision de Morayma, si bien era cierto que Munuza habia sido destituido del cargo de Gobernador de Gijon, y además debia ser conducido preso á Damasco.

Pero el hermano de Morayma, como ya sabemos, habia encontrado la muerte en su propio alcázar, y solo un esceso de malicia ó de celo podia hacer que el emir Alhaur se propasase á enviar á Damasco á Morayma por la única y fútil razon de ser hermana de Munuza.

Ahora bien, el emir queria sacar partido de esta circunstancia y ver si conseguia que Morayma le concediese su amor al comprender que su suerte estaba en manos de Alhaur, el cual, cada vez mas enamorado con la resistencia, encontrábase mas propenso á la crueldad, por mas que comprendiese que todas las amenazas y rigores habian de ser inútiles, supuesto que Morayma se reia de la muerte.

Cada vez mas sombrío el semblante de Alhaur, daba harto á entender lo fiero de la lucha que en su interior mantenia.

Hubo momentos en que estuvo á punto de comunicar la órden de que á la inflexible Morayma la atormentasen con las mas crueles torturas, á fin de vengarse en algun modo de las penas que su desamor le hacia esperimentar.

Y embebido en tales pensamientos, Alhaur se gozaba de antemano con el horrendo espectáculo que ante sus ojos pintaba la imaginacion delirante, y sus labios se dilataban, y se crispaban sus puños con la feroz sonrisa y con los rabiosos estremecimientos de la venganza.

La hermosa hija de Ibrahim contemplaba atentamente al moro, que le inspiraba compasion profunda, por mas que no le inspirase amor. Así es que con cariñoso acento le dijo:

—Si es que quieres saciar tu furor en mi persona por mis desdenes, puedes hacerlo, Alhaur; yo no te aborrezco, antes por el contrario, estimo en todo su valor y agradezco la accion generosa que has hecho hoy... Por lo demás... ¿Por qué no eres razonable? ¿Quiéres acaso que te engañe y que te diga que te amo? ¿Tengo yo la culpa de haberte inspirado amor, ni tam-

poco de que tú no me lo inspires?... Conozco que sufrirás, porque son muy amargas las penas del amor; pero te compadezco y estimo, Alhaur, y sin engañarte no puedo decirte que me inspiras otros sentimientos. ¿Qué culpa tengo yo? ¡Ojalá que mi alma aun fuera sensible al encanto de nuevos amores!

Calló Morayma, y su voz serena, sus dulces palabras, su actitud tranquila, produjeron un efecto inesplicable sobre el ánimo del emir, que ahogó un ligero grito, como si se hubiese horrorizado de los mismos pensamientos que poco antes le agitaban.

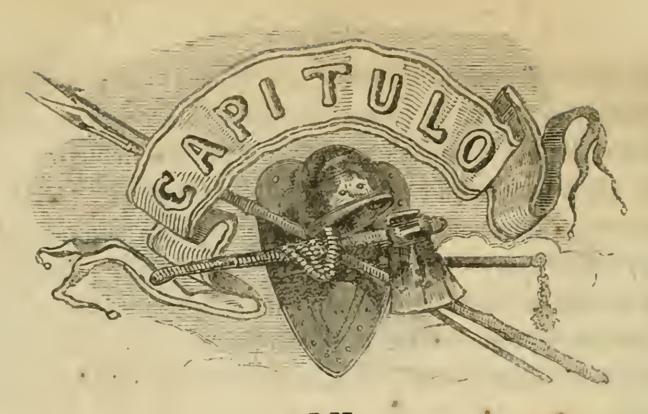
—¡Quitarle la vida! murmuró. ¡Jamás! ¡Jamás!... Yo la amo!... ¡Tal vez el tiempo la cambie!

Y levantando la voz, y dirigiéndose á Morayma, le dijo:

—¡Tienes razon! El espíritu de Alá ha hablado por tu boca. Yo te prometo, Morayma, hacer un esfuerzo sobrehumano para acallar mis penas... ¡Estás libre! Puedes vivir donde mejor te plazca... Pero te prevengo que busques un asilo seguro, porque muy en breve toda esta region será teatro sangriento de la mas implacable guerra... Voy ahora mismo á dar órden de reunir mi ejército; mañana salgo de Gijon. ¡Que mi cimitarra brille al sol de los combates! ¡Que mi pecho afligido de amor palpite con el noble furor de los guerreros!... ¡Alá te guarde, Morayma!... ¡Consagra una lágrima á mi memoria, si es que está escrito que la espada del nazareno atraviese mi corazon!.

Y Alhaur salió de la estancia pensando en la ineficacia del arbitrio con que se habia imaginado vencer la resistencia de Morayma.

—¡Oh! murmuraba el emir. La hermosa Morayma se ha burlado de todas mis amenazas... ¡Ella me ha convencido hoy de la debilidad de la fuerza!



LII.

LA BATALLA MILAGROSA.

Santas creencias del Evangelio! ¡Sagrado sentimiento del amor á la patria! ¡Venerandos recuerdos de nuestros padres! ¡Voz imperecedera de la gloria! ¡Sombras augustas de los héroes! ¡Hazaña inmortal de Covadonga!... ¡Oh! Perdonad si mi humilde pluma se atreve á tender su vuelo por el espacioso campo de gloria y de virtud y de valor y de heroismo que ante mis ojos atónitos se dilata... ¡Oh entusiasmo! ¡Oh noble y generoso anhelo de mi corazon! Ahora es tiempo de que me eleveis en vuestras alas flamigeras á la cumbre sublime del Pindo... ¿No ois el son confuso y temeroso que repiten los cóncavos huecos de las montañas de Asturias? Son las sombras vengadoras de los que sepultára el Guadalete, ejército invisible que viene á prestár auxilio á sus valientes hermanos de Covadonga.—Mirad la España, ¡oh patria mia! vedla cautiva y amarrada á la cola de los *koclanes* del desierto. Llanto de amargura quema los ojos de sus desdichados hijos y el rubor cubre sus frentes. La Siria en polvorosos remolinos que nublan la luz del claro cielo, arroja torrentes de escuadrones sobre los campos de la triste Iberia. No los detienen las sierpes ni las fieras de la Libia, porque ellos son mas fieros; ni los detienen los mares, porque el destino los empuja; ni se le oponen los godos, porque su fin está decretado, porque murieron en Guadalete.

¡Vírgenes de Iberia! ¿Adónde vais con el cabello tendido sobre los hombros, y corriendo desaladas por los montes como la esposa de los cantares? ¿Adónde están vuestros padres? Cayeron en la batalla. ¿Dónde están vuestros hermanos? El fiero musulman los tiene en sus mazmorras. ¿Dónde están vuestros amantes? ¡Ay! Tambien cayeron peleando como valientes... Llorad, vírgenes de Iberia, llorad.

Cayeron los templos, que convirtieron en caballerizas los fieros hijos de Agar, los sacerdotes fueron insultados, y muchos recibieron la corona mística del martirio; los fuertes perecieron, y ayes de dolor poblaban la region del vago viento. Pero en el silencio de la noche se escuchaban misteriosos acentos de consuelo, voces de esperanza, gritos de guerra... La España gemia esclava, es verdad; la España habia sucumbido, es cierto; pero la España aun vivia. Corria desbocado el musulman en busca de nuevas conquistas, insensato como la juventud, insaciable como la ambicion, inquieto como la fortuna. Aquel pueblo jóven, ambicioso é inquieto, habia recibido de Dios la fuerza que subyuga, la cimitarra que conquista: donde sus corceles estampaban la huella quedaba clavado el estandarte de la media luna. Alguna mision del cielo debian desempeñar sobre la tierra, funesto ó providencial; aquel pueblo ejercia un poder inexorable como el destino, tenia un soplo de vida irresistible como la voluntad del Altísimo.—El emir Alhaur ben Abderrahman con su innumerable hueste trataba ahora de trasmontar los Pirineos, y lanzarse como devastador torrente sobre la antigua Septimania. Pero antes intentaba castigar á los fieros astures por la derrota de Munuza, por el asalto de Gijon, por el atrevimiento de haber hecho frente á los hijos de Ismael. El momento terrible y glorioso de la sangrienta lucha que habia de durar ocho siglos estaba próximo á salir de las manos del Tiempo. Jamás las edades han presenciado un momento mas sublime.

Espumosos torrentes, prestadme vuestro acento bramador; genios de las tempestades, concededme vuestra voz de trueno; hermosa patria mia, permíteme que cante tus loores; anciano Homero, préstame tu sonora trompa; sublime Píndaro, encien-

de mi espíritu en tu férvido entusiasmo; español Herrera, dame tu cancion de Lepanto; sacros Manes de los héroes de mi patria, salid de vuestras tumbas que regásteis con vuestra sangre, y que os abrísteis honrosamente en el campo de batalla, yo os invoco; héroes españoles, concededme vuestro belicoso aliento para contar vuestra hazaña portentosa...

Habian transcurrido algunos dias despues de la escena relatada en el capítulo precedente. El talisman de la esperanza habia devuelto la salud, la vida, el amor á la gentil Gaudiosa. Don Pelayo se hallaba á la sazon satisfecho y regocijado como el viajero que llega salvo á la cumbre del enriscado monte que se oponia á su camino. Solo algunas veces un recuerdo empañaba su alegría como una ligera nube suele turbar el disco del sol. Se acordaba del triste fin de Veremundo y Hormesinda. No hay dicha completa en este mundo de miserias. Este pensamiento, sin embargo, era cada dia menos punzante, pues no hay tristeza que no mitigue algun tanto la lenta carcoma del tiempo. Por lo demás, el hijo de Favila se encontraba ahora en una armonía perfecta; sus esperanzas y sus proyectos como héroe y como hombre estaban próximos á realizarse. El amor y la fortaleza se anidaban en su pecho, su cabeza y su corazon caminaban acordes lo mismo que sus pensamientos y sus actos.

A la nueva de que el emir de Córdoba con su formidable ejército pensaba penetrar en los montes, último asilo de los cristianos, muchas matronas y doncellas de los contornos se encerraron en el monasterio de Santa Eulalia, adonde tambien se refugió Gaudiosa con su amada amiga Sor Florinda. Muchos nobles godos que habitaban en la comarca y otros que habian acudido de Gijon, se juntaron con los astures que antes capitaneára don Pelayo.

Las primeras sombras de la noche comenzaban á estenderse en el horizonte. Una multitud de cristianos apercibidos á la pelea se alojaba en el monasterio del Cristo de la Columna, punto de reunion elegido por el caudillo cristiano para preparar su gente. Componíase el pequeño ejército de don Pelayo de esforzados astures, cuya mayor parte se habia encontrado en el asalto de Gijon, y de un buen número de caballeros y antiguos

soldados de los godos. Una ansiedad cruel parecia reinar entre los cristianos. Solo su esforzado caudillo se ostentaba tranquilo y sereno como el sol en mitad de su carrera. Sin duda alguna el valeroso Pelayo habia premeditado el medio seguro de vencer, el sitio conveniente para aguardar al enemigo.

Despues de haber colocado centinelas y grandes guardias avanzadas en todas direcciones á bastante distancia, el ejército, al reparo y abrigo del monasterio, se entregó al reposo. Muy de mañana, cuando apenas el alba comenzó á sonreir en el Oriente, las campanas de la Abadía convocaron á los monges y á los guerreros al coro y á la iglesia. En seguida celebróse con toda solemnidad el Santo Sacrificio de la Misa; y por último, el abad del monasterio, que á la sazon lo era el venerable Ervigio, exhortó á los guerreros á que peleasen en la próxima jornada con la prevenida resolucion de vencer ó morir, representándoles que iban á combatir por su Dios, por su patria, por la honra de sus hijas y esposas, por la seguridad de todos y por la libertad de cada uno, pintándoles con los mas vivos y verdaderos colores la muerte cruel que les aguardaba, ó que á buen librar, oprimirían sus miembros las bárbaras cadenas del cautiverio. Terminada esta plática, que encendió todos los ánimos en un santo próposito de vivir libres ó morir con honra, el anciano Ervigio puso en manos del valiente don Pelayo una gran cruz de roble cubierta de ricas labores de oro, con tres órdenes de engastes y un relieve por medio mas alto que la labor de los lados. En los brazos de la cruz se leían estas palabras que recordaban el *lábaro* del gran Constantino:

Hoc signo tuetur pius,
Hoc signo vincitur inimicus.

Tal era la santa enseña que adoptaron los cristianos para vencer á los infieles. La cruz era su consuelo, su esperanza, y hasta su bandera en el combate. No solamente la patria, sino tambien la religion iban á defender los fuertes hijos de las montañas.— Despues de tan solemne ceremonia, en que el venerable abad recitó las antedichas palabras, el ejército gozoso prorumpió en vivas aclamaciones á su valeroso capitan. La cristiana Abadía era el centro de los guerreros, como si la afligida

España por la fé de su Dios, por la gloria de sus santos templos, por la civilizadora semilla de la divina ley de Cristo hubiese de renacer grande y fuerte y poderosa y estendida como el dilatado Océano que surcára Colon y que atravesaron Cortés y Pizarro. Desde las altas cimas de los montes de Asturias se divisaban ya las cumbres sublimes de los Andes.

De repente llegaron algunos corredores á los cuales parecia aguardar don Pelayo. Los esploradores manifestaron que los enemigos se aproximaban con direccion á las márgenes del Deva. El hijo de Favila alzó sus ojos al cielo como en accion de gracias. Fácilmente podia leerse en el inmenso gozo que brillaba en su semblante, que aquella noticia le habia regocijado sobremanera como si los mismos infieles contribuyesen á la realizacion de sus proyectos. Habia premeditado todos los lances que podian ocurrir en la lucha que se presentaba, el héroe habia visto entre sueños el combate y la victoria, como si el ángel de las batallas hubiese estendido sobre su frente sus alas de fuego y hubiese arrastrado á los moros hácia el sitio que el gran Pelayo apetecia, que el cielo habia decretado para quebrantar la soberbia de los hijos de Ismael.

El caudillo cristiano se despidió afectuosamente del antiguo compañero de su padre, del buen abad Ervigio, del sabio Efraim, ó sea Aciselo, y rogó á los monges elevasen al cielo sus preces por la salud del pueblo cristiano. En seguida dió la órden de partir, y se encaminaron al sitio mas fuerte y defendido por la naturaleza en la fragosidad de aquellas sierras. Encamináronse á Covadonga. ¡Oh lugar sagrado! Con la cabeza descubierta, postrados de hinojos y vertiendo lágrimas de gozo, intentaremos describirlo.

En la parte oriental de las Asturias de Oviedo, en el valle del rio Bueña y en el punto en que este desemboca en el Sella, están situadas á muy corta distancia las dos villas de Cangas de Onis y mercado de Cangas. A dos leguas escasas de estas dos poblaciones, y en la montaña denominada Auseba, está la cueva llamada Covadonga en los montes Erbáreos ó de Europa á las vertientes que ya corresponden á Asturias. Subiendo desde el Mercado de Cangas por las márgenes del Bueña, con direc-

cion entre Oriente y Sud se estiende un ancho y fresco valle engalanado con verdes y pomposas arboledas. Continuando algo mas de una milla por la orilla derecha, y llevando el agua á la izquierda, confluye y entra en el Bueña otro pequeño rio llamado Reinazo. Caminando como una media legua hasta el pequeño lugar de Soto, y habiendo dejado á Reinazo, se comienza á subir agua arriba por las márgenes del mas humilde y glorioso de nuestros rios, el Deva. Son modestas sus corrientes, pero es inmortal su fama. Es el emblema, la imágen viva de la restauracion y ulterior dominio de la España, que de tan pequeño principió subió luego el pináculo de la mayor grandeza. Así de humilde manantial que brota escondido entre espadañas, suele nacer modesto rio de cristalinas corrientes que se desliza por la verde márgen entapizada de flores, despues granjea nuevos caudales en su estenso curso, y ya hinchado con sus ondas amenaza sus riberas, á cada momento mas distantes, luego se le opone la importuna colina, y arremolineado ruge espumoso, arrolla al insensato dique, ya torrente impetuoso, invade otra vez la estendida llanura, y por último, se arroja bramando en brazos del Océano, que de igual á igual sale á recibirle agradecido porque le enriquece con sus dones.

El valle del rio Deva es al principio de bastante estension; pero las montañas que le cierran son mucho mas riscosas y empinadas que las del Bueña, y van siempre creciendo en altura y estrechándose gradualmente. Pasado el lugar nombrado Riera, ya el rio se pasa y vuelve á pasarse muchas veces, porque lo estrecho del valle y el retorcido curso del Deva, cuyos lados mas bien que montañas son tajadas peñas, hacen revolver muchas veces el camino, que sube serpenteando por una aspereza y semioscuridad espantosas, no teniendo mas anchura sino cuanto el rio lleva de corriente, ó mejor dicho, de despeñadero. Al fin el angosto valle está cerrado por una altísima roca en donde está la santa cueva llamada ahora, como en la época de nuestra historia, Covadonga. La inmensa y tajada roca no está perpendicular, sino inclinada y audazmente arrojada en el vacío como si amenazára desplomarse, de manera que mirada desde un pequeño prado que tiene al pié, causa una emocion ines-

plicable de horror y de pasmo. En este prado, que, como hemos dicho, está á raiz de la peña, brotan dos manantiales que se desgajan con estrépito formando en la parte mas baja una balsa que dá nacimiento al rio Deba.

La parte desnuda y tajada de la peña es altísima y ancha como cincuenta pasos. La boca de la prodigiosa cueva está en forma de arco, y dentro se oyen pasar por debajo con zumbador estruendo los manantiales del Deva. En su recinto apenas podian caber doscientos hombres.

El sol del mediodia se ostentaba en el azul del cielo cuando don Pelayo y los suyos arribaron á la enriscada cueva por otra direccion que la que hemos indicado, y si bien el camino que llevaban los cristianos era tortuoso y difícil, nunca podia compararse con la otra senda por donde iban los moros tan desalumbrados, que no reparaban en el peligro de internarse tanta multitud en tal estrechura de rocas y breñas. «Ya cuando se »llega aquí, dice el piodoso Morales, no se puede dejar de pen»sar en la misericordia de Dios, que así cegó á los moros para »que no mirasen adónde se metian, porque si alguna, aunque »poca consideracion de esto hubiera, bastaba para detenerlos y »buscar otra manera de tomar al rey don Pelayo y sus cris»tianos.»

En el interior de la gruta habia un pequeño altar dedicado á Nuestra Señora la Vírgen María. Delante del altar muy absorto en sus oraciones se hallaba el ermitaño que allí moraba cuando penetró en aquella mansion don Pelayo acompañado de su deudo Atanagildo y del valeroso Plácido, el hijo del anciano pastor, víctima triste de la crueldad de los berberiscos de Yusuf. El ermitaño saludó afectuosamente á los recien llegados, y demostrando mas particularmente su inclinacion á don Pelayo, á quien queria tanto como respetaba, dijo:

—¿Habeis visto al fin como se ha verificado mi profecía?

—¡Oh venerable Amasvindo! Al fin llegó el momento por mí tan anhelado. Y si he de deciros francamente la verdad, vos sois quien me ha inspirado el pensamiento de retraerme con los mios á este lugar. Ya lo habia yo determinado así: porque habeis de saber que la otra noche en la iglesia del monasterio

del Cristo de la Columna estuve pensando largo tiempo sobre las desdichas que el cielo habia llovido sobre nuestra cara patria, y despues de orar fervorosamente, me sentí mas aliviado; pero luego me acometió un profundo letargo. Cerráronse mis ojos, y mi espíritu entrevió como en sueños una terrible batalla entre moros y cristianos, me pareció ver que del cielo habia caido una cruz; luego escuché un coro dulcísimo de ángeles que decian en la altura: «*Con esta señal vencerás; que la cruz sea tu bandera, y la Santa Virgen te prestará su auxilio en Covadonga.*» Luego me desperté recordando lo que me habíais dicho de que algun dia pudiera suceder que yo buscase aquí mi amparo, y desde entonces no he dudado un solo instante del patrocinio de esta celestial Señora; un gozo inefable inunda mi corazon como si me alentase el presagio seguro de la victoria, presagio que se ha confirmado cuando me han dicho que los infieles se aproximan á este sitio subiendo por las orillas del Deva.

—Dios despues del azote envía la misericordia, como detrás de la sequía manda la lluvia. Estad seguro de que la victoria coronará vuestros esfuerzos...

Un tropel de guerreros penetró en este instante en la cueva, manifestando que los moros se adelantaban por la cuenca del rio, y que antes de una hora se encontrarian frente de la peña. Al punto Pelayo tomó sus disposiciones, ordenando que cien hombres al mando del esforzado Atanagildo se colocasen en lo alto de la montaña que está sobre la cueva, en tanto que el hijo de Favila se reservó doscientos hombres, que eran cuantos podian albergarse en aquella mansion.—Llegado, pues, á la peña el emir Alhaur ben Abderrahman con su hueste, asentó muy de propósito sus reales en aquellos contornos, tal vez presumiendo, y no sin razon, que la sola vista de tan innumerable muchedumbre habia de cubrir de espanto á los cristianos. Pero los valerosos astures contemplaron impávidos y serenos al enemigo, y solo ansiaban venir al momento de la pelea.

Iban con el caudillo sarraceno algunos cristianos mozárabes; pero no pertenecian á los godos ni á los antiguos naturales de España. Conviene advertir que al tiempo de la invasion de los moros habitaban nuestra patria diversas gentes. La mayor par-

te era descendiente de los celtíberos, indígenas primitivos, si bien en muchas regiones confundidos y mezclados con los romanos, de los que habian adoptado sus costumbres y cultura; otros eran de pura raza latina que fueron vencidos por los bárbaros del norte; y por último, aun se conservaban, especialmente en muchas ciudades marítimas, no pocos descendientes de los griegos, que despues de los fenicios habian fundado varias colonias en nuestra península, como Rodas ó Rozas, hoy Ampurias en Cataluña, y aun fuera de España, como Marsella en Francia. Esta raza griega, así como la romana, eran las mas envilecidas y aun las menos verdaderamente cristianas, puesto que conservaron por mas largo tiempo las tradiciones del politeismo. Los descendientes de estas razas eran los que en su mayor número formaban aquella parte de la poblacion cristiana que se llamó mixtárabe, á propósito de lo cual el arzobispo don Rodrigo dice: «Que como quedaron tantos cristianos mezclados »entre los alárabes, se comenzaron á llamar con vocablo latino »mixtárabes, esto es, mezclados con alárabes, de donde por »corrupcion se usó despues la voz *mozárabe.*»

Respecto á los godos y los antiguos españoles, debemos decir que conservaron mas tenaz y dignamente la santa religion cristiana. Ahora bien, de todos los mozárabes que acompañaban al emir de Córdoba, el de mas importancia era un tal Dionisio, de orígen griego, y que habia servido de copero al rey don Rodrigo, por cuya razon conocia á don Pelayo.—El griego Dionisio, pues, fué enviado por el emir Alhaur ben Abderrahman con el objeto de persuadir á Pelayo y á los suyos que desistiesen de su intento, considerado por los moros como la mas descabellada temeridad.

Dionisio desde el pequeño prado que está bajo del pié de la montaña comenzó á grandes voces á llamar al caudillo cristiano diciéndole:

—Bien sabes, amigo Pelayo, como poco há estaba toda la España sujeta á solo el señorío de un rey godo, y que habiendo juntado todas las fuerzas de su reino en un grande ejército, no pudo resistir al poderío de los alárabes. ¿Pues cuánto menos podrás tú defenderte de ellos en esa covacha?... Escucha

mi consejo y desecha tu desatino, que yo te seré buen intercesor con los alárabes para que con paz y amistad suya goces de las comodidades de la vida y de los honores que merece persona de tu alcurnia y de tus prendas.

—Mucho me lastima, respondió Pelayo, mucho me lastima el verte en tan íntimo trato con esos perros infieles, y que te atrevas á proponerme tales cosas cuando deberias unirte con nosotros y pelear como bueno contra los enemigos de tu Dios. Pero ya veo, Dionisio, que eres de casta griega, y tu gente aun no ha podido desechar del todo la creencia de sus falsos y antiguos ídolos. Si tú fueras buen cristiano, seguramente que no te rebajarias á decir y proponer tales cosas de parte de esos infames. Diles que ni me juntaré jamás en amistad con ellos, ni mucho menos seré su súbdito aunque me prodigasen todas las riquezas del Oriente y todos los honores que rinden á su falso Profeta. ¿Acaso piensas que yo soy capaz de ser seducido como otros cristianos que aprecian mas un puñado de oro que su Dios y su honra? Mucho te engañaste, Dionisio, si tal cosa pensaste de mí y ofreciste á los agarenos... De esta covacha, como tú con desprecio de la Santa Virgen la has llamado, yo confio en su celestial patrocinio que ha de salir la restauracion de España, y que su grandeza, poderio y gloria se estenderá por el ancho mundo, y sus valientes hijos pregonarán las doctrinas del Evangelio y defenderán con la cruz de sus espadas la fé del Redentor y la libertad y la gloria de su patria. —Si tú fueras buen cristiano recordarías lo que dice David: «Visitaré con azote sus maldades; mas no quitaré mi misericordia de ellos.» Diles que bastante tierra les hemos cedido ya, que muy pronto se arrepentirán de acosarnos en nuestro último asilo, y que en el caso de morir, queremos abrir nuestras tumbas en el campo de batalla y en tierra española.

Ciego de cólera Dionisio al oir tales palabras, volvióse á los moros y les dijo con furia:

—Disponeos al combate, y no pareis hasta que no hayais cortado la lengua á ese godo temerario, pues si no es por fuerza de armas, estad seguros de que no alcanzareis que estos perros se humillen.

:

Al punto los infieles levantaron un alarido terrible que resonaba con ronco estrépito por los dilatados valles y las profundas cañadas, y comenzaron á combatir él santo y salvador recinto con hondas y ballestas, únicas armas de que podian valerse con provecho, atendidos los accidentes de aquel sitio, por todas partes rodeado de rocas y precipicios, y angosturas y abismos inconmensurables. El gran Pelayo y los suyos al abrigo de la cueva se defendieron con valeroso ánimo, ó por mejor decir, ofendian á los moros con saètas, venablos y derrumbadas peñas, causando una mortandad espantosa. Hasta las mismas rocas parecian tomar la defensa del bando cristiano. Las mismas armas de los infieles se volvian airadas contra sus propios pechos. Anhelando que toda la tierra temerosa y muda se postrase ante sus turbantes, escupian al cielo; pero ahora el Dios de los cristianos volvió á su pueblo sus ojos compasivos. Las saetas y piedras que lanzaban con ímpetu terrible los infieles, volvian á caer sobre sus cabezas, y así los mataban y herian como si de arriba las arrojáran con destructora furia. Túrbanse los moros con el horrendo estrago que ellos hacian en sí mismos, núblase el claro cielo, una furiosa tempestad estalla estendiendo sus roncos rugidos por los cóncavos riscos de las montañas, el rio saliendo de madre se despeña espumoso y bramador, y el rayo y el trueno y la lluvia, y los gozosos gritos de los cristianos, y la vocería triste de los sarracenos forman un cuadro magnífico y terrible.

Enormes peñas se desgajan de los montes aplastando multitud de enemigos, crece el aliento de los cristianos, mengua la arrogancia de los musulmanes, y el fiero Atanagildo con los suyos desde la cima de la montaña, lanza certeras saetas y homicidas peñascos, haciendo en los moros una matanza inmensa. ¡Oh Dios de los ejércitos! ¿Quién se atreverá á contar dignamente tus maravillas? Tú ensalzas al humilde y abates al soberbio; tú quebrantaste las fuerzas del feroz Faraon, tú hiciste que sus guerreros empedrasen los profundos alveos de la mar, y sumergiste al carro y al caballo y al caballero. Tú quebrantaste la soberbia del arrogante Aman, tú por la mano de un débil pastorcillo derribaste á Goliat, el mas terrible de los

Filisteos. ¿En dónde no estás tú, oh Dios de las alturas? Tu inmensidad lo llena todo. En el aura que acaricia las flores, en el misterioso silencio de la selva, en el luciente velo de la estrellada noche, en el fulgurante disco del fecundo sol, en las ondas de la mar bravía, en las alas de los rugientes aquilones, en el fragor de la tempestad, en el encendido rayo y en la bienhechora lluvia se escucha tu voz y se siente tu presencia. Solo tú puedes hacer que los fuertes y soberbios se hieran y destruyan á sí mismos cuando intentan oprimir á los débiles y desgraciados que esperan y confian en tu misericordia. Solo tú supiste infundir esfuerzo en el corazon del gran Pelayo para llevar á cabo una defensa que los enemigos creian temeraria, y que pocos momentos despues juzgaron irresistible difundiéndose el pavor en sus medrosos pechos, y precipitándose en desbaratada y cobarde fuga.

Animado el hijo de Favila con el suceso descendió cual rápido torrente de la cima, se arrojó con los suyos sobre los enemigos, y acometiéndoles por la espalda, siguió el alcance con destructor encarnizamiento. El ejército fugitivo se dividió en dos partes; los cristianos siguieron al mayor número en donde iba el emir, y cerca de Santa Olalla junto á las márgenes del Bueña, se rehicieron los infieles é intentaron hacer frente á sus perseguidores. — La muchedumbre de los alárabes peleaba á pié, y aun Alhaur ben Abderrahman y los gefes mas principales, todos habian abandonado sus corceles á causa de las fragosas quebraduras de aquellos contornos.

El ínclito Pelayo llevaba solo una coraza y un casco, y vestidas las piernas con unas grebas de cuero, de cuyo material era tambien un escudo tresdoblado con pieles fortísimas. De la misma manera iban armados todos los nobles godos que se hallaban en el pequeño ejército de los astures. Estos se habian armado de picas, arcos, hondas y venablos. En verdad que no era aquel el lucido ejército que sucumbió en Guadalete. No iban ahora los cristianos, como entonces, engalanados con dorados yelmos, bruñidas armaduras, plumosas cimeras, y manejando soberbios corceles. Los alárabes formaban un contraste singular en lujo y pompa de armas y colores, con los modestos campeones de Asturias.

Sin embargo, los que consiguieron tan fáciles laureles en las márgenes del Guadalete, del Guadalquivir y del Tajo, las huestes formidables que el Asia y el Africa arrojaban á torrentes sobre la espantada Europa, los arrogantes guerreros de la Arabia, los que oprimian preciados caballos, los que habian conquistado gran parte del Asia y Africa, los que intentaban saltar el muro de los Pirineos, los que vestían armaduras de óro y ostentaban todo el esplendor de Oriente, vieron brillar el dia en que turbas jamás disciplinadas, en que humildes pastores pobremente vestidos quebrantáran su bárbara osadía tan solamente armados de valor, con Dios en el corazon y con el hierro en las manos.

Inútilmente intentaron resistir los musulmanes. El valeroso Plácido llevaba la cruz que servia de bandera al ejército cristiano, santa enseña que inspiraba al guerrero de las montañas heróico aliento para pelear, sublime esperanza para vencer, inefable consuelo para morir.—El esforzado hijo de Favila advirtió que algunos moros principales acaudillados por un formidable guerrero hacian frente á los suyos. Tenian cercado al intrépido Atanagildo, que llevado de su belicoso ardimiento se habia internado temerariamente en los enemigos, si bien algunos se revolcaban en su propia sangre á los piés del campeon cristiano. No obstante, Atanagildo se hallaba muy acosado por un guerrero árabe que habia descargado sobre su adversario un tremendo golpe. El rostro de Atanagildo manaba sangre, habia recibido una herida en la frente, y de vez en cuando se detenia y vacilaba procurando limpiarse la sangre que le oscurecia la vista. Inminente era el riesgo del cristiano. Don Pelayo voló en su socorro.

¿Quién bastará á pintar la actitud arrogante, serena, magestuosa y fiera del héroe? En medio de los peligros semejaba á un genio de la tempestad que asentase los piés seguros sobre la tronante nube. Eneas, impávido y tranquilo en medio de los mares borrascosos viendo alejarse y hundirse las naves troyanas, pudiera dar una idea de valor sereno y de la actitud de Júpiter que distinguia al héroe de Covadonga.—Llevaba una pesada hacha de armas que esgrimia con increible rapidez y acierto. Don Pelayo se arrojó al grupo de guerreros que rodea-

ba á Atanagildo, y esparciendo en torno suyo el terror y la muerte, se abalanzó al caudillo árabe, y despues de un reñidísimo combate, descargó Pelayo su formidable hacha y derribó al guerrero, que tenia una talla de gigante. Retumbó el suelo con el peso de las armas como en la selva retumba y cruje el añoso roble tronchado al golpe rudo de la segur del leñador. El Bueña presenció mugiendo de gozo la caida del guerrero, y corrió á participar la alegre nueva á los otros rios que fertilizan la noble region de Asturias. El guerrero vencido por Pelayo era el esforzado y soberbio emir Alahur ben Abderrahman. Los pocos que aun le rodeaban fieles, cuando le vieron tendido en la arenosa ribera alzaron al cielo un doloroso clamor y se precipitaron en la mas desbaratada y medrosa fuga.

¡Oh gozo inefable para la afligida España! ¡Mortandad horrenda! ¡Combate maravilloso! ¡Victoria inaudita! Ciento veinte y cuatro mil moros perecieron en esta memorable batalla (1). Los que hemos dicho emprendieron su fuga por el otro camino se encumbraron á lo mas alto de la montaña de Auseba, y por lo mas fragoso del monte Ammosa llegaron á Liévana, que está en las cumbres de aquella parte de las montañas conque las Asturias de Oviedo parten términos con las de Santillana. Allí pensaban salvarse; «mas no hay lugar donde no alcance la divina venganza, cuando quiere ejecutar su ira.»—Caminando por la montaña que está sobre el rio Deva, sucedió una cosa que cubrió de espanto y de muerte á los musulmanes (2): Súbito con

(1) Mucho difieren nuestros historiadores tanto respecto al número de que se componia el ejército alárabe, como respecto á los que murieron. El obispo Sebastian, Morales y otros hacen subir el numero de los moros á ciento ochenta y siete mil. En algunos romances antiguos, celebrando esta victoria, se eleva el número prodigiosamente hasta cuatrocientos mil. De todos modos, lo que si puede afirmarse es que esta victoria ha sido de las mas pasmosas que recuerda la historia en la dilatada série de los siglos.

(2) Acaeció este maravilloso suceso en el pago de tierra llamado Casagadia. El obispo Sebastian dice que fueron sesenta mil los hundidos de esta manera, y que cuando el rio Deva crece en el invierno y arranca alguna parte de aquella ribera, se descubren armas y huesos de los moros que allí perecieron. Es de creer que el continuo curso de las aguas socavase la montaña, y en esta ocasion la furiosa tempestad que sobrevino, la

son horrendo la indignada montaña se derrumbó hácia la parte del rio, sepultando entre escombros y aguas sesenta mil hombres. Nunca la Providencia, que vela por la conservacion de una raza, de un pueblo, de sus creencias, de su actividad, en fin, que pueden ser fecundas para la humanidad, nunca se ha manifestado de una manera tan evidente su accion benéfica y protectora para el entonces humillado pueblo español como en la heróica y nunca bastantemente admirada hazaña de Covadonga.

Con esta victoria no quedó un solo moro á vida en la region de Asturias, pues los pocos que lograron salvarse de los valientes guerreros de don Pelayo, fueron destruidos completamente por los habitantes de aquellas comarcas, que al ruido del combate y á la fama del triunfo acudieron de todas partes sacrificando infieles sin compasion en donde quiera que los encontraban.

Era al caer el dia, y en algunas horas se habia verificado el mas heróico prodigio de valor que recuerdan los hombres. La tempestad se habia desvanecido, y el sol poniente antes de ocultarse bañó con sus rayos de oro el valle de Santa Olalla, como si hubiese querido felicitar á los héroes cristianos. Por todas partes resonaban gritos de alegría, y el valle de Bueña estaba lleno de los habitantes de aquellos contornos, las aclamaciones poblaban el aire, y las campanas del cercano convento de Santa Olalla rimbombaban regocijadas, porque las hijas del valle podian ahora volver á entonar sus alegres cánticos de otros dias.—En la embriaguez del triunfo los nobles godos y los valerosos astures aclamaron unánimemente por rey al ínclito hijo de Favila, y alzándolo sobre un escudo, segun la antigua costumbre, gritaron por tres veces «*Real, Real, Real.*»

Luego el esforzado Rudesindo, que despues de la muerte de su hermano Alfonso en el asalto de Gijon, se habia refugiado á los montes y peleado aquel dia bajo el mando de don Pelayo, se aproximó á éste, y en nombre de los nobles, dijo:

—No es el trono opulento de los antiguos godos el que hoy te ofrecemos, ni riquezas ni palacios tendrás donde albergarte como no se conquisten del enemigo. Pocos son tus vasallos, pe-

impetuosa avenida del Deva, y el peso de tanta muchedumbre de paganos, hacen tan probable el suceso, que se esplica fácilmente aun sin recurrir á cosas sobrenaturales.



LAM. 12.

"Recibe la merecida corona del héroe tejida por mi mano."

ro leales y valientes; yo á nombre suyo te rindo mi obediencia. Hasta hoy has sido mi igual, desde ahora yo te saludo como á mi rey y señor. ¡Plegue al cielo que algun dia tu corona abarque la España entera!

—Pues yo á mi vez os prometo, ínclitos godos y valerosos astures, yo os juro ser siempre el primero en la sangrienta lucha que nos espera, respetar la justicia, la virtud y el valor, y si alguna vez olvidase este juramento, que el Dios de Sinaí me aniquile con los rayos de su ira...

—¡Viva el gran Pelayo! gritó la multitud.

—¡Viva el rey! esclamaron sus soldados.

—¡Loor eterno al restaurador de España! ¡Gloria inmortal al que nos ha dado una patria! dijo en este momento una voz argentina en que brillaba el acento de la alegría mas pura, del entusiasmo mas ardiente y del amor mas apasionado.

Una jóven hermosísima, espléndidamente ataviada, llorando de gozo y con una corona de laurel, se presentó vestida de blanco, bella y resplandeciente como la gloria. Don Pelayo fijó en ella una mirada indescriptible, una mirada de héroe, de rey, de amante, de esposo, de júbilo inmenso.

—Recibe la merecida corona de héroe tejida por mi mano, dijo Gaudiosa.—Desde el mirador del convento estuve contemplando tu combate con el caudillo musulman... ¡Cuánto padecí, Pelayo mio, al verte en tanto riesgo! Yo tenia fé en tu valor sobrehumano; pero con todo, temblaba. ¿Mas qué fueron mis temores comparados con mi alegría inefable al verte vencedor? ¡Dios mio! Dadme fuerzas para no espirar bajo el peso de felicidad tan inmensa... ¡Hijas del valle, entonad himnos de triunfo y tejed guirnaldas para mi amado! ¡Valerosos guerreros, publicad la fama y el valor de vuestro caudillo! ¡Gracias, oh Dios del cielo y de la tierra, gracias porque me habeis dejado vivir hasta este momento! ¡Oh! ¡Soy la mas feliz de las mujeres!

Y la enamorada vírgen contemplaba á su hermoso guerrero, á su rey, como á un dios, como si su corazon y su alma estuvieran pendientes de los ojos de su amado.

¿Quién podrá pintar el enternecimiento de los que se hallaban presentes, las vivas aclamaciones de que fueron objeto los reyes de España, y el tumulto de emociones, el torrente de fe-

licidad que en aquel instante inundaba el corazon del generoso don Pelayo? Figúrese el lector, si puede, lo que pasaba en el corazon del héroe que habia ganado la mas prodigiosa victoria, del hombre que habia conseguido una corona, del amante que dentro de poco tiempo sería el esposo de la vírgen de sus amores. Figúrese todo esto el lector, porque nosotros renunciamos á describirlo.

La batalla de Covadonga es un milagro de valor y de heroismo que pasmará eternamente á las edades. Las sombras de los campeones que cayeron en Guadalete sonrieron gozosas desde el mundo de la verdad por la victoria de sus hermanos. Los genios de la eternidad, para quienes no hay ni pasado ni porvenir, clamaron en las regiones del aire: «*Un gran pueblo ha nacido hoy.*» Y este eco atravesó los mares y llegó á otros hemisferios y se dilató por las ignotas regiones de un nuevo mundo que habia de llamarse América, y en los confines de aquel mundo repitieron los montes y las cataratas: «Hoy ha nacido un gran pueblo en Occidente, llámanse españoles, y Pelayo es su caudillo.»

El estandarte de la media luna quedó arrastrado por el fango ante la cruz de los cristianos. Desde aquel dia abrió la Fama un libro inmenso para escribir los nombres de los héroes de España. Pelayo ocupa la primera página. Luego siguen el Cid Rodrigo Diaz de Vivar, Alonso Perez de Guzman el Bueno, Gonzalo Fernandez de Córdoba, Hernan Cortés, y tantos otros que la Fama con sus cien bocas no bastaria á enumerar. Desde aquel dia el no atravesado Océano en las tinieblas de la noche y en la agitacion de sus ondas murmuraba con espanto: «Al fin medirán mis límites inmensos.»—El soberbio leon de España salió de su gruta de Covadonga, y el huracan llevó en sus alas el eco ronco de su fiero rugido y heló de terror al gran Califa, que dormia entre esclavas en los pensiles de Damasco.

Trescientos griegos se sacrificaron heróicamente por su patria en las Termópilas sucumbiendo á manos de los persas.

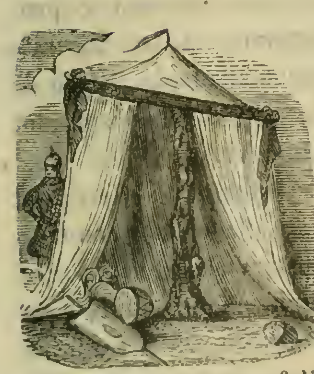
Pero trescientos españoles consiguieron el mas brillante triunfo sobre los innumerables hijos del Desierto.

¡Sea inmortal la fama de los héroes de Covadonga!



CAPITULO LIII.

CUADROS DE LA VIDA HUMANA.



TRANSCURRIERON algunos dias despues de la proclamacion del rey don Pelayo. En un aposento del castillo de Pamia se hallaba una jóven riquísimamente ataviada, reclinada en un sitial y apoyando su megilla en su diminuta mano con una actitud llena de gracia, y en que se revelaba cierto tinte de vaga melancolía. La hermosa habia padecido mucho aun cuando en aquel momento era muy feliz. El sacerdote habia bendecido ya la union de la reina Gaudiosa con don Pelayo.—Varias damas entraron en el aposento, y despues de saludar respetuosamente á la jóven, la condujeron al salon principal del castillo. Por todas partes se veía multitud de escuderos, siervos y caballeros que cruzaban los patios, subian las escaleras y se encaminaban tambien al gran salon del castillo de Pamia. Allí se celebraba el banquete nupcial de don Pelayo y Gaudiosa. Damas y caballeros sentáronse á la mesa presidida por el venerable abad Ervigio. La jóven desposada estaba hermosa y alegre como una mañana de primavera. Don Pelayo se encontraba acompañado de varios nobles godos y departiendo con su estimado Atanagildo, al cual habia libertado, como ya vimos, de la cimitarra del emir árabe. La herida de Atanagildo fué leve, si bien podia haber sido orígen de su vencimiento á causa de la sangre que le anublaba los ojos.—El buen Atanagildo estaba triste, por

mas que pretendia disimularlo, en el mismo dia en que tanta ventura esperimentaba su amigo don Pelayo. A todas horas el recuerdo de Rosmunda, la bella cristiana que un dia salvó de la deshonra y que despues vino á ser esclava de la gentil Morayma. El buen Atanagildo habia tenido despues ocasion de saber hasta qué punto la cautiva Rosmunda le idolatraba cuando fué peligrosamente herido en las inmediaciones de Gijon, la noche en que tambien fué muerto su anciano padre Veremundo.—Rosmunda se habia desmayado al ver la brusca acometida de los infieles. Cuando la infeliz volvió en sí vió su blanco brial, todo salpicado de sangre, miró en torno suyo y distinguió dos cadáveres. ¡Cuál no fué su dolor al reconocer al anciano Veremundo y á su amado Atanagildo! La afligida cristiana se precipitó sobre el sangriento cuerpo procurando con sus lágrimas y con su aliento devolver la vida al infeliz mancebo. Pero de pronto exhaló un grito de alegría. Atanagildo habia suspirado, Rosmunda comprendió que su amante aun vivia.

Rápida como la ninfa de las auras se encaminó la jóven al postigo del jardin del alcázar de Gijon. Felizmente, como ya sabemos, Rosmunda habia dejado el postigo abierto para que despues de despedirse Hormesinda de su hermano, pudiese regresar secretamente al alcázar la esposa de Munuza.—Rosmunda, que habia recibido la libertad de mano de la generosa Morayma para que fuese feliz esposa de su amante Atanagildo, volvió ahora implorando el auxilio de su noble señora, quien manifestó tanta sorpresa como dolor al saber la desgracia de sus protegidos. Al punto dispuso Morayma que sepultasen al anciano Veremundo y condujesen á una habitacion de su aposento al herido. Y ya sabemos como los tiernos cuidados de la enamorada Rosmunda contribuyeron en gran manera al pronto restablecimiento de Atanagildo.

Por lo demás, Morayma no dejaba de imaginar de qué modo se habia sabido su resolucion de dar libertad á los cristianos para que Munuza se opusiese á sus designios. Sospechaba con fundamento, que el esclavo de Abdalla habria podido manifestar á su señor, que ella habia sido la libertadora de Gaudiosa; pero respecto á los dos guerreros, ¿quién habia podido saber sus intenciones? Morayma comprendió que Arbolán,

su esclavo favorito, y de cuya fidelidad jamás dudára, la habia vendido en esta ocasion. Fácilmente se adivinará que Arbolán no volvió mas á ser traidor para con su altiva señora, quien llevada por su cólera le hizo ahorcar.—A esto siguió una esplicacion ruidosa entre Munuza y su hermana, la que resolvió algun tiempo despues irse á vivir á una quinta, poco distante de Gijon. Rosmunda siguió á su señora, no como cautiva, sino como esclava voluntaria por el afecto de gratitud que hácia ella esperimentaba.

Entre tanto Atanagildo, deseoso de saber la suerte de su querido Pelayo, se despidió de su bienhechora, y prometió á Rosmunda que volveria tan luego como averiguase el paradero de Pelayo. Hormesinda tambien se interesaba vivamente por su hermano, á quien dejó en las riberas del Sella víctima de la desesperacion mas espantosa. Hormesinda, pues, manifestó todo esto á Atanagildo, y este se encaminó hácia el monasterio del Cristo de la Columna. Allí encontró al fiel Gumildo, que habiendo penetrado en Gijon ocultamente, pudo averiguar que los dos guerreros y el buen Ferrandez habian sido aprisionados.—Y ya sabemos como Atanagildo, no habiendo encontrado á su deudo en el monasterio, se encaminaba con Gumildo hácia el castillo de Pamia, cuando la mendiga de la Cueva de los Suspiros les salió al encuentro ofreciendo ayudarles para libertar á don Pelayo.

Ahora bien, Atanagildo, como hombre de honor, y conociendo que sus deberes de cristiano y caballero eran antes que sus amores, no habia podido ver á Rosmunda. Es verdad que la noche del asalto de Gijon la buscó con ansia, pero inútilmente. Luego supo de boca de Alvida el sitio en que habitaba; pero la venida del grande ejército árabe que inundaba aquellos contornos y los demás acontecimientos que sobrevinieron, no habian permitido al noble mancebo el ir en busca de su amada.

Alvida, su hermano Ferrandez y los demás cautivos que se hallaban en Gijon siguieron á don Pelayo, y gracias á esta circunstancia, el ejército de los astures, que no llegaba á cien hombres, pudo aumentarse hasta mas de trescientos. La hermana de Ferrandez permaneció en el convento de Santa Olalla hasta despues de la célebre batalla de Covadonga. A la sazon Alvida

se encontraba al servicio de la reina Gaudiosa. Esta le habia cobrado grande afecto, y Alvida era la doncella favorita de la jóven, desde que Clotilde se habia quedado con su señora en Santa Olalla. A la sazon Florinda se hallaba acometida de una melancolía profunda, de una fiebre continua que lentamente minaba aquella existencia juvenil. Sor Florinda se distinguia en el convento por su mansedumbre, por su caridad ardiente para asistir á las enfermas, por su silencio, por su austeridad, por su resignacion cristiana. Desde que Gaudiosa salió últimamente del convento parecia como que la enfermedad de Florinda se habia ido agravando. Algunas veces sus ojos se inundaban de lágrimas, sus megillas se teñian con el mas subido carmin, y su pecho se agitaba palpitando con increible celeridad, pero muy luego tornaba á palidecer, y su rostro volvia á tomar su habitual espresion de profunda melancolía. Entonces se arrodillaba devotamente y permanecia largas horas en oracion. Parecia que á fuerza de ayunos, penitencias y rezos intentaba ahuyentar de su mente algun doloroso recuerdo, algun pensamiento mundano. ¡Infeliz Florinda! Habia cumplido fielmente su voto no volviendo á ver mas á su adorado Pelayo, por no despertar en su alma el tumulto de las pasiones que habia sabido sepultar en los silenciosos cláustros del convento. Pero ¡ay! á pesar suyo la imágen bella del gentil guerrero por todas partes la perseguia. Su amado á la sazon era rey de los españoles, y aquella triste y desolada monja desde su santo retiro hacia ardientes votos por la prosperidad y la ventura del héroe de Covadonga...

Gaudiosa entre tanto era la mas feliz de las mujeres. Ruido de fiesta y de júbilo resonaba en el castillo de Pamia. Un coro de doncellas vestidas de blanco y coronadas de flores entonaba himnos de triunfo por la gloria de los reyes, por la felicidad de los jóvenes esposos. Un gran número de músicos acompañaban con melodiosos instrumentos los cánticos de las hijas de las montañas. Un pueblo de siervos, escuderos y hombres de armas se agitaba gozoso en varias habitaciones, donde habia espléndidas mesas y donde eran servidos todos los que llegaban. La caritativa Gaudiosa por mano del buen Ferrandez habia hecho tambien muchas limosnas, procurando derramar en torno de si en tan dichoso dia los raudales de su beneficencia.—La jóven des-

posada tenia á su lado á Alvida y departia con ella intimamente con preferencia á otras damas, á quienes de vez en cuando dirigia tambien cariñosas palabras y amables sonrisas.

Don Pelayo se hallaba á otro estremo hablando con algunos nobles godos acerca de sérios proyectos de guerra y de establecer su corte en Gijon. De vez en cuando los jóvenes esposos cambiaban una mirada impregnada de felicidad.

—¡Oh! ¡Poder decir que él es mi esposo! esclamaba Gaudiosa con amoroso entusiasmo hablando con Alvida. ¡Oh dicha inesplicable y milagrosa! ¿Quién habia de creer que al fin podria llamarle mi esposo, despues de tantas contrariedades? Él es mio, el héroe mas famoso de la España, el hombre que formó la naturaleza con todas sus perfecciones, el que reune en una divina armonía todas las grandezas de su sexo... ¡Qué virtuoso! ¡Qué noble! ¡Cuán valiente y cuán gallardo! ¡Oh, Alvida, cuán feliz soy!...

El rey don Pelayo dió la órden para que damas y caballeros se sentasen á la mesa. En seguida salió á ver á sus queridos y valerosos astures, á quienes les habló en los términos mas bondadosos invitándoles á que se regocijasen y regalasen en las mesas que para ellos se habian dispuesto en varias habitaciones del castillo. Viva y afectuosamente aclamado por sus soldados regresó don Pelayo muy gozoso al salon principal, donde todos aguardaban su vuelta. Espléndido fué el banquete, y durante la comida, cánticos y músicas resonaban sin cesar. El rey habia dispuesto que al dia siguiente irian á establecerse á Gijon, punto que por ahora habia determinado fueso el centro de su limitado reino. Con este motivo habian acudido todos los nobles godos y astures que en muchas leguas á la redonda se hallaban en disposicion de tomar las armas.

Mientras que esto acaecia en el castillo de Pamia, tres mujeres acompañadas de un hombre cuyo trage daba á entender fuese un cautivo escapado del poder de los moros, se habian detenido á muy corta distancia de la venturosa mansion que ahora presenciaba el casamiento de don Pelayo y de Gaudiosa. Una de las tres se adelantó hácia el castillo despues de ordenar á las personas que le acompañaban que se dirigiesen al mismo punto, caso de que ella tardase demasiado.

Pocos momentos despues penetraba en el salon principal una jóven de maravillosa hermosura.—Don Pelayo fijó en ella sus ojos atónitos. La desconocida se detuvo delante del rey diciendo:

—Mal haya, nazareno, la hora en que te conocí.—Por tu causa murió mi anciano padre, y tú mismo has dado muerte á mi hermano; pero no por eso te aborrezco, como deseára; una fuerza desconocida me arrastra hácia tí... ¡Ay! En una ocasion quise ser generosa libertando á tu amada y entregándotela para que fueses su esposo... Yo creia haber dominado mi pasion ardiente como la arena del desierto en el estío; pero ¡cuánto me engañaba! ¡Oh poderoso Alá! ¿Por qué no somos dueños de que las pasiones nazcan á nuestro albedrío? Tu imágen, hermoso cristiano, en vez de borrarse de mi memoria con el tiempo, aparece mas fija en mi corazon cada dia... Yo no puedo olvidarte y ¡padezco tanto! Huérfana y sola sobre la tierra, despues de perder un padre y un hermano, tampoco encuentro un consuelo á mis pesares en el seno del amor... Hoy es el dia de tus bodas, te deseo que seas feliz; pero hoy tambien debe ser el dia de mi muerte...

Y así diciendo la apasionada jóven sacó un puñalito agudo como un aguijon y envenenado con ciertas yerbas que ella conocia en la Arabia, y con la rapidez del pensamiento se lo clavó en su corazon. Inundada en su propia sangre, el rostro hermoso cubierto de mortal palidez y fijos en su amado los turbios ojos, cayó la gentil doncella á los piés de don Pelayo.

—¡Morayma! esclamó éste con ansiedad indecible. ¿Qué has hecho, infeliz?

Gaudiosa, que tan agradecida estaba á la hermana de Munuza, puesto que la libertó de la violencia del bárbaro Abdalla, se avalanzó solícita en socorro de la desdichada mora. ¡Afan inútil! Morayma estrechó cariñosamente la mano de la reina, fijó una mirada suprema y dulcísima en el rey cristiano, y espiró.

Aquella escena cruel produjo un efecto inesplicable en la reunion, poco antes tan alegre y bulliciosa. Aquel suceso y aquel festin formaron un contraste tan disonante como un atahud y un arpa, como un tálamo nupcial y un suplicio, como una serpiente y una paloma. Todos se miraron silenciosos y aterrados. Aun



GAUDIOSA

no habian vuelto de su estupor, cuando otros tres personages se presentaron en el salon. Eran Rosmunda, Jarifa, y un cautivo que formaba parte de la servidumbre de la triste Morayma, y del cual se habia enamorado Jarifa.

—¡Rosmunda de mi alma!

—¡Adorado Atanagildo!

Y ambos jóvenes apenas se hubieron divisado corrieron fuera de sí el uno hácia el otro, y se estrecharon afectuosísimamente, con toda la apasionada efusion de su amor inestinguible. ¿Qué importaba á los amantes en aquellos momentos la presencia de sus reyes, el numeroso concurso y la trágica escena que acababa de ocurrir? El mundo entero desapareció á sus ojos. ¿Por ventura, la felicidad se acuerda del infortunio? Nada importa la buena índole. El hombre está hecho así.

Por último, el cadáver de Morayma fué retirado de allí y sepultado honrosamente en el panteon del castillo. Respecto á los demás personages, pronto se consolaron. Los hombres son tan incautos para la muerte, tan olvidadizos para la desgracia como el pajarillo que en la selva oye los tiros del fiero cazador, se espanta un momento, calla en la copa de un árbol, y pocos minutos despues comienza á trinar ruidosamente, sin recordar que sus trinos podrán servir de guia á su perseguidor. Queremos decir que se celebraron otras dos bodas mas. Atanagildo se casó con Rosmunda, y Jarifa, despues de hacerse cristiana, fué la esposa de su amado cautivo...

El mismo dia en que el rey don Pelayo y la reina Gaudiosa celebraron ostentosamente sus nupcias en el castillo de Pamia, doblaban tristemente las campanas del convento de Santa Olalla. Una monja habia fallecido, aquella monja se llamaba Sor Florinda.

¡Oh vida de los mortales! ¡Cuán estrechos son tus límites! ¡Cuán infinitas son tus aspiraciones! ¡Oh espíritu! ¡Oh materia!... El mundo es una inmensa baraja de bautismos, bodas y entierros... ¡Mísera condicion humana!



LIV.

EPÍLOGO.



N el tiempo de la proclamacion del rey don Pelayo se hallaba nuestra España poblada por gran diversidad de gentes. En algunas costas de ambos mares aun se conservaban descendientes de las antiguas colonias griegas; multitud de los moradores eran de orígen romano; y por último, el resto de la poblacion se componia de antiguos españoles y de godos. Tan heterogéneos elementos se borraron completamente con la conquista de los sarracenos.—«El historiador moro Rasis, ensalzando mucho los hechos del desgraciado Abdelaziz, afirma que no quedó villa ni castillo principal en España de que no fuese señor, fuera de las montañas de Asturias, adonde muchos de los godos se acogieron.»—Tambien las montañas de los Pirineos por la parte que juntan al reino de Navarra con el de Aragon, y hasta confinar con Cataluña, nunca fueron tomadas por los moros. Así es que en el año siguiente, y segun algunos, en el mismo año, fué alzado por rey de Navarra el valeroso Garci Jimenez. Ya hemos dicho que muchos cristianos quedaron bajo el dominio de los alárabes; pero los que se reunieron en el pequeño y glorioso reino de Asturias, se confundieron como hermanos en una misma y sola familia.

Astures, cántabros, godos, hispano-romanos, romano-hispanos, todos se agruparon en torno de la Santa Cruz, enseña de su heroismo y signo de su salvacion. Todas las denominaciones desaparecieron, todos se

llamaron cristianos, todos se llamaron españoles. En la region que dominó don Pelayo, solo existió un pueblo que muy en breve tomó un carácter de perfecta unidad. Ciertamente que fueron muy estrechos los límites de aquel glorioso reino, isla salvadora de nuestra raza, de nuestras creencias, de nuestras costumbres, orígen de nuestra nacionalidad, gérmen y núcleo de nuestra posterior grandeza que llegó á no caber en el continente. ¡Y toda la estension del dominio de don Pelayo se comprendia en las Asturias de Oviedo, desde Cangas de Onis hasta Cangas de Tineo, que son próximamente cuarenta leguas de longitud, y diez ó doce de latitud hasta el mar! Allí empieza la nueva vida de España, fénix que renació de sus cenizas.

Siempre las ideas se escriben precediendo á los hechos. Queremos decir que el fuero-juzgo presenta cierto carácter de unidad y madurez social á que realmente no habian llegado los godos. Existieron siempre completamente separados de los españoles, si bien en los últimos tiempos de su dominacion se verificaron algunos matrimonios entre las mas principales familias góticas é hispanas. Sin embargo, este código (el fuero-juzgo) era la manifestacion de la actividad y costumbres del pueblo godo en sus relaciones con la moral, relaciones de que no puede prescindir ningun código. Las leyes humanas no tienen nada de verdaderas, sino en cuanto están en armonía con las leyes divinas. La virtud es la ley absoluta y eterna, los códigos se agitan siempre en condiciones relativas.—Rudo al principio el pueblo godo, la Theocracia necesariamente habia de ejercer en él su poderoso influjo. El principio religioso es la piedra angular de toda civilizacion, porque la síntesis mas completa de la actividad humana se encuentra en la religion. En ella se ocultan vivídos los gérmenes de la política y del arte, resultado de la moral y de la ciencia. En los pueblos sencillos el sacerdote, el ministro é intérprete de la religion es el que posee todos los conocimientos, por consiguiente la Theocracia debe dominar, porque Dios ha dispuesto que la inteligencia posea la mas brillante de las coronas, el cetro mas irresistible, la espada siempre vencedora, la verdad. Considerada sin embargo esta verdad bajo relaciones sociales, debemos advertir que es siempre condicional. ¿Pero qué cosa hay en el hombre que no lo sea? Todo en él es limitado, y solo su aspiracion es infinita, la aspiracion que le remonta hasta Dios, único ser absoluto.

Así, pues, las leyes fundamentales del naciente pueblo español fueron las mismas de los godos. No hubo otra diferencia sino que se verificó la fusion que parecia haber previsto el fuero-juzgo, pero á que efectivamente aun no se habia llegado. Aunque de todos modos, mas tarde ó mas temprano se habria llegado á la unidad, es preciso convenir en que la invasion fué la causa ocasional de esta unidad de clases sociales tan naturalmente preparada por la unidad de religion y de patria. Si los antiguos concilios toledanos tuvieron tanta influencia en el gobierno del

pueblo godo, ahora tambien la Theocracia, como en épocas semejantes sucede siempre, ejercia naturalmente su poder, el mas digno del sacerdocio, el poder de la persuasion y de la doctrina. Los obispos y abades amonestaban á los reyes y á los guerreros; en los unos residia el elemento inteligente, en los otros el elemento de accion; el obispo deliberaba, el guerrero combatia.—La monarquía, como entre los godos, era electiva, si bien preferíanse los individuos de la familia real.—Si el carácter es la determinacion enérgica de la voluntad, los españoles se hicieron notables por el amor á su Dios y á su patria. No solo defendian su libertad y su territorio, sino tambien su religion. Todos los individuos, por humildes que fuesen, adquirieron importancia y dignidad, porque hasta el siervo tenia la conciencia de que su brazo era necesario. La larga lucha de los héroes españoles determinó nuestras cualidades características de religiosidad, altivez, valor y constancia incontrastables. Las letras florecian al abrigo del santuario, donde los monges conservaban viva, aunque oculta, la llama del saber como las antiguas vestales alimentaban el fuego sagrado. A Orosio, Idacio, San Leandro y San Isidoro, lumbreras de la España gótica, siguieron numerosos escritores de obras eclesiásticas; pero mas particularmente se ocuparon en componer himnos sagrados demandando al cielo auxilio contra los musulmanes, y en escribir crónicas del valor de los cristianos, las cuales además de conservar la memoria de las hazañas y los nombres de los valientes, contribuian á encender en todos los pechos la llama del patriotismo y el entusiasmo bélico.

El pueblo nuevamente constituido encerraba en su seno gérmenes poderosos de existencia; así es que tuvo tambien su arte, como lo manifiesta aquella arquitectura que se llamó *Asturiana*, y á la cual pertenece la iglesia de Santa Eulalia de Velamio mandada construir por don Pelayo, y la de Santa Cruz, que ordenó labrar su hijo Favila. Tambien se compusieron himnos belicosos en aquel idioma que á la sazon se hablaba, y que era una mezcla de diferentes dialectos en la que predominaba el elemento latino. Vemos que el pueblo español existia aunque en muy limitado recinto con todas las condiciones de vida que habian de desarrollarse un dia con proporciones de gigante...

Habian transcurrido dos años desde la proclamacion del rey don Pelayo cuando este se encontraba en el castillo de Pamia, residencia á que tenia particular aficion por lo delicioso y pintoresco del valle. En el aposento veíase una mujer hermosísima contemplando con un éstasis celestial á un niño que dormia en una suntuosa cuna. Los jóvenes esposos cambiaban miradas de ternura mirando gozosos aquel ser lindo, emblema de su mútuo cariño. Don Pelayo habia puesto á su hijo por nombre Favila, por honrar la memoria de su padre el duque de Cantabria. El rey y su esposa vivian con una sencillez y modestia propias de aquellos tiempos y de aquellas circunstancias.

De repente abrióse la puerta y apareció el buen Ferrandez con un pergamino en la mano.

—Tomad, señor, esta carta que acaba de traer un pastor, dijo el antiguo escudero.

El rey leyó, y á medida que adelantaba en su lectura, el asombro se pintaba cada vez mas en su semblante. El pergamino, al parecer, contenia una relacion bastante larga.

En seguida guardó la carta, mandó á Ferrandez que ensillase dos caballos, y el rey y el escudero partieron con gran celeridad del castillo, dejando á la reina Gaudiosa sumergida en la mas dolorosa inquietud.

Don Pelayo y Ferrandez se encaminaron á la Cueva de los Suspiros, en cuyo misterioso lugar habia sido citado el rey.—Ambos echaron pié á tierra, y se internaron en la gruta. ¡Gran Dios! ¡Qué espectáculo se presentó á sus ojos! Sobre un monton de hojas y heno se encontraba agonizando la mendiga, que tan elizcamente habia contribuido á libertar á don Pelayo de las maquinaciones de Gudila.—El rey estaba muy conmovido, mientras que Ferrandez contemplaba con asombro aquella escena.

—¿Es posible, señora, que hayais guardado para conmigo tal misterio? Yo bien recordaba que vuestra fisonomía no me era desconocida del todo; pero ¿quién habia de pensar que en tan poco tiempo habiais de venir á tan lastimoso estado? ¡Jamás creí que la vejez pudiera anticiparse de tal manera!

—¡Noble Pelayo! esclamó con voz doliente Guisinda. No son los años los que mas fuerza tienen para envejecer. Las desgracias y las aflicciones destruyen aun mas que el tiempo...

Un niño como de tres á cuatro años traveseaba por el interior de la cueva con la indiferencia propia de su edad, y sin comprender el desdichado que estaba próximo á quedarse sin madre. Don Pelayo volvió el rostro, llamó al niño, este se le aproximó con timidez, acariciole el rey, y á los pocos momentos se estableció la mas completa franqueza. La mendiga contemplaba sonriendo á su hijo, que examinaba con pueril curiosidad y complacencia la brillante empuñadura de la espada del rey.

—¡Hijo de mi alma! ¡Pronto te vas á quedar huérfano! esclamó Guisinda con un acento desgarrador.

—Señora, dijo gravemente el rey, descuidad, que en mí encontrará vuestro hijo el padre mas cariñoso.

—Lo sé, querido Pelayo, que puedo confiar en vuestra palabra. Y para eso os he llamado... Yo moriré contenta con tal que vos me prometais ser para él, como habeis dicho, un cariñoso padre... El pobrecito no ha conocido al suyo... ¡Infeliz Abdelaziz! Pronto te seguiré...

Nos creemos dispensados de decir que la mendiga no era otra que la reina Egilona, que huyó en compañía del anciano Fagildo de la funesta mansion que fue teatro de la muerte de su esposo. Durante muchos dias

caminaron á pié hácia las Asturias Fagildo y la esposa de Abdelaziz. Y como si no bastasen tantas desdichas para la triste Egilona, tuvo tambien la amargura de ver espirar de cansancio y de vejez á su leal servidor. Entonces aquella mujer desamparada de todos y tan cruelmente perseguida por el destino, miró al cielo loca de dolor y blasfemando. Pero luego comenzó á llamar amargamente. Acaso entrevió que tantas desventuras eran un merecido castigo á sus fragilidades. Egilona aceptó su adversa suerte con una resignacion y firmeza que casi rayaba en orgullo. ¡La infeliz habia sufrido tantas contrariedades!

Don Pelayo no dejaba de admirarse de aquel suceso, cuyo relato le habia escrito la supuesta Guisinda, y que contenia poco mas ó menos lo mismo que ya saben nuestros lectores acerca de la villanía de Zeyad.—Egilona, desde que vió ante sus ojos la cabeza ensangrentada de su esposo, no gozaba de su cabal juicio, guardaba un obstinado silencio y solia tener algunos accesos de demencia. Es verdad que el amor que le habia inspirado Abdelaziz pertenecia al número de esas pasiones destructoras que dejan el corazon hecho ruinas y vuelven el pensamiento loco y desatentado. Solo asi se comprende el que hubiese adoptado aquel género de vida.

—Yo me he impuesto una espiacion horrible, inmensa... ¡Mi hijo!... Noble Pelayo, habeis llegado á tiempo... Mirad por él...

No pudo decir mas. Alargó su mano descarnada á don Pelayo, y exhaló el último suspiro, fijando una mirada suprema de ternura en el inocente niño, que comenzó á llorar.—Tal fué el triste fin de la reina Egilona.

Don Pelayo cumplió fielmente su palabra. Adoptó al triste huérfano, que andando el tiempo fué un prelado famoso, llamado Sunnifredo, y de todos respetado por su virtud y letras.

Gumildo y Clotilde, así como tambien el conde Rudesindo y Alvida, lograron al fin ver sus amorosos deseos satisfechos, casándose bajo la proteccion de los reyes de Asturias, que les dispensaron siempre su estimacion y sus liberalidades.—Respecto al buen Ferrandez, diremos que era mas amigo de batallar con los moros que con esposa y niños, por lo que siempre permaneció soltero y al servicio de su amado rey y señor.—Todavia don Pelayo ganó algunas otras batallas, pero sin salir de su pequeño reino, que cada dia se aumentaba en fuerzas, de manera que ya los moros amainaron algo de su soberbia, mientras iban creciendo en alientos los cristianos.

Por último, cubierto de inmarcesible gloria murió en Cangas de Onis el rey don Pelayo á los diez y nueve años de su reinado el viernes diez y ocho de setiembre del año setecientos treinta y siete de la era cristiana. Y fué sepultado con su mujer la reina Gandiosa en la iglesia de Santa Eulalia de Velamio, que estos reyes mandaron construir poco distante de Cangas...

Con el héroe de Covadonga nació la España que durante ocho siglos no se desnudó la armadura. ¡Oh gloriosa restauracion! No se recobró palmo de tierra que no costase una hazaña, no se podia adelantar un paso sin que las manos abriesen camino á los piés, no habia otra senda que la que rompian los hierros de las lanzas. En Covadonga comenzó la magnífica epopeya de nuestra existencia nacional con don Pelayo, y terminó ante los muros de Granada con el gran capitan. ¡Loor eterno á los héroes de la patria!

¡¡¡Y en tanto que el sol luzca sobre España, de generacion en generacion, de siglo en siglo, hasta que llegue el tremendo dia en que el mundo se parta por sus ejes, repitan y publiquen nuestros últimos nietos con noble orgullo la inmortal hazaña del ÍNCLITO PELAYO!!!

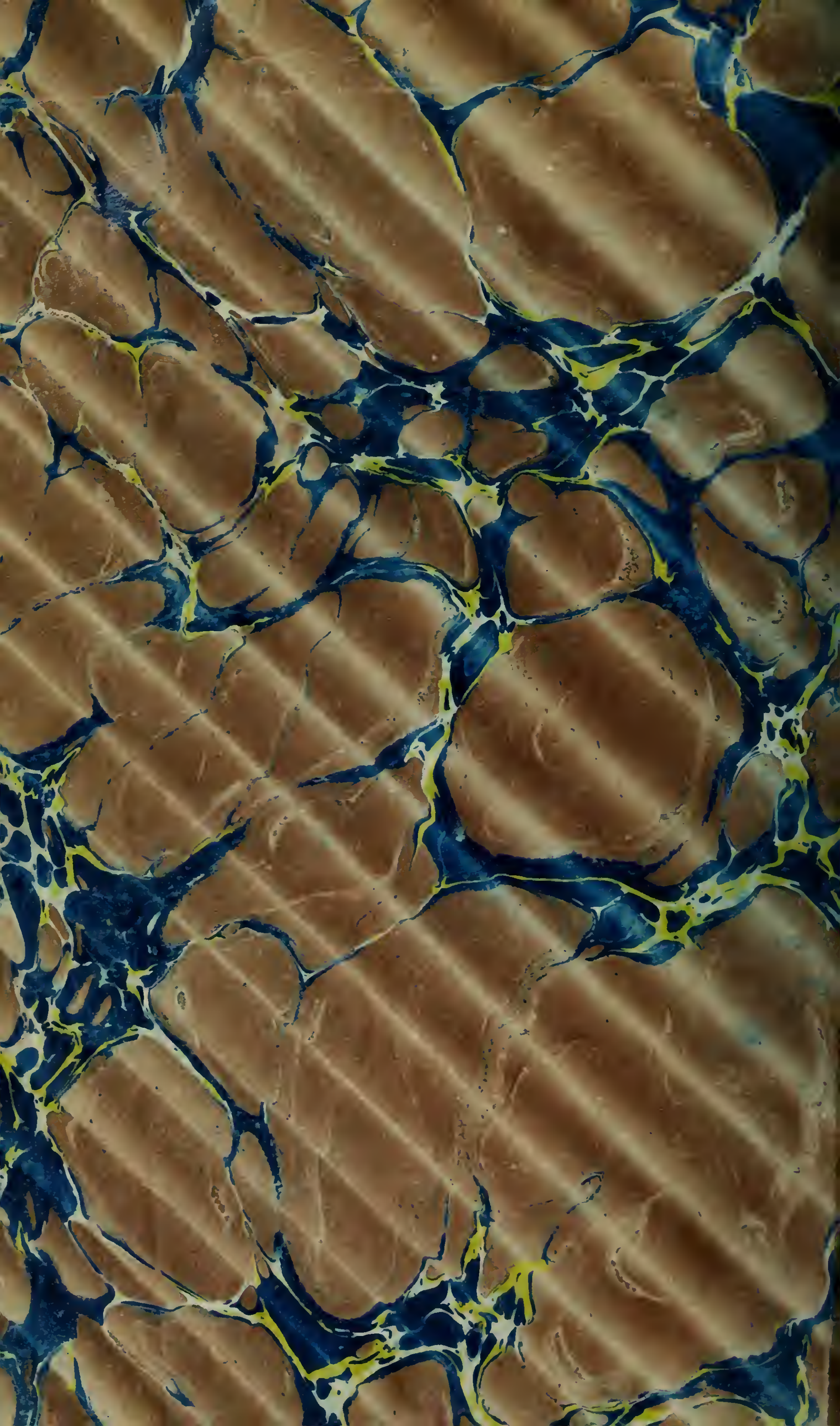
FIN.

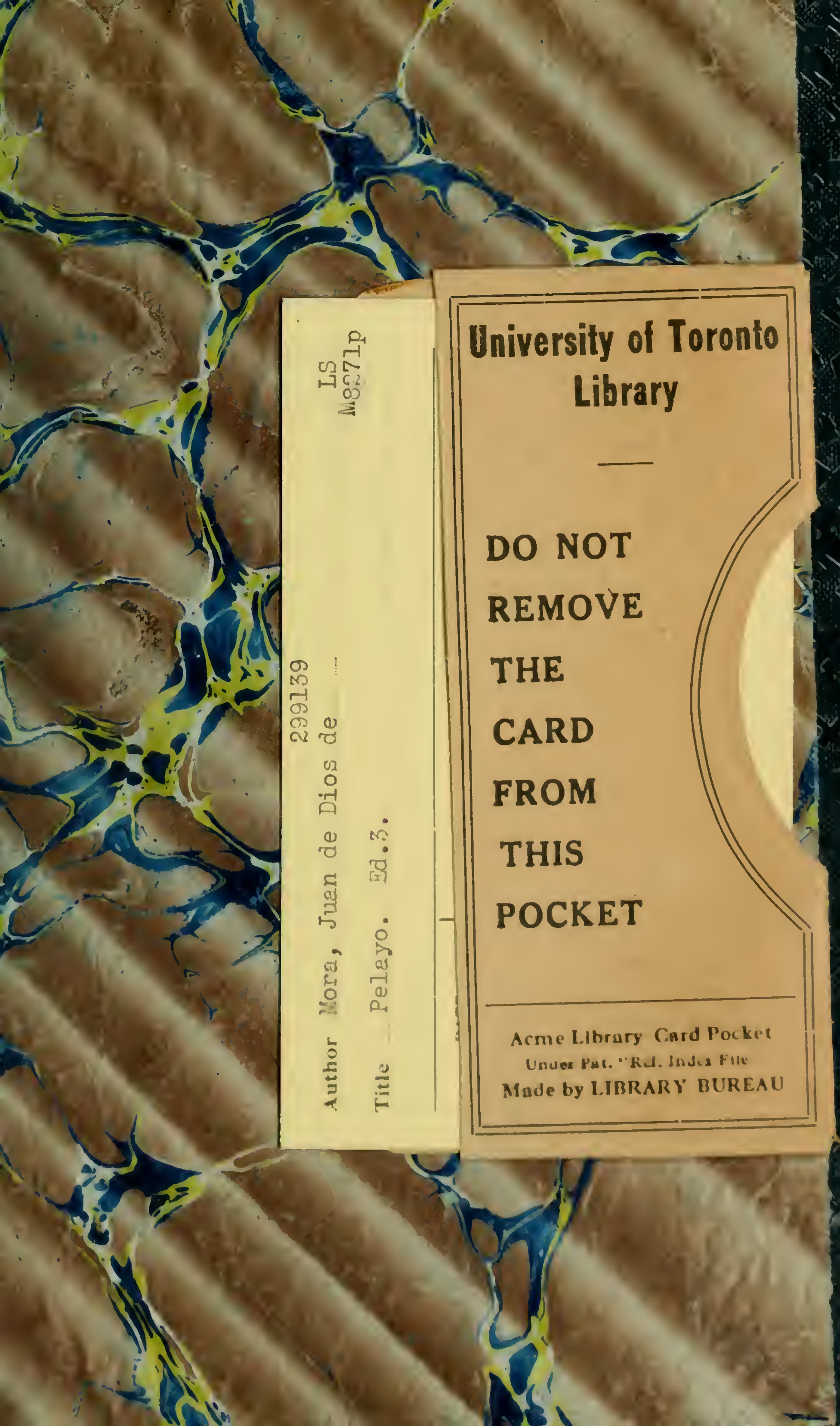
PLANTILLA

para la colocacion de las láminas.

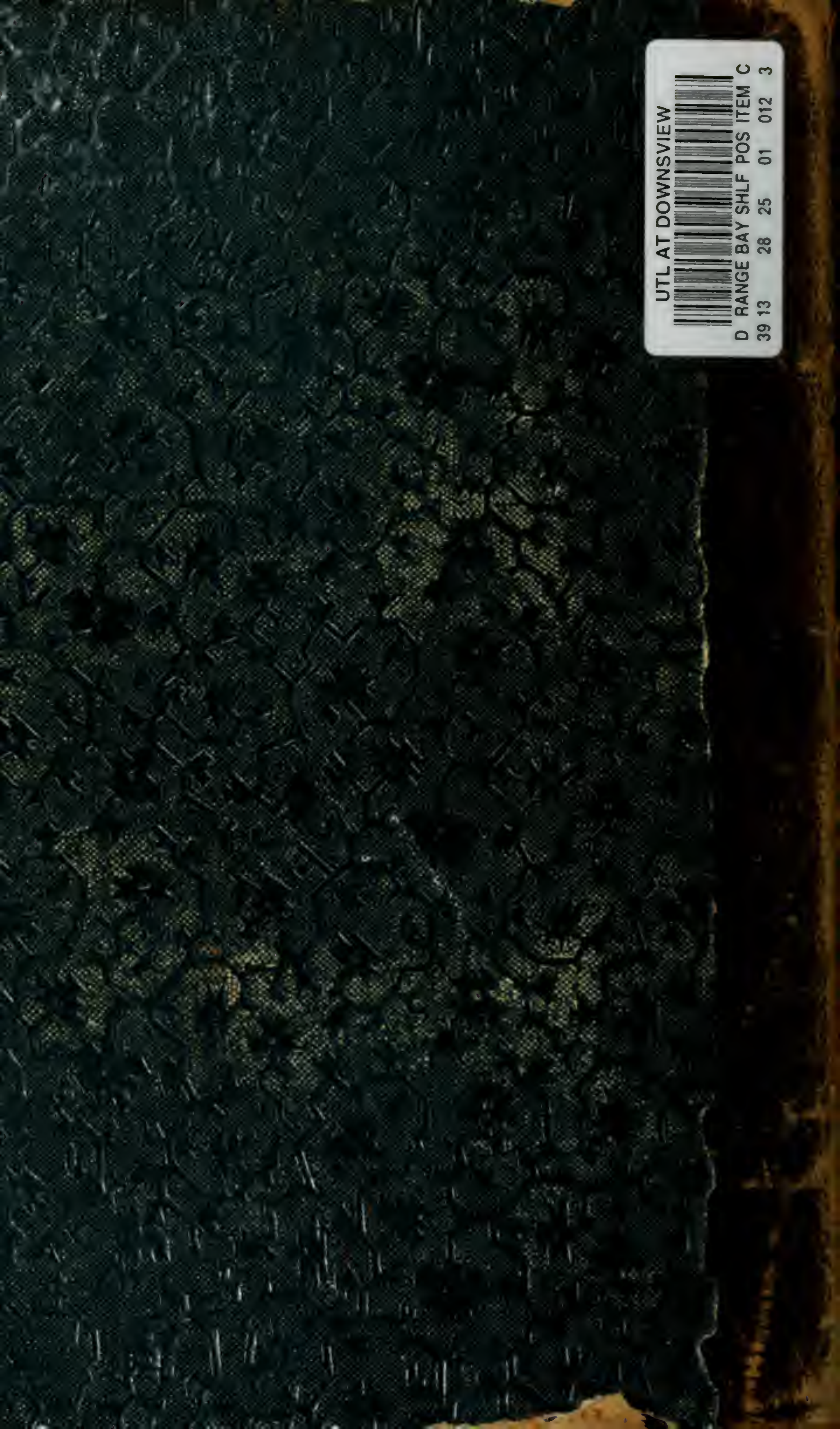
RECTIFICACION IMPORTANTE.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
487	27	quejarse	vengarse





LS
M8271p
299139
Author Mora, Juan de Dios de
Title Pelayo. Ed.3.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File
Made by LIBRARY BUREAU


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 28 25 01 012 3